

John Berendt

Medianoche en el jardín del bien y del mal



Lectulandia

¿Libro de viajes o novela de misterio? Quizá ambas cosas a la vez, pues la protagonista, vieja dama que conserva aún la singular belleza de su decadencia, es una geografía que explorar y un ente vivo cuya placidez puede tornarse tragedia. La vieja dama es Savannah, la ciudad sureña del añejo esplendor georgiano. Hoy tiene alrededor de doscientos mil habitantes y un displicente aire provinciano. Sus viejas mansiones, como ahogadas en un bosque de magnolios, dan ese toque de Edén en el que no puede faltar el diablo. Porque también en Savannah hay, parafraseando a Brassens, «hermosos asesinatos». *Medianoche...* es una obra ejemplar en muchos sentidos: por el sortilegio del paisaje urbano que evocan sus páginas, por la suave, amistosa ironía con que sus pobladores son retratados, por el cuidadoso ejercicio de tensión con que se relata el gran acontecimiento del asesinato...

Lectulandia

John Berendt

Medianoche en el jardín del bien y del mal

ePub r1.0

Titivillus 31.03.17

Título original: *Título*
John Berendt, 1994
Traducción: Miguel Martínez-Lage

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mis padres.

NOTA DEL AUTOR

Los personajes de este libro son reales, aunque es preciso señalar que he empleado pseudónimos al hablar de buen número de ellos con objeto de proteger su derecho a la intimidad, mientras que en otros casos he ido un paso más allá al modificar incluso su descripción física. Aunque ésta no es una obra de ficción, me he tomado ciertas libertades narrativas, en particular al ocuparme de la cronología de los sucesos. Allí donde la narración se interna en el reino de la ficción, he tenido la intención primordial de ser totalmente fiel a los personajes y al decurso esencial de los acontecimientos, tal como éstos se produjeron.

AGRADECIMIENTOS

He contraído una gran deuda por la que quisiera dar las gracias a una docena de naturales y habitantes de Savannah que aparecen como personajes de este libro, unos con su propio nombre y apellido, otros con pseudónimo.

Además, buen número de personas de Savannah que no necesariamente aparecen retratadas en estas páginas me fueron de gran ayuda en múltiples sentidos: Mary B. Blun, John Aubrey Brown, Peter y Gail Crawford, la señora Garrard Haines, Walter y Connie Hartridge, Jack Kieffer, Mary Jane Pedrick y Ronald J. Strahan.

Hay dos personas que se han ganado mi afecto y gratitud permanentes por la energía y el entusiasmo que pusieron al guiarme en la escritura de este libro y en el empeño de darle forma definitiva: son mi agente, Suzanne Gluck, y mi editora, Ann Godoff.

Por sus lecturas críticas del manuscrito y por otros consejos diversos, estoy en deuda con Stephen Brewer, Rachel Gallagher, Linda Hyman, Joan Kramer, Russell y Mildred Lynes, Carolyn Marsh, Alice K. Turner y Hiram Williams.

De todos los que me han ayudado, no obstante, ninguno se tomó mayor interés ni siguió con mayor atención el progreso de este libro que Bruce Kelly. Natural de Georgia, arquitecto, paisajista de genio extraordinario y amigo de verdad, fue él quien en primer lugar me sugirió la escritura de este libro y fue él, más que ningún otro, quien me aportó todo su ánimo durante los largos años que tardé en escribirlo.

PRIMERA PARTE

UNA VELADA EN MERCER HOUSE

Era alto, tendría unos cincuenta años de edad, y era de rasgos apuestos aunque oscuros, siniestros casi: llevaba un bigote correctamente recortado, el cabello plateado en las sienes, y tenía unos ojos tan negros que recordaban los cristales tintados de una reluciente limusina, de modo que él veía lo de fuera, pero era imposible ver su interior. Estábamos sentados en la sala de estar de su casa de estilo victoriano. La verdad es que era una mansión de habitaciones amplias y bien proporcionadas, con techos de más de cuatro metros de altura. Una elegante escalera en espiral arrancaba del vestíbulo y subía a la segunda planta, para rematar en una cúpula acristalada. En la segunda planta había un salón de baile. Era Mercer House, una de las últimas grandes mansiones de Savannah que aún era de propiedad privada. Sumada al jardín tapiado y a las caballerizas y las cocheras de la parte de atrás, ocupaba toda una manzana. Si Mercer House no era la más grande de las casas privadas de Savannah, sí que era sin duda la que tenía un mobiliario más grandioso. El *Architectural Digest* le había dedicado seis páginas. En un libro sobre los interiores de las grandes mansiones del mundo entero aparecía junto a Sagamore Hill, Biltmore y Chartwell. Mercer House era la envidia de todos los nativos de Savannah. Y en ella vivía solo Jim Williams.

Williams estaba fumando un purito King Edward.

—Lo que más disfruto —dijo— es llevar una vida de aristócrata, pero sin la carga que comporta el serlo de veras. Ya sabe, la gente de sangre azul es víctima de la endogamia, y está muy debilitada por eso. Luego hay que tener en cuenta a todas esas generaciones de auténtica grandeza; hay que estar a la altura de la historia, y no es de extrañar que los aristócratas de hoy en día carezcan de ambiciones. Yo no les envidio. A mi juicio, lo único que vale la pena son los oropeles de la aristocracia: el esplendor de los muebles, los cuadros, la plata... Es decir, todos esos objetos que los aristócratas se ven obligados a vender cuando se les acaban los ahorros. Y siempre pasa igual. Al final, lo único que les queda es una educación exquisita.

Hablaba arrastrando las sílabas, con un acento suave como el terciopelo. En las paredes de su residencia tenía colgados retratos de la aristocracia europea y norteamericana, de Gainsborough, Hudson, Reynolds, Whistler. La procedencia de sus posesiones se remontaba a los duques y duquesas de antaño, a los reyes y las reinas, los zares, los emperadores y los dictadores.

—De todos modos —añadió—, la realeza es mejor.

Williams sacudió la ceniza del puro en un cenicero de plata. Un oscuro gato atigrado se le había subido al regazo, y lo acarició con dulzura.

—Ya sé que es probable que produzca una impresión errónea, teniendo en cuenta cómo vivo, pero no pretendo engañar a nadie. Hace años, estaba mostrándoles la casa a un grupo de visitantes, y vi que un hombre hacía a su esposa un gesto de aprobación. Vi formarse en sus labios las palabras «dinero antiguo». Era nada menos

que David Howard, el principal experto del mundo entero en porcelanas heráldicas chinas. Después, me lo llevé a un lado e hice con él un aparte. «Mr. Howard —le dije —, yo nací en Gordon, estado de Georgia. Es una pequeña localidad cercana a Macon. Lo mejor que tiene Gordon es una mina de yeso. Mi padre era barbero y mi madre trabajaba de secretaria en la administración de la mina. Mi dinero, o lo que me pueda quedar, tiene sólo once años de antigüedad». Bueno, pues el hombre se quedó totalmente de piedra. «¿Sabe qué es lo que me había hecho pensar que viene usted de una familia de alcurnia, aparte de las antigüedades y los retratos? —me dijo—. Esas sillas de ahí. Los bordados del respaldo están deshilachándose. Un nuevo rico lo ordenaría arreglar de inmediato; en cambio, una persona cuyo dinero venga de antiguo lo dejaría tal como está». «Lo sé —le dije—. Algunos de mis mejores clientes son lo que usted llama “dinero antiguo”».

Durante los seis meses que viví en Savannah oí mencionar el nombre de Jim Williams muy a menudo. Una de las razones era la casa, pero había otras. Tenía un boyante negocio de compra y venta de antigüedades, aparte de restaurar casas antiguas. Había sido presidente de la Telfair Academy, el museo de arte local. Su nombre había aparecido en *Antiques*, y el director de la revista, Wendell Garrett, decía que era un auténtico genio: «Tiene una vista extraordinaria para encontrar maravillas. Se fía de su propia apreciación, y está siempre dispuesto a correr el riesgo. Toma un avión sin pensarlo dos veces y va a donde haya una subasta: Nueva York, Londres, Ginebra. Pero en lo más profundo de su corazón es un chovinista sureño, más que un genuino hijo de la región. No creo que los yanquis le hagan ninguna gracia».

Williams había desempeñado un papel muy activo en la restauración del centro histórico de Savannah, que había comenzado a mediados de los años cincuenta. Georgia Fawcett, una dama dedicada a la conservación de edificios antiguos prácticamente desde que tuvo uso de razón, recordaba qué difícil fue conseguir que la gente se implicase en la salvación del centro de Savannah durante aquellos primeros momentos. «La parte vieja de la ciudad se había convertido en un arrabal infecto —dijo—. Los bancos le habían echado el ojo a toda la zona. Las grandes mansiones señoriales se caían a pedazos, o bien estaban en proceso de demolición, para dejar espacio a las gasolineras y a los aparcamientos, y era imposible que un solo banco prestase dinero para dedicarlo a la salvación de la arquitectura urbana. Las prostitutas se habían adueñado de las calles. A las parejas con hijos pequeños les daba miedo vivir en el centro, porque se consideraba bastante peligroso». Miss Fawcett había sido integrante de un pequeño grupo de personas modestamente adineradas, dedicadas a la conservación, que intentaron ya desde los años treinta poner coto al aumento de gasolineras y salvar así los edificios antiguos. «Una cosa sí supimos hacer —dijo—. ¿Sabe qué? Interesamos a los solteros por el proyecto».

Jim Williams fue uno de aquellos solteros. Adquirió una hilera de casas de ladrillo en East Congress Street, las restauró una por una y las vendió a buen precio.

Muy pronto empezó a comprar, restaurar y a vender docenas de casas del centro de Savannah. En los periódicos comenzaron a publicarse artículos que llamaron la atención sobre sus restauraciones, y su negocio de antigüedades comenzó a medrar. Iba a Europa una vez al año, siempre a comprar antigüedades. No tardaron en descubrirlo las grandes anfitrionas de la sociedad. El aumento de la fortuna de Williams fue paralelo al renacimiento del centro histórico de Savannah. A principio de los años setenta, las parejas con hijos habían vuelto a vivir en el centro, y las prostitutas se desplazaron a Montgomery Street.

Sintiéndose generoso, Williams compró Cabbage Island, una de las islas que forman un archipiélago a lo largo de la costa de Georgia. Cabbage Island fue una chifladura. Tenía unas 720 hectáreas, todas las cuales, salvo dos, estaban cubiertas por el agua con la marea alta. Pagó cinco mil dólares por la isla en 1966. Los lobos de mar de la región le dijeron que lo habían timado: Cabbage Island ya había estado en el mercado por la mitad de esa cantidad el año anterior. Cinco mil dólares era demasiado dinero por un pedazo de tierra perpetuamente encharcado, en el que ni siquiera era posible construir una casa. No obstante, al cabo de unos meses se descubrieron fosfatos en el subsuelo de varias islas costeras; una de ellas era Cabbage Island. Williams vendió la isla a Kerr-McGee, una empresa de prospecciones de Oklahoma, por 660.000 dólares. Varios propietarios de otras islas vecinas se rieron de él por haber mordido el anzuelo demasiado pronto, y optaron por esperar a que subieran las ofertas. Semanas más tarde, el gobierno de Georgia prohibió las prospecciones costeras. El negocio de los fosfatos había muerto antes de nacer, y resultó que Williams fue el único propietario que supo vender a tiempo. Sus beneficios, descontando impuestos, rondaron el medio millón de dólares.

Pasó a comprar entonces mansiones mucho más notables. Una de ellas fue Armstrong House, un monumental palacio italiano de estilo renacentista, situado en Bull Street, frente al rancio Oglethorpe Club. Armstrong House dejó el Oglethorpe Club convertido en un enano, aunque según los cotilleos de la ciudad ése había sido precisamente su único propósito. George Armstrong, un magnate de la industria naviera, había construido la casa en 1919, al parecer como respuesta al hecho de que el club le sacara la bola negra y vetase su ingreso como miembro. Aunque esa historia no fuese del todo cierta, Armstrong House era una casa señera. Destacaba por encima de todas, altiva y resplandeciente; tenía incluso una columnata curvilínea a la entrada, que se alargaba como una zarpa a punto de desbaratar el Oglethorpe Club.

La escandalosa magnificencia de Armstrong House fue a la sazón irresistible para Williams, por su creciente apetito de grandeza. No era miembro del Oglethorpe Club. Los solteros procedentes como él del centro de Georgia, dedicados además a la compraventa de antigüedades, tenían pocas probabilidades de que se les invitase formalmente, aunque eso a Williams no le importase en absoluto. Instaló su tienda de antigüedades en Armstrong House y allí duró un año; vendió luego la casa al bufete de abogados de Bouhan, Williams y Levy y se dedicó al negocio consistente en

seguir viviendo como un aristócrata, ya que no lo era de pleno derecho. Realizó viajes a Europa cada vez más frecuentes, ahora ya con auténtico estilo, sobre todo en el *Queen Elizabeth II*, y remitió de vuelta contenedores repletos de cuadros de importancia y espléndidos muebles ingleses. Adquirió sus primeras piezas firmadas por Fabergé. Williams empezaba a tener estatura social en Savannah, para mayor irritación de ciertas personas de sangre azul. «Cómo le sienta eso de ser un *nouveau riche*?», le preguntaron en cierta ocasión, a lo que Williams repuso: «Es ser *riche* lo que de veras cuenta». Dicho esto, adquirió Mercer House.

Mercer House llevaba más de diez años sin estar habitada. Se erguía en el flanco oeste de Monterrey Square, la más elegante de las plazas de Savannah cubiertas por el arbolado. Era una mansión italianizante de ladrillo rojo, con altas ventanas arqueadas enmarcadas por adornados balcones de hierro forjado. Estaba alejada de la calle, alivia tras el césped immaculado y la verja de hierro colado; no era tanto que diese a la plaza, cuanto que en realidad la presidía. Los anteriores ocupantes de la casa habían sido miembros de la secta del Relicario, y la habían utilizado como Templo de Alí. Habían colgado un neón en forma de cimitarra sobre la puerta de entrada, y se habían dedicado a recorrer el interior a lomos de sus motocicletas. Williams se propuso restaurarla y devolverle no sólo su elegancia original, sino algo más. Cuando concluyeron las obras en 1970, celebró una fiesta de etiqueta en Navidad, e invitó a la flor y la nata de la sociedad de Savannah. La noche en que tuvo lugar la fiesta, todos los ventanales de Mercer House resplandecían iluminados por los candelabros; en todas las estancias lucían las velas. Fuera se arracimaron los mirones, dispuestos a ver la llegada de los elegantes, asombrados ante la bellísima casa que tanto tiempo había pasado a oscuras. Un pianista tocó música de fondo en el gran piano de cola de la planta baja; un organista ejecutó piezas clásicas en el salón de baile de la primera planta. Los mayordomos, vestidos con chaqués blancos, circulaban portando bandejas de plata; las damas, vestidas de largo, subían y bajaban la escalera en espiral, trazando riachuelos de satén y gasa de seda salvaje. La vieja Savannah se había quedado pasmada.

Esta fiesta pronto pasó a ser uno de los acontecimientos fijos en el calendario social de Savannah. Williams siempre la programaba de modo que se celebrase en el momento culminante de la temporada de invierno, la noche anterior al baile y cotillón de las debutantes. Ese viernes por la noche pronto fue conocido como la fiesta navideña de Jim Williams. Era la fiesta del año, lo cual dice mucho en favor de Williams. «Hay que tener en cuenta —declaraba un nativo de Savannah de sexta generación— que Savannah se toma muy en serio sus festejos. Ésta es una ciudad en la que los caballeros tienen en propiedad su esmoquin blanco. Aquí no alquilamos esas prendas. Por eso, es todo un homenaje, y le honra, que Jim haya sido capaz de hacerse con un lugar tan destacado en la sociedad de Savannah, a pesar de no ser oriundo de la ciudad y a pesar de ser soltero».

En las fiestas de Williams la comida la servía siempre la empresa de *catering* más

solicitada de Savannah, la de Lucille Wright. Mrs. Wright era una negra de piel clara, cuyos servicios estaban tan bien considerados que las principales anfitrionas de Savannah más de una vez habían cambiado la fecha de una fiesta sólo porque ella no estaba disponible. El toque de Mrs. Wright era bien fácil de detectar. Bastaba con que los invitados probasen los palitos de queso, o un langostino marinado, o bien que mordiesen un sándwich de tomate, para que se sonriesen con complicidad inequívoca. «¡Ah, Lucille...!», decía más de uno, sin que fuera necesario añadir nada más. (Y es que los sándwiches de tomate que preparaba Lucille Wright nunca rezumaban. Secaba antes las rodajas de tomate con toallas de papel. Ése era uno de sus muchos secretos). Sus clientes la tenían en muy alta estima. «Es toda una señora», decían a menudo, y por la manera de decirlo estaba clarísimo que consideraban el comentario una alabanza inmensa para una negra. Mrs. Wright, por su parte, admiraba a sus clientes, aunque llegase a confesar alguna vez que las anfitrionas más conocidas de Savannah, incluso las más ricas, tendían a visitarla y a decirle: «Oye, Lucille, quiero dar una bonita fiesta, tú ya sabes, pero no quiero gastarme demasiado dinero, ¿eh?». Jim Williams no era así. «A él le gusta hacer las cosas a lo grande —decía Mrs. Wright—, y es además muy liberal con su dinero. Mucho. Muchísimo. Siempre me suele decir: “Mira, Lucille, tengo doscientos invitados tal día, y quiero servir comida sencilla, campesina, en abundancia. No quiero que se acabe nada, así que prepara lo que consideres oportuno. Me da lo mismo cuánto pueda costar”».

La fiesta de Navidad de Jim Williams, en palabras de la *Georgia Gazette*, era la fiesta «por la cual vivían y se desvivían» las personas de más tono social de Savannah. También era la fiesta por la que se morían, ya que a Jim Williams le entusiasmaba cambiar la lista de invitados de un año al año siguiente. Anotaba los nombres en fichas de archivador, y las disponía en dos pilas: la pila del Sí y la pila del No. Barajaba las tarjetas de una pila a otra sin que esa actividad fuese ningún secreto. Si alguien le contrariaba a lo largo del año, del modo que fuese, esa persona cumplía su penitencia al llegar la Navidad. «Mi pila del No —dijo una vez al reportero de la *Gazette*— tiene una pulgada de grosor».

Una neblina tempranera había convertido la vista de Monterrey Square al atardecer en un escenario iluminado por focos suaves, repleto de azaleas rosadas, bajo una deshilachada cenefa de robles de Virginia cubiertos de musgo. El pedestal de mármol pálido del monumento a Pulaski relucía vagamente al fondo. Sobre una mesa baja de la casa de Williams descansaba *En casa en Savannah: Interiores de grandes mansiones*. Había visto ese libro en algunas otras mesas bajas de otras casas de Savannah, pero aquí el efecto era surrealista, porque la fotografía de la cubierta estaba tomada en aquella misma estancia.

Durante buena parte de una hora, Williams me había llevado de gira por Mercer House y por su tienda de anticuario, que ocupaba casi la totalidad de la antigua

cochera. En el salón de baile, tocó el órgano de tubos, primero una pieza de Bach, y luego «I Got Rhythm». Para terminar, y para hacer una demostración del poder ensordecedor del órgano, atacó un pasaje de la «Pièce Héroïque» de César Franck.

—Cuando mis vecinos dejan aullar a los perros durante toda la noche —dijo Williams—, esto es lo que les doy yo a cambio.

En el comedor, me mostró sus grandes tesoros de la realeza: la plata de la reina Alejandra, la porcelana de la duquesa de Richmond, y un servicio de plata para sesenta personas que había pertenecido a uno de los grandes duques de Rusia. Sobre la pared de su estudio estaba colgado el escudo de armas que adornó la portezuela del carruaje en el que fue transportado Napoleón el día de su coronación. Por toda la casa, en los lugares más inesperados, se veían objetos creados por Fabergé: pitilleras, ornamentos, joyeros... Las bagatelas de la aristocracia, de la nobleza, de la realeza. Según fuimos pasando de una estancia a otra, unas minúsculas luces rojas parpadeaban ante nuestra presencia en señal de reconocimiento electrónico.

Williams llevaba unos pantalones grises y una camisa azul de algodón con las mangas recogidas. Sus recios zapatos negros, con suelas de goma, parecían extrañamente fuera de lugar en medio de la elegancia de Mercer House, pero denotaban el talante práctico de su dueño, ya que Williams se pasaba varias horas de pie, a lo largo del día, restaurando muebles en su taller del sótano. Tenía las manos curtidas y encallecidas, pero se las había limpiado a conciencia, y no se veía ni rastro de manchas.

—Si existe algún rasgo que sea común a todos los habitantes de

Savannah —estaba diciéndome—, es sin duda su afecto por el dinero y su reluctancia a la hora de gastarlo.

—En ese caso, ¿quién compra las carísimas antigüedades que acabo de ver en su tienda? —pregunté.

—A eso me refiero exactamente —repuso—. Mis clientes suelen ser de fuera de la ciudad. Son gente de Atlanta, de Nueva Orleans, de Nueva York. Es en esas ciudades donde hago la mayor parte de mis negocios. Cuando encuentro un mueble especialmente digno de nota, envío una fotografía a un marchante de Nueva York. Sería una pérdida de tiempo intentar venderlo aquí, en Savannah. Y no es que la gente de Savannah no tenga el dinero suficiente, no. Lo que pasa es que tienen un gusto bastante... barato, digamos. Le pondré un ejemplo.

»Vive aquí una mujer que es una auténtica *grande dame*, que está en la cima de la alta sociedad de Savannah y que es, por sí sola, una de las personas más ricas de todo el sureste de la Unión, así que para qué hablar de Savannah. Es la propietaria de una mina de cobre. Construyó una casa enorme en una de las zonas más exclusivas de la ciudad, una réplica de una famosa casa de plantación del estado de Louisiana, con sus inmensas columnas blancas y su escalinata curva. Es una casa que se ve desde la marisma. Todo el mundo pasa por delante y se queda embobado. “¡Oh, fíjate!”, dicen al pasar. No obstante, es la mujer más agarrada que haya pisado la faz de la tierra, se

lo digo yo. Hace unos cuantos años, encargó unos portones de hierro forjado para rematar la verja de la casa. Fueron diseñados y construidos especialmente para ella, por encargo. Y cuando se los llevaron a casa se enfadó muchísimo, dijo que eran un espanto, que eran basura.

»«Que se los lleven —dijo—. ¡No quiero volver a verlos nunca más!». Acto seguido, rompió en pedazos la factura, que ascendía a 1.400 dólares. Una bonita suma en aquellos tiempos, desde luego.

»Los operarios de la fundición se llevaron los portones, aunque no supieron qué hacer con ellos. Al fin y al cabo, no había demasiada demanda de portones de hierro forjado exactamente de ese tamaño. Lo único que podían hacer era venderlos por su precio de coste. Así, rebajaron el precio de 1.400 dólares a 190. Naturalmente, al día siguiente la señora en cuestión envió a un propio a los talleres, con los 190 dólares en mano, y hoy esos portones adornan la entrada de su casa, que es el sitio para el que originalmente fueron diseñados. Es una historia que pinta lo más genuino de Savannah. Y a eso me refiero cuando digo que aquí la gente va a lo barato. No se deje engañar por las magnolias y la luz de la luna. En Savannah hay mucho más que todo eso. Las cosas a veces se ponen de lo más turbio, se lo digo yo.

Williams acarició al gato y golpeó el puro sobre el cenicero.

—En los años treinta teníamos aquí a un juez que era además miembro de una de las principales familias de la ciudad. Vivía a una plaza de aquí, en una casa grande con blancas columnas. Su hijo primogénito salía con la novia de un gángster. El gángster le advirtió que dejara de ver a la chica, pero el hijo del juez siguió a lo suyo. Una noche, sonó el timbre y el juez abrió la puerta, encontrándose a su hijo tendido en el porche, desangrándose, con las partes pudendas metidas en el bolsillo de la americana. Los médicos le cosieron los genitales, pero el cuerpo rechazó el reimplante y murió. Al día siguiente, el titular del periódico decía así: FATAL CAÍDA EN UN PORCHE. La mayor parte de la familia sigue negando que ese asesinato llegara a producirse, pero la hermana de la víctima me ha dicho que es verdad.

»No acaba ahí la cosa. El mismo juez tenía otro hijo, el cual vivía en una casa de Whitaker Street. A menudo reñía con su mujer. Quiero decir que se peleaban en serio, que se zurraban el uno al otro de lo lindo. En una de esas peleas, la hija, que tenía tres años, bajó al salón sin que ellos se dieran cuenta, justo cuando el hombre se disponía a lanzar a su mujer contra una mesa de mármol. Cuando la mujer golpeó el sobre, la mesa se volcó y aplastó a la niña. No se dieron cuenta de nada hasta pasada una hora, cuando se pusieron a recoger los despojos de la pelea. Por lo que atañe a la familia, ése es otro incidente que nunca llegó a ocurrir.

Williams tomó el botellón de cristal tallado y volvió a llenar nuestras copas de Madeira.

—Beber vino de Madeira es uno de los grandes rituales de Savannah, no sé si lo sabía —dijo—. Es la celebración de un fracaso. En el siglo XVIII, los ingleses trajeron montañas de viñas arrancadas de Madeira, con la vaga esperanza de convertir a

Georgia en una colonia capaz de producir buenos vinos. Bien, la verdad es que las viñas no prendieron, pero en Savannah nunca se ha perdido el gusto por un buen Madeira..., o por cualquier otra clase de licor, a decir verdad. Aquí, la prohibición ni siquiera redujo el consumo. Todo el mundo se las agenciaba para conseguir licores, incluidas las ancianas. Mejor dicho, las ancianas más que nadie. Entre unas cuantas, se compraron un carguero de Cuba, que se pasó todo el tiempo yendo y viniendo de la isla cargado de ron.

Williams dio un sorbo a su copa de Madeira.

—Una de esas viejas damas, Mrs. Morton, falleció hace unos meses. Era una maravilla. Durante toda su vida hizo exactamente lo que le vino en gana, Dios la tenga en su gloria. Una vez, en Navidad, su hijo volvió a casa a pasar las vacaciones y se trajo a su compañero de cuarto de la universidad. Su madre y el compañero se enamoraron; el compañero se instaló en el dormitorio principal con la señora de la casa, mientras el padre pasó al cuarto de invitados y el hijo se marchó a la universidad para nunca más volver. Desde entonces, el señor y la señora Morton vivieron en la casa con el compañero de su hijo hasta que murió el señor Morton. Mantuvieron las apariencias con toda la dignidad del mundo, y fingieron que no había ocurrido nada que reseñar. El joven amante de la madre pasaba por ser el chófer de la casa. Cuando la llevaba a una partida de *bridge* con sus amigas, o cuando iba a recogerla, las otras señoras miraban entre los visillos, pero nunca llegaron a comentar que les interesara la historia, ya que nadie, lo que se dice nadie, mencionó nunca el nombre de su amante en su presencia.

Williams permaneció en silencio unos instantes, reflexionando sin duda sobre la recientemente fallecida señora Morton. Por la ventana abierta, Monterrey Square estaba en calma, si se exceptúa el canto de un grillo y el paso, de cuando en cuando, de un automóvil que sin prisa trazaba las curvas de la plaza.

—¿Qué piensa usted que sucedería —pregunté— si los guías turísticos contasen ese tipo de anécdotas a los turistas que vienen a ver la ciudad en autobús?

—Eso es imposible —dijo Williams—. Los guías son los primeros encargados de mantener el buen nombre de la ciudad.

Le comenté a Williams que cuando me acercaba a su casa caminando, antes de llegar oí a la guía de una de estas giras turísticas hablar de su propia casa.

—Benditas sean esas aburridas charlatanas —dijo Williams—. ¿Y qué estaba diciendo?

—Decía que la casa había visto nacer al famoso Johnny Mercer, el hombre que escribió «Moon River», «I Wanna Be Around», «Too Marvellous for Words» y otros clásicos similares.

—Es falso, aunque no carezca de fundamento —dijo Williams—. ¿Y qué más?

—Que el año pasado Jacqueline Onassis quiso comprar la casa con todo lo que contiene por dos millones de dólares.

—Hay que ponerle un suspenso por falta de exactitud —dijo Williams—. En fin,

le contaré qué fue lo realmente ocurrido.

»La construcción de la casa comenzó en 1860, por orden del general confederado Hugh Mercer, el bisabuelo de Johnny Mercer. Estaba inacabada cuando estalló la Guerra de Secesión; después de la guerra, el general Mercer fue encarcelado y juzgado por el asesinato de dos desertores del ejército. Fue finalmente absuelto, gracias sobre todo al testimonio de su hijo, aunque al salir de la cárcel era ya un hombre muy deteriorado y molesto con todo. Vendió la casa, y los nuevos propietarios la terminaron. Así pues, aquí nunca vivió uno solo de los Mercer, ni siquiera Johnny. Más adelante Johnny vino alguna que otra vez cuando estaba en la ciudad. De hecho, llegó a grabar un programa para Mike Douglas delante de la casa. Una vez incluso quiso comprármela, pero le dije que no le hacía ninguna falta, que terminaría siendo el chico de la casa, como yo, y que eso no iba con él. Nunca estuvo más cerca de vivir aquí, ya ve usted.

Williams se recostó en el asiento y lanzó una bocanada de humo hacia el techo.

—En seguida llego a lo de Jacqueline Onassis —dijo—, pero antes quiero comentarle otra historia que los guías turísticos no mencionan jamás. Es un incidente que yo llamo «el día de la bandera», y que ocurrió hace sólo dos años.

Se puso en pie y se acercó a la ventana.

—Monterrey Square es una maravilla —dijo—. En mi opinión, es la más bella de todas las plazas de Savannah. La arquitectura, el arbolado, el monumento, el modo en que encajan todas las piezas... A los cineastas les entusiasma. En los últimos seis años se han rodado en Savannah unas veinte películas, y Monterrey Square ha sido una de las localizaciones más habituales.

»Cada vez que se empieza a rodar una nueva película, la ciudad entera se sube por las paredes. Todo el mundo quiere trabajar de extra, conocer a las estrellas, ver el rodaje desde cerca. El alcalde y el ayuntamiento en pleno piensan que es una maravilla, convencidos de que las productoras cinematográficas se gastarán en la ciudad sus buenos dineros y de que Savannah se hará famosa, lo cual revertirá en el turismo.

»Pero la verdad es que de maravilloso no tiene nada. Los cineastas pagan a los extras de la ciudad el salario mínimo, y Savannah no se lleva al fin y al cabo una publicidad tan llamativa, porque el público no suele tener ni la más remota idea de dónde se han filmado las películas. A decir verdad, los costes que soporta Savannah en estos casos son mucho mayores que los ingresos, si uno suma las pagas extras que hay que dar a los trabajadores de la limpieza y a la policía, sin contar con los cortes de tráfico. Los equipos de rodaje están compuestos inevitablemente por personas de muy mala educación. Dejan literalmente montañas de basura a su paso. Destruyen la vegetación, pisotean el césped... Una vez llegaron a talar una palmera, al otro lado de la plaza, porque no les encajaba en un encuadre.

»Bueno, pues los más groseros de todos vinieron hace un par de años, a rodar para la televisión una serie de la CBS que iba a tratar sobre el asesinato de Abraham

Lincoln. Escogieron Monterrey Square para rodar una importante secuencia de exterior, aunque, como es natural, nadie nos consultó nada. La noche anterior al rodaje, la policía fue de un lado a otro y nos ordenó sin previo aviso que retirásemos los coches de la plaza, y que no entrásemos ni saliésemos de nuestras casas entre las diez de la mañana y las cinco de la tarde. El equipo de rodaje esparció ocho volquetes de arena por la calle, para que pareciera una calle sin pavimentar como las de 1865. A la mañana siguiente, despertamos y encontramos la plaza llena de caballos y carretas, de señoras con miriñaque, etcétera. Una gruesa capa de polvo lo cubría todo. Los cámaras estaban en el centro de la plaza, enfocando directamente la casa.

»Varios vecinos me pidieron que, en calidad de fundador y ex presidente de la Asociación de Vecinos del Centro, hiciera algo por remediar tantos desmanes. Salí a la calle y solicité al productor que hiciera una aportación de mil dólares a la Sociedad Humanitaria, al menos para demostrar así sus buenas intenciones. Dijo que se lo pensaría y que me contestaría algo al mediodía.

»Pasó el mediodía sin que el productor diera señales de vida. En cambio, las cámaras habían empezado el rodaje. Decidí estropearle la toma, y le contaré cómo lo hice.

Williams abrió un armario que había a la izquierda de la ventana y sacó un pedazo de tela roja. Lo sostuvo con las manos en alto, y lo desplegó con un giro de muñeca. Era una bandera nazi de unos dos metros de largo.

—La tendí por el balcón —dijo. La sostuvo en alto, de modo que vi perfectamente la gran cruz gamada en el centro, sobre un círculo blanco y un fondo rojo intenso.

—Supongo que eso puso fin al rodaje —dije.

—Sí, pero sólo momentáneamente —dijo—. El cámara enfocó el otro lado de la casa, así que retiré la bandera y la colgué de la ventana del estudio. Al final terminaron por hacer la toma que querían hacer, pero por lo menos pude expresar lo que opinaba.

Williams dobló la bandera y la guardó en el armario.

—El furor causado me tomó totalmente por sorpresa. Al día siguiente, el *Savannah Morning News* sacó la historia en primera página, acompañada de abundantes fotografías. Publicaron editoriales que eran un auténtico vituperio y enojadas cartas al director. Las agencias también difundieron la noticia, que salió por televisión en el noticiario de la noche.

»Así, me encontré en la difícil posición del que tiene que explicar que no, que no es un nazi, ni mucho menos, pero que había hecho uso de la bandera para introducir un desajuste histórico, con la sana intención de fastidiar a unos desconsiderados cineastas, que ni siquiera eran judíos, al menos por lo que yo había podido saber. Pero sí cometí un tremendo error de cálculo, y es que se me pasó por alto que la sinagoga del Templo Mickve Israel está exactamente al otro lado de la plaza. El rabino me escribió una carta en la que me preguntaba cómo demonios tenía una bandera nazi tan

a mano. Le contesté por escrito, diciéndole que mi tío Jesse la había traído como trofeo de guerra cuando vino de combatir en Europa. También le indiqué que colecciono reliquias de los imperios caídos, y que esa bandera, junto con otros objetos de la Segunda Guerra Mundial, formaba parte de mi modesta colección.

—Entonces no estaba yo equivocado —dije—. Lo que vi en una de las mesas del salón que da a la parte de atrás es un puñal de los que usaban los nazis.

—Tengo varios —contestó Williams—, aparte de varios brazaletes y el adorno de un automóvil oficial nazi. Hasta ahí llega la cosa. Los objetos del régimen hitleriano no son muy populares, desde luego, pero tienen su valor histórico. Casi todo el mundo entiende este hecho y sabe que mi protesta no tuvo el menor matiz político. La tormenta amainó al cabo de unas dos semanas, pero de vez en cuando me encuentro con un rescoldo en la mirada de algunas personas que incluso se cambian de acera para no cruzarse conmigo.

—De todos modos, entiendo que no ha sido usted víctima del ostracismo.

—No, en modo alguno. Seis meses después del día de la bandera, Jacqueline Onassis vino a visitarme.

Williams atravesó la estancia y levantó la tapadera de un escritorio de sobre inclinado.

—Dos veces al año —dijo—, la casa de subastas Christie's organiza la venta de objetos Fabergé en Ginebra. El año pasado, el objeto estrella de la subasta era una exquisita caja de jade. Se había anunciado ampliamente, y había suscitado grandes pasiones. El hombre que tenía a su cargo esas subastas era Geza von Habsburg, que hoy en día habría sido archiduque del Imperio Austro-Húngaro si éste aún existiera. Geza es un buen amigo mío. Llevo años asistiendo a esas subastas sin interrupción. Como es natural, tomé el avión a Ginebra y le dije nada más llegar: «Geza, he venido para comprar esa cajita». Geza se echó a reír, y contestó: «Jim, hay bastantes personas que han venido para comprar esa cajita». Empecé a imaginarme que tendría que pujar contra Malcolm Forbes y los de su calaña, y pensé que no tenía nada que hacer, aparte de divertirme subiendo el precio. «Bueno, Geza —le dije—, pongámoslo de esta forma: si alguien puja más alto que yo y consigue llevarse esa caja, te juro por Dios que se van a enterar de qué caja han comprado». Comenzó la puja por la estimación más elevada. Finalmente pude llevarme la caja por setenta mil dólares. Luego volví a casa, cruzando el Atlántico en un Concorde, y me tomé un cóctel de champán con la cajita posada sobre el mantel de lino de mi bandeja.

»A la mañana siguiente estaba en el sótano, en el taller de restauración, sin afeitarse aún y sin haberme adaptado al cambio horario, y de pronto sonó el timbre. Pedí a uno de mis ayudantes, Barry Thomas, que subiera a abrir la puerta. Volvió al sótano a todo correr, sin resuello y dijo que en la puerta había una guía turística que preguntaba si yo estaría dispuesto a enseñarle la casa a Jacqueline Onassis. Pensé que era una mentira como la copa de un pino, pero subí de todos modos y me encontré con la guía. Efectivamente, en el automóvil esperaba la señora de Onassis.

»Le pedí que diera una vuelta por el barrio y que me diera tiempo para afeitarme y para ordenar un poco la casa. Mientras se fue, me preparé para recibirla y les dije a los chicos que preparasen lo que llamamos una iluminación hogareña. Es una rutina que cuesta unos diez minutos, y que consiste en encender los candelabros, abrir las persianas, vaciar los ceniceros y retirar los periódicos atrasados. Cuando estaban terminando, sonó de nuevo el timbre y allí estaba la señora de Onassis con su amigo Maurice Tempelsman. “Lamento muchísimo haberle dicho que se diese una vuelta — dije—, pero es que regresé ayer mismo de Ginebra, de la última subasta de Fabergé”. Dicho esto, Mr. Tempelsman no esperó más para preguntarme a bocajarro quién había comprado la caja. “¿No prefieren pasar y ver la casa?”, les dije. Sin que mediara palabra, tomó a la señora de Onassis del brazo y le dijo: “Ya está. Te dije que deberíamos haberla comprado nosotros”.

Williams me enseñó la caja. Era de un intenso verde oscuro, unos veinticinco centímetros cuadrados. La tapadera estaba cubierta por un brillante entramado de diamantes, jalonados por rubíes tallados en cabochón. En el centro, un medallón ovalado, de esmalte, ostentaba el anagrama del zar Nicolás II en oro y diamantes.

—Estuvieron en la casa más o menos una hora —dijo Williams—. Lo miraron todo, sin dejarse un detalle. Subimos a la primera planta, y toqué el órgano para ellos; luego jugamos a la ruleta. Eran los dos un encanto. Tempelsman llevaba lo que yo llamo un teñido de coronilla, verás: se coge a un hombre y se le introduce boca abajo en una cuba de tinte capilar, sólo hasta las orejas. Era un hombre interesante, un buen conocedor de antigüedades. De hecho, los dos lo eran. Habían viajado por la costa en el yate de su propiedad, pero la señora de Onassis tenía los pies en la tierra. Llevaba un traje de lino blanco, y ni siquiera se molestó en quitar el polvo de su silla cuando nos sentamos en el jardín. Me invitó a visitar su «choza» la siguiente vez que fuera a Nueva York: Cuando se fueron, me preguntó dónde podía encontrar el Burger King más cercano.

—¿Y qué hay de la oferta de dos millones de dólares por su casa? —pregunté.

—Ella no hizo nada tan tosco como eso, pero al parecer dijo a Tempelsman, delante de la guía turística (la cual lo comentó con los chicos de la prensa, faltaría más), que ojalá fuera suya la casa y todo lo que había en ella. «Salvo Jim Williams, claro —dijo la señora de Onassis—. No podría permitirme el lujo de pagar lo que vale».

Pasé las manos sobre la caja de Fabergé. La tapadera giró con gran suavidad sobre las bisagras. El cierre de oro prendió con un «clic» casi inaudible. Mientras observaba aquel objeto deslumbrante, sólo a medias me di cuenta de que se abría por fuera la puerta de Mercer House, y de que avanzaban unos pasos desde el vestíbulo. De pronto, una voz penetrante cortó el aire.

—¡Maldita sea! ¡La muy puta!

Un muchacho rubio entró en el salón. Tendría unos diecinueve o veinte años. Vestía unos tejanos y una camiseta negra sin mangas, con un rótulo que decía

JÓDETE en letras blancas. Temblaba, presa de una furia a duras penas contenida. Sus ojos azul zafiro centelleaban.

—¿Qué problema tenemos, Danny? —preguntó Williams con toda la calma del mundo, sin levantarse de la silla.

—¡Bonnie! ¿Quién va a ser? ¡Me ha dejado plantado! Se ha largado de copas por todos los bares del sur de la ciudad. ¡Maldita sea! No pienso tragar más mierda, se acabó.

El chico agarró una botella de vodka que había sobre la mesa y se sirvió un vaso de cristal hasta el borde. Lo bebió de un sorbo. Llevaba tatuajes en los brazos: una bandera de los confederados en uno, una planta de marihuana en el otro.

—Contrólate, Danny —dijo Williams con aplomo deliberado—. Dime qué es lo que ha ocurrido.

—¡A lo mejor me retrasé unos minutos, no lo sé! O me equivoqué de hora, da igual. ¡Mierda! Su amiguita me ha dicho que se marchó porque yo nunca estoy donde le digo que voy a estar, y menos a la hora a la que hemos quedado en vernos —fulminó a Williams con la mirada—. Dame veinte dólares, necesito la pasta. ¡Estoy bien jodido!

—¿Y para qué necesitas la pasta, si se puede saber?

—No es asunto tuyo, joder. Pero si quieres que te diga la verdad, lo que necesito es joder como es debido esta noche sin falta.

—Me parece que de momento ya vas bien jodido, chico.

—¡Aún no he empezado a joder, coño!

—Oye, Danny, mejor será que no salgas en ese estado con tu coche. Puedes estar bien seguro de que si sales con el coche acabarás detenido. Y ya tienes algún problema por resolver desde la última vez que saliste, cito tus palabras, a joder bien jodido. Como no te andes con cuidado, te van a triturar.

—¡Me importa un carajo lo que digas tú, lo que diga Bonnie o lo que deje de decir la policía de los cojones!

Dicho lo cual, el muchacho se dio la vuelta y salió zumbando del salón. Cerró de un portazo la puerta de entrada. Se oyó abrir y cerrar la portezuela de un coche. Un agudo y prolongado chirrido de neumáticos perforó la calma de la noche. Se oyó otro chirrido cuando el coche dio la curva de Monterrey Square, y otro más cuando aceleró al enfilear Bull Street. Luego, todo quedó en calma.

—Lo siento —dijo Williams. Se levantó y se sirvió una copa, esta vez no de Madeira, sino de vodka seco. Luego, silenciosa y casi imperceptiblemente, soltó un suspiro y se relajó con un movimiento de hombros.

Bajé la mirada y me di cuenta de que aún tenía la caja de Fabergé entre las manos. La sujetaba con tanta fuerza que por un instante temí haber soltado una o dos joyas de la tapa. Pero parecía intacta. Se la devolví a Williams.

—Ése era Danny Hansford —dijo—. Trabaja conmigo a tiempo parcial, retocando muebles antiguos en el taller.

Williams estudió la punta de su puro. Estaba en calma, reposado.

—No es la primera vez que sucede una escena así —dijo—. Por eso, más o menos me imagino cómo va a terminar. Verá: esta misma noche, a eso de las tres y media, sonará el teléfono. Será Danny, claro. Estará encantador, suave como la seda. Y dirá: «¡Eh, Jim! Soy Danny. Siento muchísimo despertarte a estas horas. ¡Tío, vaya polvo que me he marcado! Claro que también he metido la pata un par de veces». Y yo le preguntaré: «Vaya, Danny, ¿qué ha pasado esta vez?». Él dirá: «Tío, te llamo desde la cárcel. Sí, me han vuelto a encerrar. Pero no he hecho nada grave, te lo juro. Iba paseando por Abercorn Street, para ver si encontraba a Bonnie, y me dio la vena de quemar un poco las gomas; doblé a la izquierda en un visto y no visto y me encontré de frente con un maldito coche de la policía. Luces azules, sirenas, de todo. Tío, estoy en un buen aprieto. ¿Eh, Jim? ¿Qué te parece si vienes por aquí y me sacas?». Yo le diré: «Mira, Danny, es muy tarde, empiezo a estar harto de todo esto. ¿Por qué no te tranquilizas y te pasas la noche descansando... en una celda, claro?».

»Obviamente, a Danny no le hará ninguna gracia, pero no perderá el arrojo. Al menos de momento mantendrá la calma. “Entiendo qué quieres decir —dirá—, y en el fondo tienes razón. Más me valdría quedarme aquí en la nevera el resto de mi vida. Bastante lío de vida es el que llevo hasta ahora, un desastre, tío”. Ya lo ve, querrá ganarse mi simpatía. “No pasa nada, Jim —me dirá—. Déjame aquí. No te preocupes por nada. Joder, si en el fondo me da igual. Espero que puedas dormir tranquilo. Venga, hasta luego”.

»Por dentro, a Danny se le estarán retorciendo las tripas al ver que no voy en seguida a sacarlo de la cárcel. No obstante, no se le notará, porque sabe que yo soy el único que va a ayudarlo. Sabe de sobra que llamaré por teléfono al encargado de las fianzas para decirle que lo deje salir, y así será. Pero eso no sucederá hasta bien entrada la mañana, hasta que se le pase el efecto de las drogas que lleva en el cuerpo.

Williams no dio la menor muestra de encontrarse avergonzado por el tornado humano que acababa de pasar por su residencia.

—Danny tiene dos personalidades bien marcadas —dijo—. Y pasa de una a otra como si pasara las páginas de un libro.

Williams hablaba de Danny con calma y con distanciamiento, tal como había hablado antes de la araña de cristal de Waterford que colgaba sobre la mesa del comedor, del retrato de Jeremiah Theus que había en el salón o del hijo del juez y de la chica del gángster. Sin embargo, no abordó la cuestión más curiosa de todas, a saber, la presencia de Danny en Mercer House y el hecho de que aparentemente tuviera autorización para hacer lo que le viniese en gana.

—Padezco hipoglucemia —dijo—, y últimamente he sufrido algunos desmayos. Danny viene a veces y se queda conmigo cuando no me encuentro del todo bien.

Pudiera ser el vino de Madeira, o el ambiente de sinceridad que Williams había inspirado con sus cuentos; en todo caso, me sentí libre para observar que sufrir un desmayo podía ser preferible antes que ver cómo ese individuo perdía los estribos

estando en su casa. Williams se echó a reír.

—La verdad es que Danny posiblemente va mejorando poco a poco.

—¿Mejorando? ¿En qué sentido?

—Hace dos semanas tuvimos una escena similar, sólo que terminó de forma algo más dramática. Aquella vez, Danny estaba muy agitado, porque parece ser que su mejor amigo había hecho un comentario despectivo sobre su automóvil, y porque su novia se negó a casarse con él. Danny volvió a la casa y se puso a darle vueltas al asunto; sin darme tiempo a entender lo que estaba ocurriendo, había destrozado una mesita, había arrojado una lámpara de bronce contra la pared, había hecho añicos contra el suelo un botellón de cristal tallado, con tanta fuerza que dejó una marca en la tarima de pino. Pero eso no fue todo; no había terminado aún. Cogió una de mis Luger de fabricación alemana y disparó un tiro al suelo, en el piso de arriba. Luego, salió por la puerta y disparó otro tiro al aire, en Monterrey Square, parece ser que intentando reventar una farola.

»Como es natural, llamé a la policía, pero Danny oyó a tiempo la sirena, arrojó la pistola entre los arbustos, entró en la casa, subió al piso de arriba y se metió en la cama vestido como estaba. Los polis llegaron sólo un minuto más tarde, pero cuando por fin subieron se encontraron con que Danny fingía estar profundamente dormido. Cuando lo “despertaron”, fingió una total confusión y desmintió haber roto nada, y para qué hablar de los disparos. Sin embargo, los policías vieron que tenía en los brazos algunas gotas de sangre producidas por los fragmentos de cristal que le alcanzaron cuando hizo añicos el botellón. Así pues, se lo llevaron a la cárcel. Supuse que cuanto más tiempo pasara allí dentro, más enfurecido se pondría, de modo que a la mañana siguiente retiré los cargos y lo saqué de la cárcel.

Tampoco le hice yo la pregunta más obvia: ¿por qué tiene usted trato con semejante elemento? En cambio, sí le pregunté algo de más inmediata relevancia.

—Decía que Danny disparó una de sus Luger de fabricación alemana. ¿Cuántas tiene?

—Varias —repuso Williams—. Las necesito por cuestión de seguridad. Suelo pasar aquí mucho tiempo solo, y ya he sufrido dos intentos de robo. El segundo lo llevó a cabo un tío que vino armado con un subfusil ametrallador, entró mientras yo estaba dormido. Fue entonces cuando instalé el sistema de alarma. Funciona muy bien cuando estoy fuera de casa o cuando estoy en el piso de arriba, pero si ando por aquí, por la planta baja, tengo que desconectarlo, porque cada dos por tres se activa y viene la policía. Por eso guardo algunas pistolas en lugares estratégicos. En la biblioteca hay una Luger, tengo otra en un cajón de mi escritorio, hay una tercera en la prensa de lino de Irlanda que ha visto usted en el vestíbulo, más una Smith and Wesson en la sala de estar. En la primera planta tengo una escopeta y tres o cuatro rifles. Las pistolas están cargadas.

—Son cuatro en total. Cuatro pistolas cargadas —dije.

—Ya sé que corro un riesgo, pero soy un jugador por naturaleza. Siempre lo he

sido. Hay que serlo, desde luego, si uno se dedica al negocio de las antigüedades y a la restauración de casas antiguas, endeudándose hasta las orejas. Pero cuando juego sé muy bien cómo poner la suerte de mi parte. Venga, se lo enseñaré.

Williams me condujo hacia una pequeña mesa de *backgammon*. Retiró el tablero de *backgammon* y lo sustituyó por otro, forrado de fieltro verde.

—Creo en el control mental —dijo—. Creo que se puede influir en los acontecimientos por medio de la concentración. He inventado un juego que llamo «los dados psíquicos». Es muy fácil. Uno toma cuatro dados y elige cuatro números entre el uno y el seis, por ejemplo, cuatro, tres, dos seises. Luego tira los dados, y si sale alguno de los números, deja el dado sobre el tablero. Luego sigue tirando los dados restantes hasta que todos ellos quedan sobre el tablero, mostrando los números elegidos. El jugador es eliminado si tira tres veces seguidas sin que salga ninguno de los números que necesita. El objeto del juego es sacar los cuatro números en el menor número de tiradas posibles.

Williams estaba convencido de que podía poner la suerte de su parte mediante la debida concentración.

—Los dados tienen seis caras —dijo—, así que uno tiene un sexto de posibilidades de que le salga el número elegido. Si le sale una proporción mejor, es que ha derrotado las leyes de la probabilidad. Y la concentración ayuda, ya lo creo. Está demostrado. En los años treinta, en la universidad de Duke se hizo un estudio con una máquina que arrojaba los dados. Primero la pusieron a tirar los dados mientras no había nadie más en el edificio, y le salieron números totalmente acordes con las leyes de la probabilidad. Luego pusieron a un hombre en la habitación contigua y le pidieron que se concentrara en algunos números, para ver si podía vencer las leyes de la probabilidad. Así fue. Luego lo pusieron en la misma habitación en que estaba la máquina, para ver si ganaba aún por un margen más amplio, y así fue. Cuando el hombre empezó a tirar los dados por sí mismo, con un cubilete, el resultado fue mejor incluso. Y cuando tiró los dados con la mano, todavía más.

Por las pocas rondas que jugamos, no me quedé muy convencido de que «los dados psíquicos» realmente funcionaran. Williams no tenía duda de que sí: veía pruebas de su tesis a cada paso. Cuando me hacía falta un cinco y me salió un dos, no dudó en exclamar lo siguiente:

—¡Ajá! Ya sabe usted qué número hay al otro lado del dos, ¿no? ¡El cinco!

No pude dejar pasar su observación.

—Si hubiéramos estado apostando, de todos modos habría perdido, ¿no es así?

—Desde luego, pero fíjese qué poco le ha faltado. Ya lo ve: la misma concentración por la que funcionan «los dados psíquicos» es la que hace funcionar casi todas las cosas de este mundo. Yo no he estado enfermo ni una sola vez en toda mi vida, si se exceptúa ese resfriado normal y corriente que todos tenemos de vez en cuando. No me puedo tomar la molestia, no tengo tiempo. Estar enfermo es todo un

lujo, así que yo me concentro en estar sano. Esta noche, Danny solamente se ha desahogado un poco, y fue porque lo enfrié primero. En eso me estaba concentrando.

Me tentó no dejar pasar tampoco esta observación, pero se había hecho tarde. Me dispuse a marcharme.

—¿No cabe la posibilidad de que otras personas vuelvan contra usted su energía mental? —le pregunté.

—Desde luego, y lo intentan a todas horas —dijo Williams con una irónica sonrisa—. Tengo entendido que muchas personas rezan fervientemente noche tras noche para que las invite a mis fiestas de Navidad.

—Es fácil de comprender —dije—. Me han dicho que es con mucho la mejor fiesta que se da en Savannah.

—Le invitaré a la próxima, y podrá juzgar por sí mismo —Williams me traspasó con su mirada impenetrable—. No sé si sabrá que en realidad doy dos fiestas de Navidad, no sólo una. Las dos son de etiqueta. La primera es la más famosa, es la que sale en los periódicos, la fiesta a la que se mueren de ganas por venir todos los ricos y los poderosos de Savannah. La segunda fiesta se celebra a la noche siguiente. Nunca sale en los periódicos. Es... solamente para hombres. ¿A qué fiesta preferiría que le invitase?

—A la que menos probabilidades tenga de saldarse con disparos —le dije.

DESTINO DESCONOCIDO

Será mucho retorcer las cosas afirmar que me marché de Nueva York y que llegué a Savannah a resultas de haber cenado una paletilla de cordero servida sobre un lecho de achicoria templada, pero es verdad que entre una cosa y otra existe cierta relación.

Llevaba veinte años viviendo en Nueva York, dedicado a escribir artículos y a trabajar en la redacción de varias revistas. Thomas Carlyle llegó a decir en su día que trabajar como redactor en una revista es una profesión de rango inferior a la de barrendero, pero a mediados del siglo xx y en Nueva York debo decir que era una actividad cuando menos respetable. Escribía a menudo para *Esquire* y había sido redactor de la revista *New York*. En todo caso, a principios de los ochenta resultó que la ciudad de Nueva York se hallaba embarcada en un desenfreno de *nouvelle cuisine*. Todas las semanas se inauguraban dos o tres restaurantes elegantes, para mayor alborozo de la fanfarria gastronómica del momento. La decoración era siempre relamida y posmoderna, la cocina era superlativa, los precios exorbitantes. Salir a cenar por ahí se convirtió en la actividad de ocio más popular entre los neoyorquinos, que prácticamente dejaron de ir a las discotecas, al teatro y a los conciertos. La comida y los restaurantes eran temas obligados en cualquier conversación medianamente distinguida. Una noche, mientras el camarero de uno de estos establecimientos recitaba el dilatado monólogo de las especialidades de la casa, eché un vistazo a los precios que figuraban en la carta: 19, 29, 39, 49 dólares, y se me ocurrió de golpe que ya había visto esa misma columna de cifras a lo largo del día, seguro, sólo que ¿dónde había sido? Me acordé de pronto: había sido en un anuncio del periódico, en una oferta de tarifas reducidas para viajar en avión de Nueva York a distintas ciudades de los Estados Unidos. Tal como yo lo recuerdo, la paletilla de cordero con achicoria templada costaba tanto como un vuelo de Nueva York a Louisville o a otras seis ciudades equidistantes. Incluyéndolo todo —las bebidas, el postre, el café y la propina—, aquella noche salimos cada uno por el precio que nos hubiese costado pasar un fin de semana, de viernes a domingo, en cualquier otra ciudad.

Una semana más tarde pasé del cordero con achicoria y tomé un avión a Nueva Orleans.

Después de aquella primera vez, cada cinco o seis semanas empecé a aprovechar la creciente liberalización de los precios vigentes en los vuelos interiores, y comencé a salir de Nueva York en compañía de un reducido grupo de amigos, interesados como yo en cambiar de aires. Uno de aquellos fines de semana fuimos a Charleston, en Carolina del Sur. Estuvimos dando vueltas en un coche de alquiler, con ayuda de un mapa de carreteras desplegado sobre el salpicadero. En la parte inferior del mapa, a unos ciento sesenta kilómetros siguiendo la costa, estaba Savannah.

Nunca había estado en Savannah, pero tenía en mente una vívida imagen de la

ciudad. Mejor dicho, varias imágenes. La más memorable de todas ellas, por haberse formado en mi niñez, estaba relacionada con *La isla del tesoro*, que había leído a los diez años. En *La isla del tesoro*, Savannah es la ciudad en donde el capitán Flint ladra su última orden —«¡Trae el ron, condenado!»— y entrega a Billy Bones el mapa de la Isla del Tesoro. «Me lo dio en Savannah —dice Bones— cuando se estaba muriendo». Mi ejemplar del libro llevaba además un dibujo con el mapa de Flint, con una cruz que señalaba el punto en que estaba enterrada la mayor parte del tesoro. Mientras iba leyendo, volvía cada dos por tres al mapa, y cada vez que lo miraba me acordaba de Savannah, pues al pie del mapa figuraba una anotación garabateada de su puño y letra por Billy Bones: «Entregado por el susodicho John Flint a William Bones en Savannah, a veinte de julio de 1754».

Después topé con Savannah en *Lo que el viento se llevó*, cuya acción transcurre un siglo más tarde. Hacia 1860, Savannah ya no era el puerto pirata que yo me había imaginado de niño. Se había convertido, dicho con las palabras de Margaret Mitchell, en «esa ciudad de galantes costumbres, a la orilla del mar». Savannah era una presencia fuera del escenario de *Lo que el viento se llevó*, tal como lo había sido en *La isla del tesoro*. Estaba en un lugar distante, en la costa de Georgia, y era una ciudad muy digna, reposada, refinada, como si mirase a Atlanta por encima del hombro: Atlanta era entonces un poblachón de frontera con sólo veinte años de antigüedad, unos seiscientos kilómetros hacia el interior. Desde el punto de vista de Atlanta, en concreto a través de la mirada de la joven Scarlett O'Hara, Savannah y Charleston eran «como dos ancianas abuelas que se abanicasen plácidamente mientras toman el sol en el porche».

La tercera impresión que tuve de Savannah fue un tanto más estrafalaria, ya que la obtuve de las páginas amarillentas de un periódico que había sido empleado para forrar el interior de un antiguo baúl de madera que tenía a los pies de la cama. Eran páginas del *Savannah Morning News* del 2 de abril de 1914. Cada vez que abría la tapadera del baúl, me encontraba con la breve noticia que sigue:

EL TANGO NO ES SÍNTOMA DE LOCURA

El jurado decide que Sadie Jefferson no está loca

Bailar el tango no es indicio de locura. Según decidió ayer una comisión de expertos en demencias, Sadie Jefferson está cuerda. Se había alegado que dicha mujer bailó sin parar un tango de camino a la comisaría de policía, cuando fue detenida recientemente.

Ésa es la noticia en su totalidad. No se añadían más detalles sobre la tal Sadie Jefferson, y ni siquiera se decía por qué razones había sido detenida. Me imaginé que habría bebido más de la cuenta, probablemente del mismo ron que le sobró en su día

al capitán Flint. Fuera como fuese, Sadie Jefferson parecía hecha de la misma pasta que la heroína de esa canción titulada «Hannah, la de duro corazón, vampiresa de Savannah». Aquellas dos mujeres prestaban una dimensión exótica adicional a la imagen de Savannah que iba cobrando relieve en mi cabeza.

Luego llegó la muerte de Johnny Mercer a mediados de los setenta, y me enteré entonces de que había nacido y se había criado en Savannah. Mercer había escrito la letra, y a veces también la música, de docenas de canciones que yo me sabía de memoria desde que era pequeño, canciones suaves, de matizada elocuencia: «Jeepers Creepers», «Ac-Cent-Tchu-Ate the Positive», «Blues in the Night», «One for my Baby», «Goody Goody», «Fools Rush In», «That Old Black Magic», «Dream», «Laura», «Satin Doll», «In the Cool, Cool, Cool of the Evening» y «On the Atchison, Topeka and the Santa Fe».

Según la nota necrológica, Mercer nunca dejó de estar en contacto con la ciudad que le vio nacer. Savannah, decía, fue «un dulce, indolente telón de fondo para que madurase poco a poco un chico como yo». Incluso después de marcharse mantuvo una casa en las afueras de la ciudad, para poder ir de visita cuando le viniese en gana. El porche de la parte de atrás daba a un barranco que se llenaba de agua cuando subía la marea, y que trazaba varios meandros por un amplio trecho de marismas. En su honor, Savannah había rebautizado el riachuelo con el título de una de las cuatro canciones que le valieron, por las letras, otros tantos Oscar de la Academia: «Moon River».

Tales eran entonces las estampas contenidas en mi particular e imaginario folleto turístico de Savannah: piratas ahitos de ron, mujeres tercas, música deliciosa. Todo eso, más la belleza del nombre: Savannah.

Como no existe una ruta directa de Savannah a Charleston, seguí un camino zigzagueante que me llevó a través de las llanuras costeras de Carolina del Sur. A medida que me aproximaba a Savannah, la carretera se estrechó hasta no tener más que dos carriles, uno por cada sentido, que discurrían entre dos hileras de árboles altos y frondosos. De cuando en cuando se veía un tenderete en el que se vendían productos de la tierra, o alguna que otra casa de campo semioculta por la vegetación; nada hacía pensar en una zona urbana más o menos extensa. Por la radio del coche, la voz de un locutor me informó de que había penetrado en una región denominada «Imperio Costero». «Las previsiones meteorológicas para los próximos dos días en el Imperio Costero son de temperaturas en torno a los 26 o 28 grados centígrados, con olas moderadas en la mar y escasa agitación en los embalses del interior».

Bruscamente, los árboles dejaron paso a un paisaje más abierto, de marismas salpicadas de hierba color de trigo. Al frente, un puente de considerable elevación ascendía en medio del llano. Desde la coronación del puente miré a un lado y vi el río Savannah, en cuya otra orilla comenzaba una hilera de viejas edificaciones de ladrillo

que daban a una estrecha explanada. Tras los edificios, una densa masa forestal se prolongaba a lo lejos, aunque aquí y allá, al azar, sobresalían las agujas de una torre, una cornisa, tejados a dos aguas, cúpulas. Al descender el puente, me vi lanzado de lleno a un exuberante jardín.

La espesura de la vegetación formaba muros por todas partes, cuando no trazaba arcos entreverados de uno a otro lado de la calle, por entre los cuales se filtraba una luz difusa. El aire estaba caldeado, húmedo. Me sentí encerrado a cal y canto en un terrario de clima tropical, separado de un mundo que de pronto me parecía lejísimos de allí.

En las calles abundaban las casas de ladrillo, a veces estucadas, o bien los bellos edificios antiguos, con altas escaleras de acceso y las persianas cerradas. Entré en una plaza llena de matorrales florecidos, con un monumento en el centro. Pocas manzanas más allá llegué a una plaza muy semejante. Más allá aún encontré una tercera plaza construida sobre la misma línea, y aún me quedaba una cuarta por ver. A izquierda y derecha todavía vi otras dos muy similares. Había plazas por todas partes; llegué a contar ocho, diez, catorce. ¿O eran sólo doce?

—Hay exactamente veintiuna plazas —me dijo esa misma tarde una señora de cierta edad. Se llamaba Mary Harty. Algunos amigos comunes de Charleston nos habían puesto en contacto, ella estaba esperando mi llegada. Tenía el cabello blanco y las cejas muy arqueadas; miraba con un aire de perpetua sorpresa. Estuvimos un rato en la cocina de su casa, mientras preparaba unos martinis en una coctelera de plata. Cuando hubo terminado, colocó la coctelera en una cesta de mimbre: tenía pensado llevarme de excursión, según me dijo. Hacía un día espléndido, señaló, y yo disponía de poco tiempo en Savannah para perderlo metido en una casa.

Por lo que respecta a Miss Harty, las plazas eran las auténticas joyas de Savannah. En ninguna otra ciudad del mundo existía nada ni remotamente parecido. Había cinco en Bull Street, cinco en Barnard, cuatro en Abercorn, etcétera. James Oglethorpe, fundador de Georgia, había sido el responsable de su creación, según me dijo. Decidió que Savannah iba a estar repleta de plazas, inspirándose en el trazado de los campamentos militares romanos, y lo afirmó antes incluso de emprender viaje desde Inglaterra, antes de saber con exactitud en qué punto del mapa iba a situar Savannah. Cuando llegó, en febrero de 1733, eligió un risco de unos ciento treinta metros de altura en la margen sur del río Savannah, a unos treinta kilómetros del Atlántico. Ya había esbozado los planos de la ciudad. Las calles iban a formar una trama de rejilla, cruzándose en ángulo recto, y habría además plazas a intervalos regulares. En realidad, la ciudad iba a convertirse en una especie de gigantesco parterre ajardinado. Oglethorpe construyó personalmente las primeras cuatro plazas.

—Lo que más me gusta de las plazas —dijo Miss Harty— es que los coches no las pueden atravesar por el medio; tienen que dar la vuelta, y por eso fluye el tráfico a una velocidad moderada y agradable. Las plazas son nuestros pequeños oasis de tranquilidad.

Mientras hablaba, reconocí en su voz el acento costero que se describe en *Lo que el viento se llevó*: «Suave, algo arrastrado, de vocales líquidas, amable con las consonantes».

—Pero la verdad es que toda Savannah —dijo— es un oasis. Estamos aislados de todo, gloriosamente aislados. Somos un pequeño enclave en la costa, dependemos sólo de nosotros, nos rodean nada más que las marismas y los pinares. No es fácil, ni mucho menos, venir a vernos, tal como seguramente habrá notado por el camino. Si decide venir en avión, por lo general tendrá que hacer al menos un enlace. Y los trenes no son mucho mejores. En los años cincuenta apareció una novela que capta bastante bien lo que le digo. Se titula *Paisaje desde Pompey's Head*, y es de Hamilton Basso. ¿No la ha leído? La novela comienza con un joven que toma el tren en Nueva York para viajar a Pompey's Head; tiene que bajarse a la inhóspita hora de las cinco de la madrugada. Pompey's Head se supone que es Savannah, y a mí eso no me causa ningún problema. ¡Es cierto que somos un destino terrible al cual viajar!

La risa de Miss Harty era liviana como las campanillas que repican cuando las mece el viento.

—Antes había un tren que nos conectaba con Atlanta. Lo llamaban *Nancy Hanks*, pero dejó de funcionar hará unos veinte años, y la verdad es que aquí nadie lo echa de menos.

—¿No se sienten aislados, quiero decir, lejos de todo?

—¿Aislados? ¿Lejos de qué? —repuso—. No. En conjunto, yo diría que nos agrada estar así, al margen. No tengo ni idea si eso es bueno o es malo, pero así es. Los fabricantes suelen decir que les gusta lanzar nuevos productos, de prueba, en Savannah. Me refiero a las pastas de dientes, a los detergentes y demás. ¿Y sabe usted por qué? Porque Savannah es absolutamente impermeable a toda influencia del exterior. ¡Y no porque no hayan intentado influir en nosotros, cuidado! Dios mío, si lo intentan a todas horas... Aquí viene gente de todos los rincones del país, y son muchos los que se enamoran de Savannah. Luego deciden instalarse aquí, y en seguida se ponen a comentar que Savannah podría ser mucho más animada, y gozar de más prosperidad, con sólo darnos cuenta de lo mucho que tenemos, y con saber cómo sacarle beneficio. Para mí, no son más que oportunistas, políticos que pretenden representar algo que no es suyo. Y no sabe usted qué pesados pueden llegar a ponerse. Pesados hasta la grosería. Nosotros les sonreímos con simpatía, asentimos, pero no cedemos ni una pizca. A nuestro alrededor hay muchas ciudades que se han convertido en centros florecientes: Charleston, Atlanta, Jacksonville... Pero Savannah no es de éstas, no señor. Los del grupo Prudential, la compañía de seguros, ya sabe, quisieron organizar aquí su sede central para la región sureste en los años cincuenta. Esa gran empresa podría haber creado miles de puestos de trabajo, y Savannah se habría convertido en un importante centro de industrias no contaminantes, de las que arrojan constantes beneficios. Pero dijimos que no. Era demasiado grande. Así pues, se instalaron en Jacksonville. En los años setenta, Gian

Carlo Menotti pensó en montar en Savannah la sede permanente del Festival de Spoleto en los Estados Unidos. De nuevo dijimos que no nos interesaba. Y se lo quedó Charleston. No es que queramos ponérselo difícil a los de fuera, sino que nos gustan las cosas exactamente como están.

Miss Harty abrió un cajón y sacó dos copas de plata. Envolvió cada una en una servilleta de lino y las colocó en la cesta con todo cuidado.

—Puede que seamos un poco estirados —dijo—, pero no somos hostiles a la gente que viene de fuera. Nuestra hospitalidad es famosa, incluso teniendo en cuenta cómo las gastan en los estados del sur, ya sabe qué acogedores son. No por nada llaman a Savannah «ciudad anfitriona del sur». ¿Y sabe por qué? Porque siempre hemos sido una ciudad festiva. Nos encanta tener invitados, y a menudo los tenemos. Supongo que es por ser también una ciudad portuaria, por haber sido los anfitriones de gente venida de muy lejos casi desde que se creó la ciudad. La vida siempre fue más fácil en Savannah que en las plantaciones. Savannah era una ciudad de ricos comerciantes algodoneros, que vivían en casas muy elegantes, a un paso unas de otras. Las fiestas en seguida fueron parte indispensable de nuestra forma de entender la vida, y eso es determinante. No nos parecemos en nada al resto de Georgia. Tenemos un dicho: en Atlanta, lo primero que te preguntan es «¿A qué te dedicas?». En Macon, lo primero es «¿A qué iglesia vas los domingos?». En Augusta te preguntan por el apellido de soltera de tu abuela. En Savannah, la primera pregunta siempre es «¿Qué te apetece beber?».

Dio una palmadita a la cesta en que llevaba los martinis. Oí el eco del capitán Flint cuando pedía más ron.

—Savannah siempre ha sido una ciudad mojada —siguió diciendo—, incluso cuando el resto de Georgia era forzosamente seca. Fíjese que durante la prohibición, las gasolineras de Abercorn Street servían whisky directamente de los surtidores. En Savannah siempre fue posible conseguir una copa. Y eso nunca ha sido un secreto. Me acuerdo de que, cuando era niña, Billy Sunday trajo su cruzada evangelizadora a la ciudad. Se instaló en Forsyth Park, y todo el mundo fue a escucharle. ¡Qué enorme excitación! Había que verlo: Sunday se puso en pie y proclamó a voz en cuello que Savannah era *la ciudad más páfida del mundo*. Bueno, pues está clarísimo que a todos los presentes eso nos pareció lo que se dice maravilloso.

Miss Harty me entregó la cesta y abrió la marcha, atravesando el vestíbulo y la puerta de entrada, hasta mi coche. Con la cesta acomodada entre los dos, me fue guiando mientras conducía.

—Voy a llevarle a visitar a los muertos —dijo.

Habíamos doblado por Victory Drive, una larga avenida totalmente cubierta por un arco de robles de Virginia, cuyas ramas estaban literalmente forradas de musgo que a veces colgaba en hilachas de más de un palmo. En la mediana, una doble columnata de palmeras parecía dar soporte arquitectónico al dosel de robles y de musgo.

La miré de reojo, sin estar seguro de haber oído bien.

—¿A los muertos?

—Aquí en Savannah los muertos están muy presentes en la vida cotidiana; los tenemos muy cerca —dijo—. Se mire por donde se mire, siempre se encuentran recordatorios de lo que fue antaño, de la gente que aquí vivió. Tenemos una aguda conciencia de nuestro pasado. Por ejemplo, esas palmeras, ya ve usted: fueron plantadas en honor de los soldados de Georgia que perdieron la vida en la Primera Guerra Mundial.

Tras recorrer seis o siete kilómetros, nos apartamos de Victory Drive para tomar una sinuosa carretera que nos llevó a las puertas del cementerio de Bonaventure. Un bosque de robles de Virginia de proporciones prehistóricas se extendía ante nosotros. Aparcamos nada más cruzar los portones y proseguimos a pie, y llegamos casi de inmediato a un gran mausoleo de mármol blanco.

—Si muriese usted durante su estancia en Savannah —dijo Miss Harty con su más afable sonrisa—, es aquí donde lo enterraríamos. Es nuestro Sepulcro del Desconocido. Fue construido en honor de un hombre llamado William Gaston, que fue uno de los más galantes anfitriones de Savannah, uno de los que organizaba las fiestas más espléndidas, que murió en el siglo pasado. Este sepulcro es un monumento a su hospitalidad. Tiene una bóveda vacía, reservada para las personas que no son de la ciudad y que mueren estando de visita en Savannah. Así tienen la oportunidad de descansar durante un tiempo en uno de los cementerios más bellos del mundo, hasta que la familia de los difuntos haga lo propio para llevárselos a donde fuere.

Comenté que esperaba no abusar de la hospitalidad connatural de Savannah hasta semejante extremo. Pasamos delante del sepulcro por una avenida flanqueada de espléndidos robles. A uno y otro lado, las estatuas cubiertas de musgo descollaban en medio de una vegetación exuberante, quizá como si fuesen restos de un templo abandonado.

—En los tiempos de la colonización, todo esto era una plantación adorable —dijo Miss Harty—. En el centro se alzaba una mansión construida con ladrillos que trajeron especialmente de Inglaterra. Los jardines se extendían en terrazas escalonadas hasta la orilla misma del río. La hacienda y la mansión eran propiedad del coronel John Mulryne. Cuando la hija de Mulryne se casó con Josiah Tattnall, el padre de la novia quiso conmemorar la feliz unión de ambas familias trazando grandes avenidas jalonadas de árboles, que formaban una «T» y una «M» entrelazadas. Tengo entendido que gran parte de aquellos árboles siguen en pie, de modo que si uno se pone a ello aún se pueden detectar las iniciales.

Miss Harty hizo una pausa cuando nos acercamos a un montículo cubierto por la enredadera, a uno de los lados del camino por el que íbamos.

—Eso es todo lo que queda de la mansión —dijo al señalarlo—. Es parte de los cimientos, porque la casona se quemó a finales del siglo XVIII. Por lo que se sabe,

debió de ser un incendio espectacular. Se estaba celebrando una cena a la que habían asistido muchísimos invitados; los criados de librea atendían la mesa. En plena cena, el mayordomo se acercó al anfitrión y le susurró al oído que el tejado había prendido fuego, y que no podían hacer nada para extinguir las llamas. El anfitrión se puso en pie con toda calma, golpeó la copa con un cuchillo e invitó a los presentes a que tomaran sus platos y le hicieran el favor de acompañarle al jardín. Los criados llevaron después la mesa y las sillas, y la cena siguió su curso a la luz del incendio desatado. El anfitrión se desvivió por cumplir su tarea: obsequió a sus invitados con entretenidas historias, con chanzas y chistes, mientras las llamas devoraban la casona. Después, por riguroso turno, cada uno de ellos brindó por el anfitrión, la casa, la deliciosa cena que les había servido. Terminados los brindis, el anfitrión lanzó una copa de cristal tallado contra el tronco de un roble, y cada uno de los invitados imitó por riguroso turno su gesto. Cuenta la tradición que, si uno aguza el oído en las noches más tranquilas, aún se oyen las risas y el estallido de los cristales rotos. A mí me agrada pensar que éste es el lugar en que se celebra la Fiesta Eterna. Qué mejor lugar, en Savannah, para descansar en paz por los siglos de los siglos, que allí donde se celebra la fiesta perpetuamente...

Reanudamos el paseo y en muy poco tiempo llegamos a un pequeño recinto familiar, a la sombra de un gran roble. Dentro de una valla baja, de hierro forjado, había cinco tumbas y dos pequeñas palmeras datileras. Una de las tumbas, una pequeña lápida de mármol blanco, estaba medio tapada por la arena y las hojas secas. Miss Harty apartó los residuos con el canto de la mano y salió a la luz una inscripción: JOHN HERNDON MERCER (JOHNNY).

—¿Le conocía? —pregunté.

—Todos le conocíamos, todos le queríamos —dijo—. Siempre nos pareció reconocer algo muy característico de Johnny en cada una de sus canciones. Eran todas pujantes, frescas, y es que él era así. Era como si nunca se hubiese marchado de Savannah —apartó las hojas secas y descubrió el epitafio: Y LOS ÁNGELES CANTAN—. Para mí —añadió—, Johnny era literalmente el vecino de al lado: yo vivía en el número 222 de East Gwinnett Street y él vivía en el 226. El bisabuelo de Johnny construyó una gran casa en la plaza de Monterrey, pero Johnny nunca vivió en ella. El hombre que la ocupa actualmente ha llevado a cabo una soberbia restauración, la ha convertido en una casa realmente digna de verse. Se llama Jim Williams. Mis amistades de sociedad están que se pirran por él, pero yo no.

Miss Harty se irguió y no dijo más sobre los Mercer ni sobre Jim Williams. Seguimos caminando hacia el río, que empezaba a ser visible entre los árboles.

—Ahora tengo otra cosa que enseñarle —dijo.

Caminamos hasta la cresta de un risco achaparrado, desde el cual se dominaba una amplia masa acuática que no daba la impresión de moverse apenas. Era claramente el mejor rincón de todo aquel apacibilísimo entorno. Miss Harty me condujo a un pequeño recinto donde destacaba una tumba y un banco de granito.

Tomó asiento y me indicó con un gesto que me sentara a su lado.

—Por fin podemos tomarnos los martinis —abrió la tapadera de la cesta y sirvió el cóctel en las dos copas de plata—. Si se fija usted en la tumba —dijo—, se dará cuenta de que no es muy corriente.

Era una tumba doble, que ostentaba los nombres del doctor William F. Aiken y de su esposa, Anna.

—Eran los padres de Conrad Aiken, el poeta. Fíjese en las fechas.

Tanto el doctor como la señora Aiken habían muerto el mismo día: el 27 de febrero de 1901.

—Le contaré lo que ocurrió —dijo—. Los Aiken vivían en Oglethorpe Avenue, en una gran casa señorial. El doctor Aiken tenía su consulta en la planta baja del edificio de ladrillo, y la familia vivía en las dos plantas superiores. Conrad tenía once años. Una mañana, Conrad se despertó al oír a sus padres discutiendo en el dormitorio. La disputa parecía bajar de volumen, como si estuviese dirimida. Luego, Conrad oyó a su padre contar en voz alta: «Uno, dos, tres...». Se oyó un chillido contenido sólo a medias y un disparo. Luego otra cuenta hasta tres y otro disparo, y un golpe seco. Conrad corrió descalzo por Oglethorpe Avenue, hasta la comisaría de policía, en donde anunció lo siguiente: «Papá acaba de matar a mamá y luego se ha suicidado». Llevó a los oficiales de policía hasta la casa, hasta el dormitorio de sus padres, en el piso de arriba.

Miss Harty levantó la copa en un brindis silencioso en memoria del doctor y de la señora Aiken. Luego vertió unas gotas de martini en el suelo.

—Tanto si lo cree como si no —dijo—, una de las razones por las cuales mató el doctor Aiken a su esposa fue... las fiestas. Aiken lo sugiere en «Extraña luz de luna», uno de sus cuentos. En él, el padre se queja de que la madre no cuida a la familia como debiera. «Son dos fiestas por semana, todas las semanas, cuando no son tres y hasta cuatro, y eso me parece excesivo», le dice. Es un relato autobiográfico, por descontado. Los Aiken vivían muy por encima de sus posibilidades en aquel tiempo. Anna Aiken salía de fiesta prácticamente todas las noches. Y dio seis fiestas en su propia casa durante el mes anterior a que su marido la matase.

»Después del triste suceso, unos parientes se llevaron a Conrad a alguna ciudad del norte y allí se educó. Fue a Harvard y realizó una brillante carrera; ganó el Premio Pulitzer y fue nombrado titular de la cátedra de poesía de la Biblioteca del Congreso. Cuando se jubiló, vino a pasar sus últimos años de vida en Savannah. Siempre supo que volvería. Había escrito una novela titulada *El gran círculo*, que trata sobre el hecho de terminar allí donde uno ha empezado. Y así fue en el caso del propio Aiken. Vivió en Savannah sus primeros once y sus últimos once años de vida. En aquellos últimos años vivió incluso en la casa de al lado de la casa en que había pasado su infancia, separado así de su trágica niñez por una simple pared de ladrillo.

»Claro está que cuando volvió a Savannah, en la sociedad de amigos de la poesía se armó un gran revuelo, como bien podrá imaginar. Pero lo cierto es que Aiken se

mantuvo muy reservado, sin relacionarse casi con nadie. Declinó cortésmente la mayor parte de las invitaciones, aduciendo que necesitaba todo su tiempo para dedicarse a su trabajo. No obstante, con alguna frecuencia salía con su esposa y venían los dos a sentarse aquí mismo, por espacio de una hora más o menos. Se traían una coctelera de martini seco, copas de plata, y hablaban con sus difuntos padres, en memoria de los cuales ofrecían libaciones.

Miss Harty levantó su copa y la hizo chocar con la mía. Entre los árboles conversaban dos ruisseños. Pasó por allí delante muy despacio un barco de los que salen a pescar el camarón.

—A Aiken le gustaba venir a ver pasar los barcos —dijo—. Un día vio uno que se llamaba *Marinero del Cosmos*, y le encantó. La palabra «cosmos» es muy frecuente en sus poemas, no sé si lo sabía. Por la tarde, cuando llegó a su casa, buscó alguna mención del *Marinero del Cosmos* en las noticias del puerto, y allí estaba, en el listado de los barcos atracados en puerto. El nombre iba seguido por el siguiente comentario: «Destino desconocido». Eso le agradó más aún.

—¿Dónde está enterrado Aiken? —pregunté. No había más tumbas en el recinto.

—Oh, está enterrado aquí —dijo—. De hecho, ahora mismo somos sus invitados especiales. Aiken quiso expresamente que la gente viniera a este lugar tan hermoso después de que él hubiera muerto, que vinieran a beber martinis y a ver pasar a los barcos, tal como hizo él en vida. Y dejó una graciosa invitación a tal efecto. Quiso que su tumba tuviera la forma de un banco.

Un reflejo involuntario me propulsó a ponerme en pie de un brinco. Miss Harty se echó a reír, y luego se levantó también ella. El nombre de Aiken estaba inscrito en el respaldo del banco, junto con las palabras MARINERO DEL COSMOS, DESTINO DESCONOCIDO.

Me cautivaba Savannah. A la mañana siguiente, cuando pagué la cuenta del hotel, pregunté a la recepcionista que me atendió cómo podría informarme sobre la posibilidad de alquilar un apartamento durante un mes o poco más o menos, no de inmediato, pero quizás muy pronto.

—Marque «pensión» —me dijo—. Marque por teléfono el número correspondiente a P-E-N-S-I-Ó-N. Es un servicio donde existen diversas posibilidades de alojamiento; allí le informarán.

Sospeché que en Savannah había topado con un curioso vestigio del Viejo Sur. Me daba la impresión de que Savannah era en algunos aspectos un lugar tan remoto como el islote de Pitcairn, ese pequeño roquedo que hay en medio del Océano Pacífico, donde los descendientes de los marinos que se amotinaron en el *Bounty*, buque de Su Majestad, habían vivido totalmente aislados del mundo desde el siglo XVIII. Durante ese mismo tiempo, siete generaciones de naturales de Savannah habían permanecido encalladas en su coqueta, silenciosa y recluida ciudad, en un balcón que

miraba a las costas de Georgia. «Somos gente muy dada a relacionarnos con la parentela —me había dicho Mary Harty—. Aquí hay que andar con mucho cuidado, porque todo el mundo es primo de todos los demás».

Empecé a formarme una idea quizás peregrina, una variación sobre mi costumbre de salir los fines de semana a cualquier ciudad más o menos cercana. Montaría una segunda residencia en Savannah. Quizás llegase incluso a pasar un mes entero en Savannah, el tiempo suficiente para ser algo más que un turista, aunque no, claro está, un residente de pleno derecho. Me dedicaría a hacer amistades, a preguntar, a observar, a curiosear por ahí o por donde me llevase mi instinto, o allí a donde fuera invitado. No pensaba dar nada por sabido. Tomaría nota de todo.

Y durante ocho años hice exactamente eso, sólo que mis estancias en Savannah comenzaron a ser más largas, mientras que mis viajes de regreso a Nueva York cada vez eran más breves. En ocasiones, terminé por convencerme de que estaba viviendo en Savannah. Así me vi implicado en una aventura poblada por una insólita variedad de personajes, animada por una serie de raros sucesos que iban a coronar en un asesinato. Pero lo mejor será ir por partes. Fui al teléfono más próximo y marqué «pensión».

EL CABALLERO SENTIMENTAL

La voz que me contestó por teléfono cuando hube marcado «pensión» me llevó a mi nueva casa en Savannah, el segundo piso de una antigua caballeriza que daba a East Charlton Lane. Tenía dos pequeñas habitaciones con vistas a un jardín y a la parte posterior de una casa señorial. Lo más llamativo del jardín era un fragante magnolio y un plátano pequeño.

Entre el mobiliario del apartamento había una esfera terrestre bastante antigua, con toda la pinta de haber pertenecido a un marino. La primera noche que pasé en mi apartamento puse el dedo índice sobre Savannah y, haciendo girar el globo terráqueo, recorrí el paralelo 32. Bajo la yema de mi dedo pasaron Marrakesh, Tel Aviv y Nankin. Savannah estaba situada en el extremo occidental del Cabo Este, en línea con Cleveland, sólo que bastante más al sur. También estaba nueve grados de latitud al sur de Nueva York, diferencia que debiera haber bastado para que fuese distinto el ángulo que trazaba la luna en el cielo, al menos según supuse. En cuarto menguante, esa noche la luna habría girado levemente en el sentido de las agujas del reloj, así que más parecería una «U» que la «C» que parecía la noche anterior en Nueva York. ¿O sería al revés? Miré por la ventana para asegurarme, pero la luna se había escondido detrás de una nube.

Fue más o menos a esa hora, mientras intentaba fijar con una cierta exactitud mi posición en el universo, cuando oí risas y voces y el sonido de una pianola que llegaban del otro lado de la tapia del jardín. La canción que sonaba era «Sweet Georgia Brown», cantada con voz de barítono. La siguiente fue otro clásico, «¿Cómo es que te gusto tanto?». A pocas casas de distancia se estaba celebrando una fiesta, y eso me pareció muy buena señal. La música formaba un grato ruido de fondo, aunque puede que un tanto cursi, y el pianista me pareció francamente muy bueno. E incansable. La última canción que recuerdo haber oído aquella noche, antes de quedarme dormido, fue «Lazybones». Escrita, muy adecuadamente, por Johnny Mercer.

Pocas horas más tarde, nada más amanecer, la música volvió a sonar de nuevo. «Piano-roll Blues» fue el primer tema de la mañana; que yo recuerde, luego vino «Darktown Strutters' Ball». La música siguió sonando a cada tanto en esa misma vena, con intervalos de silencio, durante todo el día y hasta bien entrada la noche. El piano era parte permanente del ambiente; al parecer, también lo era la fiesta..., si es que de una fiesta se trataba.

Calculé que la música provenía del número 16 de East Jones Street, una casa señorial, pintada de amarillo claro, a cuatro casas de distancia. En todos los sentidos, la casa era igual a las demás de la manzana, salvo por la constante afluencia de visitas, de gente que entraba y salía a cualquier hora del día y de la noche. No había en ellos un común denominador: eran jóvenes y viejos, venían solos o en grupos, blancos y negros por igual, pero sí me percaté de un detalle, y es que ninguno

llamaba a la puerta, ninguno tocaba el timbre. Abrían la puerta y entraban, así, sin más. Una puerta sin cerrar con llave era algo muy poco común, incluso en Savannah. Di por sentado que, a su debido tiempo, todo aquello se explicaría por sí solo. Mientras tanto, me propuse ir conociendo mejor los alrededores.

La parte de la ciudad en que abundaban los jardines, con su trazado geométrico jalonado por las plazas, abarcaba el centro histórico y tenía una extensión de unos cinco kilómetros cuadrados. La construcción era anterior a la Guerra de Secesión. Por lo visto, los padres de la ciudad renunciaron después a la cuadrícula, cuando la ciudad fue creciendo hacia el sur del centro histórico. De hecho, inmediatamente al sur del centro histórico arrancaba una ancha franja de desvencijadas casas victorianas, que a su vez daban paso a Ardsley Park, una zona residencial de principios de siglo, llena de fachadas orgullosas, columnas, pedimentos, pórticos y terrazas. Al sur de Ardsley Park la escala de las edificaciones era algo menor.

Había *bungalows* de los años treinta y los cuarenta, ranchos de los cincuenta y los sesenta, y al final se hallaba el barrio sur, un terreno llano y ya semirural, que podía haberse encontrado en cualquier parte de los Estados Unidos, de no ser por los ocasionales ecos de Dixieland, como el Centro Comercial de Twelve Oaks y los Cines Tara.

En la Sociedad Histórica de Georgia, una servicial bibliotecaria me aclaró unos cuantos asuntos. No, nunca había existido en realidad una mujer que respondiera al nombre de Hannah, la de duro corazón. La bibliotecaria supuso que simplemente había sido producto de la necesidad de rima con que se encontró el compositor de la canción. Añadió con un suspiro que a veces deseaba que la tal Hannah hubiera sido vampiresa, sí, pero en Montana. Savannah reunía abundantes motivos de orgullo histórico real, tantos que no le hacían ninguna falta esos falsos honores. ¿Sabía acaso, me preguntó, que Eli Whitney había inventado la máquina limpiadora de algodón en la plantación Mulberry de Savannah? ¿Sabía que Juliette Gordon había fundado las Girl Scouts de Norteamérica en una humilde casa de Drayton Street?

La bibliotecaria me recitó una lista de los momentos estelares de la historia de Savannah: la primera escuela dominical de los Estados Unidos se había fundado en Savannah en 1740; la primera congregación baptista negra de Norteamérica tuvo lugar en Savannah en 1788; el primer campo de golf de Norteamérica se construyó en Savannah en 1796. John Wesley, el fundador de la iglesia Metodista, había sido ministro de Christ Church, en Savannah, en 1736, y mientras se ocupó él de la iglesia escribió un libro de himnos que se convirtió en el primer misal utilizado por la Iglesia de Inglaterra. Un comerciante de Savannah había financiado el primer barco de vapor que atravesó el Atlántico, el Savannah, que realizó su viaje de bautismo entre Savannah y Liverpool en 1819.

El peso acumulativo de todas estas primicias históricas hacía pensar que aquella soñolienta ciudad de unos 150.000 habitantes había sido en otro tiempo mucho más importante, en términos generales, de lo que era en la actualidad. Patrocinar el primer

barco de vapor que realizó un viaje transoceánico en 1819 habría sido por ejemplo el equivalente a lanzar hoy en día la primera cápsula espacial con cabida para pasajeros. James Monroe, presidente de los Estados Unidos, hizo un viaje a Savannah para honrar aquel viaje, y eso es justo índice de la importancia que tuvo.

Estuve hojeando libros, impresos y mapas en la sala de lectura que la Sociedad tenía abierta al público, una espaciosa estancia de techos altísimos, rodeada de anaqueles de arriba abajo, tan altos algunos que era preciso alcanzarlos mediante una escalera. La Guerra de Secesión descollaba visiblemente en aquella sala, y el papel que tuvo Savannah en dicho acontecimiento no podía ser más revelador del carácter de la ciudad.

Al principio de la contienda, cuando empezaron las hostilidades, Savannah era el principal puerto del mundo en la exportación de algodón. El general William Tecumseh Sherman lo escogió para culminar su triunfal marcha hacia el mar: atacó con 70.000 soldados los 10.000 que defendían Savannah. Al contrario que sus homólogos de Atlanta y Charleston, las autoridades civiles de Savannah eran hombres de negocios de talante eminentemente pragmático, que supieron templar su pasión secesionista al tener conciencia de la devastación que estaba a punto de sobrevenir. Al aproximarse Sherman a la ciudad, el alcalde de Savannah encabezó una delegación que salió a su encuentro. Le ofrecieron la rendición de la ciudad sin que mediase un solo disparo, siempre y cuando Sherman prometiera no arrasar la ciudad ni tampoco prenderle fuego. El general aceptó la oferta, y envió al presidente Lincoln un telegrama que se haría famoso: RUEGO ME ACEPTE COMO REGALO DE NAVIDAD LA CIUDAD DE SAVANNAH CON CIENTO CINCUENTA CAÑONES Y MUNICIÓN ABUNDANTE, ASÍ COMO VEINTICINCO MIL BALAS DE ALGODÓN. Sherman permaneció un mes en la ciudad, y luego emprendió camino a Columbia, en Carolina del Sur, para arrasarla por completo.

Savannah salió bastante empobrecida de la guerra, pero supo recobrase en pocos años y volvió a ser próspera. Sin embargo, es cierto que ya para entonces estaba erosionado el apuntalamiento financiero de la ciudad. La mano de obra del medio rural había comenzado el éxodo masivo hacia las ciudades industrializadas del norte de la Unión; tras años de cultivar algodón exclusivamente, los terrenos estaban agotados, faltos de nutrientes, aparte de que el centro del comercio y de la producción algodonera se había desplazado hacia el Oeste. Con la alarma y el pánico financiero que cundió en 1892, el precio de la libra de algodón se desplomó del todo, pasando de un dólar a nueve centavos en menos de un mes. Hacia 1920, una plaga de gorgojo había borrado todo residuo de la escasa actividad algodonera que aún quedaba por entonces. Savannah fue entrando paulatinamente en decadencia. Muchas de sus imponentes casas señoriales fueron deteriorándose a ojos vista. Lady Astor, que pasó por la ciudad en 1946, señaló que Savannah era «como una hermosa dama, sólo que con la cara sucia». Aguijoneados por las críticas, unos cuantos ciudadanos llenos de amor propio iniciaron en la década de los cincuenta la restauración del centro

histórico, y sus desvelos dieron por resultado la conservación y el adecentamiento del centro de la ciudad.

Antes de irme de la sala de lectura, se me ocurrió consultar la guía telefónica correspondiente a 1914 para ver si encontraba a Sadie Jefferson, la mujer que había ido bailando tangos hasta la comisaría de policía. No figuraba. De hecho, no había un solo Jefferson en la guía. La bibliotecaria echó un vistazo a mi viejo recorte de periódico y me dijo que presumiblemente me había equivocado al hacer la consulta.

—Por la redacción de la noticia —dijo—, es fácil suponer que Sadie Jefferson era negra. Se omite el título de cortesía, ¿lo ve? No pone ni «Sra.» ni «Srta.». Era la práctica común hasta la integración. También era corriente que la lista de negros apareciese en una sección distinta de la guía telefónica.

Efectivamente, Sadie Jefferson aparecía en la lista «De color» al final de la guía de 1914. Estaba casada con un barbero, un tal Samuel E. Jefferson. Averigüé que había muerto en los años setenta.

La historia de los negros de Savannah era, por supuesto, muy distinta de la historia oficial de los blancos. La esclavitud fue prohibida en el estado de Georgia en 1735 (Oglethorpe la tachaba de «crimen horrendo»), pero los delegados de la colonia cedieron en 1749 a las presiones de los colonos terratenientes y de nuevo la legalizaron. A pesar de una larga historia marcada por la opresión, el movimiento en pro de los derechos civiles, muy activo en Savannah en los años sesenta, era totalmente partidario de la no violencia. Los líderes del movimiento organizaron sentadas en los comedores, y también congregaron a sus seguidores para nadar en la playa o para arrodillarse en las iglesias, así como para otras actividades colectivas, aparte de efectuar un boicoteo de quince meses de duración contra los establecimientos comerciales de toda clase, siempre que en ellos se practicase la segregación. La tensión fue en aumento, pero prevaleció la paz, sobre todo gracias a los incansables esfuerzos de un alcalde progresista, Malcolm McLean, y a la estrategia no violenta de los líderes de la comunidad negra, especialmente W. W. Law, jefe de la sección local del NAACP. En 1964, Martin Luther King afirmó que Savannah era «la ciudad menos segregacionista de todo el sur de la nación». En 1980, la mitad de la población de Savannah era blanca y la otra mitad negra.

En los registros y archivos de la Sociedad Histórica había pruebas abundantes de que Savannah había sido, en su época de mayor apogeo, una ciudad cosmopolita, cuyos ciudadanos parecían hechos de una pasta especial, meramente por ser personas de mucho mundo. Richard Arnold, el alcalde que en plena Guerra de Secesión convenció al general Sherman para que entrase y saliera de la ciudad sin hacer ningún estropicio, era un perfecto botón de muestra de ese talante. Era médico, erudito, epicúreo, experto en vinos de calidad, aparte de ser todo un caballero que se tomaba muy en serio sus responsabilidades en sociedad. En una carta escribió lo siguiente:

«Anteayer agasajé al Honorable Howell Cobb, dando en su honor un almuerzo con una veintena de invitados. Nos sentamos a la mesa a las tres en punto y nos levantamos a las nueve y media». Ese almuerzo de seis horas y media de duración dio peso específico a lo que ya me habían dicho sobre la afición que existía en Savannah por las fiestas y las celebraciones de gala, aparte de recordarme la constante animación que se oía a todas horas desde el número 16 de East Jones Street, cerca de mi apartamento.

La ociosa vigilancia a que decidí someter ese inmueble dio su resultado un día a las doce de la mañana. Un automóvil se acercó a la acera y frenó hasta detenerse con un chirrido. Al volante iba una señora de edad, vestida como para las grandes ocasiones, con un pelo tan blanco como el azúcar molido. No había intentado siquiera aparcar en paralelo, limitándose a detener el coche metiendo el morro en el hueco libre, como si hubiese amarrado un caballo a un poste. Salió del coche y se dirigió a la puerta de entrada; sacó un martillito del bolso y reventó metódicamente tres de los cristales emplomados de la puerta. Colocó el martillo de nuevo en el bolso y volvió a su coche. No pareció que el incidente alterase en modo alguno a los que estuvieran dentro de la casa. El piano siguió sonando, siguieron oyéndose las voces y las risas. Los cristales fueron sustituidos por otros, aunque sólo cuando pasaron varios días.

Tal como esperaba, todo quedó bien claro relativamente pronto. Una noche, después de cenar, oí un fino taconeo en los escalones de la entrada, justo antes de que alguien llamara quedamente a la puerta. Al abrir, me encontré con una hermosa mujer a la luz de la luna. Su cabello parecía una nube o un algodón de caramelo de color platino. Llevaba un vestido rosa bastante escotado, cuyas formas llenaba voluptuosamente, y estaba riéndose por lo bajo.

—¿Sabe? —dijo—. Han vuelto a cortar la luz en casa de Joe.

—¿En serio? —contesté—. ¿Y quién es Joe?

Pareció momentáneamente confundida.

—¿No conoce a Joe? Vaya, pensé que todo el mundo conocía a Joe. Es vecino suyo. Bueno, es casi su vecino: Joe Odom —hizo un vago gesto hacia el oeste—. Vive por ahí, a dos casas de la suya.

—No será la casa del piano, ¿verdad?

El comentario provocó en la mujer oleadas de risa alegre.

—Eso es.

—¿Y es Joe Odom el que toca el piano?

—Desde luego que sí —repuso—, y yo soy Mandy, Mandy Nichols. No quería molestarle, ni nada por el estilo, pero es que he visto que tenía las luces encendidas, y como nos hemos quedado sin hielo, pensé que podría prestarnos algo...

La invité a pasar. Al rozarme, mientras cerraba la puerta, percibí un aroma a esencia de gardenia. Reconocí en ella a una de las muchas personas que había visto entrar en la casa. Posiblemente, ni aun queriendo hubiese podido olvidarla. Tenía una belleza estatuaria, aunque su cuerpo suave y adorable no mostrase un solo ángulo de

su contorno. Sus ojos azules eran tanto más llamativos por estar enmarcados por una exuberante y sabia aplicación de la cosmética. Saqué del congelador cuatro bandejas de hielo y las vacié en una cubitera. Le dije que me había preguntado alguna vez quién viviría en aquella casa.

—Oficialmente, sólo Joe —dijo—, aunque a veces sea difícil saberlo con seguridad, teniendo en cuenta la cantidad de gente que viene a pasar la noche, o que se queda una semana entera, y a veces incluso varios meses. Yo vivo en Waycross, pero vengo a Savannah seis días por semana, para cantar en los clubes de la ciudad. Luego, si de noche me encuentro demasiado fatigada para volver en coche a casa, me quedo en casa de Joe.

Mandy comentó que había ido a dejarse ver, a bailar incluso a la universidad de Tennessee; dijo también que el año anterior había sido coronada Miss Doble G en Las Vegas.

—¿Miss Doble G?

—Quiere decir Grande y Guapa —dijo—. Es un concurso de belleza para mujeres de tamaño considerable. Sacan a la calle una revista, y tienen incluso una línea de ropa de moda. La verdad es que no había previsto participar en el concurso, pero mis amigos enviaron la solicitud, y...

Le di la cubitera llena de hielo.

—Eh —dijo—, ¿por qué no te vienes a tomar una copa con nosotros?

Había estado a punto de proponer esa misma idea, de modo que acepté sin dudar, y la seguí por las escaleras. Mandy caminaba con cautela. Los guijarros de la acera repicaban y saltaban bajo sus tacones de aguja.

—Hay un buen trecho de Waycross a Savannah, ¿no es así? —le pregunté.

Sí, se tarda una hora y media más menos —dijo—. Y otro tanto a la vuelta.

—¿No le resulta un tanto aburrido, haciéndolo casi a diario?

—No, la verdad es que no. Así tengo tiempo de hacerme las uñas.

—¿Las uñas?

—Pues claro —se rió por lo bajo—. ¿Por qué no?

—Hombre, pues no lo sé, pero me parece algo complicado —dije—. Hacerse las uñas y conducir al mismo tiempo...

—Cuando le coges el tranquillo, es bastante más fácil de lo que parece —dijo—. Conduzco con las rodillas.

—¡Con las rodillas!

—Eso es. La verdad es que siempre me dejo las uñas para el final, porque antes me maquillo y después me peino.

Observé la brillante paleta de colores que desplegaba la cara sonriente de Mandy. No llevaba lo que se suele considerar una simple combinación de maquillaje facial y lápiz de labios, no, sino una compleja composición, para la que le había hecho falta la mezcla de innumerables sombras y colores. Tenía rosas y azules y sienas, más el nimbo platino de su espeso cabello.

—Me peino solamente hacia atrás.

—Tienes que llamar mucho la atención en plena carretera —dije—, haciendo todo eso a la vez que conduces...

—Bueno, sí, a veces —dijo—. Ayer mismo paré en una gasolinera, y un camionero que me venía siguiendo también paró a mi lado. «Señora —me dijo—, llevo detrás de usted desde hace unos tres cuartos de hora, y la he estado observando. Primero se ha puesto el maquillaje, luego se ha peinado, y luego se ha pintado las uñas. Sólo quería acercarme un poco para ver qué tal le queda». Me guiñó el ojo con toda simpatía y me dijo que me encontraba guapísima. «Permítame que le haga una pregunta —dijo después—. Me he fijado que a cada tanto se inclinaba usted a enredar con algo que lleva en el asiento de al lado, y me gustaría saber de qué se trata». Le expliqué que era sólo un televisor portátil, porque me fastidia muchísimo perderme los seriales que más me gustan.

Pasamos al jardín de casa de Joe Odom. La luz de las velas iluminaba las ventanas de la casa, que por lo demás estaba a oscuras. Vi dos hombres agazapados junto a la tapia del jardín. Uno sostenía una linterna, mientras el otro estaba arrodillado delante de la caja del contador de la electricidad. El que estaba arrodillado llevaba unos gruesos guantes de goma, con los que sujetaba unos alicates. Al parecer, estaba intentando conectar dos cables pelados.

—Con cuidado, Joe —dijo el que sostenía la linterna.

Un chorro de chispas saltó de un cable a otro, y las luces de la casa de al lado bajaron un instante de intensidad. Al recuperar toda su potencia, las luces de la casa de Joe parpadearon y se oyeron vítores desde dentro. Joe se puso en pie.

—Bueno, pues ya se ve que esta vez me he librado de morir electrocutado —dijo—. Puede que sea la próxima.

Hizo una atenta reverencia hacia la casa de al lado.

Joe Odom tenía el bigote y el pelo rubio ya veteados de gris. Llevaba una camisa azul claro desabrochada, unos pantalones *beige* y unos zapatos marrones y blancos. Tendría unos treinta y cinco años y se le veía notablemente tranquilo, me pareció, teniendo en cuenta que acababa de llevar a cabo un hurto peligrosísimo y de muy alto voltaje.

—He traído hielo —dijo Mandy.

—Y un heladero, por lo que veo —Joe sonrió con brillantez—. No suelo dedicarme a trabajar en el jardín a horas tan avanzadas de la noche —dijo—, pero... En fin, teníamos aquí un par de problemillas que necesitaban de toda mi atención.

Se quitó los guantes de goma.

—Supongo que soy cada vez mejor en estos menesteres. También sé cómo restablecer el servicio de agua y de gas. Se lo digo por si algún día le hace falta. En cambio, los teléfonos no se me dan del todo bien. Puedo volver a conectar una línea que esté cortada, pero sólo consigo que se reciban llamadas, y no sirve para llamar a otros teléfonos.

En algún sitio, comenzó a funcionar un condensador de aire acondicionado.

—¡Qué maravilloso sonido! —dijo Joe—. ¿Qué os parece si vamos todos dentro y hacemos un brindis para celebrarlo? Hay que celebrar también las luces, el lavaplatos, el microondas, el refrigerador, y hasta la Compañía Eléctrica de Savannah. Y beberemos a la salud... —levantó un vaso imaginario hacia la casa de al lado— de quien sea.

La casa de Joe Odom estaba amueblada de un modo totalmente inesperado para ser la casa de un manitas de las instalaciones de gas, agua y electricidad. En el salón me encontré un espléndido aparador inglés, varios retratos al óleo del siglo XVII, un par de apliques de pared antiguos, de plata, un piano de cola Steinway y dos o tres alfombras orientales realmente impresionantes. Había gente por todas partes; más que una fiesta en toda regla, parecía que la casa estuviera abierta a todo el que la quisiera visitar.

—Soy abogado, experto en cuestiones fiscales —dijo Joe—, pero también soy agente de la propiedad inmobiliaria y pianista. Hasta hace un tiempo era socio de un bufete de abogados, pero hace ya dos años que lo dejé para instalar mi despacho en esta misma casa, y poder mezclar así los negocios y el placer en las proporciones que mejor me vengan. Eso fue cuando me dejó mi tercera esposa.

Joe señaló con un gesto hacia un joven dormido en un sofá del cuarto de estar.

—Ése es Clint. Si algún día necesitas que te lleve a Atlanta, a Clint le encantará hacer contigo el viaje. Conduce trailers de aquí para allá, y le agrada ir con alguien; si no, dice que se aburre. De todos modos, conviene que sepas que hace el viaje en menos de tres horas. De quienes le han acompañado en esos salvajes viajes, nadie se apunta a repetir.

Una muchacha pelirroja, con coleta, hablaba por el teléfono de la cocina. Joe me dijo que era *disk-jockey* en una de las emisoras de los «40 principales» que había en Savannah. Añadió que el tío con el que estaba saliendo acababa de ser detenido por traficar con cocaína y por hacer amenazas terroristas contra la policía. En el comedor, un rubio vestido con camisa y pantalones blancos estaba cortándole el pelo a una mujer.

—Te presento a Jerry Spence —dijo Joe—. Nos corta el pelo a todos; ahora mismo está ocupándose de Ann, que es mi primera y segunda esposa. Ann y yo fuimos novios desde que éramos dos críos. Nos casamos por primera vez cuando yo aún estudiaba derecho; la segunda vez que nos casamos fue el día del aniversario de nuestro primer divorcio. Además, ya has conocido a Mandy, que es mi cuarta esposa... a la espera.

—¿A la espera de qué? —pregunté.

—A la espera de que llegue el divorcio —dijo Joe—. No hay forma humana de saber cuándo llegará el momento, porque su abogado es un vago de tomo y lomo, que de momento ni siquiera ha rellenado los papeles de la solicitud. En fin, tampoco es cosa de que nos quejemos mucho de él, porque resulta que su abogado soy yo.

El centro social de la casa era la cocina, desde la cual se veía el jardín. En la cocina había un piano, y era ahí donde se generaba la música y las risas que se derramaban del jardín a la calle.

—Me he fijado que sueles dejar la puerta sin llave —dije.

—Así es. Sería muy molesto tener que levantarse a abrir cada vez que viene alguien. Ésa fue una de las quejas de mi tercera mujer —Joe Odom se echó a reír.

—Bueno, pues que conste que la puerta de entrada es otro de mis motivos de queja —dijo Mandy—. Sobre todo desde el robo que tuvimos la semana pasada. Joe dice que no fue un robo, pero yo insisto en que sí. Eran las cuatro de la madrugada y estábamos los dos en la cama; me desperté, porque había oído ruidos en la planta baja, y sacudí a Joe para que se despertara. «Joe, tenemos ladrones», le dije. Pero a él le dio igual. «Podría ser cualquiera —dijo—. Anda, duerme y no fastidies». Pero yo estaba segura de que eran ladrones. Oí que abrían y cerraban los cajones, qué sé yo qué más. Así que lo sacudí de nuevo y le dije que bajase a echar un vistazo. Total, que el muy pánfilo levantó la cabeza de la almohada y pegó un grito. «¿Angus? ¿Angus, eres tú?». Se hizo un silencio total, por supuesto. ¿Y sabes qué me dijo? «Bueno, pues si tenemos ladrones en la casa, está claro que ninguno se llama Angus». Y se volvió a dormir a pierna suelta. Pero era un ladrón, estoy segura, y tuvimos mucha suerte de que no nos matara.

Joe se había puesto a tocar el piano a mitad del relato de Mandy.

—Por la mañana —dijo—, habían desaparecido tres botellas de licor y media docena de vasos. No me parece muy propio de un ladrón que digamos. Más bien debía de ser una fiesta. Y lo único que me fastidia es que no estuviéramos invitados.

La sonrisa de Joe indicó que el asunto estaba zanjado al menos por su parte.

—De todos modos, como iba diciendo, en principio dejo la puerta sin cerrar con llave por mera conveniencia. Y no tardé en darme cuenta de que cuando sonaba el timbre, es que venía alguien a quien no conocíamos. Y ésa pasó a ser la señal de que venía un desconocido. He aprendido a no levantarme a abrir cuando ocurre, porque es probable que se trate de un ayudante del *sheriff*, que viene a entregarme quién sabe qué papel, y en tal caso es preferible que no me encuentre en casa, ya que tiene que entregármelo personalmente.

—Claro que puede ser alguna anciana con un martillo en la mano —dije.

—¿Con un martillo? No creo que tenga el gusto de conocer a ninguna anciana que lleve un martillo en el bolso.

—Pues la que rompió los cristales de la puerta desde luego que lo llevaba.

—¿Eso lo hizo una anciana? —Joe parecía sorprendido—. Me estaba preguntando cómo ocurrió. Pensamos que alguien habría cerrado la puerta con demasiada fuerza. Entonces... ¿quieres decir que la viste?

—Así es.

—Bueno, aquí en Savannah tenemos nuestro cupo de ancianas —dijo Joe—, y, a lo que se ve, hay una que parece molesta conmigo —no parecía en modo alguno

preocupado—. Bueno, pues ya sabes algo sobre nosotros, así que es hora de que nos hables de ti. Les dije que era escritor y que venía de Nueva York.

Ah, entonces está claro; debes de ser ese nuevo yanqui del que hemos oído hablar por ahí. No se nos escapa ni una, ¿sabes? Y es que Savannah es en realidad un pueblo; es tan pequeña que todo el mundo lo sabe todo acerca de los demás. Puede ser un auténtico coñazo, pero tiene sus ventajas, porque así sabemos quiénes son policías secretos. En cuanto a ti, quizás te convenga saber que has despertado bastante curiosidad. Todo el mundo cree que estás escribiendo algo y que pretendes dejar a Savannah con el culo al aire, así que la gente está recelosa. Pero no te apures por eso. En secreto, todos aspiran a que los metas en tu libro —Joe se echó a reír y me guiñó el ojo—. Savannah es un sitio muy peculiar, pero si haces caso de tu primo Joe, seguro que te irá bien. Antes que nada, tienes que saber cuáles son las reglas elementales.

»Regla número uno: *quédate siempre a tomar otra copa más*, porque es entonces cuando empiezan a pasar cosas. Es entonces cuando te enteras de todo lo que quieres saber, te lo digo yo.

—Creo que es una regla bien fácil de cumplir —dije.

—Regla número dos: *nunca vayas al sur de Gaston Street*. Los genuinos habitantes de Savannah son NDG. NDG quiere decir «Norte de Gaston». Nos movemos siempre por la parte antigua de la ciudad; no vamos al barrio sur a menos que nos inviten a una fiesta de las que dan los ricos en The Landings. Todo lo que quede al sur de Gaston Street es para nosotros el norte de Jacksonville, y por lo general preferimos no mezclarnos en nada de lo que se cueza por allí.

»Regla número tres: *santificarás las fiestas, que son el día de San Patricio y el día del partido de fútbol entre Georgia y Florida*. En Savannah se celebra un desfile por San Patricio, que es el tercero de toda Norteamérica, después de Boston y Nueva York, claro. Viene gente de todo el sur a ver el desfile. Las tiendas cierran durante el día entero, salvo los restaurantes y los bares, y se empieza a tomar copas más o menos a las seis de la mañana. En el día del partido de fútbol entre Georgia y Florida también es fundamental la bebida, aunque ahí termina toda similitud que pudiera haber. Ese partido es nada menos que una guerra abierta entre los caballeros de Georgia y los bárbaros de Florida. Vamos entrando en calor desde una semana antes, y luego nos hace falta entre una semana y diez días hasta que asumimos el peso emocional y la tensión que se desata al haber ganado o al haber perdido, que eso es lo de menos. En Georgia, los hombres maduran al entender la seriedad de ese partido.

—Y las mujeres de Georgia también entienden la seriedad que tiene, te lo aseguro —dijo Mandy—. Pregúntaselo a cualquier chica de Georgia, que te lo dirá bien claro: una no empieza a ponerse pantis hasta después de un partido Georgia-Florida.

Tuve la sensación de que me iba haciendo rápidamente un buen amigo de Joe y de Mandy.

—Así que veamos —dijo Joe—. Ahora que te hemos tomado bajo nuestra

custodia y protección, nos sentiremos muy molestos contigo si necesitas algo y no nos lo pides, o si te metes en un buen lío y no nos llamas a voz en cuello.

Mandy se subió en las rodillas de Joe y le mordisqueó la oreja.

—Eso sí, no dejes de ponernos en tu libro —dijo—. Comprenderás, eso espero, que cuando se haga la película los dos queremos hacer el papel de nosotros mismos. ¿Verdad que sí, Mandy?

—Mmm-Hmm —dijo.

Joe tocó unos compases de «Hurra por Hollywood», otro clásico de Johnny Mercer.

—En ese libro que estás escribiendo —dijo—, puedes utilizar mi nombre de verdad si así lo prefieres. Si no, llámame simplemente «El caballero sentimental de Georgia», porque eso es lo que soy.

Soy un caballero sentimental de Georgia, Georgia,
amable con las damas a todas horas.

Y cuando llega el momento del amor soy todo un profesor
¡sí, señor!

Un galán de Mason-Dixon^[1].

Ah, qué melocotoncitos los de Georgia, los que ahora tengo a mi alrededor.

Lo que me enseña esta nena no lo sabe nadie más.

Soy un caballero sentimental de Georgia, Georgia,
amable con las damas a todas horas.

Joe cantaba con tal encanto que tuve que recordar que era el mismo que poco antes había pinchado el suministro eléctrico de la casa de al lado, el mismo que, según había reconocido sin que nadie le forzara, esquivaba de la mejor manera diversas causas judiciales por delitos financieros de sabe Dios qué proporciones. Su manera de hacerse querer le servía para que a su alrededor todo pareciera suave y divertido. Más tarde, cuando me acompañó a la puerta al decir que me marchaba, estuvo bromeando conmigo con tal facilidad y tal gracia que hasta que hube llegado a casa no me di cuenta de que, mientras nos despedíamos, le había prestado veinte dólares encantado de la vida.

INSTALACIÓN

Tras lo que consideré un prometedor comienzo en la vida social, aunque hubiera sido bastante poco ortodoxo, comencé a preparar mi apartamento de modo que me fuera cómodo vivir y trabajar en él. Para pertrecharme de elementos tan esenciales como las estanterías, algún archivador y lámparas de lectura, visité una tienda de muebles de segunda mano que había en las afueras. Era un almacén lleno de trastos, grande como un granero, que se prolongaba en una serie de habitáculos repletos de mesas de formica, sofás, mobiliario de oficina y máquinas y utensilios diversos, desde lavadoras y secadoras hasta deshuesadores de manzanas. El propietario estaba sentado como un buda detrás de su mesa, ladrando saludos a los clientes y órdenes a su dependiente.

Era un hombre inexpresivo de unos treinta y tantos. Tenía un pelo de ratón que llevaba peinado con raya al medio, y llevaba los brazos pegados a los costados. Iba vestido con ropa limpia aunque desvaída, como si fuesen camisas y trajes tomados de una de las perchas de la tienda. Me impresionó en seguida el instantáneo recuento del vastísimo inventario de la tienda que supo hacer. «De éstos tenemos siete en total —decía por ejemplo—. Uno está como nuevo, cuatro funcionan bastante bien, otro está estropeado, pero se puede arreglar, y hay uno más que no sirve para nada». Además del catálogo mental del lugar y todos sus rincones, el vendedor era un virtuoso sobre los pros y los contras de prácticamente cualquier marca de electrodomésticos. «Kelvinator hizo uno muy bueno a comienzos de los años cincuenta —decía—. Tenía cinco velocidades. Era muy fácil de limpiar, y se encontraban piezas de recambio en un santiamén».

Impresionado por todos estos conocimientos, más me asombró otro detalle: un arco de sombra de ojos color púrpura que relucía como una puesta de sol bien chillona en su párpado izquierdo.

Al principio me costó bastante trabajo escuchar lo que me decía, pues me distraía bastante la sombra de ojos. Me pregunté qué clase de transformación nocturna se construía en torno a ese ojo pintado. Me imaginé un ceñidor de pelo y un vestido sin tirantes, un abanico de plumas de avestruz y un largo guante blanco. ¿O sería algo de todo punto diferente? ¿No podrían ser las pinturas de guerra de un *punk*? ¿Era posible que aquel hombre de talante afable, inofensivo, pasara su tiempo libre vestido en secreto con recias botas de militar, camisetas agujereadas y pelos de punta?

A la sazón, mi atención volvió a concentrarse en lo que me estaba diciendo, y terminé por comprar lo que me estuviera mostrando. A la semana siguiente volví a pasar por la tienda, y esta vez procuré muy en serio no mirarle la sombra de ojos color púrpura que le adornaba el ojo izquierdo.

De vez en cuando, mientras me atendía, el jefe le preguntaba a gritos, sin moverse de su mesa, si tenían en *stock* tal o cual objeto. El dependiente aguzaba el oído y le contestaba a gritos, por encima del hombro, sin molestarse en mirarle directamente.

—Lo que el jefe no sepa, seguro que no le hace daño —me dijo el dependiente en voz baja, una vez, nada más concluir uno de estos diálogos.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—No le gusta esto —dijo el vendedor señalándose el ojo izquierdo—. Y no me dedico a travestirme, ni hago ninguna marranada por el estilo, cuidado. Tan sólo me pinto los ojos. Antes me pintaba también el otro, pero el jefe me dijo que ya estaba bien, y estaba dispuesto a largarme, a coger la puerta y no volver más. Pero me paré y me dije: «Espera un momento. El jefe nunca se mueve de su silla, y mi mesa queda a su izquierda. Si me limito a pintarme el ojo que más lejos le queda, puede que nunca llegue a darse cuenta». Bien, pues eso fue hace dos años, y desde entonces no ha dicho ni pío.

Cuando volví a visitar la tienda, el dependiente había salido a almorzar, pero tenía que volver pronto, según me dijo el jefe. Estuvimos charlando un poco.

—Jack es un buen tipo —me dijo al hablarme de su dependiente sin que yo le hubiese preguntado nada—. De lo mejorcito que he visto nunca. Aunque es bastante raro, vaya. Es un tío solitario. Esta tienda y todo lo que hay en ella son toda su vida, y no hay más. Yo le llamo «Jack, *el Tuerto Revirado*», aunque no se lo digo a la cara, claro está. Antes se maquillaba los dos ojos, no sé si lo sabe. Dios, tenía un aire lamentable. Y le dije que no estaba dispuesto a permitir nada semejante en mi establecimiento. Si se volvía a pintar los ojos, le dije, estaba despedido. ¿Y qué hizo? Al día siguiente vino sin pintar, al menos por lo que yo pude ver. Sólo que empezó a caminar de costadillo, igual que un cangrejo, revirado para acá y para allá. Y un buen día pasó por delante de un armario con luna, y lo vi clarísimo: se había pintado solamente el ojo que me ocultaba.

»A punto estuve de darle un puntapié en el trasero y sacarlo por la puerta, pero es muy bueno en lo suyo, y no parece que su manía moleste a los clientes. Por eso me quedé con la boca cerrada. Y desde aquel día hasta hoy aparta de mí ese ojo, para que no lo vea. Debe de creer que estoy ciego, o que soy un perfecto idiota, pero a mí me da lo mismo. Hace como que no lleva maquillaje, y yo hago como que no sé que no ha hecho ni el menor caso de mis deseos. Mientras tanto, sigue caminando de costadillo, revirado, hablándome de lado, con la esperanza de que yo no me dé cuenta. No sé quién está más loco de los dos, si Jack, *el Tuerto Revirado* o yo, pero nos llevamos muy bien.

No pasó demasiado tiempo hasta que me acomodé a una rutina diaria: de buena mañana, una carrera por Forsyth Park; desayuno en Clary's; un paseo a última hora de la tarde por Bull Street. Descubrí que mis actividades coincidían con los rituales cotidianos de otras personas. Daba lo mismo lo mucho que hubiesen divergido nuestros caminos durante el resto del día, que terminábamos por cruzarnos una y otra vez a la hora señalada y en el lugar convenido. Una de estas personas era el negro que

corría por Forsyth Park a la misma hora que yo.

Era flaco y de piel muy oscura; tendría algo más de un metro ochenta de estatura. La primera vez que me vi corriendo detrás de él, me fijé en que llevaba una correa corta, de cuero azulado. La llevaba enrollada en la mano, pero sobresalían unos veinte o veinticinco centímetros. El extremo libre lo golpeaba contra el muslo de vez en cuando, con un rítmico zap que me obligaba a correr, o bien al compás de sus chasquidos, o bien totalmente fuera de compás. Me resultó más fácil correr al compás, lo supe bien pronto. Aquel primer día, cuando dobló la esquina sur del parque, miró por encima del hombro hacia donde yo estaba, aunque no hacia mí, sino hacia algo o alguien situado más atrás. Miré yo también por encima del hombro y vi unos treinta metros más allá a una mujer rubia que corría con un pequeño terrier correteando a su paso.

La vez siguiente, eché a correr cuando la rubia y su perro iban por delante de mí. El perro se metía a la carrera por el parque, y luego volvía a velocidad redoblada para reunirse con su dueña. A medida que me fui acercando, ella miró con insistencia hacia Drayton Street, en el exterior del parque. El negro iba corriendo por Drayton, tras haber hecho los dos el giro correspondiente al llegar al extremo. Él le devolvió la mirada.

En lo sucesivo, nunca vi a uno sin ver también al otro. Él siempre llevaba la correa de cuero azulado; ella siempre iba corriendo con el perro. Unas veces iba él por delante, otras llevaba ella la delantera. Siempre iban separados, al menos por unos cincuenta metros.

Un día me encontré con el hombre en el supermercado M&M. Iba empujando un carrito. Otra vez lo vi cuando se metía dentro de un Lincoln verde último modelo en Wright Square. Iba sin correa azulada y sin rubia, claro. Pocos días después, vi a la rubia saliendo de un banco. No la acompañaba nadie más que el terrier, que trotaba a su lado. Tiraba con fuerza de una correa azulada.

—Qué va, aquí en Savannah no suele haber nunca parejas mixtas —me contó Joe Odom cuando le hablé de esta pareja—. Y menos aún si él es negro y ella es blanca. Puede que hayan cambiado muchas cosas a lo largo de los últimos veinte años, pero eso sigue igual. La única mujer que yo sepa que ha tenido un amante negro y se ha salido con la suya, sin que nadie le diga esta boca es mía, es la Maldad en persona. Maldad, la llamaban, era la esposa de un influyente empresario de Savannah. Tuvo amantes durante casi todo el tiempo que duró su matrimonio. Era algo perfectamente aceptable. Savannah es capaz de aguantar toda infidelidad incluso en público, sin que importe demasiado lo flagrante que pueda ser. En Savannah privan las cosas de ese tipo. Nunca nos hartamos. Sólo que incluso Maldad se dio cuenta de lo que se traía entre manos, y se marchaba a Atlanta cada vez que le entraban ganas de liarse con un negro.

Todo eso lo entendí bastante bien, a pesar de lo cual seguía preguntándome por ciertos detalles relativos a mis compañeros de ejercicio físico matutino. Por ejemplo,

¿por qué llevaba él la correa? ¿Cuándo, dónde se acercaban lo suficiente para que ella se la diera? Lo crucial del caso, me di cuenta por fin, era que nunca llegaría a saberlo.

Cuando paseaba por Bull Street a última hora de la tarde, invariablemente me encontraba con un anciano negro, muy viejo y de aspecto muy digno. Iba siempre con traje y corbata, una camisa blanca recién planchada y un sombrero de ala ancha. Llevaba corbatas de amebas muy discretas, o bien de franja inglesa; vestía trajes de buen corte y mejor paño, aunque aparentemente estuvieran hechos para una persona algo más voluminosa que él.

Todos los días a la misma hora el anciano atravesaba los portones de hierro forjado que había a la entrada de la grandiosa Armstrong House, en el lado norte de Forsyth Park. Doblaba a la izquierda y seguía caminando por Bull Street, hasta llegar al ayuntamiento y volver. Era todo un caballero. Se tocaba el ala del sombrero e inclinaba la cabeza cuando saludaba a alguien; sin embargo, me fijé en que las personas con las que se paraba a hablar un instante, por lo general hombres de negocios bien vestidos, practicaban con él un extraño juego. Los hombres solían decirle: «Qué, ¿aún paseando al perro?». Estaba clarísimo que el anciano no iba paseando un perro, a pesar de lo cual respondía: «Oh, sí. Aún paseando al perro». Miraba entonces por encima del hombro y gritaba al aire: «¡Vamos, *Patrick!*!». Y seguía su camino.

Un día, cuando cruzaba por Madison Square, le vi de pie ante el monumento, de frente ante un semicírculo de turistas. Estaba cantando. No alcancé a oír la letra, pero sí oí su voz atiplada, de tenor. Los turistas aplaudieron cuando hubo terminado, y una de las señoras que hacían de guía turístico le depositó algo en la mano. Hizo una reverencia y se marchó. Llegamos los dos al paso de cebra al mismo tiempo.

—Ha estado muy bien —le dije.

—Vaya, muchísimas gracias, es usted muy amable —contestó con suma cortesía—. Me llamo William Simon Glover.

Me presenté y le comenté al señor Glover que al parecer a menudo dábamos el mismo paseo a la misma hora. No dije nada del perro, suponiendo que el tema saldría por sí solo.

—Oh, sí —dijo—. Tengo ochenta y seis años, y todas las mañanas estoy a las siete en el centro de la ciudad. Estoy jubilado, pero no sé estarme quieto. Trabajo de recadero para el bufete de abogados de Bouhan, Williams y Levy —la voz del señor Glover tenía auténtico empaque. Pronunció el nombre del bufete como si cada uno de los apellidos de los socios figurase entre signos de exclamación—. Sí, soy recadero, aunque todo el mundo me conoce como cantante —continuó cuando cruzamos juntos la calle—. Aprendí a cantar en el coro de la iglesia cuando tenía doce años. Le daba al fuelle del órgano por un cuarto de dólar, mientras una señora lo tocaba y otra cantaba. No tenía ni idea de alemán, de francés o de italiano, pero de tanto oír cantar

a la señora, aprendí la letra de las canciones, tanto si sabía lo que estaba diciendo como si no. Un domingo por la mañana, la señora no cantó, así que canté yo. Y canté en italiano, canté el «Aleluya».

—¿Qué tal le salió? —le pregunté.

El señor Glover se detuvo y se me quedó mirando. Abrió bien la boca e inspiró hondo. Del fondo de su garganta emergió una nota alta, sostenida, algo ronca: «¡Aaaaa leee luuuya! ¡Aaaaa leee luuu-ya!». Había dejado su voz atiplada, y cantaba haciendo un oscilante falsete. Impresa para siempre en su memoria, el «Aleluya» tenía que ser una pieza para soprano, entonada por la dama de la iglesia hacía tantísimos años. El señor Glover siguió cantando aleluyas, hasta que paró para tomar aire.

—Y luego la señora terminaba siempre así: «¡AAAAAhhh le luuuuu ya!».

—Así que ése fue su debut, ¿no?

—¡En efecto! Así fue como empecé. Aquella señora me había enseñado sin darse cuenta a cantar en alemán, en francés y en italiano. ¡Ah, desde luego! Y he sido después director de la Primera Iglesia Baptista Africana desde 1916. Llegué a dirigir un coro de quinientas voces que actuó en presencia de Franklin D. Roosevelt cuando visitó Savannah el 18 de noviembre de 1933. Me acuerdo bien de la fecha, porque fue el mismo día en que nació mi hija. Le pusimos de nombre Eleanor Roosevelt Glover. Y me acuerdo de la canción que cantamos, que era «Ven junto a mí». El doctor me mandó recado. «Dile a Glover que puede cantar “Ven junto a mí” delante del presidente si eso es lo que más le apetece, pero que acabo de pasar por su casa y que le he dejado allí una hija recién nacida, así que quiero que se pase por mi consulta y me pague los quince dólares que me debe».

Cuando nos despedimos en la esquina de Oglethorpe Avenue, me di cuenta de que aún no sabía ni palabra sobre Patrick, el perro imaginario. Más o menos una semana después, en la siguiente ocasión en que me encontrase caminando a la par del señor Glover, tomé nota mentalmente de sacar el tema a colación. Antes, sin embargo, el señor Glover tenía otras cosas de que hablar.

—Ya sabe usted cómo es la psicología —dijo—. Se aprende en la escuela primero, después en el instituto. En cambio, en el Pullman uno aprende *personología*. Durante la guerra fui mozo de cuerda en el Pullman, y había que tener contentos a los pasajeros, para que te dieran propinas de un dólar, o de medio. Había que decirles, por ejemplo: «Espere un momento, señor. ¿Viaja usted en el coche club? Lleva la corbata algo torcida». La verdad es que llevaba la corbata tesa como una flecha, pero primero se la torcías y luego se la enderezabas sobre la marcha. ¡Y cómo les gustaba el detalle! Pues eso es lo que yo llamo *personología*.

»Llevaba un cepillo de la ropa en el bolsillo, y de vez en cuando a no le daba una pasadita por la espalda. No le hacía ninguna falta, Taro que él tampoco lo sabía. Le pasaba el cepillo de todos modos, le enderezaba el cuello. Primero se lo torcía un poco, luego se lo enderezaba. A Miss Mamie no le hacía ninguna falta una caja para

llevar el sombrero, pero había que asegurarse de meter su sombrero en una caja, que para eso estaban. Uno se queda sentado y no se jala un rosco. Ya sabe lo que dicen: el que no llora, no mama.

»Otra cosa que aprendí: no preguntarle nunca a un hombre qué tal está la señora Brown. Hay que preguntarle, en cambio, ¿qué tal está la señorita Julia? Dígale por favor que he preguntado por ella. Así, al señor Bouhan nunca le he preguntado por la señora Bouhan. Pero le he preguntado miles de veces qué tal la señorita Helen. Dígale por favor que he preguntado por ella. A él le gustaba, y a ella para qué decirle. El señor Bouhan me regalaba sus trajes y sus zapatos viejos. La señorita Helen me regalaba discos de su colección, toda clase de discos. Tengo discos que ni siquiera sé que tengo, ¿sabe? Tengo discos hasta de ese gran cantante de ópera, ¿cómo se llama? ¡Ah, Henry Coca-ruso!

»Y me mantengo ocupado —dijo el señor Glover—. No me quedo sentado como un pasmarote, con las manos en los bolsillos. He pagado quinientos dólares por un seguro de vida, y ya está pagado todo. Pagué veinticinco centavos por semana durante setenta años. ¿Qué le parece? La semana pasada, la Compañía Metropolitana de Seguros de Vida me envió un cheque por valor de mil dólares —al señor Glover le brillaban los ojos—. No me quedo sentado como un pasmarote, con las manos en los bolsillos.

—¡Glover! —se oyó una voz bien potente tras nosotros. Un hombre bastante alto, de cabellos blancos y traje gris, se acercaba a nosotros—. ¿Qué, aún paseando al perro?

—Pues sí, sí señor, ya lo ve —el señor Glover hizo su reverencia de costumbre y se tocó el ala del sombrero, e hizo un gesto al perro invisible a sus espaldas—. Sigo sacando a *Patrick* a pasear.

—Me alegro, Glover; me alegro. ¡Que no decaiga! En fin, cuídese. Dicho esto, el hombre se marchó.

—Desde cuándo saca a pasear a *Patrick*?

El señor Glover se irguió.

—Vaya, muchísimo tiempo. *Patrick* era el perro del señor Bouhan. El señor Bouhan le daba de beber Chivas Regal. Yo me encargaba de pasear al perro, y también era el camarero que le servía. El señor Bouhan dijo que, cuando él muriese, a mí se me pagarían diez dólares por semana a cambio de que cuidase a *Patrick*. Lo dejó escrito en su testamento. Tenía que sacarlo a pasear y pagarle el escocés de la marca que le digo. Cuando murió *Patrick*, fui a ver al juez Lawrence. El juez era el albacea del señor Bouhan. «Juez —le dije—, ya puede dejar de pagarme los diez dólares, porque *Patrick* se ha muerto». «Pero hombre de Dios —me dijo—, ¿cómo se va a haber muerto el perro, si lo estoy viendo ahí? ¡Si está ahí, encima de la alfombra!». Miré detrás de mí y no vi perro ninguno. Pero lo pensé un instante y dije: «¡Ah! ¡Me parece que sí, que ya lo veo, juez!». «Muy bien —repuso el juez—. Pues ya sabe: usted lo sigue paseando y nosotros le seguimos pagando». Hace veinte años

que murió el perro, pero aún lo saco a pasear. Lo paseo siempre por Bull Street; miro por encima del hombro y le digo: «¡Vamos, *Patrick!*!».

En cuanto a la misteriosa anciana que rompió los cristales de la casa de Joe Odom con un martillo, nunca más volví a verla. Sí que me enteré, en cambio, de que en Savannah había unas cuantas personas que fácilmente se habrían sentido de sobra justificadas para romperle los cristales a Joe, sólo por haber hecho algún negocio con él. Entre tales personas podía haber un buen número de señoras de edad.

Por ejemplo, al menos media docena de personas se habían apenado muchísimo con el último negocio que hizo Joe en el terreno de la propiedad inmobiliaria, a saber, la reconversión de un edificio de oficinas en un lujoso bloque de apartamentos: el Lafayette. Poco antes de terminarse la rehabilitación, Joe organizó una cena y un baile de gala que habían de celebrarse en el mismo edificio, con motivo de enseñarlo a los posibles compradores. Allí mismo firmaron la compra de dieciséis apartamentos otros tantos futuros propietarios, seis de los cuales pagaron en metálico. Los nuevos propietarios a punto estaban de hacer la mudanza cuando los acontecimientos dieron un giro inesperado: apareció una firma hipotecaria que se adueñó de todos los apartamentos, incluidos los ya vendidos. ¿Cómo fue posible, si ya habían pagado la totalidad del precio de venta? La respuesta no tardó en llegar. Joe había sisado el préstamo para la construcción, sin tomarse nunca la molestia de transferir los documentos de propiedad de los nuevos propietarios. En el momento de la incautación de los bienes, los apartamentos vendidos estaban aún inscritos a su nombre, de modo que fueron expropiados junto con todos los demás. Los titulares de la propiedad tuvieron que pasar por el juzgado antes de recuperar la posesión de sus viviendas.

Joe nunca perdió su buen humor, a pesar de lo feo que se puso el asunto. Igual que cualquier otro impertérrito maestro de ceremonias, tranquilizó con buen ánimo a sus clientes, convenciéndoles de que todo se iba a solucionar. Tanto si éstos le creyeron como si no, la mayor parte optó de todos modos por perdonarle. Una mujer se acogió al consejo que le había dado, según dijo, el Señor mismo, el cual la disuadió de que pleitease. Otra lisa y llanamente se negó a creer que un joven tan adorable pudiera haber hecho algo realmente impropio. «Supongo que debería aborrecerle —dijo un osteópata que ya había perdido una bonita suma en otro de los tejemanejes de Joe—, pero es que el muy condenado siempre se hace querer».

Corrieron rumores de que Joe había dilapidado el dinero del préstamo para la construcción del edificio Lafayette, que incluso había alquilado un *jet* privado para llevarse a una docena de amigos a Nueva Orleans, a escoger una lámpara para el vestíbulo y que, de paso, asistió con ellos al partido de la Sugar Bowl. Después de la incautación de bienes, sin embargo, quedó bien claro que Joe de ninguna manera se había enriquecido por cuenta de los demás, a pesar del escandaloso fiasco. De hecho,

había perdido su coche, su barco, los servicios de su mayordomo, su matrimonio y la propiedad de su casa.

A resultas del penoso incidente del edificio Lafayette, Joe decidió que iba a ser necesario redondear sus ingresos tocando el piano en toda clase de fiestas privadas, aparte de tener su casa abierta a enormes autobuses llenos de turistas al menos varios días por semana. Por tres dólares la entrada, obsequiaba a las visitas con un paseo por su histórica casa y un ligero pero selecto almuerzo. Las compañías turísticas enviaban a una empresa de *catering* a casa de Joe a eso de las doce menos cuarto; los autobuses aparecían a mediodía, y los turistas recorrían la casa después, aparte de sentarse a escuchar a Joe tocar unas cuantas canciones al piano. A la una menos cuarto, los turistas volvían al autobús y los de la empresa de *catering* recogían los restos.

Las risas y la música continuaron oyéndose día y noche en el número 16 de East Jones Street, igual que antes, sólo que Joe ya no era más que un simple inquilino. Ni la casa, ni todo lo que contenía, eran ya de su propiedad: ni los retratos, ni las alfombras, ni la plata. Ni siquiera aquellas cristaleras que la misteriosa anciana, fuera quien fuese, había hecho pedazos en un arrebato de furia.

EL INVENTOR

La voz me llegó desde detrás, como el murmullo de la brisa.

—Oh, no haga eso —dijo—. Haga lo que sea, pero no eso.

Estaba delante del mostrador del *drugstore*, Clary's, una mañana después de desayunar, y cuando me di la vuelta me encontré ante un espantapájaros de hombre. Tenía el cuello bien largo, y la nuez protuberante. Llevaba el pelo castaño y lacio, sobre la frente. Se le puso de golpe la cara colorada, como si alguien lo hubiera sorprendido pensando en voz alta. Se me ocurrió de pronto que si alguno de los dos debiera estar avergonzado, ése era yo. Acababa de preguntar a la dependienta que me atendía qué debía hacer para quitar el aro de suciedad negra y costrosa que no salía ni por asomo de la taza del wáter. Y ella me contestó que probase con lana de acero.

El hombre sonrió con un gesto cohibido.

—La lana de acero deja la porcelana hecha unos zorros —dijo—. Lo que tiene son seguramente depósitos de calcio, y son residuos del agua. Lo que ha de hacer es fregarlos frotando con un ladrillo rojo. El ladrillo es más duro que los depósitos de calcio, pero no lo es tanto como la porcelana, así que no se la dejará rayada.

Había visto a aquel hombre en algunas otras ocasiones, siempre allí mismo, en el *drugstore*. Era uno de los que asiduamente iban a desayunar. Aunque nunca habíamos cruzado palabra, yo ya sabía quién era. Uno de los principales rasgos de Clary's era que resultaba un perfecto centro de información, una bolsa de cotilleos.

A pesar del permanente olor a grasa de bacon requemado, a pesar de la elevada probabilidad de que Ruth o Lillie confundieran los pedidos de una y otra mesa, Clary's tenía una clientela leal a la hora del desayuno y a la hora del almuerzo. La gente entraba a grandes zancadas, entraba sin hacer ruido, o entraba tambaleándose, como fuera, pero su condición en el momento de entrar era debidamente registrada por abundantes pares de ojos que lo escrutaban todo por encima del periódico abierto de par en par. Los clientes se saludaban uno a otro, de mesa a mesa, o bien de una mesa a la barra, y todo lo que se decía era oído por otros y referido después a quien fuese. En cualquier momento, entre los clientes uno podía encontrar a un ama de casa, a un agente de la propiedad inmobiliaria, a un abogado, a un estudiante de artes y oficios y quizás a un par de carpinteros o albañiles que estaban terminando un trabajito en una de las mansiones de por allí. Era posible que a uno de los carpinteros se le oyese decir: «Hoy lo único que tenemos que hacer es tapiar el hueco de la puerta que comunicaba su dormitorio con el de ella», y la noticia de que una nueva glaciación marital había descendido sobre la casa señorial en cuestión sería moneda corriente antes de que cayera la noche. Los comentarios oídos al azar eran en Clary's una mercancía tan normal como los polvos desinfectantes Goody's o el Chigarid.

El hombre que me recomendó que fregase la taza del wáter con un ladrillo realizaba un peculiar ritual diario en Clary's. Siempre pedía el mismo desayuno: huevos, bacon, una aspirina Bayer y un vaso alto de esencia de amoníaco y coca-cola.

Sólo que no siempre se lo tomaba. A veces lo miraba solamente. Colocaba ambas manos con las palmas boca abajo, sobre la mesa, como si así quisiera enderezar la mirada, y se quedaba pasmado mirando el plato. Entonces, una de dos: o se ponía a desayunar, o bien se largaba sin decir palabra. Al día siguiente, Ruth le servía el mismo desayuno y el hombre volvía a sentarse a su taburete, en la barra, a dar una calada a su cigarrillo y a observar qué hacía. También yo empecé a observar.

Siempre que se marchaba sin haber tocado el desayuno, Ruth decía sin dirigirse a nadie en concreto: «Luther hoy no desayuna». Retiraba el plato y dejaba la cuenta al lado de la caja registradora. Por los comentarios que seguían a cada una de estas salidas, me enteré de que el individuo se llamaba Luther Driggers, y de que años antes había alcanzado cierta notoriedad en Savannah. Había hecho un descubrimiento—relacionado con un determinado pesticida y con su capacidad de atravesar incluso una capa de plástico— que terminó en la invención del collar antipulgas y en las tiras contra insectos.

En este sentido, podía afirmarse que Luther Driggers era el equivalente de la moderna Savannah a otro famoso inventor, Eli Whitney. A decir verdad, ninguno de los dos había ganado ni un centavo con su invento. Eli Whitney mantuvo la limpiadora de algodón cuidadosamente envuelta durante el tiempo necesario para solicitar el registro de patentes, pero cometió un error táctico cuando permitió que las mujeres le echasen un vistazo, dando por hecho que no se iban a enterar de qué era lo que estaban viendo. Un empresario de pelo en pecho se vistió de mujer un buen día y se coló en el grupo de mujeres que lo visitaron; acto seguido, se marchó a su casa y construyó su propia limpiadora de algodón. El caso de Luther Driggers se complicó más aún por haber sido un empleado del estado durante la época en que hizo su descubrimiento. Los empleados del estado no tienen derecho a reclamaciones de tipo pecuniario sobre su trabajo. El único medio para que Driggers se hubiese aprovechado de su invento era vender la información pertinente a un fabricante privado. Mientras sopesaba los pros y los contras que tendría moralmente semejante operación, uno de sus colegas se le adelantó.

Luther Driggers tenía una expresión más bien plañidera, aunque su fracaso a la hora de sacar partido del collar antipulgas no era la única razón de que fuese así. Su vida parecía estar jalonada por una sucesión de infortunios y desventuras. Se casó con su novia del instituto a muy temprana edad, pero no duró más que un año. El padre de su esposa era el dueño de un supermercado, y la dote de la novia constó de una casa y de comestibles gratuitos por tiempo ilimitado. Cuando terminó el matrimonio, terminaron igualmente la provisión de comestibles y la casa en que había vivido. Luther se fue a vivir a una vieja funeraria que había en la esquina de Jones con Bull; lo primero que hizo al instalarse fue convertir la sala embaldosada de embalsamar en una ducha. Más adelante pudo vender un terreno que había heredado y se compró una de las viejas casas señoriales. Alquiló la casa a unos inquilinos y se fue a vivir a la cochera de la parte posterior, una vez reacondicionada. Durante el proceso de

remodelación de la casa, dedicó considerable atención a un pequeño detalle en el diseño de la escalera: el llamado peldaño falso. La elevación del falso peldaño era una pulgada más alta que la de los demás peldaños, de modo que sirviera de tropiezo a todo el que no lo conociera bien, con lo cual hacía las veces de primitivo sistema de alarma. Fue un artilugio utilizado en muchas casas viejas, aunque para Driggers resultó ser un serio problema, ya que por lo común nunca llegaba a casa en forma, en condiciones de lidiar con las escaleras más normales, y para qué hablar de unas escaleras con truco. Por si fuera poco, una vez construida la escalera, se dio cuenta de que había pasado por alto una consideración de mayor trascendencia: a saber, que había colocado la escalera antes que nada, y la había emplazado contra la única pared en la que podía haber abierto varias ventanas para tener una buena vista del jardín. A resultas de su error de cálculo, el cuarto de estar daba a un callejón y a un enorme contenedor de basuras.

Fue mientras se cuidaba una magulladura en la espinilla, debida a una caída producida a su vez por el falso escalón, cuando Luther fue una tarde a la oficina de correos de Wright Square a comprobar el peso de una libra de marihuana que estaba a punto de comprar. Quería cerciorarse de que no le estaban tomando el pelo. Se llevó una tremenda sorpresa cuando lo detuvieron en la puerta, le confiscaron el paquete y lo arrestaron. Según explicó el *Savannah Evening Press* en la cobertura que dio al suceso, en la oficina de correos se había recibido un paquete bomba minutos antes de que llegara Luther. Según el periódico, el paquete de Luther contenía «algo menos de una libra de marihuana». A Luther le hubiesen engañado, tal como se temía.

Los infortunios de Luther fastidiaban muchísimo a sus amistades, en especial a la terca Serena Dawes. Luther y Serena formaban una extraña pareja. Serena era mucho mayor que Luther, y tenía por costumbre pasar la mayor parte del tiempo que estaba despierta tumbada en su cama con dosel, atrincherada tras murallas de pequeños cojines. Desde su estrado de seda, Serena engatusaba a Luther con arrumacos de toda clase, para que éste le preparase una copa, le buscara unas medias, contestase a la puerta, trajera un poco de hielo, le cepillase el pelo, ahuecase los almohadones, le diera un masaje en los tobillos, etcétera. Alternativamente, y sin el menor indicio de ironía, le exhortaba a que defendiera sus derechos. «Una dama —decía con su más lánguido y polisilábico arrastre de voz— siempre espera que un caballero se lleve lo que le pertenece». Siempre que Serena adoptaba esta estrategia, por lo común es que estaba pensando en las ganancias del collar antipulgas y en la tira contra insectos. Serena tenía bien calculado qué bagatelas podrían haberse comprado con esas ganancias.

Serena Vaughn Dawes había sido una célebre belleza en su día. Tenía tal atractivo que Cecil Beaton había dicho de ella que era «una de las bellezas naturales más perfectas que nunca he tenido ocasión de fotografiar». Hija de un abogado de Atlanta que llegó a tener cierta relevancia en sociedad, Serena había conocido al joven Simon T. Dawes, de Pittsburgh, nieto de uno de los magnates del acero, cuando estaba de

vacaciones en Newport antes de la Segunda Guerra Mundial. Simon Dawes se volvió loco por Serena. Los cronistas de sociedad de todo el país relataron sin aliento su romance alocado como un torbellino. Ahora bien, cuando el *Daily News* neoyorquino informó que la pareja había anunciado oficialmente su compromiso, la madre de Dawes —la formidable Theodora Cabot Dawes— telegrafió un comentario bien altanero, expresado en una sola palabra que fue hinchada al saltar a los titulares: «¿MI HIJO, PROMETIDO? ¡ABSURDO!», DICE LA SEÑORA DAWES. No obstante, la oposición de la señora Dawes no pudo quedar más en entredicho que con la subsiguiente fuga de Simon y Serena. Después de su luna de miel en el viejo Hotel DeSoto, en Savannah, los recién casados se fueron a vivir a Pittsburgh.

En calidad de señora de Simon T. Dawes, Serena se convirtió en un icono perfecto del *glamour* más encumbrado de los años treinta y cuarenta. Su fotografía adornaba algunos anuncios de una marca de cigarrillos que aparecían a toda página en casi todos los números de *Life*. La revista además traía el oportuno mensaje de que la señora de Simon T. Dawes era una dama de gustos refinados, que siempre viajaba en primera clase y que residía en las *suites* presidenciales de los hoteles en los que se alojaba. En los anuncios, Serena aparecía sentada en todo su apacible esplendor, la cabeza ligeramente echada hacia atrás, con una voluta de humo que ascendía del cigarrillo sujetado en su mano de piel clara.

Bajo esa capa de serenidad, no obstante, latía una hoguera, y la suegra de Serena lo sabía de sobra. La ya mayor señora Dawes hizo todo lo posible por domar a Serena y someterla a su voluntad. Advirtió a Serena que donase los ingresos de sus promociones publicitarias a obras de caridad, y Serena así lo hizo. Pero cuando Serena se enteró de que su suegra se embolsaba en secreto alguna que otra pizca de esas promociones, abofeteó a la señora en pleno rostro y la llamó «puta redomada». Las dos mujeres se detestaban.

Cuando Simon Dawes accidentalmente se pegó un tiro en la cabeza y murió en el acto, su madre quiso vengarse de Serena. Los asuntos de la familia estaban resueltos de antemano, de manera tal que el grueso de la fortuna de Simon pasara por delante de las narices de Serena sin que ésta viese un centavo y fuese a parar a sus hijos. Pero Serena no iba a dejarse manipular; anunció su intención de vender su mansión de Pittsburgh a una familia negra. Un grupo de vecinos adinerados le rogaron que les permitiese ejercer un derecho de compra prioritaria. Y, en efecto, les vendió la mansión por una suma equivalente a lo que hubiese costado el rescate de un rey. Acto seguido se marchó a vivir a Savannah.

Fue en Savannah donde Serena se lanzó de cabeza a la madurez. Ganó peso de forma considerable, se consintió toda suerte de caprichos, se convirtió en el alma del mimo de sí misma y de la constante enajenación ante todo lo que no fuese ella. Se pasaba la mayor parte del día en la cama, presidiendo una corte de variado pelaje, tomándose martinis y damas rosas sin parar, jugueteando con su caniche blanco, llamado *Lulú*.

Tanto como aborrecía Serena a su familia política, disfrutaba alardeando de su antiguo contacto con ellos. Nunca se cansaba de decir a quien quisiera escucharla que la cama en la que estaba tumbada había sido propiedad de Algernon Dawes, el millonario y magnate del acero. Sobre la mesilla montaban guardia sendas fotografías de los Dawes y de los Cabot. En el comedor tenía colgada una fotografía inmensa de su muy odiada ex suegra, así como sus propias fotografías, obra de Cecil Beaton, adornaban las paredes del dormitorio. Tenía un guardarropa que constaba mayoritariamente de camiones cortos, picardías y *peignoirs*. Con esa clase de ropas dejaba ver sus piernas, aún bien contorneadas, mientras que disimulaba con discreción la parte superior de su cuerpo en nubes de plumas y de seda salvaje. Se teñía el pelo de un rojo flamígero y se pintaba las uñas de las manos y de los pies de un intenso verde oscuro. Abusaba y se quejaba; acometía contra cualquiera y emitía ronroneos de gata en celo. Hablaba arrastrando las sílabas, soltaba tacos y así sin cesar. Para dar mayor énfasis a sus palabras, lanzaba algún que otro objeto de un lado a otro de la habitación, ya fueran los almohadones, las copas e incluso *Lulú*, el caniche. De vez en cuando barría a los Dawes y a los Cabot que tenía en la mesilla de un manotazo, soltando un juramento, y se deleitaba con el ruido de cristales rotos que hacían los marcos al caer.

No es que Serena prefiriese no mezclarse con la sociedad de Savannah, sino que ni siquiera se le invitó a que lo intentase. La elite de Savannah, sin embargo, nunca se cansaba de hablar de ella. «Entre sus múltiples visitas nunca recibe a parejas —dijo una vez una mujer que vivía también en Gordon Street, a pocas manzanas de su casa—. Sólo recibe a jóvenes varones. No, nunca se ve que entren en su casa damas de ninguna clase. Por lo que alcanzo a saber, no es miembro de ningún club de jardinería. No es dada al contacto con el vecindario». A pesar de todo, y a su manera, Serena amaba a Luther, y Luther amaba a Serena.

El tímido, desventurado y nada pretencioso Luther Driggers tenía también su lado oscuro. Estaba poseído por distintos demonios interiores que se manifestaban de manera cuando menos inquietante. El insomnio crónico era una de estas manifestaciones. Luther había pasado una vez nada menos que nueve días sin dormir. Cuando lograba conciliar el sueño, rara vez dormía en paz. Luther habitualmente dormía con las mandíbulas y los puños cerrados y en tensión. Por la mañana, se despertaba con dolor en las articulaciones maxilares y con marcas en forma de luna creciente en las palmas de las manos. A la gente le preocupaban los demonios de Luther, pero no tanto porque pidiera un desayuno que luego no se tomaba, ni porque no durmiese, ni porque le sangrasen las palmas de las manos. Tenía miedo de algo mucho más serio.

Se rumoreaba que Luther tenía en su poder un frasco de veneno quinientas veces más potente que el arsénico, un veneno tan letal que si lo derramase en las reservas de agua de la ciudad, mataría a todos los hombres, mujeres y niños de Savannah. Años antes, una delegación de ciudadanos preocupados y nerviosos había informado a la

policía, y la policía había registrado la casa de Luther, sin encontrar nada sospechoso. El resultado no satisfizo a nadie, por descontado, y persistieron los rumores.

Luther ciertamente lo sabía todo sobre los diversos tipos de veneno y su utilización. Era técnico del insectario estatal, situado en las afueras de Savannah. Su trabajo le exigía tamizar y clasificar la suciedad de los graneros previamente recolectada en tarros, separar los gorgojos de los diversos tipos de escarabajo y luego criarlos en colonias, para probar en cada una de las especies varias clases de insecticida. La parte más difícil de su trabajo era el hecho de inyectar insecticida en las cavidades pectorales de cada uno de los insectos, operación que le exigía la destreza de un relojero. Bastante difícil era hacerlo sobrio; con resaca y con temblores era punto menos que imposible. «Dios Santo —decía Luther—, es un trabajo de lo más tedioso».

A veces, para aliviar su aburrimiento, Luther anestesiaba a las moscas comunes y les pegaba un hilo al lomo. Cuando despertaban, las moscas volaban de un sitio a otro arrastrando los hilos. «Es que así es más fácil pillarlas cuando hacen falta», decía.

En cierta ocasión, Luther se paseó por el centro de Savannah llevando más de una docena de hilos sujetos en una mano, cada uno de un color distinto. Hay gente que saca a pasear al perro; Luther sacaba a pasear a las moscas. De vez en cuando, si iba a visitar a los amigos, se llevaba unas cuantas moscas y las soltaba en el cuarto de estar de la casa de su amigo.

En otras ocasiones, Luther empastaba las alas de una avispa sobre las alas de una mosca, por ver si mejoraba la aerodinámica del insecto. Si no, dejaba un ala algo más corta que la otra, de manera que el insecto quedase condenado a volar trazando círculos durante el resto de su vida.

Era esta faceta de Luther, estos estrafalarios tejemanejes, los que dejaban a la gente con una sombra de inquietud, con la duda de que un día pudiera verter su frasco de veneno en la reserva de agua potable de Savannah. Esto les preocupaba sobremanera cuando sus demonios, ya bien conocidos, se apoderaban de él por completo. Y cuando Luther salía de Clary's sin haber desayunado, cosa que había ocurrido últimamente con frecuencia, era señal de que sus demonios estaban desperezándose.

La verdad es que esta preocupación llegué a tenerla muy en cuenta cuando Luther decidió explicarme por qué me convendría fregar la taza del wáter con un ladrillo. De todas las cosas que podía haberme comentado, estaba hablándome del agua corriente de Savannah. El agua de Savannah procedía de un acuífero calcáreo, dijo: era muy rica en bicarbonato cálcico, que pierde una molécula y cristaliza cuando se reseca. «Eh, un momento —me entraron ganas de decirle—, ¿qué me está diciendo usted de ese veneno mortal?». Pero no dije nada. Le di las gracias por el consejo.

A la mañana siguiente, cuando le vi sentarse en una mesa próxima a la mía, me acerqué a contarle la buena noticia.

—El ladrillo funcionó de cine —dije—. Gracias por el consejo.

—Estupendo —dijo—. De todos modos, podría haber usado también piedra pómez, que para esto es igualita que el ladrillo.

Ruth colocó el desayuno de Luther delante de él, y yo me quedé mirándole, como de costumbre. Me fijé en que llevaba un hilo verde brillante sujeto al ojal de la solapa. Iba colgado delante de la pechera. Cuando Luther estaba mirando también fijamente sus huevos, el hilo verde se tensó; giró en sentido contrario a las agujas del reloj y terminó por posarse sobre su hombro izquierdo. Ahí permaneció unos instantes, y acto seguido se levantó como si lo hubiese desplazado una corriente de aire. Se quedó suspenso, aún anclado a su solapa, y luego descendió flotando, hasta quedar cruzado sobre el pecho. Luther no hizo ningún caso a los movimientos del hilo, ni a los caprichos de la mosca que volaba a su extremo.

Vio que yo le estaba mirando.

—No sé —dijo con un suspiro—. A veces no consigo pensar en desayunar como es debido.

—Ya me he dado cuenta —dije.

Luther se puso colorado al pensar que sus hábitos alimentarios habían sido objeto de mi observación, y se puso a comer.

—Tengo una considerable deficiencia de ácido clorhídrico en los jugos gástricos —dijo—. No es que sea nada grave; se llama hipocloridria. Tengo entendido que Rasputín también lo tuvo, pero de eso no sé nada. Lo único que tengo claro es que en las fases de mayor estrés, mis jugos gástricos dejan de segregarse y no puedo digerir ningún alimento. Pero se pasa.

—A propósito de eso de los jugos gástricos —le dije—, ¿ha estado sometido a intensas tensiones últimamente?

—Bueno, más o menos —dijo—. Estoy trabajando en una idea nueva; es algo que podría dar muchísimo dinero, siempre y cuando funcione. El problema es que aún he de hacerlo funcionar.

Luther hizo una pausa, como si sopesara la conveniencia de hacerme una confidencia tan delicada.

—¿Sabe usted lo que son las luces negras? —dijo—. Me refiero a esos fluorescentes púrpura, gracias a los cuales las cosas resplandecen en total oscuridad. Bueno, pues como seguramente sabrá usted, hay muchos bares que últimamente tienen acuarios iluminados con luz negra. Por ejemplo, el Árbol Púrpura, que está ahí cerca, en Johnson Square, es uno de ellos. Me dio por pensar que era una auténtica pena que los peces de colores no resplandezcan en la oscuridad, así que estoy intentando hallar una forma de que resplandezcan. Si lo consiguiera, daría la sensación de que flotan en el aire, como si fuesen una especie de luciérnagas gigantes, es decir, exactamente el tipo de extraña visión que un borracho sentado en la barra de un bar podría pasar horas y horas mirando. Yo desde luego me quedaría embobado viendo una cosa así. Todos los bares de América tendrían que poner una pecera con peces de colores resplandecientes. Por eso quiero hallar una forma de

hacer que resplandezcan.

—¿Y cree que podrá?

—Estoy experimentando con un tinte fluorescente —dijo—. Lo primero que probé fue untar los peces directamente en el tinte, pero se morían. Así pues, adopté un planteamiento más lento, más cauteloso, y vertí una cucharada de tinte en la pecera. Esperé a ver qué pasaba. Al cabo de una semana, en las agallas y en la punta de las aletas empezó a aparecer un tenue resplandor, pero no era suficiente para causar un gran impacto en un bar. Poco a poco aumenté la dosis de tinte en el agua, sólo que los peces no resplandecían más, ni tampoco se extendía el resplandor a otras partes del cuerpo. Lo único que ocurrió fue que aumentó notablemente el pH del agua, y al cabo de dos días los peces habían muerto. Ése es el punto en que me encuentro ahora mismo.

La mosca se había posado en la ceja de Luther. El hilo verde le colgaba sobre la mejilla, como si lo llevase sujeto a un monóculo.

Peces de colores resplandecientes, invento de Driggers. ¿Y por qué no? Grandes fortunas se han hecho con menos que eso, desde luego.

—Me gusta —le dije—. Ojalá lo consiga.

—Ya se lo contaré —dijo Luther.

Nuestras conversaciones a lo largo de los días que siguieron fueron más bien breves. En varias ocasiones, Luther se limitó a hacerme una seña, a saludar de lejos, a indicarme con el pulgar levantado que todo iba bien. Una vez me pareció ver una libélula pequeña que revoloteaba sobre su cabeza. No llegué a estar seguro de que la llevara sujeta de un hilo, pero le siguió cuando se acercó a la caja registradora y, al marcharse del local, dio la impresión de que sostenía la puerta abierta para que el insecto saliera con él.

Una mañana, al llegar a Clary's, me hizo un gesto para que me acercase a su mesa.

—Estoy probando un nuevo método —dijo—. He empezado a mezclar el tinte fluorescente con la comida de los peces, y ya voy conociendo los resultados. Las agallas y la punta de las aletas resplandecen lo que se dice mucho, y también hay cierta fluorescencia en los ojos y en los contornos de la boca.

Luther me dijo que tenía previsto ir al Árbol Púrpura aquella misma tarde para hacer la primera prueba en público. Me animó a reunirme con él, si de hecho me apetecía. Me dijo que me esperaba a las diez en casa de Serena Dawes, y que de allí iríamos los tres juntos al Árbol Púrpura.

A las diez en punto, la doncella de Serena Dawes, Maggie, acudió a abrir la puerta de su mansión. Me hizo pasar a un salón decorado a lo grande, con mobiliario de estilo Imperio, seguramente francés, y gruesos cortinones con pliegues y cenefas, aparte de pan de oro en abundancia. Luego desapareció hacia el fondo de la casa, a

atender a su señora. A juzgar por los sonidos que llegaban desde aquella zona, aún faltaba algún tiempo para que Serena hiciera su aparición. Oí los agudos alaridos de una conversación sostenida exclusivamente por ella: «¡Vuélvelo a poner! ¡Vuélvelo a poner! —aullaba—. ¿No ves que no hace juego, maldita sea? A ver, dame el otro. No, ése no, el otro. Maldita sea... No me puedo poner estos zapatos. Maggie, ¡me haces daño! Bueno, pues a la próxima ten más cuidadito, y escucha bien lo que te digo. ¿Llamaste a la policía, como te dije? ¿Han cazado ya a esos pazguatos hijos de puta? ¿Los han cazado? ¡Tendrían que acabar a tiros con ellos! A punto han estado de volar la casa en pedazos. Luther, querido, sujétame el espejo un poco más alto, que no me veo bien. Así, eso está mejor. Lulú, ven con mamita. ¡Ven con mamita, *Lulú!* ¡Ooooh! Eso es, cariñito mío, cariñito de mamá. Maggie, haz algo con mi copa, por favor. ¿No ves que el hielo se ha derretido?».

A las once levanté la mirada para encontrarme con un par de piernas pálidas y bien torneadas, que parecían sostener en alto un tumulto de rosadas plumas de marabú coronado por una pabela de fotografía. Serena llevaba las uñas de color verde oscuro.

El ala ancha de la pabela le dejaba la cara en sombra, a pesar de lo cual aún se podía adivinar que en sus buenos tiempos había sido un bellezón digno de verse. Sonrió y entre los labios rojo intenso centelleó una igualada hilera de dientes perfectos, blanquísimos.

—Estoy desesperadamente preocupada por haberle hecho esperar tanto —ronroneó arrastrando las sílabas con suave coquetería—. Confío que encuentre usted un rinconcito en su corazón para perdonarme, pero lamento mucho decirle que sencillamente no he podido pegar ojo en toda la noche. Esos horribles niños del otro lado de la plaza arrojaron una bomba bajo la ventana de mi dormitorio a una hora de lo más intempestiva, en plena madrugada. Aún tengo los nervios de punta. Y es que mi vida corre constante peligro.

—Pero señorita Dawes —dijo Maggie—, si no fue na de na... Sólo fue el bueno de Jim Williams con una pistola de juguete. Ya sabe que le gusta tomarle el pelo, señorita. Y no fue tampoco en plena noche. Fue a mediodía.

—¡A una hora en que las personas con un mínimo de decencia aún están descansando! —dijo Serena—. ¡Y de pistola de juguete, nanay! Tú no puedes entender estas cosas, Maggie. ¡Fue una bomba del carajo, te lo digo yo! A punto estuvo de derribar todo el lateral de la casa. A resultas de la bomba, por lo menos ya puedo estar segura de que tengo un dormitorio con una sólida estructura, qué caramba. Y en cuanto a Jim Williams, ese pazguato de clase baja, que no sirve para nada de nada, ese retrógrado de medio pelo, ya le arreglaré yo. Tú espera y veras.

Apareció Luther con un contenedor de plástico de los que dan en los restaurantes chinos.

—Bien, ya están listos los peces de colores. ¡Vámonos!

Serena insistió en hacer el circuito de los locales nocturnos en su opinión de

moda, en vez de ir directamente al Árbol Púrpura. El esfuerzo que le había costado vestirse la hacía merecedora, a su juicio, de una gira turística en toda regla. Primero fuimos al bar del restaurante 1790, luego a la Casa Rosa, luego al Hilton DeSoto. En cada una de estas paradas se congregaban a nuestro alrededor diversos amigos de Serena. Ella sólo prestaba atención a los hombres que se acercaban a saludarla, adulándoles y vilipendiándoles por riguroso turno, y abanicándose con un posavasos.

—Ay, querido, qué guapo te encuentro. Ay, cariño, me he dejado los cigarrillos en el coche. Anda, sé buen chico y ve a buscármelos, ¿quieres? Toma, ten las llaves. Hay que ver, hace aquí un calor del carajo. Te juro que me voy a desmayar, a menos que alguien suba el aire acondicionado. ¡Por Dios, si se me ha estropeado la copa sin darme tiempo a probarla! No queda más remedio que pedir otra. Ah, muchísimas gracias, eres un cielo. Aún tengo los nervios destrozados, ¿sabes que ayer por la noche me atacaron con una bomba nada menos? ¿Que no te habías enterado? Pues sí, un amante despechado me ha abierto un agujero de medio metro en la pared del dormitorio. Aún estoy tan enojada que es mejor no hablar de ello.

A medida que fue transcurriendo la velada, Luther empezó a preocuparse de que la fluorescencia de los peces de colores pudiera disiparse.

—Tenemos que llegar al Árbol Púrpura antes de que sea demasiado tarde —dijo en varias ocasiones.

—Llegaremos, amorcito, llegaremos —le arrulló Serena—. Pero antes hemos de echar un vistazo en la Cueva del Pirata, mi amor.

Luther abrió la tapadera del contenedor y esparció más comida sobre los peces. Después de pasar por la Cueva del Pirata, Serena insistió en hacer un alto en Pinkie Master's. Luther añadió más comida a los peces. Cuando por fin llegamos al Árbol Púrpura eran las dos y media de la madrugada, y nuestro inicial trío se había convertido en un pequeño pero selecto séquito en torno a Serena. Luther se contentaba con cuidar de sus peces de colores e irse emborrachando sin hacerse notar demasiado. En la penumbra del Árbol Púrpura, con la luz negra por toda iluminación, la cara de Serena era del todo invisible bajo el sombrero, con la excepción de sus dientes, que resplandecían con intensidad.

—Si no fue un amante celoso —dijo—, podría haber sido la Mafia, ¿no? Ellos también utilizan explosivos, ¿no es verdad? Darían cualquier cosa por echarle el guante a las deslumbrantes joyas que mi difunto esposo me dejó en prenda. Era uno de los hombres más ricos del mundo, como bien sabéis todos los presentes. La verdad es que después del ataque que he sufrido esta noche, me doy con un canto en los dientes por estar todavía viva.

Luther, que ya no se sostenía demasiado bien en vertical, pasó al otro lado de la barra.

—Bueno, pues allá vamos —dijo, y sin mayores ceremonias vertió el agua y los peces de colores dentro del acuario. Al caer, rompieron un torrente de brillantes burbujas verdosas. Luther contuvo la respiración al ver que las burbujas ascendían a

la superficie y el agua se iba aclarando. De golpe, dando vueltas por el acuario, más brillantes que las agallas, las bocas o los ojos, se veían los resplandecientes intestinos de seis peces de colores, enrollados sobre sí mismos, hechos un barullo de luz, en el centro de cada uno de ellos. Luther no se lo podía creer: meses y meses de trabajo para terminar de aquella forma, es decir, intestinos resplandecientes de pez, nada más. Se había pasado de la rosca dándoles de comer.

Se hizo el silencio entre los presentes en la barra.

—Querido —dijo Serena—, ¿qué carajo es eso?

Los demás no tardaron ni un abrir y cerrar de ojos en aportar sus baratos comentarios.

—Es repugnante.

—Parecen peces de rayos X.

—¡Ajj!

Luther no se dejaba consolar.

—Me da igual —decía—. Me da igual. Me da lo mismo.

Repetía «me da lo mismo» sin que le importase qué le hubieran dicho; era su única respuesta a cualquier comentario, ya fuera «¿Quieres otra copa?», «¿Qué hacemos con los peces de colores?», «¿Son radiactivos?», etcétera. A todo decía «Me da igual».

Luther no estaba en condiciones de conducir. Así pues, después de dejar a Serena despidiéndose a la entrada de su casa, con un sonoro y modulado «¡Buenas noches, parejita!», me senté al volante de su automóvil, lo llevé a su casa y lo dejé en el cuarto de estar, en ese cuarto de estar con vistas a un contenedor de basura, y no al jardín. El fresco de la noche pareció reanimarle un poco.

—No sé por qué coño tenía que ponerme a enredar con peces de colores —dijo—. Tendría que haber seguido dedicándome a lo que yo conozco bien, ¿sabes? Los insectos, ésa es mi especialidad. Sí, señor. Cambiar así como así nunca sale a cuenta. A menudo he pensado en cambiar de vida por completo, pero nunca funciona. Una vez incluso me marché a Florida, pero volví, ya lo ves. Supongo que llevo a Savannah metida en las venas, qué se le va a hacer. Mi familia lleva siete generaciones viviendo aquí, y supongo que eso es algo que con el tiempo se te acaba por meter en los genes. Es lo mismo que el control de insectos que hacemos en el laboratorio, ¿nunca te he hablado de eso? Bueno, pues allí guardamos muchas colonias de insectos en unos enormes tarros de cristal. Algunos llevan nada menos que veinticinco años reproduciéndose en cautiverio, tiene gracia: son miles de generaciones. Lo único que saben acerca de la vida es que se trata de algo que sucede dentro de un tarro de cristal. No han estado expuestos a los pesticidas, a la polución, de manera que no han desarrollado sistemas inmunitarios, ni han evolucionado de ninguna forma. Si los soltásemos en el mundo exterior, se morirían en el acto. Yo creo que algo parecido pasa después de siete generaciones seguidas en Savannah. Savannah termina por ser el único sitio en donde puedes vivir. Somos igualitos que

los insectos dentro de un tarro.

Luther se disculpó y me pidió que le esperase en el cuarto de estar. Subió a la planta de arriba con paso inseguro, aunque poniendo un cuidado exagerado al afrontar cada peldaño empeñado en no tropezar con ninguno. Le oí cruzar de un lado a otro el piso de arriba; crujían los tablones del suelo. Se abrió y se cerró un cajón. A su vuelta, traía un frasco de cristal marrón con un corcho negro. El frasco estaba lleno de un polvillo blanquecino.

—Esta es la auténtica salida —dijo—. Acetato de fluoruro de sodio. Es veneno. Quinientas veces más potente que el arsénico.

Luther sostuvo el frasco a contraluz. Llevaba una etiqueta manuscrita, en la que se leía «Monsanto 3039».

—Es lo mismo que los finlandeses vertieron en sus pozos acuíferos cuando los rusos les invadieron en 1939. El agua de esos pozos no se puede beber ni siquiera hoy en día. Yo podría matar a todos los habitantes de Savannah con este frasco. Puede que a todos no, pero a decenas de miles sí, desde luego —una sonrisa asomó a los labios de Luther, absorto en la contemplación de su frasco—. Yo estaba encargado de enterrar un montón increíble de esta sustancia en la isla de Oatland, donde se cerró un laboratorio hace la tira de años. Pero me guardé un poco, claro. Más que suficiente.

—¿Nunca se te ha ocurrido utilizarlo? —pregunté.

—Claro, cómo no. Siempre he dicho que lo utilizaría si unos negros se viniesen a vivir a la casa de al lado. Luego, resultó que se vinieron unos negros a vivir a la casa de al lado y así me han convertido en un mentiroso.

—¿No es ilegal la posesión de esa sustancia?

—Tremendamente ilegal.

—Entonces, ¿por qué la guardas en casa?

—Me gusta pensar que la tengo —Luther hablaba con sorna, como un chavalito que se ha fabricado un tirachinas de enorme potencia—. De cuando en cuando lo sostengo en las manos y pienso... ¡puf!

Luther me pasó el frasco. Mientras lo miraba, contuve la respiración por miedo de que pudiera haberse filtrado una debilísima vaharada. Me pregunté qué pasaría por la cabeza de Luther al sostener el frasco y pensar «¡puf!». Me pareció saberlo. Probablemente se imaginaba a los habitantes de Savannah muriéndose uno a uno, como moscas: los hombres de negocios sentados en los bancos de Johnson Square; los jóvenes alborotadores que iban de juerga por River Street; las mujeres negras que paseaban despacio, bajo una sombrilla, para protegerse del despiadado sol del verano; los mayordomos que llevaban bandejas de plata en el Oglethorpe Club; las prostitutas de ceñido pantalón que esperaban a quien fuese en Montgomery Street; los turistas que hacían cola ante la pensión de la señora Wilkes...

Me quitó el frasco.

—Es un veneno inodoro e insípido —dijo—. Actúa letalmente y sin dejar ni rastro; puede que un leve residuo de fluoruro, aunque no superior al que podría

atribuirse al uso prolongado de un dentífrico con flúor. La víctima muere de un ataque al corazón. Es un arma homicida sencillamente perfecta.

Luther se fue hacia la puerta de la casa y la abrió, gesto que tomé por señal de que la noche había terminado. Pero en el momento en que me levanté para marcharme, Luther agarró la puerta con ambas manos y le dio un tirón hacia arriba. La puerta se soltó fácilmente de las bisagras. Luther la dejó sobre el suelo del cuarto de estar.

—¿Qué, pensabas que era una puerta normal y corriente? —dijo—. Pues no, es eso y mucho más. Es lo que se llama «un tablón para enfriar». Los tablones para enfriar son para tumbar encima a los cadáveres y prepararlos para el entierro. Es típico de las casas antiguas: la puerta de entrada hace las veces de tablón para enfriar. Todas las casas en las que han vivido mis familiares tenían una puerta como ésta, así que he querido que me hiciesen una igual. Cuando me muera, me sacarán de mi casa encima de ésta.

Luther estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el tablón de enfriar. Sí, me dije; cuando te mueras, ¿cuántos más piensas llevarte contigo? Luther cerró los ojos y se le extendió una sonrisa sobre la cara.

—¿Sabes? —dije—. Hay gente en Savannah, o al menos en Clary's, temerosa de que un día te dé por verter ese veneno en el agua corriente.

—Lo sé —dijo.

—¿Y si me llevase ese frasco y echara a correr con él?

—Probablemente volvería a Oatland Island a excavar otro poco —dijo Luther. Sean cuales fueran sus intenciones, estaba clarísimo que a Luther se le hacía la boca agua al especular sobre su siniestro poderío.

—Cuando eras pequeño —dije—, ¿eras de los que le arrancan las alas a las moscas?

—No —repuso—, pero sí cogía escarabajos voladores y los ataba a un globo.

A la mañana siguiente, en Clary's, Ruth colocó el desayuno de costumbre delante de Luther: huevos, bacon, aspirina Bayer, un vaso de amoniaco y coca-cola. Después volvió a la barra y dio una calada a su cigarrillo.

—¿Ruth? —le llamó Luther—. ¿Tú crees que podrías vivir sin peces de colores resplandecientes?

—Si tú puedes, seguro que yo también, Luther —contestó Ruth.

Luther probó un bocado de huevos con bacon. Dio un sorbo a la coca-cola y procedió a zamparse el desayuno entero. Tenía un aspecto plañidero, pero pacífico. Luther desayunaba, dormía, y los demonios de su interior parecían en calma. Su mortífero frasco de veneno seguiría siendo una simple curiosidad inofensiva. Al menos por el momento.

LA DAMA DE LAS SEIS MIL CANCIONES

El flujo de gente que entraba y salía de casa de Joe Odom pareció aumentar de ritmo durante las semanas que siguieron a nuestro primer encuentro. Podría deberse al hecho de que yo mismo me había sumado al flujo de los visitantes, y porque había pasado a contemplar el fenómeno desde dentro, por así decir. A menudo me pasaba por su casa después del desayuno, a una hora en la cual el aroma del café recién hecho empezaba a prevalecer sobre el olor de los cigarrillos apagados en los ceniceros la noche anterior. Joe se presentaba recién afeitado, fresco, a pesar de no haber dormido más de tres o cuatro horas, y entre sus diversos acompañantes (camareros, camioneros, contables, individuos dedicados sin más al contacto social) por lo general había uno que había pasado la noche en el sofá. En la casa se vivía una constante corriente de actividad incluso a horas tan tempranas. La gente entraba y salía de las habitaciones más dispares, cruzando el campo visual de cada uno como los personajes de *La dolce vita*.

Una mañana, Joe estaba sentado ante el piano de cola del salón: tomaba café, tocaba el piano y hablaba conmigo casi al mismo tiempo. Un hombre bastante grueso y una joven con el cabello recogido en una trenza pasaron por delante de nosotros, totalmente absortos en su conversación.

—Ayer mismo destrozó el coche de su madre —dijo la chica.

—Pensé que había sido el televisor.

—Qué va; el televisor fue la semana pasada.

Siguieron hacia el vestíbulo, y un hombre bastante calvo, vestido con un traje oscuro, metió la cabeza entre nosotros dos.

—La reunión es a las dos —le dijo a Joe—. Te llamaré en cuanto hayamos terminado. Deséame suerte.

Acto seguido, desapareció.

En ese momento vino Mandy de la cocina, envuelta en una sábana blanca y con aires de diosa de la voluptuosidad. Sacó un cigarrillo del paquete que llevaba Joe en el bolsillo de la camisa y le besó en la frente.

—¡Prepara los malditos papeles del divorcio! —le susurró, y volvió a la cocina, en donde Jerry estaba cortándole el pelo.

En el comedor, un joven se reía con sonoras carcajadas mientras leía la columna de Lewis Grizzard en voz alta a una mujer de cabello blanco a la que en modo alguno le hacía gracia. El ruido de los tacones al repicar por el suelo era audible por encima de todo lo demás.

—Bueno —dijo Joe—, pues son las nueve de la mañana y aún no estoy aburrido.

Joe no me lo decía a mí, sino a la persona con la que estaba hablando por teléfono. Sujetaba el aparato entre la barbilla y el hombro. A menudo se veía a Joe en conversaciones divididas como ésa. Unas veces era posible saber con quién estaba hablando, y otras no.

—Me desperté a las siete de la mañana —decía— y me encontré con un voluminoso bulto a mi lado, debajo de las sábanas, lo cual me pareció muy raro, ya que me había ido a dormir completamente solo. Mandy se había ido a Waycross a pasar la noche, y no iba a estar de vuelta al menos en una o dos horas. Total, que me quedé tumbado, mirando el bulto, intentando adivinar quién sería. Era enorme, más grande que cualquiera... ¿Qué...? Sí, estaba seguro de que era un ser humano, y no un montón de ropa sucia, porque le oía respirar. Fue entonces cuando me fijé en un detalle bastante llamativo de su respiración: procedía de dos partes distintas del bulto. Finalmente, se me ocurrió que el bulto en realidad eran dos, lo cual implicaba que era yo el que se había quedado desparejado. Retiré las sábanas de golpe y me encontré con un chico y una chica. Nunca los había visto antes, a ninguno de los dos. Y estaban completamente desnudos.

Joe hizo una pausa para escuchar a la persona con la que hablaba.

—Eh, eh, un momento: tú sabes que yo no soy de éstos, Cora Bett —luego, hablando ya con los dos, prosiguió su relato—. De todos modos, antes de tener ocasión de decir nada, el chico me preguntó que quién era. Te juro que fue la primera vez que alguien me hacía esa pregunta en mi propia cama. Y le contesté diciendo que era por casualidad el director de actividades sociales, y que me daba la sensación de que no nos habían presentado. No sabía muy bien qué hacer a continuación, pero entonces sonó el teléfono y me enteré de que hoy viene a mediodía un autobús lleno de turistas, cuarenta personas nada menos, y que he de prepararles algo de almorzar, porque la señora que prepara los almuerzos y las cenas se ha puesto enferma... ¡Como lo oyes, un almuerzo para cuarenta...! Son todos ellos miembros de un club social de bailes de polka; vienen de Cleveland. Sí —Joe sonrió al oír la voz al otro lado del hilo—. De todos modos —prosiguió—, mis dos amigos se vistieron. El chico llevaba tatuajes en los brazos, una bandera de los confederados en uno y una planta de marihuana en el otro. Se puso una camiseta bien ceñida, con la inscripción «jódete» en el pecho. Sí, en este preciso instante el chico y la chica están en la cocina, ayudando a preparar cóctel de gambas para cuarenta aficionados a la polka. También está Jerry, le está cortando el pelo a Mandy. Por eso te decía que aún no me ha dado tiempo a aburrirme.

Joe se despidió y colgó el teléfono, momento en el cual un inmenso caftán azul entró en la sala. El caftán iba coronado por la redonda y sonriente cara de una mujer que tendría unos setenta años. Llevaba abundante maquillaje de polvos de arroz y los labios de un rojo brillante. El cabello, negro como el azabache, lo llevaba recogido en un moño que semejava un turbante en lo alto de la cabeza.

—Me marcho a Statesboro a tocar en el Kiwanis Club —dijo a la vez que agitaba unas llaves de un coche—, y luego tengo un concurso de belleza en Hinesville a las seis. Supongo que estaré de vuelta en Savannah a eso de las nueve. Pero si por un casual me retraso, ¿podrías ir al bar y hacerme el principio de mi turno?

—Sí, señora —dijo Joe, y la mujer desapareció flotando entre el rumor de la seda

y el tintineo de las llaves.

—Ahí donde la ves —dijo Joe haciendo un gesto hacia el lugar en el que había estado ella—, es una de las más grandes damas del estado de Georgia. Emma Kelly nada menos. Ven con nosotros esta noche y podrás verla en acción. Por aquí se la conoce con el apodo de «La dama de las seis mil canciones».

Durante los últimos cuarenta años, Emma Kelly había dedicado la mejor parte de su tiempo a atravesar en coche los paisajes del sur de Georgia para tocar el piano allí donde hiciera falta. Tocaba en las ceremonias de graduación, en las bodas, en las reuniones de antiguos alumnos, en las recepciones de las iglesias. Todo lo que había que hacer era pedírselo, que ella se encargaría de acudir el día fijado a Waynesboro, Swainsboro, Ellabel, Hazlehurst, Newington, Jesup o a Jimps. Había tocado en los bailes de fin de curso de todos los institutos de enseñanza media existentes en un radio de ciento sesenta kilómetros a la redonda, con centro en Savannah. Un día determinado podía irse a Metter para tocar en un desfile de modelos, seguir camino a Sylvania para actuar en un congreso de maestros jubilados y llegar a Wren para tocar en una fiesta de cumpleaños. Al caer la noche regresaba a Savannah y tocaba el piano en varios clubes nocturnos. Pero al margen de los lugares adonde pudieran llevarle sus compromisos, siempre estaba de vuelta en Statesboro —una hora al oeste de Savannah— para tocar en el almuerzo de los lunes en el Rotary Club, en el de los Leones los martes, el jueves en Kiwanis y el domingo en la Primera Iglesia Bautista. Emma tocaba viejos éxitos y melodías conocidas, *blues* y valeses. Era una presencia inevitable, siempre con sus caftanes ondulados y sus abrigos vistosos, con su turbante de cabello negro sujeto en lo alto por dos palillos lacados.

Emma descendía de los más antiguos colonos ingleses que vivieron en Georgia y en Carolina del Sur. Conoció a George Kelly cuando tenía cuatro años y se casó con él al cumplir los diecisiete. Él era un pintor relativamente conocido; cuando murió, Emma le había dado diez hijos, «y eso sin contar cinco embarazos frustrados», añadía siempre.

Bautista devota y convencida, Emma no bebía nunca. Pero una vez, después de haber tocado en el club de oficiales de Fort Stewart, la paró la policía por sospechar que iba conduciendo en estado de embriaguez. El agente que la apuntó con la linterna cuando abrió la ventanilla le dijo que llevaba un buen trecho haciendo eses. Era cierto, pero la explicación fue que Emma había intentado desatarse los corchetes del corsé en ese tramo. Entornó los ojos bajo el resplandor de la linterna a la vez que se sujetaba la ropa desabrochada, preguntándose cómo iba a lograr bajar del automóvil en condiciones para convencer al joven agente de que estaba sobria. Tuvo la buena suerte de haber tocado el piano en la cena de fraternidad de la policía de tráfico el año anterior; el agente se acordaba de ella, y sabía que jamás probaba el alcohol. En ese mismo instante la dejó seguir.

A decir verdad, casi todos los policías de tráfico conocían el coche de Emma. Cuando de noche pasaba zumbando por delante de ellos, a ciento veinte o ciento

treinta por hora, por lo común lo dejaban marchar. Emma tenía una compasión sin límites por el policía novato que de vez en cuando, sin saber nada, la detenía con la sirena a todo meter y las luces azules dando vueltas. Bajaba la ventanilla y le decía con suavidad: «Usted debe de ser nuevo, agente». Ella pensaba en el rapapolvo que le iba a caer al joven cuando se presentase ante el *sheriff* adormilado. Sería más o menos como sigue: «¿Qué diantre te crees que estás haciendo, listillo? ¿Cómo se te ha ocurrido detener a Emma Kelly? Ay, te diré qué es lo que vas a hacer, muchacho. Vas a escoltar a esta señora todo el camino hasta Statesboro. ¡Encárgate de que llegue a su casa sana y salva! Y mil perdones, señorita Emma. No volverá a suceder».

En Savannah, los fans de Emma la seguían de un club nocturno a otro formando una alborozada caravana: iban de Susurros a la Casa Rosada, del Fountain a la bolera del Roble de Virginia, de Quality Inn al aeropuerto. Emma era garantía de un buen negocio. Las consumiciones en la barra subían muchísimo mientras duraba su actuación, y bajaban cuando se iba. Durante años, los hijos de Emma le habían pedido de rodillas que dejara de ir de un sitio a otro y que abriese su propio *piano bar*. Después de matar accidentalmente a su noveno ciervo en una autopista, dejaron de suplicárselo e insistieron en firme. «Me rompe el corazón —dijo Emma—, porque yo amo a los animales, y eso por no decir nada de los destrozos del coche». En cuanto al establecimiento de un bar propio, prometió que lo pensaría muy en serio.

Joe Odom, que había tratado a Emma durante toda su vida, iba a verla muy a menudo cuando estaba actuando, sin importarle en dónde fuese. Poco después de su llegada, Emma tocaba «Sentimental Journey», que era la señal convenida con Joe para que éste subiera al escenario y tocase un par de temas, de modo que Emma pudiera descansar unos minutos. Joe cumplía su papel encantado de la vida.

La noche en que Emma colisionó con el décimo ciervo, llegó en coche a Susurros y tocó «Sentimental Journey» en cuanto vio entrar a Joe por la puerta. «Acércate a mirar cómo está el coche, ¿quieres, Joe? —le dijo—. No puedo ni echarle un vistazo». Seis meses después, ella y Joe abrieron un *piano bar* en un viejo almacén de algodón cercano al río. Lo llamaron Emma's.

Emma's constaba de una sala alargada y estrecha, tan acogedora como una sala repleta de libros. La pequeña pista de baile estaba ceñida a la curva de un piano de media cola. Un ventanal ofrecía una agradable vista del río, de los ocasionales cargueros que surcaban las aguas en silencio. Una de las paredes estaba repleta de fotografías de familiares y amigos, que se contaban por docenas, mientras que a la entrada había una vitrina con bastantes recuerdos de Johnny Mercer. Fue Mercer, en realidad, quien puso a Emma el apodo de «La dama de las seis mil canciones»: ése era el número de canciones que se sabía, según los cálculos de Mercer. Emma y él habían repasado una considerable cantidad de libros de canciones, Mercer dedicado a comprobar cuáles y cuántas eran las que Emma sabía cantar de punta a cabo. Después de tres años de comprobaciones, Mercer expresó su educada suposición sobre el almacén de letras que tenía Emma en la cabeza. Debían de andar cerca de las seis mil.

La primera vez que fui a Emma's estaba aún sentándome cuando la propia Emma miró hacia donde yo estaba y me preguntó, sin mediar palabra, cuál era mi canción preferida. Me quedé totalmente en blanco, por supuesto. Mientras la miraba, seguramente con gesto de desamparo, por encima de su hombro izquierdo, enmarcado en el ventanal, apareció un enorme carguero.

—¡La del barco! —le dije—. «Mi barco tiene velas de seda».

—Ah, es una canción deliciosa —dijo Emma—. Kurt Weill, 1941.

Se puso a tocarla, y desde entonces, cada vez que visité su bar hizo un hueco para tocar «Mi barco».

—Los camareros se saben de memoria qué copa es la preferida de cada cliente, ¿no? —dijo—. Yo los conozco por las canciones que me piden. Cada vez que uno de los clientes habituales entra por la puerta, me gusta tocar su canción favorita. A ellos les sienta bien, les hace sentirse como si estuvieran en su casa.

Emma tenía abundantes clientes habituales. Por ejemplo, cuatro señoras de Estill, Carolina del Sur, que venían en automóvil varias noches por semana, con o sin sus maridos. Luego estaba John Thorsen, agente de la propiedad inmobiliaria, que todas las noches sacaba al perro a pasear, aunque más de una noche seguía caminando hasta aparecer por la puerta de Emma's con el pijama y la bata, acompañado por el perro. Nada más llegar, le acompañaban a su mesa de siempre. Cuando se estaba sentando, Emma le tocaba «Momentos como éste», su canción preferida. Estaba también Wanda Brooks, una anfitriona vocacional, que improvisaba su hospitalidad sobre la marcha, y que llevaba estridentes sombreros y un vistoso broche de estrás en el que figuraba su número de teléfono con cifras relucientes de unos tres centímetros de altura. Wanda había sido *majorette* en su juventud; ahora vendía camas de bronceado integral en los salones de belleza equipados con rayos UVA de toda Carolina del Sur y de la franja costera de Georgia. Se presentaba con un «¡Hey!» ante cualquier desconocido, lo acompañaba a una mesa cualquiera, se enzarzaba con él en una animada conversación, bailaba un par de piezas y pasaba a charlar después con cualquier otro que estuviese a tiro. Wanda se pasaba el tiempo buscando en su bolso un mechero, y se balanceaba o se inclinaba por completo encima de la persona que tuviera al lado, al tiempo que chachareaba por los codos. Era inevitable que su sempiterno cigarrillo se le cayera de los labios, o bien que se le cayera de los dedos, y que formase una cascada de cenizas y de rescoldos, con lo que la gente que se encontraba inmediatamente al lado se levantaba despavorida y sacudiéndose la ropa. Wanda tenía el pelo rubio platino, y siempre hacía su entrada en Emma's a los sonos de «New York, New York», que era su canción favorita.

Aunque Emma's fuese uno de los locales nocturnos más concurridos, quedaba muy lejos de las expectativas creadas al menos en un aspecto: no bastó para que Emma dejase de conducir su vehículo por todas las carreteras del estado, ya que siguió haciendo apariciones estelares de una punta a otra de Georgia, después de cada una de las cuales volvía a Savannah para seguir tocando hasta las tantas de la

madrugada. A veces, después de cerrar el local se quedaba a pasar la noche en casa de Joe Odom, pero la mayor parte de las veces encontraba una excusa para coger su coche e irse a Statesboro, a su casa. Los sábados por la noche siempre se iba a casa, porque los domingos, en Statesboro, comenzaban muy temprano para ella y se prolongaban hasta muy tarde, tal como pude descubrir de primerísima mano. Emma me invitó a sumarme a los fieles un domingo en la iglesia a la que asistía siempre, y después quiso que me quedase todo el día con ella. Fue más o menos como sigue.

Emma dejó el auto en el aparcamiento de la Primera Iglesia Baptista de Statesboro el domingo a las ocho y veinte de la mañana. Llevaba un vestido de seda púrpura, una capa azul, sombra de ojos color turquesa y un poco de colorete en las mejillas.

—Veamos —me dijo—: Cerramos Emma's ayer a las tres de la madrugada, así que llegué a casa a eso de las cuatro. Hubiese hecho un alto en la autopista para echar un sueñecito, nada más que un cuarto de hora, a la altura del paso elevado de Ash Branch, cosa que suelo hacer muchas veces, pero llevaba delante un camión bastante grande, de los viejos, que ocupaba todo el espacio. Así pues, me metí en la cama a las cuatro y media; a las siete y cuarto, tía Annalise me avisó para cerciorarse de que llegaría a tiempo a la iglesia. Tía Annalise tiene noventa años —Emma se retocó los dos palillos lacados con los que se sujetaba el moño—. Puedo seguir funcionando aunque sólo haya dormido un par de horas, pero a veces se me nota demasiado. Se me hinchan los ojos.

Así entramos en la iglesia.

El párroco pronunció un sermón titulado «Tentación y decaimiento interior». Luego, un diácono leyó un informe sobre la próxima semana de festival, cuyo tema monográfico iba a ser «Despierta, América: ¡Dios te ama!». El diácono consideraba que aún eran muchísimas las personas dormidas con relación a este mensaje. «Hay en Norteamérica ciento ochenta millones de personas que no viven en Cristo —dijo—. Dos millones residen en el estado de Georgia. Sólo en Statesboro son varios miles».

El párroco se dirigió entonces a la congregación.

—¿Tenemos hoy algún invitado entre nosotros?

Emma me susurró que debía ponerme en pie. Todos se volvieron hacia donde estábamos.

—Bienvenido —dijo el párroco con todo el corazón—. Nos alegra mucho que haya podido sumarse a nosotros.

Después del servicio religioso, Emma y yo caminamos hacia una capilla más pequeña, en donde las personas mayores iban a asistir a la asamblea semanal de notables. Nos retrasaron un poco las diez o doce personas que vinieron a darme personalmente la bienvenida a la iglesia, y a preguntarme de dónde venía.

—¡De Nueva York, nada menos! —dijo una mujer—. Yo tenía una prima que una vez fue allí.

En la capilla, Emma se quitó los zapatos de tacón alto y tocó el órgano mientras

iban llegando los demás. Cada uno de los integrantes de la asamblea de notables se detuvo a la altura del órgano para saludar a Emma, y acto seguido se acercó a mí para comentar cuánto le alegraba que hubiese ido a la iglesia. El señor Granger fue el primero que tomó la palabra en la asamblea.

—Os digo de veras —dijo— que mi mujer va bastante bien. El domingo pasado yo ya sabía que era maligno, pero no pude decíroslo, porque el médico no lo confirmó hasta el martes. Tengo una gran congoja, pero todo está en orden.

Desde el fondo de la capilla tomó la palabra una mujer.

—Ann McCoy está de nuevo ingresada en el hospital de Saint Joseph, en Savannah. Vuelve a tener dificultades.

—Murió el otro día la hermana de Sally Powell —dijo otra.

—¿Alguno más? —preguntó el señor Granger.

—Cliff Bradley —dijeron varias personas al unísono.

—Cliff se fue a casa ayer mismo, a última hora —dijo el señor Granger—. Parece que se encuentra bastante bien.

—Goldie Smith tiene necesidad de nuestras oraciones —dijo otra mujer—. Parece que algo le pasa en el estómago. Le van a poner una prótesis.

Una mujer que llevaba los labios pintados de rosa y unas gafas de montura de oro se puso en pie para dar su testimonio.

—Mi familia y yo no estábamos lo que se dice muy bien hasta que no bajé la vista y vi que tenía un agujero de Dios en el pecho. Todos tenemos un agujero de Dios en el pecho. Todos debierais hacer lo que hice yo, es decir, volver la vista hacia Jesús.

Cuando concluyó la asamblea, Emma se acercó a una de las salas más pequeñas de la capilla, donde tenía junto a otra docena de mujeres de cierta edad su catequesis dominical. Emma volvió a presentármelas a todas, y las señoras cuchichearon y me saludaron con voces cantarinas. La que iba a llevar la voz cantante indicó que había pensado hablar del pueblo de Dios en un mundo cambiante, pero preguntó si alguien tenía algún anuncio de importancia que hacer primero.

—La incisión que le hicieron a Myrtle Foster aún no ha dejado de supurar —dijo una mujer que llevaba gafas y vestía con un traje verde claro—. Ayer por la noche hablé con Rap Nelby, pero aún no saben cuándo podrá volver a su casa.

—Tenemos que incluirla en nuestra lista de oraciones —dijo la directora del día.

Una mujer que llevaba el pelo lleno de filas de rizos blancos y azulados tomó la palabra.

—Louise vio a Mary el viernes en el salón de belleza, y parece que las otras dos tampoco están nada bien, así que hay que mantenerlas también en la lista —dijo. Durante unos minutos se discutió sobre la salud de algunos otros miembros de la congregación, y al final la lista de oraciones creció con otros tres nuevos nombres.

La directora comenzó entonces a hablar —«Jesús nunca os pedirá que hagáis algo que él mismo no haría»—, y Emma se sacó del bolsillo un pequeño sobre de papel manila en el que estaba escrito «Emma Kelly: 24 dólares». Se puso en pie sin hacer

ruido y puso el sobre en una caja de cartón, con los sobres del resto de las damas. Luego me hizo un gesto para que la siguiera y enfiló el pasillo con la caja de cartón. Noté un tirón en la manga.

—Espero que le haya gustado —me susurró una señora—. Venga a vernos otra vez, ¿eh?

Emma me indicó el camino.

—Ahora iremos a ver a los niños pequeños, que están en la segunda planta —dijo. Primero pasó por una sala sin ventanas y entregó la caja a dos hombres que estaban sentados tras una mesa repleta de sobrecitos de papel manila.

—Buenos días, señorita Emma —dijeron.

Arriba, unos veinte niños estaban sentados en un semicírculo en torno a un piano de pared, esperando a Emma. Ella les acompañó mientras cantaban los títulos de los libros del Nuevo Testamento con la melodía de «Adelante, soldados cristianos»: «Mate-o, Mar-cos, Lu-cas y Juan, Hechos y Epís-to-las a los roma-nos...». Luego tocó «Jesús es un maestro que nos ama» dos veces seguidas.

—Ya podemos marcharnos —dijo, y volvimos a la planta baja y al aparcamiento.

—Si la otra señora que toca el piano no pudiera ir a la guardería, me tocaría ir a mí —dijo Emma—. Pero hoy sí que ha ido.

Así pues, fuimos en su automóvil directamente al Club de Campo de Forest Heights, en donde Emma se dirigió al buffet, se sirvió dos muslos de pollo en el plato y tomó asiento ante el piano del comedor. Durante las siguientes dos horas y media, estuvo tocando música de fondo y charlando con los clientes, que llegaban de uno en uno o en grupos familiares, a saludarla primero y a presentarle sus respetos después.

A las dos y media, Emma se levantó del piano y se despidió. Subimos al automóvil y recorrimos veinticinco kilómetros bajo el brillante sol de la tarde hasta Vidalia, donde se cultiva la cebolla dulce llamada «de Vidalia». Emma estaba contratada para tocar en una boda que se iba a celebrar en el Serendipity Health and Racquet Club, A su llegada fue directamente al servicio de señoras y se cambió de ropa, poniéndose un generoso kimono negro y dorado. La propietaria del club gimnástico, una enorme señora rubia con un peinado espectacular, nos llevó a ver el balneario y nos mostró la nueva piscina cubierta, así como una gruta submarina de la que estaba especialmente orgullosa. Los invitados a la boda fueron llegando de la iglesia, pero los novios venían con retraso. Se corrió la voz de que habían parado por el camino en un 7-Eleven para conseguir vasos de plástico y beber champán en el automóvil.

Cuando por fin llegó la pareja, Emma se enteró de que el novio se llamaba Bill, y anunció que tenía una canción especial para la ocasión. Cantó aquello de «El gran Bill el malo es ahora el dulce William... la vida de casado le ha cambiado... friega los platos, barre el suelo...». La canción fue recibida con grandes risas, y todos los invitados se pusieron a bailar, con la salvedad de los niños pequeños, que salieron a colocar una botella de champán bajo el capó del coche de los novios, junto al motor,

para que al calentarse, cuando se fueran, saltase el tapón.

A las seis y media, después de que Emma dedicase dos horas a tocar infatigablemente, volvimos a su coche para regresar a Statesboro. Si estaba cansada, la verdad es que no se le notaba. No sólo iba muy despierta, sino que además sonreía.

—Alguien dijo una vez que los músicos estamos tocados por Dios —dijo—, y yo creo que es cierto. Con la música se puede hacer felices a los demás, pero también una es feliz. Gracias a la música, nunca me he sentido sola, nunca he estado deprimida. Cuando era pequeña, muchas veces ponía la radio debajo de la almohada al irme a dormir. Así aprendí tantísimas canciones. La verdad, gracias a que conocía tantas canciones tuve ocasión de conocer a Johnny Mercer. Primero hablamos por teléfono, hará unos veinte años. Yo estaba tocando en una fiesta en Savannah, y un joven me estuvo pidiendo todo el tiempo canciones de Johnny Mercer. Se quedó muy sorprendido al comprobar que yo las conocía casi todas. Luego toqué incluso algunas que él no conocía, y él se quedó asombrado. «Soy el sobrino de Johnny Mercer —dijo—. Me gustaría que lo conociese. Llamémosle por teléfono». Así que le llamamos a su casa de Bel Air, en California, y él le dijo a Johnny que acababa de conocer a una señora que se sabía todas las canciones que él había escrito. Y me puso al teléfono. Johnny ni siquiera me saludó; me dijo en cambio que le cantase los primeros compases de «Si fueras mía». No es una canción muy conocida que digamos, pero para Johnny era una canción cargada de significado. Se la canté sin titubear y desde entonces nos hicimos amigos.

El sol se empezaba a poner.

—Para mí, la letra es tan importante como la música —dijo Emma—. A Johnny y a mí nos gustaba comparar nuestras frases preferidas. A los dos nos gustaba la letra de «Mientras seas joven», ésa que dice «Te quiero demasiado para perderte, eres demasiado dulce para durar», y también ese verso de «Puñado de estrellas» que dice «¡Oh! Qué cosas sin decir temblaron en el aire».

»Las propias letras de Johnny son las mejores, desde luego. Es difícil pensar en algo más hermoso que “Cuando el otoño echa a caminar por la tierra y enfría la brisa, cuando toca con sus manos los árboles del verano...”. Es auténtica poesía. Y también lo es “Como cometas de colores fueron pasando las noches y los días. El mundo estaba bajo un cielo azul como un paraguas”.

Gracias a Johnny Mercer Emma empezó a cantar. Hasta que le conoció, solamente tocaba el piano. Mercer le dijo que se animara, que empezase a cantar, pero a ella le daba miedo; le dijo que no tenía registros suficientes. «No pasa nada por eso —dijo él—; tú canta con suavidad. No tienes que dar la nota más alta en cada tema. Tú canta bajito, sáltate trozos, haz trampas. Si no llegas, o no te sabes el verso, te lo saltas y punto». Le enseñó de qué manera podría cambiar de clave, en vez de tener que subir una octava en el segundo verso de «Me encanta París». Incluso la ayudó a trampear algunas de sus canciones. A ella le costaba trabajo entonar el verso «Quiero estar cerca para recoger los pedacitos cuando alguien te rompa el corazón»,

y Mercer le enseñó a adaptar la misma nota en tres sílabas distintas.

Aún le creaba algunas dudas su profesión de cantante, pero una noche tuvo una actuación en Quality Inn. Encontró un micrófono y todo el sistema de megafonía a su disposición. «Fíjate —le dijo Mercer—, si hasta tienes un micro... Ahora ya puedes cantar». Y cantó. Años más tarde se enteró de que Mercer había insistido en que el micrófono estuviese en donde estaba, y que incluso había pagado por ello.

Emma recordó cómo había tocado el piano a lo largo de los años para la gente sencilla y para los dignatarios, para tres presidentes, veinte gobernadores, infinidad de alcaldes. Había improvisado en sesiones con Tommy Dorsey, había acompañado a Robert Goulet. Recordaba muy bien el día, muchos años atrás, en que descubrió que tocar el piano a diario se había convertido para ella en algo más que en una simple necesidad. Le ocurrió un domingo por la mañana; su hijo pequeño estaba dolido por haber roto con su novia, así que llevó a Emma y a su marido a la iglesia y luego se marchó al bosque, enganchó un rifle contra los pedales del coche, se apuntó contra el pecho y disparó. Se cayó de bruces contra el volante. La bocina se quedó sonando por la presión de su cabeza; alguien oyó la bocina y llegó corriendo. El muchacho perdió un pulmón, pero se le pudo salvar la vida, aunque costó nada menos que 40.000 dólares. Emma tuvo que trabajar noche y día para pagar las facturas. Aquella tragedia que a punto estuvo de producirse sólo sirvió para redoblar su fe. «¿Y si la bala hubiese entrado sólo un centímetro más a la derecha o más a la izquierda? ¿Y si no hubiese caído de bruces sobre el volante? El Señor estaba a su lado, ya lo creo —dijo Emma—. Y sólo por esa razón he de seguir creyendo; es así de sencillo». Incluso después de pagar la factura del hospital, Emma siguió actuando a diario, casi todas las noches. Tocar el piano se había convertido en algo esencial en su vida.

Llegamos a Statesboro poco después de las siete y media. Antes de irse a casa, Emma pasó por casa de su tía, la que tenía noventa años, para llevarle algo de comer que había cogido del club de campo. Su tía salió a la puerta en camisón, con el gorro de dormir; había estado escuchando por la radio el sermón de la iglesia Bautista. Emma entró unos minutos en su casa y la arrojó en la cama. Luego, más de doce horas después de empezar el día, volvió a su casa.

—Hay otra cosa maravillosa en la posibilidad de tocar música —dijo—. Es una cosa que me dijo Johnny Mercer. «Cuando tocas canciones —me dijo—, puedes devolverle a la gente el recuerdo de la vez en que se enamoraron. Ése es el poder de las canciones».

Ateniéndonos solamente a la clientela, el bar de Emma era todo un éxito. Financieramente, en cambio, el bar no iba demasiado bien. La inclinación irreprimible que tenía Joe a la hora de invitar a copas casi a cualquiera era uno de los motivos; además, muchos de los viejos acreedores de Joe consideraban el bar una forma de recuperar al menos parte del dinero que él les debía. Entraban y se

quedaban por espacio de una hora, bebiendo sin preocupaciones, y luego se marchaban sin pagar. Con eso y con todo, Emma's tendría que haber ingresado bastante más dinero del que ingresaba. Joe buscó consejo en Darlene Poole, que conocía como la palma de su mano el negocio de los bares.

Darlene había trabajado de camarera en buen número de los bares de la zona, y estaba liada con el dueño de un próspero club del sur de la ciudad. Joe y ella estaban sentados en una mesa, tomándose unas copas.

—Tienes un buen club —dijo—. La peña más chapada a la antigua por fin tiene un sitio al que ir a tomar copas. Ya difícilmente podían ir al Nightflight, y menos al Malone; para qué hablar del Studebaker. Los tienes a todos para ti solo, cariño. ¿Qué más se puede pedir? Por si fuera poco, he visto que también viene Wanda Brooks por el local. Tías como Wanda Brooks son para mí un seguro. Como no hace más que tropezarse con todo el mundo, enrollarse hasta con el más pintado, y tirar sin querer los vasos por donde pasa, con las copas a tres dólares esto tiene que ir viento en popa, chico. Si consigues mantener a raya a los gorriones y si dejas de invitar a copas a cualquiera, tendría que irte pero que muy bien. Basta con que te asegures de que nadie se quede demasiado tiempo con la copa vacía.

—Puede que ése sea el problema —dijo Joe—. Tendré que decirle a Moon que ponga las copas a mayor velocidad.

—¿Moon?! —Darlene se dio la vuelta en redondo y miró hacia la barra. Luego volvió a mirar a Joe—. ¡Joder, Joe, no me habías dicho que tienes a Moon Tompkins en la barra! —Darlene se acercó más a Joe y bajó la voz—. Tu problema tiene nombre, cariño. Tu problema se llama Moon.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Joe—. A mí me parece un tío cojonudo, aunque un poco lento, claro.

—Moon Tompkins ha pasado tres años entre rejas por un asalto a un banco —dijo Darlene.

Joe se echó a reír.

—Ya, ya —dijo.

—Eh, y no fue solamente un banco. Fueron dos.

—Ya veo que lo dices en serio, ¿no? —dijo Joe. Sus risas dieron paso a una sonrisa de curiosidad. Miró hacia la barra, donde Moon Tompkins estaba sirviendo vodka en una hilera de vasos largos.

—Bueno, pues que me aspen —dijo—, si alguna vez se me pasó por la cabeza que el viejo Moon pudiera llevarlo en la sangre.

—¿Cómo demonios se te ocurrió contratarlo como barman? —preguntó Darlene.

—Lo contrató Emma. Supongo que no dijo nada del robo en su currículum.

Darlene encendió un cigarrillo.

—Digo yo que habrás oído hablar del robo armado del restaurante Green Parrot la semana pasada, ¿no?

—Pues sí, claro.

—Es cosa de Moon.

—¡Venga, no fastidies! —dijo Joe—. ¿Estás segura?

—Totalmente.

—Pero espera un momento, Darlene —dijo Joe—. ¿Cómo ibas a saber que fue Moon? Aún no han cogido a los ladrones.

—Lo sé —dijo Darlene— porque yo conducía el coche en el que nos dimos a la fuga.

Joe no tenía nada en contra de los atracadores de bancos, ni tampoco en contra de los que conducen el coche en el que se dan a la fuga, pero se sintió como un perfecto idiota al haber confiado su caja registradora a un ladrón de cuerpo entero. Moon estaba poniendo en práctica el chanchullo más rudimentario del mundo: estaba poniendo más copas de las que registraba en la caja, y cuando en efecto las registraba colocaba la nota de tal forma que ocultaba los números.

—Te puedes jugar lo que quieras a que aprieta el botón de «Sin venta» cuando hace eso —dijo Darlene—. Y acto seguido se mete los veinte pavos en el bolsillo.

Joe decidió que lo más sensato sería cazar a Moon en el acto, obligarle a dar la cara y luego permitirle marcharse sin armar demasiado jaleo. No le diría nada a Emma, pues sólo de pensar que había hecho negocios con un atracador podría darle fácilmente un ataque al corazón. Joe pidió a dos amigos suyos que fuesen al bar la noche siguiente, y que llevaran la cuenta de las copas que pusiera Moon. A lo largo del día, no obstante, se filtró la noticia de que esa noche iban a cazar a Moon Tompkins con las manos en la masa, mejor dicho, en la caja registradora de Emma's, y a la hora en que se abría el bar una festiva muchedumbre se había reunido ante la puerta, alborotando para que los dejaran entrar a presenciar el golpe como si fuese un gran acontecimiento deportivo.

—Dios mío, qué noche más animada —dijo Emma. Los clientes pedían copas a una velocidad endemoniada, con la esperanza de animar a Moon a que distrajese más dinero que nunca. Cuantas más copas pedían, más se animaba el local. A medianoche daba la impresión de que Moon y Emma eran las únicas personas que no estaban al tanto del golpe que estaba en marcha.

Los clientes pedían sin cesar.

—¡Eh, Moon! Ponme un coscorrón. ¡Ja, ja! ¿Qué mejor copa para un golpe que un buen coscorrón?

—A mí ponme un cóctel Rob Roy, Moon.

Media hora antes del cierre, Moon sacó el cubo de la basura para vaciarlo en el contenedor, pero ya no regresó. Cuando Joe pasó al otro lado de la barra y abrió la caja registradora, se la encontró vacía. Moon la había limpiado.

La desaparición de Moon no sirvió para que decayese el ánimo general en Emma's; al contrario, si acaso vino a incrementar los niveles de hilaridad. A la hora

del cierre, Joe ya no pudo aguantar más, así que le dijo a Emma qué había ocurrido: Moon se había llevado toda la pasta y se había largado.

—¡Divina bondad! —dijo Emma—. ¿De veras?

—Mucho me temo que sí —dijo Joe—. Pero supongo que es buena cosa que por fin nos hayamos librado de él, porque parece ser que antes ya se dedicaba a cosas como ésta. Es un atracador de bancos.

—Ah, eso ya lo sabía —dijo Emma.

—¿Que ya lo sabías?

—Pues claro —dijo—. Moon me habló de ello cuando vino por aquí buscando trabajo. Ni siquiera intentó ocultarlo, y la verdad es que yo le dije que le admiraba por ello. Pensé que se merecía una segunda oportunidad. Yo creo que todo el mundo se la merece, ¿tú no?

—Sí, señora —dijo Joe.

Emma subió a su automóvil y enfiló Bay Street, camino de Statesboro.

Tal como tenía por costumbre a esas horas de la madrugada, Joe se fue a su casa con unos cuantos amigos. Según el informe del jefe de bomberos, poco antes del amanecer alguien debió de tirar un cigarrillo encendido a una papelería, generando un incendio que por poco arrasó la casa.

Joe fue el primero que olió el humo. Echó a correr por toda la casa, levantando a todo el que se encontró dormido en las camas y los sofás, haciéndoles salir a la calle.

—¿Han salido todos? —preguntó el jefe de bomberos

—Todos los que yo conozco han salido —dijo Joe.

—¿Quiere decir que puede haber en la casa gente que usted no conozca?

—Oiga, jefe —dijo Joe—, a veces me he encontrado en mi propia cama gente a la que no conocía.

Se dio en general por sentado que Joe Odom le había pegado fuego a su casa para hacerse con el dinero del seguro, aun cuando la casa ya no le pertenecía. Los dueños exigieron a Joe que desalojara la casa de inmediato, y no tanto por el incendio, sino porque no había pagado un solo mes de alquiler. Una semana más tarde, Joe se llevó los muebles que pudo salvar del incendio y se mudó a una amplia casa señorial, de estilo federal, construida en ladrillo, en el 101 de Oglethorpe Avenue, a pocas manzanas de distancia. Sus vecinos eran el señor y la señora Bell; él era el presidente ya jubilado del Savannah Bank, así como ex presidente del venerable Oglethorpe Club e historiador muy respetado. Su señora era una intelectual, amén de ser miembro de una distinguida familia de Savannah. A la vista de sus augustos vecinos, los amigos de Joe supusieron que la vida en su nuevo hogar forzosamente tendría que ser algo más moderada de lo que había sido en el 16 de East Jones Street.

Y puede que lo fuera. Pero no pasó mucho tiempo hasta que los vecinos comenzaron a percatarse de que los visitantes entraban por la puerta del 101 de Oglethorpe Avenue, que siempre estaba sin cerrar, a un ritmo constante. Delante de la casa se detenían autobuses de turistas a mediodía, y algunas gratas melodías de piano

se oían en los alrededores de la casa tanto de día como de noche, pero muy especialmente a horas en las que el resto de la ciudad estaba totalmente en calma.

LA GRAN EMPERATRIZ DE SAVANNAH

Una calma sobrenatural se adueñó de Jones Street después de que Joe Odom se mudase a Oglethorpe Avenue. Ya no se oyeron más las serenatas de Joe desde el otro lado de la tapia del jardín. En medio de aquella tranquilidad, se me ocurrió que era el momento oportuno para adquirir un automóvil. Me apetecía conocer mejor los alrededores de Savannah, pero en cuestión de vehículos me tomé el asunto con cuidado.

Los nativos de Savannah conducían no sólo deprisa, sino también con bastante alegría. Además, eran amigos de llevar su cóctel preferido en el coche. Según el Instituto Nacional para la Cura y Prevención del Alcoholismo, más del ocho por ciento de los adultos de Savannah eran «alcohólicos reconocidos», lo cual bien podría explicar la molesta tendencia que tenían los automovilistas a montar el coche sobre las aceras y a colisionar contra los árboles. De los veintisiete robles de Virginia que jalonan el borde de Forsyth Park por Whitaker Street, y no es más que un ejemplo tomado al azar, todos menos uno presentaban hondas cicatrices a la altura habitual de un parachoques. Uno de ellos había sufrido tal cantidad de impactos que ostentaba un hueco nada desdeñable en la base del tronco. Pues bien: el hueco estaba repleto de trocitos de cristal de parabrisas del tamaño de un guisante, relucientes como diamantes en el fondo de un generoso cuenco. Las palmeras de la mediana de Victory Drive presentaban idénticas cicatrices, igual que los robles de Abercorn.

Yo nunca había tenido coche propio. Como vivía en Nueva York, nunca me había hecho falta. Ahora, en cambio, la idea me pareció atractivo. Si de hecho iba a conducir un coche en aquel medio urbano, tendría que ser un automóvil bien robusto. Probablemente incluso con aletas, por qué no.

—Estoy buscando un coche antiguo —le dije a Joe—. Quiero uno bien grande, espacioso. No hace falta que sea demasiado llamativo.

Una hora después estábamos los dos mirando un Pontiac Grand Prix de 1973. La carrocería, metalizada y sobredorada, tenía algunas abolladuras, y de vez en cuando se veía una mancha de herrumbre. El parabrisas estaba rajado, el plástico del techo se caía a pedazos, le faltaban los tapacubos, y el motor había rodado bastante más de ciento cincuenta mil kilómetros. Pero funcionaba sobradamente bien, y era bastante grande. No tenía aletas, pero el capó era larguísimo, tanto que parecía la cubierta de proa de un transatlántico. Me pidieron ochocientos dólares por él.

—Es perfecto —dije—. Me lo llevo.

Ya estaba completamente motorizado. Fui al sur de Gaston Street, con lo cual incumplí la segunda regla que me había inculcado Joe. Hice excursiones por Carolina del Sur. Pasé por delante de árboles magullados, y compartí la carretera con conductores que iban sorbiendo de sus vasos de plástico, y que saltaban de carril como si tal cosa. Me sentí perfectamente a salvo en mi fortaleza rodante de metal, por muy oxidada y abollada que estuviera. Nada ni nadie podría alcanzarme, y nadie me

alcanzó, de hecho, aunque con una notabilísima excepción. Se llamaba Chablis.

La primera vez que la vi, Chablis estaba de pie en la acera y me observaba con gran atención mientras yo aparcaba el coche. Acababa de salir de la consulta de la doctora Myra Bishop, que estaba frente a mi apartamento. La doctora Bishop se dedicaba a la medicina de familia. La mayor parte de sus pacientes eran mujeres negras, por lo común vestidas de forma muy conservadora. Las que por casualidad se cruzaban conmigo y llegaban a mirarme, como mucho me dedicaban un gesto solemne y seguían su camino. Pero con Chablis no fue así.

Llevaba una blusa blanca muy suelta, de algodón, vaqueros ajustados y zapatillas de tenis. Tenía el pelo corto y la piel como suavísimo chocolate con leche. Tenía los ojos grandes y expresivos, tanto más porque me miraba fijamente a los ojos. Estaba con los brazos en jarras, y me miraba con una media sonrisa descocada, como si llevara un buen rato esperándome a mí. Me arrimé al bordillo y detuve el coche a sus pies.

—¡Uau, chiiico! —exclamó—. Llegas justo a tiempo, *carinio* —la voz le hacía piruetas, y los aros que llevaba de pendientes tintineaban sin cesar—. Lo digo en serio, vida. ¡No te puedes ni imaginar! —comenzó a moverse lenta y sinuosamente hacia donde yo estaba, meneando las caderas al caminar. Deslizó sensualmente un dedo sobre la curva del guardabarros, palpando cada mella y cada oquedad del metal—. ¡S-s-s-í, sí, señor! Sí, sí, sí. ¡Es fenomenal! —me dejó plantado donde estaba y recorrió el coche entero, inspeccionando su estado, riéndose sin parar. Cuando volvió a mi sitio, se apoyó en la ventanilla—. Anda, *carinio*, dime una cosita —dijo—. ¿Cómo es posible que un chico blanco, tan guapito como tú, vaya conduciendo una vieja chatarra, una mierda de coche como éste? Te lo digo, claro, si no te importa que te lo pregunte...

—Es que es mi primer coche —dije.

—¡Vaya! O sea, espero no haber herido tus sentimientos, de verdad. Pero si te ha molestado, créeme que lo siento. De veras, no era mi intención, ya me puedes perdonar. Yo las cosas las digo como las siento; no tengo pelos en la lengua, ¡ja!

—Me parece muy bien. Por mí, no hay problema. Ya lo ves —contesté—, prefiero practicar un poco antes de comprarme un Rolls Royce.

—Sí, señor; eso es, *carinio*; así se habla. Ya veo que viajas disfrazado, guapito de cara; sí, señor: viajas de incógnito, ¿que no? Venga, si salta a la vista. Desde luego que sí. ¿Sabes una cosa, *carinio*? Cuando vas en un coche como éste, lo primero que consigues, lo tienes asegurado, es que nadie te dé la lata. Para empezar, ni siquiera tiene equipo de música que a uno de éstos le apetezca manganar. Está tan despintado, qué listo eres, que a nadie se le ocurriría destrozártelo rascándolo con una llave.

—Es verdad —dije, abriendo la puerta para bajar.

—¡Oh, *carinio*, no lo hagas! ¡Ni se te ocurra! —dijo—. ¿Cómo vas a mover el

trасero mientras yo me quedo aquí, compuesta y sin novio?

—Pero... Es que yo vivo ahí mismo —dije.

—Pues qué bien que me parece, *carinio*. Siempre podrás practicar un poco más mientras me llevas a mía casita, ¿te parece? Te lo digo además porque el chute que me ha puesto la señorita Myra... ¿la conoces? ¿No? Es un encanto de doctora, de verdad. Me ha puesto un chute que ya me está haciendo efecto, *carinio*. No sabes cómo lo noto ahora mismito. Y estos pies me están matando, de verdad.

En aquella joven no parecía existir ni una sombra de duda de que yo la iba a llevar a su casa. Murmuré algo así como «bueno, cómo no», pero ya no fue necesario, porque estaba sentada dentro del coche.

—Vivo en el centro, cerquita de Crawford Square —dijo—. No te costará más que dos minutos —se acomodó en el asiento y me miró de arriba abajo—. ¡Vaya, vaya, vaya! —dijo—. ¡Hay que ver, *carinio*, pero qué guapito que eres! Si mi novio no viviese conmigo, seguro que se la pegaba contigo, segurísimo. A mí me gustáis mucho los blanquitos, aunque eso mismo es lo que me está esperando en casa, ¿eh? Gracias al cielo... Mi novio es rubio, es precioso. Y es capaz de follar durante varios días sin parar; satisface todas mis necesidades.

Arranqué el coche.

—Me llamo Chablis —dijo.

—¿Chablis? Qué bonito —dije—. ¿Y te apellidas...?

—No me apellido nada; soy *la Dama Chablis* —dijo, y se volvió de costado, subiéndole las rodillas hacia el asiento y recostándose contra la portezuela del copiloto, como si estuviera arrellanándose en un lujurioso sofá—. Es mi nombre artístico, ¿sabes? Yo actúo en espectáculos.

Era muy hermosa, seductoramente hermosa, callejera y lista. Le relucían los ojazos, le brillaba la piel. Un incisivo partido daba a su sonrisa un aire arrastrado y algo perverso.

—Suelo bailar, canto en *play-back*, cosas así —dijo—. Mi mamá me puso Chablis por una botella de vino. Pero no lo pensó para mí: iba a ser el nombre que le diese a mi hermana. Mi mamá se quedó preñada cuando yo tenía dieciséis, y quería que fuese niña. La iba a bautizar La Quinta Chablis, pero abortó. Chablis, qué pena, dije yo. Me gusta el nombre, ¿sabes? Y mamá me dijo que me lo quedase, que me llamase Chablis en adelante, si es que era eso lo que me apetecía.

—Qué buena idea —dije—. Un buen vino blanco para una buena chica negra.

—¡S-s-s-s-í! ¡Essso es!

—¿Y cómo te llamabas antes de ponerte Chablis? —pregunté.

—Frank —repuso.

Nos habíamos parado en un semáforo de Liberty Street. Miré de nuevo a Chablis, esta vez con todo detenimiento. Tenía un cuerpecillo pequeño, de mujer, y las manos y los brazos eran delicados. Se contoneaba como una mujer; no había en ella nada masculino. Me miraba muy curiosa con sus ojazos negros.

—Ya te dije que me gustan mucho los disfraces —dijo—. Yo, no sé si lo sabes, me paso las veinticuatro horas del día disfrazada. Voy siempre de incógnito.

—Así que eres... eres un hombre —dije.

—No, no, no —contestó—. Para nada, *carinio*. ¡Ni se te ocurra decir que soy un hombre, que me he pasado media vida esforzándome a fondo para que me crezcan las tetas! No, no, no. De hombre nada, fíjate bien —Chablis se desabrochó la blusa y me mostró con orgullo un pecho perfectamente formado, de mediano tamaño—. Y es de verdad, *carinio*, ¿tú qué te pensabas? ¿Que era silicona? Pues nanay. La doctora Bishop me ayuda mucho; me mete unos chutes de estrógenos cada dos semanas que me ponen en órbita. Y mientras tanto, tomo pastillas de estrógenos, ¿qué te parece? Así me salen las tetas, así de duras; así se me ablanda la voz, me deja de crecer pelo en la cara, se me pone todo el cuerpo muy suavito, mucho —Chablis bajó la mano del pecho al regazo—. Y se me encoge el caramelito, *carinio*, pero todavía lo tengo en su sitio. No me pienso operar, *carinio*. Eso ni me lo planteo.

Íbamos cruzando por Liberty Street. Chablis aún llevaba la blusa entreabierta, y mostraba su pecho al aire, no ya a mí, sino a la media docena de peatones que nos pudieron ver. No tenía ni idea de hasta dónde estaba dispuesta a llegar, pero me temí lo peor. Sin perder de vista el tráfico, tampoco le quité a ella los ojos de encima. Empecé a sentir calor por la parte de atrás del cuello.

—No es necesario que me enseñes el caramelito —le dije—. Aquí no es necesario, desde luego. Bueno, no es necesario aquí, ni en otra parte, ni ahora, ni nunca.

Chablis se echó a reír.

—Uy, te estoy avergonzando. Te estás poniendo nervioso...

—No, la verdad es que no —dije.

—*Carinio*, a mí no me mientas. ¡Si te estás poniendo todo colorado...! —comenzó a abotonarse la blusa—. Pero no te preocupes, que tampoco soy de esas que van por ahí poniéndose en pelotas a la primera de cambio. En fin, ahora por lo menos estoy segura de que no irás por ahí diciendo que soy un hombre...

Hice un alto en Crawford Square, una de las dos plazas de Savannah que caen dentro del barrio negro de la ciudad. De las veintiuna plazas que hay en Savannah, era una de las más pequeñas, pero también era de las más pintorescas. Estaba en gran parte rodeada de humildes edificios de madera. En el centro, en vez de un monumento o una fuente, había un pequeño terreno de juego para niños, con columpios y demás. Un roble de Virginia inmenso, retorcido, extendía sus ramas por encima de una pequeña cancha de baloncesto, en donde estaban jugando unos chicos. Chablis señaló una casa de cuatro pisos, perfectamente restaurada, al otro lado de la plaza.

—¡S-s-s-sí, *carinio*! —exclamó—. Los chutes de la señorita Myra ya me están poniendo... no veas cómo. Ah, qué subidón de energía, chico. Ya noto cómo me sube todo el mujerío. Ahora tengo que marcharme a estar con mi novio, porque dentro de

un par de horas me voy a sentir como la mayor zorra de la historia del cine. Siempre pasa igual, hay que ver. Luego me siento como la última zorra de la tierra, y hasta que se me pasa no soporto que nadie me toque.

Chablis se bajó del coche.

—Muchas gracias por haberme traído y por todo lo demás —dijo.

—Ha sido un placer —contesté.

—Tendrías que venir algún día a verme actuar. Dicen que lo hago de maravilla.

—Me encantaría, desde luego que sí.

—¿Y sabes qué pasa? Que ahora mismo, ésta a la que ves es la pequeña Chablis de siempre, una chiquita normal y corriente. Pero cuando salgo al escenario, tendrías que verme, *carinio*, porque me convierto en la Dama Chablis. Y soy buenísima, *carinio*; soy de lo mejorcito que hay por ahí. He ganado concursos de belleza, tengo títulos a porrillo. A patadas. Ahora mismo, aquí donde me ves, estás viendo nada menos que a la gran emperatriz de Savannah. Ya lo sabes, fíjate bien a quién has llevado en el coche.

—Vaya, es un gran honor... —dije.

—También he sido Miss Gay del estado de Georgia. Y he sido Miss Gay Dixieland y Miss Mundo Gay. He sido todo eso, *carinio*, te lo digo muy en serio.

La gran emperatriz se dio la vuelta y subió las escaleras de su casa. Vi que lo hacía marcando más el contoneo, meneando más las caderas.

Hasta que estaba ya casi de vuelta en casa no me di cuenta de que a Chablis se le había olvidado decirme en dónde actuaba. Esforzándome sólo un poco, no me habría costado demasiado averiguarlo. En una ciudad del tamaño de Savannah, no podía haber más de dos o tres clubes nocturnos en los que actuaran travestidos de semejante calibre, pero lo dejé pasar sin darle muchas vueltas. No es que Chablis no me fascinase; al contrario, me tenía obsesionado. Era definitivamente mujer, nada de hombre. En su caso, nunca sentí la menor inclinación a confundir los pronombres. Había hecho desaparecer de su persona todo rastro de masculinidad, y en ese limbo sexual en el que vivía era sin duda una presencia turbadora, una presencia que desafiaba toda respuesta natural. Pocas semanas después, sonó el teléfono a media mañana.

—¡Hoooola, *carinio*! ¡Me tienes lo que se dice muy enfadada! ¡Aún no has venido a verme actuar! ¿Qué te pasa?

—¿Eres Chablis? —dije.

—Pues sí, *carinio*, ¿quién si no? Acabo de estar en la consulta de la señorita Myra, para que me pusiera mi chute de turno.

—¿Y quieres que te lleve a casa? —le pregunté.

—Vaya, qué detallazo. Ya veo que te he enseñado a portarte como un caballerito, ¿eh, *carinio*?

Bajé a la calle y subimos al coche.

—Había ido a verte —dije—, pero no me dijiste la otra vez en dónde haces tu espectáculo.

—¿No? ¡Pues qué despiste! —contestó—. Ahora estoy en el Pickup, *carinio*. Es un bar de maricones que hay en Congress Street. Allí actúo tres noches por semana, yo con otras tres chavalas. Puede que no te gusten los espectáculos de reinonas, pero nunca conocerás a la auténtica Chablis a menos que vengas a verme menear el culo, a verme poner caritas. Y tal como van las cosas, si sigues esperando a lo mejor te quedas sin la oportunidad de verme.

—¿Y eso?

—Porque estoy pensando en armarle la bronca a mi jefe, y no sería de extrañar que se la armase hoy mismo, porque esta noche tengo actuación. Yo siempre digo lo que pienso, y digo todo lo que se me pasa por la cabeza, ¿sabías? Además, qué carajo, tampoco tengo ahora a mi jefe en mi lista de prioridades. Pero sí que tenemos que ventilar un par de asuntos entre los dos, eso sí.

—¿Por qué? ¿De qué se trata? —le pregunté.

—De dinero, ¿de qué se va a tratar? Yo tengo un salario de doscientos cincuenta pavos por semana, pero de eso no me quejo para nada, porque son sólo tres noches por semana, y si lo junto con las propinas me da para vivir holgada. Lo que pasa es que yo soy la única que cobra un salario fijo; las otras chicas sólo cobran doce dólares y medio por actuación, y eso es una verdadera pena. La semana pasada hubo que suspender dos de las actuaciones, porque el *disk-jockey* no se presentó, y nos quedamos todas compuestas, con la cara pintada y los vestidos ajustados. Y el jefe a las otras chicas no les dio ni una moneda. *Carinio*, ¡esta vez se va a enterar de quién soy yo!

—¿Y qué pasará entonces?

—Ni idea, pero no sería de extrañar que me dé una patada en el culo y me largue por la puerta.

—¿Y qué harás entonces?

—Actuaciones estelares. Puedo conseguir contratos para actuar de vez en cuando en Atlanta, en Jacksonville, en Columbia, en Mobile, en Montgomery... Y en más sitios. Todo el sur es un inmenso espectáculo de travestis, *carinio*, y en todas partes conocen muy bien a la Dama. Todos conocen a la Muñeca —Chablis me miró con toda su coquetería—. Por eso, si esta misma noche me dan la patada y me despiden, vas a tener que viajar si quieres ver cómo actúo.

—Pues en ese caso creo que lo mejor será que visite el Pickup esta misma noche —dije.

—Tú lo has dicho, *carinio*.

Chablis me tocó el brazo cuando aparcamos delante de su casa.

—Mira allí enfrente —me dijo—. Hay una cosa que te quiero enseñar.

Un joven rubio estaba apoyado contra el capó de un coche. Estaba desnudo de

cintura para arriba, con el musculoso torso sucio de grasa y brillante por el sudor. En el bordillo había otros dos chicos sentados, viéndole trabajar en el coche.

—Ése es mi novio —dijo Chablis—, ése es Jeff. Es el cachas del que te hablé. Anda, ven, que quiero que le conozcas.

Así pues, ése era el individuo que, según las palabras de Chablis, satisfacía todas sus necesidades. Si ya era difícil imaginar con cierta exactitud cuáles pudieran ser esas necesidades, más difícil aún era idear qué clase de persona podría satisfacerlas a pedir de boca. Sin embargo, al menos en apariencia, lo tenía delante de mis narices. A juzgar por su apariencia exterior, era un individuo normal y corriente. Esbozó una generosa sonrisa en cuanto vio a Chablis.

—Creo que ya hemos encontrado el problema, cielo. Es cosa del alternador —se limpió las manos en los pantalones—. Pero ya me las arreglaré para que funcione. Luego, te lo prometo, podemos ir a darnos un garbeo.

Chablis le enganchó un dedo del cinturón y lo atrajo hacia sí. Le besó en el cuello.

—Me parece fenómeno que lo puedas arreglar, cielito —dijo—. Yo he venido con un nuevo chófer y con su limusina, fíjate. Anda, dile hola.

Jeff sonrió.

—Eh —dijo, a la vez que me tendía la mano—, más te vale que te andes con cuidado, si no quieres que Chablis también empiece a mandar en tu vida como manda en la mía. En fin, supongo que podrían pasarte cosas mucho peores.

Tomó a Chablis por la cintura; ella le apoyó la cara en el hombro y le miró a los ojos azules.

—¿Estás preparado para almorzar, cielito? —le dijo. Jeff le apretó con la mano libre una nalga.

—Ya he comido —dijo.

Ella se apoyó contra todo su cuerpo.

—No, no, no. Sabes muy bien que aún no has comido nada, corazón.

—Voy en cuanto ponga este motor en marcha, te lo prometo. Venga, ve tú primero.

Chablis se apartó de él fingiendo disgusto.

—A mí ya me va en marcha el motor, cielo, pero no importa. Tú juega un rato con tu coche, que yo voy a almorzar con nuestro nuevo chófer —me cogió del brazo—. Venga, *carinio*; ven a hacerme compañía, ¿sí?

Me desbordó tanto la situación, llegado a este punto, que ni siquiera pude balbucear una negativa más o menos cortés. Cedí en el acto, y en cuestión de segundos me encontré sentado en el cuarto de estar de casa de Chablis, tomando una ensalada de atún y una coca-cola. El apartamento era luminoso, estaba bien ventilado y cómodamente amueblado. Las ventanas que daban a la plaza miraban al denso

follaje del magnífico roble de Virginia. Había dos pósters de toreros en una pared, una alfombra de nudo grande en el suelo y un disco de Aretha Franklin que sonaba tenuemente en el aparato de música. Desde el sofá en que estaba sentada, Chablis podía mirar por la ventana con sólo estirar el cuello, y ver si Jeff seguía trabajando en el coche.

Mi novio me trata como a una diosa —dijo—. Siempre me deja notitas por toda la casa, en las que me dice lo mucho que me quiere. ¡Y te puedo asegurar que es buenísimo debajo de las sábanas! Es un hombre dispuestísimo a complacer, *carinio*, y eso es lo que sabe hacerle a la Muñeca, vaya que sí —Chablis revolvió el hielo de su coca-cola con el dedo—. Pero no es maricón, ojo. Es perfectamente heterosexual, ¿sabes? Sabe atraer tanto a los hombres como a las mujeres, pero a él sólo le van las mujeres. Claro, claro, mis amigas me suelen decir que cómo va a ser heterosexual si viene conmigo, pero es lo que digo yo, que mientras tenga asegurada mi parte, y mientras mi parte de goce sea la que yo quiero, no pienso preguntarle ni cómo ni por qué.

Dio un sorbo a la coca-cola y se lamió los labios.

—Y tú... ¿a qué clase de hombres atraes? —le pregunté.

—Bueno, eso siempre depende de lo que esté pasándome por dentro, de mis chutes de hormonas y todo lo demás. Me he pasado temporadas a golpe de hormonas, y otras temporadas que no las toco. Es una diferencia enorme. Cuando voy de hormonas, atraigo a tipos muy masculinos: a tíos que tienen novia, o a tíos que están casados y tienen hijos. Cuando me paso una temporada sin hormonas, mi masculinidad vuelve poco a poco, y entonces me suele gustar ir por ahí de machetona. Y es entonces cuando más atraigo a los gays. Cuando voy de machetona, hay que andarse con mucho cuidadito, *carinio*, porque me lo monto con quien sea, incluso con las mariconas más relamidas. Si me parece que están monas, las pongo para ir pasando. Y hay veces en que puedo ser un monstruo sexual.

Cuando dijo esto, Chablis se adelantó para apoyar los codos sobre las rodillas. La cadencia de su voz se volvió más entrecortada, y se le tensaron algo los músculos de la cara. Movié la cabeza y los hombros con la agresividad de un boxeador. Por vez primera, el chico que había dentro de ella asomó a la superficie.

—Pero entonces me voy corriendito a ver a la señorita Myra, *carinio*, y me pongo un buen chute de hormonas que me rellene las reservas. Así vuelvo a ser una tía, me pongo todo lo femenina que soy y atraigo otra vez a los hombres masculinos. Vuelvo a ser irresistible.

Se arrellanó en el sofá. Los rasgos de la cara se le ablandaron y de nuevo recuperó su fascinante languidez. El chico desapareció y Chablis volvió a ser Chablis. Sonrió.

—Nunca me paso de rosca con las hormonas —dijo—. ¿Sabes por qué? Porque cuando me pongo demasiado, no alcanzo el clímax. Por eso empiezo y las dejo, y vuelta a empezar, para aliviar la tensión. No me gusta estar como un pedazo de madera ahí abajito, *carinio*. Tomo hormonas nada más que para ponerme más

femenina, para que no se me caiga el pecho.

Chablis entró en el dormitorio y volvió con un vestido negro y una caja de abalorios y botones.

—No te importará que haga un poquito de costura, ¿verdad? —enhebró unos cuantos abalorios y los fue cosiendo al vestido—. ¡Y es que una chica tiene que estar brillante, ya lo digo yo! —meneó el vestido, y vi que llevaba cosidos cientos de abalorios relucientes. Enhebró unos cuantos más y luego levantó la mirada de su labor—. ¿Nunca te has puesto un vestido de mujer, *carinio*?

—No —dije.

—¿Y nunca has tenido ganas?

—No.

—Vaya, *carinio*, ¡pues yo nunca he querido ponerme otra cosa! Llevo tanto tiempo poniéndome ropa de mujer que ya no sé qué talla de hombre gasto, en serio lo digo. Dejé de gastar ropa de hombre cuando tenía dieciséis añitos; empecé a ponerme maquillaje y pendientes, pantalones ceñidos y blusas vaporosas. Para mí, fue de lo más natural. Yo siempre fui muy afeminada, y siempre me llamaron nena, maricón y esas cosas, tú ya sabes, *carinio*. Por eso, no creí que tuviera nada que ocultar. Y es que me gustaban las ropas de mujer.

—¿Cómo se tomó todo esto tu familia? —pregunté.

Mi padre y mi madre se divorciaron cuando yo tenía cinco años. Me crié con mi madre, y todos los veranos iba al norte, a pasar las vacaciones con mi padre. Detestaba su manera de ser. Cuando se murió, me presenté en su funeral con un vestido de ensueño, y cogida del brazo de un chavalito blanco que daba gusto verlo, en serio. ¡Se quedaron de una pieza, *carinio*! ¡Se quedaron aterrados! Más que nadie, mi tía. Se metió conmigo allí mismo, en el funeral, delante de todo el mundo, y yo le dije que se quitara de mi vista cuanto antes, o que le iba a decir de su hijo un par de cosas que seguramente no le haría ninguna gracia saber. Y ya lo ves, me he mantenido al margen de esa rama de la familia, *carinio*. No me clientelo con ellos.

—¿Que no te clientelas?

—Eso mismo, que no tengo nada que ver con ellos, que no me enrollo con ellos, vaya. Mi mamá es otra cosa bien distinta. Tiene en casa una foto enorme en la que salgo yo cuando me coronaron Miss Mundo; la tiene colgada en el cuarto de estar. Y me ha enseñado a dejar de preocuparme por esas cosas que no tienen ninguna importancia, tú ya sabes. Tiene un lema que a mí me encanta: «Las lágrimas, al cubo. El cubo, a rodar por la pendiente». Así es mi mamá. Es una chica estupenda.

Chablis subió el volumen de Aretha Franklin, y se arrimó el vestido al cuerpo, plantada delante de un espejo de cuerpo entero. Movía los labios imitando la canción; los abalorios centelleaban.

—¡S-s-s-sí, *carinio*! Cuando redoblan los tambores, hay que ver cómo se menean los abalorios, ¿que no? ¡Tú fíjate qué abalorios, *carinio*! ¡No tienen ni un defecto, ni uno solo! —de nuevo se volvió hacia mí—. ¿Estás seguro de que nunca te has

querido poner un bonito vestido de mujer?

—Sí, muy seguro —dije—. ¿Por qué piensas que a lo mejor sí he tenido ganas?

Ah, por nada, por nada —dijo—, pero es que nunca se sabe, *carinio*. ¡No veas lo que he tenido que aprender! En Atlanta iba a muchas fiestas de gente normal, nada de homosexuales, tú ya sabes, ¿no? Me pagaban cien dólares. Cuando entraba por la puerta, me anunciaban como si fuese Tina Turner, o Donna Summer, qué sé yo, y se trataba de pasar el rato de charla con los invitados. Todo el mundo estaba al cabo de la calle y sabían que yo era un travesti, pero iba con la misma pinta que Tina o que Donna, ¿sabes?, porque me ponía peluca y todo. En cambio, siempre hablaba como Chablis, que es la que soy, ¿no? Y me lo pasaba en grande, igual que ellos. Total, que todos estos machos estupendos terminaban por arrimárame y me pedían el número de teléfono, y ¡uau!, al final se volvían a sus casas todos excitados. Y al cabo de dos o tres días me llamaban para que saliera con ellos. Mira, *carinio*: terminé por descubrir que casi todos lo que querían en el fondo era que los vistiera con mis medias y que los paseara con zapatos de tacón. ¿Qué te parece? Por eso te decía que nunca se sabe, *carinio*. Cada vez que veo a uno de esos tiarrones fenomenales, cada vez que lo veo prefiero no hacer suposiciones. Vestirse de mujer es algo que les gusta, y mucho, a más hombres de los que te podrías imaginar. Nosotras, las reinonas descocadas, no somos más que la punta del iceberg. ¡No somos más que la puntita!

—¿Nunca te han entrado ganas de salir a la calle de traje y corbata? —pregunté—. Lo digo sólo por probar qué se siente.

—Si fuese por ahí sin arreglarme, *carinio*, todos esos pazguatos pueblerinos que hay por ahí me tomarían por una mariconaza, y seguro que se hartarían de darme de patadas en el trasero. En serio lo digo. Me pondría más paranoica sin vestirme de lo que ya me pongo cuando voy toda arreglada. Pero hay otra cosa que me preocupa, y es una cosa que sólo pasa aquí en Savannah. ¿Sabes de qué se trata? De pasear por la calle con un chico blanco. Eso sí que me pone paranoica aquí en Savannah.

—¿Por qué? ¿Nunca sales con negros? ¿Nunca vas a bares de negros?

—No, no, no, *carinio*. De ninguna de las maneras. A eso ya no juego. No, ya no juego nunca en los bares de negros. ¿Sabes lo que pasa? Que los negros se te pegan como moscas en cuanto pones el pie en sus bares. Tú no haces más que entrar y ya los tienes alrededor, que si tía buena por aquí, que si corazón por allá... No se cortan ni un pelo, se te pegan y te soban enterita, aunque vayas acompañada.

»Ya, ya sé que los negros tienen muchos puntos a favor, *carinio*. Una vez tuve una compañera de piso en Atlanta, una blanca, quiero decir que era una chica de verdad, y a ella sí que le volvían loca los negros, tenías que haberla visto. Ya sabes cómo se ponen las blanquitas cuando se agarran bien agarradas a una buena polla de negro. ¡Las pollas de negro les hacen perder la cabeza! Te entran ganas de hacer lo que sea con tal de sujetar una polla de ésas bien sujeta.

Chablis cosió una hilera de abalorios en el vestido.

—Ésa es otra de las razones por las que yo prefiero salir con chicos blancos —

dijo—. Y es que los negros, cuando encuentran mi secretito, no se cortan ni un pelo. Les entran ganas de matarme, en serio te lo digo.

—¿Tu secretito?

—Sí, claro, mi cosa, mi asunto, lo que pasa conmigo.

—¿Quieres decir... que has salido con chicos sin decirles lo que eres?

—Pues claro, *carinio*. Y cuando se enteran, una de dos: o me quieren matar, o me quieren a morir. Me meten mano por ahí abajo, esperando encontrarse una cosa blanda, calentita y bien mojada, y se encuentran otra que no es ni blanda ni está mojada. ¿Sabes cómo te digo?

—Ya. Y entonces, ¿qué sucede?

—Una vez, un negro me puso la pipa en la cabeza. Llevábamos de fiesta horas y más horas, él se había gastado una pasta conmigo, me había lucido con todos sus amiguetes, estaba que se salía. Al terminar la noche, nos fuimos a casa y nos tumbamos en la cama, pero sólo abrazándonos y besándonos, tú ya sabes, vestiditos los dos, y él se empeñaba en tocarme ahí abajo, y yo que no, venga a decirle que nanay. Y él a lo suyo, que por qué no le dejaba tocarme ahí abajito. Y yo le dije que por mi madre le juraba que no le iba a apetecer tocarme ahí abajo, por mi madre se lo juraba. Volvimos a besarnos y a abrazarnos, todo muy requetebién, hasta que por fin me pilló desprevenida y me tocó ahí abajo. No me dio tiempo a darme cuenta, porque de pronto me apuntaba con la pipa en la sien. Me dijo que me iba a matar, que era un hijo de puta; me dijo que me iba a saltar la tapa de los sesos, que me iba a reventar la jeta, qué sé yo. Estaba que se subía por las paredes, decía que yo le había engañado y que le había tomado el pelo, que le había hecho quedar como un gilipollas, y que eso no se lo aguantaba él a nadie. Mira, le dije yo: eres el que más se me ha acercado, y ni siquiera tú te habías dado cuenta. ¿Por qué no lo dejamos estar? Le dije que nos lo habíamos pasado en grande, y que si pensaba volarme la tapa de los sesos, mejor que lo hiciera cuanto antes y que me quitara la pipa de la cara, porque me estaba asustando más que en toda mi vida. Cuando le hice ese comentario, fíjate lo que son las cosas, se echó a reír. Reconoció que se lo había pasado mejor conmigo que con una zorra de verdad, y que esta vez me iba a dejar pasar el engaño, pero que no me lo volviera a montar con ningún otro de su gente, a no ser que quisiera que me hiciese pedazos. Por eso ya no juego nunca en los bares de negros, *carinio*, porque no me hace ninguna gracia que me peguen la pipa a la cara.

—¿Cómo reaccionan los blancos cuando descubren tu secretito? —le pregunté.

—Pues mira, Jeff no lo sabía cuando nos conocimos. Yo estaba en un garito de tíos normales; había ido con un montón de amigas mías. Una de mis compañeras de piso era una bailarina de *striptease*, era una tía de verdad. Ella hacía su espectáculo y se desnudaba, y yo hacía el mío, de reinona; luego nos encontrábamos y nos íbamos a garitos normales a pasarlo bien. Total, que estaba sentada en la barra, tomándome un cóctel y fumándome un cigarro tan tranquila, y entonces vi a Jeff. Era alto, rubio, estaba para comérselo, y él no me quitaba ojo de encima. Yo me dije que no, Chablis,

que era mejor no intentarlo siquiera, no enredarse con un tío que no era gay, porque me pareció demasiado alto, demasiado fuerte. Me podría partir en dos de una bofetada. De todos modos, él me invitó a una copa desde el otro lado de la barra, y le di las gracias. Me invitó a bailar, bailamos; mis amigas me vieron con él, y todas quisieron cambiarme de pareja. Más tarde fuimos a mi casa y nos agarramos un melocotón fenomenal, que duró toda la noche. Todas estaban emparejadas, tumbadas por ahí con sus chicos, aunque no hubo nada de sexo. Cuando Jeff ya se marchaba, me pidió el número de teléfono y se lo di. Se me había olvidado que él no sabía nada, porque a todas horas estuvo diciéndome tía buena y piropos así. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que no lo sabía. Me llamó al día siguiente y me invitó a salir con él.

»No veas qué romántico fue, *carinio*. Me compré un vestido nuevo y fuimos a un baile, con una orquesta que tocaba en directo. Luego volvimos a mi casa y empezamos a besarnos. Me di cuenta de que se lo tenía que decir, pero no sé por qué decidí que se lo diría a la noche siguiente. ¿Quieres saber qué pasó? A la noche siguiente me llevó a un partido de baloncesto, y allí me encontré con uno de mis novios de antes. Era un tío que se había puesto celoso y que era muy capaz de hacer locuras, que por eso mismo tuve que dejar de salir con él. Así que se puso a decir mamonadas; le dijo a Jeff que yo era una reinona, que qué coño hacía él con un travesti, y así se enteró Jeff. Se sintió tan lastimado que se marchó y me dejó allí plantada. No volví a saber nada de él hasta que pasó toda una semana. Y luego, un buen día me llamó. Me dijo que no le iba la marcha con los hombres; yo le contesté que yo no soy un hombre, que no me dijera eso, que no fuese cabrón. Y me preguntó entonces qué tenía yo entre las piernas; le contesté que eso es cosa mía, y que si quería saberlo tendría que averiguarlo por sus propios medios. Y entonces me dijo que fuera lo que fuese yo, a él le daba igual, porque yo le gustaba. Me dijo que no podía dejar de pensar en mí, y que mientras pudiéramos ser amigos quería verme otra vez.

»Le dije que, por mí, estupendo. Empezó a venir a mi trabajo, a verme actuar, y se enganchó. Al cabo de un tiempo empezamos a tener trato sexual y nos hicimos amantes. He ido incluso a ver a sus padres, que viven en la zona sur de la ciudad. Son anabaptistas, *carinio*, y están convencidos de que yo soy la novia de Jeff y de que me llamo Chris. ¿Qué te parece? Incluso estuve con ellos en su casa, en la cena de Acción de Gracias y también por Navidad; les he caído bien, sin que tengan ni la más remota idea de lo que hay. ¿Qué te parece? Sin embargo, pasaron unos meses y se dieron cuenta de que yo no era un ligue pasajero de su hijo; entendieron que su hijo estaba verdaderamente enamorado de mí, y entonces se les planteó un problema porque yo soy negra. Empezaron a observarme de pronto con mucha atención, me di cuenta; estaban que se morían por pillarme en un renuncio, locos por verme meter la pata. Tuve que ponerme en guardia. Luego, una vez se comportaron conmigo de forma muy extraña. Se pusieron a mirarme con cara rara, *carinio*, todo el rato. Me di

cuenta de que algo no iba bien. Después de cenar, la madre de Jeff me pilló a solas. “Chris —me dice—, vamos a sentarnos las dos solas en el cuarto de estar. Vamos a charlar un poco tú y yo”.

»Me dijo que había una cosa que no se le iba de la cabeza; añadió que ya sabía que era un asunto mío, un asunto muy particular, y que ella me respetaba profundamente. “Pero mi hijo está saliendo contigo, ¿verdad?, y esto es algo que por fuerza tengo que saber. Quiero que me digas toda la verdad”. Te puedes imaginar, *carinio*, que por muy poco se me paró el corazón. Miré a mi alrededor para tener a la vista la puerta, no fuera que tuviese que salir de allí por piernas. Y va y me pregunta entonces si estaba embarazada.

»No te puedes ni imaginar qué alivio tan grande sentí. Por primera vez en toda mi vida no supe qué contestar, no tuve respuesta. Me quedé boquiabierta y me llevé las manos a la barriga. Al ver mi gesto, la madre de Jeff se puso a chillar y salió corriendo del cuarto de estar.

»Yo me quedé sentada un rato, sin saber qué hacer. Of todo tipo de conversaciones al otro extremo de la casa, pero seguí allí sentada, a solas, durante unos diez minutos. Y entró entonces Jeff de repente, con una sonrisa maravillosa. “Muy bien, cielo —me dijo—. No pasa nada, todo va bien. Venga, vámonos”.

»Cuando salimos, seguía sonriendo. Le pregunté qué diablos había pasado; le dije que por un instante me pareció que su madre había descubierto mi secretito. Jeff me pasó el brazo por la cintura. “No sé qué le has dicho, cielo —me dijo—, pero sea lo que sea lo has dicho muy bien. ¡Mira qué tenemos!”. *Carinio*, me enseñó entonces el fajo más gordo de billetes que he visto en mi vida. ¡Le habían dado ocho billetes de cien dólares cada uno! “Es de mi padre —me dijo—. Para que pague el aborto”.

Chablis dio una sonora palmada con ambas manos.

—Agarré el dinero que aquellos dos ancianos blancos nos habían dado para asesinar a su nieto, que aún no había nacido, y me compré ese televisor en color que ves allí encima, y también el aparato de vídeo. Con lo que quedó, me compré el vestidito de lentejuelas más descarado y más provocativo que pude encontrar, una monada, de modo que si algún día se enteran de lo que soy, podré menear el culo delante de su cara y decirles: «Muchas gracias de todo corazón, y también en nombre de nuestro bebecito interracial muerto».

Chablis se levantó y se acercó a la ventana.

—Cielo, ¿todavía no has terminado? —gritó. Jeff la miró desde la calle. Estaba delante del coche, mientras dos de los chicos ocupaban el asiento del conductor e intentaban encender el motor del coche. Hizo con los dedos el signo de la victoria.

—No tardo nada —dijo.

Chablis volvió al sofá.

—¡S-s-s-sí, *carinio*! ¡No veas si no vino bien ese aborto! Pensé incluso en denunciar a los viejos de Jeff por intento de homicidio; me hubiese divertido de lo lindo viéndolos en el juicio. Porque si pagas a alguien para que se libre de un niño de

cualquier manera, para que se lo quite de encima, eso es intento de homicidio, ¿no?

—Podría ser —le dije—, si se dieran las circunstancias adecuadas.

—Total, que no lo hice, porque tampoco quería lastimar a Jeff, pero también porque no había terminado aún con esos dos hijos de la gran puta. ¡Qué va! Al cabo de seis meses, volvimos y les convencimos de que estaba preñada otra vez, no veas; así les sacamos otros ochocientos pavos, con los que me compré unos cuantos vestidos, aparte de pasar un fin de semana memorable en Charleston. Pero ahora sí que tenemos que terminar, es una pena. Si lo volvemos a intentar, a lo mejor se les ocurre que es más barato pagar a un asesino para que me quite de en medio y me arroje desde el puente de Talmadge sin que nadie se entere, ¿no te parece, *carinio*?

Chablis dejó el vestido a un lado y cerró la tapadera de la caja en la que guardaba los abalorios.

—En fin, ahora ya nunca voy a ver a mis suegros, y en cambio Jeff y yo estamos más unidos que nunca. Un buen día, seguro que le entran ganas de volver a hacérselo con las chicas de verdad, pero para eso estoy bien preparada. Lo que no quiero es que me deje para hacérselo con un tío. Prefiero que vuelva a salir con chicas, porque como salga con un tío me voy a sentir fatal. Yo salí una vez con otro tío, y cuando rompimos una temporada le dio por salir con tíos a él también. Me hizo tanto daño, me puse tan mal que no sé cómo pude superarlo. Y él no entendía por qué. Intenté explicárselo, intenté que se le metiera de una vez en la cabeza que yo soy una mujer, que quiero que me trate así, como se trata a una mujer, porque así es como me trato yo. Lo que yo quiero es un hombre que quiera a una mujer, no un hombre que quiera a un hombre.

Jeff apareció por la puerta.

—Vaya, gracias a Dios —dijo Chablis—. Empezaba a cansarme de tener que esperarte. Si hubieses tardado un poco más, me lo habría hecho con nuestro nuevo chófer. Y es que estoy preparada para ti, cielito.

Jeff le levantó uno de los pies y le quitó la sandalia. Ella permaneció tendida en el sofá.

—¿Sabes? Los chutes de la señorita Myra ya me están haciendo efecto, y no veas cómo —dijo con dulzura. Él le dio un masaje en el pie descalzo y la miró a los ojos—. Mmmm. ¡S-s-s-sí, cielito! —dijo.

Me levanté sin hacer ruido y me marché. Al cerrar la puerta, oí que Chablis murmuraba: «Sí, corazón. Mmmmm... ¡S-s-s-sí, cielito!».

El Pickup estaba en un edificio de Congress Street. Se oía el thunk, thunk, thunk atronador de la música disco de lejos, mientras me acercaba al club. Dentro, una mujer de pelo corto, con vaqueros y una camisa vaquera también, charlaba con un policía de uniforme. Había un letrero pintado a mano que decía 15 DÓLARES LA CUOTA DE SOCIO, pero me dejó pasar sin cobrarme nada.

La planta baja tenía una larga barra poco iluminada y una pista de baile en la que centelleaban las luces y atronaba la música. El sitio estaba lleno de hombres jóvenes, vestidos con ropa informal, aunque en su mayor parte con atuendos bastante conservadores. Un cartel a la entrada anunciaba los pases de la actuación de «La Dama Chablis», uno a las once y otro a la una. El pago de los tres dólares que costaba la actuación lo recogía un tío muy flaco, con una gorra de béisbol y el pelo hasta la cintura.

—Ya ha empezado la obertura de la función —dijo.

La sala de la planta de arriba era estrecha, de techo bajo, con una barra en un extremo y un pequeño escenario con pasarela en el otro. Unas cincuenta personas, algunas parejas incluidas, estaban sentándose en medio del estruendo de la obertura pregrabada, que era un popurrí de melodías rápidas de Broadway, que sonaban a un volumen increíble, seguramente para ahogar el ruido de la música disco que subía de la planta baja. Luego, empezó a sonar «Jump Start», el ritmo sinuoso de Natalie Cole.

Un foco fue barriendo el escenario hasta quedar fijo en el centro. De repente hizo su aparición Chablis, que parecía realmente un incendio: llevaba un vestido de lentejuelas a rayazos amarillos, rojos y naranjas, ahusados como llamaradas. Llevaba unos pendientes enormes y una peluca de largos rizos negros. El público la jaleó al verla recorrer la pasarela mimando cada matiz de la música, moviendo el trasero como un pompón, de un lado a otro. Miró por encima del hombro con un gesto de procacidad suprema. Era una vulpe, una tentadora de ensueño; bailaba de forma sencillamente soberbia, a la vez que hacía como si cantase la letra de la canción, sonriendo como si le supiera todo a gloria. Su mirada era arrebatadora a la vez que liviana, distante; era como si estuviera diciendo: si os ha parecido que el último meneo era vulgar, ¡fijaos en éste! Uno por uno, sus fans se fueron levantando de las sillas y se acercaron al límite de la pasarela, tendiéndole billetes de un dólar enrollados en sentido longitudinal. Chablis aceptó sus propinas sin perder el ritmo de la canción; a unos les tomaba el dinero de las manos, y a otros les permitía el inmenso placer de meterle los billetes por el escote. Al terminar la canción, salió de escena mientras el público prorrumpía en gritos y en aplausos, en silbidos y pataleos.

En un instante, la sinuosa voz de Chablis se oyó por los altavoces.

—¡Eh, zorras! —dijo.

Parte del público contestó:

—¡Hola, so zorra!

Chablis volvió al escenario con un micrófono en la mano, secándose el sudor del cuello y del pecho.

—¡Uau, cómo estoy sudando, corazones! Hay que ver cómo sudo. Y conste que no me importa nada; quiero que todos vosotros, blancos, veáis cómo me esfuerzo por complaceros.

Se meneó mientras el público la aclamaba.

—Me hace falta otra servilleta, *carinio*. ¿Quién me da una? El que me dé una

servilleta se lleva un premio, y no diré qué premio es hasta que alguien se lo gane a pulso.

Del público le llegó una servilleta de papel.

—Gracias, cielo. Eres todo un caballero. Sí, sí que lo eres, *carinio*. ¡En serio lo digo! Así que el premio es para ti. Te me puedes comer el coñito durante el resto de mi vida, ¿vale? ¿Te ha gustado?

El público empezó a aullar.

—Pues sí, corazón, sí que sudo, pero tendré que parar un poco; si no, el médico me ha dicho que voy a tener otro aborto. Sí, *carinio*, aunque no te lo creas, estoy preñada otra vez. ¿Por qué será? Se me acerca el día de dar a luz, y mi cachorrillo está cada vez más bajo. Cuesta trabajo bailar con este calor cuando una está preñada, no sé si os habíais dado cuenta. ¿Habéis probado alguna vez? Pues probad a quedaros preñadas, como yo, y luego subid aquí a bailar, bonitas. ¡Os quedaríais hechas polvo! A ver, ¿tengo hinchados los pies? ¿No se me ven desde ahí los pies hinchados? Porque ya sabréis qué hacía vuestra madre cuando estaba preñada de vosotros, ¿no? ¿No se me ponen los pies así?

El público respondió que no.

—Eso espero, bonitas, porque habría que ver qué pies tan feos tenía vuestra madre cuando estaba preñada de vosotros.

Entre el público sonaron más silbidos y algún abucheo.

—Era broma, era broma —dijo Chablis—. Pero tengo un trato que ofreceros a todos vosotros, chicos blancos y bien guapos. Los padres de mi marido ya no están dispuestos a pagar más abortos, y nos estamos quedando algo cortos de pasta. Llevadme a casa de vuestros padres y decidles que estoy preñada de vosotros, ya veréis qué rápido sueltan la pasta. Luego, la repartimos al cincuenta por ciento. ¿Qué? ¿No os parece que lo harían sin rechistar? Pues estáis equivocados, bonitos, porque el padre de mi marido es ministro de la iglesia anabaptista, y ya ha pagado por dos abortos. ¡Dos! Eso es casi asesinato en masa. ¡Lo digo en serio!

Chablis se adelantó unos pasos más, hasta el final de la pasarela, pero el cable del micro se le tensó y tuvo que parar antes de llegar. Tiró del cable, pero no ganó ni un palmo más. Se volvió hacia la cabina del pinchadiscos.

—¡Michael, señoritinga! —gritó. Volvió a tirar del cable—. Señoritinga, ¿aún no me has arreglado este cable? —miró al público—. ¿No os parece que Burt, que es el dueño de este maldito club, debería arreglar de una puta vez este cable, para que yo pueda acercarme más a vosotros, para que pueda tocaros, para que os llevéis esas vibraciones extra que sólo se sienten en contacto con mi piel?

Un coro de síes esparcidos surgió del público.

—Si no sabéis hacer más que eso, más valdría que os fueseis a casita, pelaos. Lo digo en serio. A ver si os oigo gritar: ¡Sí, zorra!

—¡Sí, zorra!

—Algo me pasa en los oídos, porque no he oído nada.

—¡SÍ, SO ZORRA!

—Eso ya está mejor. ¡S-s-s-sí, *carinio*! Ahora ya noto que estáis aquí conmigo, así me gusta.

Chablis se pasó la mano por el costado y el vestido relució en ondas.

—Ya noto que estáis conmigo; s-s-sí, aunque no pueda acercarme a tocaros como a mí me gustaría tocaros, y como os tocaría ahora mismo, si no fuese por este maldito cable.

Más silbidos y maullidos.

—Quién sabe, a lo mejor Burt está esperando a que lo rompa para que lo arregle yo solita. ¿Os parece que lo rompa? ¿Eh? ¡Pues no, de ninguna manera! ¡No pienso pagar yo de mi bolsillo un cable del local! Dadme el cable que haya, que ya me las apañaré como sea. Largo o corto, yo me las apaño con vuestro cable. Me da lo mismo de qué talla sea, *carinio*, porque vuestra preciosidad va a empezar a portarse como una mujer blanca heterosexual y embarazada, y se va a guardar su pasta en el bolsillo, ¿está claro?

El público la jaleó, y Chablis les regaló una nueva ondulación.

—Era broma, bonitos —ronroneó—. Bueno, pandilla, quiero daros las gracias por haber venido esta noche a verme, y si hay alguien que se sienta ofendido, ya lo sabe: las lágrimas, al cubo, y el cubo, a rodar por la pendiente. Tenemos hoy una auténtica bandada de zorras maravillosas, así que quiero que juntéis ahora las manos y que deis la bienvenida a la... —Chablis miró fijamente a un hombre y una mujer que estaban sentados al borde de la pasarela, en una mesa.

—¡Vosotros dos no habéis hecho más que morrearos durante mi espectáculo, y eso sí que no, no, no, no! Pero a mí me da lo mismo, monada. ¡Aprovecha mientras puedas! Antes, dime una cosa, chica: ¿es tu marido o es tu novio, eh? ¿Sí? Entonces quiero que sepas que ese moreno y yo hemos estado follando desde Navidad. Sí, bonita. ¿Que no? ¡Si es el padre de mi hijo! Así es, monada. ¿De dónde salís vosotros? ¡Del Hilton Head! ¿A quién se le ocurre? Por cierto, ¿qué más sabe hacer el padre de mi hijo, aparte de follar que te quita el aliento? ¡Es abogado! ¡Qué bien, mi cachorrito va a tener un papá rico cuando sea mayor! Y cuando uno es abogado, no hace más que añadir palabrejas detrás de su nombre, ¿no? ¿Asesor financiero, experto en leyes...? No, no me hace ninguna falta que nadie me hable de abogados, monada. Te enredas con la maría y con la pasma, y así es como conoces a los abogadetes. Ya los conocerás, al tiempo. En cambio, seguro que a tu mujer no le ponen nada más detrás del nombre, ¿a que no? Ella sólo tiene que tener niños, ¿verdad? Bueno, pues te voy a decir una cosa, monada: yo sí he conseguido que me pongan algo fantástico detrás del nombre. A mí me aplauden, monada, y me gritan «¡Eh, so zorra!».

Chablis se pavoneó por la pasarela mientras el público coreaba:

—¡Eh, so zorra!

—Y me llevo algo aún mejor que eso en cuanto pongo el trasero en marcha —dijo—. A por mi trasero vienen cosas mucho mejores, monada. Me juego lo que sea

que todas vosotras, zorronas, ya quisierais saber cómo hacerlo, ¿eh? —Chablis miró hacia el foco—. ¡Señoritinga! Enfoca la luz para acá, por favor.

Chablis señaló hacia donde yo estaba, y acto seguido me cegó la potente luz del foco.

—Quiero presentaros a todos a mi nuevo chófer —dijo—. Sí, señor. ¡Mi nuevo chófer blanco! Él sí que lleva a esta menda y a su culazo negro por todo Savannah. En cuanto sepa conducir mejor, ¿sabéis qué va a hacer para llevarme a donde yo le diga? ¡Se va a comprar un Rolls Royce! Así es. Todo es poco para la Dama; hay que tratarla como se merece. Lo digo en serio. Vale, Señoritinga, vale ya de luz. Dame la luz enterita a mí, eso es. Gracias, *carinio*. Ahora, disfrutad todos del espectáculo, pasadlo bien. Y que no me entere yo de que ninguna de vosotras, so zorras, le pone la mano encima a mi nuevo chófer. Porque como me entere; monada, vas a tener que vértelas con Chablis, y te vas a enterar. Así es. Ya verás cómo me las gasto con el picahielo —Chablis se dio la vuelta y meneó la espalda; cuando llegó a donde estaba la cortina, miró por encima del hombro con más procacidad que antes—. ¡Era broma, querida! —susurró pegada al micrófono.

Después de Chablis salió a escena Julie Rae Carpenter, que medía unos treinta centímetros más y debía de pesar por lo menos cuarenta kilos más que ella. Rubia de melena rizada, Julie Rae tenía hoyuelos cuando sonreía y llevaba un vestido de tafetán azul brillante, que no le sentaba nada bien: estaba claro por las costuras que era un vestido hecho en casa. Saltaba de un lado a otro y en dos ocasiones se apretó contra la pared del fondo abierta de piernas y de brazos para dar mayor dramatismo a su actuación, pero lo hizo sin el menor asomo de ironía y sin darse cuenta de lo penoso que era estar viéndola. Entre el público, una docena de asistentes le dieron propina. Otros tantos se levantaron y se fueron. Mientras la observaba, un camarero tocado con un tosco sombrero de paja me golpeó en la rodilla.

—Chablis me ha dicho que te invita a los camerinos —dijo.

Me acompañó a un camerino en donde no había un alfiler, que Chablis compartía con el resto de los participantes en el espectáculo. Se estaban peinando y terminando de maquillarse en un tocador alargado. Chablis sólo llevaba unas medias puestas; me vio por el espejo.

—¡Eh, *carinio*! —me dijo—. Oye, espero que no te hayas enfadado mucho conmigo por lo que te hice ahí fuera, por ponerte el foco encima y por hablarte como una guarra, ya sabes.

—No, aún somos amigos —le dije.

—Me alegro, *carinio*. En cambio, supongo que ese abogado de Hilton Head tardará bastante en volver por aquí. ¿Sabes qué pasa? Lo estuve mirando todo el rato, y él venga a charlar y a morrearse con su pececito mientras yo hacía mi número. Y por ahí no paso, eso sí que no. Suerte tiene de que parase cuando estaba a punto de

hacerlo puré. Si no, me podría haber puesto mucho más dura —Chablis se quitó la peluca y se peinó con raya al medio su propio pelo—. A veces he llegado a quitarme los zapatos y a darles a la gente en toda la cabeza. Solamente para demostrarles, ya sabes, que no hay que dejarse engañar por el vestido. El fin de semana pasado, en Valdosta, había una chica que estaba hablando por los codos y muy alto, y cuando empecé a meterme con ella, ¿sabes qué? Me tiró una cerveza a la jeta. Era una de esas lesbianas de las duras, *carinio*; era una bollera que no había por dónde cogerla, y tenía una mala leche que no veas. Y en cambio no se dio cuenta de que había una jarra entera de cerveza en su mesa, así que la bauticé en público, a la muy puta. ¡La bauticé de arriba abajo, tenías que haberlo visto, *carinio*!

—Bueno, y ¿qué tal le ha sentado al jefe que lo trataras así? —le pregunté.

—*Carinio*, eso no ha sido nada. Lo solté en seguidita, porque me acordé de que el sobre con mi paga me está esperando abajo, en la barra. Me dio miedo de que me dejase sin cobrar si me pasaba con él. Pero después pienso pillarlo por banda, no te apures.

Julie Rae vino del escenario, y siguió la actuación de Stacey Brown, una negra alta y elegante. Después subió a escena Dawn Dupree, una rubia de belleza estatuaria, con el pelo largo y muy liso, y ropas de moda. Chablis me dijo que Dawn era una modista profesional.

—Ella me cosió el vestido que he lucido —dijo—. ¿Te gustó?

—Sí, muy impresionante —contesté.

—Es perfecto para mi número de putón verbenero, pero luego pienso hacer algo muy diferente. Voy a hacer un número especial para ti, *carinio*, una actuación muy recatada, ya verás. Voy a hacer mi numerito de putilla estrecha y debutante; me pondré un vestido hasta los pies, un vestido de cola. Me adornaría con perlas si pudiera, pero las que llevo son falsas. En cambio, sí que llevo mucha pedrería de mentira, pero te gustará. Además, el vestido tiene por detrás una raja que te mueres, que me llega hasta el culo. Pero me lo voy a hacer muy despacito, muy tranquila, montándomelo de dama, que es lo que soy. Los números lentos van muy bien para el negocio; a mis admiradores les resulta más fácil acercarse a darme la propina. Cuando bailas rápido y guarro, hay muchos que se sienten intimidados, y les cuesta trabajo llegar a ti, claro, porque tú no haces más que dar brincos. Bueno, me tengo que vestir deprisa, que ya casi me toca.

Chablis repasó una hilera de vestidos colgados de una larga barra de perchas.

—Éste es el mío, *carinio* —dijo. La barra sostendría fácilmente cincuenta o sesenta vestidos de todos los colores del arco iris, la mayor parte resplandecientes de lentejuelas y de pedrería diversa. Había boas y plumas de marabú, ondas de terciopelo y de satén, nubes de tul.

Sostuvo con ambas manos un vestido sin tirantes.

—Con éste gané el concurso de Miss Mundo —dijo. Luego señaló otro azul—. Y con ése gané el de Miss Georgia. Ah, si un día ves un vestido en una tienda y quieres

tener un detalle con la Muñeca, no te olvides de que tengo la talla pequeña, la seis.

Chablis estaba de pie, prácticamente desnuda. Su torso tenía la forma ideal que uno espera en un torso de mujer, estrecha de hombros y con los senos generosos. Las caderas sí las tenía quizás un poco demasiado estrechas, pero no vi que hubiera ningún bulto en sus medias.

—¡Uau, *carinio!* —dijo—. ¡Te acabo de ver mirándome el coñito! Espero que no hayas visto nada raro...

—No, nada de nada.

—Bien, porque si alguna vez me ves que se me nota, *carinio*, tú dímelo en seguida. Dime que se me nota la compresa y en seguida me la cambio de sitio, porque eso es algo que no aguanto. ¡Es feísimo! Es lo peor que se puede ver, *carinio*, estar toda pintada y bien puesta, y que se te vea la polla sin que te des cuenta.

Julie Rae la miró desde el tocador.

—¡Chablis, por favor! —le dijo.

—Por eso llevo patinete —dijo ella.

—¿Qué es un patinete?

Chablis me miró con genuina sorpresa.

—¿Nunca has oído hablar de un patinete?

—No, ¿qué es?

—Un patinete es el mejor amigo de una chica —dijo—. Te sujeta la polla en su sitio.

—¡Chablis, por favor! —le gritó Julie Rae a pesar de que tenía la boca llena de horquillas.

—A mi amiguita no le gusta nada que hable así. ¿Verdad que no te gusta, señoritinga?

Julie Rae no contestó nada; se estaba peinando de forma espectacular, recogiendo el pelo en uno de esos moños que llaman B-52. Chablis se volvió hacia mí.

—Es uno de los grandes secretos del negocio, *carinio*, y la señoritinga es de las que piensa que yo estropeo la ilusión cuando hablo de que las chicas como nosotras tenemos polla y todo eso.

Chablis tomó un pequeño rectángulo de tela rosa con dos finas gomas pegadas a los lados.

—Esto es un patinete, *carinio*. Es más o menos como un tanga. Primero, te metes bien el paquete entre las piernas, y luego te calzas el patinete y te lo subes todo lo que puedas. Tienes que meter dentro los ovarios; yo llamo ovarios a los testículos, *carinio*.

Chablis me miró con los ojos muy abiertos.

—¡Tendrías que ver qué cara se te ha puesto, *carinio!*

—Es que no se me ocurre nada tan doloroso como lo que acabas de contarme —dije.

—Entonces, no te diré qué hacemos con esparadrapo —Chablis no esperó a que yo la hiciera callar—. El esparadrapo se usa cuando quieres aparecer con el trasero al aire. Te metes el paquete dentro de la raja del culo, *carinio*, te lo pegas con esparadrapo y no se entera nadie de lo que hay. ¡Y tú hablabas de lo doloroso que es! El esparadrapo sí que es doloroso de quitar cuando terminas. Y ya puedes imaginarte qué se siente si tienes una erección en esas condiciones. No es coser y cantar, vaya.

Julie Rae dio un golpe en la mesa con el secador de mano y se marchó.

—¡Allá va la muy zorróna! —dijo Chablis—. No te preocupes, que lo sabrá superar. Es buena chica, yo la quiero mucho, y ella lo sabe. Además, qué carajo, tiene razón. Toda esta mierda no es tan fácil como puede parecer. A mí me cuesta veinte minutos por lo menos arreglarme la cara de día: sombra de ojos, perfil de ojos, base de maquillaje, carmín. Veinte minutos, *carinio*. Y cuesta al menos una hora prepararse para la actuación.

Julie Rae volvió al camerino; Chablis la miró con cara de estar compungida.

—Vale, señoritinga —dijo—, tranquila, ¿eh?, que ya he terminado de hablar de todo eso. No pienso desvelar ni un secreto más. Siento haberlo hecho. Sí, cielito, lo siento mucho. Lo siento hasta el coño, bonita. ¿Me perdonas? —Julie Rae sonrió muy a su pesar—. Bien, cielo —dijo Chablis—, porque las chicas tenemos que estar unidas, ¿eh? Ay, *carinio*, si con esa música entro yo...

Chablis descolgó un vestido azul media noche de la percha y se lo puso en un visto y no visto. Era de cuello alto, y le llegaba hasta el suelo. Sobre los hombros le brillaba toda la pedrería.

—Súbeme la cremallera, *carinio*.

Le subí la cremallera. Vi una abertura por la espalda. La canción que sonaba era una balada lenta, y Chablis se balanceó sinuosamente en vez de brincar. Movié los hombros para expresar la emoción del tema, y sus admiradores se pusieron en fila para darle propina. Cuando terminó, Chablis tomó de nuevo el micrófono para agradecer al público su asistencia.

—Si os ha gustado el espectáculo —dijo—, gracias de todo corazón. Y acordaos de cómo me llamo, *la Dama Chablis*. Si no os ha gustado el espectáculo, tened en cuenta que me llamo Nancy Reagan y que os den por el culo.

Chablis volvió al camerino y se quitó el vestido largo.

—El abogadete de Hilton Head se ha aprendido bien la lección —dijo—. Me ha dado veinte pavos de propina.

Se puso un vestido cortísimo de color verde lima, con hileras de cuentas que se bamboleaban.

—Venga, es hora de bajar a la barra, recoger la pasta y tomarse un licor de manzana —se pintó los labios—. Luego subiré para el otro pase, me pondré uno de mis vestidos más guarros y le voy a dar caña a Burt hasta que ya no pueda más, el muy cabrón.

En la planta de abajo, la música disco era ensordecedora. Seguí a Chablis, que

avanzó por entre el gentío hacia la barra. Saludó a los admiradores que le salieron al paso, volviendo la cabeza de modo que pudieran besarle en el cuello, sin estropearle el maquillaje y sin despeinarla.

—¿Cómo, qué pasa, corazón? —dijo—. ¿Te has perdido el espectáculo? No pasa nada, tú no te preocupes, piensa en la propina que me ibas a dar y métemela por el escote ahora mismo. ¡Uau, *carinio!* Ahí estás tú. Muchas gracias, *carinio...* Eeh, corazón, ¿cómo te va? ¿Qué pasa, tía? ¡Qué guapa te veo! ¡Ay, cielo! ¿Aún estás con el chico que te trajiste la semana pasada? ¿Sí? ¡Cuéntame, cuéntame! Venga, saca la maría, chica. Saca la maría. ¡Eso es! No, *carinio*, esta noche no ha venido mi maridito; me está esperando en casa. El pedazo de roca que tiene entre las piernas me lo guarda todito para mí.

Cuando Chablis llegó a la barra, su licor de manzana ya la estaba esperando. Levantó el vaso y brindó con un hombre robusto y algo bajo que tenía a su lado.

—¡Eh, Burt! —le dijo—. Las lágrimas, al cubo.

Se bebió la copa de un trago.

Burt tenía una calva abundante y los ojos tristes.

—¿Qué tal va, Chablis? —le dijo.

—Bueno, aún no dependo de la caridad —contestó ella—, pero no me falta mucho. Es fantástico que no me pagues más, porque si me subieras el salario no me podría apuntar.

Burt no contestó.

—Hablando de todo un poco —dijo ella, a la vez que tendía la mano con coquetería—, ¿me puedes dar el sobre, por favor?

Burt le dio un pequeño sobre.

—Gracias, *carinio*. ¿Vas a venir a ver el segundo pase?

—Sí, supongo que sí —dijo Burt.

—Qué bueno, porque siempre me sale mejor la actuación después del licorcito de manzana. Además, *carinio*, no me gustaría que esta noche te perdieras el segundo pase por nada del mundo —Chablis inspeccionó el interior del sobre—. ¿Dónde está lo que falta?

—¿Lo que falta de qué? —dijo Burt.

—De mi pasta. Aquí me faltan cien pavos. ¿Me has recortado el salario, o qué?

—Ah, claro —dijo Burt—. Es por los dos números en los que no trabajaste. Por ésos no se paga, es natural.

Un relámpago de ira iluminó los ojos de Chablis.

—Burt, ¡eso es una puta mierda!

—¿Cómo dices? —dijo Burt.

—Puede que aquella vez no estuviese bajo los focos, pero sí estuve delante del espejo, maquillándome, y cumplí con mi parte del trabajo. Luego me cogí un taxi para venir hasta aquí y llegué a tiempo para empezar. A mí no me llamó nadie para decirme que los pases de aquella noche estaban cancelados, ¿vale? Y nuestro acuerdo

es que tú me pagas el salario entero.

Burt miró a Chablis con evidente cansancio.

—Si no trabajas, Chablis, no cobras. Así son las cosas.

—Burt, debo el alquiler, ¡maldita sea! ¿Cómo coño quieres que pague el alquiler?

—Tendrás que hablar con Marilyn —dijo Burt. Marilyn era la contable.

—No pienso hablar con nadie. ¡Yo lo que quiero es mi pasta!

—Chablis, no voy a discutir contigo, estoy cansado. Lo que te ofrezco es justo —replicó Burt, suspirando.

Chablis dio un puñetazo sobre la barra.

—Entonces, a tomar por culo —dijo—. ¡Vas a ver!

Se dio la vuelta y atravesó por entre el gentío, deteniéndose un momento a charlar en susurros con Julie Rae. Luego, subió las escaleras. Burt la seguía de cerca.

—¡Chablis! —la llamó Burt—. ¿Qué vas a hacer?

—Dame el dinero que me debes —exigió ella.

—Pero... ¡si no has trabajado!

—¡Nanay! ¡Sí que he trabajado!

En el camerino, Chablis agarró un puñado de vestidos de la barra.

—Me llevo mis cosas a casa —dijo—. Adiós.

—Chablis, por lo que más quieras, no lo hagas —dijo Burt. Sujetó el montón de vestidos, y los dos se quedaron un instante agarrados al bulto, quietos.

—¡Ni se te ocurra tocarme los abalorios, *carinio!* —dijo Chablis. Burt, avergonzado, la soltó.

Julie Rae apareció por la puerta, a espaldas de Burt. La acompañaba media docena de personas que se le habían unido en la planta baja. Chablis arrojó los vestidos por encima de Burt. Julie Rae los cogió al vuelo y se los dio a los que estaban con ella.

—¡Aún vienen más, Chablis! —le dijo—. ¡Estamos contigo, preciosa!

Chablis agarró otro montón de vestidos, pero esta vez Burt alzó los brazos para impedir que volasen.

—Chablis —le dijo—, te olvidas de un detalle. Hace mes y medio nos pediste cien dólares prestados, y no nos los has devuelto aún.

Chablis hizo una pausa.

—Eso es verdad —dijo—, pero tú tampoco me diste una fecha límite. Podrías haberme avisado de que me ibas a recortar el salario, sobre todo en el momento en que tengo que pagar el alquiler. Y está claro que podrías haberme llamado, tú o quien fuera, para avisarme de que había actuaciones suspendidas. Podría haber conseguido actuaciones en otros sitios, ¿no? Podría haberme marchado a Columbia, chico. Las propinas que te dan en Columbia son de caerse de culo, ¿sabías?

—Bueno, Chablis, pues lo siento mucho —dijo Burt—, pero no puedo dejar que te lleves nada de aquí hasta que devuelvas el préstamo que se te hizo.

Chablis lanzó a Burt un vestido de lamé plateado.

—¡Quédate con éste, mamón! Vale cien dólares por lo menos, y así quedamos en paz. Yo ahora me largo de este sitio de mierda.

Burt miró el vestido sin verlo. Era un trozo de tela plateada, no mayor que una toalla de manos.

—¿Y qué quieres que haga yo con esto? —dijo.

—¡Ponértelo, idiota! —dijo Chablis—. Ah, y otra cosa, por si acaso quieres esconder la polla mientras lo lleves puesto.

Le tiró un patinete a las manos. Julie Rae soltó un chillido de entusiasmo.

Burt soltó asqueado el trozo de tela.

—Chablis —le dijo—, lo malo de ti es que...

—¡No empieces! —le gritó Chablis—. ¡Sé de sobra qué es lo malo de mí, no me hace falta que tú me lo digas! Lo malo de mí es que compro todo un guardarropa, que me paso cientos de horas cosiendo lentejuelas y abalorios, y qué por eso a mí no me paga nadie. Me compro discos para aprender canciones nuevas, me meto chutes de hormonas que me cuestan veinte dólares, dos veces al mes, para mantener mi imagen femenina, y nadie me paga por eso. Luego me paso horas peinándome y maquillándome, poniéndome como un tren, para salir al final en este agujero de mierda, que parece la buhardilla de tu casa, y crear cierta ilusión de *glamour*, ¿vale? Mira, querido; aquí las vigas son tan bajas que me daría pánico salir a escena con una tiara.

Chablis fulminó a Burt con la mirada.

—Mira, Chablis —dijo él—, si quisieras...

—No, qué va. Lo malo de mí, en el fondo, es que trabajo para un tío que está convencido de que me hace un favor al dejarme salir a escena. Se cree que me lo paso tan bien poniéndome vestidos nuevos y meneando el culo que al final me da lo mismo que me pague o que no. ¿Vale? Pues te voy a decir una cosa. Hay muchas veces en que no me apetece nada arreglarme ni ponerme un vestido, pero vengo aquí y lo hago de maravilla, porque ése es mi trabajo. Así es como me gano la vida. Y te voy a decir una cosa más: ¡es muy jodido ser una chica a todas horas!

—Chablis —dijo Burt—, no estás siendo justa. Sabes de sobra que para mí eres como de la familia.

Chablis suspiró. Había apoyado una mano en la cadera, y miraba a Burt con una sardónica sonrisa en los labios.

—Claro, *carinio* —dijo con toda suavidad—. Supongo que por eso mismo has puesto ese cartel a la entrada, el que dice que cobras quince dólares por ser miembro del club. Ésa es la cantidad que sólo obligas a pagar a los negros, porque a los negros no los ves bien en tu club de mierda. Sólo los aguantas si están contratados, si los contratas, y no siempre les pagas.

Chablis agarró otro puñado de vestidos.

—Quítate de en medio, gilipollas —dijo—. Este miembro de la familia, ¿sabes qué?, se marcha a su casita.

La entrada del camerino estaba ya llena de gente. Chablis iba tirando un vestido tras otro.

—¡Sujétalos bien, *carinio*! ¡No me arrastres los vestidos de las arrastradas!

Cuando hubo terminado con toda la barra de perchas, Chablis se volvió hacia Burt, que aún sujetaba el vestido de lamé.

—Y no te olvides del patinete, Burt —le dijo—. Te hará falta para esconder bien la polla cuando te pongas ese vestidito.

Burt no dijo nada; Chablis se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras —dijo ella—, pero cuando te llegue la hora y no tengas un patinete que ponerte, ¿qué es lo que harás, eh? Te voy a contar un truco del negocio. Hay otra cosa que funciona igual de bien: ponte cuatro pares de medias. Con cuatro pares de medias, cualquiera juraría que tienes un coñito bien peludo.

Chablis le arrojó el último vestido a Julie Rae.

—Venga, señoritinga —le dijo—. Yo ya estoy lista.

Acto seguido, bajó las escaleras seguida por una cascada de lentejuelas y adornos. Salió a la pista de baile, con una larga cola de vestidos tras ella, como si fuese un dragón chino lleno de color. Parte de la gente que estaba bailando se unió a la cola, levantando los brazos para llevar en alto la ristra de vestidos.

—¡Uau, chico! —dijo—. ¡Ojalá pudiera verme mi mamá!

Fue meneando el trasero y contoneándose. Los que le llevaban los vestidos le siguieron el paso, aullando y cantando, a medida que Chablis recorría toda la pista de baile hasta llegar a la barra, recorrería entera, dejar a un lado al tío del pelo largo y la gorra de béisbol, el cartel de los quince dólares por ser miembro del club, y salir a Congress Street.

Allí enfiló hacia el este sin dejar de bailar, con la larga cola de ropa escurriéndose sinuosa tras sus pasos. La luz de las farolas arrancaba destellos de las lentejuelas y la pedrería, chispas de luces color melocotón, rojo, verde y blanco.

—Ya te lo dije, *carinio* —me gritó al pasar a mi lado—. Tendrás que viajar si quieres verme actuar. Macon, Augusta, Atlanta, Columbia... ¡En todas partes conocen a la Muñeca, *carinio*! ¡En todas partes conocen a Chablis!

El tráfico que discurría por Congress Street se ralentizó para admirar aquella deslumbrante procesión. Las bocinas llenaron la noche, igual que los silbidos y los gritos de ánimo, de buen humor, o de lujuria contenida y de burla. Los automovilistas no eran conscientes, claro está, de que el espectáculo que veían era el de la gran emperatriz de Savannah, que había sacado a desfilas todas sus pelucas, vestidos y patinetes de su guardarropa imperial. Chablis saludaba a sus súbditos ondeando el brazo.

—¡La pequeña se marcha de aquí! —gritó—. ¡S-s-s-sí, *carinio*! ¡Mami se va de viaje! ¡En serio te lo digo, corazón!

SWEET GEORGIA BROWN'S

—Dios, vosotros los yanquis estáis hechos de una pasta distinta —dijo Joe Odom—. Por más que intentemos meteros en vereda, mira qué os da por hacer a vosotros. Primero te enrollas con individuos como Luther Driggers, cuyo único derecho a ser famoso, ya lo sabes, es que anda preparándose para envenenarnos a todos. Luego te pones a rodar por ahí en un automóvil que no sirve ni para llevar un cerdo al mercado, y ahora me sueltas que te ha dado por salir con una mariconaza negra. ¡De veras, no hay quien te entienda! A tu madre y a tu padre les va a dar un patatús en cuanto se enteren, y mucho me temo que luego me echarán la culpa a mí, claro.

Joe estaba sentado ante una mesa, en un enorme almacén que pronto iba a abrir sus puertas al público con el nombre de Sweet Georgia Brown's, un *piano bar* con ambiente típico de finales del siglo pasado. Joe Odom iba a ser propietario, presidente e invitado estelar de un trío de *jazz*. Estaba en ese momento rellenando cheques que acto seguido entregaba a los obreros que simultáneamente daban los últimos toques al local. Un carpintero estaba rematando la barra de madera de roble en forma de «U», dándole una pátina lustrosa. En el interior de la «U», un caballo de un tiovivo parecía encabritarse ante una colina de botellas de licores varios.

Mandy, que iba a ser en parte propietaria del local y vocalista invitada algunas de las noches, estaba encaramada a una escalera; intentaba dirigir los focos sobre el escenario, precisamente donde estaba Joe trasegando un escocés de media tarde y firmando cheques.

Joe se despidió de Emma's de forma perfectamente amistosa. Teniendo en cuenta las circunstancias, no le quedó otra salida a la altura de un caballero como él. Como había sido propietario parcial de Emma's, todos sus acreedores salieron de debajo de las piedras para acecharle en el local, y más de uno había presentado en la barra los pleitos y las demandas judiciales de rigor, como si aquello fuese un banco a punto de hacer quiebra. Joe había pasado a ser un inconveniente para Emma's, un serio problema, así que se retiró de la sociedad y alquiló un almacén al otro lado de Bay Street. Ni siquiera estaba muy seguro de que Sweet Georgia Brown's pudiera no ser un blanco para sus acreedores; la mejor respuesta que sabía dar a esa pregunta, por no decir la única, era un encogimiento de hombros que denotaba toda su indiferencia.

Entretanto, Joe y Mandy habían sido desahuciados del 101 de Oglethorpe Avenue por impago del alquiler. Se habían mudado a una casa no muy lejana, un bello edificio de Pulaski Square. El séquito de Joe, cómo no, le siguió a su nueva casa, tal como le siguieron los autobuses de turistas. Las únicas personas que no se percataron de que Joe y compañía se habían instalado en esta casa eran los propietarios, por estar ausentes, y el agente de la propiedad inmobiliaria, un tal John Thorsen, que se la había enseñado con detalle. Joe fingió estar indeciso y no tener ninguna prisa la tarde en que el señor Thorsen le mostró la casa vacía. Al día siguiente, el señor Thorsen emprendía viaje, pues tenía previsto pasar todo un semestre en Inglaterra; un día

después, Joe se instaló con sus muebles, su piano, su séquito y demás. Era un ocupante ilegal de lujo, pero eso no lo sabía nadie entonces.

Al término de la primera semana en la nueva casa, Joe empezó a dar giras turísticas y almuerzos al precio de tres dólares por cabeza. Saludaba a los turistas alterando levemente el discurso de bienvenida que había utilizado en sus otras casas: «¡Buenas tardes a todos! Me llamo Joe Odom. Soy asesor fiscal, agente de la propiedad inmobiliaria y pianista. Resido en esta casa, que fue construida en 1842 por Francis Bartow, un general del ejército confederado que murió en lo que nosotros preferimos llamar la Guerra de Agresión del Norte. Siéntanse por favor libres de recorrer la casa entera. Si ven una puerta cerrada, por favor no la abran, porque lo más probable es que se encuentren calcetines sucios, camas sin hacer e incluso, incluso, gente durmiendo en ellas».

Mandy bajó de la escalera; llevaba un vestido largo y ceñido, con un escote vertiginoso. En la cabeza llevaba una diadema adornada con una pluma de pavo real. Se había probado su disfraz de Diamond Lil, para estar a tono con el ambiente de la década de 1890 que reinaba en el local.

—¿Qué te parece? ¿Cómo me encuentras? —nos dijo a la vez que adoptaba una pose de lo más *sexy*, apoyada en el piano.

—Fenomenal —dijo Joe.

—Pues cástate conmigo —contestó ella.

Joe dio un beso a Mandy; luego, volvió a extender cheques, que era lo que estaba haciendo, y le entregó uno al individuo que había instalado las luces, otro al carpintero y uno más al contratista. Todos ellos bromearon animadamente con Joe, como si todos diesen por hecho que los cheques fuesen válidos.

Después de que se marchasen los obreros, un viejo negro apareció al lado de Joe. Se apoyaba en un bastón al caminar; se había pasado casi toda la tarde en la barra, preparando café para los obreros y manteniendo el lugar más o menos limpio.

—Hora de marcharse, señor Odom —dijo, y miró de reojo el talonario.

Joe meneó la cabeza.

—No, no, Chester. Seguro que a ti no te apetece pringarte con esas cosas; tú, cuando puedas, insiste en que te lo den contante y sonante.

Sacó la cartera y le dio al anciano el único billete que llevaba, uno de veinte. El anciano le dio las gracias y se marchó arrastrando los pies.

—Bueno, veamos lo de esa gente con la que te estás tratando de un tiempo a esta parte —dijo Joe, concentrando de nuevo su atención en mí.

—No sé —dije—. La verdad es que me cae bien la gente que me he encontrado hasta ahora en Savannah. De todos modos, reconozco que tengo que encontrar un coche a la altura, es cierto.

—Entonces, puede que aún haya esperanza —dijo, y encendió un puro—. ¿Sabes por qué lo digo? Porque Mandy y yo estamos pensando en alquilar una casa con piscina en Hollywood, para cuando hagan la película de ese libro que estás

escribiendo. De todos modos, me empieza a dar la sensación de que el resto de las estrellas va a ser un hatajo de impresentables. Y eso hay que solucionarlo.

—¿En quién estás pensando? —le pregunté—. ¿El alcalde?

—No, por Dios; ése sí que no —dijo Joe, y se quedó pensativo.

—Pero esta noche viene a casa una señora que a lo mejor te interesa. Escribe una columna de terapia sexual en la revista Penthouse —me miró a la expectativa—. ¿No? No, ya entiendo.

Me llevé la mano al bolsillo y saqué una nota que había escrito.

—Casualmente —dije—, estoy a punto de ampliar mi círculo de conocidos. A ver si me das tu aprobación —le enseñé la nota; decía: «Jim Williams. Mercer House. 429 Bull Street, martes a las seis y media de la tarde».

Joe asintió con la solemnidad de un joyero que se encuentra una gema insólita.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Esto sí que es mejorar! Muchísimo, desde luego. Jim Williams es una auténtica estrella. Es un hombre brillante, de un éxito tremendo. Lo admiran en todas partes. Puede que sea un poco arrogante, ya se sabe, pero es muy rico. Y la casa que tiene no está nada mal, qué quieres que te diga.

BESTIA SEXUAL ANDA SUELTA

Y fue así como terminé por pasar aquella extraordinaria velada en Mercer House, en compañía de Jim Williams y sus chucherías de Fabergé, su órgano de tubos, sus retratos, su bandera nazi, su juego de «los dados psíquicos» y, breve pero memorablemente, su joven y tempestuoso amigo, Danny Hansford.

—Bueno, ¿y qué impresión te merece? —me preguntó Joe Odom más tarde, cuando pasé por Sweet Georgia Brown's.

—Creo que he conocido al joven que te encontraste en tu cama —dije—, el de los tatuajes y la camiseta que decía «jódete». Trabaja para Williams.

—Vaya, así que era ése —dijo Joe—. Debe de ser el chaval que conduce ese Camaro trucado que suele estar aparcado delante de Mercer House. Se pasa un montón cuando le saca humo a las ruedas por toda la ciudad; lo hace derrapar por las plazas, como si Savannah fuese su circuito particular de pruebas para las 500 millas de Indianápolis.

Danny Hansford era un perfecto desconocido para casi todos los residentes de Monterrey Square. En el mejor de los casos era una presencia innominada, un individuo al que habían visto entrar y salir de Mercer House, aparcar y llevarse su Camaro negro, con el consiguiente chirrido de las ruedas. Una de las pocas personas que sí lo habían llegado a conocer era una estudiante de arte que se llamaba Corinne, que vivía en el piso de arriba de una casa normal y corriente, muy cerca de la plaza. Corinne era una chica de piel suave y muy blanca, con el cabello castaño y revuelto como un espinacardo. Diseñaba sus propias prendas de vestir, que eran por lo común de color negro y tendentes a subrayar sus mejores facetas, es decir, sus pechos y sus nalgas. Desayunaba a menudo en el *drugstore*, en Clary's, y no le daba ningún reparo reconocer que conocía a Danny Hansford. «Es una bestia sexual con patas, una máquina de follar», me dijo una vez.

Corinne había observado a Danny de lejos mucho antes de que se cruzaran dos palabras. Él aún no había cumplido veinte años, suponía ella, por lo cual tenían más o menos la misma edad. A ella la volvían loca su cuerpo magro, musculoso, su cabello rubio y rizado, sus tatuajes. Sobre todo le entusiasmaba su manera de caminar, con un aire de chulería con el que parecía ir diciendo a todo el mundo «anda y que te jodan», con el mismo descaro con que lo decía en aquella camiseta que se ponía tan a menudo. Era un trueno de energía, pura turbulencia; nunca miraba a derecha o a izquierda, ni parecía fijarse en la presencia de nadie más cuando iba por la calle, salvo en cierta ocasión que ella recordaba perfectamente.

Iba cruzando Monterrey Square una tarde cuando oyó el rugido inconfundible del Camaro de Danny que bajaba por Bull Street. Apresuró el paso para que la sorprendiera delante de Mercer House cuando aparcase. Él bajó de un brinco y se quedaron los dos cara a cara. Él le sonrió con timidez.

Corinne se felicitó por haberse puesto un jersey ceñidísimo y una falda corta, con

vuelo, que le saltaba sobre los muslos. Lo esperó en medio de la acera y le dijo «hola»; le preguntó a bocajarro si vivía en la casa grande.

—Pues sí —dijo él—, claro que sí. ¿Te apetece entrar a echar un vistazo?

—Puedes jurar que sí —me dijo Corinne meses después en Clary's, cuando me refirió con todo detalle lo que ocurrió después de ese encuentro.

Ella lo siguió por la acera, con la mirada clavada en el trasero de sus pantalones, la espalda de la camiseta, los brazos. Pero nada más entrar en la frescura y la vastedad del vestíbulo, olvidó momentáneamente todo lo que había estado mirando y se quedó boquiabierta al ver lo que tenía delante de las narices: la escalinata, los retratos y los tapices, las arañas de cristal, los muebles relucientes.

—Santo Dios —murmuró.

Danny se quedó plantado con las manos en los bolsillos, balanceándose y mirando a Corinne. Tenía cara de niño, la nariz respingona y los labios sensuales, unos labios que parecían contener a duras penas una sonrisa.

—Todas esas mierdas vienen de palacios y de castillos de no sé dónde —dijo.

—Éste sí que es un palacio —repuso Corinne con un susurro respetuoso.

—Sí —dijo Danny—. Y vale unos dos millones de pavos. Jackie Onassis intentó comprárnoslo una vez. Era la mujer del presidente, tía. De todos modos, le dijimos que no estaba en venta. Tía, le dijimos a Jackie Onassis que se fuera a tomar viento fresco —Danny se rió sólo de pensarlo. Se rascó el pecho, levantándose la camiseta y dejando ver un trozo de estómago musculoso y recio como una tabla de lavar—. Venga, que te lo enseñe todo.

Estaban solos en la casa. Mientras iban pasando de sala en sala, Danny señalaba con un simple gesto los retratos colgados de la pared.

—Todos esos mendas son reyes y reinas, tía —dijo—. Todos y cada uno de ellos, los muy gilipollas. Y todo eso de metal es de oro y de plata algunas cosas. Joder, si tenemos alarmas antirrobo por todas partes. Como le dé a alguien por intentar entrar aquí, se va a llevar una somanta de palos que no veas, tía. Y es que a mí nadie me la da con queso —Danny cortó el aire con un golpe de karate, y luego asaeteó a patadas al intruso imaginario—. ¡Aaja! ¡Chung! ¡Chung! Toma, hijoputa.

Pasaron al comedor. Corinne se detuvo delante del retrato al óleo de un caballero empelucado, con el cuello de gorguera.

—¿Quién es ése? —le preguntó.

Danny miró el cuadro.

—¿Ese gordo, el que tiene cara de comemierda? Es un rey, ya te dije.

—¿Rey de dónde? —preguntó ella.

Danny se encogió de hombros.

—Pues rey de Europa, joder.

Corinne iba a decir algo, pero optó por callarse. Danny la miró con gesto dubitativo y luego la llevó sin más preámbulo a la sala de estar.

—Oye —le dijo—, ¿qué te parece si tú y yo nos tomamos una copa? Luego a lo

mejor podemos subir a la otra planta y jugarnos unas cuantas ruletas. ¿Te apetece? —sirvió dos dedales de vodka y le pasó uno a Corinne. Antes de que ella hubiese dado tres sorbos, él había vaciado su vaso. La miró con una sonrisa de duende—. Venga, vamos arriba.

En la sala de baile de la segunda planta dieron unas cuantas vueltas a la ruleta; después, Danny tocó una tosca pieza en el órgano de tubos. Por último, la llevó al dormitorio principal y una vez dentro sacó del bolsillo una bolsa de plástico llena de marihuana.

—Tengo la mejor mierda de todo Savannah —le dijo—, pregúntaselo a quien quieras. ¿Sabes qué te van a decir? Que Danny Hansford tiene una mierda estupenda. Lo más fuerte que hay. La cultivo ahí mismo, en el jardín, y siempre la seco en el microondas. Te va a colocar, y ya verás cómo.

Se fumaron juntos un porro. Corinne notó que se iba poniendo a tono.

—¿Te gusto? —preguntó Danny con un punto de ternura.

—Ajá —repuso ella.

Él la rodeó con los brazos y le acarició la espalda con ambas manos, para cubrirle luego el cuello de leves besos y producirle un estremecimiento que la recorrió de arriba abajo. Cayeron tropezando en la cama con dosel y él comenzó a besarle los senos, a la vez que le subía las faldas y le iba bajando las medias a tirones. Ella se soltó los zapatos como buenamente pudo, aunque antes de eso él la presionaba, la sondeaba con todos los dedos, suave e insistentemente. Con la otra mano se desabrochó la bragueta. Le tomó las nalgas dulcemente con ambas manos y la atrajo hacia sí al entrar en ella. Ella notó el olor salino de su camiseta, y sintió que la hebilla del cinturón le rozaba el estómago. El creciente calor corporal de los dos los envolvió como una toalla al vapor.

Terminaron pronto. Él alzó la cabeza y la miró a los ojos. —Ha estado bien, ¿no? Te ha gustado, ¿a que sí?

—Ajá —dijo ella—. Pero puede que la próxima vez hasta nos dé tiempo a desnudarnos del todo.

Corinne no se dejó engañar por la pretensión de Danny, que siguió haciéndose pasar por el dueño de Mercer House. Ella sabía, igual que lo sabía todo Savannah, que el dueño de la casa era Jim Williams. No obstante, le siguió el juego, porque con esa broma Danny parecía tener más agallas. Suspiró de modo convincente cuando Danny le enseñó el Jaguar XJ 12 aparcado en el garaje, se quedó boquiabierta cuando abrió el cajón de una cómoda y le enseñó su reloj «dorado» y sus gemelos «reales». Corinne le miró poniendo ojitos cuando se despidieron en el vestíbulo. Le dijo que tenía un palacio, qué digo un palacio, un castillo adorable, y que él era un guapísimo Príncipe Encantado, y muy *sexy* por cierto. Entonces se abrió la puerta y entró Jim Williams.

—¡Eh, chaval! —dijo Williams. Estaba de muy buen humor.

—Ya me iba —murmuró Danny.

—¿Por qué, qué prisa tienes? Anda, quédate a tomar una copa. Y preséntame a esa amiga tan guapa que te has echado.

—Ya hemos tomado una copa —dijo Danny. De repente, parecía molesto.

—Bueno, seguro que no te hace ningún daño quedarte unos minutos y portarte de forma más sociable —repuso Williams en tono amistoso—. Siempre queda tiempo para eso, ¿no?

Williams se presentó a Corinne y luego se dirigió a la sala de estar, con tal aire de dominio que Danny y Corinne le siguieron como si él hubiese decretado que le acompañasen. Corinne dijo a Williams que era estudiante de Arte y Diseño en la universidad de Savannah; Williams contestó contando algunos cotilleos sobre diversos miembros del profesorado de su facultad, con gran entretenimiento por parte de Corinne. Danny permaneció sentado al borde de su butaca, obviamente fastidiado.

Williams encendió un purito King Edward.

—Supongo que Danny ya te habrá enseñado la casa entera, ¿verdad? —dijo—. ¿Te enseñó a jugar a los «dados psíquicos»? ¿Que no...? Ah, pues déjame que te enseñe.

Se llevó a Corinne a la mesa de *backgammon* y la hizo sentarse. Le explicó las reglas y le dijo que simplemente concentrándose en los dados, cualquier persona puede influir en la suerte. Le habló a Corinne de los científicos de Duke University, le explicó lo que habían demostrado con su experimento; le dijo que si uno logra concentrar de veras toda su energía mental, puede hacer que sucedan cosas, ya sea con los dados o con cualquier otra situación. Miró por encima del hombro hacia Danny, que seguía sentado en la butaca con aire de malhumor.

—Mira, por ejemplo —dijo Williams con soma—, si los dos nos concentramos a fondo, quiero decir a fondo, probablemente consigamos que Danny se levante de esa butaca y sea útil para los demás, preparándonos por ejemplo una copa. ¿Qué te parece?

Danny se levantó sin decir palabra y se marchó de la habitación. Instantes más tarde, la puerta de la calle batió con una fuerza inusitada.

Corinne se sobresaltó. Williams apenas encogió un solo músculo. Arqueó las cejas y esbozó una sonrisa de complicidad.

—Supongo que ha recibido el mensaje —dijo— y lo ha devuelto al remitente.

Agitó los dados y los lanzó sobre el tapete de fieltro verde.

Media hora después, tras haberse tomado una copa con Williams y haber jugado unas cuantas rondas de «dados psíquicos», Corinne se fue de Mercer House. Se encontró a Danny en la acera, apoyado sobre el guardabarros de su Camaro negro, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sin quitarle los ojos de encima, le abrió la portezuela del copiloto.

—Sube —le dijo.

Era ya más de media tarde. Corinne aún tenía recados que hacer, y tenía planes para el resto de la velada. Miró de reojo los tejanos de Danny, su camiseta, sus

brazos, así como la sonrisa que empezaba a iluminarle la cara, y se subió al coche.

Corinne le dio una palmada en el brazo.

—Vale, chaval —dijo—. A lo mejor ahora me puedes explicar por qué te marchaste con tantas prisas.

Danny se encogió de hombros.

—No me hace ninguna gracia que nadie flirtee con una chica que está conmigo.

—¿A ti te parece que eso es lo que quiso hacer Jim Williams?

—Sí, y no me hace maldita la gracia.

—Deja que te diga una cosa —dijo Corinne—. Se me da muy bien saber cuándo quiere un tío flirtear conmigo, y te puedo garantizar que Jim Williams no lo hizo.

—Se las estaba dando de listillo.

—No, sólo quiso dejarte bien claro quién es el que manda en su casa —dijo.

Danny encendió el contacto.

—Me da lo mismo. Además, yate he dicho que yo por ahí no paso —arrancó el coche y apretó a fondo el acelerador. El coche salió pitando del bordillo de la acera, con un chirrido que a Corinne le taladró los oídos. Se sujetó al salpicadero para no salir despedida de lado.

—¡Joder! —dijo.

Danny dobló la esquina de la plaza. Delante de Mercer House, en la calle, quedó en suspenso una nube de humo entre blanco y azulado.

—¡Ponte el cinturón! —gritó Danny—. ¡Te voy a dar el paseo más bestia de tu vida!

—No, ni en broma —contestó Corinne—. ¡Déjame salir ahora mismo!

—Ya saldrás después —dijo Danny—. Y no te preocupes, monada, que no te voy a matar. Soy un conductor como la copa de un pino, y éste es el coche más cañero que verás nunca en la carretera. ¡Esta preciosidad está trucada, monada! —Danny sonreía con gesto triunfal; los ojos le relucían. Había recuperado toda la confianza en sí mismo. Si no era exactamente el dueño de Mercer House, sí que era el rey de la carretera.

Corinne soltó un suspiro de resignación y se preparó para lo que le esperaba.

—Como quieras —dijo—. ¿Adónde vamos?

—Hasta Tybee —dijo él—. Te quiero enseñar una cosa que te va a encantar.

Salieron a toda velocidad por Island Expressway, camino de las playas. Corinne miró a Danny procurando adivinar sus intenciones. Prefería sin duda ese aire de chulería antes que el mohín que le había visto en Mercer House.

—Venga, cuéntame, ¿qué tienes tú que ver con Mercer House y con Jim Williams? —le preguntó.

—Trabajo para él —dijo— cuando me da la gana. Le hago algún que otro trabajito, pura mierda.

—Bueno, eso parece más lógico —dijo—. No me pareció que fueras tú de los que viven en casas como ésa.

—Pero me gano mis buenos dineros, no te preocupes por eso. Y si alguien me da la brasa, me largo, tía. Yo por ahí no paso.

—Ya, ya me he dado cuenta.

—Eso es. Eh, por poco le desmonto la puerta del golpe que di cuando me abrí de *naja*, ¿que no? Me juego cualquier cosa a que a Jim tuvo que joderle.

—Yo no diría tanto —dijo Corinne—. Creo que al contrario, que le sentó de puta madre. Y me pareció bastante raro, por cierto.

El puente que unía la isla de Tybee con el continente estaba más adelante. Danny de pronto aceleró más, ganando en velocidad. Adelantó en un visto y no visto al coche que llevaba delante, a poca distancia del puente.

—Agárrate bien, monada —dijo—, que aquí es donde despegamos. El coche iba como un cohete. Golpeó con un gran estruendo un badén de la carretera, y las cuatro ruedas se despegaron del suelo.

—¡Vamos volaaaando! —aulló Danny.

—Joder —musitó Corinne cuando rebotó el coche sobre el asfalto—. ¿Me has traído hasta aquí para esto?

—¡Sí! Cojonudo, ¿que no? —dijo Danny.

Corinne se apartó el pelo de la cara.

—Creo que me hace falta otra copa.

Siguieron hasta el Hotel DeSoto Beach, un típico motel playero, algo cutre, pero de todos modos muy popular entre los jóvenes de la región. Tenía una terraza alrededor de la piscina, daba conciertos de *rock* y contaba con una barra de estilo tropical, bajo la genuina techumbre de paja. Pidieron dos piñas coladas y tomaron asiento sobre un murete, para mirar al mar y ver a la gente que paseaba por la playa. En cuestión de minutos se les unieron dos jóvenes de buen ver, amigos de Corinne y compañeros suyos en la facultad de Arte y Diseño de la universidad de Savannah. Mientras charlaban, Danny permaneció en silencio. Fue poniéndose cada vez más intranquilo. Miraba a la playa, a uno y otro lado. Parecía realmente nervioso; suspiró. En cuanto los amigos de Corinne se despidieron y se marcharon, se puso en pie de un salto.

—Tengo una idea —dijo—. Sujeta bien tu copa, que nos volvemos a la ciudad.

A Corinne le pareció perfecto; aún le quedaban cosas por hacer.

—Espero que no estés pensando en dar otra vez ese salto en el badén —dijo.

—Para nada —dijo Danny—; sólo funciona en una dirección.

Subieron al coche y salieron rugiendo del aparcamiento, dejando tras su estela una nube de polvo y de grava.

—Oye, me ha parecido notar que te ponías un poco celoso de mis amigos, ¿o me confundo?

—No, nada de eso.

—No te habrá parecido que estaban «flirteando» conmigo, ¿eh?

—Si acaso, eran un par de gilipollas como la copa de un pino.

Corinne no contestó. Mentalmente, estaba comparando a Danny con sus dos amigos: los dos eran de mejor pasta que Danny, y estaban desde luego mucho mejor educados que él; eran de familias con dinero y tenían un futuro bastante asegurado. Probablemente, cualquiera de los dos sería muy semejante al hombre con el que ella terminaría por casarse, fuera quien fuese, que eso aún estaba por ver. Pero lo cierto es que ninguno de los dos tenía ni la mitad de la mitad del atractivo sexual que tenía Danny. Le miró la bandera de los confederados que llevaba tatuada en el brazo, le miró el estómago plano y musculoso, su forma de sujetar el volante con una mano, mientras reposaba la otra sobre el muslo. Él le devolvió la mirada y le dedicó una sonrisa.

—Eh —le dijo con dulzura—, ¿sabes una cosa? Por el camino de vuelta voy a aprovechar para enseñarte el sitio más bonito que hay en todo Savannah. Es mi sitio preferido, sobre todo para colocarme. Más que ningún otro en el mundo entero.

Torció por Victory Drive y avanzó por un camino ondulante, en dirección al cementerio de Bonaventure. Al atravesar la verja, el sol de la tarde se filtraba por entre las copas de los árboles, proyectando sombras suaves, alargadas. Caminaron por una avenida jalonada de robles, fumándose un porro entre los dos.

—Parece un sueño, ¿que no? —dijo Corinne.

—Sí —dijo Danny.

—¿En qué sueles pensar cuando vienes aquí? —le preguntó.

—En la muerte.

Ella se echó a reír.

—Ya, claro, pero ¿en qué más?

—En el día en que esté muerto.

—¡Eso es horrible! —dijo ella—. Venga, lo digo en serio.

—Y yo te lo digo en serio. Pienso en la muerte, pienso en morirme. ¿En qué piensas tú?

—Pienso en lo apacible que es todo esto; pienso que es un sitio maravilloso para escapar de todo, para disfrutar de la paz y de la tranquilidad, de toda esta serenidad. Pero nunca pienso en los muertos. Al mirar todas esas tumbas, tan antiguas, me pongo a pensar en que hay generaciones y generaciones de una misma familia, por fin reunidos todos. Y eso me hace pensar en que la vida sigue, pero no se me ocurre pensar en la muerte. Nunca suelo pensar en la muerte.

—Vaya, pues yo sí —dijo Danny—. Pienso incluso en la clase de tumba en la que me enterrarán. ¿Ves aquellas tumbas tan viejas de allí en frente? Bueno, ésas son las de los ricos. ¿Ves aquéllas, mucho más pequeñas? Son las de los pobres. Si me muero en Mercer House, me gustaría que mi tumba fuese una de las grandes.

—Qué mal gusto.

—Jim Williams es un tío muy rico —dijo Danny—. Seguro que me pagaría una tumba grande como una casa —no parecía decirlo por puro alarde, ni tampoco en broma. Estaba diciendo simplemente lo que pensaba.

—Pero no estarás preparándote para morir, ¿verdad que no?

—¿Por qué no? No tengo nada por lo que valga la pena vivir.

—Todo el mundo tiene algo por lo que vale la pena vivir —dijo ella.

—No. Al menos, si estás tan jodido como yo.

Corinne se sentó en el pedestal de un alto obelisco, mullido por de sí.

—Todos tenemos problemas —le dijo—, pero nadie se pone a hablar de la muerte así por las buenas.

—Yo soy diferente —dijo Danny—. Estoy en la puta calle desde que tenía quince años. Dejé los estudios en octavo. Mi familia me odia. Bonnie, mi novia, no se quiere casar conmigo, ¿y sabes por qué? Porque no tengo un trabajo fijo.

—Y por eso preferirías estar muerto, ¿eh?

Danny se miró las puntas de las botas y se encogió de hombros.

—Puede ser.

—Vale, pues intenta ver las cosas de otro modo. Por ejemplo, si te hubieses muerto ayer por la noche, no me habrías conocido hoy, ¿no es así? Y tampoco habríamos follado como follamos en esa cama con dosel. Y eso ha sido algo por lo que merece la pena vivir, ¿no?

Danny dio una larga calada al porro antes de pasárselo. Ella estaba sentada a su lado, con la bandera de los confederados a la altura de la cara. Él se acercó a ella y emitió un gruñido por lo bajo.

—Contesta: ¿mereció la pena, sí o no?

—Sí, sí que mereció la pena. Por eso sí merece la pena vivir —dijo él—, pero sólo si sabes que habrá más de lo mismo.

Le pasó el brazo en torno a la cintura y la besó en la nuca, gruñendo suavemente, dándole leves mordiscos, como un cachorro juguetón. Ella notó un cosquilleo de placer. En cuestión de segundos él ya le estaba acariciando la rodilla, el muslo, a la vez que la alzaba en el pedestal, levantándola primero, para dejarla después suavemente en el suelo. Gimió al sentir que él se le colocaba encima, sin presionarla, con ligereza, apoyándose en los codos. Ella comenzó a gemir, cada vez con más fuerza. Las hojas secas crujían bajo sus cuerpos. De pronto, él le puso la mano sobre la boca y se quedó quieto. Sobresaltada, ella miró hacia donde miraba él y vio por qué se había quedado inmóvil: miraba por entre los arbustos. Ella notó cómo le latía el corazón; él seguía absolutamente quieto, sin mover un solo músculo. Ella oyó voces no muy lejos. Alguien se acercaba. Volvió la cabeza para ver tan sólo varios pares de piernas que caminaban por un sendero, por el cual llegarían muy pronto a escasos metros de donde estaban los dos. Si miraba casualmente hacia ellos, al pasar, los verían sin duda ninguna. Oyó la voz de una mujer de mediana edad, que hablaba en tono quejumbroso.

—Cuidados perpetuos significa exactamente eso: hay que cuidar de las cosas a perpetuidad. Hay que arrancar las malas hierbas, retirar los desechos... Siempre. Pienso pasar un momento por la caseta del guarda y voy a decirle un par de cosas

antes de marcharnos.

Estaban a cinco o seis metros y se iban acercando. Le contestó una voz de hombre.

—Yo creo que no lo hacen mal del todo, la verdad, sobre todo si lo comparas con otros sitios. De todos modos, no creo que a la abuela le importe mucho que haya un par de hierbajos y alguna que otra ramita.

—Lo que tú digas, pero a mí sí que me importa —insistió la mujer—. Y quiero tener la seguridad de que cuando a mí me llegue la hora de descansar para siempre, alguien cuidará de la tumba a perpetuidad, que para eso les pagamos.

Estaban ya a su altura. Corinne contuvo la respiración.

—Como quieras —dijo el hombre—. Te esperamos en el coche.

Habían pasado, y al parecer no se habían percatado de su presencia. Danny aflojó la mano con que aún le tapaba la boca a Corinne y reanudó su actividad sexual con la misma facilidad con que habría retomado una conversación en suspenso. Corinne se sintió arrastrada por su capacidad de aguante, por su capacidad de mantener una erección dura como una piedra durante todo el tiempo que duró la interrupción.

Al volver al coche, Danny caminó con paso alegre. Corinne le dio la mano. Lo había rescatado de sus morbosos pensamientos, y eso le agradaba. Era un joven de humor voluble, desde luego, pero eso tampoco era tan importante. Corinne pensó que había encontrado al compañero sexual perfecto. Estaba encendido, y ella estaba encendida por dentro, aunque fuese por razones muy distintas, tal como pudo comprobar cuando estuvieron sentados en el coche.

—¿Te quieres casar conmigo? —le preguntó. Bestia sexual anda suelta

Ella no es que se quedara pasmada, sino más bien sorprendida por el tremendo absurdo de sus palabras.

—¡Pero si nos hemos conocido hace tan sólo tres horas! —repuso. Se echó a reír, pero al punto se percató de que a él de nuevo le cambiaba la cara y se volvía taciturno, y entendió que la propuesta no había sido una broma. Sin querer, ella le había lastimado.

—Un día te casarás con uno de esos dos gilipollas de la playa, ¿no? —le preguntó con dulzura.

—No —contestó ella—, tampoco conozco muy bien a ninguno de los dos.

—Bah, seguro que sí. Tienen dinero, tienen una buena educación... ¿Qué más quieres saber?

Le había lastimado en lo más hondo, y se dolía por ello. Le conmovió que él estuviera tan desesperado por conseguir que alguien le quisiera.

—Hoy me lo he pasado en grande —le dijo con todo su afecto—, de veras. Yo...

—Ya, pero no te casarás conmigo. Nunca te casarás conmigo.

Ella no supo qué decir.

—Bueno, yo... Desde luego que me gustaría volver a verte. Quiero decir que podemos salir juntos de vez en cuando, ya sabes, y también podemos...

Corinne no vio el dorso de su mano hasta que le alcanzó con toda su fuerza en la mejilla. Podría haber sido un bofetón más fuerte inclusive, pero Danny pisó a la vez el acelerador hasta incrustarlo en el suelo del automóvil, doblando con brusquedad por Abercorn Street y lanzándola de ese modo contra la puerta, fuera de su alcance. El automóvil rugió como una bala, en dirección sur, cambiando inesperadamente de un carril a otro, adelantando coches sin parar. Ya casi era de noche.

Corinne se acurrucó tan lejos de él como le fue posible. Notaba la mejilla ardiendo.

—Llévame a casa, por favor —dijo.

—Sí, te llevaré cuando me salga de los huevos —le espetó él. Siguieron hacia el sur a toda velocidad. Seis, ocho, diez kilómetros. Pasaron como una exhalación por delante del centro comercial, por delante de la universidad estatal de Armstrong. Corinne se empezaba a marear. Sólo conseguía pensar en las ganas de morir que había manifestado Danny, y en que ahora podía acabar con la vida de los dos. El vodka, las piñas coladas y la marihuana tenían que haberle hecho efecto. Antes o después se saldría de la carretera; si no, se estrellaría contra otro coche. Le daba miedo mirarle: había cambiado por completo. Apretaba las mandíbulas. Una luz diabólica le brillaba en los ojos. Sujetaba el volante con ferocidad. Todo era como una horrorosa pesadilla. De pronto, la imagen de Danny empezó a bailar delante de los ojos —la cabeza, los hombros, los brazos, la cara, todo el cuerpo— como si la iluminase una luz estroboscópica. A punto estaba de perder el conocimiento cuando oyó una sirena. Era la policía.

A Danny se le bajaron los humos y le desapareció la rabia tan rápidamente como se le había metido en el cuerpo. Levantó el pie del acelerador y se detuvo, arrimándose al bordillo. Tres coches patrulla se acercaron rápidamente al suyo, sin apagar las sirenas. El ruido de dos radios abiertas llenó el aire en derredor. Los policías gritaron a Danny y le ordenaron que saliera del coche. Él se volvió hacia Corinne con gesto implorante, de nuevo convertido en un dechado de dulzura, y le habló con voz infantil.

—Sácame de ésta, por lo que más quieras.

No se volvieron a ver después de este encuentro. A Corinne aún le sobresaltaba recordar aquella tarde meses después, cuando me lo contó en Clary's. Había cometido algunos errores anteriormente, dijo, y con toda seguridad volvería a cometerlos. Pero esperaba que sus meteduras de pata no volvieran a ser como aquélla. Había observado a Danny de lejos por espacio de varios meses; lo había estudiado, lo había adorado, lo había acechado. Durante todo ese tiempo, nunca se le pasó por la cabeza que pudiera resultar tan caprichoso, tan imprevisible. Sólo lo había considerado como una bestia sexual con patas, y al menos en ese aspecto no se había equivocado.

NO ES CHULERÍA SI ES VERDAD QUE LO HAS HECHO

En conjunto, los treinta y tantos residentes de Monterrey Square tenían por su vecino Jim Williams el debido respeto y consideración, cuando no cierta amistad. Algunos figuraban en su lista de invitados para la fiesta de Navidad; otros eran más cautos y se mantenían a distancia. Virginia Duncan, que vivía con su marido en un piso de Taylor Street, aún recordaba por ejemplo el escalofrío que sintió al ver la cruz gamada colgada de la ventana de Williams. John C. Lebey, arquitecto jubilado, había librado con Williams una serie de agrias disputas arquitectónicas por lo que Williams describía como «incompetencia destructiva» del propio Lebey en cualquier cuestión relacionada con la preservación histórica y arquitectónica de la ciudad. El señor Lebey era un total inepto en opinión de Jim Williams, aunque la inquina existente entre Lebey y Williams era mera filfa en comparación con la guerra fría que sostenía Williams con sus vecinos de al lado, Lee y Emma Adler.

Los Adler vivían en una elegantísima casa duplicada que ocupaba los dos solares del flanco oeste de Monterrey Square. Las ventanas de uno de los lados daban directamente a Wayne Street y, por ende, estaban enfrente del salón y la sala de baile de Mercer House.

Fue el perro de los Adler el que había animado a Williams a tocar al órgano su atronadora versión de la «Pièce Héroïque» de César Franck. No obstante, los ladridos y los aullidos del perro sólo habían sido una nota agria dentro del barullo de irritación que existía entre las dos casas.

Lee Adler, igual que Jim Williams, había desempeñado un papel capital en la restauración del centro histórico de Savannah. No obstante, su manera de abordar los problemas era radicalmente distinta. Así como Williams había dedicado todos sus esfuerzos a la restauración de los edificios que fueran de su propiedad, Adler se había dedicado a la organización y a la recaudación de fondos para la restauración de las casas, dejando los trabajos en sí a cada uno de los propietarios. Adler había contribuido a la creación de un fondo revolucionario, con el objeto de adquirir las casas antiguas que estuvieran en peligro de ser derribadas de un momento a otro, para proceder de inmediato a la venta de dichas casas, siempre y cuando los compradores se comprometieran a restaurarlas adecuadamente. Los logros de Lee Adler habían sido más que notables, y su participación había sido tan enérgica que pronto se convirtió, quizás a su pesar, en el portavoz nacional de este tipo de asociaciones dedicadas a la recaudación de fondos para la preservación de la arquitectura de valor histórico. En los últimos años había concentrado su atención en la remodelación de las casas antiguas para los negros y para las personas de menor poder adquisitivo. Hizo giras dando conferencias por todo el país. Fue elegido como miembro de la comisión directiva del Fondo Nacional para la Preservación del Patrimonio Histórico;

llegó a almorzar con el presidente en la Casa Blanca. Su nombre aparecía con frecuencia en el Times de Nueva York y en las revistas de difusión nacional. Con cincuenta y tantos años de edad, Lee Adler era seguramente el natural de Savannah mejor conocido más allá de la propia Savannah.

La fama de Lee Adler a nivel nacional probablemente inspiró bastante resentimiento en Savannah. Se tenía la impresión, al menos en Savannah, de que el talante de Adler era perentorio y jactancioso; se le tenía llanamente por un autócrata, y se pensaba que pisoteaba a todo el que se le pusiera por delante sin que realmente fuera necesario. Fue acusado, abiertamente y también a sus espaldas, de adueñarse de más crédito del que en realidad le era debido por el renacimiento de Savannah. Se decía que acaparaba los *flashes* de los fotógrafos, que era un mentiroso, que el único interés que tenía por la preservación del patrimonio histórico era el uso que pudiera darle para alcanzar la fama y para hacerse rico. Jim Williams era uno más de los muchos que pensaban de esta forma.

Adler y Williams se comportaban de puertas afuera con exquisitez, aunque nada más. Adler había sido miembro de la comisión directiva del museo Telfair cuando la presidía Williams, y de cuando en cuando su animadversión se desbordaba en las reuniones de esta comisión. Una vez, Adler acusó a Williams de robar mobiliario del museo. Williams negó la acusación, y contraatacó sosteniendo que Adler pretendía arruinar la reputación de todo el que tuviese más poder que él en los asuntos del museo. A la sazón, Williams ideó una estrategia que obligó a Adler a saltar de la comisión, y esto es algo que Adler no le perdonó nunca.

Williams despreciaba prácticamente todo lo que tuviese que ver con Adler: sus gustos en cuestiones de arte, su palabra de honor, incluso su casa.

Una vez, una visita tocó el timbre de la casa de Williams por error, ya que preguntaba por el señor Adler. Williams le dijo que «el señor Adler no vive aquí; vive en la mitad de la casa duplicada que hay ahí al lado».

Lee Adler no era menos despectivo que Williams. Estaba convencido de que Williams era en esencia una persona sin ningún sentido de la honestidad, y lo iba diciendo a quien quisiera oírle. Por si fuera poco, sospechaba que el episodio de la bandera nazi fue más que un mero intento despreocupado por fastidiar a un hatajo de profesionales del cine. Hizo saber públicamente que una vez llegó al buzón de su casa una carta dirigida a Williams y remitida por la John Birch Society, la asociación pro-nazi más potente de los Estados Unidos. Adler era sumamente crítico con el estilo de vida «decadente» que llevaba Jim Williams, aunque una vez le pudo la curiosidad suficiente para hacer uso de los prismáticos y espiar una de las fiestas sólo para hombres que celebraba Williams en Navidad. Adler cometió el torpe error de no apagar la luz de la habitación en la que estaba, por lo cual se le veía silueteado en la ventana. Williams lo vio, lo saludó agitando el brazo y bajó las persianas.

A pesar de todo esto, existían ciertos factores de contención que los obligaban a mantenerse en el terreno de la formalidad. Lee Adler era de hecho Leopold Adler II,

nieto del fundador de los grandes almacenes Adler, réplica de Savannah a los grandes almacenes Saks de la Quinta Avenida neoyorquina, y su madre era sobrina de Julius Rosenwald, propietario de la inmensa fortuna de la familia Sears Roebuck. Emma Adler era la única heredera de la porción mayoritaria de las acciones del Savannah Bank; había sido presidenta de la Liga de Béisbol Juvenil y era miembro activo de diversas asociaciones dedicadas a las actividades cívicas. La realidad de la situación, así pues, era que tanto Jim Williams como los Adler gozaban de prominencia social, de influencia, de riqueza. Vivían muy próximos uno de otro, y se movían continuamente en los mismos círculos sociales, hasta el punto de que se sentían en la obligación de mantener relaciones cordiales. De ahí que, a pesar del odio que sentía por ellos, Jim Williams siempre invitase a los Adler a sus fiestas de Navidad. De ahí que, aunque detestaran por su parte a Williams, los Adler siempre correspondieran a la invitación.

Una mañana de abril, muy temprano, fui a ver a Lee Adler, el cual me saludó con una generosa sonrisa y un brazo extendido con cordialidad.

—¡Estreche la mano que va a estrechar la mano del Príncipe de Gales! —me dijo.

Hacía así una jocosa referencia a un artículo que había aparecido en el periódico local días antes, en el que se anunciaba que su esposa y él iban a viajar a Washington el siguiente fin de semana para participar en un encuentro con el Príncipe Carlos de Inglaterra. Los Adler y el príncipe, entre otras personalidades, iban a tomar parte en una discusión sobre viviendas de bajo presupuesto. Adler daba por sentado que yo había leído ya el artículo, y en efecto lo conocía. La mayor parte de Savannah lo había leído; a juzgar por el humor desbordante del señor Adler, o bien no sabía qué es lo que algunos decían de él, o bien no le importaba un pimiento.

—No es más que otra de las añagazas de mal gusto que se monta Leopold para autopromocionarse —dijo Jim Williams. Sin embargo, las miradas de disgusto y los carraspeos no se redujeron al círculo de personas que no tenían el menor aprecio por Adler. Katherine Gore, que había sido amiga de toda la vida de los Adler, también consideraba de pésimo gusto la noticia.

—También a mí me gustaría saludar al Príncipe Carlos —dijo—, pero nunca caería tan bajo para conseguirlo. ¡Viviendas de bajo presupuesto, qué grosería!

Adler y yo estábamos en su despacho, en la planta baja de su casa. Era el puesto de mando desde el cual dirigía sus muchos proyectos inmobiliarios, relacionados o no con la preservación del patrimonio histórico. Sonó un teléfono en otra habitación. Se oía el rumor de una fotocopidora. Las paredes de su despacho estaban decoradas con recuerdos de la presencia de Adler en el sobresaliente renacer del centro histórico de Savannah. Las fotografías documentaban dos transformaciones paralelas que habían tenido lugar a lo largo de los últimos veinticinco años: Savannah recuperó el esplendor de su juventud y el joven Lee Adler fue progresando hacia una vejez

incipiente de sienes plateadas.

Adler llevaba unas gafas de media luna para ver de cerca, y un pálido y arrugado traje de verano. Hablaba arrastrando las sílabas con suavidad, de forma seductora. Nos habíamos conocido una semana antes en una fiesta que dio un historiador de la ciudad en el jardín de su casa, y Adler se había ofrecido a enseñarme paso a paso, dando un largo paseo por todo Savannah, cómo se había salvado la ciudad de la demolición. Cuando subimos a su coche, me hizo saber que estaba al tanto de todos los rumores que corrían a sus espaldas.

—¿Sabe usted qué dicho es el que más le conviene a un día como éste? —me dijo—. No es chulería si es verdad que lo has hecho —y me miró de forma significativa, por encima de las gafas, como si quisiera decir: vale más no hacer caso de los puyazos que te tiran por la espalda. No es más que envidia cochina.

Arrancó el coche y comenzamos a circular por las calles de la ciudad, quizás a veinte por hora. Así, los tesoros visuales de Savannah —las casas señoriales, las mansiones, los jardines en sombra, las plazas bien cuidadas— fueron fluyendo por delante de nosotros como si pasaran a cámara lenta.

—Imagínese todo esto desierto y abandonado —dijo Adler—. Imagínese todo deteriorado, las ventanas rotas, los tablones sin pintar, medio podridos; las persianas desencajadas, los techos a punto de hundirse. Piense cómo serían las plazas, si en vez del césped y las azaleas sólo hubiese tierra batida. Piénselo, porque así es como era. Por eso dijo lady Astor que Savannah era «como una hermosa dama, sólo que con la cara sucia», cuando vino al término de la Segunda Guerra Mundial. En ese estado de absoluta dejadez había caído Savannah. Y lo que más miedo da es que mientras sucedía todo eso, a todo el mundo le daba igual.

Detrás de nosotros sonó la bocina de un camión. Adler se hizo a un lado para dejarlo pasar; siguió luego a una marcha muy lenta, refiriéndome el declive de Savannah con todo detalle. Hasta los años veinte, según dijo, Savannah había permanecido esencialmente intacta: aún era una ciudad del siglo XIX, de una arquitectura exquisita. Sin embargo, ya había comenzado la huida del centro a las afueras, la creación de los suburbios. Las bellas casas del centro fueron quedándose deshabitadas; poco a poco fueron convirtiéndose en apartamentos pequeños, cuando no fueron derribadas, o bien cerradas a cal y canto, tapiadas y abandonadas. En aquella época, todo el dinero se destinaba al desarrollo de los suburbios, lo cual fue muy afortunado para Savannah al menos en un aspecto: dejaron de demolerse manzanas enteras del centro para construir edificios nuevos. Por suerte, Savannah tampoco tenía inmensas autopistas que cruzaran el centro, al contrario de lo que ocurría en otras ciudades, porque Savannah no está en el camino hacia ninguna otra ciudad. Geográficamente siempre ha estado al final del camino.

A mediados de los años cincuenta casi había desaparecido del todo la tercera parte del casco antiguo. En 1954, los dueños de una funeraria anunciaron su intención de derruir un edificio de apartamentos que estaba declarado en ruina, para crear un

amplio aparcamiento. Buen número de ciudadanos expresaron sus protestas ante esta idea. Resultó que el edificio de apartamentos era nada menos que Davenport House, uno de los más espléndidos ejemplos de la arquitectura federal norteamericana. Por entonces estaba efectivamente en ruinas; vivían apiñadas en él nada menos que once familias. Se reunieron siete damas de la alta sociedad, la madre de Lee Adler entre ellas, y salvaron Davenport House por el sencillo procedimiento de iniciar su restauración. Acto seguido constituyeron la Fundación para el Patrimonio Histórico de Savannah, auténtico germen de la salvación de Savannah.

En los viejos tiempos, la Fundación para el Patrimonio Histórico de Savannah tuvo un comité de vigilancia, encargado de hacer sonar la alarma cuando una casa antigua estaba a punto de ser derribada. Sin embargo, dicho comité no tenía ningún poder a la hora de impedir con eficacia la demolición de los edificios antiguos; lo único que estaba a su alcance era el intento de hallar a un alma caritativa, dispuesta a comprar el edificio amenazado e iniciar su restauración. La mayor parte de las veces, las casas en cuestión fueron abatidas por los *bulldozers* antes de que el comité encontrase a alguien que estuviera dispuesto a salvarlas. Y ahí fue donde entró en juego Lee Adler.

—Estaba desayunando una mañana —dijo—; estábamos en diciembre de 1959. Leí en el periódico que estaban a punto de demoler una hilera de casas de Oglethorpe Avenue; eran unas casas bellísimas, construidas en 1855. Las llamaban la Hilera de Mary Marshall, y había ocurrido la misma historia de siempre. Un conocido especulador de la región había comprado las casas para derribarlas y vender los ladrillos. ¡Los ladrillos, fíjese! Eran ladrillos grises de Savannah, que son más grandes y más resistentes que los ladrillos normales, aparte de tener un color matizado, de una gran belleza. Fueron horneados en la plantación Hermitage, a orillas del río Savannah. Ya no se fabrica esa clase de ladrillos, y es imposible hacer una réplica. Por aquel entonces se vendían a tres centavos la pieza, más del triple de lo que costaba un ladrillo normal. De cualquier modo, el especulador ya había demolido las casas de las caballerizas, y las propias casas iban a ser demolidas en cuestión de pocos días.

Adler se detuvo pegado a la acera, en Oglethorpe Avenue, frente al Cementerio Colonial. Enfrente había una bella hilera de cuatro edificios de ladrillo, cada uno de ellos con una escalinata de mármol que conducía a la entrada principal, a la altura de la segunda planta. El ladrillo era de un tono rojizo algo matizado, tirando a gris.

—Ahí las tiene —dijo—, perfectamente restauradas. Cuando vine a verlas aquel día, las ventanas estaban desconchadas, habían desaparecido las puertas, los peldaños estaban en un pésimo estado. Los ladrillos de las caballerizas ya estaban apilados en la parte de atrás. Entré en una de las casas, subí a la tercera planta y gocé unos instantes del magnífico panorama. Y me dije que no podíamos tolerar que tal cosa sucediese.

Adler visitó al anciano señor Monroe, el especulador, y le dijo que deseaba

adquirir toda la hilera de casas. El señor Monroe contestó que le podría facilitar los ladrillos en el plazo de seis semanas. ¡No quiero tocar un solo ladrillo! —repuso Adler—. Quiero que los deje exactamente donde están». El señor Monroe accedió, pero le comunicó a Adler que en tal caso también tendría que comprarle la tierra; le dijo que estaba dispuesto a vender la hilera de casas, los ladrillos y la tierra que ocupaban, por 54.000 dólares. Así, Adler y otros tres hombres firmaron la escritura de compra. Luego redactaron un prospecto que llevaron a la Fundación para el Patrimonio Histórico de Savannah, que por entonces contaba con trescientos miembros, proponiendo que la Fundación adquiriese la hilera de casas, al coste de 180 dólares por cada miembro.

—Mi idea —comentó Adler— era que la fundación revendiera las casas a las personas que se mostrasen de acuerdo en restaurarlas. Y la fundación estuvo de acuerdo. De ese modo se inició el revolucionario fondo de restauración de edificios de carácter histórico.

Se dio la circunstancia de que el poeta Conrad Aiken había vivido de niño en la casa que estaba a la derecha de la hilera de Marshall, exactamente en el número 228, que era la casa donde el padre de Aiken había disparado contra su madre para quitarse después la vida aquella terrible mañana de febrero de 1901. Tras haber pasado la mayor parte de su vida más al norte, Aiken quiso volver para pasar sus últimos años de vida en Savannah. De ese modo, un amigo suyo, un millonario llamado Hy Sobiloff, adquirió y restauró la casa que estaba al final de la hilera de Marshall, para que la habitasen Aiken y su esposa, Mary. Era el número 230, la casa contigua a la que había vivido Aiken de pequeño.

—Cuando se hubieron terminado las obras en la casa —dijo Adler—, el contraste que se daba entre ella y las otras tres era pasmoso. Tomé el teléfono, llamé al periódico y pregunté al reportero si estaba dispuesto a ver un milagro. Vinieron en seguida, y sacaron un largo artículo en la edición del sábado. Era febrero de 1962. Abrimos la casa al público el día en que fue publicado el artículo. Llovía, pero a pesar de todo vinieron unas siete mil personas a ver la casa. Desgastaron el barniz de la balaustrada de la escalera. También les dejamos visitar la casa de al lado, que estaba sin restaurar, para que hiciesen una comparación entre el antes y el después. Y por vez primera se demostró de qué manera era posible transformar una casa deteriorada tras años y años de negligencia en algo sencillamente maravilloso. Así empezamos a suscitar cierto interés por el tipo de restauración que habíamos llevado a cabo. La gente empezó a entender el potencial de la operación; comenzaron a pensar incluso en volver a vivir en el centro. Claro está que a Savannah no le hizo ningún daño, sino muy al contrario, que su principal literato, un hombre que había ganado además el premio Pulitzer, fuese el que inaugurara el camino de la recuperación.

Reanudamos el paseo. Adler señaló las docenas de casas que se habían salvado de la demolición, describiendo con todo detalle las penosas condiciones en que habían

llegado a estar.

—El porche de aquélla que ve allí había desaparecido del todo... Esa casa tenía los lados revestidos de amianto de color verdoso, y persianas de aluminio en todas las ventanas... El techo de aquélla era un colador...

Parecía un médico que reviviera las historias clínicas de sus pacientes, todos los cuales se habían restablecido tras una penosa enfermedad.

El éxito que tuvo Adler en la hilera de Marshall le animó a dedicarse a recaudar fondos para que la Fundación los emplease en la restauración de otras casas en situación similar. La idea era muy sencilla, a grandes rasgos: la Fundación para el Patrimonio Histórico de Savannah adquiriría casas que estuvieran en peligro de ser demolidas y luego las revendía, incluso a un precio más bajo que el de su adquisición, si no quedaba más remedio, a todas aquellas personas que firmasen un certificado en el que se comprometían a iniciar la restauración del edificio adquirido en un plazo de dieciocho meses. La fundación se propuso llegar al mínimo de 200.000 dólares de fondo de adquisiciones, cantidad que en aquellos tiempos habría sido más que suficiente para salvar infinidad de casas, siempre y cuando la adquisición se realizase de prisa. Y así fue.

—Pero incluso a pesar de la creación del fondo, a pesar del tope alcanzado, aquello fue una lucha constante —dijo Adler—. Yo venía al centro todos los días, le tomaba el pulso a la situación y planeaba la lucha que habría que librar ese día. Y era una lucha, ya lo creo, porque había edificios que caían bajo los *bulldozers* a toda velocidad. Unas veces ganábamos, y otras perdíamos. Por si fuera poco, los votantes de Savannah no nos prestaron la menor ayuda. Rechazaron los planes de renovación urbanística en tres ocasiones, porque pensaron que se trataba de una trama comunista, e impidieron que se aprobase cualquier ordenanza tendente a la designación de una zona de protección histórica. Por ejemplo, aquella monstruosidad de allí enfrente fue una de nuestras mayores derrotas. Me refiero al Hotel Hyatt Regency.

Íbamos recorriendo Bay Street y pasábamos por delante del Hyatt, un edificio rectangular, moderno, contiguo al Ayuntamiento. El Hyatt había dado lugar a un célebre contencioso en Savannah. Para su construcción había sido preciso derribar un buen trecho de las antiguas edificaciones en que se almacenaba el algodón, situadas en Factors' Walk, mientras que su parte posterior destacaba demasiado desde River Street, partiendo en dos las comedidas fachadas que miraban al río. La batalla pública por el hotel hizo que su construcción se retrasara por espacio de diez años.

—Bien se ve que el hotel es un completo error en este lugar —dijo Adler—. Luchamos contra la construcción en los tribunales, y le garantizo que fue una batalla extenuante y muy dolorosa. Los dos constructores eran miembros de la Fundación para el Patrimonio Histórico de Savannah. La hermana de uno de ellos era la directora de la fundación en aquel momento, de modo que la organización quedó literalmente dividida, desgarrada, poco menos que destruida. Fueron momentos de un tremendo desgaste emocional. Recuerdo haber asistido a una boda mientras todo

aquello sucedía; al entrar en la iglesia, me di cuenta de que había pleiteado contra todos los presentes, con la excepción de la novia y el sacerdote.

Más o menos en aquella época, la restauración del centro histórico estaba a punto de ser concluida. Se habían reconstruido más de mil edificios, y ese trabajo había sido realizado en su totalidad por los blancos más adinerados, si bien Adler insistía en que los negros no habían sido desplazados del proyecto. La Fundación para el Patrimonio Histórico de Savannah adquiriría casi solamente edificios deshabitados, aunque cuando comenzó a menguar la cantidad de casas sin restaurar en el centro histórico, el paso siguiente que se dio lógicamente fue la adquisición y restauración de las viviendas del contiguo barrio victoriano, y ésa sí que fue harina de otro costal.

Seguimos por el sur de Abercorn Street. Al cabo de unas cuantas manzanas, la comedia arquitectura del centro histórico dio paso a los caprichos de finales de la era victoriana, las grandes casas construidas en madera, con sus inequívocas torretas románticas y sus recargados adornos. Unas pocas sí estaban restauradas, aunque la mayor parte se encontraba en lamentables condiciones.

El barrio victoriano de Savannah fue el primer suburbio comunicado por el tranvía. Fue construido para la clase obrera blanca entre 1870 y 1910; después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los blancos se marcharon a vivir más lejos del centro, a las casas de nueva construcción, los habitantes de la zona empezaron a ser negros. En 1975, la zona entera era un barrio negro, pobre y problemático. Las casas se hallaban en lamentables condiciones, aunque seguían conservando intacta su belleza. Recientemente, tanto los especuladores como los residentes blancos de clase alta empezaron a adueñarse de la zona. En ese momento, Adler manifestó su alarma.

—Eso habría supuesto una ocupación adinerada de la zona, el desplazamiento masivo de los negros —comentó—, cosa que quise impedir a toda costa. Pedí a la Fundación para el Patrimonio Histórico de Savannah que encontrase una manera de restaurar la zona sin tener que desalojar a la gente que vivía en ella, pero la fundación seguía por entonces inmersa en el asunto del Hyatt, y no mostró la menor sensibilidad por los problemas de vivienda que pudiera tener el sector más pobre de la población. Y fue entonces cuando abandoné la Fundación para el Patrimonio Histórico. Decidí crear una organización no lucrativa, llamada «Proyecto para la Rehabilitación de los Hitos de Savannah», que ha tenido un éxito rotundo, porque en el comité hay gente de todas clases, blancos y negros por igual, ricos y pobres.

La intención primordial de Adler era arrancar las casas de manos de los terratenientes que no las habitaban personalmente, y convertir el barrio victoriano en una zona racial y económicamente diversificada, mixta. Se le ocurrió que se trataba de un proyecto que podría acogerse perfectamente a la asistencia de la hacienda pública, de modo que, combinando en lo sucesivo los fondos públicos y las aportaciones privadas, había adquirido y rehabilitado trescientas viviendas. Los arrendatarios pagaban el treinta por ciento de sus ingresos en concepto de alquiler, y el resto se financiaba por medio de los subsidios federales.

—Supongo que no será necesario explicarle —añadió Adler— que no todo el mundo está demasiado contento con lo que estamos haciendo en esta zona de la ciudad. Hay quien se queja en privado de que los pobres negros vivan en casas que se pagan con dinero del erario público, tan cerca además del centro histórico de Savannah. Y hay gente, como Jim Williams, que incluso se han pronunciado públicamente al respecto. Jim Williams dice que estamos dando facilidades al «elemento criminal» de la población. Supongo que habrá oído hablar de Jim Williams...

—Sí —dije—, le conozco.

—Mmm. ¿Ha oído comentar el incidente de la bandera nazi?

—He oído su propia versión —le dije—. Él señala que la colgó de su ventana para impedir que se filmase una película que se estaba rodando en Monterrey Square.

—Así es —dijo Adler—. Hizo que todos sus mariconcetes colgasen la bandera con la cruz gamada primero en una ventana, luego en otra y en otra más, para que se viera.

Al llegar a Anderson Street, Adler se detuvo delante de una casa recién pintada de blanco y de gris.

—Bien, pues voy a presentarle una muestra de lo que ese individuo considera el «elemento criminal».

Subimos las escaleras y Adler tocó el timbre. Una mujer negra, con un llamativo vestido de flores, vino a abrir la puerta.

—Buen día, Ruby —dijo Adler.

—Buen día, señor Adler —contestó ella. Adler me la presentó diciendo que era la señora Ruby Moore.

—Ruby —dijo—, he traído a este caballero para que conozca cómo se vive en el barrio victoriano. Si no te molesta...

—Oh, por mí estupendo —dijo con buen agrado—. Adelante, pasen.

El dúplex de Ruby Moore estaba muy bien por dentro. Tenía tres dormitorios, una cocina moderna, los techos bastante altos, y daba a un pequeño jardín por la parte de atrás. En una de las paredes del cuarto de estar vi colgado un retrato de John F. Kennedy. Adler me guió rápidamente por toda la casa, por ambas plantas. Luego volvimos a reunirnos con la señora Moore en el vestíbulo.

—Estas casas estaban que daba pena verlas antes de los arreglos —dijo ella—. Nunca llegué a soñar que pudieran quedar como han quedado después de que las remozasen. Mientras las remozaban, yo venía todos los días a mirar, porque sabía que una me iba a tocar a mí. La verdad es que tengo en gran estima mi apartamento. Tiene aire acondicionado y calefacción central.

—Entonces, ¿todo va bien, Ruby? —preguntó Adler.

—Oh, desde luego —repuso, y se volvió hacia mí—. ¿Quiere firmar en mi libro de visitas, por favor?

En una mesa, en el cuarto de estar, vi abierto un libro de firmas. Cuando estampé

la mía, me fijé en que no era el primer desconocido al que traía Adler de visita. Pocos espacios antes había firmado un periodista del *Atlanta Constitution*.

Volvimos a su automóvil y Adler me contó que Ruby Moore había cumplimentado la solicitud de uno de los apartamentos porque era residente antigua del barrio victoriano, porque tenía trabajo —era limpiadora en el Days Inn Hotel— y porque sus ingresos estaban por debajo del nivel especificado. Pagaba 250 dólares al mes en concepto de alquiler, y el subsidio federal se ocupaba de pagar el resto. Adler dijo que la señora Moore satisfizo con creces a sus inspectores; su casa siempre estaba inmaculada, y era más la norma que la excepción del barrio.

—No tenemos ningún interés en dar vivienda a las prostitutas ni a los jugadores, ni menos aún a los traficantes de drogas —dijo. Volvimos hacia el centro histórico.

—Podría enseñarle otros cien apartamentos como ése, pero probablemente ya se ha hecho una idea bastante ajustada. Cuando conseguimos que los inversores privados empezaran a comprar nuestras casas, el valor de la propiedad comenzó a subir. El barrio victoriano ha sido proclamado a nivel nacional modelo de la forma en que se puede recuperar el centro histórico de cualquier ciudad sin causar estragos entre las capas más pobres de la población. De hecho, en 1977 celebramos aquí un congreso nacional sobre el tema de la vivienda y vinieron cuatrocientas personas de treinta y ocho estados distintos. Al año siguiente vino Rosalynn Carter y grabó un episodio de *Buenos días, América*, en uno de nuestros apartamentos remozados. Y este viernes vamos a ir a Washington a explicarle al Príncipe Carlos cómo hacemos aquí estas cosas.

Entramos en Monterrey Square y circulamos en sentido contrario a las agujas del reloj, hasta pararnos delante de la casa de los Adler.

—En fin, ya lo ha visto —dijo—. La preservación del patrimonio artístico era antes asunto de la elite adinerada, una afición de los diletantes y los caprichosos a los que les sobraba el tiempo y el dinero. Nosotros lo hemos convertido en una operación integral, y entretanto hemos contribuido a la creación de una industria turística que ronda los 200 millones de dólares, aparte de conseguir que gente de toda condición vuelva de muy buena gana a vivir en el centro. No está nada mal, ¿eh?

—Desde luego, todo un éxito —contesté.

Adler me miró por encima de sus gafas de media luna.

—No es chulería si es verdad que lo has hecho.

Una semana después, el *Savannah Morning News* publicó la relación de la entrevista que habían mantenido los Adler con el Príncipe Carlos. Lee Adler comentó, según la prensa, que el príncipe «manifestó un vivo interés por los problemas característicos de las ciudades». Emma Adler dijo que el príncipe le había hecho «preguntas maravillosamente inteligentes, muy atinadas y muy atentas». Cuatro días más tarde, el periódico traía otro artículo sobre aquel encuentro, aunque

esta vez se trataba de una versión en primera persona, escrita por la propia señora Adler. «Hacía en Washington un día divino —empezaba—. Lucía el sol, el cielo estaba azul intenso. Hacía un tiempo perfecto para un traje...».

Una vez más, los Adler pasaron a ser tema de conversación en determinados círculos. La charla fue animadísima en la reunión del Club de Naipes de las Mujeres Casadas, que tuvo lugar el martes por la noche.

—¿Supone usted —dijo una mujer que llevaba un vestido de tafetán azul— que los del periódico tardaron mucho en convencer a Emma, o que ella dio su brazo a torcer en seguida? ¿O acaso habrá sido ella la que les ha tenido que convencer como fuera para que lo publicasen, eh? —El vestido que llevaba tenía tales alas en los hombros que parecía un mariposón.

—Julia, qué malvada eres —dijo una mujer que llevaba una diadema de terciopelo en la cabeza y pendientes de perlas.

—No, no soy malvada —dijo la mujer de azul—. Los Adler bien hubiesen podido mantener en privado su audiencia con el Príncipe Carlos, pero es lo de siempre; han tenido que ir a todo correr a los periódicos, y eso lo cambia todo.

—Es verdad.

—O sea, Emma podría haberse contenido aunque sólo fuese un poquito, ¿no te parece? Hay que ver, qué engreída, qué subida de tono parecía.

—Bueno, Julia —dijo la otra mujer bajando la voz—, no sé qué me da que te estás poniendo un poco celosa.

Las dos señoras aún no habían empezado a jugar a las cartas. De hecho, aún estaban delante de la puerta de entrada de la casa de Cynthia Collins, esperando a que les abriesen. Era uno de los insólitos ritos del Club de Naipes de las Mujeres Casadas.

El Club de las Mujeres Casadas, como era llamado por lo común, constituía una de las sociedades privadas más exclusivas de Savannah. En ninguna otra ciudad existía nada semejante. Había sido fundado en 1893 por dieciséis señoras deseosas de entretenerse durante el día, mientras sus maridos estaban en el trabajo. Eran en todo momento dieciséis miembros: ni una menos, ni una más. Una vez al mes, siempre en martes, se reunían en casa de una de ellas para dedicar dos horas a jugar a cartas, tomar un cóctel y disfrutar de una cena ligera. Para la ocasión, se invitaba a treinta y dos señoras más mediante invitación personal, en tarjetones impresos, de modo que el total de señoras asistentes a la velada siempre fuese cuarenta y ocho, esto es, doce mesas de jugadoras de naipes.

De acuerdo con la costumbre, las señoras llegaban minutos antes de las cuatro de la tarde, con guantes blancos de cabritilla, vestido largo y sombrero enorme, adornado con plumas o flores. Nunca se llamaba a la puerta. Era preciso esperar a la entrada, ya fuese dentro de los coches o bien en la acera, hasta que la anfitriona abriese la puerta puntualmente a las cuatro de la tarde. Las damas entraban entonces, tomaban asiento ante las mesas preparadas para el juego y comenzaban a jugar de inmediato. Durante los primeros años, se jugaba al 500 o al *whist*; más adelante, el

juego habitual era el *bridge* subastado. Sin embargo, durante años siempre hubo una mesa reservada al *whist*, porque la anciana señora de J. J. Rauers se negó a aprender ningún otro juego de cartas.

Una vez empezaban a jugar las damas, los acontecimientos se sucedían de acuerdo con un estricto programa, que comenzaba con el servicio de un vaso de agua. A cada una de las asistentes se les daba un programa de mano, que decía como sigue:

Cuatro y cuarto: agua.

Cuatro y media: retirar el agua.

Cinco menos veinte: vaciar ceniceros.

Cinco menos cuarto: distribuir servilletas.

Cinco en punto: cócteles.

Cinco y cuarto: segundo cóctel.

Cinco y media: tercer cóctel.

Seis menos veinticinco: última mano, distribuir manteles.

Seis menos veinte: servir platos para la cena.

Seis menos cuarto: puntuaciones más altas.

Seis en punto: premios; las damas se marchan puntualmente.

Ser la anfitriona de una de estas veladas era un asunto de la mayor seriedad; se consideraba razón más que suficiente para pintar la casa o para redecorar el salón. Cuando menos, era preciso sacar la cubertería de plata de la caja fuerte. En cuanto a la observancia del programa impreso, siempre estaba a disposición de la anfitriona un grupo de camareras que conocían la secuencia mejor incluso que los miembros del Club, y que de hecho eran contratadas por la nerviosa anfitriona para que la tarea fuese más llevadera. La importancia del programa radicaba en que permitía a las mujeres casadas llegar a casa a tiempo de recibir a sus maridos cuando éstos volvieran del trabajo, porque los maridos eran parte tan fundamental del Club de las Mujeres Casadas como lo eran sus esposas. Al fin y al cabo, eran ellos los que apechugaban con la factura de las cenas o de la redecoración de la casa que fuese necesario llevar a cabo. Eran, además, la cualificación principal a la hora de admitir nuevos miembros. Las reglas del Club estatúan que si un miembro se divorciaba, era menester que renunciara a ser miembro y que delegase sus derechos en un nuevo miembro. Más de un matrimonio se había mantenido unido gracias a dicha regla. En todo caso, tres veces al año se desplazaba la hora de la cita de las cuatro a las siete y media, de modo que los importantísimos maridos pudieran asistir a dichas reuniones. Los hombres debían asistir de rigurosa etiqueta.

El martes siguiente al día en que regresaron los Adler de Washington, los maridos estaban invitados a la reunión del Club de las Mujeres Casadas. La señora de

Cameron Collins era la anfitriona esa noche; vivía con su marido y sus tres hijos en una de las mansiones de Oglethorpe Avenue. Los hombres de etiqueta y las mujeres de traje largo fueron llegando y amontonándose delante de la casa poco antes de las siete y media. Yo también me puse de etiqueta, ya que no en vano me había invitado especialmente para la ocasión la propia señora Collins.

—No, no estoy celosa de Emma Adler —dijo la mujer del vestido azul—. En modo alguno. Yo sería sin duda la primera en reconocer que Emma ha hecho un montón de cosas de gran utilidad, cosas muy valiosas. Es una baza fenomenal para la comunidad, y si hay alguien que tenga merecido conocer en persona al Príncipe Carlos, por supuesto que es ella. Lo que no entiendo... es las ganas de llamar la atención, de que le den públicamente el reconocimiento... Me parece poco digno. Y siempre hacen igual. Cualquiera diría que Lee ha restaurado Savannah él solito, sin ayuda de nadie. A Lee le vuelve loco la luz de las candilejas, y qué decir de Emma — la señora se volvió hacia un hombre de cabellos rubios y escasos—. Querido —le dijo—, ¿a ti te parece que soy injusta?

—Si quieres que diga mi opinión, Emma Adler es una gran mejora con respecto a su madre.

La madre de Emma Adler había sido Emma Walthour Morel, una mujer grandona y dominante, a la que en toda la ciudad se llamó en su día «la gran Emma». La gran Emma era una de las personas más ricas de Savannah por ser la propietaria mayoritaria de las acciones del Savannah Bank, y tenía una imperiosa personalidad. Tal como señalaba uno de los amigos de la familia, la gran Emma era una de esas personas que no eran felices a menos que tuvieran a mano una mesa que aporrear a base de bien. Los cuentos sobre ella habían terminado por ser leyendas en Savannah. En casa, ponía cerrojo en la nevera para evitar que el servicio le robase los alimentos. Se levantaba de la mesa diez, doce o quince veces a lo largo de una cena con invitados, para ir a la cocina a abrir y cerrar la nevera según fuese necesario. Después, cuando se marchaban los invitados, John Morel se colaba de rondón en la cocina para dar generosas propinas al servicio e intentar de ese modo apaciguar los sentimientos heridos por los abusos de que era capaz la gran Emma en una sola noche.

Con más de noventa años a cuestas, a la gran Emma todavía se la veía por Savannah al volante de su limusina Mercedes, con su pastor alemán sentado a su lado y un anciano chófer negro, vestido de librea, en el asiento de atrás. Al chófer, que había estado al servicio de la señora Morel durante más de treinta años (sin contar con que antes trabajó para su madre), se le permitía conducir el coche pequeño, pero no la limusina Mercedes. Ese vehículo solamente lo conducía la gran Emma; era su territorio exclusivo. Hacía relativamente poco tiempo que, al mediodía, había llegado al volante de la limusina hasta la sede central del Savannah Bank, en Johnson Square, para firmar unos papeles. Antes de salir de casa, llamó al banco e indicó al responsable de la operación que la esperase con los papeles en la mano en la acera,

delante del banco. Iba con mucha prisa, dijo, y no deseaba que nadie la hiciera esperar. Veinte minutos más tarde, la gran Emma aparecía por la esquina de Johnson Square, con el imponente pastor alemán sentado a su lado y el viejo chófer de uniforme sentado en el asiento de atrás. Se arrimó a la acera a la altura del banquero, pero no llegó a detenerse del todo. El banquero fue trotando al lado de la limusina, pasándole los papeles uno por uno, y suplicándole: «¡Por lo que más quiera, Emma, pare el coche!». La gran Emma siguió circulando a unos veinte kilómetros por hora, firmando los papeles y devolviéndoselos uno por uno. Prácticamente había dado la vuelta entera a Johnson Square cuando terminó de firmar el último de los documentos y se lo entregó al banquero, subió la ventanilla y salió zumbando.

De todas las historias que se contaban de la gran Emma Morel, la que más veces se repetía era la de su vociferante oposición al matrimonio de su hija con Lee Adler, sobre la base de que era judío. La gran Emma se mostró más vehemente que nunca. Aullaba, tronaba, aporreaba las mesas. No estuvo dispuesta a atender a razones, y menos que a ninguna a la de que John Morel, su marido, padre de la pequeña Emma, llevase al menos un cuarto de sangre judía en sus venas. Como la pequeña Emma no dio su brazo a torcer, la gran Emma se mostró desolada. Se negó a llevar a su pequeña a Nueva York para comprarle allí el vestido de novia. Así pues, se la levó la madre de Lee Adler. En el ensayo de la ceremonia nupcial, a gran Emma se mantuvo tan alejada como le fue posible de los Adler. Luego, en la recepción que siguió a la boda, se negó a consentir que los Adler formasen parte de la cola de recepción. Les hizo el vacío descaradamente. Era un episodio que aún se recordaba veinticuatro años después. Y ésa era la razón por la cual el hombre que esperaba delante de la casa de Cynthia Collins con las manos en los bolsillos comparaba a Emma Adler favorablemente con su madre.

A las siete y media en punto, una resplandeciente Cynthia Collins abrió la puerta de entrada con su vestido largo, negro, y con un negro abanico de encaje.

—Adelante, bienvenidos —dijo animadamente. Sus invitados fueron entrando y discurrieron por entre las mesas de juego, instaladas en el salón y en el comedor. Tan pronto como encontraron sus sitios, previamente asignados, tomaron asiento y en cuestión de minutos las mesas estaban colmadas; la conversación fue disminuyendo, hasta no pasar de un murmullo, y el sonido de las cartas barajadas y repartidas aleteó por toda la casa como si fuesen hojas de otoño que soplaran por el césped.

Como no soy jugador de *bridge*, me sumé a otros dos invitados que tampoco iban a jugar, un hombre y una mujer, en una pequeña biblioteca adyacente a la sala de estar. El hombre tenía una larga y blanca cabellera y una benévola sonrisa permanentemente fijada en el rostro. Era, según supuse, una de las figuras más respetadas de la comunidad. La mujer quizás rondaba los cuarenta años, y fumaba un cigarrillo largo; al otro lado de la sala, dos camareras con uniformes blanquinegros esperaban junto a las cocteleras de Manhattans, martinis, ponche de jerez con té y agua. Cynthia Collins entró en la estancia con el rostro algo arbolado y sonriente.

—Bueno, parece que la primera ronda ha empezado justo a tiempo, así que podré parar un poco, aunque sólo sea a recuperar el aliento. Espero que no hayan tenido que esperar demasiado ahí fuera, con el tremendo calor que hace.

—Las conversaciones, mientras esperábamos, giraron en torno a Lee y a Emma —dijo la mujer del cigarrillo.

—Vaya, es curioso, porque esta misma tarde he pensado en Lee —dijo Cynthia—. Me acordé de él cuando escribía los tarjetones para indicar el lugar de cada invitado en las mesas de juego. Hay que tener muchísimo cuidado, ver a quién pones con quién, y todo por el enfrentamiento aquel del Hyatt. Eso tenemos que agradecerérselo a Lee, por supuesto.

—Ni me lo recuerdes —le dijo la otra mujer—. Fue horroroso. En pleno enfrentamiento ni siquiera se podía ir a los cócteles; no se podía hacer nada. Todo el mundo se enzarzaba en terribles discusiones, así que era más sensato quedarse en casa.

—Mi cuñada y yo no hemos vuelto a dirigirnos la palabra hasta hoy —dijo con solemnidad el hombre de cabello blanco—. De todos modos, debo decir que de eso sí que me alegro.

Cynthia Collins miró discretamente el reloj.

—¡El agua! —susurró a las camareras.

—Con Lee, las cosas son blancas o negras; no hay término medio —dijo la otra mujer—. Si no consigue salirse con la suya, nadie podrá hacer lo propio. Siempre lleva a cabo una política de tierra quemada.

—Y hay que ver cómo grita —dijo Cynthia.

—Querida, no sólo son gritos... ¿No te acuerdas de lo que pasó con aquella pistola?

—¿Qué pistola?

—Lee tuvo un fuerte desacuerdo con uno de los miembros del Fondo Nacional, y en una cena de etiqueta le sacó una pistola. Me parece que fue en Chicago, hace un par de años.

—¡Ah, es verdad! —dijo Cynthia—. Se me había olvidado. Pero era una pistola de juguete, si no recuerdo mal. Por cómo me lo contaron, Lee no llegó a apuntar a ese hombre con el arma. Le dejó la pistola encima de la mesa y le sugirió que se pegase un tiro él solo.

—Sí, puede que fuera eso —dijo la otra mujer.

—Los presentes se quedaron de piedra. Al parecer, se había producido no sé qué suicidio en la familia del pobre hombre hacía poco tiempo, por lo cual el gesto fue sencillamente repugnante. Jimmy Biddle era el presidente del Fondo Nacional por entonces; tuvo que acercarse y comunicarle a Lee que su gesto estaba totalmente fuera de lugar, que volviera a ocupar su asiento. Fue de un pésimo gusto, una vergüenza.

—Eso mismo estaba pensando yo.

El hombre de cabello blanco se retrepó en su sillón, mirando alternativamente a una y otra mujer, como un espectador en un partido de tenis.

Cynthia se volvió hacia mí.

—Seguramente le pareceremos muy maliciosas —dijo—, pero es que hace algunos años Lee era realmente nuestro héroe. Éramos sus discípulas. Fue por Lee por quien nos vinimos a vivir al centro, cuando aún no era una zona demasiado segura, y desde luego arrabalera. Fue apasionante. Los Hartridge incluso llegaron a comprar una mansión en el centro, al lado de una casa de fulanas que había en Jones Street. En aquellos tiempos, la labor de Lee fue realmente magnífica. Era un idealista y un purista; de hecho, él salvó el centro de la ciudad. Obvio es decir que él no vino a vivir al centro hasta mucho después. Emma y él se quedaron en su casa de Ardsley Park, una zona muy segura, mientras todos los demás nos vinimos al centro como si fuésemos pioneros a la conquista del Oeste. Los Cunningham, los Critze, los Brannen, los Rhangose, los Dunn... todo el comité de la Fundación para el Patrimonio Histórico de Savannah vivía en el centro, con la salvedad de Lee. Los Adler nunca asomaron la cabeza fuera de su trinchera. Hablaban de una cosa y luego hacían otra. Ahora, diríase que lo único que le importan son esos malditos premios, aparte de lisonjear a personas de la talla del Príncipe Carlos.

—¿Qué es lo que ocurrió? —pregunté.

—Que empezó a ser imposible tratar con él —repuso Cynthia—. Para empezar, nunca estuvo muy a favor de los procedimientos democráticos. Cuando era presidente de la fundación, hacía lo que le venía en gana sin consultar casi nunca al comité directivo antes de pasar a la acción. Todo esto alcanzó una situación insostenible con lo del Hyatt. Todos estábamos en contra del hotel; al principio tenía que haber sido un edificio de quince plantas, que hubiese dejado al Ayuntamiento enano a su lado. El comité en pleno se pronunció por votación en contra del hotel, incluido Lee. Luego, se celebró una segunda votación para decidir si hacíamos pública nuestra oposición. Se decidió por mayoría esperar un tiempo prudencial, hasta que tuviésemos ocasión de hablar con los constructores. Lee en cambio se mostró inflexible, porque buscaba el enfrentamiento público cuanto antes. El comité se mantuvo firme. Como él no se salió con la suya, decidió lanzar por su cuenta un ataque contra el hotel. En primer lugar, retiró su contribución anual a la Fundación para el Patrimonio Histórico de Savannah, que era de siete mil dólares, cantidad asignada por decisión suya para que fuese el salario del director de la fundación. Fue una jugada típica de Lee, por cierto, especificar un uso determinado para su donación, en vez de aportar un dinero sin obligación ninguna, tal como hacíamos los demás. Así es Lee, un auténtico hombre orquesta. Si no puede dirigir personalmente un asunto, prefiere no tomar parte en él. No creo que se pueda culpar al comité de su expulsión de la fundación, la verdad.

Se me erizaron las orejas al oír esto.

—Vaya, yo creía que fue Lee Adler el que rompió relaciones con la fundación —dije—, y no al revés.

—En absoluto —dijo Cynthia—. Lo que pasó fue que votamos la salida de Lee, y lo que le dio un cariz tan tremendo es que el resto de las personas que votaron a favor de su expulsión fueron sus discípulos y amigos. Y el resultado fue unánime. Las actas de aquella reunión han desaparecido misteriosamente de los archivos, aunque se puede preguntar a Walter Hartridge, que era el presidente por entonces. Está jugando al *bridge* con Connie, su esposa, en la habitación de al lado.

—Lo más triste de aquello —dijo la otra mujer— fue que todo hubiera salido bastante mejor si Lee no hubiese agitado las cosas por su cuenta. En un momento determinado, los constructores del Hyatt ofrecieron una posibilidad de acuerdo que era mucho mejor que el resultado final que obtuvimos.

—Pues yo tenía la impresión —dije, pensando en lo que me había dicho el propio Adler— de que Adler abandonó la Fundación para el Patrimonio Histórico de Savannah debido a un desacuerdo relacionado con el realojamiento de los negros en el barrio victoriano.

Al oír esto, la otra mujer apagó con gesto violento su cigarrillo.

—¡Yo ya no lo aguanto más! —dijo—. ¡Es que empiezo a volverme loca! Cynthia, me da igual que estemos o no dentro del programa; necesito un trago.

Se acercó a la mesa de los cócteles y se sirvió un Manhattan.

—Lee Adler nunca abandonó la fundación por decisión propia, se lo aseguro. Fue expulsado de ella —dijo la mujer— en 1969. Y no inició su Proyecto de Rehabilitación del barrio victoriano hasta unos cinco años más tarde. Una cosa no tuvo nada que ver con la otra; además, ese proyecto de Adler no es más que un montaje, un descarado monumento a su egolatría. Él, por supuesto, quiere hacernos creer que se trata de una noble empresa; quiere aparecer como un conservacionista dotado de una marcada conciencia social. Dice que está creando una zona racialmente mixta y todo eso, pero eso son patrañas. Lo que está creando es un gueto negro. Ahí no hay nada de integración, sino la misma segregación de siempre.

»Lee se quedó por los suelos cuando le obligamos a salir de la Fundación para el Patrimonio Histórico de Savannah. Había sido el presidente durante seis años; había dedicado su vida entera a la causa, está claro. Tuvo que demostrar a la fundación que era algo que también podía hacer él por su cuenta, así que se agarró al barrio victoriano, el único vehículo con el que podría demostrarlo. Se le ocurrió un plan para hacer uso del dinero del gobierno para comprar y restaurar casas de interés histórico, que luego iba a alquilar a una serie de arrendatarios subvencionados también por el gobierno. Es una idea que no tiene nada que ver con la compasión social; no es más que una forma más o menos coherente, según se mire, de financiar un proyecto de conservación histórica a cuyo frente figura él solo. Y dice que está restaurando las casas sin desplazar a los residentes de más antigüedad, como si el barrio victoriano fuese una zona históricamente mixta, o incluso de mayoría negra. No es así, o no lo era. Hasta mediados de los años sesenta, era un barrio blanco de clase media. Si Lee no estuviese tan preocupado por salir a la palestra, el mercado de

la propiedad inmobiliaria se hubiese hecho cargo por sí solo del barrio victoriano, y puede creerme si le digo que los negros habrían seguido estando bien representados en el centro. Se necesitan proyectos de viviendas realizados con dinero público, eso es verdad, pero el barrio victoriano es, con mucho, el lugar menos apropiado para llevar a cabo esta idea.

La mujer explicó que las viviendas del barrio victoriano eran en su mayor parte edificios con estructuras de madera, lo cual suponía que los seguros contra incendios eran elevadísimos, y que las casas tenían que ser pintadas al menos cada dos o tres años, porque por la intensa humedad del ambiente la pintura se desprendía muy deprisa.

—Ese tipo de costes son indefendibles cuando hablamos de casas públicamente subvencionadas —dijo—. Además, Lee no está realizando precisamente un buen trabajo de restauración —siguió—. No hace más que vaciar las casas por dentro, llevarse por delante los mejores toques de la época victoriana, como son los techos decorados en yeso. Y tampoco mantiene las casas en buenas condiciones. Basta con echar un vistazo a todas ellas, y no sólo a las que él suele enseñar. La pintura se cae a pedazos, las barandillas de los porches están partidas... Al cabo de dos o tres años de la restauración, sus casas se parecen demasiado a las casas sin restaurar que sigue habiendo alrededor.

Por la puerta vi a las camareras, que iban de mesa en mesa recogiendo los vasos de agua.

—Y si se me permite la pregunta —siguió la mujer—, ¿qué es lo que resulta tan terrible en la presencia de las clases altas en el centro? A Lee no le planteó el menor inconveniente cuando restaurábamos el centro histórico. Desde luego, ha detenido esa presencia, pero también ha destrozado el valor de la propiedad inmobiliaria en el barrio victoriano. Es un mercado perfecto para los compradores, lo que pasa es que no hay compradores. En nombre de la conservación, Lee ha acabado con la conservación misma.

Le dije que Adler me había comentado que la restauración del barrio victoriano había fomentado las inversiones privadas en el centro histórico.

—Eso es una mentira como una catedral, y nadie lo sabe tan bien como el propio Lee Adler, porque uno de sus hijos compró una casa en Wadburgh Street, y la restauró de forma magnífica. En cambio, cuando llegó el momento de vender no encontró compradores. Pedía 135.000 dólares; ahora, la casa está a la venta por 97.000, y aún no ha encontrado a quién vendérsela. ¿Por qué? Porque está justo en medio de un barrio negro.

—Fuera de Savannah —comentó Cynthia— todo el mundo está convencido de que el barrio victoriano ha sido un gran éxito, porque eso es lo que Lee va diciendo por ahí. Todo el mundo se traga su mentira. El Príncipe Carlos no es más que el último de una larga lista de incautos.

—Lo realmente irritante en todo esto —dijo la otra— es que los Adler se han

erigido en árbitros morales de la comunidad. Me entran ganas de ponerme a chillar, porque estoy lo que se dice harta de las nobles pretensiones de Lee, y estoy enferma de que Emma se comporte como si fuese la mismísima Eleanor Roosevelt. ¿Qué hemos hecho para merecer esto?

—De todo —dijo el hombre de cabello blanco—. Hemos hecho de todo.

Las dos mujeres lo miraron sorprendidas; él aún sonreía con benevolencia.

—Lee es uno de los miembros más destacados de la sociedad de Savannah, ¿no es cierto? —preguntó con amabilidad—. Pertenece al Club del Cotillón, que es el promotor de los bailes de presentación en sociedad de las jovencitas de buena familia; es uno de los quince distinguidos caballeros que forman el Club Madeira, en donde se pronuncian eruditas y sesudas conferencias después de darse opíparas cenas regadas con excelentes vinos de Madeira. Pertenece además al Chatham Club, adonde puede ir a cenar o a tomar unas copas, y a ver de paso los tejados del centro histórico que él tanto ha hecho por preservar.

Las dos mujeres asintieron con cautela, sin saber muy bien adónde pretendía llevarlas el hombre.

—Juega al golf en el Savannah Golf Club —siguió diciendo—. Así pues, Lee Adler es parte de la elite social de Savannah. Al menos, eso diría cualquiera. Pero lo cierto es que no lo es, ¿me equivoco? En Savannah tenemos una forma muy peculiar de trazar las líneas, una forma muy sutil de indicar que hasta aquí llega esto, y no más allá, sencillamente porque usted, o quien sea, no es realmente uno de los nuestros. Nuestra forma de decirlo, ¿sabe cuál es? El Oglethorpe Club, así de sencillo, y el club náutico.

El hombre hablaba con suavidad, como un amable profesor dispuesto a explicar un misterio a sus alumnos.

—Lee Adler es judío. Gran parte de sus mejores amigos son miembros de pleno derecho del Oglethorpe Club y del club náutico, pero él no lo es.

—Pero el Oglethorpe Club sí admite a judíos —dijo la mujer—. Bob Minis, por ejemplo, es miembro.

—Sí, en efecto. Bob Minis es uno de los miembros más antiguos del Oglethorpe Club, y es un miembro muy apreciado por los demás. Por si fuera poco, es tataranieta del primer niño de raza blanca que nació en Georgia, lo cual le convierte en una auténtica reliquia viva de la historia de Georgia. Es judío, desde luego, pero no lo es abiertamente. No se le nota. Sus dos esposas han sido cristianas, al igual que la mayor parte de sus amigos, y sus hijos se han criado en la fe episcopaliana. Bob Minis es perfecto como miembro del Oglethorpe Club. Aparte de tener un trato social envidiable, él nos permite decir, por ejemplo, que admitimos a judíos en el Oglethorpe Club. Usted misma lo ha dicho hace un instante, ¿no?

El hombre cruzó los brazos y nos miró sucesivamente a los tres, como si quisiera cerciorarse de que habíamos entendido su idea.

—Por otra parte —siguió diciendo—, está Lee Adler. Se le ha condenado al

ostracismo desde el Oglethorpe Club, se le ha expulsado de la Fundación para el Patrimonio Histórico de Savannah. ¿Qué otra cosa podría hacer? Estaba obligado a hacer algo brillante, algo absolutamente ingenioso. Y si quieren que les diga mi opinión, ha tenido un éxito que va más allá de sus sueños más disparatados. Por medio de su intervención en el barrio victoriano, no sólo ha vuelto a la palestra convertido en un conservacionista histórico de primera fila, muy apreciado en el mundo entero, sino que además se ha envuelto en un ideal moralmente inobjetable, como es la creación de viviendas para los pobres y los negros. Si alguien se le opone, en seguida será tachado de racista. El Proyecto de Rehabilitación del barrio victoriano que ha lanzado Lee puede que peque de poco realismo y puede que entrañe costes excesivos; sus rehabilitaciones tal vez estén hechas de forma chapucera; es posible, desde luego, que haya deprimido el valor de la propiedad inmobiliaria en el barrio victoriano, y puede, por qué no, que haya creado un nuevo gueto negro. Es muy posible, tal como se dice por ahí, que sólo le importe el dinero y el reconocimiento que pueda obtener, pero no hay nadie que le pueda decir todo eso a la cara, y por esta razón me parece que es tan brillante todo el montaje. Lee Adler ha alcanzado su objetivo, que era recuperar su posición de conservacionista líder en Norteamérica, a la vez que, de paso, nos ha refrotado por las narices la cuestión del racismo.

—Yo no creo que Lee sea sincero cuando habla de los negros —dijo la mujer, que había encendido otro de sus largos cigarrillos—. No hay uno solo de los clubes a los que pertenece Lee, al menos según ha mencionado usted, que haya tenido alguna vez miembros negros entre sus socios.

—Es cierto —dijo el hombre—. A propósito, me pregunto incluso si los propios negros consideran realmente sinceros a Lee y a Emma. Por ejemplo, si se lee con atención el artículo que publicó Emma en el periódico sobre su encuentro con el Príncipe Carlos, se dará cuenta de que hay algo muy curioso. Emma aprovecha para dar un tirón de orejas a los periodistas de Washington, presentes en el encuentro, por entender que sólo les interesaban «las frívolas especulaciones a propósito del Príncipe Carlos», en vez de interesarse por la cuestión que allí se debatía, que era la vivienda para los pobres. Y luego habla largo y tendido de la dulce cocinera negra que ella llevó consigo, una mujer que le hizo al Príncipe Carlos una cesta hecha de agujas de pino, objeto que durante semanas no supo muy bien cómo obsequiar al príncipe. Emma no considera que haya nada erróneo en la preocupación sin duda infantil de la cocinera, por más que la cesta de agujas de pino tampoco tenga mucha relación con la cuestión de la vivienda. Diríase que Emma mide las cosas por un doble rasero, uno que aplica a los periodistas cultos y otro a las simples cocineras negras. A tenor de lo visto, y por lo que ella misma cuenta, podríamos llegar a la conclusión de que Emma mantiene una actitud paternalista con los negros.

Una sonrisa de satisfacción inundó el rostro de la mujer que seguía fumando.

—Mmmm —dijo.

—Yo creo que los negros saben bien cuál es su situación ante Lee y Emma —

siguió diciendo el hombre—. También saben probablemente que no hay nadie aquí esta noche que haya rehabilitado trescientas viviendas para pobres y para negros, ni menos aún alguien que haya llevado a su cocinera negra en presencia del Príncipe Carlos para hacerle un humilde obsequio. Los negros saben que los Adler sí están haciendo algo por ellos, al margen de cuáles sean sus motivos reales. A la inversa, los negros también están haciendo algo por los Adler.

—¿Qué demonios hacen los negros por los Adler? —preguntó la mujer.

—Les dan sus votos —dijo él—. En las últimas elecciones, tal vez recuerde usted que Lee y Emma prestaron su apoyo público a Spencer Lawton en su pugna contra Bubsy Ryan por el puesto de fiscal del distrito. Los Adler fueron quizás los más fieles y eficaces partidarios que tuvo Lawton en su campaña. Es fácil suponer que Adler comunicó a los sacerdotes de la comunidad negra que él apoyaba a Lawton. Rápidamente, la Alianza Sacerdotal negra, que en años anteriores había apoyado a Ryan, se pasó en pleno a apoyar a Lawton. Lawton contó con el voto negro, y el voto negro es el que le dio el margen suficiente para lograr la victoria en las urnas. Así pues, tanto si estaba planeado como si no, Lee Adler salió de su crisis fortalecido con una amplia base de poder negro, por no mencionar a un fiscal del distrito que le está eternamente agradecido por su ayuda. Así adquiere Adler una considerable cuota de poder político. De hecho, está totalmente fuera de lugar que cualquier responsable de la política municipal se manifieste en contra de Lee y de sus empresas de rehabilitación de viviendas por ninguna de las vías posibles.

El hombre enarcó las cejas como si quisiera subrayar así su argumentación impecable.

—Creo que le entiendo —dijo secamente la mujer.

El hombre miró a Cynthia Collins, pero la señora Collins en ese momento estaba preocupada en mirar su reloj. Se le notó la preocupación en su manera de arrugar la frente, y llamó la atención de la camarera que esperaba en la puerta.

—Distribuyan las servilletas —susurró.

LAS NOTICIAS VUELAN

Llegado a esta altura de mi experimento, consistente en vivir a caballo entre dos ciudades, noté que empezaba a pasar más tiempo en Savannah que en Nueva York. Solamente por el clima se hubiese podido explicar más que razonablemente mi inclinación. A finales de abril, Nueva York aún no se había librado totalmente de las garras del invierno, mientras que Savannah disfrutaba a fondo del paulatino despliegue de la primavera, con toda su belleza y calidez. Las camelias, los junquillos y las peonias habían florecido ya en diciembre y en enero les siguieron las glicinias y los árboles de Judas, y a mediados de marzo reventaron las azaleas con sus densos almohadones de flores rojas, blancas y rosadas. Las flores blancas del cornejo flotaban como nubes de caramelo de algodón por encima de las azaleas. El aroma de la madreSelva y los jazmines que llaman Confederados, así como las primeras floraciones de los magnolios, ya perfumaban el dulce aire de Savannah. ¿Quién podía echar de menos el frío de Nueva York?

Por eso me quedé cada vez más tiempo en Savannah. Sus calles apacibles, calladas y somnolientas, pasaron a ser las calles por las que más me agradaba pasear. Me quedé encantado con el lugar, tal como les ha ocurrido siempre a los nativos de Savannah. A menudo, hablaban de otros lugares como si realmente viajaran mucho, pero por lo común no son más que conversaciones. A la gente de Savannah le agradaba conversar sobre todo acerca de Charleston, y muy especialmente en presencia de un recién llegado. Las comparaciones entre las dos ciudades podían ser inacabables. Savannah era la Ciudad Anfitriona por naturaleza; Charleston era la Ciudad Santa por las muchas iglesias que tiene. El paisaje urbano de Savannah era superior al de Charleston, si bien en Charleston había más espléndidos interiores en las grandes mansiones. Savannah era cabalmente inglesa por su estilo y por temperamento; en Charleston se notaban además las influencias francesas y españolas. Savannah prefería la caza, la pesca y las fiestas sociales frente a cualquier actividad intelectual; en Charleston era exactamente al revés. Savannah era muy atractiva para los turistas; Charleston estaba inundada de turistas, hasta el punto de que el turismo regía los destinos de la ciudad. Y así continuamente. Si se pregunta a la inmensa mayoría de los norteamericanos, dirán que Savannah y Charleston son ciudades hermanas. Caso de que sea cierto, son hermanas que apenas se dirigen la palabra. La gente de Savannah rara vez visitaba Charleston, aun cuando sólo estaba a menos de dos horas de viaje en coche. No obstante, hay que señalar que la gente de Savannah apenas iba a ninguna parte. Difícilmente podían sentirse interesados por visitar otras ciudades, pues les llenaba de contento permanecer en su ciudad, aislada del resto, casi bajo un arresto domiciliario impuesto por ellos mismos. Había excepciones a la norma, cómo no, y Chablis era una de ellas.

Chablis realizaba sus actuaciones en diversas ciudades, y viajaba siempre en autobús ya fuera a Augusta, Columbia, a Atlanta o a Jacksonville, tal como ella

misma me había dicho. Entre un espectáculo y otro volvía a Savannah, donde pasaba el tiempo necesario para renovar su guardarropa y para que la doctora Myra Bishop le administrase las consabidas inyecciones de hormonas femeninas. Cada vez que terminaba las sesiones en la consulta de la doctora Bishop, me llamaba desde la calle o me tiraba unos guijarros a la ventana; yo bajaba y la llevaba en coche hasta su casa. Chablis empezó a considerar estos paseos en coche un aspecto casi ritual de su viaje sexual. Los estrógenos surtían su efecto mágico en su interior, transformando a la marimacho en una grácil emperatriz mientras recorríamos las calles de Savannah.

Un sábado por la mañana, a comienzos de mayo, me estaba preparando para viajar a Fort Jackson y asistir allí a uno de los acontecimientos deportivos tradicionales que se celebran una vez al año en los alrededores de Savannah: los juegos de deporte rural escocés. Sonó el teléfono, y era Chablis.

—Soy la zorra, *carinio* —dijo—. Soy la Dama. Esta vez no quiero que me lleves en coche, ojo. Nada más que te llamo para saber si has echado un vistazo al periódico.

—No, todavía no lo he visto —contesté—. ¿Por qué?

—¿Te acuerdas de aquel tratante de antigüedades del que me hablaste? Quiero decir ése, el que tiene la casa grande de Monterrey Square.

—Sí, claro.

—¿No me dijiste que se llamaba Jim Williams?

—Así es. ¿Por qué? ¿Qué ocurre con él?

—¿Se llama *James A. Williams*? —preguntó.

—Sí.

—¿Tiene cincuenta y dos años de edad?

—Eso creo.

—¿Y vive en el 429 de Bull Street?

—Vamos, Chablis, no me torees. ¿Qué ha ocurrido?

—Que ayer por la noche disparó contra un chico.

—¿Qué? Chablis, ¿lo dices en serio?

—*Carinio*, no soy de esas que hacen chistes con una cosa así. Es lo que pone en el periódico. Aquí dice que *James A. Williams* disparó contra *Danny Lewis Hansford*, de veintiún añitos. Fue dentro de *Mercer House*. Y sacan una foto bien grande de tu amigo *James A. Williams* en primera página, pero no sale el chico de veintiún añitos, maldita sea, y a él es a quien yo quiero ver.

—Oye, ¿y ha muerto *Danny Hansford*? —le pregunté.

—Tiene que haber muerto, *carinio*, porque al maricón de *Williams* lo acusan de homicidio.

SEGUNDA PARTE

TIROTEO

Bajo el llamativo titular que decía WILLIAMS ACUSADO DE ASESINATO, el artículo era muy breve. Decía que a las tres de la madrugada la policía recibió una llamada para que acudiera a Mercer House, en donde encontraron a Danny Hansford, un joven de veintiún años de edad, muerto en el suelo del estudio; aún sangraba sobre una alfombra oriental. Los disparos le habían alcanzado en la cabeza y en el pecho, y había dos pistolas en el lugar del crimen. Varios objetos estaban rotos. Williams fue detenido preventivamente, acusado de asesinato y declarado en libertad bajo una fianza de 25.000 dólares. Un cuarto de hora más tarde llegó a la comisaría de policía un amigo de Williams con una bolsa de papel de estraza que contenía 250 billetes de cien dólares, y Williams fue puesto en libertad. Eso era lo que decía el periódico sobre el tiroteo. Williams aparecía identificado como un anticuario, aparte de restaurador de edificios antiguos y anfitrión de fiestas de sociedad en su casa, un «escaparate» que Jacqueline Onassis había visitado y le había querido comprar por dos millones de dólares. Sobre Danny Hansford el periódico no daba más información que su edad.

El periódico del día siguiente sí traía una descripción más detallada del tiroteo. Según la declaración de Williams, había disparado contra Danny Hansford en defensa propia. Habían estado los dos en un autocine, según decía; habían vuelto a Mercer House pasada la medianoche. En la casa, Hansford se había vuelto loco de repente, tal como había hecho también un mes antes del suceso, según decía Williams. Había destrozado una consola de vídeo, había roto una silla, había reventado un reloj de pared del siglo XVIII. Luego, tal como había hecho en la ocasión anterior, se apoderó de una de las Luger de fabricación alemana que tenía Williams en la casa, sólo que esta vez no disparó contra el suelo, ni tampoco al exterior, en Monterrey Square. Esta vez apuntó directamente contra Williams, el cual estaba sentado ante su escritorio. Hizo tres disparos, y ninguno de los tres dio en el blanco. Cuando apretó el gatillo para disparar una vez más, la pistola se encasquilló. En ese momento, Williams pudo echar mano de un cajón del escritorio y sacar otra Luger. Danny estaba enfrascado en su intento por desencasquillar el arma cuando Williams disparó contra él.

Más avanzada la semana, Williams elaboró el relato de los hechos con más detalle para una entrevista que concedió al semanario *Georgia Gazette*. Hablaba en tono de total confianza en sí mismo, puede que con talante incluso algo desafiante. «Si no hubiese disparado contra Danny —decía—, lo que aquí se hubiese publicado sería mi necrológica». Williams dijo que la película que habían visto en el autocine fue una película de terror bastante violenta. «Un montón de degollados, ese tipo de cosas. Le dije a Danny que más nos valdría marcharnos antes de que acabase y jugar una partida de *backgammon* o de ajedrez, y así lo hicimos».

Cuando Williams y Hansford regresaron a Mercer House, Danny se había fumado

nueve cigarrillos de marihuana y se había bebido un cuarto de litro de whisky. Estuvieron jugando con la consola de vídeo un rato, y luego siguieron con un juego de mesa. En ese momento, Hansford se lanzó a despotricar con irracional vehemencia contra su madre, su novia —Bonnie— y su amigo —George Hill—; de repente, dejándose llevar por la ira, destrozó el panel de mandos de la consola de vídeo. «¡Juegos! —exclamó—. ¡Todo son juegos, eso es lo que pasa!». Williams se levantó, dispuesto a marcharse de la habitación en que se encontraban. Hansford lo agarró por el cuello y lo empujó contra la jamba de la puerta. «Eres un asco —le gritó—. Estás enfermo. ¿Por qué no te largas a donde sea y te mueres sin fastidiar a los demás, eh?». Williams logró desasirse y se dirigió al estudio, en donde se sentó ante el escritorio. Oyó el ruido de los destrozos, el estruendo del reloj de pared al caer contra el suelo, el estrépito de los cristales rotos, etcétera. Danny entró en la habitación con la Luger en la mano. «Yo me marchó mañana —le dijo—, ¡pero tú te marchas esta noche!». Dicho esto, apuntó contra Williams y disparó. Williams dijo que notó el aire revuelto al pasarle una de las balas muy cerca del brazo izquierdo. Luego, a Danny se le encasquilló el arma. Williams pudo coger la suya y disparó.

Cuando Danny cayó al suelo, Williams dejó su arma sobre el escritorio, se levantó, dio la vuelta a la mesa, comprobó que Danny estaba muerto y llamó por teléfono a uno de sus empleados, Joe Goodman. Williams dijo a Goodman que acababa de matar a Hansford y que viniera a Mercer House de inmediato. Acto seguido llamó a la policía.

El abogado de Williams, la policía, Joe Goodman y su novia llegaron a Mercer House a la misma hora. Williams los esperaba con la puerta abierta. «Lo he matado —dijo—. Está ahí al lado, en el estudio».

El primer policía que llegó a la escena del crimen, el teniente Michael Anderson, reconoció a Danny inmediatamente: el teniente Anderson era el mismo agente de policía que fue a Mercer House un mes antes, para proceder a la detención de Danny después de los destrozos que había causado. En aquella ocasión se encontró a Danny en la primera planta, tumbado a lo ancho, en la cama, totalmente vestido. Esta vez se lo encontró tumbado sobre una alfombra persa, en el estudio de Williams, con la cara bañada en un charco de sangre. Tenía el brazo derecho estirado por encima de la cabeza y la mano levemente doblada sobre un arma.

Hacia las siete de la mañana, la policía escoltó a Williams a la comisaría. Le tomaron las huellas dactilares, procedieron a encarcelarlo en el calabozo por ser sospechoso de asesinato y lo declararon en libertad bajo una fianza de 25.000 dólares. Williams hizo uso de un teléfono público para llamar a Joe Goodman, que aún estaba esperando en Mercer House. «Joe, escúchame con atención —le dijo—. Quiero que subas a la primera planta, al armario alto que hay a la entrada del salón del órgano. Súbete a la silla que hay al lado, y coge una bolsa de papel de estraza que hay encima». Quince minutos después, Goodman llegaba a la comisaría con una bolsa de papel de estraza que contenía 250 billetes de cien dólares. Williams se fue a su casa.

Días más tarde, la policía anunció que se iba a proceder a realizar una serie de pruebas de laboratorio que determinarían si Danny Hansford había disparado efectivamente un arma contra Williams, como éste sostenía. Una de las pruebas definitorias sería la presencia o la ausencia de restos de pólvora en las manos de Hansford. Si se detectaban residuos de pólvora, podría darse por supuesto que Hansford había disparado su arma antes de que Williams lo matase con la suya; la ausencia de residuos supondría que no había disparado. La policía comunicó que los resultados estarían listos en el plazo de una semana, y que serían esenciales para proceder a la acusación de Williams o para sobreseer el caso.

A pesar de la gravedad de las acusaciones, Williams siguió atendiendo sus asuntos con toda tranquilidad. El miércoles, cuatro días después de que disparase contra Hansford, pidió en el juzgado permiso para realizar un viaje a Europa para adquirir antigüedades. El juez elevó la fianza a 100.000 dólares y lo dejó marchar. En Londres, Williams se hospedó en su *suite* preferida, en el Ritz, y jugó a la ruleta en el Club Crockford. Después viajó a Ginebra para asistir a una subasta de objetos de Fabergé. Regresó a Savannah una semana más tarde.

Poco después, la policía anunció que las pruebas de laboratorio se retrasarían, debido al trabajo acumulado que tenía prioridad en el Laboratorio Pericial del Crimen, en Atlanta. Un mes más tarde, la policía seguía esperando el resultado de las pruebas.

Entretanto, la gente de Savannah empezaba a llegar a sus propias conclusiones, sin tener en cuenta los resultados pendientes. Comenzaron a circular rumores acerca de Danny Hansford, todos los cuales daban credibilidad a la presunción de defensa propia en que se escudaba Williams. Hansford había estado varias veces en el correccional de menores e incluso en hospitales de salud mental. Había dejado los estudios sin empezar siquiera la enseñanza media, y tenía un largo historial delictivo, salpicado de acciones violentas y de problemas con la policía. El propio Williams lo había sacado de la cárcel pagando la fianza correspondiente nada menos que nueve veces a lo largo de los últimos diez meses. Skipper Dunn, un hortelano que había vivido en tiempos en la misma pensión en que se alojaba Hansford, lo describió como un psicótico peligroso. «Se ponía hecho un basilisco —dijo Dunn—. Yo lo vi perder los estribos dos veces, ponerse a romperlo todo, buscar un cuchillo. Hicieron falta dos personas para inmovilizarlo hasta que se calmase. Bastaba con mirarle a los ojos para darse cuenta de que allí no quedaba ni rastro de una persona; no había en él más que rabia y violencia. Era bien fácil darse cuenta de que el día menos pensado intentaría matar a alguien». Una vez, Hansford había descuajeringado una puerta, arrancándola de las bisagras, cuando intentaba alcanzar a su hermana para darle una paliza. Su propia madre había conseguido que la policía le obligase a jurar que no se acercaría a ella, pues decía tener miedo de que Danny pudiera causarle daños físicos a ella y a su familia.

En su entrevista con el *Georgia Gazette*, Williams describía a Hansford diciendo

que estaba gravemente perturbado. Añadía que Hansford le había dicho en cierta ocasión que «estoy solo en este mundo, no le importo a nadie, no tengo razones para vivir». Con un extraño distanciamiento, Williams se consideraba casi como el salvador de Danny Hansford y no como su Némesis; ni siquiera concebía la posibilidad de ser su asesino. «Estaba más que dispuesto, decidido a salvarle de sí mismo —decía—. Él había renunciado a seguir vivo». Aunque el punto de vista que expresaba Williams fuese descaradamente favorable a sus intenciones, resultaba conmovedor por los detalles. Decía que Danny Hansford estaba realmente fascinado por la muerte; a menudo, comentaba, se iba al Cementerio de Bonaventure con sus amigos, y señalaba las lápidas de las tumbas, diciendo que las pequeñas eran las de los pobres y las grandes las de los ricos, y que si él muriese en Mercer House seguramente tendría una de las grandes. Hansford había intentado suicidarse en dos ocasiones, en Mercer House, con sendas sobredosis. La segunda vez incluso dejó una nota: «Si esto me resuelve el embolado, por lo menos conseguiré una tumba bien decente». Williams lo había llevado varias veces a urgencias. Todo eso quedaba debidamente recogido en la entrevista.

Más allá de comentar que Danny Hansford había sido empleado suyo, Williams nunca llegó a explicar plena y satisfactoriamente qué relación mantenían, si bien pronto se supo que Hansford había sido chapero al menos durante parte de su tiempo, y que hacía la calle por las plazas que hay en Bull Street. A casi nadie le hizo falta que le contasen el resto de la historia con pelos y señales. Algunos amigos de Williams, sin embargo —en su mayor parte eran damas de sociedad— se dieron cuenta de que habían estado totalmente en la inopia. Millicent Mooreland, una de las más conocidas anfitrionas de Ardsley Park, que no en vano era de sangre azul, conocía a Williams desde hacía treinta años nada menos; sin embargo, cuando una amistad la llamó por teléfono para decirle que «Jim Williams acaba de matar a tiros a su amante», se quedó de una pieza por dos razones, no sólo por la más evidente. «Esa noticia me dejó totalmente boquiabierta —dijo la señora Mooreland—. La amistad que tenía con Jim se basaba en las antigüedades y en las fiestas de sociedad. Lisa y llanamente, no he sido consciente en ningún momento de que tuviera otros intereses en esta vida».

La mayor parte de la alta sociedad era algo más mundana que la señora Mooreland. «Lo sabíamos —comentó John Myers—, por supuesto que lo sabíamos. No estábamos al corriente de los detalles, por descontado, porque Jim siempre ha sido una persona muy discreta, como hay que ser. Pero en todo momento nos hemos felicitado por el éxito social de Jim, por lo que ese éxito parecía decir de nosotros. Pensamos que gracias a él quedaría demostrado que Savannah es una ciudad cosmopolita, que somos tan civilizados como para aceptar socialmente a un gay que realmente lo merezca».

La señora Mooreland siguió siendo leal a Williams, aunque hubo determinadas cosas que sí le molestaron, aparte del tiroteo en sí mismo. Estaba perpleja por un

detalle en apariencia menor dentro de la vorágine de los acontecimientos que se precipitaron la noche del crimen. «Joe Goodman —dijo—. ¿Quién es? Yo no le conozco. Nunca le he visto en casa de Jim, y sin embargo fue la primera persona a la que Jim quiso llamar».

La consternación de la señora Mooreland por Joe Goodman surgía sin duda del hecho de que ella había pasado su vida entera dentro de los confines de lo que era conocido como «la Vieja Savannah». La Vieja Savannah era un mundo nítidamente circunscrito, encerrado en sí mismo. Los papeles principales para todos y cada uno de sus dramas habían sido adjudicados hacía muchísimo tiempo. En los momentos de crisis, uno acudía a las figuras más relevantes de la comunidad —a la autoridad legal, al pilar moral, al árbitro social, al titán de las finanzas, al estadista de mayor edad, dignidad y gobierno. La Vieja Savannah estaba bien estructurada a la hora de afrontar las crisis que se desataran en su seno. Al haber pasado la vida entera en aquel medio tan reconfortante, la señora Mooreland se sorprendió de que en un momento de gran necesidad Jim Williams hubiese echado mano de un completo desconocido, y no de Walter Hartridge, por poner un ejemplo, o de Dick Richardson. Para ella, era sobrada señal de que algo se había desbaratado de forma tremebunda.

Con tanta conversación en torno a Jim Williams —sus orígenes, su trayectoria, sus hazañas, su todo—, el incidente de la bandera nazi volvió a salir a la palestra para ser tratado por lo menudo, sobre todo al haberse producido el tiroteo con dos Luger de fabricación alemana.

Hubo personas, incluidos judíos como Bob Minis, que restaron toda relevancia al episodio de la bandera nazi tachándolo de insignificante. «Fue una estupidez —dijo Minis—. Jim actuó rápidamente, sin pensarlo dos veces». Otros en cambio no se sintieron tan inclinados a dejar que Jim Williams se saliera con la suya tan fácilmente. «Estoy convencido de que no se considera un nazi de pies a cabeza —dijo Joseph Killorin, profesor de literatura inglesa en la universidad estatal de Armstrong—. De todos modos, no me venga con ésas. Los símbolos nazis nunca estarán totalmente desprovistos de significado. Aún transmiten un mensaje muy claro, clarísimo, aun cuando sean desplegados so capa de simples recuerdos históricos. El mensaje es claro: *superioridad*, y ni siquiera por un instante se me pasa por alto que Jim Williams tiene que ser plenamente consciente de ello. Es demasiado listo como para que se le olvide. Aquí en el sur, entre los chovinistas más extremos, a veces se encuentra una rara afinidad con la parafernalia nazi. Tiene mucho que ver con el hecho de que en tiempos hubiese personas a las que se trataba en función de su valor, mientras que hoy son tratadas simplemente de igual a igual. Hay un terrible caballero por otra parte muy sociable, aquí en Savannah, que a veces se presenta con un uniforme nazi en las fiestas de disfraces; cualquiera puede indicarle a quién me estoy refiriendo, ya que es famoso por su insistencia. Sin embargo, él afirma que lo hace sólo por *épater*. Con eso y con todo, el mensaje sigue siendo el que es. En el caso de Jim puede que sólo sea arrogancia, que no tenga ninguna connotación política. Si un

hombre vive en la mansión más grandiosa de la ciudad y si da las fiestas más extravagantes, fácilmente puede llegar a pensar que es superior a todos. Y también puede llegar a pensar que las normas que son aplicables a los demás no cuentan para él. Desplegar de su balcón una bandera nazi puede ser una forma bien simple de demostrar lo que le digo».

Con eso y con todo, si se hubiese realizado un sondeo oficioso en Savannah durante las semanas siguientes al tiroteo, lo más probable hubiese sido que el público en general manifestara su convicción de que el caso iba a darse por sobreseído. A juzgar por las apariencias, los disparos que hizo Williams habían sido claramente en defensa propia; en el peor de los supuestos, habría sido un crimen pasional cometido en un momento de ofuscación. Los asuntos de este tipo se resuelven tradicionalmente sin hacer mucho ruido, sobre todo cuando el acusado es una persona muy respetada, adinerada además, sin antecedentes penales. Los lugareños de Savannah estaban sobradamente al tanto de los crímenes cometidos en el pasado, de los cuales nunca fueron acusados los sospechosos bien relacionados en sociedad. Una de las historias más sabrosas era la de una solterona conocidísima en sociedad, según la cual su amante se había pegado un tiro mientras estaba sentado en una mecedora, en el salón de casa de ella. La mujer «encontró» el cadáver de su amante, limpió el rifle, lo volvió a meter en la funda e hizo embalsamar el cadáver. Sólo después llamó a la policía.

«Bah, Jim Williams seguramente saldrá sin cargos —dijo Prentiss Crowe, una aristócrata de Savannah—. Pero aún le quedarán algunos asuntos por resolver, ya que en el aire quedará cierto resentimiento por el hecho de que haya matado precisamente a ese chico, a ese Danny Hansford en concreto, quiero decir, porque era un chapero excepcional. Desde cualquier punto de vista era un auténtico cielo, el mejor en su profesión, y estaba muy bien considerado entre hombres y mujeres por igual. El problema está en que no había terminado de hacer sus presentaciones en sociedad. Buen número de hombres y de mujeres estaban aún deseosos de que les tocara la vez. Claro está que ahora ya no les tocará nunca. Como es natural, esto es algo que le guardarán a Jim, y a eso me refiero cuando hablo de “resentimiento”. Danny Hansford era famoso por los buenos ratos que te hacía pasar... Pero son muchos los que se han quedado sin ese buen rato».

En el bar del Oglethorpe Club, *Sonny Clark* lo dijo de forma mucho más descarnada: «Ya sabe lo que se dice de Jim Williams, ¿no? ¡Dicen que mató a tiros al mejor polvo de todo Savannah!».

La ciudad entera estaba cautivada por el sensacional tiroteo, y pasaron semanas durante las cuales los lugareños más curiosos iban a Monterrey Square a dar vueltas y vueltas en el coche. Los sobados ejemplares del número de *Architectural Digest* correspondiente a marzo de 1976, el que traía un largo artículo sobre Mercer House, corrieron de mano en mano. Hubo gente que no había puesto un pie en la casa, pero que la llegó a conocer como si viviera en ella. Todos sabían que Danny Hansford

había muerto a mitad de camino entre un óleo atribuido al sobrino de Thomas Gainsborough y una mesa cuya superficie tenía incrustaciones de oro, y que había pertenecido al emperador Maximiliano de México. Recitaban con malicia la frase ahora irónica con que concluía el artículo: «El encanto que tiene la ciudad de Savannah y su particular forma de entender la vida han encontrado expresión perfecta en la cuidada y amorosa restauración de Mercer House que ha llevado a cabo Williams. Fue una casa destrozada por la guerra y por el descuido, pero ahora es un centro de armonía y de pacífica vitalidad».

Hubo un imponderable que necesariamente habría que tener en cuenta en la acusación que pudiera hacerse contra Jim Williams: Spencer Lawton, el nuevo fiscal del distrito. Lawton era demasiado nuevo en su cargo como para que su proceder fuera previsible. Además, estaba en deuda con Lee Adler, cuyo apoyo incondicional y generosísimo le había llevado a ocupar el cargo. Su enemistad con Jim Williams era sobradamente conocida. Lee Adler estaba en una situación única para influir en el curso de los acontecimientos, caso de que decidiera hacerlo. En una simple conversación privada, podría animar a Lawton a que iniciase la acusación contra Williams. También podría, aunque esta opción pareciera menos probable, apremiarle a que lo tratase con indulgencia. A quienes tuvieron el arrojo suficiente para preguntarle si pensaba presionar a Lawton en uno u otro sentido, Adler respondió taxativamente que «Spencer Lawton es muy dueño de hacer lo que estime oportuno».

Durante más de un mes después de que se produjera el terremoto, Lawton apenas llamó la atención de nadie. Su nombre no apareció en las informaciones que se publicaron sobre el caso. Todas las declaraciones que se hicieron en su despacho las realizó su ayudante. Una audiencia preliminar se fijó para el 17 de junio, fecha en la cual Lawton decidiría si iba a realizar o no la acusación.

Cinco días antes de que se celebrase la audiencia, Lawton se personó ante el jurado de Chatham County y presentó las pruebas de que disponía en una sesión secreta. El jurado actuó con rapidez y acusó a Williams de asesinato en primer grado, esto es, premeditado y con alevosía. La severidad de la acusación no pasó desapercibida, y más de uno la recibió con una ceja enarcada. Si de hecho iba a llevarse a cabo la acusación, parecía más razonable hablar de homicidio involuntario que de asesinato, teniendo en cuenta al menos lo que se sabía del caso. Lawton no quiso comentar en público las pruebas de que disponía, y tan sólo afirmó que las pruebas del laboratorio se habían llevado parcialmente a cabo. Jim Williams tendría que presentarse en el juicio.

Pocos días después de hecha la acusación, la madre de Danny Hansford pleiteó con Williams por el valor total de 10.003.500 dólares. Dijo que Williams había matado a Danny en una «ejecución». Los 3.500 dólares eran debidos a los gastos del funeral.

Aun así, Williams mantuvo un aire de calma absoluta. No estaba previsto que el juicio comenzara antes de enero, es decir, a seis meses vista. Pidió al juzgado permiso

para viajar de nuevo a Europa, pues debía hacer otras adquisiciones, y el permiso le fue concedido. A su regreso vivió de acuerdo con su rutina de siempre. Se fue a cortar el pelo a la peluquería de Jimmy Taglioli, en Abercorn Street; fue a hacer la compra al mercado de Smith y cenó en Elizabeth, en la calle 37. Ni siquiera se mostraba asediado por el remordimiento. No tenía razones para estarlo. Tal como había dicho en la entrevista del *Georgia Gazette*, «yo no he hecho nada malo».

CHEQUES Y CUENTAS CORRIENTES

—A veces pienso que vosotros los yanquis sólo venís por aquí para armar jaleo —dijo Joe Odom—. Fíjate, basta con ver lo que le ha pasado al bueno de Jim Williams. Era un ciudadano modélico; no hacía más que ocuparse de sus propios asuntos y, eso sí, tener un éxito tras otro. De pronto apareces tú por aquí y ¡zas! ¿Qué es lo que pasa? Nos enteramos por los papeles de que ha matado a alguien. ¡En serio lo digo, hombre!

Eran las tres de la madrugada. Joe estaba mudándose de la casa de Pulaski Square, exactamente seis meses después de haberse instalado en ella. El agente de la propiedad inmobiliaria, que nada sospechaba, iba a regresar de Inglaterra al día siguiente, y Joe se había propuesto devolver la casa al estado en que se encontraba antes de que el señor Thorsen se marchase: la iba a dejar vacía y cerrada, como si nadie hubiera pasado por allí. Joe había encontrado otra casa a la que mudarse; estaba en Lafayette Square. Ahora, en plena noche, arrojó el último bulto de ropas, con sus perchas y todo, en la camioneta aparcada allí delante.

—Estupendo —dijo—. Ahora tenemos todo un asesinato en una gran mansión. ¡Maldita sea...! En fin, veamos en qué punto nos coloca este suceso. Tenemos a un tío de lo más raro, especialista en insectos, que se pasea por toda la ciudad con un frasco de veneno mortal. Tenemos a una reinona negra, un viejo que pasea a un perro imaginario, y ahora un asesinato entre maricones. Amigo mío, a este paso nos vas a meter a Mandy y a mí en una película infernal.

Joe volvió al interior, a ver si quedaba en la casa algún signo revelador de que había vivido allí durante seis meses. Durante el medio año transcurrido, aquella casa en principio deshabitada había visto pasar por sus puertas a un torbellino de humanidad. Más de un millar de turistas habían pasado de puntillas, echando un vistazo a todos los rincones y parándose a disfrutar de un buen almuerzo antes de marcharse. Al mismo tiempo, el interminable desfile de los amigos de Joe siguió entrando y saliendo a todas las horas del día y de la noche, mientras Jerry, el peluquero, atendía a la clientela durante las veinticuatro horas del día, en el salón de belleza improvisado en la cocina. Estas actividades diversas se mezclaban unas con otras, produciendo a veces cómicos resultados. No fueron pocas las señoras de edad que vinieron a la casa sólo a almorzar, pero que volvieron al autobús con un peinado radicalmente distinto; por otra parte, casi todos salían con panfletos en los que se anunciaban las maravillas de Sweet Georgia Brown.

Como siempre, hubo caras nuevas que se sumaron al elenco de personajes compuesto por el séquito de Joe. Algunos se quedaban una semana, o un mes, mientras que otros permanecían por más tiempo. Tan diestro como era si se trataba de congregar a una multitud a su alrededor, Joe era absolutamente incapaz de quitarse a nadie de encima. Esa tarea quedaba en manos del círculo de amigos más íntimos, que por su cuenta y riesgo decidían expulsar de la pandilla a los pelmazos más

desabridos, con el conocimiento de Joe o sin él, daba lo mismo. En los últimos meses, el objetivo prioritario de este grupo había sido un hombre bien trajeado, que llegó a Savannah diciendo ser un millonario de Palm Beach. En realidad, resultó ser un empresario de poca monta, que había inaugurado, eso sí, una casa de putas en la carretera a Tybee. Antes de que nadie lo supiera, se dedicó a solicitar clientes a los hombres que venían de gira turística a casa de Joe, sin levantar sospechas. El círculo de amigos más íntimos recurrió a un policía jubilado, Sarge Bolton, para quitárselo de encima. Bastó que éste le enseñase de pasada su revólver en el sobaco para que se largase sin rechistar.

Los amigos de Joe no tenían nada en contra de las casas de putas, pero les preocupaba que ésa en concreto pudiera complicarle las cosas a Joe, ya que iba a ser objeto de un intenso examen por parte de las autoridades, debido a los cheques sin fondos con que había pagado diversas facturas pendientes desde la apertura de Sweet Georgia Brown. Los cheques habían empezado a llegar a la oficina del fiscal al ritmo de uno por semana: el del carpintero, el del electricista, el del fontanero, el del caballito de tiovivo que le compró a un anticuario para adornar la parte de arriba de la barra... Cuando el total alcanzó la bonita suma de 18.000 dólares, dos ayudantes del *sheriff* se presentaron en Sweet Georgia Brown y entregaron a Joe una citación judicial en toda regla. Se le conminaba a presentarse en la vista preliminar, que tendría lugar en el juzgado. Según cual fuera el resultado de la vista, podría o no ser condenado por emitir cheques sin fondos, delito mayor que podía ser castigado con penas de uno a cinco años de cárcel.

El día de la vista oral, Joe entró paseando tranquilamente en el juzgado, y llegó a la sala de la vista con veinte minutos de retraso. Antes de tomar asiento, se acercó al banco en que estaban sentados los demandantes y los saludó uno por uno.

—Qué tal, George —le dijo al carpintero.

Éste logró esbozar una floja sonrisa.

—Hola, Joe —dijo.

Joe siguió saludando al electricista, al fontanero, al contratista, al hombre que le había proporcionado los manteles y las servilletas, etcétera. «Hola... Buenas tardes... Qué tal...». Les habló a todos sin asomo de sarcasmo ni de ironía. Su voz era incluso animada. Le brillaban los ojos, sonreía con generosidad, fácilmente. Era casi como si estuviera saludando a los clientes habituales de Sweet Georgia Brown. La afabilidad de Joe contrastó marcadamente con la turbación de los hombres que estaban sentados en el banco. Sus expresiones de azoramiento, cuando no sus caras de cordero degollado, les daban un aire de ser más los acusados que los ofendidos por el delito, como si por el mero hecho de estar en donde estaban alguien los hubiera sorprendido en un acto de deslealtad hacia su genial amigo. Sonreían con mansedumbre y musitaban sus saludos en voz baja. Al final de la hilera, Joe se encontró con un hombrecillo minúsculo, con algo de gorrión, que tenía el cabello plateado y las cejas muy negras y pobladas. Era el anticuario de Charleston que le había vendido el

caballito del tiovivo y otras piezas del mobiliario.

—¡Anda, si es el señor Russell! —dijo—. ¡Qué agradable sorpresa! No sabía que viniera usted también.

El señor Russell cambió de postura con evidente nerviosismo.

—Créame, Joe —dijo—, si le digo que preferiría no estar aquí. Me parece detestable, pero ya sabe usted cómo son estas cosas...

—Oh, claro, no se preocupe —dijo Joe—. No podría decir que le culpo de nada. Lo único que pasa es que si supiese que iba a venir, le habría pedido que trajese ese par de candelabros que tanto me gustaron...

—Ah, ¿de veras? —dijo el hombrecillo—. Quiero decir, ¿hablamos...? O sea... No sé —el señor Russell parpadeó, como si intentase despejarse la cabeza—. Ah, ahora me acuerdo bien —dijo—. Sí, sí que hablamos de esos candelabros, tiene usted toda la razón. Me había olvidado por completo. En fin... Bueno... Ahora que lo menciona, Joe, supongo que es verdad, que podía haberlos traído...

—Bueno, no se preocupe ahora por eso —dijo Joe—. Podemos hablar más tarde del asunto.

Acto seguido, ocupó su lugar en la mesa de la defensa.

El juez de la vista dio unos golpecillos con el mazo, para que la sala guardase silencio.

—Señor Odom —dijo—, ¿le representa a usted un abogado?

—Señoría —dijo Joe—, en calidad de miembro en plenitud de derechos de la asociación de abogados del estado de Georgia, prefiero representar yo mismo mis intereses.

El juez asintió.

—Excelente. Procedamos, pues.

Un ayudante del fiscal dio lectura a la lista de los cheques sin fondos que había firmado Joe. Luego, uno por uno, los demandantes subieron al estrado para describir qué trabajo habían hecho o qué mercancía habían provisionado; asimismo, comentaron que si bien habían intentado ingresar los cheques en varias ocasiones, éstos siempre les eran devueltos por no existir fondos que los avalasen. Cuando el señor Russell ocupó el estrado, el fiscal y el juez conversaron unos instantes en privado, al tiempo que hojeaban unos papeles. El juez entonces repicó con el mazo e informó al señor Russell de que al cumplimentar su solicitud de demanda no había seguido el procedimiento correcto; por consiguiente, su reclamación quedaba invalidada, al menos por el momento. Así, el importe de los cheques sin fondos que alcanzaban los librados por Joe descendía a 4.200 dólares. El señor Russell bajó del estrado visiblemente sonrojado y tomó asiento en el banco.

—Señoría —dijo Joe—, con su permiso, me gustaría cambiar impresiones con el señor Russell.

—Nada que objetar —contestó el juez.

Joe se acercó al anticuario y le indicó con un gesto que viniera a sentarse a su

lado, en la mesa de la defensa. Tomó la carpeta del hombre y extendió los papeles sobre la mesa. Acto seguido, mientras la sala entera hacía las veces de testigo, Joe leyó los papeles y habló con el señor Russell en un tono de voz calmado y confidencial. Al cabo de unos minutos, miró al juez.

—Señoría —dijo—, si me lo permite, creo que podemos remediar esta situación en unos veinte minutos; no tardaremos más, y en cuanto hayamos terminado, podrá readmitir la demanda del señor Russell contra mí.

El juez miró cautelosamente a Joe, sin saber muy bien si se estaba riendo a expensas del juzgado entero o si quizás le estaba jugando una bola rápida.

—La sala aprecia su ofrecimiento —dijo el juez—, pero no creo que existan precedentes de que el acusado haya actuado alguna vez como consejero del demandante. Habría lugar para preocuparse, ya que tal vez su consejo pudiera obrar en su propio interés, dejando al margen los intereses de su cliente. No sé si me entiende...

—Le entiendo muy bien, señoría —dijo Joe—, pero en este caso solamente se trata de cumplimentar como es debido unos formularios. Este caballero ha venido desde Charleston para reclamar un dinero que le pertenece por derecho propio, y no parece justo obligarle a volver otro día solamente porque se ha liado con una cuestión burocrática poco menos que irrelevante.

—Muy cierto —dijo el juez—. Muy bien, proceda.

—Una cosa más, señoría —dijo Joe—, Me gustaría añadir, para que quede constancia, de que esto lo hago de forma estrictamente *pro bono*...

Eso le halaga —dijo el juez.

—... y de que así paso por alto mi tarifa habitual en estos casos, que es de 4.200 dólares.

En medio de las carcajadas que se oyeron a continuación, Joe se volvió hacia Mandy y hacia mí para sonreírnos.

La vista se aplazó para dar lugar a un receso de media hora mientras Joe rellenaba de nuevo la denuncia interpuesta por el señor Russell contra él mismo. Cuando hubo terminado, los 4.200 dólares del señor Russell fueron sumados al total y Joe ocupó el estrado. Comunicó a la sala que había extendido dichos cheques con la esperanza de que los constructores de City Market, en donde se encontraba Sweet Georgia Brown, aparecieran con varios cientos de dólares que le adeudaban entonces, sólo que no se llegaron a presentar. Por lo tanto, los cheques eran tan sólo objeto de una imprudencia que él no había pretendido cometer. El juez y el fiscal parecieron poner en duda la explicación de Joe, pero estuvieron de acuerdo en retirar los cargos si se comprometía a saldar la deuda de 18.000 dólares en el plazo de un mes. Si no lo hiciera, casi con toda seguridad sería procesado. El juez, el fiscal y los demandantes expresaron todos la esperanza de que Joe pudiera zanjar el asunto sin necesidad de llegar a tanto.

Y lo hizo, sólo que no fue por medio de los ingresos en metálico de Sweet Georgia Brown. A Joe le salvó esta vez un préstamo de una pareja de jóvenes al

parecer muy adinerados, que recientemente se habían ido a vivir a Savannah y que habían caído bajo el hechizo de Joe Odom y de Sweet Georgia Brown.

La buena suerte de Joe llegó incluso a la cuestión de encontrar una nueva casa antes de que volviera John Thorsen. Muy a última hora, había cerrado el contrato para ocupar la muy espaciosa planta baja de Hamilton-Turner House, que estaba a pocas manzanas de Lafayette Square. El casero era un viejo amigo suyo que residía en Natchez, y que estaba al cabo de la calle sobre las operaciones de Joe con los turistas, almuerzos incluidos, aparte de conocer personalmente a buena parte del séquito de Joe, incluido Jerry, el peluquero. Y todo le parecía espléndido.

Joe terminó de recoger sus enseres en la casa de Pulaski Street e hizo desaparecer toda huella de haberla habitado. Luego salió a las escaleras de la entrada, a fumarse un cigarrillo. Tuvo que reconocer que, a fin de cuentas, las cosas no le iban nada mal. Sus cheques sin fondos ya estaban pagados. Estaba a punto de instalarse en una magnífica mansión. El fiscal del distrito ya no le pisaba los talones, y podía fumarse un cigarrillo con toda tranquilidad, esperando a que Mandy terminase con la última colada. Cuando acabase, desconectaría la electricidad y el teléfono, cerraría el paso del agua, echaría el cierre a la puerta de la calle y se iría.

Rayaba el alba cuando Joe se acostó en su nueva casa. Durmió hasta el atardecer; cuando se levantó, fue derecho a Sweet Georgia Brown, y allí se encontró antes que a nadie al señor Russell, el anticuario de Charleston. Venía a traerle los candelabros, dos complicados aparatos de latón con varias lamparillas apantalladas. Joe los colocó a uno y otro lado del gran espejo que dominaba la barra del bar y encendió las velas. La luz parpadeaba de forma acogedora.

—¿Quiere aceptar un cheque? —le preguntó.

—Pues claro, faltaría más —repuso el señor Russell.

—Le estaría sumamente agradecido —dijo Joe—... si pudiera aplazar el cobro, esto, bueno, hasta primero de mes.

—Encantado —dijo el señor Russell.

Joe se encaminó hacia el piano y se encontró de frente con la sonrisa campechana de John Thorsen, el agente de la propiedad inmobiliaria.

—¡He vuelto! —proclamó Thorsen—. Si aún quiere la casa de Pulaski Square, se la puedo alquilar sobre la marcha. Se la he guardado durante todo el tiempo que he pasado fuera de la ciudad.

—Lo sé, lo sé, y se lo agradezco más de lo que podría usted suponer.

LA FIESTA DEL AÑO

Las invitaciones impresas para la fiesta de etiqueta que iba a celebrar Jim Williams en Navidad comenzaron a llegar a los buzones de las mejores casas de Savannah durante la primera semana de diciembre. Fueron recibidas esta vez con una mezcla de sorpresa y de consternación, ya que en general se había dado por supuesto que, teniendo en cuenta las circunstancias, Williams no querría celebrar su fiesta de costumbre. Al verse ante las invitaciones, la clase alta de Savannah tuvo que hacer frente al hecho de que el acontecimiento social más postinero de toda la temporada de invierno iba a celebrarse en el lugar de un notorio crimen todavía pendiente de esclarecer; de hecho, poco menos de un mes después de la fiesta, el anfitrión tendría que presentarse a juicio por ser el principal y único sospechoso de haber cometido un asesinato. ¿Qué hacer? Savannah era en primer lugar y por encima de todo una ciudad en la que primaban las buenas costumbres y el decoro. Al fin y al cabo, en Savannah había nacido Ward McAllister, que se autodesignó en su día árbitro social de la Norteamérica de finales del siglo XIX. Fue Ward McAllister quien había compilado la lista de la elite neoyorquina compuesta por los famosos «Cuatrocientos» en 1892. Este hijo de Savannah había codificado las reglas de comportamiento vigentes para las damas y los caballeros. El animado debate que disputaba la culpabilidad o la inocencia de Williams tuvo que desplazar su acento para ocuparse de una cuestión mucho más perentoria, a saber, si era adecuado que diera su acostumbrada fiesta de Navidad y si, teniendo en cuenta que de hecho iba a celebrarla, era apropiado aceptar las invitaciones que hubiera cursado. Este año, en vez de preguntarse unos a otros «¿Te ha invitado?», los personajes más destacados de la sociedad querían saber más bien si «¿Piensas aceptar la invitación?».

Millicent Mooreland había aconsejado a Williams que no celebrase la fiesta. «No es lo más indicado, Jim», le había dicho, y la buena señora llegó a pensar que incluso lo había convencido para que se abstuviera de celebrar la fiesta, hasta que recibió la invitación. Para la señora Mooreland, la fiesta suponía un peliagudo dilema. Tras muchas noches sin dormir, decidió que no asistiría.

Williams se negó a reconocer que su fiesta pudiera quizás ser una manifestación de mal gusto. Tanto sus abogados como él habían llegado a la conclusión de que no celebrar la fiesta sí sería, en cambio, lo mismo que reconocer su culpabilidad. Por consiguiente, la fiesta iba a celebrarse por todo lo alto. Sin embargo, esta vez sí se ahorraría la fiesta sólo para hombres que se celebraba a la noche siguiente. «El único que la echará en falta —dijo Williams— es Leopold Adler. Qué lástima, mira que no poder sacar los prismáticos y ponerse a espiar a los vecinos...».

Williams estaba convencido de que Lee Adler había acicateado al fiscal del distrito para que éste lo acusara de asesinato, en vez de simple imprudencia temeraria, si bien de puertas afuera se mostraba muy preocupado por él. Dos días después del

tiroteo, Emma Adler le había escrito una nota a Williams, en la cual le expresaba su tristeza y se ofrecía a ayudarlo de la manera que él considerase oportuna. Había firmado la nota con un «Cariñosamente, Emma».

—El empleo de la palabra «cariñosamente» —dijo Williams— demuestra que esa nota fue un ejercicio de absoluta insinceridad. Emma Adler no me tiene más cariño del que yo le pueda tener a ella, y los dos lo sabemos perfectamente.

Williams no invitó a los Adler a la fiesta de ese año.

Al igual que en años anteriores, Williams comenzó a hacer los complejos preparativos de la fiesta con notable antelación. Sus ayudantes encargaron tres camionetas llenas de ramas de cedro, hojas de palma y ramos de magnolias, y pasaron una semana entera decorando las siete chimeneas y las seis lámparas de araña que había en Mercer House. El día de la fiesta, Lucille Wright llegó con jamones asados, pavo asado y ternera asada en cantidades industriales, aparte de traer langostinos y ostras a mansalva, torretas de tarrinas de salsas diversas, inmensas bandejas de pasteles, *brownies* y tartas. Colocó el copioso festín en fuentes de plata y las dispuso en torno a una montaña de camelias rosas y blancas situada en el centro de la mesa del comedor. Una guirnalda de casi veinte metros de orquídeas flamíferas colgaba formando bucles de la escalinata en espiral. El olor del cedro y de las ramas de pino perfumaba más el aire.

A las siete en punto, Williams abrió las puertas de Mercer House y se colocó a un lado, con su madre y su hermana, Dorothy Kingery, dispuesto a recibir a sus invitados. Las dos mujeres vestían trajes de noche. Williams llevaba una corbata negra y un esmoquin; los gemelos que le refulgían en los puños de la camisa de gala eran de Fabergé y fueron hechos en su día para los zares de Rusia. Respiró hondo. «Ahora es el momento de saber quiénes son mis amigos de verdad». No tuvo que esperar mucho. Los primeros en llegar ya avanzaban por la acera.

Y siguieron llegando los invitados por docenas, por veintenas, más de un centenar. Cada uno de ellos saludó a Williams con parecidas expresiones de apoyo, y dejaron los abrigos en manos de un mayordomo contratado para la ocasión. Si el ambiente al principio era sosegado, no tardó en ganar rápidamente vivacidad, a medida que fueron llegando más invitados. Los camareros de chaquetilla blanca circulaban con bandejas de bebidas y de entremeses («servid las copas con generosidad», había dicho Williams a los responsables del bar). Las risas y la hilaridad en general pronto alcanzaron tal volumen que el pianista que tocaba melodías de entretenimiento en el piano de cola dejó de tener sentido. Williams había invitado a 200 personas, y se había marcado una meta de 150 aceptaciones. Estaba muy claro que la había alcanzado. Al menos en su opinión había ganado el plebiscito entre la alta sociedad de Savannah. Pasada una hora, abandonó su puesto a la entrada y se mezcló con sus invitados.

—¿Qué clase de gente es la que ha venido? —le pregunté—. ¿Quiénes son los que han preferido quedarse en sus casas?

—Los santurriones son los que se han quedado en casa —dijo—, es decir, los que siempre han estado celosos de mis éxitos en Savannah, los que quieren que me quede bien clara su desaprobación. Además de éstos, también se han quedado en casa algunas de las personas que honestamente me quieren bien, pero que tienen miedo de admitirlo en público. La gente a la que ve aquí esta noche son los que se sienten seguros de sí mismos, hasta el punto de que pueden no hacer caso de quienes puedan cuestionar su decisión de venir a mi fiesta. Es el caso de esa dama de allí, ¿la ve? Es Alice Dowling; su difunto esposo fue embajador de los Estados Unidos en Alemania y en Corea. Está hablando con Malcolm Maclean, antiguo alcalde de Savannah y director de uno de los principales bufetes de abogados que hay en la ciudad. Esa anciana bajita que está a la derecha de Maclean es una de las siete señoras que crearon la Fundación del Patrimonio Histórico de Savannah, Jane Wright. Es descendiente en línea directa del tercer gobernador de Georgia que nombró la realeza británica. Ahí, a su derecha, ¿ve a ese caballero de aire distinguido, el del bigote blanco? Es Bob Minis, uno de los financieros más brillantes e influyentes de Savannah. Su tatarabuelo fue el primer hombre blanco que nació en el estado. Es judío, un judío de sangre azul, de Georgia; es el único judío que es miembro del Oglethorpe Club. Más a la derecha, los dos hombres que charlan en el umbral de la puerta son George Patterson, presidente ya jubilado del Liberty National Bank, y Alexander Yearley, el antiguo presidente de Robinson-Humphrey, la gran banca de Atlanta dedicada a las inversiones.

Williams parecía un jugador de póquer con los cuatro ases en la mano.

—Allí, delante del piano —prosiguió—, la dama del vestido rojo intenso, la que tiene voz de contralto, es Vera Dutton Strong, y ya ve que está hablando como siempre por los codos. Es la heredera única de la fortuna maderera de los Dutton, y vive en un palacio gigantesco que hay en Ardsley Park, un palacio que sería perfecto para una embajada. Vera se dedica a la cría de perros de pura raza. Tendrá al menos una docena, y siete o así duermen con ella y con su marido, Cahill, en el mismo dormitorio. El señor que ahora mismo está con Vera, el que la aguanta, es el director del museo Telfair, Alexander Gaudieri, lo cual es una bendición, porque ella no le dará ocasión de decir ni una palabra, y tanto mejor, ya que a nadie le interesa en absoluto lo que él pueda decir.

Cuando pasamos por delante de Vera Strong y del director del museo, cazamos un retazo de la conversación que mantenían.

—Las líneas de sangre son excelentes por ambos lados —decía la señora Strong—. Tendría que ver qué porte tiene ella. Es de buen carácter y tiene los ojos brillantes. Inteligentísima.

—¡No será otra perra! —le interrumpió Williams.

—¿Quién ha dicho nada de una perra? —repuso la señora Strong.

—Vamos, Vera, no sea usted tan tímida —dijo Williams—. «Excelentes líneas de sangre... buen carácter...». Nadie la culpa que quiera usted comprarse otra perra.

Vamos, vamos, ¡confíese!

Vera Strong se quedó boquiabierta.

—¡Dios mío! ¡Qué vergüenza! Estaba hablando de la novia de Peter... ¡Voy a tener una nuera! —echó la cabeza hacia atrás y se rió sonoramente, y sujetó a Williams por el brazo—. Tiene que jurarme por lo que más quiera que nunca le dirá a nadie lo que acabo de decir —una vez Williams le hubo jurado que guardaría el secreto, se volvió hacia la pareja que tenía al lado—. ¿Lo habéis oído? Jim me oyó hablar de la novia de Peter y ¿a que no sabéis qué pensó? Dios mío, me corro de vergüenza. Estaba diciendo...

Williams se hizo a un lado.

—Bueno, ya lo ve. Ésa es nuestra Vera Strong. Una de las muchas cosas que la salvan es su sentido del humor.

»Sigamos con esos dos de allí —dijo haciendo un gesto hacia un apuesto caballero de mediana edad y hacia una mujer que parecía su esposa—: Son Roger y Claire Moultrie. Él fue presidente de la Compañía del Gas de Savannah hasta hace unos quince años, cuando los dos se vieron envueltos en un escándalo. Una noche salieron a pasear en el coche, hasta que encontraron un rincón recogido a la orilla del río y aparcaron. Se les acercó entonces un vigilante nocturno y les dijo que tenían que marcharse de inmediato, que habían invadido la propiedad privada de un astillero, o algo así. Ellos se negaron a ceder y no le hicieron caso. El vigilante llamó a la policía; se presentó un agente de la policía y les exigió que se identificasen. Roger se puso gallito y tuvo una agarrada con el policía. En un momento dado, Claire agarró la pistola que guardaba en la guantera y gritó: «¡Agáchate, Roger, que voy a matar a ese hijo de puta!». El policía la sacó a rastras del coche, y le dio tal tanda de golpes que Claire tuvo que pasar una semana ingresada en el hospital. Los dos fueron acusados de embriaguez en la vía pública, de invasión de una propiedad privada, de comportamiento lesivo para los demás y de resistirse a la fuerza pública; a ella, además, le cayó la acusación de amenazar la vida de un policía, y a él la de golpear a un agente de la policía. Roger rechazó la sugerencia del juez, el cual le insinuó que se dejara de historias y que pagara una pequeña multa, que diera por zanjado el asunto, de modo que fueron a juicio. En el juicio, Roger dijo que había ido hasta aquel sitio a la orilla del río, a la luz de la luna, para inspeccionar la instalación de la conducción del gas, y que por lo tanto, dicho de otro modo, los dos estaban realizando una gestión para la compañía. Los más respetados ciudadanos de Savannah se ofrecieron a ser testigos de cargo a favor de la pareja, y el jurado tuvo listo el veredicto en veinticinco minutos: inocentes de todas las acusaciones. Esos dos no tienen la impresión de que hayan de explicarle nada a nadie; probablemente ésa es la razón de que hoy hayan venido a la fiesta.

Williams miró por toda la sala.

—Ese hombre de allí, el que viste el uniforme de cazador de gala, es toda una leyenda. Se llama Harry Cram —Williams hablaba de un caballero patricio que

tendría unos setenta años y que llevaba una casaca de color escarlata, con bordados de oro sobre uno de los bolsillos—. Harry Cram no ha trabajado un solo día en toda su vida —añadió Williams—. Es uno de los primeros mantenidos que vinieron a vivir a esta región. Su familia le envía un cheque mensual desde Filadelfia, en el bien entendido de que nunca volverá a poner los pies por allí, y él se da una vida por todo lo alto: viaja por el mundo entero, caza, bebe y juega al polo. Es un auténtico salvaje, aunque tiene verdadero encanto. La señora que está a su lado es su cuarta esposa, Lucy. Viven en el Codo del Diablo, una enorme isla totalmente arbolada que se encuentra frente a Bluffton, en Carolina del Sur. En el comedor tienen un retrato del abuelo de Harry pintado al óleo por John Singer Sargent.

Con su formal atuendo de cazador de gala, el propio Harry Cram parecía pedir a gritos un retrato pintado por Sargent.

—Antes Harry se divertía sobrevolando las casas de sus amigos a bordo de una avioneta privada, y bombardeándoles con sacos de harina, que lanzaba apuntando a la chimenea —dijo Williams—. Una vez, entró montado a caballo en el vestíbulo del viejo Hotel DeSoto. Es un fenómeno, un temerario, y tiene una puntería increíble. Cuando vivía en la Plantación de Foot Point, invitaba a almorzar a sus amigos y les decía que acudiesen a la casa a mediodía. «Pero aseguraos de que sea justamente a mediodía», y lo decía muy en serio. A las doce menos cuarto, se llevaba una copa y su rifle preferido, y se subía a un árbol desde donde dominaba la llegada de los invitados por la avenida. En cuanto el reloj daba las doce, apuntaba con una mira telescópica y destrozaba los ornamentos de los capós de los coches de los que llegaban tarde, solamente para que éstos lo tuvieran en cuenta.

Williams miró a Harry Cram, que estaba al otro lado de la sala, y comenzamos a dirigirnos hacia él.

—Una última cosa antes de que saludemos a Harry —dijo Williams—. Hace unos cinco años, dos marines acuartelados en la isla de Parris llegaron a nado a la isla de Harry. Iban vestidos de hombres rana. Apresaron al hijo de Harry, Peter, con las bayonetas caladas; lo llevaron hasta la puerta del dormitorio de su padre. «Papá —llamó a gritos Peter—, aquí hay dos hombres que han entrado con la bayoneta calada. Dicen que me van a matar a menos que les des dinero». Harry contestó a gritos, sin abrir aún la puerta. «De acuerdo, de acuerdo; un momento, que salgo con el dinero». Peter supo muy bien qué esperar, de modo que cuando Harry abrió la puerta se tiró al suelo. Harry sólo hizo dos disparos con su treinta y ocho del especial, y alcanzó a los dos marines entre los ojos.

Llegados a este punto, Williams y yo estábamos ya delante de los Cram.

—Un momento, ¿no te habré oído pedir un *ginger ale*, verdad, Harry? —le preguntó con voz de falsa alarma.

—Pues mucho me temo que sí —dijo Cram—. ¡Qué vergüenza! Estoy en el dique seco, ¿te lo quieres creer? Y ya llevo casi un año. Cram tenía los ojos brillantes, rápidos, y unas hebras de cabello que se le alborotaban en lo alto de la cabeza, como

la cresta de una nívea garceta.

—Lucy me llevó al Hospital de Veteranos de Charleston un día en que estaba borracho como una cuba. Por lo visto, me preguntaron quién era el presidente, que es lo que siempre preguntan a los borrachos para saber por dónde andan. No tenía ni la más remota idea. Así pues, me metieron en una cosa que ellos llaman «el Tanque», y allí pasé una semana. Desde entonces, no he tenido ganas de tomar una sola copa. No tengo ni idea de lo que me hicieron, la verdad sea dicha. Aunque sí me apetece preguntarlo, conste.

La señora Cram asintió con un gesto.

—Había llegado definitivamente la hora de la verdad —dijo—. Harry quiso jugar a Guillermo Tell, y se empeñó en disparar contra una manzana que antes quiso ponerme encima de la cabeza.

—Ojo —dijo Harry—. He de señalar que nunca disparé mal durante todos mis años de bebedor, que fueron muchísimos. No creo que desde que cumplí dieciséis años en adelante estuviera sobrio ni una sola vez. Estuve alguna vez que otra en el dique seco, desde luego, pero siempre me bajé con bastantes prisas y me volví a mojar. Esta chaqueta que llevo puesta es buena prueba de lo que digo. ¿Veis este agujerito? —Cram señaló un agujerito que tenía exactamente debajo del bolsillo de la pechera—. Una vez, de esto hace un montón de años, dejé de beber y guardé todo el licor en el armario ropero. Al día siguiente llegué a la conclusión de que ya había estado sobrio tiempo más que suficiente, pero no tuve paciencia de ponerme a buscar la llave. Así que disparé contra el cerrojo, y la bala atravesó todos los trajes que había colgados dentro —Harry se dio la vuelta, para mostrarnos el agujerito de salida que tenía en la espalda.

Una pareja que estaba cerca de los Cram se sumó a la diversión, inspeccionando los agujeros que había en la chaqueta de Harry. Williams siguió avanzando hacia la sala de estar.

—Y así es Harry Cram —dijo—. Imagino que esta noche ha venido porque nunca se le podría ocurrir que exista alguna razón por la cual no debiera haber venido a mi fiesta. Bien, ¿ve a esa dama que está de pie junto al balcón, la que está hablando con ese señor calvo? Es Lila Mayhew. Su familia es una de las más antiguas de Savannah; han vivido en dos de las casas más importantes de Savannah desde el punto de vista del patrimonio histórico. Está un poco chiflada de todos modos, así que cabe incluso la posibilidad de que aún no se haya enterado de que he matado a una persona a tiros.

Williams me dejó para regresar al vestíbulo, y yo me acerqué a la señora Mayhew, que seguía conversando con el señor calvo.

—A ver, dígame exactamente dónde disparó Jim contra ese joven —preguntó la señora Mayhew. Hablaba con voz de niña perdida entre el gentío.

—Creo que le dio en el pecho —dijo el hombre.

—No, quiero decir que dónde, dentro de la casa.

—Ah, qué graciosa. En el estudio. A la entrada, en donde dejó usted su abrigo.

—¿Y qué hicieron con el cuerpo? —preguntó ella.

—Supongo que lo habrán enterrado. ¿No lo habría enterrado usted?

—No, no me refiero a eso —dijo la señora Mayhew—. ¿Lo llevaron primero al crematorio o lo enterraron sin incinerar, entero?

—Pues no sabría decirle...

—Lo comento porque sabrá usted lo que pasó con mi abuela, ¿verdad?

—Desde luego que lo sé —dijo el hombre.

—El cuerpo de mi abuela lo enviaron a Jacksonville para que allí fuese incinerado.

—Sí, lo recuerdo muy bien —dijo él—. Es una famosa historia.

—Y del crematorio nos devolvieron las cenizas dentro de una urna. Guardamos esa urna en el salón, hasta que nos fue posible enterrar a la abuela en el cementerio de Bonaventure. Pero mi padre era químico, no sé si lo sabe.

—Desde luego, un químico de los mejores —dijo el hombre.

—Mi padre se sentía algo deprimido, y no tenía nada mejor que hacer. Después de cenar, se llevó la urna a su laboratorio y realizó una serie de pruebas con las cenizas. Así llegó a la conclusión de que aquellas cenizas no podían ser de la abuela: eran cenizas de madera de roble, nada más. Nos habían enviado las cenizas de un roble. Nunca averiguamos qué pasó con la abuela. Así, cuando murió mi padre decidimos que sería preferible no arriesgarse, y lo enterramos tal como había muerto, con la gabardina puesta. Por eso me preguntaba si habrán incinerado al joven contra el que disparó Jim y, si lo incineraron, si están del todo seguros de que les han devuelto sus cenizas, y no las de quién sabe qué.

Lila Mayhew siguió hablando, dejándose llevar, mientras el señor calvo miraba por la ventana de la sala de estar.

—¡Dios mío! —dijo—. ¡Ahí viene esa mujer, la Dawes! ¡Viene toda de verde, verde de pies a cabeza!

Serena Dawes venía por la acera, cogida de del brazo de Luther Driggers. Iba envuelta en una boa de plumas verdes, y las uñas de las manos y de los pies, así como la sombra de ojos, las llevaba a tono, debidamente pintadas de verde.

Williams los saludó a los dos a la entrada.

—¡Por fin ha llegado nuestra esmeralda! —le dijo efusivamente.

—Necesito una copa y un sitio donde descansar los pies; me están matando —dijo Serena, lanzándole un beso por el aire a la vez que pasaba por delante de él rumbo a la sala de estar. Se acomodó en uno de los sillones, arrebujándose bien las plumas de avestruz con una mano mientras con la otra cazaba al vuelo un martini seco de una bandeja que pasaba por delante de ella en ese instante. Con una mirada barrió la sala entera—. ¡Chico! —llamó a un hombre bajito que llevaba una cámara fotográfica—. Haz el favor, ven para acá y sácale una buena foto a una señora de verdad.

Una vez se hubo disipado de su visión la imagen de los *flashes*, depositó la

mirada en una joven rubia especialmente estupenda.

—No creo que haya tenido el placer —dijo Serena con toda la dulzura del mundo—. Soy Serena Dawes.

—Me llamo Anna —dijo la rubia—. He venido sólo de visita, desde Suecia.

—Qué simpático —dijo Serena—. ¿Y qué te trae por Savannah, cariño?

—Bueno, es una ciudad preciosa. Me encanta venir por aquí..., sólo a mirarla.

—¿De veras? ¿Nada más que por mirarla? ¿Eso es todo?

—Es que me encanta la arquitectura, y aquí tenéis unas casas maravillosas.

—Ya, pero ¿no tienes amigos en Savannah? —insistió Serena.

—Oh, desde luego —repuso Anna.

—¿Y quiénes son? Dímelo.

—El coronel Atwood.

—¡Acabáramos! —dijo Serena ahuecándose las plumas—. ¿Por qué no me dijiste que has venido a Savannah desde tan lejos sólo para follar? ¡Te habríamos entendido perfectamente, chica!

Un caballero de oscuros cabellos hizo una inclinación y besó la mano de Serena.

—Serena, qué delicia es verla fuera de la cama...

—Coronel Atwood, muy amable de su parte, pero para usted estoy dispuesta a levantarme de la cama cuando haga falta.

El coronel Jim Atwood era un hombre de muy variados intereses. Fue la primera persona que en toda Norteamérica empezó a cultivar castañas de agua a gran escala, pues había plantado veinte hectáreas en un antiguo arrozal cerca de Savannah. Sin embargo, eso no era más que un *hobby*, ya que Atwood era sobre todo empresario y comerciante dedicado a cualquier mercancía, desde tanques de almacenamiento hasta productos defectuosos. Era sabido que en más de una ocasión sacó del bolsillo su American Express para comprar, sin verlo en detalle, el contenido de almacenes enteros y las bodegas de mercantes transoceánicos. En una sola operación había comprado 119 coches deportivos averiados por la acción del agua; en otra, adquirió 400 toneladas de dátiles aplastados. Una de las múltiples cosas que interesaba al coronel Atwood era el tema de su libro, titulado *Armas blancas del Tercer Reich*. Cuando se publicó, tenía prácticamente copado el mercado de dagas, espadas y bayonetas nazis. Había adquirido sesenta fábricas de armas en Alemania junto con todo el *stock* de armas abandonadas. Asimismo, era propietario de la cubertería de plata que había disfrutado Hitler para su uso personal, enormes piezas en cada una de las cuales estaba grabado el anagrama AH con una esbelta letra.

Serena parpadeó al mirar al coronel Atwood.

—¿No lleva encima ninguna de sus dagas Kraut, coronel?

—No. Sólo llevo mi arma de confianza —dijo Atwood. Tomó un pequeño revólver del bolsillo y se lo mostró sobre la mano—. ¿Sabe lo que es esto?

—Pues claro que lo sé —dijo Serena—. Mi difunto esposo se voló la tapa de los sesos con uno igual que ése.

—¡Ah! —dijo una mujer especialmente delgada que estaba junto a Serena—. ¡El mío hizo lo mismo! Nunca lo olvidaré —era Alma Knox Carter, una heredera de una fortuna labrada en una cadena de pequeños comercios, que vivía al otro lado de Monterrey Square—. Me estaba preparando una copa en la cocina; por televisión estaban dando *Gunsmoke* y oí un disparo. Naturalmente, no le di la menor importancia; pensé que era parte de la serie de televisión, pero cuando entré en el salón me encontré a Lyman espatarrado en el suelo, con una pistola en la mano.

El revólver del coronel Atwood había llamado la atención del doctor Tod Fulton.

—Una Magnum del veintidós, ¿eh? No está mal. Yo suelo llevar ese mismo calibre, sólo que algo más pequeño —el doctor Fulton echó mano al bolsillo y sacó una cartera de cuero negro. La cartera tenía un agujero en medio; la curva de un gatillo se notaba a uno de los lados—. Es una Derringer del veintidós, sólo que disimulada, ya lo ve —dijo—. Si un atracador me echa el alto y me pide la pasta, lo único que tengo que hacer es sacar la cartera y ¡zas! Día de pagó.

—¡Hay que ver! —dijo la señora Carter.

El doctor Fulton se metió la cartera en el bolsillo.

—Mi mujer suele llevar un treinta y ocho —dijo.

—Yo también —dijo Anna con especial luminosidad.

—Le voy a decir una cosa —dijo la señora Carter—. Si yo hubiese tocado aunque fuera mínimamente aquella pistola que tenía Lyman en la mano, me habrían acusado de asesinato con la misma seguridad con que aquí estoy de pie —la señora Carter era tan frágil que cualquiera hubiese puesto en duda que tuviera la fuerza necesaria para levantar una pistola.

—Pues un buen día yo sí que pienso pegarle un tiro a quien sea —dijo Serena—. ¡Y bien sabe Dios que lo he intentado! —extrajo del bolso un revólver de cachas de nácar y lo sostuvo con delicadeza por el cañón corto y cromado—. Preguntadle a mi novio de antes, a Shelby Grey. ¡Qué ganas me entraron de pegarle un tiro, Dios! ¡Si hasta le pedí de rodillas que me dejase pegarle un tiro! No quise matarle, por supuesto que no. Lo único que quise fue dispararle contra el dedo gordo del pie, más que nada para que tuviese algo con qué recordarme. Pero el muy cobarde no quiso estarse quieto. Y terminé por abrir un boquete en el aparato de aire acondicionado.

—¿Le... le disparó de veras? —preguntó la señora Carter con los ojos muy abiertos.

—Pero fallé.

—¡Qué suerte!

Serena suspiró.

—No fue tanta suerte para el bueno de Shelby: ahora no tiene nada que le quede para siempre en recuerdo de mi amor. Sin embargo, mucho me sigo temiendo que el día menos pensado tendré que disparar contra un hombre, y puedo asegurar que no será en el dedo gordo del pie. Mi marido me dejó piedras preciosas de valor incalculable, como todo el mundo sabe, y hay ciertos individuos que darían lo que

fuese con tal de ponerles la mano encima. Vivo aterrada, pensando que los ladrones vendrán a verme cualquier día, o cualquier noche. Por eso tengo esta pocholada siempre bien a mano, no sea que me haga falta. Cuando estoy en casa, la guardo en la cama —Serena miró de reojo al coronel Atwood—. Y cuando salgo de casa la coloco en el bolso. Pero siempre que me da la impresión de que esos hijos de puta están a punto de dar el salto, me limito a guardármela entre las domingas —Serena se introdujo el revólver por el canal, entre ambos senos, y alcanzó un martini de una bandeja que pasaba por allí.

Como en este punto también yo me sentí necesitado de tomar una copa, intercepté al camarero cuando pasaba cerca de donde me encontraba. Otros dos invitados, un hombre y una mujer, se acercaron a servirse.

—No fue más que un crimen pasional —decía la mujer—, así que no creo que cuente. Ya sabes, una simple riña entre amantes. Son cosas que pasan, y no es lo mismo que un asesinato a sangre fría.

—Querida —dijo el hombre—, puede que fuera un crimen pasional, pero conozco a tres personas que forman parte del jurado. Han visto las pruebas, se lo han pensado bien, y me temo que Jimmy lo va a tener pero que muy jodido.

Les di la espalda y miré en sentido contrario, pero al mismo tiempo me acerqué un poco a la pareja, con la intención de oírles mejor.

—En primer lugar —dijo el hombre—, tengo entendido que el Laboratorio Criminal ha encontrado algunos resultados por lo menos inquietantes. No había restos de pólvora en las manos de Danny Hansford. Eso quiere decir que de ninguna manera disparó un arma contra Jim, por más que Jim insista en que así fue.

—¡Santo Dios! —exclamó la mujer.

—La situación de las balas en el cuerpo del difunto también parece estar reñida con el alegato de la defensa propia que esgrime Jim —dijo él—. Una de las balas penetró por el pecho, lo cual parece correcto, pero otra alcanzó a Hansford por la espalda, y hay una tercera que le dio detrás de la oreja. Tal como están las cosas, diríase que Jim le disparó, le dio en el pecho y entonces dio la vuelta a la mesa, para dispararle dos veces más, cuando Hansford estaba boca abajo en el suelo, en una especie de tiro de gracia bien apañado.

—Es terrible —comentó ella—. Entonces, ¿quieres decir que no fue en defensa propia?

—Mucho me temo que al menos no lo parece. El análisis de las huellas dactilares es aún más terrorífico. La pistola que Hansford tenía en la mano no tiene huellas de ninguna clase, aunque sí parece que fue disparada. Eso quiere decir que alguien tuvo que borrarlas. Así que empieza a dar la sensación de que Jim disparó contra Danny y luego sacó otra arma y pegó unos tiros desde donde estaba Danny en el suelo, para que diera la impresión de que Hansford había disparado contra él. Luego, parece ser que limpió sus huellas de la pistola y que la colocó bajo la mano de Jim.

—Me parece que me voy a desmayar —dijo la mujer—. Tú... ¿qué crees que le

pasará a Jim?

—Exactamente lo que le dije cuando llegamos esta noche. Que saldrá de ésta.

—Pero ¿cómo va a ser posible? —dijo ella.

—Un buen abogado es capaz de contradecir esas pruebas, y quién sabe si no podrá incluso darles la vuelta y ponerlas a favor de su cliente. Y Jim tiene buenos abogados, los mejores. Por eso creo que saldrá de ésta. Bueno, por eso y por el respeto que se le tiene en la comunidad, por el lugar que en ella ocupa.

Una vez pronunciada su valoración privada del caso, el hombre cambió de tema y yo seguí camino hacia el vestíbulo, en donde estaban Williams y su madre con un reducido grupo de invitados.

Blanche Williams había venido en su coche desde Gordon, estado de Georgia, que era donde había vivido durante toda su vida. Con casi ochenta años, era una mujer alta, alta como una cigüeña. No llevaba ni un solo pelo fuera de lugar de los prietos rizos blancos con que se cubría la cabeza como si fuera una cofia blanca como la nieve. Estaba de pie, con aire de timidez y las manos recogidas delante de sí. Otra de las mujeres presentes admiraba su vestido.

—Oh, muchas gracias —dijo la señora Williams con auténtica cortesía sureña—. Es un regalo de James. Siempre que da una gran fiesta le gusta asegurarse de que yo tenga un vestido nuevo, y también se asegura de que haya una flor esperándome cuando llego a Savannah.

—¡Madre es siempre la más guapa del baile! —aseguró Williams de todo corazón.

La señora Williams tomó este cumplido como señal de aprobación, y se sintió autorizada a continuar.

—James me ha regalado tantísimas joyas... Un día, le dije por fin que no sabía cómo iba a poder ponérmelas todas. Y él me dijo en cambio: «Mira, madre, ya daré yo más fiestas en Savannah para que puedas venir más a menudo a lucir todo lo que te regalo». James es fenomenal cuando se propone llevarme de viaje. Me ha llevado a Europa nada menos que cinco veces, ¡ah!, y una vez me llamó y me dijo: «Madre, nos vamos dentro de tres días a Londres en el Concorde». Yo le dije: «Mira, James, no me digas esas cosas. ¡No es posible que vayamos ahora no sé adónde en el Concorde!». Y él me dijo que sí, que ya había comprado los pasajes; yo pensé: «¡Dios mío, con lo que tienen que costar!». Pero en seguida me di cuenta de que James lo decía muy en serio, así que tuve que dejarme de bobadas y prepararme para viajar. Tuve que estar lista en tres días tan sólo, y lo hice. ¡Y vaya que si fuimos a Londres en el Concorde!

La señora Williams hablaba de forma torrencial pero pausada, como si quisiera terminar cuanto antes, sin aturullarse, y no entrometerse en el terreno de las conversaciones más allá de lo estrictamente necesario. Su postura erguida, su mirada alerta, hacían pensar en que, pese a su talante humilde y pese a andar como si fuera pidiendo mil perdones, era una dama de considerable fibra y no menor

determinación. En cuestión de momentos, Williams se vio enzarzado en una conversación con otro grupo de recién llegados, de modo que la señora Williams y yo nos encontramos frente a frente. Dije alguna banalidad, alguna galantería sobre el ambiente festivo de la ocasión, y la señora Williams asintió para mostrar que estaba muy de acuerdo.

—James siempre se ha rodeado de una auténtica multitud —dijo—, ya desde que era pequeño. Una vez, cuando le regalé una máquina de fotos de niño, de aquellas que proyectaban las imágenes sobre la pared, se dedicó a dar pequeños pases para los amiguitos; los niños venían a ver sus proyecciones y se lo pasaban en grande, y a todos les cobraba un centavo por cabeza. Claro está que yo tenía que prepararles alguna cosilla de merendar, algún refresco. Tendría once o doce años. Cuando cumplió trece, le dio por pasear mucho por el campo en su bicicleta, ¿sabe por qué? Para ir encontrando antigüedades que luego iba a vender. Así empezó su negocio, ¿a que parece increíble? Al principio visitaba las casas de la gente de color, y les compraba lamparillas de aceite, objetos que ellos ya no iban a utilizar, trastos viejos. Pagaba un cuarto de dólar, los arreglaba y los vendía por cincuenta centavos. Luego empezó a comprar cosas de más calidad, espejos, muebles, qué sé yo, y todos los reparaba en su taller de carpintero. Puso un anuncio en el periódico, «Antigüedades en venta», y le sorprendería saber cómo le fue. Las señoras de Macon venían expresamente a Gordon para ir a buscarle al instituto nada menos. El director se quedó muy impresionado. Eran señoras de la alta sociedad, esposas de los médicos y los abogados, qué sé yo; James las traía a la casa y ellas le compraban las piezas allí mismo, en su dormitorio. Así fue trabajando hasta prosperar. Poco a poco, siempre por su cuenta.

»Y así fueron las cosas hasta que hace ya unos cuantos años tuve que reconocer que la vida es algo muy grande. Mis hijos han salido bien derechos. Mi hija da clases en la universidad, y a James, ya se ve, las cosas le van pero que muy bien aquí en Savannah. Yo ya he cumplido con lo que tenía que hacer; ahora, el Señor ya puede llevarseme, aunque ya ve que todavía no lo ha hecho. Y entonces, cuando James se metió en este lío tan feo, me dio por pensar que era para esto para lo que Dios me había querido reservar.

El ruido de la fiesta fue aumentando de volumen, pero la señora Williams no elevó el tono de voz. Siguió hablando a su manera, pausada y apacible, mirándome en todo momento a los ojos. A decir verdad, era como si estuviese mirando a través de mí.

—James me llamó un sábado después de almorzar, me parece que fue, y me dijo: «Madre, tengo malas noticias. Tuve que matar a Danny». Me quedé helada. «Cariño —le dije yo—, ven en seguidita a casa». Y vino, y cuando llegó yo no le pregunté nada. Le dejé hablar todo lo que quiso, porque lo vi muy alterado, muy dolido, qué sé yo, y no pasó mucho tiempo hasta que la gente se enteró de dónde estaba, de manera que empezó a llamar todo el mundo. Dios mío, recibí tantísimas llamadas que tuve

que apuntarlas en una lista.

La señora Williams hizo una pausa aprovechando que dos invitados se detuvieron con ella para despedirse.

—Y no dejen de venir el año próximo —les dijo ella. Luego se volvió hacia mí—. Qué quiere que le diga, a mí ese chico nunca me inspiró ninguna confianza. Era un vago, era muy poco claro, se notaba por su forma de mirarte. A James nunca se lo dije, pero ese Danny Hansford fue para mí mal asunto desde el primer día. Una vez, James lo trajo a mi casa. Al cabo de un ratito, James salió a lavar su coche, y yo no encontraba al muchacho, así que le dije a James: «Hijo, no lo encuentro». James me dijo que no me preocupase, que él le había dicho que iba a dar un paseo. Bueno, llegó la hora de cenar y el muchacho seguía sin aparecer por allí, de modo que James dijo: «Madre, te diré una cosa: si a Danny se le mete en la cabeza la idea de irse a donde sea, irá contra viento y marea. Ya lo ha hecho alguna otra vez». Bueno, pues en ese momento entendí qué había hecho ese muchacho. No me pregunte cómo lo supe, pero así fue. No sé por qué me di cuenta de que se habría ido al centro de la ciudad a buscar drogas. Gordon es una ciudad muy pequeña, pero supuse que habría visto algo en la gasolinera, al venir hacia mi casa, y que habría decidido ir allí a echar un vistazo primero y a comprar drogas después. James descubrió al día siguiente que el muchacho había vuelto haciendo autostop hasta Savannah.

La señora Williams bajó brevemente la mirada, mientras alisaba el pañuelo que había sujetado en todo momento entre las manos, y que se le había quedado hecho una bola.

—Si quiere que le sea sincera —dijo después—, hay veces en que James se pasa de bueno con la gente. No sé, puede que lo haya heredado de mí. A mí me resulta muy fácil que la gente me inspire lástima, y eso no es bueno, no señor, porque hay mucha gente que sabe de sobra cómo aprovecharse de tu simpatía y de tu compasión. Yo sé que hay gente que trata a James así, porque él siempre hará todo lo que crea conveniente, sobre todo si siente lástima por alguien. Siempre procura ayudar, como intentó ayudar a ese muchacho. Hubo algunas veces en que me dio miedo meterme en donde nadie me había llamado, pero pensé que debería hablar con James. Al final, siempre puede el respeto, el no cruzar la línea, y por eso nunca le dije nada. Ojalá se lo hubiese dicho a tiempo.

»James es capaz de ayudar a quien sea, y ésa es la auténtica razón de que se haya metido en este lío, por eso me duele tanto. Fíjese; cuando James vendió Cabbage Island y ganó un buen puñado de dinero, lo primero que hizo fue arreglar mi casa de arriba abajo, y luego dio a la iglesia un cheque de diez mil dólares para que comprasen un órgano eléctrico. No sé, puede que todo este lío al final no sea más que una lección. Creo que James terminará por darse cuenta de que también tiene que pensar en sí mismo, y dejarse...

La señora Williams sonrió al ver a su hijo acercarse.

—Bueno, ahora es mejor que me calle —dijo.

—¿De qué habéis estado hablando los dos tanto tiempo? —quiso saber él.

—Le estaba explicando a tu amigo que todo saldrá bien, James —contestó la señora Williams, aunque su respuesta la ahogó el animado jaleo que se iba formando a su alrededor.

—Perdona, madre; no te he oído.

La señora Williams respiró hondo y, por vez primera en toda la noche, elevó un poco la voz.

—He dicho que todo saldrá bien.

—¡Pues claro que sí, madre! —repuso Williams—. Siempre ha sido así, y siempre ha de ser así.

DEBER DE CIUDADANO

—Qué demonios; yo también hubiese disparado contra Danny Hansford —dijo el doctor James C. Metts, forense del condado de Chatham—. Ese individuo no era trigo limpio. Y a Williams le dio un susto de muerte. Demonios, son las tres de la mañana y le entra un ataque de histeria porque Williams no quiere jugar con él en la consola de videojuegos.

El doctor Metts, un hombre por lo común comedido en su manera de hablar, ya había pasado varias horas investigando el lugar del crimen, en Mercer House, la noche misma del tiroteo. Fue él quien firmó el certificado de defunción y el que ordenó que se practicara la autopsia. Una semana antes de que comenzase el juicio contra Jim Williams, uno de los abogados de Williams, un tal John Wright Jones, hizo una visita al doctor Metts, en su despacho, para comentar algunos detalles del caso.

John Wright Jones era uno de los abogados criminalistas más conocidos de Savannah. Era un hombre fornido como un oso, y actuaba como abogado defensor de Williams. Había tenido ocasión de ver el informe de la autopsia y las fotografías que hizo la policía en Mercer House después del tiroteo. Le preocupaba el tiro que presentaba Danny Hansford en la espalda y el que le alcanzó detrás de la oreja. Preguntó al doctor Metts si era posible reconstruir el tiroteo de manera tal que Danny Hansford no estuviese boca abajo cuando le dieron esos dos disparos.

—Sí —dijo el doctor Metts—, se puede perfectamente. El primer disparo le dio por la zona izquierda de la región pectoral. Cuando uno recibe un tiro en el pecho, es como un puñetazo violentísimo: el que lo recibe rota sobre su propio eje. Por eso, el siguiente disparo le dio en la espalda, penetrando por la derecha; como sigue la rotación del cuerpo, la siguiente bala le entró por detrás de la oreja. Es muy posible, si se establece la balística del caso, demostrar que Danny Hansford no estaba boca abajo cuando los disparos dieron en su cuerpo. Podría haber estado perfectamente de pie.

—Eso es lo que yo esperaba oír —dijo Jones—. En resumidas cuentas, lo cierto es que usted no sabe muy bien si estaba boca abajo o no cuando fue tiroteado. ¿Es eso?

—Correcto.

—Muy bien. Y si fuera usted llamado a testificar, ¿sería eso lo que diría?

—Sí —dijo el doctor Metts—. De todos modos, John, aún tiene otro problema por resolver. La mano que estaba encima del arma está ensangrentada por completo, pero no hay ni rastro de sangre en el arma. Vamos por partes. No hay más que dos lugares desde los cuales pudo manar la sangre de Danny Hansford: la cabeza y el pecho. El muchacho, al desplomarse, tuvo que caer con el cuerpo sobre la mano derecha. Y supongo que Williams se tomó la licencia artística de sacar la mano de debajo del cuerpo y colocarla encima de la pistola, ¿lo ve?, más que nada para que todo tuviese mejor aspecto.

—¿Está seguro?

—Absolutamente. La sangre de la mano de Hansford está corrida, como si alguien la hubiese retirado de debajo del pecho. Si yo estuviera en su lugar, diría que a Williams le entró el pánico y que quiso buscarle el pulso a Hansford; que le tomó la mano que estaba bajo el cuerpo y le palpó la muñeca, y que luego la puso encima del arma, para que tuviera mejor presencia, o lo que sea.

La sugerencia del doctor Metts no era una opción admisible. Jim Williams ya había dado su versión de los hechos en la entrevista que concedió al *Georgia Gazette*. En esa entrevista, Williams no hizo mención de que hubiese tocado el cuerpo después de disparar.

—Maldita sea —dijo Jones—. A este paso no me va a alegrar el día, doctor.

—Bueno, pues le diré una cosa más —dijo el doctor Metts—. Se trata de algo que demuestra sin lugar a dudas que el señor Williams retocó los elementos de la escena. De hecho, desplazó los muebles para que todo, insisto, tuviese mejor aspecto. Ésa es mi opinión. Pero lo cierto es que lo hizo con cierto descuido.

—¿En qué sentido?

—Cambió de sitio una silla y la colocó sobre la pernera de los pantalones del muchacho —el doctor Metts lo dijo con sorna.

—Vaya, y supongo que tendrá fotografías que apoyen su afirmación, ¿no?

—A todo color —dijo el forense.

—¿Y aparece la pernera debajo de la pata de la silla?

—Me temo que sí.

—Vaya, esto sí que es bueno —Jones meneó la cabeza con gesto atribulado—. Ya puestos, ¿qué más tiene?

—Le diré qué más —dijo el doctor Metts—. Creo que sé muy bien cuándo disparó contra ese hijo de puta.

—¿Cuándo fue? —preguntó Jones.

—Cuando él apagó su cigarrillo.

—¿Su qué?

—Encontré una colilla de cigarrillo que había sido apagada directamente sobre el cuero de la mesa de Williams. Aún estaba de pie. Y me da la sensación de que cuando ese idiota hizo lo que hizo, al señor Williams se le cruzaron los cables y se puso a disparar.

—Ya le digo, doctor, que me está alegrando el día —dijo Jones.

—Con toda sinceridad, le diré sin embargo que estoy totalmente de parte del señor Williams —dijo el doctor Metts—. Tuvo que ser en torno a las tres de la madrugada. El señor Williams presumiblemente tuvo que levantarse a trabajar, y ese chaval se empezó a comportar como lo que era, un detestable hijo de puta, empeñado en jugar a lo que fuese y en estropearle el mobiliario.

—¿Le queda alguna palabra de ánimo que darme? —preguntó Jones.

—No, no se me ocurre nada más, John —dijo el forense—. Pero sí le diré que

tiene por delante un trabajo hecho a su medida. Yo diría que la selección del jurado va a ser la clave de la resolución. Se encuentra ante un problema que es evidentemente, salta a la vista, una situación de tipo homosexual: Tendrá que presentarlo de manera que el jurado sienta simpatía por el señor Williams, de modo que no les parezca imperdonable que haya disparado contra ese individuo deleznable.

Jones recogió su maletín.

—Bueno, ya lo sabemos todos, doctor; a los jurados de Savannah no parece importarles demasiado que un homosexual sea asesinado de vez en cuando. Quiero decir que en esta comunidad es posible matar a golpes a un homosexual, que eso no cambiará demasiado las cosas.

—Lo sé —dijo el doctor Metts. Acompañó a Jones hasta la puerta del despacho—. Bueno, John. Todo lo que le puedo decir es que muy probablemente el señor Williams cumplió con su deber de ciudadano cuando mató a ese hijo de la gran puta.

El comentario que hizo John Wright Jones sobre el hecho de matar a golpes a un homosexual fue una referencia a un caso de homicidio visto en el juzgado pocos meses antes, y que había conmovido Savannah profundamente.

La víctima del homicidio había sido un hombre de treinta y tres años de edad residente en Columbus, estado de Georgia, que había ido a Savannah para actuar de juez en un concurso de belleza. Casado y con dos hijos, fue apaleado hasta morir en un garaje semioscuro, a manos de cuatro soldados del ejército de los Estados Unidos, nada menos que del batallón de tropa de operaciones especiales, los Rangers, que no en vano tenían merecida fama de ser los hombres más duros del ejército. Había un escuadrón de Rangers acuartelado en el aeródromo de Hunter, al sur de Savannah. Eran soldados entrenados para aguantar los más duros castigos sin rechistar, así como para torturar a cualquier enemigo sin decir ni pío. La noche de la paliza, un testigo había visto a los cuatro Rangers de paseo por Bay Street, divirtiéndose en doblar los parquímetros hasta dejarlos por el suelo, y esto sólo con las manos. Después, los cuatro entraron en Missy's Adult Boutique, un *sex-shop* que había en Johnson Square, en donde se toparon con el individuo que había sido juez en el concurso de belleza. Éste cometió al parecer la imprudencia de hacerles una insinuación de tipo sexual; los otros cuatro lo engañaron para ir con él al garaje y lo golpearon de forma tan brutal que un experto en traumatismos testificó que, cuando la víctima llegó al hospital, «era probablemente la persona más destrozada que yo haya visto aún con vida». Había sufrido múltiples fracturas craneales, y también en los pómulos, el maxilar y las cuencas de los ojos. El experto comentó que son necesarias dos personas para descerrajar así las cuencas de los ojos. «Como ser humano era prácticamente irreconocible».

En el juicio, el abogado de los Rangers pidió al jurado que hiciera lo posible por «atribuir la responsabilidad de los hechos a la parte que corresponde». Los acusados,

dijo, eran jóvenes de presencia bien cuidada, jóvenes honestos y quizás, quizás, un poco alocados. Habían sido objeto de una proposición descarada y aberrantemente homosexual. Los integrantes del jurado se mostraron favorables a los Rangers y descartaron la acusación de homicidio. Así y todo, todos y cada uno de ellos reconocieron haber golpeado a la víctima, de manera que los integrantes del jurado se sintieron en la elemental obligación de declararlos culpables de algún delito. Eligieron el cargo más liviano: simples lesiones. Haber producido simples lesiones a un tercero es un delito menor; a veces sólo significa que una persona ha tocado a otra. La condena fue de un año de cárcel, con la posibilidad de salir en libertad bajo fianza al cabo de seis meses.

El veredicto del caso provocó una amarga protesta por parte del público: fueron muchas las cartas al director del periódico que repudiaron al jurado por su insensibilidad, por mancillar el buen nombre de la justicia en Savannah. Una de las enfermeras que atendieron a la víctima escribió lo siguiente: «Si esto es un delito menor, debo decir que jamás he visto a la víctima de un delito grave».

El juicio del caso supuso el estreno en estos menesteres del nuevo fiscal del distrito del condado de Chatham: a sus treinta y siete años, Spencer Lawton Jr. iniciaba su carrera de fiscal. El veredicto fue para él una derrota aplastante, y no pocos observadores comentaron después sus dudas sobre la capacidad de Lawton para asumir plenamente las responsabilidades inherentes a su nuevo cargo.

Los Lawton eran una distinguida familia de Savannah, una familia con solera. El tatarabuelo de Spencer Lawton, el general Alexander R. Lawton, había estado al frente de la defensa de Savannah durante los primeros compases de la Guerra de Secesión, y después llegó a ser general del estado mayor del ejército confederado. Después de la guerra, el general Lawton fue uno de los diez hombres que fundaron la Asociación de la Abogacía Norteamericana, de la cual fue presidente en 1882. Más adelante, Grover Cleveland lo nombró embajador en Austria. El terreno que poseía la familia Lawton en el cementerio de Bonaventure era uno de los más extensos terrenos particulares. Una estatua de Cristo en mármol blanco descollaba junto a un arco gótico en un altozano desde el cual se dominaba la curva del río.

Otro de los antepasados de Lawton, Spencer Shotter, amasó una fortuna descomunal en el comercio de efectos navales a comienzos de siglo, y construyó una de las mansiones más esplendorosas en la Plantación Greenwich, contigua al cementerio de Bonaventure. Shotter contrató al renombrado estudio de arquitectos de Carrère y Hastings, que habían diseñado el edificio de la Biblioteca Pública de Nueva York, en la Quinta Avenida, para que se ocupasen de la construcción de la casa. Tenía cuarenta habitaciones y una doble columnata de mármol blanco y reluciente que la envolvía por los cuatro costados. Había ocho dormitorios principales, diez cuartos de baño, un salón de baile decorado con pan de oro, una granja cercana, una piscina cubierta, unos terrenos magníficamente ajardinados. Se importaron palmeras de Tierra Santa, un sauce llorón de la tumba de Napoleón en Santa Helena, estatuas de

las ruinas de Pompeya. La hacienda fue escenario de exquisitos bailes y de fiestas a bordo de los yates que recalaban en un fondeadero particular. Allí se filmaron películas en las que actuaban Mary Pickford y Francis X. Bushman.

De todos modos, cuando Spencer Lawton hizo su aparición en escena, la grandeza de la familia Lawton prácticamente se había volatilizado. La mansión de Shotter había sido arrasada por un incendio en los años veinte; los terrenos pasaron a ser una ampliación del cementerio de Bonaventure, conocida como cementerio de Greenwich. El prestigioso bufete de abogados de Lawton & Cunningham había sido absorbido por otro bufete, y el imponente Lawton Memorial Hall de Bull Street se había remodelado para albergar una iglesia griega ortodoxa.

Spencer Lawton era un hombre de modales comedidos y verbo reposado, con unos afables ojos entre grises y azulados, y el cabello oscuro y largo, peinado con raya al medio. De mejillas redondas y coloradas y boca rellena, tenía cierto aire de querubín. Según él mismo no dudaba en reconocer, había sido un estudiante poco aplicado e incluso indiferente en la facultad de Derecho de la universidad de Georgia. Después, volvió a Savannah para dedicarse a la práctica de la abogacía. Hacía en lo esencial trabajos denominados pro bono. Una mujer que lo conoció cuando aún era oficial de la Oficina de Alojamiento Público de Savannah lo recordaba como un hombre de rígidos principios morales. «Era un hombre sobre todo decente —dijo—. No se limitaba a realizar su trabajo; mostraba además sus preocupaciones y su compasión por los pobres. Pero era bastante tímido, al menos que yo recuerde».

Durante los últimos treinta años, el cargo de fiscal del condado de Chatham había sido coto privado de Joe Ryan. El hijo de Ryan, Andrew *Bussy* Ryan, había sucedido a su padre y había ocupado el cargo durante un largo periodo, hasta que Spencer Lawton decidió disputarle el puesto.

Bussy Ryan era lo que se suele llamar «un buen chico, de los de toda la vida». Le gustaba ir a pescar, salir a cazar, beber. Tenía el cabello revuelto y alborotado, gastaba largas patillas casi pelirrojas, y las ojeras que lucía permanentemente daban la impresión de que estaba a diario de resaca. Se llevaba bien con la policía; era bueno en el comercio de los caballos de pura sangre, y en el juzgado tenía una manera de estar que era casi como si estuviera en su propia casa, campechano y franco con todos. *Bussy* se ocupaba personalmente de todos los casos de homicidio de cierta envergadura, pero no era ningún secreto que su manera de llevar los asuntos de la fiscalía resultaba, en el mejor de los supuestos, algo informal y despreocupado, tal como había sido en tiempos de su padre. Se había acumulado un atraso de más de mil casos por juzgar en un lapso de veinticinco años. A *Bussy* le encantaba la profesión de fiscal del distrito, pero reconocía que no todo era un camino de rosas. «En no pocos aspectos, uno está muy limitado —decía—. No puedes salir de copas con tu esposa, porque al día siguiente te enterarás por los periódicos de todo lo que hiciste».

Los Ryan no estaban acostumbrados a contar con ninguna clase de oposición cuando llegaba el momento de las elecciones al cargo. Sin embargo, cuando *Bussy* se

presentó a la reelección, uno de sus adjuntos anunció que le disputaría la nominación en las primarias del Partido Demócrata. Los dos comenzaron a criticarse de inmediato, en todos los tonos posibles, pero el último día hábil para la presentación de candidaturas, Spencer Lawton vio que era su ocasión y decidió convertir la elección en una carrera de a tres, con la idea de que el hecho de ser el tercero en discordia podría beneficiarle, teniendo en cuenta el enfrentamiento de los dos primeros. «Lo hice por deporte», diría Lawton más adelante. Mientras los otros dos se dedicaban a hacerse añicos mutuamente, Lawton optó por el camino de la sensatez e hizo campaña hablando sobre todo de la rápida gestión de los casos y de otros asuntos no menos razonables. Llegó al cargo de puntillas, pasando por encima de los despojos de *Bubsy* y de su antiguo adjunto.

Cuando *Bubsy* y Lawton se encontraron enfrentados en una segunda y definitiva votación, *Bubsy* tiró a dar contra Lawton. Anunció a bombo y platillo que Lawton había sido un fracaso como abogado, hizo hincapié en que nunca había pisado un juzgado para sacar adelante siquiera un caso de delito mayor, que no tenía la menor experiencia en las apelaciones, que jamás se le había visto el plumero en el Tribunal Supremo del Estado de Georgia, y que como resultado directo de su pereza y de su incompetencia, había expuesto a un bufete en el que trabajó a una demanda por mala práctica de la profesión. Dos días antes de las elecciones, *Bubsy* dio un paso más. Apoyándose en un anuncio de media página de extensión, que publicó previo pago en el *Savannah Morning News*, citó una afirmación hecha en el proceso de divorcio por parte de la antigua esposa de Spencer Lawton. La señora Lawton decía que Spencer le había dicho textualmente muchas veces que «sería mucho más feliz si se pudiera quedar en casa, dedicado a sus quehaceres y a leer lo que le apeteciera, en vez de tener que ir a trabajar». El mensaje subyacente del anuncio era que Spencer Lawton no era, desde luego, el hombre mejor preparado para ocupar el puesto de fiscal del distrito. La gente de *Bubsy* se refería a Lawton con el apodo de «el panaderito de Pillsbury». Ahora bien, la noche de las primarias, *Bubsy* Ryan vio con incredulidad que los resultados del cómputo iban en contra de él y daban finalmente la nominación a Lawton. Lawton derrotó después al candidato republicano en las generales.

Las dudas que suscitaba la capacidad profesional de Lawton fueron en aumento después de que tomó posesión del cargo. Los integrantes de su oficina, que eran en su mayoría quejicosos residuos de la era Ryan, fueron corriendo el rumor de que Lawton ni siquiera se sabía las leyes. «No hace más que pedir informes de asuntos que debería conocer al dedillo —se quejaba uno de sus adjuntos—. Por ejemplo, la extradición. También ha pedido un informe sobre el eximente de demencia, asunto sobre el cual se podría escribir todo un tratado». Poco después llegó la pesarosa derrota que sufrió la fiscalía en el caso de los Rangers. De hecho, el veredicto sobre este caso fue promulgado pocos días después de que Jim Williams disparase contra Danny Hansford. Spencer Lawton a la fuerza trazó un círculo rojo sobre el caso Williams, ya que para él sería la vía idónea de redimirse, caso de que consiguiera

ganar. Pero iba a ser una batalla muy difícil.

Para que manejase su defensa, Jim Williams contrató a Bobby Lee Cook, de Summerville, estado de Georgia. Cook era un pájaro sobradamente conocido en todos los juzgados de lo penal que había en el sur de la Unión. Su especialidad eran los homicidios. A lo largo de unas tres décadas, Cook había defendido a unas doscientas cincuenta personas acusadas de asesinato, y había salvado de la cárcel al noventa por ciento, a veces con todos los elementos en contra. Cook era capaz de asumir casos intocables, casos que nadie supuso jamás que pudiera ganar. Era famoso por sus lacerantes careos. «Yo le he visto coger a un individuo antes del almuerzo —decía un juez federal—, examinarlo durante un buen rato, comentar en el receso que estaba tocando al testigo como quien toca un contrabando, y volver después del almuerzo para terminar haciéndolo puré del todo». En un artículo en el que se alababa su técnica y su arrojo, la revista *People* llegó a declarar que «si el Diablo mismo necesitara un abogado defensor, seguro que Bobby Lee Cook no le haría ascos».

Procedente de los montes del norte de Georgia, Cook sabía bien que un jurado de Savannah lo miraría como a un simple abogado forastero, habilidoso y rastrero. Por tanto, quiso contratar a un abogado de la ciudad para que le ayudase, y decidió que el hombre idóneo para el puesto, el hombre más capacitado para poner de los nervios a Spencer Lawton, iba a ser el abogado que lo derrotó y lo humilló en el caso de los Rangers: John Wright Jones.

EL JUICIO

El juzgado del condado de Chatham era uno más de la media docena de modernos edificios construidos en el centro mismo de Savannah. Estaba hecho de cemento prefabricado. Cuadriculado, insulso, sin gracia ninguna, se hallaba al oeste del centro histórico. A su lado se levantaba un edificio casi gemelo, comunicado con el juzgado por un túnel subterráneo. Este otro edificio, también de cemento, era un paralelepípedo con aire de cámara acorazada, y con ranuras verticales en vez de ventanas: la cárcel del condado de Chatham.

Los bancos del fondo de la sala que presidía el juez George Oliver estaban llenos al máximo de su capacidad el día en que empezó el juicio contra Jim Williams. La sala, carente de ventanales, estaba equipada por unos intensos tubos fluorescentes, aparte de contar con baldosas capaces de absorber el sonido, lo cual amortiguaba el tono y el timbre de la voz humana. Hombres de negocios ya jubilados, amas de casa, los amigos que tenía Williams en la alta sociedad eran más o menos el público asistente, sin contar con los chiflados que no se pierden nunca un juicio, los periodistas y los reporteros de televisión, así como buen número de abogados penalistas de la ciudad, que habían venido a ver en vivo y en directo al famoso Bobby Lee Cook, con el presentimiento de que despedazaría al nuevo fiscal del distrito. Jim Williams ocupaba su sitio en la mesa de la defensa; su madre y su hermana estaban sentadas tras él, en la primera fila.

También asistió al juicio la madre de Danny Hansford, Emily Bannister, si bien no se le permitió permanecer dentro de la sala. Bobby Lee Cook se temía que le montase un número y que inculcara en el jurado toda suerte de prejuicios contra Williams. No quiso impedirle la entrada haciendo uso de su derecho; así pues, la apuntó en la lista de testigos de la defensa, maniobra que tuvo el mismo efecto. A los testigos no les estaba permitido asistir al desarrollo de la sesión en tanto no hubiesen testificado. Cook, obvio es decirlo, no tenía la menor intención de llamar nunca a la señora Bannister, aunque su estratagema la mantendría lejos de los miembros del jurado. Vino de todos modos al juicio y tomó asiento en el pasillo.

—No mires —murmuró uno de los amigos más postineros de Williams al oído de su acompañante, una mujer de muy buen ver, cuando llegaron el primer día—. Ahí está la madre de Danny Hansford, con su cara de diez millones de dólares.

Emily Bannister aún no había cumplido cuarenta años y parecía asombrosamente joven para ser una mujer que tenía un hijo de veinte. Tenía el cabello castaño claro y los rasgos angulosos, aunque infantiles. Su expresión, en la que cualquiera hubiese esperado ver ira y resentimiento, habida cuenta de las circunstancias, tan sólo traslucía tristeza. Únicamente habló con la mujer que estaba sentada a su lado, una ayudante de la oficina del fiscal del distrito encargada de avisarla cuando llegase su turno de prestar declaración. Cuando se le acercaron los informadores, se apartó de ellos en silencio.

Era casi la hora del almuerzo cuando el oficial llamó al público.

—¡Orden en la sala! ¡Apaguen los cigarrillos! Por favor, ¡en pie!

El juez Oliver entró desde una puerta situada detrás del estrado y ocupó su asiento, un sillón giratorio de alto respaldo negro. Era un hombre imponente, con una larga cabellera blanca como la nieve y un rostro aún apuesto, aunque lleno de profundos surcos. Era uno de los altos cargos de la Iglesia Monumental de Wesley y había estado en Mercer House en infinidad de ocasiones, pero nunca en calidad de invitado personal de Jim Williams. Había frecuentado la casa en los años cuarenta y cincuenta, cuando fue sede de la secta del Relicario y Templo de Alí. Oliver golpeó la peana con el mazo de madera y, con voz profunda y algo arrastrada, llamó al orden a la sala.

—De acuerdo, caballeros —dijo—. Comencemos.

En su pronunciamiento inicial, Spencer Lawton habló con énfasis y con voz suave. Dijo al jurado que a lo largo de los días sucesivos estaba seguro de poder probar que James A. Williams había disparado contra Danny Lewis Hansford a sangre fría y con premeditación y alevosía, y que después del homicidio Williams había pretendido, por medio de elaborados esfuerzos, no sólo disimular lo hecho, sino darle también la apariencia de que lo había hecho en defensa propia.

Bobby Lee Cook se puso en pie. Tenía el pelo blanco y largo, llevaba una perilla cuadrada y su mirada era penetrante. Su parecido con la imagen del Tío Sam en el famoso póster de James Montgomery Flagg, con el lema de I WANT YOU FOR THE U. S. ARMY, era realmente asombroso. El hábito que tenía Cook de señalar con el dedo índice al jurado, cada vez que tomaba la palabra, tan sólo recalca ese parecido. Cook indicó que la defensa iba a demostrar que era absolutamente falso todo lo que Spencer Lawton acababa de afirmar. Podrían enterarse, dijo Cook, de que Danny Hansford era «un individuo violento y tempestuoso», y que en este caso él había sido el verdadero agresor.

Cuando hubieron concluido las presentaciones, el juez Oliver impuso un breve receso antes de que comenzase el desfile de testigos. En el pasillo, se me acercó un hombre con camisa de manga corta y el pelo engominado.

—Veo que ha estado tomando notas —me dijo—. ¿Es que se encarga de algún trabajo preliminar para la defensa?

—No —repuse—, son para mi uso personal.

El hombre llevaba un periódico enrollado. Había estado sentado en una fila, delante de mí, aunque de costado en su asiento, con un brazo colgado del respaldo. De vez en cuando lo había visto reírse para el cuello de su camisa; el cuerpo se le agitaba en espasmos de alborozo reprimido. Luego echaba la cabeza hacia atrás y miraba a través de sus gafas empañadas el transcurso del juicio. Supuse que sería uno de los habituales de la sala.

—En esta vista, Spencer Lawton va a ser juzgado tanto o más que Jim Williams —dijo—. ¿Sabe? Me han dicho que se ha pasado dos meses encerrado, dos meses preparando el caso. Ha hecho de su oficina un búnker; no admite llamadas telefónicas, ni siquiera el personal de la fiscalía del distrito tiene acceso a él. Junto con Depp Kirkland, su adjunto principal, va a intentar a toda costa que sus pruebas y sus estrategias no lleguen antes de tiempo a la defensa. Lo que quieren es sorprenderles, convertir el juicio en una emboscada. Están paranoicos con cualquier filtración que se pueda producir, según tengo entendido. La verdad, es una situación de tercera; da auténtica vergüenza. Lo único que pasa es que Lawton está acojonado.

—¿Quién le ha dicho todo esto, si se puede saber? —pregunté.

—Ah, yo sé cómo enterarme de las cosas. Hay que aguzar el oído, por ahí se habla sin parar —el hombre miró la sala de un extremo a otro—. Le diré una cosa. En este caso, Lawton está cargando la mano en exceso. No sé si se ha dado cuenta, pero no es un caso de homicidio. Nadie en su sano juicio puede pensar que lo sea. Los hechos no cuadran. Williams y Hansford tuvieron una discusión; uno de los dos agarró un arma; puede que a Williams le entrase el pánico después y que intentase apañar un poco la situación. Pero nunca hubo premeditación, eso está más claro que el agua.

—Entonces, ¿por qué fue Lawton de cabeza a por una acusación de homicidio?

—Podría ser por una cuestión política —dijo—. Puede ser que quiera un triunfo resonante después de perder el caso de los Rangers. Es posible que no quiera parecer demasiado blandengue con los hermafroditas.

—¿Con los qué? —pregunté.

—Los hermafroditas —dijo el hombre—. No se trata más que de eso, ¿no lo sabía?

—Ah, ya —dije—. Sí, eso tengo entendido.

Lawton abrió su acusación llamando a la telefonista de la policía que estaba de servicio la noche del tiroteo. La telefonista dijo que a las 2:58 de la madrugada recibió una llamada de Jim Williams en la que éste le informaba de que había tomado parte en un tiroteo que tuvo lugar en su residencia. No tenía más que añadir, dijo. Luego, Lawton llamó a Joe Goodman al estrado. Goodman comentó que Williams le había llamado entre las 2:20 y las 2:25 de la madrugada para decirle que había disparado contra Danny. Así pues, quedaba un margen de más de treinta minutos entre el tiroteo y la llamada de Williams a la policía. El resto de los testigos llamados por Lawton testificaron sobre lo ocurrido durante esa media hora y en las horas previas. Sus testimonios combinados sirvieron para fundamentar la teoría de la acusación acerca de lo ocurrido.

Williams había disparado una vez, desde el otro lado de su mesa, contra un Danny Hansford desarmado. Hansford se llevó las manos al pecho y cayó al suelo de bruces.

Entonces, Williams se levantó y dio la vuelta a la mesa, para hacer otros dos disparos a quemarropa contra Hansford, alcanzándole en la espalda y detrás de la oreja. Luego depositó su arma sobre la mesa, tomó una segunda pistola y disparó «contra sí mismo» desde el lado de Hansford, para que pareciese que Hansford le había disparado a él. Una bala atravesó unos papeles; otra dio contra una hebilla metálica que estaba sobre la mesa. Williams limpió sus huellas dactilares de esta segunda pistola, extrajo la mano de Hansford de debajo de su cuerpo y la colocó sobre el arma. Luego llamó a Joe Goodman. Mientras Goodman y su novia venían de camino, Williams recorrió su casa destrozando botellas, haciendo pedazos el reloj de pared del vestíbulo, creando un aparente escenario de caos y destrucción. Media hora después de llamar a Joe Goodman, Williams marcó el número de la policía.

Según la acusación, las pruebas de tipo físico mostraban que Williams había cometido varios errores de peso. Cuando disparó «contra sí mismo», Williams se colocó en una posición errónea. Se puso en donde estaba la cabeza de Danny; debiera haber disparado desde el lugar en que tenía los pies. En segundo lugar, las fotografías hechas por la policía en el lugar del crimen demostraban que había minúsculos fragmentos de papel encima de la Luger que Williams dijo haber empleado para disparar contra Hansford. Eso solamente podía interpretarse en el sentido de que Williams ya había disparado su arma contra Hansford y de que la dejó sobre la mesa antes de que se disparase una sola bala desde el lado de la mesa en que se encontraba Hansford, alcanzando el montón de papeles y esparciendo esos minúsculos fragmentos por encima de la mesa. En tercer lugar, se había encontrado un fragmento de bala en el asiento en que Williams dijo estar sentado cuando Danny le disparó. En cuarto lugar, la sangre de la mano de Danny Hansford estaba corrida, lo cual hacía pensar que Williams la había sacado de debajo del cuerpo para colocarla encima del arma. Lo más raro de todo era la silla situada sobre las piernas de Danny; una de las patas de la silla, además, pisaba la pernera de sus tejanos, con lo cual sólo pudo haber sido colocada allí después de que Danny hubiese muerto. La acusación sugería que Williams la había colocado ahí por pura inadvertencia mientras reordenaba la escena del crimen.

El doctor Larry Howard, director del laboratorio estatal de criminología, resumió la tesis de la fiscalía.

—El lugar del crimen —afirmó— parece haber sido manipulado.

A lo largo de los cuatro días que duraron los testimonios de la acusación, Bobby Lee Cook se levantó reiteradamente de su silla para examinar a los testigos y someterlos a una serie de careos punzantes. En un momento dado, Cook se agarró a la aparente incoherencia de la tesis de la fiscalía, según la cual Danny Hansford estaba boca abajo en el suelo cuando recibió un disparo en la cabeza. Con un gesto de lo más teatral, se tumbó en el suelo de la sala y pidió al detective Joseph Jordan que colocase su cabeza tal como se había encontrado la de Danny Hansford.

—¿Estoy ahora tal como se encontraba en el suelo el cuerpo del difunto cuando

usted lo vio? —preguntó Cook, mirando al detective Jordan.

—Incline la cabeza a la derecha —dijo el detective Jordan—. Un poco más. Eso es, casi. Eso es. Sí, señor.

—¿Se da usted cuenta —inquirió Cook— de que el punto de entrada de la bala en la cabeza se hallaba encima de la oreja derecha?

—Sí, señor —dijo el detective.

—¿Y no es cierto que el lado derecho de mi cabeza está firmemente apoyado contra el suelo?

—Correcto.

—Entonces, el disparo que recibió el difunto en la cabeza no se pudo efectuar mientras la víctima se encontraba en el suelo —dijo Cook—. Habría sido imposible alcanzarlo donde se le dio, a menos que uno se situara debajo de él para hacer el disparo.

—Así es, básicamente —dijo el detective.

—No. A decir verdad, sería completamente ilógico —replicó Cook—. Decir lo que se está diciendo equivale a pretender convencer a alguien de que se puede verter agua cuesta arriba, ¿no es así?

—Sí, señor.

En cuanto a la ausencia de huellas dactilares en el arma de Danny, el propio Lawton propició el comentario del detective Jordan, en el sentido de que la superficie granulosa de la Luger, teniendo en cuenta cómo tiene ese arma la culata, es de un tipo tal que rara vez permite la toma de huellas dactilares.

—No, desde luego. No es una superficie propicia para una toma de huellas dactilares —dijo el detective—. Es demasiado irregular.

El rasgo más condenatorio del argumento esgrimido por la acusación fue el resultado negativo de la prueba del residuo de pólvora en las manos de Danny. El detective Joseph Jordan aportó el testimonio de que había procurado preservar personalmente todo el residuo que pudiera haber en las manos de Hansford. Había envuelto las manos en sendas bolsas de papel y las había ceñido con la cinta aislante que se usa para sellar las pruebas. Randall Riddell, el técnico que llevó a cabo las pruebas para detectar la presencia de la pólvora en el laboratorio estatal de criminología, afirmó que no había encontrado ni rastro de pólvora en las manos de Danny. Cook le entró de lleno.

—Estará usted familiarizado, por supuesto, con el antimonio, el plomo y el bario —dijo Cook—. Son elementos que se utilizan de continuo en su especialidad, que es el análisis del residuo de pólvora, ¿no es cierto?

—Así es, señor —dijo Riddell.

—¿Cuál es el peso atómico del antimonio? —le preguntó Cook.

—Ahora mismo no lo recuerdo —repuso Riddell.

—¿Y el peso atómico del plomo?

—No lo recuerdo con exactitud —dijo Riddell.

—¿Y el peso atómico del bario?

—No lo recuerdo.

—¿Sabe usted el número atómico del plomo?

—No, no me resulta conocido.

—¿Sabe usted el número atómico del bario?

—No lo recuerdo.

—¿El del antimonio?

—No lo recuerdo —dijo Riddell, a quien se le iban subiendo los colores.

—¿Qué método analítico es el que empleó al examinar las tomas de las manos del señor Hansford? —preguntó Cook.

—El método de absorción atómica —replicó Riddell.

—¿Y obtuvo resultados negativos?

—Sí, señor.

—¿Se da usted cuenta —preguntó Cook— de que solamente en la zona de Atlanta las pruebas basadas en el método de absorción atómica dan resultados negativos en el sesenta por ciento de las ocasiones en que se practican sobre las manos de las personas de las que se sabe con toda certeza que se han suicidado disparando un arma de fuego con sus propias manos?

—Me gustaría ver las estadísticas, señor —contestó Riddell.

—¿Que le gustaría ver las estadísticas sobre este particular? —dijo Cook—. ¿Conoce usted al doctor Joseph Burton?

—Sí, señor —dijo Riddell—. Es el titular de medicina legal de Atlanta, según tengo entendido.

Bobby Lee Cook llamó al doctor Joseph Burton como primer testigo de la defensa. En calidad de titular de medicina legal de Atlanta, Burton había llevado a cabo unas siete mil autopsias. En la época en que se celebró el juicio contra Jim Williams, estaba trabajando en el caso del asesinato de varios niños en Atlanta, obra al parecer, según la prensa, de Wayne Williams. El doctor Burton había realizado la autopsia de nueve de las víctimas. Cook contaba con él a la hora de poner en duda la interpretación que había dado la fiscalía a buena parte de las pruebas disponibles en el caso de Jim Williams.

—Doctor Burton —empezó diciendo Cook—, ¿qué opinión tiene sobre un resultado negativo en las pruebas del residuo de pólvora que se basan en el método de la absorción atómica?

—Un resultado negativo en esos casos siempre ha tenido, para mí, un significado casi deleznable —dijo el doctor Burton—. La misma arma puede dar un resultado positivo en un disparo y negativo en otro. Es una prueba carente de validez científica. Prácticamente todos los que nos dedicamos profesionalmente a la patología forense quisiéramos que esa prueba dejara de practicarse.

El doctor Burton siguió diciendo que fue él mismo quien llevó a cabo la prueba de los residuos de pólvora en el caso de los suicidas por arma de fuego, y que sólo algo menos del cincuenta por ciento había dado positivo.

—Entonces, en su opinión —dijo Cook—, ¿un resultado negativo indica que el difunto no disparó un arma?

—No, señor. No es indicativo.

El doctor Burton añadió que había visitado Mercer House en varias ocasiones para reconstruir el tiroteo, y comentó que él era de la opinión de que todos los disparos que alcanzaron a Hansford se habían hecho desde detrás de la mesa.

—Sería físicamente imposible dar un rodeo y, realizar el tiro que le alcanzó en la espalda o el tiro que le alcanzó en la cabeza, hacer que esos disparos atravesaran el cuerpo tal como lo hicieron y que acabasen su trayectoria en donde acabaron.

Burton había interpretado los indicios tal como había sugerido el forense, el doctor Metts: la primera bala alcanzó a Hansford en el pecho y le hizo girar sobre sí mismo en sentido contrario a las agujas del reloj, lo cual explicaría que la segunda y la tercera bala le alcanzasen por la parte posterior. Burton llamó la atención sobre las pequeñas partículas de hueso craneano y de cabello que se habían encontrado en la esquina suroeste de la habitación en que se produjeron los hechos, a varios metros de donde se hallaba la cabeza de Danny.

—Esas partículas fueron desplazadas por la bala que atravesó el cuerpo —dijo—, y siguen de hecho la misma trayectoria que siguió la bala.

Por eso, Burton entendía que Williams no había dado un golpe de gracia a la víctima. Disparó tres veces en rápida sucesión.

—Pam, pam, pam, rápidamente, a la vez que el cuerpo de la víctima se iba desplomando. Así se explican las partículas de hueso y de cabello; los agujeros abiertos en el suelo, las salpicaduras de sangre y los ángulos de entrada y salida de las balas en el cuerpo.

El doctor Burton ofreció una explicación de la presencia de sangre corrida en la mano de Hansford: después de que le alcanzase el primer disparo, Hansford pudo haber soltado su pistola para llevarse la mano al pecho.

—Entonces, a la vez que su cuerpo golpeaba contra el suelo, la mano pudo haber caído bajo él, y sin embargo la desplazó a un costado del torso. La sangre, de ese modo, se habría corrido durante el tiempo en que arrastró la mano debajo de sí para sacarla de debajo. ¿Y la pata de la silla que pisaba la pernera del tejano?

—En realidad, yo no tengo nada que decir sobre la silla —dijo el doctor Burton—. No me parece indicio de un escenario retocado. De hecho, sería contrario a más de uno hablar de que el escenario está amañado, ya que parece cuando menos fuera de lugar, por no decir cosas peores, haberse sentado encima de una de sus piernas.

Cuando el doctor Burton hubo finalizado su testimonio, la defensa había respondido a la mayor parte de los argumentos esgrimidos por la acusación. Por si fuera poco, y a pesar de las protestas de Lawton, la defensa había llamado a varios

testigos, según los cuales quedó claro que Danny Hansford era un joven extremadamente violento. Un psiquiatra del Hospital Regional de Georgia comentó que se había encargado del tratamiento de Hansford después de que éste rompiera los muebles de casa de su madre, después de que amenazase con «matar a alguien». El médico dijo que fue necesario apaciguar a Hansford con tranquilizantes e internarle, porque «era una persona peligrosa para el personal del hospital y para sí mismo». Una de las enfermeras del hospital presente en aquella ocasión dijo que cuando cumplimentó la admisión de Hansford, lo clasificó como «homicida» en el impreso de admisión. Y de hecho, una semana después de su muerte Hansford tenía que haberse presentado en un juicio, para responder a la acusación de haberse peleado a puñetazos con un vecino suyo. Williams pagó la fianza de 600 dólares que hacía falta para que no esperase al juicio en la cárcel.

La opinión dominante en los pasillos del juzgado era que Bobby Lee Cook había creado dudas más que suficientes sobre la acusación de la fiscalía estatal, de manera que los miembros del jurado difícilmente hubiesen podido votar «culpable» según el dictado de su conciencia. Estaban sentadas las bases para la absolución. Ahora le tocaba el turno de prestar declaración al propio Jim Williams, para ganarse las simpatías del jurado. Era un jurado compuesto por seis mujeres y seis hombres, gente sencilla y de clase media: una secretaria, un maestro, amas de casa, una enfermera, un fontanero. Salvo una de las mujeres, que era negra, el resto de los miembros eran blancos.

Williams ocupó su sitio en el estrado vestido con un traje gris claro. Se inclinó hacia delante en señal de respeto mientras Bobby Lee Cook lo guiaba con criterio y con dulzura a través de una narración de su modesta niñez en Gordon, estado de Georgia. Williams habló de su llegada a Savannah, cuando tenía veintiún años de edad, y comentó su dedicación a la restauración de casas antiguas, sus éxitos en los negocios, su ascenso a lo más alto de la sociedad de Savannah. Habló con un tono de total confianza en sí mismo, a veces un poco altivo. Explicó que dos veces al año asistía a la subasta internacional de objetos Fabergé que se realizaba en Ginebra.

—¿Ha oído usted hablar del perfume Fabergé? —dijo Williams—. Pues no se trata de eso, en modo alguno. Karl Fabergé fue el joyero de la corte del zar de Rusia y de la mayoría de las grandes casas reales de Europa. Realizó algunas de las obras de arte más espléndidas que jamás se hayan visto en el mundo. Yo, a pequeña escala, colecciono objetos de este Fabergé.

Williams rememoró cómo había conocido a Danny Hansford.

—Fue una vez en que yo salía de mi coche, delante de la casa, y él apareció montando en bicicleta. Dijo que alguien, no recuerdo quién, le había dicho que yo contrataba a gente como él para que trabajasen en mi taller, aunque no tuvieran experiencia. Le contesté que sí, que era cierto, pero que solamente contrataba a personas dispuestas a aprender y capaces de progresar. Danny empezó decapando los muebles. Estuvo trabajando de forma discontinua durante unos dos años, a tiempo

parcial. Era frecuente que se marchase de la ciudad y que después volviera.

Con precisos y escalofriantes detalles, Williams describió los destrozos causados por Danny Hansford en su casa durante el 3 de abril, un mes antes de su muerte. Danny se encontraba en el dormitorio principal; había disparado contra el suelo y miraba con enfado a Williams, con la pistola en la mano. «¿Es que tengo que molestarte mucho más para que me mates? ¿No te basta con esto?», había dicho. Luego, salió de la casa y disparó a ciegas contra la plaza. Cuando Williams llamó a la policía, Danny subió corriendo y fingió estar dormido en la cama.

Poco después de aquel suceso, Williams le propuso a Hansford que viajase con él a Europa, pues preparaba un viaje durante el cual iba a realizar algunas adquisiciones. Williams le explicó que había empezado a encontrarse mal de salud, y que en varias ocasiones se había desmayado por un problema de hipoglucemia. Necesitaba que alguien le acompañase. «No me apetecía nada desmayarme mientras estuviera de viaje sin tener a alguien de toda confianza a mi lado, y esto por dos razones muy simples: por la salud y por el dinero». Williams iba a llevar una cantidad considerable de dinero en metálico, dijo, «porque siempre se obtienen mejores tasas de cambio si se hace sobre divisas en metálico». Le pidió en su día a Danny que lo acompañase, «porque pensé que podría controlarle».

Pero a mediados de abril Hansford dijo a Williams que tenía previsto llevarse una determinada cantidad de marihuana en el viaje, y Williams le dijo que en ese caso no pensaba dejar que fuera con él. «Danny y yo acordamos que le pediría a Joe Goodman que viniera conmigo —dijo Williams—. A los dos nos satisfizo el acuerdo. Danny podría hartarse de fumar drogas en Savannah, y yo tendría a una persona de toda confianza que me acompañase».

Una semana después, la noche del tiroteo, Danny había estallado en un nuevo ataque de furia incontenible. Tal como lo refirió Williams, Danny no dejó de hablar de que su madre lo había internado mil veces en toda clase de reformatorios, de que lo odiaba porque se parecía a su padre, del cual se había divorciado. Despotricó contra su amigo George Hill, cuyo coche quería a toda costa, y contra su novia, Bonnie, que no se quería casar con él sólo porque no tenía un trabajo estable. Luego se volvió a Williams: «¡Y tú me quitas de delante de las narices mi viaje a Europa, cabrón!». Hansford destrozó la consola de videojuegos. Williams se puso en pie y salió de la habitación en que estaban. Hansford lo agarró por el cuello y lo lanzó de un empujón contra la puerta. Williams se soltó y entró en su despacho para llamar a la policía. Danny entró detrás de él. «¿A quién estás llamando?», le preguntó.

—Tuve que inventarme algo convincente sobre la marcha —dijo Williams—. Le dije que llamaba a Joe Goodman para comunicarle que cancelaba el viaje a Europa.

Williams marcó el teléfono de Joe Goodman, y tanto él como Danny hablaron por teléfono con Goodman. Eran las 2:05 de la madrugada. La llamada no duró más que un par de minutos.

Williams continuó con su relato mientras la sala, repleta de asistentes, escuchaba

en silencio.

—Danny se sentó en una silla frente a mí, y se recostó en el respaldo. Tomó una jarra de plata y la sostuvo entre las manos, mirándola. «¿Sabes?», dijo de pronto. «No sé qué me da que esta jarrita de plata ha decidido que quiere ir volando contra aquel cuadro de allí enfrente». Era un cuadro inglés, de unos dos metros y medio por tres metros, en el que está retratada la familia Drake a mediados del XVIII. Danny me estaba mirando con cara de loco. Me puse en pie y lo señalé con el dedo. «Danny Hansford, ¡basta ya de destrozarme la casa! Y ahora, ¡márchate de aquí!». Fue entonces cuando Danny se levantó y salió al vestíbulo, desde donde oí el ruido de los estropicios. Volvió con una pistola en la mano y me dijo: «Yo me marcho mañana, pero tú te marchas esta noche».

»En el instante en que vi la Luger —dijo Williams— abrí el cajón de mi escritorio. Cuando ya me levantaba de mi sillón, me disparó una vez. Noté pasar la bala a muy corta distancia de mi brazo derecho.

En algún momento, entre las 2:20 y las 2:25, Williams llamó otra vez a Joe Goodman, esta vez para comunicarle que había disparado contra Danny.

Spencer Lawton se puso en pie para proceder al careo con el acusado. Comenzó por pedir a Williams que describiese las armas que guardaba en Mercer House: la pistola del vestíbulo, la pistola del salón que miraba al jardín interior, la pistola del estudio, la pistola del cuarto de estar. Williams se recostó en la silla con el mentón levemente levantado. Miró a Lawton con un gélido desdén, y respondió a su pregunta con sílabas cortadas. Lawton volvió a recorrer con Williams una vez más los sucesos de la noche del tiroteo, hasta llegar al punto en el que Williams dijo haber notado pasar la bala muy cerca de su brazo derecho.

—En la entrevista que concedió cuatro días después del incidente, ¿recuerda usted haber dicho a Albert Scardino, reportero de *Georgia Gazette*, que sintió la primera bala pasar muy cerca de su brazo izquierdo?

—Señor Lawton —dijo Williams—, en esas condiciones no me dediqué a tomar nota de lo ocurrido, la verdad.

—Podría ser —insistió Lawton— que tuviera usted algunas dudas sobre el lado por el cual le pasó la bala, debido a que usted se encontraba al otro lado de la mesa cuando disparó contra los papeles de encima de la mesa?

—Yo no disparé nunca contra los papeles de encima de ninguna mesa. ¿De qué me está hablando?

—¿No podría ser que, por consiguiente, al pensar en qué posición se encontraba en ese momento, haya confundido sin querer un lado y otro?

Williams lo miró desde el estrado con un inocultable gesto de aborrecimiento. Había adquirido un aire obstinado e imperioso; ni siquiera parecía estar levemente a la defensiva. Al mundo entero podría haberle parecido, en ese momento, el zar en

persona con sus gemelos de Fabergé, o el emperador Maximiliano sentado ante su escritorio con incrustaciones de oro. Williams parecía haber asumido el tedio altanero de todos los monarcas y aristócratas cuyos retratos y baratijas preferidas eran ahora de su propiedad.

Lawton pasó a otra cuestión.

—Ha dado usted testimonio largo y tendido sobre sus relaciones con Danny Hansford. Al margen del hecho de que, como usted mismo refiere, él le atacó, ¿tenía usted algún motivo por el cual pudo desear su muerte?

—No, en absoluto.

—¿No tenía ningún resentimiento en particular por él? ¿No le desagradaba, no le enojaba su talante?

—Si hubiera sido así, difícilmente habría estado conmigo. Yo intenté en todo momento enderezar su vida. Intenté ayudarlo, y es evidente que hizo algunos progresos.

—Debo decir —señaló Lawton— que, a juzgar por lo que usted ha dicho, parece haberse mostrado usted de una exquisita solicitud con todas sus necesidades. ¿Tuvo usted algún sentimiento inusual por él, no es así?

—¿Qué sentimiento inusual? —le interrumpió Williams.

—Tengo la impresión de que usted consideraba de alguna manera que era su obligación personal salvarle de sí mismo.

—No, yo solamente intenté ayudarlo para que llegara a ser alguien en esta vida. Danny me dijo en varias ocasiones que yo era la única persona que había intentado ayudarlo en serio, que yo era la única persona que no se había limitado a utilizarle.

—Bien —siguió Lawton—, no quisiera parecer indiscreto, pero quisiera entender cuál era la naturaleza de la relación, y...

—Por mí no hay ningún problema —dijo Williams.

—¿Qué era lo que hacía exactamente para usted? ¿Era su chófer?

—Sí.

—Creo que según ha testificado usted, también lo contrató con otras dos actividades en mente. En primer lugar, como empleado a tiempo parcial en su taller; en segundo lugar, para que cuidase de usted, ya que andaba delicado de salud. ¿Es cierto?

—Sí, lo es. Danny solía venir a ver cómo me encontraba. A veces pasaba la noche en la casa; a veces venía con su novia, y los dos se quedaban a dormir en mi casa.

—¿Le llegó a pagar alguna otra vez por algún servicio o trabajo distinto de los que hemos descrito?

—Sí, también hacía los portes de los muebles en la furgoneta de mi taller.

—¿No le pagó a cambio de ningún otro servicio o trabajo que él hiciera?

—¿Qué pretende insinuar? —preguntó Williams con frialdad—. ¿Qué otro trabajo pudo hacer?

—Nada más se lo pregunto para saber si hubo algo más. Sólo deseo asegurarme

de haber entendido bien la naturaleza de la relación.

Llegados a este punto, era Spencer Lawton el que estaba tocando a su testigo como si fuese un contrabajo. Cuanto más terco y más evasivo se mostraba Williams, más parecía Lawton a favor de su actitud. Su intención no era ni mucho menos pescar a Williams con anzuelo, sino lograr que se sintiera a sus anchas y que de ese modo fuese dibujando él mismo las reglas del juego de acuerdo con sus intenciones. Aún le preguntó a Williams una vez más si deseaba añadir alguna cosa más sobre su relación con Danny.

—La situación que hemos perfilado, ¿describe plenamente sus relaciones con Danny?

—Ajá.

—¿Eso quiere decir que sí?

—Sí.

Williams parecía contener una sonrisa. Tenía la sensación de ir ganando este pulso de voluntades. No se había quebrado bajo los insistentes sondeos de Lawton. Había conseguido llegar al final de su testimonio y su buen nombre seguía intacto. De ahí en adelante, todo estaría a su favor. El estrado iban a ocuparlo después de él siete testigos intachables, siete de los ciudadanos más sobresalientes de Savannah, que darían su testimonio de cargo. Estaban esperando en el pasillo, sin oír el desarrollo del juicio. Eran Alice Dowling, la viuda del difunto embajador Dowling; George Patterson, un ex presidente de banco que ya peinaba canas y estaba jubilado; Hal Hoerner, otro banquero jubilado; Carol Fulton, la hermosa y rubia esposa del doctor Tod Fulton; Lucille Wright, la famosa empresaria de *catering* que servía en las grandes fiestas de la alta sociedad. Éstos, junto con algunos más, esperaban el momento de comunicar al jurado sus impresiones sobre el talante pacífico y el buen carácter de Jim Williams. Williams bajó del estrado dispuesto a esperar el refrendo de sus amistades y la conclusión del juicio.

Pero esos refrendos iban a tener que esperar. Spencer Lawton anunció que deseaba llamar a dos testigos para refutar el testimonio que había dado Williams.

—Si la sala no tiene inconveniente —dijo—, convoco al estrado al próximo testigo de la acusación. George Hill.

George Hill era un joven de veinticuatro años de edad. Tenía el cabello negro y rizado y era corpulento. Ocupó el estrado de los testigos y se identificó como trabajador a bordo de un remolcador que operaba en Thunderbolt. Había sido, además, el mejor amigo de Danny Hansford. Y conocía personalmente a Jim Williams. Lawton le pidió que identificase a Jim Williams, caso de que lo viese en la sala. Hill lo señaló sin dudar un instante.

—Sabe usted si Danny Hansford tenía alguna clase de relación con Jim Williams?
—le preguntó Lawton.

—Sí, sí lo sé —dijo Hill.

—¿Y qué es lo que sabe usted de esa relación?

—Bueno... El señor Williams daba dinero a Danny cada vez que éste necesitaba pasta. Le compró incluso un coche estupendo, a cambio de acostarse con él.

—¿A cambio de qué? ¿Quién...? Perdón, creo que no le he entendido.

—A cambio de que Danny se acostase con él.

—¿Cómo lo sabe?

—Danny y yo hablamos de esto unas cuantas veces. Danny me dijo que a él le gustaba el dinero y todo lo que el dinero trae consigo. Dijo que él no tenía el menor inconveniente si el señor Williams estaba dispuesto a pagarle por chuparle la polla.

Las palabras de George Hill quedaron enmarcadas en el silencio. Lawton hizo una pausa para que no pasaran desapercibidas, para que su efecto fuese más intenso. Los miembros del jurado se miraron de reojo unos a otros. Blanche Williams bajó la mirada. El adicto a los juicios que seguía estando delante de mí se rió como siempre en silencio.

Bobby Lee Cook permaneció sentado y guardó un pétreo silencio. Ese mismo día, mucho antes, había expuesto sus protestas formales durante la sesión previa que sostuvo en la cámara del juez Oliver, por el hecho de que Lawton insistiera en llamar a George Hill para que dijera precisamente lo que acababa de decir. Cook indicó al juez que todo testimonio basado en lo que Danny Hansford hubiese podido decir a Hill constituiría un simple rumor inadmisibles, sin la menor solidez. Apremió al juez Oliver que fuera cauteloso. Si se permitía a George Hill cruzar esa línea, sería imposible que el jurado hiciera caso omiso de lo que él dijera.

—No se puede amortiguar esa campanilla —había dicho Bobby Lee Cook—. No se puede lanzar una mofeta entre los miembros del jurado y luego convencerles de que no han percibido el mal olor.

Pero Lawton sostuvo que el testimonio de George Hill introduciría una posible motivación del crimen, y el juez Oliver decidió que podía testificar.

—¿Le habló Danny de alguna de las desavenencias que hubiese podido tener con el señor Williams? —continuó Lawton.

—Bueno, alguna de las veces que estuve allí —dijo Hill— vi alguna que otra pequeña discusión, sobre todo cuando el señor Williams se negaba a dar a Danny el dinero que éste le pedía. Una vez, aunque yo no estaba presente cuando tuvieron la discusión, Danny había empezado a salir con una chica llamada Bonnie Waters, cosa que al señor Williams no le hizo ninguna gracia. Le compró a Danny un collar de oro que valía cuatrocientos dólares, en el bien entendido de que Danny dejaría de salir con esa chica. Danny le regaló el collar a Bonnie y la llevó a casa de Williams con el collar puesto. Williams se debió de cabrear mucho, y le dijo que recogiese sus cosas y que se largase. Danny se preocupó mucho, porque esa vez sí parecía haber perdido para siempre su principal fuente de ingresos.

—¿Cuándo sucedió esto?

—Más o menos dos noches antes de que muriese.

Para abordar el careo, Bobby Lee Cook adoptó un tono afable, casi de pariente y

benefactor. Pidió a Hill que comentase al jurado su afición a las armas; Hill tenía dos pistolas y cuatro rifles; le pidió que recordase aquella vez en que había acosado a otro muchacho, con el resultado de que el padre de éste derribó a patadas la puerta de la habitación en que estaban los dos. Cook pidió también a Hill que relatase cómo había sido arrestado, junto con otro amigo suyo, por reventar a tiros quince farolas del alumbrado público.

Cook también quiso saber por qué no había dicho nada George Hill a las autoridades en lo tocante al collar y también al trato que mantenían Danny Hansford y Jim Williams, callando por espacio de seis meses y decidiendo en cambio hablar en el juicio.

—Cuando finalmente decidió hablar de todo esto con alguien —dijo Cook—, ¿a quién se lo dijo?

—Bueno —dijo Hill—, es que la madre de Danny se puso en contacto conmigo y me pidió que hablase con su abogado, o con alguien de la fiscalía del distrito.

—Ah, así que la madre de Danny se puso en contacto con usted —Cook adoptó un convincente aire de total sorpresa.

—Sí, señor.

—Imagino que se puso en contacto con usted y le dijo que había puesto un pleito contra Jim Williams, ¿no es cierto? Y le diría seguramente, ¿no es cierto?, que estaba decidida a hacer lo que fuera para cobrar nada menos que diez millones de dólares de Jim Williams, y que estaba dispuesta a darle una parte del dinero.

—Eso es mentira —dijo Hill—, y no creo que sea muy cortés por su parte insinuar cosas como ésa.

Le tocó a Bobby Lee Cook el turno de hacer una pausa y dejar que el silencio de la sala subrayase lo que se acababa de comentar.

El segundo testigo de descargo que presentó Spencer Lawton fue otro joven amigo de Danny Hansford, un tal Greg Kerr. Kerr tenía veintidós años, era rubio y trabajaba en la redacción del *Savannah Evening Press*. Llevaba unas gafas de montura metálica y estaba visiblemente nervioso. A sabiendas de que muy probablemente terminarían por echárselo en cara, empezó por barbotear todos los puntos negros de su trayectoria personal que se le ocurrieron. Había sido detenido por tenencia de drogas y por obstrucción a la justicia; había estado implicado en «el ambiente homosexual» desde que fue seducido por uno de sus profesores en el instituto. Sin embargo, su último lance homosexual había tenido lugar tres semanas antes, según dijo, y había terminado para siempre con esas aficiones.

—¿Tiene por sí mismo conocimiento de las relaciones que Danny Hansford pudo mantener con Jim Williams? —le preguntó Lawton.

—Sí —dijo Kerr.

—¿Cómo es que lo sabe? —preguntó Lawton.

—Fui una vez a su casa para jugar unas partidas de *backgammon*, y Danny salió de la habitación o fue al cuarto de baño, no recuerdo bien. Yo comenté que era un

joven muy agradable y muy guapo; el señor Williams dijo que sí, y añadió que era muy bueno en la cama y que estaba muy bien dotado.

—¿Era Danny consumidor habitual de alguna droga? —preguntó Lawton.

—Sí —contestó Kerr—. Una vez en que yo estuve en la casa estuvo consumiendo marihuana.

—¿Le dijo alguna vez de dónde la sacaba?

—Sí. Me dijo que Jim le compraba todas las drogas que quisiera.

Bobby Lee Cook se puso en pie de un salto.

—Señoría —dijo—, esto es la habladuría más apestosa y más infundada que he oído nunca.

El juez Oliver dijo que se aceptaba la protesta.

En el careo posterior, John Wright Jones sacó a relucir el hecho de que, a mitad de aquella partida de *backgammon*, Jim Williams acusó a Greg Kerr de hacer trampas, y comentó que incluso llegó a golpearle en la cabeza con el tablero de *backgammon*. Por eso, el testimonio de Kerr bien podía estar basado en el despecho y en el resentimiento. Pero Kerr insistió en que no. Dijo que al leer un ejemplar del *Evening Press* de esa misma semana, se enteró de que Danny Hansford había sido descrito en el juicio como una persona de temperamento violento. Por eso decidió Greg Kerr que su deber era testimoniar lo contrario.

—El señor Williams me aseguró muchas veces que era inocente —dijo Kerr—, e iba por ahí alardeando de que pensaba apelar tantas veces como fuera necesario. Por eso entendí que, en fin, el señor Hansford está muerto, ¿no es así?, y que al ver cómo estaba siendo desprestigiado por todo el mundo, era mi deber presentarme en esta sala. Llamé al señor Lawton creo que a eso de las diez y media de ayer noche.

—¿Y por qué no se ofreció antes a testimoniar? —le preguntó Jones.

—Pensé muchas veces en ofrecerme antes, pero me daba miedo, porque seguía estando implicado en el ambiente homosexual, y por eso pensé que no sería conveniente.

—¿Y cuándo dice que por fin se ha desligado del «ambiente homosexual», como usted lo llama?

—Bueno, he intentado cortar con todo eso desde hace tres o cuatro años. Tuve una experiencia homosexual, la última, hace unas tres semanas. Apenas me acuerdo de eso, pero antes de esa vez había pasado mes y medio al margen de esas historias. Ahora las cosas me van bien, y no pienso volver a caer en ese tipo de vida, porque es algo malo, en la Biblia se dice que es malo, y por eso pido por favor a todos los homosexuales que me estén oyendo que lo dejen mientras puedan, porque van a terminar convertidos en unos vejestorios debiluchos y tarados, y entonces nadie los querrá ver ni en pintura. Yo aún soy joven y ya he salido de todo eso.

—A estas alturas lleva fuera de eso sólo tres semanas.

—Lo he dejado, en serio, para siempre.

—No hay más preguntas —dijo Jones.

Greg Kerr se puso en pie y salió de la sala.

Bobby Lee Cook se puso en pie sin moverse de la mesa de la defensa.

—La defensa pide que se persone la señora Dowling, por favor.

Alice Dowling, viuda del fallecido embajador, entró en la sala con una sonrisa inmensa y sin tener la menor idea de lo que allí se había ventilado mientras ella y los demás testigos de cargo esperaban en el pasillo. Dijo que había conocido a Jim Williams desde que éste fue asesor de la restauración de la casa que ella poseía en Oglethorpe Avenue.

—¿Ha tenido ocasión de visitar al señor Williams en su casa, con ocasión de sus festejos y recepciones, y en alguna ocasión de tipo social? —preguntó Cook.

—Sí, así es —contestó la señora Dowling con toda cortesía—. Desde hace años hemos asistido a sus fiestas de Navidad.

—En alguna de esas ocasiones ¿ha notado algo que indicase el uso de drogas por parte del señor Williams, o bien que éste mirase las drogas con buenos ojos?

—No, nunca —dijo la señora Dowling.

Spencer Lawton pasó al careo con la señora Dowling.

—Señora Dowling, ¿sabe usted algo de la relación que Jim Williams pudo mantener con un joven llamado Danny Hansford?

—No, señor —dijo la señora Dowling—. No sé absolutamente nada de la vida privada del señor Williams.

—Muchas gracias —dijo Lawton—. Es suficiente.

Uno a uno, los muy respetables amigos de Jim Williams entraron en la sala y se sentaron en el estrado para dar fe de su buen carácter. Uno a uno, dijeron todos que habían estado en sus maravillosas fiestas de Navidad, que nunca vieron que se consumieran drogas ni tampoco que él viese con buenos ojos el consumo de drogas, y que no sabían nada de Danny Hansford.

Una vez concluido el desfile de los testigos, el juez indicó la suspensión del juicio durante el fin de semana, no sin antes advertir severamente a los miembros del jurado de que bajo ningún concepto debían hablar del caso con nadie, aparte de que su deber era abstenerse de ver la televisión o leer los periódicos, por si acaso incluían alguna información sobre el juicio. El lunes se reanudaría el juicio para oír los argumentos y las conclusiones de la fiscalía y de la defensa, así como las instrucciones que el juez decidiera dar al jurado.

El domingo —puede que fuese intencional, puede que no—, el *Savannah Morning News* publicó un artículo sobre las penosas condiciones en que vivían los presos de la cárcel del condado de Chatham. Un juez federal había visitado las instalaciones y las calificaba de «malsanas». Se había quedado sobrecogido, decía, por la carencia de instalaciones sanitarias. Los presos estaban «hacinados, mal alimentados, sucios; no disponen de atenciones médicas». El edificio solamente tenía tres años de antigüedad, era una moderna estructura de cemento rodeada por una escueta franja de césped. De noche estaba iluminado por potentes focos, y parecía tan

limpio y tan apacible como una sucursal bancaria en Palm Springs. Ahora bien, el interior era muy diferente. Reinaba el caos, al menos según explicaba el juez federal. «No hay supervisión de ninguna clase —decía—. El servicio de alimentación está penosamente llevado».

El lunes por la mañana, el ambiente de la sala del juzgado era tenso. Las revelaciones sobre la cárcel del condado parecían haber aumentado notablemente el interés por el juicio y por lo que allí estaba en juego. Spencer Lawton se puso en pie para exponer sus conclusiones.

—En el caso de Jim Williams no es solamente su hipoglucemia lo único que parece deficiente. Hay mucho más. Jim Williams es un hombre de cincuenta años. Tiene una inmensa riqueza, es un hombre de evidente sofisticación. Vive en una mansión elegante, suntuosa, diría yo; viaja al extranjero dos veces al año. Tiene muchos amigos poderosos e influyentes. Pero eso no es todo. Tiene una casa repleta de pistolas Luger de fabricación alemana, todas ellas cargadas y listas para ser utilizadas. Tiene el ornamento del capó de un coche nazi encima de su escritorio. Tiene un anillo de oficial nazi, con la calavera y las tibias cruzadas en el sello.

»Danny Hansford era un joven inmaduro, carente de educación elemental y de la más sencilla sofisticación; era un joven confuso y temperamental, preocupado por toda clase de sentimientos de traición y de rechazo, que había vivido incluso a manos de su madre, según señalaba el propio Jim Williams. Quiero subrayar que, a mi entender, Danny Hansford era un joven mucho más trágico que perverso. ¿No es acaso bien fácil imaginar qué inmensa impresión tuvo que sufrir un joven como él al vivir en casa de Jim Williams y al mantener cierta amistad con un hombre de la talla de Jim Williams?

»Danny Hansford nunca fue una persona por la que Jim Williams se preocupase realmente. No fue más que un peón, un simple peón en un nauseabundo juego de explotaciones y manipulaciones. Es posible que Danny se tuviera por una especie de chapero. Bueno, yo entiendo que perdió la cabeza y que se metió a fondo en este juego. Jugaba a ganar contra todo un profesional, y lejos de rozar siquiera el empate terminó por ser el perdedor. Yo no creo que fuese un chapero; creo que, si acaso, fue chuleado y prostituido por otras personas. Creo que fue más o menos lo mismo que un prisionero en un cómodo campo de concentración, en el cual la tortura no era física, sino emocional y psicológica.

»Existen razones abundantes y de verdadero peso para preguntarse por qué demonios, si se me permite la expresión, quiso Jim Williams mantener a su lado a una persona de la que sabía perfectamente que carecía de habilidad y de conocimientos, que no era digna de confianza, que padecía una gran inestabilidad emocional, que rayaba la psicosis depresiva; es difícil de entender por qué quiso Jim Williams que una persona así le protegiese y le atendiese en los momentos de mayor necesidad, cuando sufría desmayos e incluso episodios de coma clínico. Existen toda clase de motivos para preguntarse por qué quiso Jim Williams llevarse

voluntariamente a Europa a una persona de la que él mismo ha subrayado su carácter delictivo, violento y psicópata.

Lawton fue elocuente y venenoso. Habló con gran suavidad, tal como había hablado durante los seis días que duró el juicio, aunque su cólera y su convicción de estar en posesión de la verdad atronó la sala como un clamor.

—Lo que ocurrió fue lisa y llanamente un homicidio —dijo Lawton—. El argumento de la defensa propia no es más que una engañifa; no llegó a ser así. A menudo se cita a Thomas Hobbes, el filósofo, para subrayar que la vida es algo ingrato, brutal, demasiado breve. No cabe duda de que Danny Hansford hubiese refrendado esa opinión, especialmente durante los últimos quince o veinte segundos de su vida, mientras toda su existencia se le escapaba y empapaba la alfombra persa de Jim Williams.

Fue durante la exposición de sus conclusiones, en los últimos compases del juicio, cuando Lawton introdujo un elemento nuevo y diabólico en la teoría de la acusación y en su explicación de lo ocurrido. Lawton sugirió que el anterior episodio de violencia en Mercer House, los destrozos que causó Danny la noche del 3 de abril, cuando arrasó parte del vestíbulo y disparó contra el suelo del dormitorio, era todo pura patraña. Williams lo había montado todo, sugirió Lawton, como preludeo para asesinar a Hansford un mes más tarde.

—¿No podría tratarse de un montaje? —se preguntó—. ¿No pudo Jim Williams suponer que a estas alturas le iba a tocar testimoniar en esta sala que se había visto obligado a matar a Danny Hansford en defensa propia? ¿No quiso Williams contar con ciertas pruebas que demostrasen la naturaleza violenta de Danny? ¿No quiso acaso dejar en los archivos de la policía muestras concluyentes del desequilibrio de Danny, mientras éste dormía plácidamente en el piso de arriba?

Lawton propuso de ese modo que la muerte a tiros de Danny Hansford no había sido ni un acto de legítima defensa propia ni un crimen pasional, sino un homicidio cuidadosamente planeado. Dio a entender que la noche del 3 de abril, mientras Danny Hansford dormía en el piso de arriba, Williams destrozaba en la planta baja una mesa con sobre de mármol, un botellón de cristal tallado haciéndolo añicos contra el suelo, varias porcelanas del siglo XVIII, para terminar por disparar una Luger al aire, en plena Monterrey Square, y todo esto con la única intención de llamar después a la policía y de culpar de lo ocurrido a Danny Hansford. ¿Cómo es que no despertó a Danny el disparo contra el suelo del dormitorio? Muy sencillo: porque, según la teoría de Lawton, nadie disparó un tiro aquella noche contra el suelo del dormitorio. El agujero de bala del suelo del dormitorio era un agujero antiguo. Lawton disponía de pruebas concluyentes al respecto.

El cabo Michael Anderson, el oficial de la policía que fue a Mercer House aquella noche, había testificado sobre ese incidente anterior. «Levantamos la alfombra y vimos, en efecto, un agujero de bala en el suelo, pero no fue posible encontrar el casquillo. No nos fue posible precisar por tanto si era un agujero recién hecho o un

agujero ya antiguo».

En sus comentarios finales, Lawton dijo lo siguiente al jurado: —Es evidente que el cabo Anderson nunca llegó a pensar que el agujero lo hubiese hecho Danny Hansford.

Bobby Lee Cook, que ya había expuesto sus conclusiones, no pudo responder a la asombrosa alegación de Lawton.

Cuando éste hubo terminado, el juez suspendió la vista durante el resto del día. A la mañana siguiente, la sala volvió a llenarse al máximo de su aforo. El juez Oliver dio lectura a una larga lista de recomendaciones y excusó al jurado, que se reunió en la sala contigua para considerar el veredicto.

Tres horas después corrió la voz por todo el juzgado de que el jurado volvía a la sala. El oficial llamó a la sala al orden y los miembros del jurado ocuparon sus asientos.

—Señor portavoz del jurado, ¿han llegado los miembros del jurado a un veredicto concluyente?

—Sí, señor —dijo el portavoz.

—¿Quiere entregarle el veredicto al oficial para que se ocupe de promulgarlo?

El portavoz entregó una hoja de papel al oficial, que se puso en pie y lo leyó.

—Nosotros, miembros del jurado, consideramos al acusado culpable de homicidio.

Un suspiro de total sorpresa se oyó por toda la sala.

—La sentencia es de cadena perpetua —dijo Oliver.

Dos oficiales se acercaron a Williams y lo escoltaron hacia una portezuela que había tras el estrado del jurado. Antes de atravesar la puerta, Williams hizo una breve pausa y volvió la vista atrás, con expresión imperturbable y los ojos oscuros tan impenetrables como siempre.

Los espectadores fueron saliendo de la sala a los pasillos, arremolinándose en torno a Bobby Lee Cook, que era centro de los focos de las cámaras de televisión y que expresaba su desconcierto y su decepción por lo ocurrido, al tiempo que anunciaba que pensaba apelar en cuestión de pocos días. Mientras hablaba, una figura solitaria rodeó a la multitud y tomó uno de los ascensores sin que los reporteros se fijasen en ella. Era Emily Bannister, la madre de Danny Hansford. Se dio la vuelta cuando las puertas del ascensor se cerraban. No fue tanto una sonrisa lo que le cruzó por la cara, sino una mirada de tranquila satisfacción.

UN AGUJERO EN EL SUELO

Jim Williams había empezado el día arropado por la grandeza y la amplitud de Mercer House y lo había terminado en los desangelados y estrechos confines de la cárcel del condado de Chatham. Su vida social de campanillas, todo su relumbrón y su buen tono habían terminado de golpe. La crema y nata de la alta sociedad de Savannah nunca más volvería a desvivirse con tal de ser invitada a sus fiestas extravagantes. Williams pasaría el resto de sus días en compañía de vulgares ladrones, de atracadores de medio pelo, de violadores y otros asesinos: exactamente el tipo de individuo que mejor representaba el «elemento criminal» que el propio Williams había desdeñado en público.

La enormidad de la caída de Williams, unida a la súbita brusquedad con que se había producido, sacudió a toda Savannah. Tuvo todas las características de un homenaje a Williams la dificultad que manifestó el público a la hora de creer que realmente hubiese podido caer tan bajo. Nada más que doce horas después de que fuese escoltado y custodiado a la salida de la sala corrió el rumor de que ya estaba reorganizando su vida tras las rejas, de modo que las cosas fuesen allí dentro más acordes con sus gustos personales.

—De entrada, ya ha conseguido que le lleven la comida de fuera —dijo Prentiss Crowe—. Tengo entendido que eso ya está hecho, que los almuerzos se los servirá la señora Wilkes, de su pensión, y que las cenas se las llevará Johnny Harris los días impares y Elizabeth's los pares. Ya ha hecho la lista de los muebles que quiere que le lleven a la celda: un colchón más confortable y un escritorio de estilo Regencia.

Los funcionarios de la prisión desmintieron que Williams estuviera recibiendo ningún trato de favor; insistieron en que iba a ser tratado como el resto de los internos de la cárcel del condado de Chatham. Y no hacía falta ser muy avisado para comprender que ésa fue una mala noticia para Williams. Más ominoso aún, sin embargo, fue el posible destino que le aguardaba en la Penitenciaría del Estado de Reidsville, adonde era harto probable que lo trasladasen para cumplir condena. Reidsville era una de las cárceles consideradas duras, y estaba situada a unos cien kilómetros al oeste de Savannah. De hecho, en el momento mismo en que el juez Oliver dictaminó la sentencia de Williams, los internos de Reidsville se habían amotinado y habían prendido fuego a un ala del edificio. Durante su primera mañana en la cárcel de Savannah, Williams se enteró por el periódico del motín. Difícilmente pudo pasarle inadvertido, ya que venía en primera página, junto a la información de su propia condena.

Al día siguiente, Reidsville volvía a aparecer en primera página. Tres internos de color habían matado a un interno blanco. ¿Cómo? Asestándole treinta puñaladas. Tras el apuñalamiento, los funcionarios de prisiones habían llevado a cabo una inspección rigurosísima de la cárcel, y habían confiscado un pequeño arsenal de armas de fabricación casera; entre ellas, una bomba. Habida cuenta de tales circunstancias, la

auténtica cuestión no era tanto quién iba a servirle a Jim Williams sus comidas y sus cenas en la cárcel del condado de Chatham, sino si sus abogados lograrían mantenerlo de momento lejos de la penitenciaría de Reidsville.

Las especulaciones en torno a Williams y a su destino se interrumpieron repentinamente dos días más tarde, cuando el juez Oliver le concedió la libertad bajo una fianza de 200.000 dólares, pendiente de su apelación. Un enjambre de periodistas y de cámaras de televisión envolvió a Williams cuando salió por la puerta de la cárcel para subir a su Eldorado azul metálico.

—Seguirán las cosas como de costumbre, señor Williams? —le preguntó un reportero.

—¡Exactamente igual que de costumbre, maldita sea! ¡Usted lo ha dicho! —contestó.

Minutos después, estaba de regreso en Mercer House.

Al menos en apariencia, la vida de Williams sí volvió a un ritmo bastante cercano a la normalidad. Siguió vendiendo antigüedades; con permiso del juzgado, viajó a Nueva York para asistir a una recepción de etiqueta en el Museo Cowper-Hewitt, celebrada con motivo de la exposición de la colección de piezas de Fabergé propiedad de la reina Isabel de Inglaterra. Se condujo con calma, sin perder nunca los estribos; su conversación en sociedad siguió siendo un alarde de agudezas y cortesías. Ahora sin embargo era un convicto de homicidio, y a pesar del ingenio y del humor y de la ligereza, se le notaba un aura de matizada desesperación. Sus ojos negros parecían más oscuros que nunca. Siguió recibiendo invitaciones para cenar con gente de alcurnia, pero esas invitaciones escaseaban a ojos vista. Los viejos amigos le llamaban, pero no tan a menudo como antes.

En privado sí daba rienda suelta al expresar su desolación. Lo que más le amargaba no era la condena, ni tampoco el perjuicio sufrido por su reputación, ni menos aún el coste exorbitante de su defensa; era de hecho la indignidad de haber sido acusado de un crimen. Desde el primer momento dio por hecho que su palabra de caballero sería aceptada en cualquier medio, y en todo momento supuso que el asunto podría zanjarse sin demasiado ruido, tal como se habían zanjado en Savannah ese tipo de incidentes en los que se veía implicado un sospechoso de notable prominencia social —por ejemplo, el apaleamiento de un conocido frecuentador de los círculos sociales más granados, que se produjo en una playa hacía todavía poco tiempo, o bien la accidental caída por las escaleras de un adinerado personaje que estaba en trance de divorciarse de su mujer, o aquel otro caso de la solterona que embalsamó incluso el cadáver de su amante, repleto de balas, antes de llamar a la policía.

—Yo al menos llamé a la policía —me comentó Williams poco después de ser puesto en libertad condicional—. Tendría que haberles visto cómo estaban aquella noche. Cuando se difundió lo ocurrido por la radio de la policía, cuando se supo dónde había sido, empezaron a llegar en masa. Se pusieron a recorrer la casa entera

como si fuesen niños de excursión por el palacio de Versalles. Lo miraron todo una y mil veces, susurrándose unos a otros. Estuvieron en casa durante nada menos que cuatro horas. No es algo insólito, ya lo sé. Si un negro mata a otro negro en Savannah un viernes por la noche, es posible que dos policías se dejen caer por el lugar de los hechos por espacio de media hora, y con eso se termina el asunto. En cambio, la policía se dio toda una fiesta en mi casa. Cuando la fotógrafa de la policía terminó de hacer fotografías, entró en la cocina y preparó té y café, que sirvió con pastas a todos los demás compañeros. A mí sólo se me ocurrió que, en fin, era una molestia considerable, aunque seguramente sería el precio a pagar. Que se diviertan un rato, me dije, que luego todo habrá terminado. Tuvieron todos una cortesía exquisita conmigo: señor Williams tal cosa, señor Williams tal otra, ¿hay algo en que podamos ayudarle, señor Williams?... Un policía particularmente obsequioso se me acercó a decirme que habían empapado la alfombra con soda, para que la sangre de Danny no dejara una mancha que no se pudiera quitar. Le di las gracias por haber sido tan atento. Después, en la comisaría de policía, comenzamos lo que yo supuse que era el papeleo de rutina. Los policías estaban tan cordiales que no me di ni cuenta de que estaba acusado de homicidio hasta que lo leí en el periódico al día siguiente.

El más hondo resentimiento de Williams no tenía por objeto la policía, claro está. Estaba dirigido en cambio contra la alta sociedad de Savannah, contra la estructura del poder que la dominaba.

—Los herederos de las grandes familias de Savannah saben desde que nacen que existe un orden de prelación del cual no es posible salirse —dijo—, a menos que uno se marche de la ciudad para siempre. Tienen que asistir a una escuela de enseñanza media como mandan los cánones, ya sea Savannah Country Day o Woodberry Forest; luego, han de ir a universidades que estén a la altura, no hace tampoco falta que sean las primeras del país, y al terminar sus estudios vuelven a casita, a formar parte del equipo. Tienen que ponerse a trabajar en una determinada empresa, o trabajar a las órdenes de un determinado hombre, para ir trepando poco a poco. Tienen que casarse con una chica que reúna las condiciones necesarias, de familia y de formación, ya sabe. Luego han de engendrar una familia como es debido; tienen que ser miembros destacados de Christ Church o de Saint John. Tienen que ingresar en el Oglethorpe Club, en el club náutico, en el club de golf. Por último, cuando ya tienen cincuenta y pico o incluso sesenta y pico, pueden decir que lo han hecho todo, que han cumplido. Pero lo cierto es que para entonces están quemados, son infelices, se sienten vacíos, lejos de haber realizado sus sueños. Engañan a sus mujeres, aborrecen su trabajo, llevan una vida espantosa, son auténticos fracasados, eso sí, disfrazados de ciudadanos más que respetables. Sus mujeres, la mayor parte, son poco más que prostitutas a las que se paga por realizar un trabajo a largo plazo; la mayor diferencia que tienen con las prostitutas de verdad es que cuando se tienen en cuenta las casas, los coches, las ropas, los clubes, los yates y todo eso, las respetables señoras de Savannah se llevan mucha más pasta por cada polvo que las furcias de la calle.

Cuando ese tipo de gente ve a una persona como yo, que jamás se ha plegado a ese estúpido orden de prelación, que ha asumido riesgos considerables y que ha tenido éxito, lisa y llanamente aborrecen a esa persona. Es algo que he sentido muchas veces en mis propias carnes. Sobre mí no tienen ningún poder, no tienen nada que decirme a modo de censura o reconvención, y eso es algo que les disgusta sobremanera.

A pesar de su amargura, Williams estaba tranquilo, confiaba en que su apelación saliera bien. Si no fuera así, tenía un par de ideas para tomarse tal vez una abultada revancha contra Savannah. Y estaba dispuesto a utilizar Mercer House como instrumento de su venganza.

—No sé, a lo mejor convierto la mansión en un centro de caridad —musitó—, con tal de que sea reconvertida en un centro de rehabilitación de drogadictos. Tiene tamaño suficiente para acoger y asistir a varios cientos de drogadictos al día, ¿no le parece? Los adictos podrían hacer uso de Monterrey Square, que así se convertiría en una simpática sala de espera al aire libre. A los vecinos eso les volvería locos, sobre todo a gente tan socialmente destacada como los Adler. Pero poco podrían objetar a un gesto de vocación pública como ése, ¿no cree?

—¿Y si la madre de Danny Hansford ganase el pleito y se viera obligado a indemnizarle con los diez millones de dólares que ella reclama? ¿No caería la casa en sus manos?

—La madre de Danny jamás vivirá en Mercer House —repuso—, porque antes la destruiría. Ojo, que no sería cosa fácil, porque es una casa de lo más sólida. Los tabiques interiores son de ladrillo, como los muros exteriores y los muros de carga. Pero le explicaré qué es lo que haría en tal caso: abriría un gran boquete en el techo de las cuatro habitaciones de las esquinas, en la primera planta. Embadurnaría de amonal los agujeros y volaría la casa en pedazos. Tengo todas las garantías necesarias de que de ese modo derruiría la casa entera. En Georgia, el incendio provocado sólo es delito si con ello se pretende cobrar el seguro. Mercer House carece de seguro. La madre de Danny se encontraría con un terrenito espléndido, sólo que sin edificación ninguna. Luego, que haga lo que quiera.

Al mismo tiempo que Jim Williams calculaba dónde abrir los agujeros en el suelo de Mercer House, el Tribunal Supremo del Estado de Georgia había concentrado su atención en un agujero ya existente: el agujero que había en el suelo del dormitorio de la primera planta. Tratábase de un agujero presuntamente hecho por Danny Hansford la noche en que destrozó parte de la casa, un mes antes de que fuese asesinado. Era el agujero acerca del cual el oficial que llevó a cabo la detención, el cabo Anderson, había testificado diciendo que «no nos fue posible precisar por tanto si era un agujero recién hecho o un agujero ya antiguo». Apoyándose en ese comentario incidental, Spencer Lawton insinuó que el agujero de bala ya era antiguo, y que Williams había falseado el incidente como base sobre la cual aduciría que había matado a Hansford

en legítima defensa un mes más tarde.

Semanas después de que el veredicto fuese promulgado, Bobby Lee Cook recibió un sobre de una fuente anónima, aunque procedente de la oficina del fiscal del distrito. En su interior encontró una copia del informe policial redactado por el cabo Anderson la noche de aquel incidente. En el informe se decía lo siguiente: «*Encontramos en efecto un agujero de bala recién hecho en el suelo*». Así se contradecía el testimonio que había prestado bajo juramento durante el juicio.

La defensa obtuvo una copia corregida del informe escrito por Anderson, por orden del tribunal, antes del juicio, pero descubrió después que Lawton había eliminado esa frase del mismo. Cuando Bobby Lee Cook pudo ver el texto entero, se dio cuenta de inmediato de que el recorte de Lawton era calificable de manipulación deliberada y fraudulenta durante un proceso judicial. Ahí basó el argumento capital de su apelación ante el Tribunal Supremo del Estado de Georgia. El tribunal contestó con evidente enojo, citando la «escandalosa incoherencia» de las dos declaraciones del cabo Anderson, y denunció el intento hecho por Lawton para encubrirla. «No podemos aprobar y de ninguna manera aprobaremos la corrupción que pueda desvirtuar la función de búsqueda de la verdad que ha de tener todo proceso judicial», se decía en la declaración unánimemente firmada por todos los miembros del Supremo. «El juicio queda invalidado. Es preciso llevar a cabo un nuevo proceso judicial».

MEDIANOCHE EN EL JARDÍN DEL BIEN Y DEL MAL

A pesar de la conmoción desatada por la invalidación del juicio en el que se condenó a Jim Williams, el fallo del Tribunal Supremo del Estado de Georgia pareció en principio no ser más que un aplazamiento provisional de la sentencia que le esperaba. El agujero del suelo había sido un detalle nimio, sin la menor importancia en el juicio; los puntos de mayor relevancia en la argumentación de Spencer Lawton contra Williams seguían estando intactos. Parecía evidente que Williams tendría que armar una defensa más resistente en el segundo juicio; en caso contrario, el resultado final tenía todas las probabilidades de ser la misma condena.

No obstante, Williams estaba exultante. Se jactaba de que la invalidación le daba la razón por completo. Se le llenaba la boca al afirmar que el modo en que estaba escrito el fallo del Supremo demostraba que tanto Spencer Lawton como la policía eran un hatajo de mentirosos. Williams también fue avisando aquí y allá, como quien no quiere la cosa, de que su defensa iba a estar mucho más armada en esta segunda oportunidad.

—A partir de ahora, las cosas van a ir por donde yo quiero que vayan —decía guiñando el ojo y mirando a su interlocutor con aire de complicidad—. Ya hay ciertas fuerzas que inciden en todo esto.

Dejaba deliberadamente que sus oyentes quedasen preguntándose si tan sólo quería decir que las simpatías del público habían virado y estaban a su favor, o, de modo menos claro, más siniestro, que había hecho lo preciso para cerciorarse de ciertas intervenciones.

Williams me invitó a pasar un rato en Mercer House. Me lo encontré sentado ante el escritorio de su estudio, tomándose un vodka con tónica. Me regaló abundantes historias sobre sus últimos asuntos de mayor interés, el «corrupto» Spencer Lawton y el «tendencioso y estúpido» juez Oliver. Después pasó a perorar sobre aquellas misteriosas fuerzas que obraban a su favor.

—Ya sabe usted, yo nunca he tenido la menor duda de que el Tribunal Supremo del Estado de Georgia no daría por válida mi condena —dijo—. Supe en todo momento que la invalidarían, lo supe con total seguridad. ¿Quiere que le cuente por qué? Porque yo ni siquiera me permití el lujo de pensar por un solo momento que tal vez rechazasen mi apelación. Si lo hubiese pensado por un solo instante, si hubiese sopesado esa posibilidad, si me hubiese deprimido y hubiese imaginado lo peor, entonces lo peor se hubiese hecho realidad.

Noté que Williams me miraba atentamente, que calibraba mi reacción.

—La concentración —siguió—, eso es todo. De eso se trata. Es lo mismo que aquel experimento del que le hablé, el que realizaron en Duke University con los dados. En mi caso, puse a mi favor las probabilidades tal y como la gente de Duke lo

hicieron con los dados, tal como por otra parte suelo hacer cuando juego a los dados psíquicos, ya le he hablado de eso. Es un sencillo ejemplo de la quinésica mental.

»Puede que piense que todo esto es una estupidez —continuó—, ya lo sé. A casi todo el mundo se lo parece; yo, lo único que puedo contestar es que me parece estupendo, que no se lo crean, porque yo tampoco pretendo demostrar nada. Sin embargo, de esa manera se ignora adrede un valioso potencial que está a disposición del que sepa hallarlo y utilizarlo.

Williams sonrió enigmáticamente. Yo me di cuenta de que lo que decía no iba ni mucho menos en broma.

Claro está que he contado con alguna ayuda —dijo—. No soy la única persona que se ha concentrado a fondo en mi situación. He gozado de la ayuda de una persona sumamente experta en estos asuntos, y le puedo garantizar que cuando llegue el día de mi segundo juicio, el juez, el fiscal del distrito y todo el que esté sentado entre el jurado, van a recibir una serie de vibraciones sumamente poderosas.

Williams sacó un puñado de monedas de diez centavos del bolsillo, y colocó nueve en total formando una pila encima del papel secante.

—Utilizo la palabra «vibración» porque no disponemos de una mejor —dijo—. Estas vibraciones, estas ondas del pensamiento, o como quiera usted llamarlas, las generaremos yo mismo y una mujer que se llama Minerva. Es una anciana, una amiga muy querida. Vive en Beaufort, en Carolina del Sur, a unos cuarenta y cinco minutos de aquí. Esta noche pienso ir a hacerle una visita.

Williams abrió uno de los cajones del escritorio y sacó una botella de agua.

—¿Sabe qué es esto? Agua de lluvia —dijo—. Minerva me dijo que esta noche le llevase agua de lluvia; también me dijo que le llevase esas monedas. Son cosas que después, esta misma noche, han de entrar en juego —Williams me miró de repente a los ojos—. Si se quiere apuntar, por mí perfecto. Venga conmigo. No serán más que dos o tres horas a lo sumo. ¿Le apetece?

—Desde luego, ¿por qué no? —dije. Ahora bien, nada más decirlo se me ocurrió al menos una docena de motivos por los cuales hubiese debido rechazar la invitación, pero ya era tarde. Media hora después, salíamos por la parte posterior de Mercer House, hacia las caballerizas, en donde esperaba un Jaguar color verde botella aparcado sobre una alfombra oriental. Williams colocó su vodka con tónica sobre el salpicadero, y condujo hasta salir a Wayne Street. En pocos momentos recorríamos en silencio las tranquilas calles de Savannah, en dirección al puente de Talmadge, para atravesar después los campos bajos y oscuros de Carolina del Sur.

Las luces del salpicadero proyectaban un tenue resplandor sobre la cara de Williams.

—Si le dijera que Minerva es una bruja o una sacerdotisa vudú, no le estaría mintiendo —comentó—. Es eso, y es más. Fue la esposa por la ley común del doctor Buzzard, el último gran practicante del vudú que hubo en el condado de Beaufort. No sé si lo sabía, pero ahora mismo estamos en el corazón de la zona en la que se

practica el vudú. Toda esta franja costera ha estado repleta de encantamientos vudú desde que los esclavos se trajeron esta magia al venir de África.

»El doctor Buzzard murió hace unos cuantos años, y Minerva ha seguido con sus prácticas. Durante muchos años, el doctor Buzzard fue el rey de los curanderos de esta zona. Su presencia era apabullante: era un hombre alto, muy erguido, flaco como un palo de escoba. Llevaba perilla y usaba gafas de cristales color púrpura. El que viese aquellos ojos mirar tras los cristales púrpura, le juro que no los podría olvidar mientras viviese. Era especialmente eficaz en “defender” a sus clientes en las acusaciones judiciales. Se sentaba en la sala del juzgado y fulminaba con la mirada a los testigos adversos, mientras masticaba raíces. Los testigos a veces cambiaban sobre la marcha el relato de los hechos, nada más subir al estrado y ver que el doctor Buzzard los miraba de aquella manera. Otras veces ponían pies en polvorosa sin esperar a más. El doctor Buzzard concentraba también todas sus energías en los miembros del jurado y en el propio juez. Conozco a un juez de Savannah que le puede decir en qué juicios están implicados los herboristas, ya que también se les llama así, porque se suele encontrar el asiento repleto. Encuentra una serie de hierbas y de raíces y de huesos debajo de su asiento, y ya no es lo mismo.

»El doctor Buzzard no vivía nada mal. La gente le pagaba bastante a cambio de que efectuase una maldición sobre sus enemigos, o a cambio de que anulase una maldición que sus enemigos les hubieran podido colgar. En algunas ocasiones, al doctor Buzzard le pagaban las dos partes, así que fue amasando bastante pasta. Construyó dos iglesias bastante grandes en la isla de Santa Helena, y siempre se le vio conducir coches de lo más llamativo. Además, era bastante mujeriego, para qué engañarnos. Durante sus últimos años de vida, Minerva empezó a ocupar las funciones de su amante única.

Williams dio un trago y volvió a dejar su copa.

—Cuando murió el doctor Buzzard, Minerva se apropió de sus gafas de cristales púrpura y se dedicó a la práctica del vudú. Emplea algunas técnicas típicas de él, pero también tiene las suyas propias. Goza de una especial consideración, y de ciertos poderes espirituales, porque tiene acceso directo al doctor Buzzard en la eternidad. Visita su tumba e invoca su espíritu continuamente.

Williams dijo que él, personalmente, no creía en el vudú.

—No, no me fío demasiado de esos galimatías abracadabrantés, de las hierbas, las raíces, los huesos y las lenguas de rana. No son más que instrumentos teatrales. Pero sí tengo verdadero respeto por la fuerza espiritual que opera detrás de todo ello. Minerva me dijo que esta noche le llevase nueve monedas de diez centavos y «agua fresca que no haya corrido por ningún tubo». Las monedas fueron fáciles, pero lo que me dijo del agua significaba que tendría que sacarla de un manantial, o bien tomar agua de lluvia. Por suerte, en el jardín había agua de lluvia en un charco. Eso es lo que llevo en la botella.

—¿Se daría cuenta de que le engaña si hubiese llenado la botella con agua del

grifo? —le pregunté.

—No, ni por su aspecto ni por su sabor —contestó—, pero lo sabría en el acto sólo con mirarme a la cara.

La ciudad de Beaufort estaba a oscuras y en silencio. Williams recorrió la calle mayor, pasando por delante de grandes mansiones que daban a la bahía y miraban a las islas de enfrente; eran mansiones del siglo XVIII, construcciones de ladrillo y de madera descolorida. A mitad de camino entre Savannah y Charleston, Beaufort había sido hacía mucho tiempo un importante puerto comercial, pero ahora había caído en el olvido, aunque seguía siendo una población pequeña y bien conservada, con todo su encanto.

Recorrimos una serie de estrechas callejuelas y pasamos por delante de hileras de casas blancas que resplandecían en la oscuridad. La parte más aseada de la ciudad daba paso luego a una serie de calles sin pavimentar, salpicadas de pequeñas casas de campo bastante deterioradas. Nos detuvimos delante de una especie de chabola, con una entrada de arena barrida. La casa no estaba pintada, aunque sí la puerta y las ventanas, de un azul desvaído.

—Azul añil —dijo Williams—. Sirve de guardia contra los malos espíritus.

La casa estaba a oscuras. Williams llamó levemente a la puerta y luego la abrió. El parpadeo de un televisor era la única iluminación dentro de una estancia abarrotada. Se notaba un denso olor de cocina, de carne de cerdo y verduras. Un hombre yacía dormido sobre el sofá; se desperezó cuando entramos. Una negra joven entró en la habitación por una puerta que cubría una cortina, llevando en las manos un plato de comida. Hizo un gesto en dirección a la parte posterior de la casa sin decir palabra, y los dos la seguimos.

Minerva estaba sentada en una pequeña estancia, bajo una bombilla desnuda. Era igual que un saco de harina: el vestido de algodón se le ceñía en torno a todo el cuerpo redondo. Tenía la piel marrón clara, y la cara tan plácida e hinchada como la luna llena. El pelo gris lo llevaba sujeto en un moño, aunque le colgaban sobre las orejas sendos tirabuzones. La mesa que tenía delante estaba repleta de botellas, frascos, ramas, cajas, pedazos de tela. El suelo estaba cubierto de bolsas de plástico, unas llenas a rebosar, vacías las otras. Cuando vio a Williams esbozó una amplia sonrisa y mostró todos los dientes que le quedaban, que no eran demasiados, a la vez que nos indicaba que tomásemos asiento en dos sillas plegables.

—Te estaba esperando, corazón —dijo en un medio susurro.

—Vaya, Minerva, ¿qué tal estamos? —preguntó Williams.

A Minerva se le nubló el rostro.

—Últimamente he tenido que lidiar con mucha tierra de cementerio.

—¿Otra vez? No es posible... —dijo Williams.

Minerva asintió.

—Mmm-mmm... Hay mucho reconcomio, mucha mala leche, muchas ganas de jorobar.

Hablaba con voz distante, salida de un lugar tan remoto en su interior que era como si sus palabras hubieran sido pronunciadas hacía una eternidad, en otro planeta, y como si ahora llegasen a la tierra a través de ella.

—Pues sí, la ex mujer de mi hijo. Tuvo tres hijos con él. De vez en cuando pasa por ahí delante y me llena el porche de tierra de cementerio, a veces a pozales. Por eso me bloqueo tanto, y el negocio no va bien. Para colmo, mi chico se mete en líos con la pasma. No consigo dormir. Y he armado un jaleo del infierno con mi viejo, por muertito que esté.

—¿El doctor Buzzard?

—Sí, el mismo —dijo Minerva—. Tengo que juntar un dinerito, y me ha dado por jugar a los números, a ver si sale. Le suelo ir a ver y le pago una de diez para que me diga un número, pero no me da un número ni por el forro, el muy cabrón. No entiendo por qué se empeña en que no junte yo ese dinerito.

Minerva dejó a un lado una muñeca de cera en la que había estado trabajando.

—Bueno, bueno, bueno. Parece que volvemos a las andadas tú y yo, ¿eh?

—Así es —dijo Williams—. Ahora tenemos que preparar un segundo juicio.

—Sí, ya lo sé —Minerva se inclinó más para acercar su cara a la de Williams—. Se está empleando muy a fondo contra ti, cariño.

—¿Quién? —Williams se mostró sobresaltado—. ¿No será el doctor Buzzard?

—No, no —dijo Minerva—. Es el chico, el chico muerto.

—¿Danny? Vaya, pues no me extraña. Todo esto fue un plan suyo; sabía que yo me empezaba a hartar de sus juegucitos, y sabía que yo guardaba veinticinco de los grandes en casa, en billetes, aquella misma noche; lo sabía, porque nos íbamos a Europa a hacer unas adquisiciones. Fue su gran oportunidad. Pudo matarme y llevárselo todo, así de sencillo.

Minerva meneó la cabeza.

—Ese chico se está empleando muy a fondo contra ti.

—Bueno, ¿y no puedes hacer nada para remediarlo?

—Lo puedo intentar —dijo ella.

—Bien, porque hay otra cosa que quiero que hagas —dijo Williams.

—¿Y de qué se trata, corazón?

—Quiero que le echés mal de ojo al fiscal del distrito.

—Claro, cómo no. Anda, dime cómo se llama.

—Spencer Lawton. L-A-W-T-O-N.

—Ya, ya, si ya trabajamos con su nombre la otra vez. Anda, dime qué pasa con él desde la última vez para acá.

—Que está desesperado. Es fiscal del distrito desde hace ya un par de años, y nunca ha sacado adelante un juicio. Ha perdido siempre, y eso le tiene mortificado. Sabe que todo el mundo se ríe de él.

—Pues que no se apure, que se seguirán riendo de él, ya verás. ¿Me trajiste las cosas que te dije? —preguntó Minerva.

—Sí —dijo Williams.

—¿Agua que no haya corrido por un tubo?

—Ajá.

—¿Y has metido una moneda de un cuarto en un frasco que no lleve etiqueta ni tapa de metal?

—Sí.

—¿Y las nueve monedas de a diez, bien relucientes?

—Las traigo en el bolsillo.

—Bien, muy bien, corazón. Ahora quiero que te estés ahí sentadito y que hagas lo que yo te diga.

Minerva le dio a Williams una pluma de ave y un tarro de tinta roja, con una etiqueta que decía «sangre de pichón».

—Escribe el nombre de Spencer Lawton en este papel, siete veces, juntando nombre y apellido en una sola palabra, sin poner puntos en las íes ni palos en las tes. No quiero que levantes la pluma del papel. Anda, haz lo que te digo mientras yo termino unas cosillas ahí al lado.

Minerva se puso a llenar una bolsa de plástico con toda clase de objetos: dos azadas pequeñas, trozos de tela, botellas. Encima de la mesa, semioculto por el resto del desorden, sonó un teléfono. Minerva descolgó el aparato.

—Diga. Ah, ya. Vale, atiéndeme bien —hablaba en un susurro—. Ella quiere que vuelvas, pero quiere que te arrastres tras ella, que le supliques y que comas de su mano. Recuerda lo que te dije. Antes de acostarte con ella otra vez, pon una cucharada de miel en la bañera y date un baño. Después de hacer el amor con ella, te secas con ese pedazo de muselina que te di, ¿entendido? Luego lo cuelgas a secar, no lo laves, no. Más tarde, envuelves con él una cebolla morada y atas los extremos con un nudo sencillo, como aquel que te enseñé, ¿vale? Luego nada más que lo tienes que enterrar en un sitio por el que ella vaya a pasar. Eso es. Otra cosa, querido. No te fíes de que ella te vaya a dar mucha pasta, porque no soltará nada de nada. Por eso no se entendían su marido y ella. No va a aflojar la mosca tampoco contigo, para nada. Escucha, una cosa más: tus objetos personales, ten cuidado. Ya sabes, los calcetines sucios, los calzoncillos, tu pelo, las fotos en las que salgas de cuerpo entero. A lo mejor le da la ventolera de llevárselos a una como yo, y ya sabes lo que puede pasar. Lleva una foto de ella en la cartera, bien escondida, y ponla boca abajo. Hazlo por mí. Ajá. Eso es. Y ya me contarás cómo va todo. Adiós, querido.

Minerva miró a Williams.

—¿Has terminado, corazón?

—Sí —contestó él.

—Muy bien. Ahora, tú ya sabes cómo va el tiempo de los muertos. El tiempo de los muertos no dura más que una hora, desde media hora antes de medianoche hasta

media hora después. La media hora de antes es para hacer cosas buenas; la media de después es para lo malo.

—Eso es —dijo Williams.

—Y esta noche parece que nos hace falta de lo uno y de lo otro, ¿no? —dijo Minerva—. Venga, más vale que espabilemos. Guárdate el papel en el mismo bolsillo de las monedas y lleva tu botella de agua. Nos vamos al jardincito de las flores.

Minerva cogió su bolsa de plástico y salió por la puerta de atrás. La seguimos de cerca por el sendero, que recorrió con paso lento y desgarrado. Se acercó a la casa de al lado, y un hombre se levantó de una silla, en el porche, para meterse dentro. La ventana de otra de las casas se cerró, y se oyó un portazo en otra parte. Dos hombres que conversaban junto a un matorral de adelfas se separaron nada más ver a Minerva, para retirarse en la oscuridad. En cuestión de segundos llegamos al final del sendero. Una fina rodaja de luna nueva pendía como un columpio sobre una arboleda alta y oscura. Estábamos en la linde de un cementerio. Al otro extremo, un centenar de metros más allá de los árboles, una cancha de baloncesto aún iluminada proyectaba una pálida luz en el cementerio. Un chico botaba la pelota y probaba a lanzar a canasta. *Tunk, tunk, tunk, pooiinnng*. Por lo demás, el cementerio estaba desierto.

—Hay mucha gente que se dedica a esto —dijo Minerva—, pero parece ser que hoy tenemos el jardincito para nosotros solos.

Entramos en el cementerio en fila india, seguimos un camino serpenteante y por fin paramos ante una tumba que se hallaba bajo un gran cedro. Lo primero que pensé es que era una tumba reciente, ya que, al contrario que las demás, la tierra parecía esparcida hacía muy poco. Minerva se agachó junto a la lápida, metió la mano en la bolsa de plástico y le dio a Williams una de las azadas que había traído.

—Ve al otro extremo y cava un hoyo de un palmo de hondo con esta azadilla —le dijo—. Metes una de las monedas y lo cubres.

Williams hizo lo que le había dicho. La tierra se soltó sin el menor esfuerzo; estaba claro que la tumba había sido objeto de operaciones similares muy a menudo, y de ahí que la tierra estuviese tan suelta como la arena en una caja de madera.

Me quedé a unos metros de distancia, observando. Minerva y Williams eran como dos personas arrodilladas en una misma manta, sobre la hierba, antes de empezar el picnic. Estaban uno frente al otro, separados por los huesos del doctor Buzzard.

—Ahora es el momento de hacer el bien —dijo Minerva—. Primero hay que conseguir que ese chico afloje un poco. Cuéntame algo de él.

—Intentó matarme —dijo Williams.

—Ya lo sé. Cuéntame algo de antes.

—Bueno... —Williams carraspeó—. Danny siempre estaba metido en peleas. Una vez, se cabreó con su casero y lanzó una silla por la ventana del salón de su casa; acto seguido, bajó a la calle y le rayó el coche entero con un ladrillo. Otra vez se

cabreó tanto con un empleado al que habían contratado los caseros para desinsectar su apartamento que le dio un puñetazo en el ojo, le aporreó la cabeza contra la acera y, después, cuando el hombre consiguió que la policía le impusiera a Danny la orden de no acercarse a más de cincuenta metros del individuo, agarró un bate de béisbol y lo persiguió por todo Madison Square, gritando a voz en cuello que lo iba a matar. Otra vez, alardeó conmigo de haberle pegado cinco tiros a la moto de un tío que pretendía salir con la misma camarera con la que salía Danny entonces. Una de las balas le alcanzó al tío aquel en el pie; su madre tuvo que pedir también protección policial para que Danny no se le acercase. Si se acercaba a menos de cincuenta metros de ella, lo iban a detener.

Minerva se abrazó los costados y se estremeció.

—Todo eso no sirve de nada —dijo—. El chico sigue empeñado en hacer todo lo posible por destrozarte la vida —pensó por unos instantes—. Cuéntame algo bueno que hiciera —dijo luego.

—No se me ocurre nada —dijo Williams.

—¿Sólo hizo cosas malas? ¿Qué cosas le hacían feliz?

—Su Camaro —dijo Williams—. Lo adoraba; iba de un lado a otro a toda caña, jugaba a ver cuántas ruedas levantaba del suelo de una vez. Si tomaba una curva a la velocidad adecuada, por lo común ponía dos ruedas en el aire. Cuando iba en su coche a Tybee, le encantaba entrar a toda velocidad sobre un badén que hay antes de llegar al puente del Lazareto, porque si lo tomaba bien, habitualmente levantaba las cuatro ruedas a la vez. Eso le entusiasmaba, y no consentía que nadie tocara su coche. Le llenaba de orgullo y de alegría. Lo había pintado con un *spray* todo de negro mate, como a él le gustaba. Se pasaba horas enteras arreglándolo, lavándolo, pintándole rayas de carreras. Y eso se le daba muy bien, me refiero a las rayas de carreras y a los adornos que pintaba. Era muy creativo. Ésa es una de las cosas que casi nadie había entendido de Danny, que era un artista. En la escuela, suspendía todas las asignaturas menos arte. Siempre le ponían sobresaliente. Claro está que nunca llegó a desarrollar ni lo más mínimo su talento. Yo sí que le decía: «Danny, haz algo con el talento que tienes. Dedícate a las cosas que se te dan bien, porque eres bueno, muy bueno». Pero él nunca consiguió tomarse nada muy en serio. No pasó de octavo de enseñanza básica, pero era rápido de ingenio, brillante incluso. Una vez, le pagué para que desmontase dos arañas del techo de Mercer House para que las limpiara. Cuando estaba a punto de terminar de montarlas de nuevo, le dije que había colocado todos los minúsculos prismas de cristal del revés. Eran centenares de cristallitos. Le expliqué que cada prisma era como un anillo de diamantes, y que la superficie plana tenía que dar al exterior y la superficie puntiaguda tenía que mirar hacia el interior de la lámpara, porque si no la araña no brillaría. Le dije que tendría que empezar de nuevo y montar todos los cristales del derecho; le dije que estaba dispuesto a pagarle por el tiempo adicional que emplease. Bien, pues se quedó mirando la araña. La estuvo mirando durante un buen rato, como quien mira una serpiente de cascabel.

Luego, bajó de la escalera y me dijo: «A tomar viento. Yo me largo. No pienso cumplir condena con los prismas del carajo». Me hizo gracia su chiste, me reí. Pensé que era una delicia. Se dio la vuelta y se marchó a toda velocidad de la casa, pero vi que se iba con una media sonrisa en la boca. Le agradó que yo le riese el chiste.

Minerva también sonrió.

—Ya noto que empieza a aflojar —dijo.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Lo he notado mientras me hablas de él. He notado que el chico aflojaba un poco.

—¿Y por qué piensas que ha sido así? —preguntó Williams.

—Porque te ha oído decir que lo amabas —dijo Minerva.

—¿Qué? ¡Pero... si intentó matarme!

—Yo sabía que se estaba empleando muy a fondo contra ti, corazón, y ahora ya sé qué es lo que pretende hacer. ¿Sabes qué? Quiere que lo odies. Quiere que el mundo entero sepa cuánto lo odiabas. Y es que de esa forma todos pensarán que lo odiabas tanto que lo mataste a sangre fría. Así, con toda seguridad darás con los huesos en la cárcel, y eso lo sabe pero que muy bien.

—Tengo todo el derecho del mundo a odiarle —dijo Williams—. Él intentó matarme.

—Y pagó por ello un precio bastante alto, ¿no? Ahora está intentando que tú también pagues un precio elevado.

Minerva volcó su bolsa de plástico y esparció todo el contenido por el suelo.

—¡En fin, no tenemos tiempo para discutir! Ésa era la abertura que yo estaba buscando, así que ya me puedo poner a trabajar. Deprisa, que no tenemos mucho tiempo. Ya debe de ser casi medianoche. Cava otro hoyo y pon dentro otra moneda, pero esta vez hazlo pensando en el Camaro de ese chico, ¿vale? ¡Venga, no te quedes pasmado! ¡Haz lo que digo! Acuérdate de las bonitas rayas que tenía, la que había pintado el chico; acuérdate de lo bien que lo hizo.

Williams cavó en silencio otro hoyo y dejó caer otra moneda. Minerva cavó un hoyo a su lado de la tumba y metió dentro una raíz. Luego lo cubrió y espolvoreó una sustancia blanca por encima.

—Venga, otro agujero más, y esta vez quiero que pienses en los dos cuadros de ese chico que tú tienes. Piensa en lo bueno que era. Estamos intentando que no meta mano en tu caso, ¿entendido? Pues ya noto cómo afloja, sí señor, cómo afloja... Lo noto.

Minerva tomó una rama y la clavó varias veces en el suelo, murmurando y canturreando una especie de letanía al mismo tiempo. Espolvoreó lo mismo que antes y trazó un círculo en la tierra.

—¿Qué, cariño? ¿Has terminado? Ahora, hazlo otra vez y piensa en el chiste ese de los prismas, el que tanto te hizo reír. Y piensa que tus risas sirvieron para que el chico sonriese, ¿vale? Anda, hazlo por mí.

Minerva continuó con sus rituales sobre la cabeza del doctor Buzzard, mientras a los pies del difunto Williams excavaba otro hoyo más.

—Ahora quiero que lo hagas una vez más, y que metas en el hoyo el resto de las monedas, que pienses en todas las cosas al mismo tiempo. Y piensa en todo lo bueno que se te ocurra pensar de ese chico, aunque aún no me lo hayas contado.

Minerva observó a Williams mientras éste seguía sus instrucciones.

—Ahora, toma esa botella y vierte un poco de agua en cada uno de los hoyos que has hecho y has tapado, para que tus afectuosos pensamientos sobre ese chico echen raíces y florezcan, para que vuelvan a bendecirte después.

Minerva cerró los ojos y permaneció unos minutos sentada en silencio. Se empezaron a oír de lejos las campanas de una iglesia que daba las doce. Abrió de nuevo los ojos y tomó con un rápido gesto un bolso de plástico rosa, dentro del cual introdujo un puñado de tierra.

—La tierra de cementerio va mejor si se recoge de una tumba a medianoche —explicó—. Pero no te apures, corazón, que no es para lo tuyo. Esto es para mi uso particular —suspiró—. La magia negra nunca termina. Lo que de ti sale a ti vuelve. Una vez que empiezas con esta mierda, ya no puedes parar, porque es peor. Pasa lo mismo que con la factura de la luz, o con la cuenta del colmado. Si no pagas, te matan. Y hay que seguir y seguir, dos años, cinco, diez, veinte si es preciso.

El bolso estaba lleno de tierra a reventar, y volvió a guardarlo en la bolsa de plástico.

—Ya pasa de medianoche —dijo—, así que ya es hora de hacer el mal. Ahora voy a trabajarme al fiscal ese; es un tío, así que me cambiaré de sexo con él y visitaré a nueve muertas distintas, nueve tienen que ser. Llamaré tres veces. No te puedo garantizar que todas estén de tu parte, pero por algún sitio encontraré una abertura, y los muertos se alinearán con él tal como hicieron la última vez. Saca ese papel del bolsillo, el que lleva su nombre escrito, y déjalo bien liso en el suelo, con tu escrito boca arriba —Williams hizo lo que le indicaba—. Ahora, dobla el papel una vez y vuélvelo a doblar. Luego, lo guardas en el bolsillo. Eso es. Ahora, quédate ahí quieto mientras llamo a los muertos.

Minerva se puso a hablar de forma incomprensible, con su voz medio susurrada, como en sueños. Lo único que pude descifrar fueron los nombres de las muertas: Viola, Cecilia, Cassandra, Serenidad, Larcinia, Delia. Minerva hizo uso de todos los trastos que había traído: raíces, amuletos, polvos, trozos de tela. Los colocó en el suelo, delante de sí, y los revolvió con dos palos, igual que si preparase una ensalada de vudú. Luego, fue colocando uno a uno todos los objetos en su bolsa de plástico. Cuando hubo acabado, miró a Williams.

—Ve caminando a la entrada del cementerio y espérame allí —dijo—. Y no vuelvas la vista atrás. Aún me quedan cosas por hacer.

Williams y yo nos alejamos. Al cabo de unos cuantos pasos, me oculté detrás de un roble, en un sitio desde el que acertaba a ver a Minerva por entre las ramas.

Comenzó a murmurar. Sus murmullos se convirtieron en gemidos, sus gemidos fueron un lamento, su lamento se mezcló con una especie de llanto y fue creciendo de volumen. Cuando por fin se quedó sin resuello, dejó caer las manos sobre el regazo. Incluyó la cabeza, en silencio, un instante. Lo único que se oía en todo el cementerio era el *tunk, tunk, tunk* de la cancha de baloncesto, el balón que botaba a lo lejos. Al cabo de un buen rato, Minerva volvió a hablar en susurros.

—¡Escúchame, viejo! ¿Por qué me haces esto a mí? Dime por qué al menos. Te vengo a dar monedas, te pido un número, y tú no me lo das ni por toda la mierda del mundo. Ahí te pasas las noches tumbado, una detrás de otra, riéndote de mí. ¿Es que no te cuidé yo bien? ¿No te cuidé en tu cama cuando eras un viejo agotado y se te habían podrido hasta los dientes? ¡Maldita sea, escúchame! —Minerva clavó la azada en la tierra—. ¡Dame un maldito número, no te pido más que eso! Mírame, llevo dos años sin cambiarme este asqueroso vestido, ¿o no te has dado cuenta? Necesito comprarme uno nuevo. Y el tejado, hombre, el tejado está lleno de goteras. El chico anda metido en líos con la pasma. A mí me tiran tierra de cementerio en el porche de la casa. Me bloqueo. El negocio va de capa caída —con cada queja, Minerva clavaba en la tierra la azada, más o menos por donde debían de estar las costillas del doctor Buzzard. Por último, dejó la azada en la bolsa de plástico y se arrojó a los pies de la tumba con un suspiro.

Me alejé con sigilo y me reuní con Williams en la entrada del cementerio. Momentos más tarde se nos aproximó Minerva.

—Será terco el viejo —murmuraba—. Maldita sea su estampa, eso digo yo, que el muy cabrón sigue sin darme un número ganador.

—¿Todavía no has ganado ese maldito juego de los números, Minerva? —le preguntó Williams.

—Sí, sí que lo gané una vez —dijo—. Una vez, aposté treinta y tres dólares al triple tres, y ése era el número.

—¿Cuánto ganaste?

—Tendría que haber ganado diez mil dólares, pero no me llevé ni un centavo.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Que el chaval que me corría las apuestas cambió de número sin avisar, el muy mamón.

—¿Y cómo dejaste que te hiciera eso y que se fuera tan pancho?

—No se fue tan pancho, corazón. Lo arreglé bien arregladito, y ya no ha trabajado nunca más. Me fui al jardín y le devolví sus atenciones. Ahora está enfermo, no hay manera de que se cure, y nos hemos pillado a otro corredor.

Mientras caminábamos por el sendero del cementerio, Minerva dio a Williams sus últimas instrucciones. Tenía que meter el papel en que había escrito el nombre de Spencer Lawton en un tarro lleno de agua que no hubiese corrido por ninguna tubería. Debía colocar luego el tarro en lo más recóndito de su armario, allí donde no lo alcanzase la luz del sol ni el brillo de la luna, hasta que hubiese terminado el juicio.

Tenía que recortar una fotografía de Lawton del periódico, tacharle los ojos con un bolígrafo —primero el derecho, luego el izquierdo— y dibujar nueve líneas sobre sus labios, como si se los cosiera, para guardarse luego la fotografía en el bolsillo de la chaqueta, y asegurarse de que un cura le tocara la chaqueta. Después, tenía que quemar la fotografía exactamente en el mismo lugar en que murió Danny Hansford.

—Tú haz eso —dijo Minerva— y Spencer Lawton perderá el caso. Pero también has de hacer una cosa más. Una vez al día, y todos los días, tienes que cerrar los ojos y decirle a ese chico que le perdonas por lo que te hizo. Y en el fondo de tu corazón has de perdonarle de verdad, ¿me entiendes?

—Te entiendo —dijo Williams.

Minerva se detuvo en un desvío del sendero.

—Ahora, vuelve a Savannah y haz lo que te he dicho.

—¿Es que no vas a casa? —preguntó Williams.

Minerva dio unos golpes en la bolsa de plástico.

—Yo, corazón, nunca llevo la tierra del cementerio a mi casa. Primero la suelto en donde la tengo que soltar —dijo—, y eso es algo que he de hacer a solas.

Williams estuvo callado mientras volvíamos.

—¿Piensa seguir las instrucciones de Minerva sobre la fotografía de Spencer Lawton? —le pregunté.

—Puede que sí —dijo Williams—. Todo esto es un poco cursi, pero a lo mejor termina por ser una buenísima terapia, eso de coserle la boca y tacharle los ojos. Sí, ¿por qué no? Es muy posible que lo haga.

—Y el mensaje diario de perdón que ha de transmitir a Danny Hansford? ¿También lo hará?

—¡De ninguna de las maneras! —dijo—. Danny no era más que un asesino en potencia.

Williams tomó el vaso y terminó lo que le quedaba de vodka con tónica.

—Mi caso ha terminado por ser cuestión de una única cosa, una nada más —dijo—. ¿Sabe qué? Dinero. Danny sabía que yo guardaba veinticinco mil dólares en metálico en casa. Cuando Bob Duffy, mi abogado, llegó a Mercer House aquella noche, se dio una vuelta por la casa inspeccionando los objetos, dándoles la vuelta. Cuando le pregunté cuánto pensaba cobrar por mi defensa, me dijo que cinco de los grandes. Después, cuando me di cuenta de que iba a necesitar a un buen criminalista, a uno de los mejores, contraté a Bobby Lee Cook. Bobby Lee vino con su mujer a la casa, y la señora escogió cincuenta mil dólares en antigüedades. Ésa fue su minuta; aún hay que añadir los gastos. Le ayudó John Wright Jones, que se llevó veinte mil. Y ahora tendré que volver a pagar de nuevo por un segundo juicio.

»Sin embargo, es la madre de Danny la que se lleva la palma con su pleito por valor de diez millones de dólares. Después de la angustia y las penas que Danny le

causó en vida, después de que ella lo echase de casa y se cubriese las espaldas mediante la protección de la policía, Danny se convirtió de pronto en su amadísimo hijo muerto, milagrosamente transformado de peligro inminente a valor seguro, en torno a los diez millones de dólares. Sabe Dios qué me costará defenderme de su pleito.

»Por eso, ya lo ve, todo es cuestión de dinero. Y ésa es una de las razones por las que tanto me gusta Minerva. Uno se puede reír de sus prácticas vudú todo lo que quiera, pero esta noche ella no me ha cobrado más que veinticinco dólares. No sé si usted la entiende o no, pero de un modo u otro es todo un chollo.

No le contesté, pero se me ocurrió que sí, que entendía a Minerva con bastante claridad. Lo que me pregunté, en cambio, fue si Williams la entendía del todo.

LAFAYETTE SQUARE, AQUÍ ESTAMOS

Con el vaso en la mano, Joe Odom estaba encaramado al tejado de su nueva casa y miraba las flotillas y las bandas de música que desfilaban por Lafayette Square. Era un lugar realmente inigualable para disfrutar del desfile del día de San Patricio. Desde el tejado, se veía manar de la fuente de la plaza agua de color verde. Se veía la multitud alineada en las calles, todos tocados con sombreritos verdes, todos con sus grandes vasos de plástico llenos de cerveza teñida con colorante verde. El día de San Patricio en Savannah era el equivalente del *Mardi Gras* en Nueva Orleans. Era un día festivo; la ciudad entera se lo tomaba muy a pecho. Iban a pasar por las calles más de doscientas unidades en el desfile, aparte de cuarenta bandas de música y treinta flotillas. La muchedumbre prorrumpió en vítores al paso de los ocho percherones de Clydesdale del tiro Anheuser-Busch, que recorrieron la plaza al trote.

Igual que la mayor parte de los desfiles del día de San Patricio, el de Savannah era un asunto más que nada ecuménico. Los negros, los escoceses y los alemanes desfilaban junto a los irlandeses, aunque este desfile tenía un inequívoco e inevitable sabor sureño. En un momento dado, ese sabor derivó hacia un deje algo más amargo. Una columna de participantes en el desfile, disfrazados con los uniformes grises de los soldados confederados, entró en la plaza con un carro tirado por caballos. El carro tenía barandas bajas en los laterales, y desde la calle seguramente parecía vacío. En cambio, desde el tejado vimos muy bien a un soldado con el uniforme azul de la Unión, inmóvil y tumbado en el suelo del carro. Fue una imagen impactante, tanto más por estar pensada para que fuese subrepticia.

—Pobre yanqui —dijo Joe—. Míralo ahí tirado, todo ensangrentado y medio muerto.

—Hombre, hace ya mucho tiempo que terminó la Guerra de Secesión, ¿no te parece? —le dije—. Yo creo que ya va siendo hora de dar todo aquello por olvidado.

—No, ni mucho menos, sobre todo si eres sureño... o sudista —dijo Joe—. ¿Sabes una cosa? Ese yanqui muerto que ves en el carro no sólo tiene que ver con la Guerra de Secesión. Es más o menos una especie de símbolo de lo que le podría pasar a cualquier yanqui, incluso a un moderno yanqui de hoy en día, si viene aquí y se pone a irritar a todo hijo de vecino —Joe me miró y levantó su vaso para brindar en silencio—. Quién sabe, podría ser un tío que venga de Nueva York y que decide de repente escribir un libro sobre nosotros, un libro cuyas páginas empieza a llenar de reinonas, asesinos, cadáveres, frascos de veneno y... ¿de qué me estabas hablando antes? ¡Ah, ya! ¡Vudú! ¡Vudú, nada menos! Brujería en un cementerio, hay que ver lo que hay que ver...

—Joe, yo no me he inventado nada —le dije.

—Yo no he dicho que sean invenciones tuyas.

—Entonces, entiendo que en realidad no merece tu reprobación.

—Desde luego que no. A decir verdad, me parece espléndido, sí, me parece

espléndido, sobre todo si me paro a pensarlo. Está claro que, con todos los bichos raros que has ido metiendo en tu libro, supongo que alguien tendrá que hacer el papel del bueno, y no sé por qué me empieza a dar en la nariz que podría ser yo, ¿eh?

La nueva residencia de Joe Odom era, de lejos, la más grandiosa de las cuatro que había ocupado durante la breve temporada en que nos habíamos tratado. Era una ornamentada mansión de cuatro plantas, un palacete de estilo Segundo Imperio, construido por un antiguo alcalde de Savannah en 1873. Era una casa única en su estilo en todo Savannah, y sobresalía entre las más próximas. A menudo la llamaban «la casa de los Addams», porque tenía un techo con mansardas y adornos de hierro forjado que recordaba la casa de la serie de televisión, aunque su nombre auténtico era Hamilton-Turner House, de hecho, un ejemplo tan espléndido en su estilo que figuraba en la *Guía de campo de las casas de Norteamérica*. Las ventanas altas y geminadas estaban rematadas por elegantes balcones, y el solar estaba rodeado por una verja de hierro forjado. En conjunto, Hamilton-Turner House era tan imponente, aunque también tan caprichosa, que los transeúntes no pocas veces se paraban delante de ella para maravillarse. Joe no era de los que dejarían que semejante oportunidad se le escurriese entre los dedos, así que colocó un cartel en la puerta de la verja pocos días después de mudarse: RESIDENCIA PRIVADA. VISITAS DE 10 A 18 H.

A los nativos de Savannah más avisados, semejante cartel los dejó pasmados, pues estaban al corriente de que lo único que realmente valía la pena admirar de Hamilton-Turner House era precisamente el exterior. El interior había sido derruido para construir apartamentos hacía ya mucho tiempo. Joe había ocupado la planta baja, y solamente abría a las visitas esta parte del edificio. Era un espacio que disponía de altas ventanas desde las que se disfrutaba de una impresionante perspectiva de la plaza, pero aquella sucesión de estancias de bellas proporciones que fue en tiempos mejores el orgullo del edificio había sido sacrificada para la instalación de cuartos de baño, dormitorios más bien pequeños, armarios empotrados, cocina y todo lo demás. No pocos tabiques habían cambiado de lugar, y los arcos interiores habían sido tapiados en varios puntos. Y con eso y con todo, debido a sus vastas dimensiones, la planta baja aún conservaba el aura de un grandioso *piano nobile*. Estaba decorada con viejas arañas de cristal, las repisas de las chimeneas eran visibles, y había espejos inmensos en varios puntos (aunque no fueran los originales), mientras que Joe, por su parte, logró llenar la casa de forma sumamente atractiva con lo que le quedaba de su propio mobiliario, al cual añadió algunas antigüedades que le prestaron los amigos o que tomó en depósito de algunas tiendas de anticuarios de la zona.

De hecho, Joe había creado algo totalmente nuevo en Savannah: la única casa privada que funcionaba como atracción turística durante la mayor parte del día. Había otras siete casas abiertas de forma similar al público, aunque todas ellas eran museos, así como importantes ejemplos arquitectónicos restaurados con autenticidad y

administrados por profesionales, aparte de que funcionaban sobre una base no lucrativa. La remozada planta baja en que vivía Joe había entrado de hecho en competencia con los museos; qué duda cabe que él se llevaba una buena porción de turistas. Al menos cincuenta personas pasaban por su casa a diario, y al menos media docena de autobuses paraban allí delante. Habitualmente, todo el pasaje de un autobús se quedaba a almorzar, y a última hora de la tarde habilitaba el comedor para que algunas parejas, o bien grupos reducidos, cenasen a la luz de las velas.

Para que le ayudase a controlar todo este tráfago, Joe contrató a una negra animosa, baja de estatura, pero indomable, para que hiciera las funciones de ama de llaves, y para ello la colocó en la escalinata de entrada, con un uniforme de criada en blanco y negro, almidonado y terso. Se llamaba Gloria; tenía los ojos grandes y el cabello muy rizado. Sabedora de que la mitad del dinero que recolectase a la entrada era suyo y se lo podía guardar sin más, Gloria se trabajaba a fondo prácticamente a todo el que se acercaba a husmear por la casa. Los días en que las cosas no iban del todo bien, no dudaba en ofrecer un descuento: un dólar por persona incluso, en vez de los tres que costaba la entrada. («Puede que sólo sea un dólar —decía después—, pero menos da una piedra»). Gloria daba a los clientes un buen vaso de limonada y luego los conducía por la planta baja, parpadeando visiblemente, maravillada, a la vez que refería cuáles eran los mayores puntos de interés histórico de la casa. Explicaba que se trataba de la primera vivienda de Savannah que tuvo suministro eléctrico (porque el alcalde que la había construido era además el jefe de la compañía eléctrica), e indicaba que había sido literalmente el centro de la vida social y cultural de la ciudad a finales del siglo pasado. «Esta casa es además el centro de muchas otras cosas», añadía con una pícara sonrisa. Si «el señor Joe» estaba casualmente en la casa, tocaba al piano algunos temas clásicos para los huéspedes, y luego cantaba Gloria los escasos versos que se sabía de «Stormy Weather», a la vez que bailaba igual que si menease un hula-hop.

Joe sacaba de la casa una media semanal de Sao dólares limpios, la mayor parte en metálico, lo cual se ajustaba a la perfección a sus necesidades, ya que no quedaba en todo Savannah un solo banco dispuesto a abrirle una cuenta corriente. Incluso la cuenta de Sweet Georgia Brown's le había sido arrebatada; ahora figuraba a nombre de Mandy, y era la firma de ella, no la suya, la que validaba todos los cheques con que se pagaba a los empleados y proveedores.

Joe y Mandy no parecía que hubiesen avanzado en su idea de casarse. De hecho, las atenciones de Joe hacia otras mujeres habían empezado a ser más frecuentes y más visibles. En diversas ocasiones, Gloria encontró la puerta del dormitorio de Joe cerrada con llave mientras guiaba a los turistas por la casa. Por fortuna, nunca fue mujer a la que faltasen las palabras.

—Más allá de esta puerta se halla el dormitorio del señor de la mansión —decía—, y hoy lo están fotografiando los reporteros de la revista *Southern Accents*, así que no podemos molestarles. Lo lamento mucho, pero hoy no será posible visitar esta

habitación.

Sus explicaciones no pocas veces eran puestas en tela de juicio por las risas que se oían al otro lado de la puerta.

Mandy por su parte estaba al corriente de los flirteos de Joe.

—Juro que Joe Odom va a terminar por convertirme en una feminista —decía—. Hace dos años, si alguien me hubiese dicho semejante disparate, me hubiese muerto del susto.

Sin embargo, también empezó Mandy a manifestar una mayor confianza en sí misma, y una mayor independencia. Se adueñó del talonario de Sweet Georgia Brown's y se parapetó en el puesto de la cajera, cortando así de raíz el suministro de dinero fácil que tenía Joe. De ese modo, los ingresos en metálico que generaban las visitas turísticas le supusieron a Joe un salvavidas que necesitaba desesperadamente, aunque hubiese un grave escollo en su planteamiento: semejante actividad era ilegal.

Hamilton-Turner House estaba cualificada como edificio de uso estrictamente residencial; por lo tanto, no se permitían las visitas turísticas.

Lafayette Square era un rincón apacible y bastante conservador del centro de Savannah. Estaba rodeada por suntuosas mansiones y por casas señoriales exentas; por ejemplo, estaba casi espalda con espalda con la casa de Charlton Street en donde había vivido el escritor Flannery O'Connor cuando era niño. Directamente frente a la plaza se hallaba la excepcional Andrew Low House, una villa de estilo italianizante y de mármol de color rosa, con un pórtico de estilo neogriego realmente digno de verse por todo el esplendor histórico y arquitectónico que la rodeaba. Allí había fundado Juliette Gordon Low la primera asociación de Girl Scouts de Estados Unidos en 1912, y actualmente era cuartel general de las Damas Coloniales de Georgia. De todos los vecinos de Joe, sin embargo, ninguno constituía una presencia tan molesta para él como el edificio de apartamentos Lafayette, el monumento a la debacle financiera de Joe, acaecida pocos años antes. El Lafayette se hallaba al otro lado de la plaza, a modo de silenciosa reprimenda que Joe tenía que aguantar. Dentro de sus muros vivía media docena de personas que aún no se habían recuperado del susto sufrido al ver expropiadas sus viviendas, y al tener que pleitear después para recobrarlas, cuando Joe incumplió el pago del crédito concedido para la construcción del edificio.

El ruido y el humo de los autobuses irritaban además a los vecinos de Lafayette Square, aunque las fiestas de boda prácticamente los sacaban de quicio. Cuando tenía lugar uno de estos festejos, Joe literalmente se anexionaba la plaza entera a su jardín; contratava una orquesta de Dixieland para que tocara en el pórtico y levantaba carpas en la plaza sin tomarse la molestia de solicitar el debido permiso. En la plaza reverberaba el estruendo de la música y la cháchara incesante de los invitados a la boda, que bullían por todas partes.

—A todo el mundo le gustan las bodas —decía Joe, aunque cometiendo un penoso error de cálculo al calibrar el grado de tolerancia de sus vecinos. Después de

aguantar tres ruidosas bodas de este estilo, los vecinos formaron un comité e introdujeron un espía en Hamilton-Turner House, con la idea de hallar pruebas concluyentes de tanta irregularidad.

El espía fue una señora de mediana edad, sin gracia y sin estilo, que vivía en el lado sur de la plaza. Dándose las de turista de a pie, entró en Hamilton-Turner House a las tres de la tarde, pensando que iba a disfrutar de una visita guiada de unos veinte minutos de duración. Salió dos horas después, con una permanente totalmente nueva en el pelo, atrevidísima, y con un maquillaje que recordaba a Cleopatra. Afirmaba además con toda convicción que Joe Odom era un genuino caballero; que su ama de llaves, Gloria, era tan mona que una se la podría comer, y que no le daba tiempo de comentar nada más, porque tenía que irse corriendo a cambiarse de ropa para llegar a Sweet Georgia Brown's a tiempo de la hora feliz.

Exasperados, los miembros del comité seleccionaron a una nueva espía, también una mujer de mediana edad, aunque ésta tuviese más nervio que la primera, ya que había sido parte del personal docente de una de las casas museo más reconocidas de Savannah. Esta segunda espía volvió con el informe de que en Hamilton-Turner House sucedían muchas más cosas de las que saltaban a la vista.

—Joe Odom, por encantador que sea, parece un hombre incapaz de distinguir entre su vida privada y sus negocios. Tiene muchísimos amigos que se presentan en su casa a cualquier hora del día y de la noche, creo yo, y se codean con los invitados de pago con toda familiaridad. Conversan, se preparan cócteles, vacían la nevera, usan el teléfono; vi a cuatro hombres jugando al póquer en el comedor, y podría jurar que uno de ellos salió en las noticias no hace mucho: era un individuo muy gordo, por eso me acuerdo bien de él, y había sido detenido por desfalco y malversación, aunque tal vez fuese por traficar con drogas, no sé. Había una mujer acurrucada en un sofá, durmiendo a pierna suelta, lo que el señor Odom calificó entre carcajadas de «resaca maratoniana». En la cocina, nos encontramos con un joven extremadamente parlanchín, que estaba haciéndole una permanente bien ondulada a una señora de edad. Tuvo el descaro de sugerir que me pusiera yo a la cola, que me sentaría muy bien un peinado liso, creo que dijo. Y si a estas actividades se suma el constante ir y venir de los alquilados que viven en los apartamentos de las plantas superiores, que han de pasar forzosamente por el vestíbulo de la casa del señor Odom para subir por la escalera, se harán una idea del caos que reina en la casa.

»Las visitas turísticas del señor Odom son un turbio manejo que incumple flagrantemente la legislación. Además, son un engaño —siguió diciendo la espía—. Pagar tres dólares para ver un apartamento construido de cualquier manera, que no tiene el menor interés histórico, es desmesurado. La mayor parte de los objetos que tiene el señor Odom son falsos; por ejemplo, la cajita de rapé del general Oglethorpe y gran cantidad de bagatelas por el estilo.

»A menudo, el señor Odom se limita a parodiar una auténtica visita a una de las grandes casas de Savannah. Así, hizo referencia a un par de retratos al óleo hablando

de sus “ancestros por adquisición”, pues dijo que los había encontrado en un mercadillo y que a los dos parecía apetecerles irse con él. El mobiliario es una desmañada mezcla de estilos, algunas piezas son reproducciones y otras son de época, pero casi todas se hallan en una deplorable condición. Un sofá confidente tenía una pata rota, y estaba sustituida por un cubo vuelto del revés. A sabiendas de la precaria situación financiera en que se mueve el señor Odom, no me sorprendió que hiciera diversas alusiones al hecho de que todo lo que hay en la casa está a la venta: las alfombras, los cuadros, los muebles, los adornos de todo tipo. Cantó unas cuantas canciones, lo cual fue agradable porque se le da muy bien, pero luego hizo una descarada publicidad de Sweet Georgia Brown’s, antro del que hay programas de mano amontonados en todas las mesas. Parece clarísimo que toda esta empresa de mal gusto no es más que un lanzamiento promocional del club nocturno que regenta el señor Odom. Por el contrario, las casas museo tienen un valor educativo inmenso, y la entrada que se cobra se dedica a propósitos tan dignos como es el mantenimiento de los restos más importantes de la herencia histórica de Savannah. Las visitas turísticas del señor Odom nada más que abaratan esa idea y la desvirtúan.

Poco después de esta visita, el Departamento de Inspecciones notificó a Joe por carta certificada que las visitas turísticas que se llevaban a cabo en Hamilton-Turner House vulneraban la ley de zonas urbanas, y debían cesar por tanto de inmediato.

Joe no hizo caso de la notificación.

—La mejor respuesta es siempre no responder —dijo—. Así te ganas dos o tres meses de respiro, e incluso seis, si tienes suerte.

Entretanto, persuadió sin hacer mucho ruido a diversos amigos que tenía en la Comisión de Planificación Metropolitana para que propusieran una enmienda a la ley de zonas urbanas, de modo que estuviera permitido realizar visitas turísticas en las casas privadas. Cuando la Asociación de Vecinos del Centro tuvo conocimiento de la idea, se opuso en redondo, y la enmienda fue derrotada en votación. Semanas después, el día antes del desfile de San Patricio, el Departamento de Inspecciones ordenó de nuevo a Joe que pusiera fin a las visitas, si no quería enfrentarse a las acciones legales pertinentes. Esta vez, la noticia apareció incluso en el *Savannah Morning News*. El respiro que Joe se había concedido parecía desde luego terminado.

El carro que llevaba al soldado de la Unión muerto dobló la esquina y siguió por Abercorn Street.

—No sé qué quieres que te diga, Joe —le dije—, pero tengo la impresión de que a este paso vas a terminar tú antes que yo en ese carro.

—Bueno, bueno, ahora no empieces a ponerte nervioso por tu amigo Joe, ¿vale?

—Tendrás que cumplir la orden del municipio, ¿no?

—¿Yo? ¿El gran anfitrión de Savannah? ¿Cómo, cerrar yo las puertas de mi casa? No, no es propio de mí comportarme como una persona antisocial. Es contrario a mi

natural. Además, me estoy haciendo asquerosamente rico con esto de ser tan hospitalario. Tendría que volverme loco para dejar de tratar a todos mis amigos como se merecen.

Joe miró hacia la plaza, oteando los edificios que se alzaban a su alrededor como si fueran las fortificaciones del enemigo.

—Tengo un plan.

—¿De qué se trata?

—He pensado que podría contar con la ayuda de alguna de tus nuevas amistades. Por ejemplo, esa tal Minerva. A lo mejor podríamos darnos un paseo hasta Beaufort, a eso de la medianoche, a charlar un poquito con ella, ¿eh? A ver si le puede lanzar una maldición a alguno de los pesados que me quieren obligar al cierre. Si no, también podríamos pedirle a tu colega Luther Driggers que los envenenase. O que tu amiguete Jim Williams les pegase un tiro..., en defensa propia, claro está.

—Tienes un gusto pésimo —repuse.

—Ya, no te parece atinado, ¿eh? Bueno, pues se me ha ocurrido otra idea, de veras, y ésta va en serio. Vamos abajo, te voy a enseñar de qué se trata.

Joe bajó por las escaleras saludando a todo el que se encontró, dándoles la mano y felicitándoles la fiesta. En todas las plantas de la casa se celebraban fiestas privadas con motivo del desfile; los amigos le gritaban expresiones de ánimo.

—¡Aguanta, Joe! ¡Sigue en la lucha!

—No dejes que te cierren el chiringuito.

—Al demonio con ellos, Joe. No tienen ningún derecho.

—No os preocupéis —repetía Joe a diestro y siniestro—. Seguimos con el chiringuito abierto. Está abierto a todo el mundo.

La gente se apiñaba de tal manera en la planta baja que fue muy difícil abrirse camino. Era la primera vez que Joe residía en una casa por delante de la cual pasaba el desfile, y el resultado era bien visible. La fiesta del día de San Patricio estaba mucho más concurrida que de costumbre. En medio del jaleo, Gloria, el ama de llaves, mostraba hábilmente la casa a los turistas al precio de tres dólares por cabeza, quizás por última vez. Había tras parejas maduritas que no se separaban de ella, y que se hacían bocina con la mano en la oreja para oírla a pesar del jaleo.

—En los viejos tiempos —decía Gloria—, las damas tomaban asiento ante esta chimenea y se protegían la cara tras esas pantallas con abalorios. Hay que tener en cuenta que por entonces el maquillaje estaba hecho con una base de cera, y con un calor excesivo se les correría todo, dejándolas hechas unos adefesios...

Joe me llevó a una pequeña habitación en la que no cabía un alfiler, en la parte de atrás de la casa. Sacó un taco de papeles de un cajón.

—Mira, éste es mi plan —dijo—. He tenido que encerrarme aquí para poder pergeñarlo; he tenido que ponerme el birrete de abogado. De todos modos, mañana por la mañana iré al juzgado y les soltaré todo este embrollo legal encima de la mesa, a ver cómo se lo toman.

Me pasó los papeles, que eran los documentos de constitución de la Fundación Museo Hamilton-Turner House, sociedad descrita como «una corporación de ánimo no lucrativo, cuyo objetivo es restaurar el interior de Hamilton-Turner House mediante los ingresos generados por un negocio privado de tipo turístico, no lucrativo, que habrá de operar con arreglo a la legalidad vigente en el recinto de dicha casa — Firmado: Joseph A. Odom, presidente».

—Ahí lo tienes, claro como el agua —dijo—. Tras deducir salarios y gastos, no me atrevería a decir que aún quede un margen de ingresos, pero así al menos no violaré ninguna ley de zonas urbanas. Mañana mismo, Hamilton-Turner House ya no será una casa particular; se habrá convertido en un museo. Por eso, si quieren pese a todo echarme el cierre, tendrán que cerrar todos los demás.

—¿Tú crees que saldrá bien? —le pregunté.

—Funcionará por fuerza, a menos que se les ocurra una forma para pillarme por detrás. Pero cuando ideen esa solución, supongo que ya no tendrá importancia, porque yo me habré hecho rico y famoso, claro, ya que seré el héroe de tu libro.

En ese instante, de modo sumamente apropiado, se oyó un son de trompetas y un estruendo de timbales procedente del desfile.

SONNY

Quince días antes de que comenzase el segundo juicio, Jim Williams estaba en la calle, delante de su tienda de antigüedades, observando a tres hombres que en ese momento descargaban un pesado y voluminoso mueble de una furgoneta.

—Con cuidado —les dijo. Era un aparador de madera labrada—. Subid un poco por la derecha.

—¿Qué tal va todo? —le pregunté.

—El negocio, como siempre.

—Ya, pero me refiero al otro negocio.

—¿Al juicio? Pues no tengo ni la menor idea; lo he dejado todo en manos de mis abogados. Para mí, todo eso es un aburrimiento inmenso. En cambio, eso de ahí sí que me interesa —Williams hizo un gesto hacia el aparador—. Es un ejemplo excepcional, muy poco común, del mobiliario de la época georgiana. Castaño negro; es de comienzos del XIX. Los detalles que tiene en estilo Regencia son sumamente insólitos. Yo nunca había visto nada parecido.

Hablaba como si el mueble que en esos momentos descendía de la furgoneta fuese su única preocupación en este mundo. De hecho, las estrategias de la defensa de cara al inminente juicio habían pasado por una mala racha pocas semanas antes, llegando al extremo de ser necesario un cambio de abogados. Bobby Lee Cook, a pesar de sus múltiples recursos y su probada astucia, no había sido capaz de librarse de un problema de fechas. Se había comprometido previamente a representar a otro cliente ante un tribunal federal, y el calendario federal siempre había tenido prelación sobre los casos juzgados en cada uno de los estados. Williams, al verse repentinamente sin abogado, se había encomendado a Frank *Sonny* Seiler, un destacado abogado de Savannah que era además socio del bufete de Bouhan, Williams y Levy. Seiler ya había tenido cierta implicación periférica en el caso, ya que Williams había querido que ejerciera su defensa frente al pleito interpuesto por la madre de Hansford, un pleito por una indemnización de diez millones de dólares. El pleito sería enjuiciado una vez quedase aclarada judicialmente la denuncia criminal. En ausencia de Cook, Williams pidió a Seiler que también se hiciera cargo de su defensa en la denuncia criminal.

A los cincuenta años de edad, *Sonny* Seiler disfrutaba de una posición de considerable respeto dentro de la comunidad legal del estado de Georgia. Aparecía en *Los mejores abogados de Norteamérica*, el libro más prestigioso sobre el colectivo, y estaba calificado como uno de los mejores expertos en litigios civiles de todo el país. Era además natural de Savannah, lo cual decía mucho en beneficio de Williams. Los jurados, y muy en especial los jurados de Savannah, siempre habían tenido una instintiva suspicacia frente a los abogados que no fuesen de la ciudad. Bobby Lee Cook era de Summerville, ciudad del estado de Georgia situada unos ciento sesenta

kilómetros al norte de Atlanta, es decir, a distancia más que suficiente para que en Savannah fuera considerado como un perfecto forastero. Y Seiler no sólo había nacido en Savannah, sino que además se había forjado un lugar propio dentro del folclore local. Treinta años antes, cuando sólo tenía veintidós, se había zambullido en las aguas del río Savannah saltando desde la calle East Broad, y había recorrido a nado los veintiséis kilómetros de distancia hasta Tybee en sólo seis horas, contra corriente y con la amenaza de un huracán.

—*Sonny* Seiler ha estado muy ajetreado preparando mi defensa —dijo Williams—. De vez en cuando me llama para informarme de todo, pero yo sólo le escucho a medias. También me remite cartas, pero yo sólo las leo por encima. Si cree que le servirá para entretenerse, no deje de ir a visitarle y dígame que se lo explique con todo detalle. Luego, podrá contarme en pocas palabras, bien escogidas, cómo entiende que me van las cosas. Así me ahorraré la molestia de comentarlo a fondo. Tiene el bufete en Armstrong House, la gran mansión de piedra gris que fue propiedad mía; está en la esquina de Bull con Gaston. Yo le diré que tenga la amabilidad de atenderle, pero asegúrese de visitarle después de las cinco de la tarde. Si va a visitarle en horas de despacho, lo más probable es que me cargue su tarifa habitual. He terminado por conocer bien a los abogados —a Williams se le curvaron hacia abajo las comisuras de la boca—. Y dígame que le mando mis respetos a *ugh-uh*.

—¿A *ugh-uh*?

—Sí, a U-G-A. *Uga* es un gran bulldog blanco. Es la mascota del equipo de la universidad de Georgia, y *Sonny* Seiler es su orgulloso dueño —Williams lo dijo con una evidente mueca de desdén—. *Sonny* es un hincha de lo más fanático. Es el hincha número uno del equipo de fútbol universitario. Y ha sido el dueño de la mascota desde que estaba en la facultad de derecho, es decir, desde los años cincuenta. El *Uga* que tiene actualmente es el cuarto de la dinastía *Uga*. Ya son veinticinco años de *Ugas* y de fútbol. *Sonny* lleva personalmente a *Uga* a Athens para que esté presente en todos los partidos importantes que juegan en casa. Lo lleva en una furgoneta roja, enorme, con una matrícula que dice «UGA IV».

El vestíbulo de entrada a Armstrong House era un espacio cavernoso, con suelo de mármol y una imponente chimenea. La pared frontera la dominaba un retrato al óleo, de cuerpo entero, de un noble británico tocado por una gorra carmesí, bajo el cual dormitaba en un sillón el viejo señor Glover, el conserje. Un recepcionista que estaba en un mostrador al pie de la escalera me susurró que subiera directamente.

El despacho de *Sonny* Seiler era una amplia y elegante sala que en tiempos había hecho las veces de dormitorio principal de la mansión. Por unas altísimas ventanas abalconadas se dominaba Bull Street, a la altura del Oglethorpe Club. En las paredes, allí donde cualquiera hubiese esperado encontrar retratos de los fundadores del afamado bufete, estaban los retratos de *Uga I*, *Uga II* y *Uga III*. Cada uno de los

bulldogs aparecía con una camiseta de fútbol, de color rojo chillón, encima de sus prietos y musculosos cuerpos; sobre el pecho de cada perro se centraba una G de Georgia en negro. Seiler estaba sentado ante su mesa, con una camisa blanca de manga corta. Tenía una robustez notable, aunque era algo cargado de hombros. Cuando entré, saltó de su mesa como si fuese un alero que se desembarazase del placaje del adversario. Nos dimos la mano; llevaba un anillo tan grande que podría haber pasado por un arma. En el centro centelleaban dos hileras de diamantes, en las que se podía leer, en mayúsculas: «GEORGIA: CAMPEÓN NACIONAL DE 1980». Me senté ante la mesa. Eran las seis menos cuarto, pero decidí ir directamente al grano, no fuese que Seiler aún tuviese el reloj en marcha.

—¿Será su enfoque del juicio distinto del anterior? —pregunté.

—Demonios, por supuesto que sí —repuso—. Tenemos que idear un nuevo plan, una estrategia de juego totalmente diferente. El más craso error que cometió la defensa durante el primer juicio fue dejar pasar la cuestión de la homosexualidad sin cogerla por los cuernos. Bobby Lee Cook creyó que existía un acuerdo tácito por el cual dicho asunto no se trataría en la sala, y por eso escogió un jurado compuesto de viejas maestras de escuela: un desastre. Se quedó patidifuso cuando el juez permitió que esos dos amigos de Hansford, no sé si recuerda usted a esos dos *punks* de mierda, diesen testimonio de que Danny y Jim habían tenido tratos sexuales. Por eso, me reuní con Jim y le dije que no podíamos cometer ese mismo error por segunda vez. Le dije que, si lo hacíamos, Lawton volvería a traer a la sala a esos dos individuos y de nuevo pondría en órbita al jurado, tal como hizo la primera vez. «Esta vez —le dije— tienes que salir de ésta por ti mismo, con tus propias palabras. Tienes que decirlo tú mismo, con toda suavidad, con elegancia incluso, para pasar el mal trago cuanto antes y no exponernos a más sorpresas de ese estilo». Bueno, como bien podrá imaginar, Jim se negó en redondo. Dijo que no, que de ninguna manera. Dijo que jamás expondría los castos oídos de su madre a ese tipo de informaciones. Por eso le dije: «Por todos los santos, Jim, ¡si estaba sentada allí mismo durante el primer juicio! ¡Si ya se ha enterado de todo!». Él insistió en que no lo había sabido por él, y eso era importantísimo. Me lo pensé tan sólo un instante: «¿Y si tu madre no estuviera presente en la sala cuando tú prestes declaración? Así, no tendrá que oírlo de tus labios». Y Jim por último se avino a razones. Le dije que no se preocupase, que escogeríamos un jurado que no estuviera predispuesto contra los homosexuales, un jurado en modo alguno tendencioso.

—¿Cómo tiene pensado hacer tal cosa? —le pregunté.

Seiler se inclinó un poco hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa.

—Veamos, entrenador: le explicaré qué es lo que vamos a hacer. Cuando entrevistemos a todo candidato a miembro del jurado, les vamos a preguntar si les supondría algún problema que el acusado, por ejemplo, fuese homosexual. Todos nos dirán que no, que ningún problema, faltaría más. Acto seguido, les preguntaremos si están dispuestos a que un homosexual sea el maestro de sus hijos en la escuela. Y ahí

atraparemos a muchos de ellos. Casi todos contestarán que no, que no están dispuestos a tal cosa. Y si aún se salvan de esa pregunta, les daremos en la cabeza con otra: «¿Hay algún homosexual en la iglesia a la que usted asiste?». Pero no es la última: «¿Le importaría que su párroco fuese homosexual?». Está claro que si existe alguna tendenciosidad, antes o después la encontraremos y recusaremos al candidato.

Seiler no se mostró interesado en conseguir un cambio de emplazamiento.

—No, podríamos lamentarlo mucho —dijo—. No existe forma de saber de antemano dónde podríamos terminar por defender este caso, porque sobre esa hipótesis no existe ningún control. Quién sabe, podríamos terminar en el condado de Ware —puso los ojos en blanco—. ¿Lo conoce? ¿No ha estado nunca allí? Demonios, allí no tienen más que un puñado de reaccionarios campestres incorregibles. O sea, allí hay gente que piensa que es pecado hacer el amor con la luz encendida. A Jim lo lincharían antes incluso de lograr su condena. Por eso entiendo que estaremos mucho mejor aquí en Savannah. La argumentación del fiscal del distrito no es tan potente como parece; de hecho, yo noto que se va debilitando por momentos.

—¿Cómo? —me aventuré a preguntar.

—¿Que cómo? Se lo voy a explicar. A Lawton le encanta hablar de las «abrumadoras pruebas físicas» que hay en contra de Jim. Eso es una soberana tontería. Lo único que tiene son dos teorías que no deja de sacar a relucir: la teoría del residuo de pólvora y la teoría del tiro de gracia. Sostiene que la ausencia de residuo de pólvora en las manos de Danny demuestra que éste no llegó a disparar un arma; afirma que Danny estaba además caído en el suelo y malherido cuando Jim le disparó por la espalda. ¿Es así? Bien, pues nosotros hemos encontrado nuevas pruebas que tiran por tierra, sin paliativos, esos dos argumentos. No tengo inconveniente en comunicarle qué hemos encontrado, porque obvio es decir que hemos tenido que ponerlo en común con el fiscal del distrito.

»El mes pasado, recibimos una orden judicial por la que se nos permitía que nuestros propios expertos llevasen a cabo las debidas pruebas de laboratorio en las dos pistolas Luger, la de Jim y la de Danny, así como en la camisa que llevaba Danny. Contratamos a uno de los expertos en patología forense más importantes que hay en este país, el doctor Irving Stone, del Instituto de Ciencias Forenses de Dallas. Es el tipo que analizó la ropa que llevaban tanto el presidente Kennedy como el gobernador Connally, por solicitud del comité del Congreso que reexaminó las pruebas del asesinato de Kennedy. Si quiere, se lo digo de otro modo: no es ningún petimetre.

»En resumidas cuentas, nos arriesgamos bastante con esa jugada, puesto que no sabíamos si los hallazgos de Stone podrían servirnos de ayuda o si tal vez vendrían a perjudicarnos, y teníamos orden judicial de comunicar los resultados a Lawton. De hecho, el fiscal del distrito se empeñó en que un hombre de su equipo nos acompañase a Dallas. Me refiero al doctor Larry Howard, director del Laboratorio Criminal de Georgia. El viejo doctor Howard llevó las armas y la camisa debidamente precintadas.

»Cuando el doctor Stone se disponía a realizar la comprobación debida en la pistola de Danny, ocurrió algo inesperado. Esa arma no disparaba. En un primer momento, Stone pensó que el pestillo de seguridad estaría puesto, pero el problema resultó estar en que el arma tenía un gatillo tremendamente duro: hacía falta una potencia de más de diez kilos para desplazarlo y percutir. Un gatillo normal, por si no lo sabe, se desplaza con una potencia de dos o tres kilos. Stone tuvo que apretar con todas sus fuerzas el gatillo, y cuando consiguió accionarlo comprobamos que la pistola tiene un retroceso en redondo realmente importante. De golpe y porrazo, habíamos encontrado la explicación del porqué no le dio Danny a Jim, del porqué se incrustó la bala en la mesa. Fue una pieza inesperada, que nos cayó directamente en las manos sin haberla buscado.

»Luego, el doctor Stone siguió adelante y probó el arma por ver si derramaba pólvora como se esperaba. Ojo al dato: Stone descubrió que cuando Danny sostuvo el arma apuntando levemente hacia abajo, y cuando la disparó tal como debió de hacerlo, el residuo de pólvora disminuía más de la mitad. No fue sólo eso, sino que además el arma no siempre derramaba la misma cantidad de pólvora. Se puede imaginar que, a esas alturas, el viejo doctor Howard estaba resoplando sin poder contenerse.

»Más tarde, el doctor Stone llevó a cabo el análisis de la camisa de Danny. ¡No había en ella ni rastro de pólvora! Según Stone, eso demuestra que Jim debía de estar al menos a metro y medio o dos metros de Danny, porque ése es el radio que alcanza el arma de Jim cuando arroja residuos por el cañón. Según Stone, no hay manera de que Jim diese la vuelta al escritorio para hacer los dos últimos disparos, porque en ese caso habríamos encontrado pólvora en la camisa de Danny. Ahí termina, sin más, la teoría del tiro de gracia que defendía Lawton. ¡Me pareció que el viejo doctor Howard estaba a punto del desmayo!

Seiler extrajo un sobre de papel manila de uno de los cajones de su mesa.

—Ahora, le voy a enseñar una sorpresa que le tenemos guardada a Lawton. Después de que la policía fuese a casa de Jim, ya sabe que hicieron fotografías del lugar en que se produjo el tiroteo. En esas fotografías aparecen toda clase de detalles presuntamente demostrativos del crimen, ¿no es así? Una pata de una silla sobre los pantalones de Danny Hansford, partículas de papel sobre el arma que había en la mesa, sangre corrida en la mano de Danny... Mal asunto. Lawton presentó unas veinte fotografías durante el primer juicio, pero la fotógrafa de la policía dijo haber hecho cinco rollos de fotos, lo cual quiere decir que existen más de cien fotos, fíjese bien, que no hemos visto. Hace unos quince días, pedimos permiso para verlas todas. No sabíamos siquiera qué estábamos buscando; sinceramente, tampoco pensamos que fuéramos a encontrar nada.

»Pues bien, hace un par de días nos hicieron entrega de la totalidad de las fotos. Sencillo. Ahora, haga el favor de mirar ésta de aquí.

Seiler me pasó una fotografía en la que aparecía la silla del escritorio de

Williams. Había una bolsa de cuero sobre la alfombra, apoyada contra una de las patas de la silla.

—Compare esa fotografía con esta otra.

En la segunda, la bolsa de cuero ya no tocaba la pata de la silla; estaba a casi un palmo de distancia.

—Por el dibujo de la alfombra —dijo Seiler— bien se ve que tanto la bolsita como la silla se han desplazado. No tengo ni idea de quién las movió, ni menos aún sé por qué, pero se supone, como bien sabrá, que nadie puede tocar nada en el lugar donde presuntamente se ha cometido un crimen, hasta que se terminan de hacer las fotografías y se toman las medidas pertinentes. Si la policía mueve algún objeto, se les exige que fotografíen el momento en que dicho objeto es movido, cosa que aquí no se hizo. Cuando repasamos el resto de las fotografías, esto es lo que nos encontramos.

Seiler distribuyó sobre la mesa varias fotografías de objetos que se encontraban sobre el escritorio de Williams.

—Fíjese en la posición de esta caja de color rosa, aquí... y aquí.

También la caja rosa se había desplazado, igual que un ejemplar de *Teleprograma*, un montón de sobres, un par de rollos de papel y una guía de teléfonos.

—Cuando se miran todas las fotografías, y no sólo las veinte que el fiscal del distrito sacó a relucir en el primer juicio, bien se ve que todo aquello fue llevado de un sitio a otro. Y eso quiere decir que el lugar del presunto crimen nunca fue debidamente acordonado. Para empezar, se supone que no puede haber nadie en la habitación en la que el fotógrafo está sacando fotos. Mire en cambio estas otras: aquí se ven pies, brazos, piernas, zapatos de civil, zapatos de uniforme, zapatos negros, zapatos de ante... Aquella noche, la policía estuvo moviéndose por toda la casa, como si fuera un encuentro multitudinario de policías espabilados. Y ahora descubrimos que cambiaron de sitio las pruebas, queriendo o, posiblemente, sin querer. Es una locura. Es una violación del procedimiento policial de rutina. Por si fuera poco, invalida todas las pruebas que pudieran hallarse en esa habitación.

Seiler estaba radiante.

—Si quiere que le diga una cosa, estamos mejor que nunca. Lo único que se nos escapa ahora mismo es la arrogancia de Jim cuando suba al estrado a testificar de nuevo. Claro que, ¡demonios!, eso es algo que jamás tendremos controlado. Con eso hay que aprender a vivir.

Seiler se recostó en su sillón y entrelazó ambas manos detrás de la cabeza.

—Es Lawton el que tiene problemas, pero es culpa suya. Cometió una pifia imperdonable al ocultar algunas pruebas durante el primer juicio. Lawton es un hombre inteligente y con recursos, desde luego, pero no tiene ni mucho menos la experiencia que un fiscal del distrito tiene que tener. Créame que sé de qué le estoy hablando. Llevo veinticinco años dedicado a la práctica legal, he estado en un juicio docenas y docenas de veces. Spencer Lawton no ha manejado más que dos casos

judiciales en toda su vida, el caso de los Rangers y el primer juicio contra Jim. Y aún no ha ganado ninguno, teniendo en cuenta que la condena de Jim se ha declarado en suspenso. Está ansioso y está muy verde, y de eso nos vamos a aprovechar, faltaría más. De momento, no hemos dejado de presionarle, anegándole primero con mociones previas al juicio en sí, distrayéndole con toda clase de detalles. No podemos hacer nada para frenar la horrenda publicidad que se ha dado al caso, por descontado, pero esta vez pensamos secuestrar literalmente a los miembros del jurado para escurarlos de semejantes maniobras. Me fastidia una barbaridad tener que hacer tal cosa, pero intentaremos acelerar un poco el proceso celebrando también sesiones los sábados —Seiler meneó la cabeza—. Por si fuera poco, todo esto sucede a mitad de temporada. Así se demuestra que no he tomado la decisión a la ligera, ¿no? Tengo fama por no haber faltado a un solo partido jugado en casa por el equipo de Georgia durante los últimos veinticinco años. Me da en la nariz que me voy a perder al menos uno, puede que dos, por culpa del juicio. Pero este sábado pienso estar en el partido contra la universidad de California.

—Usted y *Uga*, supongo.

—Así es —dijo Seiler—. ¿Ha visto a *Uga* alguna vez?

—No, pero he oído hablar de él.

—A la gente le encanta *Uga* —dijo—. ¡Es el animal más famoso de toda Georgia! —Seiler hizo un gesto hacia una serie de archivadores que tenía junto a su mesa—. ¿Ve esos archivos? Ahí no hay nada más que *Uga*.

Comenzó a abrir y cerrar los cajones, que estaban llenos de recortes, de fotografías, de cartas, de pósters.

—El año pasado, *Uga* asistió a la cena de gala del trofeo Heisman en Nueva York —dijo—. ¿Sabe de qué se trata? Mire, tenga —Seiler sacó una fotografía de la AP en la que aparecían *Uga* IV y él mismo en compañía de Herschel Walker, el ala del equipo de Georgia que ganó el trofeo Heisman el año anterior. Los tres, incluido el perro, llevaban corbata oscura—. *Uga* es el único perro que ha sido invitado a semejante cena de gala —dijo con un orgullo incontenible.

Siguió repasando los archivos.

—La correspondencia que recibe *Uga* es asombrosa. Cuando tuvimos que operarle de la rodilla, recibió cientos de cartas de todo el país, de cientos de personas que le deseaban que se pusiera bien cuanto antes. Deben de estar en algún archivo. Recibió incluso una tarjeta de Mike *el Tigre*.

—¿Quién es Mike *el Tigre*? —le pregunté.

Me miró de repente, sorprendido por mi ignorancia.

—De la universidad de Louisiana —dijo, y apretó el intercomunicador—. Betty, por favor, ¿tienes a mano el archivo de las tarjetas de *Uga*, las que recibió cuando le operamos? No lo encuentro aquí.

La secretaria de Seiler entró en el despacho con aire de gran preocupación.

—Debería de estar aquí, *Sonny* —dijo. Abrió otro de los cajones y lo miró a

fondo; luego, salió del despacho. Seiler siguió buscando, totalmente absorto en lo que hacía. Delante de la chimenea estaba tumbado un bulldog de porcelana de tamaño natural. En la repisa, toda una procesión de bulldogs esculpidos pasaba de un extremo al otro. Esparcidos aquí y allá se veían objetos diversos relacionados con los bulldogs: fotografías, un pisapapeles de bronce, figurines, almohadones de punto. Betty volvió al despacho.

—Creo que ya lo tengo, *Sonny* —dijo, y le dio un archivador con una etiqueta que decía «lesión de rodilla». Salieron sobre la mesa desparramadas muchísimas postales y no pocas cartas. Seiler las empezó a revisar a manotazos.

—Aquí está —dijo—, Mike *el Tigre*. Y ésta es del Águila de la universidad de Boston... el Puma de Kentucky... la clase de cuarto de enseñanza básica de la señora Willingham, desde Macon, Georgia... —Algunas de las cartas tenían varias páginas de largo—. En serio lo digo, *Uga* es todo un fenómeno. *Uga III* incluso entró en el *Quién es quién de los animales*. Era la mascota cuando ganamos el campeonato, hace dos años.

Seiler se acercó a la estantería y sacó un volumen. En él estaba inmortalizado *Uga III* junto con especímenes como *Rin Tin Tin*, *Moby Dick*, *Toto*, el *Conejo Blanco*, etcétera. Dejó el volumen sobre la mesa de Seiler, que estaba ya totalmente llena de recuerdos de *Uga*.

—No sé si le apetecerá —dijo Seiler, levantando la mirada del montón—, pero este fin de semana debería hacer todo lo posible por venir a ver el partido a Athens. Jugamos contra California. Y debería ver al menos un partido mientras esté viviendo aquí. Si se decide, venga a la *suite* del hotel a eso de mediodía. Siempre tenemos una reunión de íntimos antes del partido, que es cuando vestimos a *Uga*.

El sábado por la mañana, el tráfico fluía hacia el norte, camino de Athens, como si fuese una carga de la caballería ligera. De las antenas había colgados infinidad de banderines rojinegros; las pancartas hechas en casa daban los mensajes de la causa común: ¡ADELANTE, BULLDOGS! ¡GANEMOS A UCLA! ¡A POR ELLOS, QUE SON NUESTROS!

A mediodía, una docena de invitados se habían reunido en la *suite* del hotel que ocupaba *Sonny* Seiler. En la cómoda había una radio sintonizada con un programa concurso, previo al partido. Seiler estaba sentado al borde de la cama, hablando por teléfono. Llevaba un jersey rojo, pantalones negros y una gorra de béisbol con la letra G al frente. Hablaba a gritos.

—¿Eres tú, Remer? ¿Me oyes? Estamos todos oyendo el maldito concurso, y tú aún no has llamado, hombre... Tienen un montón de llamadas, pero nadie sabe nada. ¿Qué? Ah, pues preguntas de lo más bobo, como «¿Cuándo llevamos pantalones blancos, cuándo vamos de rojo?», o «¿Cuántos partidos de la conferencia este ha perdido Georgia yendo de rojo?». Sí, hombre, es el número de la línea 800 que te di el otro día. ¿Lo tienes...? Fenómeno, entrenador. Adelante, te estamos oyendo.

Sonny se levantó de la cama.

—Era Remer Lane, que ha vuelto a Savannah. Va a llamar a la radio con una pregunta sobre *Uga*.

En ese instante, el propio *Uga* estaba reclinado sobre una manta en el cuarto de baño, un enorme montón de arrugas de pelo blanco, rodeado por un racimo de admiradores, incluida Swann, la hija de Seiler.

—Eh, corazón. Eh, preciosidad —le arrullaba una mujer—. ¿Nos vas a llevar hoy adelante, cielito?

Sonny se acercó al bar que habían improvisado sobre la cómoda y sirvió varias copas.

—Te lo digo yo —dijo—, tengo toda mi fe puesta en este equipo. Ésta va a ser otra temporada victoriosa, ya verás. Claro que... echo de menos a la señorita Herschel.

—Amén —dijo un hombre trajeado con un *blazer* rojo. Herschel Walker había jugado con el equipo su última temporada el año anterior, y ahora era un *rookie* de los New Jersey Generals.

—No es para tanto, que lo haremos bien —dijo otro—, aunque ya me empieza a pesar el partido contra Florida. Y no hablo del resultado, ojo. Las entradas. Todo el mundo pide ya entradas para el partido contra Florida. Mira que por lo general se me da bien encontrar entradas, cosa que sabe todo el mundo y su hermano. Pero ¡hay que ver! Si estamos en septiembre, y ya han empezado las peticiones.

—¡Septiembre! —dijo un hombre muy alto, con una cazadora impermeable roja y blanca—. A mí me empiezan a calentar el teléfono allá a mediados de julio, y no exagero. Luego llega agosto y la cosa se pone que no veas. Me llaman por teléfono, me dejan mensaje en la oficina, recibo telegramas, cartas, qué sé yo. Soy el hombre más popular de todo Georgia cuando llega la fecha del partido Georgia-Florida.

La mayor parte de los hombres presentes en la habitación eran aficionados al fútbol con muy buenas conexiones, que en ese momento empezaron a contar anécdotas de las entradas que habían tenido que conseguir para infinidad de amigos.

—¡Eh, *Sonny*! —le llamó uno de ellos—. ¿Qué hay del caso del asesinato de Williams? ¿Lo vas a ganar?

Seiler miró fijamente al hombre.

—¿Y tú qué crees, va a ganar Georgia a California? —todos lo afirmaron a voces—. Pues te voy a decir una cosa, entrenador. No empieces a apostar contra nosotros todavía, que es pronto. Nos guardamos un par de sorpresas en la bocamanga, ¿sabías? Hay nuevas pruebas, un par de testigos nuevos. Va a ser... Eh, espera, espera. ¡Ahí está! —Seiler se acercó al aparato de radio y subió el volumen.

—...por supuesto, *Uga* tiene un apetito voraz —decía el locutor—, y la persona que nos llama desde Savannah quiere saber lo siguiente: ¿qué marca de alimento para perros consume *Uga*?

—¡Buen chico, Remer! —dijo Seiler. Todos los presentes sabían la respuesta: Jim Dandy, raciones para perros. *Uga* no sólo comía Jim Dandy, sino que además lo

publicitaba oficialmente. Todos levantaron los vasos de plástico para brindar por *Uga IV* y Jim Dandy. Swann Seiler asomó la cabeza por la puerta.

—Papá, ya es hora de vestir a *Uga*.

—¡Ah, la ceremonia de la vestimenta del perro! —salmodió un hombre corpulento que estaba ante la ventana.

Seiler sostuvo un jersey rojo.

—¡Heeeeyauuuuhhh! —llamó al perro.

Uga vino trotando, meneando sus casi cuarenta kilos de peso con evidente alborozo. Seiler le colocó el jersey por encima de la cabeza y le abrochó un collar de púas.

—Si perdemos —dijo Swann—, ese jersey que no se lo vuelva a poner. A veces, si las cosas no van bien, incluso cambiamos de jersey a mitad del partido.

—Hoy habremos traído cinco o seis —añadió *Sonny*—. Y podemos cambiárselo si hace falta, pero esperemos que no.

—Antes los tricotaba mi madre —dijo Swann—. Tenemos algunos jerséis históricos, que *Uga* viste cuando hemos ganado partidos de copa. *Uga* tiene un guardarropa mucho más grande que el mío.

Los invitados comenzaron a ponerse las chaquetas a la vez que Seiler cepillaba al perro y le rociaba de polvos de talco la parte superior de la cabeza, para disimular una mancha grisácea.

—Es por las cámaras —dijo—. Se supone que ha de tener una fotogenia perfecta, una blancura integral. Venga, vámonos.

Abrió la puerta y *Uga* salió brioso al rellano, tirando con potencia de la correa, abriendo la procesión hacia el ascensor y, después, por el vestíbulo.

En el aparcamiento, delante del Stanford Stadium, Seiler subió a *Uga* al tejado de su furgoneta roja, que él mismo conducía, con placas que dicen «UGA IV». Así entronizado, *Uga* aceptó la admiración sin límites de sus fans. Miles de espectadores le saludaron con los brazos en alto, coreando su nombre, cuando no le daban una palmadita en la cabeza y le sacaban fotografías de camino al estadio. *Uga* se contoneaba y jadeaba y lamía tantas manos como alcanzaba a lamer.

Poco antes del saque inicial, Seiler bajó a *Uga* de su sitio y lo llevó al extremo abierto del estadio. Allí, *Uga* y su dueño se detuvieron ante la zona de ensayo, delante de tres lápidas de mármol encaradas a un montículo de hierba. Era el mausoleo de los *Uga*. Al pie de cada una de las tumbas había abundantes ramos de flores, y cada una de ellas ostentaba una inscripción en honor del *Uga* correspondiente.

«UGA. Imbatido, sin atar. Seis copas con seis equipos. “Vaya demonio de perro” (1956-1967)».

«UGA II. Cinco copas con cinco equipos. “Para ser un perro, no estuvo nada mal” (1968-1972)».

«UGA III. Imbatido, sin atar, indisputable e innegable. Campeones Nacionales de

Fútbol Universitario, año 1980. “Y qué me dices de este perro”».

La banda de música se estaba reuniendo en la zona de ensayo. Las *cheerleaders* de Georgia vinieron a recoger a *Uga* de manos de Seiler y a llevárselo a su perrera oficial, que tenía la forma de una boca de riego roja e ígnea, pero sobre ruedas. Tenía aire acondicionado, ya que el calor de Georgia no era ni mucho menos lo idóneo para la raza de bulldog inglés de pura sangre a que pertenecía *Uga*. La boca de riego fue arrastrada hasta el centro del campo para tomar parte en las ceremonias iniciales. Antes del saque, *Uga* saltó de la caseta y trotó hacia el lateral del campo. El público prorrumpió unánimemente en un rugido: «¡Qué perrazo! ¡Qué perrazo! ¡Qué pedazo de perrazo! ¡Rooff! ¡Rooff! ¡Rooff! ¡Rooff! ¡Rooff! ¡Rooff!».

Esa misma noche, llamé a Williams para referirle la conversación que había tenido con Seiler.

—Pues parece que tiene munición aún sin estrenar a su entera disposición —le dije.

—Sí, eso mismo diría yo —dijo Williams—, y más vale que así sea, teniendo en cuenta la tarifa que cobra. Por cierto, ¿qué le ha parecido?

—Un hombre muy listo, sobrado de energía y totalmente entregado a su causa.

—Mmmm —dijo Williams—. No sólo a mi causa: también está entregado al dineral que gana conmigo.

Oí el tintineo de los hielos contra un vaso de fino cristal.

—¿Quiere que le explique qué se trae entre manos?

—No, la verdad es que no me interesa demasiado. De todos modos, dígame una cosa, y no porque me importe tampoco demasiado... ¿Quién ganó el partido?

—Georgia. Diecinueve a ocho.

—Estupendo —dijo Williams—. Eso quiere decir que *Sonny* está muy animado. Hay que ver qué infantil resulta, ¿no le parece? Cuando pierde Georgia, se queda literalmente destrozado. Se queda en estado de *shock* y pasan días hasta que vuelve a reaccionar.

—En ese caso, supongo que contará con una vigorosa defensa por su parte, porque fue una victoria sensacional.

—Espero que no demasiado, porque entonces podría considerar mi juicio como un anticlímax.

—No, no creo que el partido fuera demasiado importante. Sólo era un simple partido previo de la conferencia del sureste.

—Maravilloso —dijo Williams—. No me gustaría que estuviese distraído recordando las jugadas. Quiero que esté más ágil que nunca. Sí, así ha de ser, y así saldrán las cosas como deben —Williams hizo una pausa; los cubos de hielo tintinearón en su vaso de nuevo—. Desde luego, las cosas saldrán a pedir de boca.

NOTAS SOBRE UNA REPOSICIÓN

El jurado no parece ni mucho menos contento. Seis hombres, seis mujeres; siete negros, cinco blancos. Cuando el juez Oliver les dijo que se fuesen a sus casas y que volvieran con ropa de sobra para una estancia de dos semanas, cuatro de las mujeres se echaron a llorar. «¡Me niego! ¡Yo me niego! Perderé mi trabajo, y estaré predispuesta negativamente frente al caso». Otro hombre echó a correr hacia la puerta; tuvieron que sujetarlo los oficiales del juzgado. «¡Que me lleven a la cárcel! —gritaba—. ¡Me da igual! ¡No pienso cumplir!». El juez citó a los seis miembros más recalcitrantes en su cámara y escuchó atentamente sus quejas. Luego les repitió que se fuesen a casa y que volviesen con todo lo necesario.

Spencer Lawton abre las sesiones con la fotógrafa de la policía, la sargento Donna Stevens, que nos lleva de gira fotográfica por Mercer House, utilizando enormes ampliaciones y un caballete. «Ésta es una foto de fuera de la casa —dice—. Ése es el cuarto de estar... Ése es el vestíbulo, ahí está el reloj de pared que estaba tirado en el suelo... Ésa es la puerta del estudio, en donde se ve a la víctima tendida en el suelo... Ésa es una instantánea de la mancha de sangre en la alfombra...».

Cuando termina, Seiler inicia el careo.

—¿Recuerda haber fotografiado una bolsa de cuero y la pata de una silla? —pregunta.

—Sí —dice ella.

—¿Hizo la fotografía nada más llegar?

—Sí, señor.

—¿Y la repitió después de que los detectives y otras personas revolviesen por toda la casa?

—Así es.

Seiler sostiene las dos fotografías en las que se ve la bolsita de cuero y la pata de la silla en distintas posiciones.

—Me interesa sobre todo el desplazamiento de la bolsa —dice a la vez que enarca una ceja.

La sargento Stevens reconoce que la silla se ha movido, pero niega que se haya movido la bolsa de cuero. Seiler le pregunta si, mirando los dibujos de la alfombra, no se da cuenta de que la bolsita también se ha movido del sitio inicial. No, ella no lo ve así. Seiler insiste.

—Bueno, miremos la primera de las fotografías y contemos los puntos que hay en la alfombra —dice—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... y seis. Y en la segunda fotografía solamente hay dos, ¿de acuerdo?

La sargento Stevens al final admite de mala gana que también se ha movido la bolsita de cuero.

El jurado se divierte con el dominio que tiene Seiler en la sala. Pasea de un extremo a otro; va impecablemente trajeado, lleva gemelos a la francesa, los zapatos relucientes. Cuando habla, su voz es como un trueno. Sin embargo, sabe cambiar de tono, yendo del sarcasmo a la curiosidad, de la ofensa a la sorpresa. Lawton, por comparación con él, es tedioso. Parece que tuviera los pies planos; lleva el traje arrugado. Es tímido y apocado. Cada vez que Seiler levanta la voz —«¡Protesto! ¡El señor Lawton vuelve a manipular al testigo!»—, hace un involuntario gesto de dolor. Seiler protesta repetidamente, para desarmar a Lawton y para enviar al jurado un mensaje bien claro, a saber, que el fiscal del distrito carece del elemental conocimiento del proceder judicial en la sala.

En el *drugstore*, Ruth se pregunta en voz alta si este juicio será al final tan «jugoso» como el primero. Luther Driggers opina que Williams cometió un error después de matar a tiros a Hansford.

—Tendría que haberse llevado el cuerpo de Danny al oeste, haberle arrancado los dientes, disolverlos en ácido nítrico, despellejarlo y dárselo de merienda a los cangrejos.

—¿Para qué iba a montarse una argucia tan complicada? —pregunta Ruth.

Luther se encoge de hombros.

—Es mejor que haber dejado el cuerpo en el suelo de Mercer House.

—Bueno, da igual lo que debiera haber hecho Jim Williams con el cuerpo: lo que está claro es que ha organizado la defensa de mala manera —dice Quentin Lovejoy a la vez que deja con esmero la taza de café sobre el plato. El señor Lovejoy es un profesor de lenguas clásicas; tendrá sesenta y tantos. Vive con una tía soltera en una mansión victoriana—. ¡Tanto hablar de que Danny Hansford era violento, brutal, un criminal! Jim Williams no gana ningún crédito al blasfemar contra el chico de esa forma.

—¡Pero Quentin! —protesta Ruth—. ¡Si Danny Hansford pegaba a su hermana...! Su madre tuvo que pedir protección policial contra él. Fue detenido ni se sabe cuántas veces; estuvo en la cárcel. ¡Era un criminal, un delincuente común!

—En absoluto —dice el señor Lovejoy con una voz levemente más audible que un susurro—. El único crimen que cometió ese chico fue haber cumplido veinte años.

Seiler protesta por el uso reiterado de la expresión «lugar del crimen» por parte de los testigos de la acusación.

—Todavía no se ha demostrado que se haya cometido ningún crimen —apunta.

El juez Oliver aparentemente no oye a Seiler. De hecho, está dormitando. Tiene

los ojos cerrados, la mandíbula apoyada en el pecho. El juez ha dejado bien claro en varias ocasiones, suspirando audiblemente y poniéndose cada vez de peor humor, que le aburre mortalmente este segundo juicio. En todo caso, no responde a la protesta de Seiler. Menos de un minuto después, un testigo de la acusación dice «lugar del crimen» una vez más, y Seiler lo deja pasar.

En el pasillo, durante un receso, unas gafas de color púrpura me llaman la atención. Minerva está sentada en un banco, con una bolsa de plástico en el regazo. Me siento a su lado y me explica que le han pedido que comparezca como testigo de cargo de Williams. La defensa confía en que conmueva a los siete negros del jurado. Se identificará como una simple lavandera, profesión a la que desde luego se dedica a tiempo parcial, pero desde el estrado de los testigos tendrá ocasión de establecer contacto ocular directo con el fiscal del distrito, el juez y los miembros del jurado. Así podrá echarles la debida maldición a cada uno de ellos.

Mientras espera en el pasillo, permanece sentada, canturreando y haciendo un ruido que parecen gárgaras. De vez en cuando, abre la puerta una rendija y mira la sala.

La madre de Danny Hansford, Emily Bannister, también permanece sentada en el pasillo. *Sonny* Seiler la ha incluido en la lista de los testigos de la defensa, tal como hizo Bobby Lee Cook, para impedir que entre en la sala. Está tranquila, reposada, y me sorprende que la principal preocupación de Seiler sea no que provoque un altercado delante del jurado, sino que su aspecto etéreo pueda ganarse las simpatías de los miembros del jurado. En cualquier caso, sigue negándose a hablar con la prensa (y conmigo). A medida que avanza el juicio, la señora Bannister permanece sentada en el pasillo: lee, toma notas en una agenda o hace punto.

El primer sábado del juicio, tanto *Sonny* Seiler como el juez Oliver están de los nervios. Están preocupados por el partido Georgia-Mississippi, que tiene lugar al mismo tiempo en Athens. Seiler ha apostado a sus ayudantes en el pasillo, y allí están oyendo la retransmisión del partido en una radio portátil. Oliver, antiguo presidente del Club de la Universidad de Georgia, pide a Seiler que le mantenga informado de la situación. Seiler cumple en susurros. Al final, Georgia gana por 20 a 7.

Lunes por la mañana. Testifica Williams. Antes de entrar, de pie ante la puerta de la sala, parece relajado.

—*Sonny* me llamó ayer por la noche para pedirme que actuara con humildad y con remordimiento —dice—. No sé si sabré hacerlo, pero sí voy a hacer un sincero esfuerzo por parecer un pobre hombre. Llevo el mismo *blazer* azul que me puse el

viernes; eso dará al jurado la impresión de que no tengo nada más que ponerme. Lo que no saben, claro está, es que es una chaqueta Dunhill, hecha a medida en Londres. Y tampoco saben que los botones son de oro de Georgia de dieciocho quilates.

Seiler pone en marcha su nuevo plan de ataque. Antes de que Williams ocupe el banquillo, su hermana acompaña a su madre mientras sale de la sala. Cuando se hallan en el careo directo, Seiler pide a Williams que explique cómo fue su relación con Danny Hansford.

—Era un buen muchacho —dice Williams—. Podía llegar a tener verdadero encanto. Él tenía su novia, yo tenía la mía. Pero el sexo es para mí algo de lo más natural; por eso tuvimos relaciones sexuales unas cuantas veces. A mí no me importaba, a él tampoco. Yo tenía mi novia, él tenía la suya. No fue más que una cosa natural, ocasional, que pasó sin más complicaciones.

Las expresiones que adoptan los miembros del jurado hacen pensar en que no les parece en modo alguno natural.

Lawton procede a examinar a Williams. Williams lo observa con un olímpico desprecio, que ni siquiera pretende disimular.

—Indicó usted que mantuvo relaciones sexuales con Hansford en alguna ocasión —dice Lawton—. ¿Es cierto?

—Mm-mmm.

—Y dijo también que el sexo es para usted algo perfectamente natural.

—Bueno, verá usted: no sólo fue natural. Danny era un chaperero de Bull Street, dispuesto a venderse a todo el que quisiera pagar sus favores.

—Exactamente —dijo Lawton—. Así es. Por tanto, era un chico de la calle, y lo había sido desde que tenía catorce años, según indicó usted.

—Ah, sí.

—Dejó los estudios en octavo y tenía unos veinte años, ¿verdad?

—Tenía veintiuno, y no era precisamente un niño.

—Conste que yo no pongo en duda su derecho a tener cualquier relación que usted quisiera tener, ahora bien, usted tenía cincuenta y dos años y él veintiuno. ¿Era la suya una relación normal y natural?

—Mm-mmm. Yo tengo cincuenta y dos, desde luego, pero él tenía horas de vuelo equivalentes poco más o menos a mi edad.

—No tengo nada más que decir —dice Lawton—. Muchas gracias.

Las palabras escogidas por Williams tal vez no son las que esperaba Seiler, pero su franqueza ha servido para que Lawton no tenga que llamar a declarar a los dos amigos de Hansford para matizar sus afirmaciones.

Durante un receso, Seiler me dice que el juez Oliver está viejo y se siente

cansado. Además, está aterrado de que el Tribunal Supremo del Estado revoque de nuevo el juicio, y por eso va a permitir que la defensa aporte muchísimas más pruebas sobre el historial delictivo y violento de Danny Hansford.

—No lograríamos colar ni la mitad si nos las viéramos con un juez más joven y mejor capacitado —dice Seiler.

Barry Thomas, el capataz del taller de Williams, es una de las personas a las que el juez Oliver ha permitido que refiera lo que sabe del carácter violento de Hansford. Escocés de complexión algo frágil, Thomas recuerda una vez en que, sin previo aviso ni razón aparente, Hansford le atacó físicamente en Mercer House, dos meses antes de su muerte.

—Había terminado la jornada de trabajo —dice Thomas—, y ya me disponía a marcharme por la puerta principal de Mercer House, cuando oí pasos a mis espaldas. Me di la vuelta y vi que el señor Hansford se me echaba encima. Se me abalanzó y me derribó, para darme después varios puntapiés en el estómago. Jim lo sujetó, me lo quitó de encima y me dijo: «Mejor será que te marches, Barry. Danny se ha vuelto loco».

»Dos días después, el señor Hansford vino a pedirme disculpas. Dijo que no sabía por qué lo había hecho. Quiso que le devolviera yo los golpes, pero le dije que no. Me pareció que estaba enfermo. No tengo ni idea de por qué me agredió, aparte de que era algo propio de su carácter.

Thomas baja del estrado después de testificar. Cuando sale al pasillo, una mano le sujeta rápidamente de una oreja. A Thomas se le escapa un escalofriante chillido de dolor cuando se cierra la puerta tras él. Salgo al pasillo y veo que la mano que lo sujeta es la de Minerva.

—¿Por qué has tenido que decir eso, imbécil? —le espeta.

—¿Decir el qué? —dice Thomas a la vez que la sujeta por el brazo.

—Lo que dijiste del chico muerto —dice ella, dándole un tirón—. ¿Por qué lo dijiste?

—Pues porque es verdad —dice Thomas—. Me golpeó en el estómago sin razón ninguna.

—Eso no importa —dice ella, y por fin le suelta—. Has conseguido que el chico se vuelva a enfadar, y ahora tendremos que calmarlo.

—¿Y qué quieres que haga?

—Consígueme un pergamino y también una pluma. Con tinta roja. Espera que piense... ¡Y unas tijeras! Tráeme también unas tijeras. Una vela y una Biblia. Venga, lo necesito todo cuanto antes.

—¿Un pergamino? —pregunta Thomas—. ¿Dónde voy a encontr...?

Minerva vuelve a cogerle de la oreja.

—Sé dónde puede encontrar una Biblia —digo a la vez que doy un paso hacia ellos dos—. En el motel que hay al otro lado de la calle.

Con cinco dólares consigue traerse la Biblia y una vela que le presta el recepcionista del motel. En la tienda de Friedman, Thomas compra un rotulador rojo y un paquete de pesado papel con verjura, que es lo más parecido a un pergamino que tienen allí. Cuando se dispone a pagar, Minerva le pone una mano sobre el brazo y se lo impide.

—Primero, deja el dinero en la mesa —dice—. Así, la dama no puede jugar con tu mano. Bésalo antes de dejarlo ahí, para que un día te sea devuelto.

Thomas besa el dinero obedientemente y lo deja sobre el mostrador.

De vuelta al coche de Thomas, Minerva extiende su parafernalia en el asiento de atrás.

—Vamos todo lo cerca que se pueda de un sitio con agua —dice.

Thomas recorre la empinada calle adoquinada que lleva de Factors' Walk a River Street. Atravesamos despacio la explanada de River Street, con los muelles a un lado y los viejos almacenes portuarios al otro. Minerva señala una goleta de tres mástiles.

—Allí.

Thomas se detiene frente a la proa del barco, y Minerva enciende la vela y se pone a cantar una letanía. Con el rotulador rojo, garrapatea frases de la Biblia en el papel. Termina, corta el papel en cuadrados y les pega fuego uno por uno. Las cenizas flotan como negros copos de nieve dentro del coche.

—Recoge estos tres trozos que no se han quemado —le dice a Thomas— y dile al señor Williams que se los meta en los zapatos.

De repente, se da cuenta de que somos cuatro, no los tres de antes. El cuarto es un policía que mira por la ventanilla, a menos de un metro de mí.

—¿Señora? —dice.

Minerva sostiene la vela encendida delante de su cara y mira al policía desde detrás de sus cristales púrpura. Abre la boca todo lo que puede.

—¡Ahhhhhhhhhh! —dice. Luego, acerca la vela a la boca y cierra los labios. Las mejillas se le iluminan como una calabaza en Halloween. El resplandor se apaga entonces con un siseo. Entrega la vela apagada al policía—. Ya no quemamos nada más —dice con toda dulzura. Le da a Thomas un golpe en el hombro y nos marchamos.

Veo al policía por el retrovisor; aún sostiene la vela, y mira aturdido hacia nosotros, sin perdernos de vista hasta que doblamos la esquina.

En la sala, un psiquiatra declara que, de niño, Danny Hansford tenía por costumbre contener la respiración. Al parecer, Danny atormentaba a su madre negándose a respirar, hasta que se ponía azul y se desmayaba.

Después de todo, Minerva no tendrá que declarar. De repente se ha dado cuenta de que conoce a uno de los miembros del jurado, y él también la conoce.

—Le he hecho algo de magia negra —dice—. Sigue estando loco de remate. No piensa decir qué le hizo, ni menos aún el porqué.

El doctor Irving Stone, experto en patología forense venido de Dallas, ocupa el estrado y expone una serie de argumentos de peso en favor de la defensa, en todo lo tocante al residuo de pólvora y a otros aspectos técnicos del tiroteo, tal como me avisó Seiler. Sus comentarios los refrenda Joseph Burton, médico forense de Atlanta que ya declaró en el primer juicio y que ha vuelto por segunda vez. Más impresionante que sus testimonios, sin embargo, es la conversación que traban como si tal cosa mientras aguardan en el pasillo a que les llamen.

—Identifiqué 357 cadáveres de aquel avión de la Delta que se estrelló el otro día en Dallas —dice Stone—. A un ritmo de treinta cada día, tardé en total doce días.

—Caramba —comenta Burton—, no está nada mal. ¿Cuántos sacaste por las huellas dactilares?

—El setenta y cuatro por ciento.

—¿Y las piezas dentales?

—No recuerdo bien; puede que un diez por ciento. De todas ellas, me quedo con la que hice a través de un marcapasos. Anoté el número de serie, llamé al fabricante y me comunicó el nombre del muerto.

Seiler se ha reservado dos testigos sorpresa para más avanzado el juicio.

Vanessa Blanton, una morena de veintitantos años, es camarera en el restaurante 1790. Dice que vivía antes en una casa de Monterrey Square, y recuerda haber visto a un joven que disparó un arma contra los árboles poco más o menos un mes antes de que Danny Hansford fuera asesinado. No supo que ese incidente tuviese la menor relación con el juicio de Williams hasta hace muy poco, hasta que uno de los ayudantes de *Sonny* Seiler se lo oyó comentar con otra camarera en el restaurante. Seiler la llama a declarar; ella ocupa su lugar en el estrado.

—Cerramos el bar del restaurante a eso de las dos y media, y cogí el coche para irme directamente a casa. Estaba subiendo las escaleras cuando oí un disparo. Miré por encima del hombro hacia la casa del señor Williams, porque me pareció que venía de allí. Vi a un joven con tejanos y camiseta, que sostenía la pistola y apuntaba hacia los árboles. Aún disparó otra vez.

—¿Y qué hizo usted después? —le pregunta Seiler.

—Abrí la puerta de mi apartamento, y cuando volví a mirar a la plaza vi que el joven subía las escaleras de la casa del señor Williams. Me paré un momento a pensar

y se me ocurrió que quizás debiera llamar a la policía, pero cuando volví a mirar por la ventana vi que un coche de la policía se detenía delante de la casa.

Spencer Lawton considera que la señorita Blanton es un duro golpe para su reconstrucción de los hechos del 3 de abril. Intenta probar su incapacidad para ver claramente a una persona que estuviera delante de Mercer House, de lejos y en plena noche, pero ella refiere su versión igual que antes.

El segundo testigo sorpresa que guardaba Seiler es Dina Smith, una rubia de treinta y tantos. La noche en que murió Danny Hansford estaba de visita en Savannah, procedente de Atlanta, y se quedó en casa de su prima, que vive muy cerca de Monterrey Square. Poco después de las dos salió a sentarse unos minutos a un banco de la plaza, a disfrutar de la brisa nocturna.

—Cuando llevaba unos minutos en la plaza, oí varios disparos casi seguidos. Sonaron muy fuerte, y me pareció que venían de todas direcciones. Me quedé sentada sin mover ni un músculo, aterrada. Miré a mi alrededor y permanecí en la plaza durante veinte minutos, puede que media hora, para volver después al apartamento de mi prima.

—¿No había coches de policía delante de la casa del señor Williams en ese momento? —pregunta Seiler.

—No, señor. La puerta estaba abierta de par en par y las luces encendidas.

—Ya —dice Seiler—. ¿Vio usted a alguien?

—No, señor.

—¿Llamó entonces a la policía?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no habría sabido qué decirles. No sabía qué era lo que había oído.

A la mañana siguiente, la señora Smith salió de casa de su prima para ir a la playa, y vio una furgoneta de una cadena de televisión delante de Mercer House. Después leyó la noticia del tiroteo, y sólo entonces se dio cuenta de lo que había ocurrido. La señora Smith dice que el señor Williams le fue presentado por su prima en una visita posterior que hizo a Savannah, mientras Williams esperaba el resultado de su apelación. Le explicó a Williams lo que había oído, y él le pidió que hablase con sus abogados.

El peso de la narración de Dina Smith radica en el detalle de que todos los disparos, tal como ella los oyó, fueron hechos en muy rápida sucesión, tal como había dicho Williams. No hubo pausas; no hubo tiempo, si su narración fuera digna de crédito, para que Williams empuñase una segunda pistola y fingiera los tiros desde el lado de la mesa que ocupaba Hansford.

El último día del juicio es sábado. Previsiones para el día: conclusiones, instrucciones del juez al jurado, partido Georgia-Mississippi.

En su resumen, *Sonny Seiler* carga las tintas en la torpeza imperdonable de la actuación policial en Mercer House, comparando a los responsables con unos policías de dibujos animados.

—Entró tanta gente en el estudio de Jim Williams mientras se investigaba lo ocurrido allí que casi no hay quien los pueda contar —dice—. Primero entra el cabo Anderson, que viene con un oficial novato. Después aparece el oficial Traub, que yo recuerde, y entonces empiezan a salir como cucarachas. Van entrando en la casa uno detrás de otro, quizás hasta juntarse unos catorce o quince. Y no fue cuestión de que llegaran uno a uno, sino, sobre todo, de que llegaban casi con ánimo de fiesta, supongo que porque en Savannah no suelen ocurrir sucesos como éste, y menos en una mansión de valor histórico, repleta de antigüedades y de bellos objetos, envuelta en un aire de misterio y de intriga. Anderson, White, Chessler, Burns, Traub, Gibbons, Donna Stevens... Todos ellos no paran de ir de acá para allá, entrando y saliendo, pasando por el estudio una y mil veces. Todos tienen gran curiosidad, ya se ve. Cogen esto y lo dejan; mueven lo de más allá... Y todos los expertos que han pasado por la sala, incluidos los suyos propios, indican que ése no es un procedimiento acertado para realizar una investigación a fondo. Sin embargo, pretenden hacernos creer que cubrieron con una especie de velo sagrado todo aquello, mientras tomaban las fotografías al menos. Dicen que acordonaron el lugar, pero es mentira. Ya han visto ustedes las fotografías.

Lawton, en sus conclusiones, no renuncia a la idea de que Jim Williams escenificara con toda deliberación el falso incidente deli de abril, a pesar de lo que Vanessa Blanton dice haber visto.

—Si creen ustedes —dice dirigiéndose al jurado— que Vanessa Blanton realmente vio a Danny Hansford disparando allí fuera, en Monterrey Square, por mí de acuerdo. No obstante, quisiera sugerirles que tal vez sea muy difícil precisar, de lejos y de noche, si lo que esta señora vio allí era la silueta de Danny Hansford... o la del propio Jim Williams. No podemos descartar la posibilidad de que el carácter violento de Danny Hansford saliera a relucir no precisamente por azar un mes antes de su muerte.

De Dina Smith y de los disparos que oyó estando en un banco de la plaza, un mes más tarde, Lawton deja bien claro que él no la cree.

—Yo diría que no pasa de ser una amiga dispuesta a echar una mano en un momento de apuro.

Ya al final de su resumen, Lawton se explaya en una serie de comentarios puntuales en torno al gatillo del arma de Danny.

—La defensa nos indica que cuando Danny Hansford disparó contra Williams falló sencillamente por la tremenda resistencia del gatillo. De hecho, la resistencia era tal que el doctor Stone, un ex agente del FBI que no es precisamente nada débil, tuvo

que emplear ambas manos para disparar. Me gustaría mostrarles una cosa más, si me lo permiten.

Lawton entrega el arma de Danny a su ayudante, una mujer bajita, y le pide que apunte contra la pared y que apriete el gatillo. Ella no hace el menor esfuerzo al disparar, y el cañón no se mueve un ápice de la diana a la que ella estaba apuntando. Seiler protesta contra la demostración, pero Oliver no admite la protesta.

Tras las conclusiones, el juez Oliver lee las instrucciones al jurado. Ofrece tres opciones: culpable de asesinato, culpable de homicidio involuntario, inocente. Son las 5.30 de la tarde cuando el jurado se retira a considerar el veredicto.

Williams y su familia vuelven a Mercer House. Seiler se va a su despacho en Armstrong House, y se entera al salir de una estupenda noticia: Georgia ha derrotado a Mississippi por 36 a 11.

Pregunto a Minerva si le apetece comer algo mientras esperamos. Ella niega con un gesto y revuelve en su bolsa de plástico.

—Tengo trabajo que hacer aquí.

Tres horas después, el jurado comunica que ha acordado una decisión. Seiler regresa a la sala, evidentemente preocupado.

—Es demasiado pronto —dice—. El caso tiene infinidad de cuestiones; no es posible que hayan alcanzado tan pronto un veredicto sopesado. Lo más probable es que quisieran terminar cuanto antes y marcharse a sus casas.

También Blanche Williams tiene un mal presagio.

—No nos habíamos sentado a cenar cuando nos llamaron —dice—. Había preparado flan de caramelo, que es el postre preferido de James, y me disponía a bajar al comedor. Antes de salir de la casa, vi que James se guardaba algo en el calcetín. Puede que fuesen cigarrillos, pero ese gesto me hizo pensar que James sospecha que no va a volver a casa.

Me siento al lado de Minerva y al punto me percato de que hay un rastro de polvillo blanco delante del estrado en donde están sentados los miembros del jurado. Hay además ramitas y trozos de raíz delante de la mesa del juez. Minerva mastica algo con parsimonia. Los miembros del jurado toman asiento en sus lugares. Minerva los mira tras sus cristales púrpura como si los quisiera fulminar.

Por orden del juez, Williams se pone en pie. El portavoz entrega un papel al oficial, que lee el veredicto en voz alta:

—Consideramos que el acusado es culpable de asesinato.

El juez Oliver da un fuerte mazazo.

—La sentencia es de cadena perpetua. Cúmplase.

La sala queda en silencio. Williams bebe con toda calma un sorbo de agua de un

vaso de plástico; luego atraviesa el espacio abierto delante del juez y lo escoltan los oficiales por la puerta que conduce directamente al túnel que le llevará a la cárcel.

Noto la mano de Minerva sobre mi brazo. Mira de frente a un grupo que se ha arremolinado en torno a Spencer Lawton, y la veo sonreír.

—¿De qué se trata? —le pregunto, extrañado de que encuentre algo que le haga gracia.

Señala con el índice al fiscal del distrito, que está de espaldas a nosotros. Está recogiendo sus papeles y agradeciendo las felicitaciones que le da su personal, sin haberse fijado en la mancha del tamaño de una huella humana, de polvo blanco como la tiza, que tiene en el faldón de la chaqueta y en los pantalones.

—¿Has puesto ese polvo blanco en la silla del fiscal del distrito, Minerva? —le pregunto.

—Ya sabes tú que sí —responde.

—¿Y qué es?

—El Gran Juan Conquistador. Así llamamos a una raíz poderosísima.

—Ya, pero ¿de qué puede servir ahora?

—Al llegar a donde ha llegado, ese polvo significa que Delia aún está faenando con el fiscal del distrito —dice. Delia, si no recuerdo mal, era uno de los nombres que Minerva invocó en el cementerio—. Por si fuera poco, lo tiene bien sujeto por la culera del pantalón. Aún no ha terminado con él, está claro.

—¿Qué crees que va a pasar? —pregunto.

—¿Quieres decir... si Delia no lo deja en paz?

—Eso es, si sigue ahí.

—Es sencillo: el fiscal del distrito tendrá que poner al señor Jim en libertad. Es así de fácil. Si estuviese yo en el pellejo del fiscal del distrito, no estaría pensando en celebraciones ni nada de eso. Imposible, si Delia se le ha agarrado al culo de esa forma. Cuando vivía, era mala. ¡Pero muerta es peor! Y me da que está a punto de armar una zapatiesta infernal.

—¿Qué pasó con las otras ocho mujeres que invocaste en el cementerio?

—Las tres primeras no contestaron. Delia era la cuarta.

—¿Y el doctor Buzzard? ¿Tiene algo que ver?

—Él le dijo a Delia que adelante.

—¿Y te ha dado un número?

Minerva se echa a reír.

—Joder, aún no. No sé qué pasa, que le gusto así de pobre. Así tengo que trabajar duro, así tengo que ir a verle al jardincito de las flores. Y así me tiene bien vigilada, el muy cabrón.

Minerva recoge su bolsa de plástico y se dispone a salir. La bolsa se abre un instante, y veo dentro lo que me parece en principio una pata de gallina. Se despide con un gesto y se mezcla con la multitud que sale por el pasillo.

Salgo de la sala y paso por delante de *Sonny Seiler*, que está dando la cara ante los

focos de la televisión, hablando de una nueva apelación. El chiflado de los juzgados, el que no se pierde ni un juicio, parece tan entretenido como siempre.

—Con buena conducta —dice—, Williams estará en la calle en siete años.

—Me han dicho que a lo mejor sale antes —le contesto—, sobre todo si una señora que se llama Delia dice lo que tiene que decir.

—¿Quién? —se lleva la mano a la oreja.

—Delia.

—¿Quién es Delia?

—Querrá decir quién era Delia —le contesto—. No sé más de ella. Pero está muerta.

LA VAINA

Los poderes póstumos de la difunta Delia, caso de que los tuviera, no eran al parecer de los que surten efecto inmediatamente, como quedó bien claro al día siguiente de la condena de Jim Williams. Sus abogados visitaron al juez Oliver para solicitarle la libertad bajo fianza, y este suplicatorio les fue contundentemente denegado. El juez sí cedió en otro punto: Williams no iba a ser trasladado de inmediato a la temida penitenciaría estatal de Reidsville. Podría permanecer por un tiempo indefinido en Savannah, en la cárcel del condado de Chatham, de modo que sus abogados pudiesen departir con él y despachar consultas mientras elaboraban los pormenores de la apelación, tarea que bien podría costar un año, o puede que más. Esta concesión molestó a los comisarios del condado, que decidieron pleitear contra Williams para lograr que éste costeara su alojamiento y manutención mientras permaneciera en las instalaciones del condado, es decir, por 900 dólares al mes. (El pleito fue retirado cuando el abogado del condado comunicó a los comisarios que sería imposible sacarlo adelante en un juicio).

En ausencia del dueño, Mercer House adoptó cierto aire fantasmal. Las persianas interiores de los grandes ventanales permanecieron cerradas, defendiendo la casa del mundo exterior. Habían terminado las fiestas de gala. Los elegantes invitados que llegaban en nutridos grupos por la acera, ataviados con trajes de noche, ya no eran más que un recuerdo. No obstante, los setos siguieron estando perfectamente recortados, el césped de la entrada cuidado como si fuese una alfombra, y por las noches se veían rendijas de luz entre las persianas bajadas. De hecho, Blanche Williams había dejado su casa de Gordon para venirse a vivir a Mercer House. Vivía en la casa ella sola, celosa de su tiempo. Sacaba brillo a la platería y quitaba el polvo de los muebles; todas las semanas preparaba un flan de caramelo, con la esperanza de que regresara su hijo a casa.

El taller de las caballerizas siguió abierto, al cuidado del capataz de Williams, Barry Thomas. De vez en cuando, a Thomas se le veía fuera de la tienda, tomando fotografías Polaroid de una mesa de caoba o de una cómoda que acababa de ser descargada de un camión. Thomas remitía las fotografías a la cárcel, junto con los catálogos de las próximas subastas, para que Williams pudiera disfrutar de sus últimas adquisiciones, aparte de seleccionar aquello por lo que deseaba pujar a la próxima. Era bien sabido que Williams llevaba su negocio de antigüedades desde la cárcel.

En este empeño le ayudó la suerte de que hubiese teléfono en su celda. Por lo general, un interno que tuviese que cumplir cadena perpetua muy difícilmente tendría acceso a un teléfono; no obstante, la celda de Williams albergaba no sólo a criminales convictos, sino también a ciudadanos en espera de juicio, que por tanto tenían necesidad —y todo el derecho— de hablar con sus abogados y familiares. El teléfono sólo podía utilizarse para hacer llamadas al exterior, siempre a cobro revertido.

Habría sido inconcebible, claro está, que Williams hiciera llamadas de negocios que empezasen con una operadora explicando al destinatario de la llamada que «desea hablar con usted el señor Williams, desde la cárcel del condado de Chatham»; ahora bien, se las arregló para seguir al frente del negocio. Llamaba a cobro revertido a Mercer House, y su madre o Barry Thomas aceptaban lógicamente la llamada, aparte de utilizar la opción de una conferencia a tres para ponerle en comunicación con quien deseara. Al tramitar sus llamadas pasando por Mercer House, Williams pudo mantenerse en contacto con las principales figuras del mundo de las antigüedades sin tener que desvelar que en realidad llamaba desde la cárcel. Charló con Geza von Habsburg, de la casa de subastas Christie's, en Ginebra, e incluso pujó por un par de gemelos imperiales de Fabergé, hechos en su día para un gran duque de Rusia. Habló con el director de la revista *Antiques* sobre un artículo que había prometido escribir en torno a la figura de una retratista del siglo XVIII llamada Henrietta Johnston. Williams acompañaba cada una de sus llamadas con una breve nota que dictaba por teléfono a sus adláteres de Mercer House, y que era mecanografiada en su papel con membrete: «Me alegró mucho hablar hoy contigo. Espero que podamos vernos pronto...».

Fingir que llamaba desde el muy digno entorno de Mercer House fue una añagaza que a Williams le resultaba difícil pasar por buena, tal como pude descubrir la primera vez que hablé con él. De ruido de fondo, un televisor sonaba a todo volumen, y a veces se oían gritos soeces y algún chillido a voz en cuello. Williams estaba internado en una celda para homosexuales y para personas mentalmente inestables: Él y sus demás compañeros estaban separados del resto de la población de internos, por bien de su propia seguridad. La celda era conocida como «la vaina». Tenía unas dimensiones de seis por seis metros, y en ella se alojaban ocho internos. La mezcla de las personalidades encerradas allí dentro creaba un ambiente de todo punto imprevisible.

—Todo depende de quién esté aquí en cada momento —explicó Williams—. Ahora mismo, hay otro interno blanco y cinco *garçons noirs*. Tres de los cinco *noirs* se pasan el día jugando a las cartas, pero cuando dan música por televisión se ponen a bailar y a cantar a pleno pulmón. Y eso ocurre a menudo, porque el televisor está encendido de ocho de la mañana a dos o tres de la madrugada, con el volumen al máximo. Llevo tapones en los oídos y encima me pongo unos auriculares para poder escuchar cintas de casete. De todos modos, el ruido de la televisión termina por oírse, y cuando se ponen a cantar y a dar brincos apenas oigo la música que tengo puesta. Me pongo enfermo cada vez que suena *Soul Train*.

»Los otros dos *noirs* son un par de amantes que se habían perdido de vista hacía mucho tiempo y que se reunieron aquí por casualidad la semana pasada. Hubo gemidos y llantos en abundancia cuando se reconocieron, y no faltaron las acusaciones de traición, las declaraciones de amor y de perdón eterno, más lágrimas, risas, chillidos. Duró varias horas. Ahora, mientras conversamos, se están trenzando

el pelo el uno al otro. Dentro de nada se abofetearán, y luego es probable que se den un revolcón. El blanco está bastante tocado del ala. Lo han traído esta mañana, y no ha hecho otra cosa que frotarse contra las paredes y predicar en voz alta. No hay quien lo pare. En fin, esto es un zoo.

»Las cosas habitualmente se calman un poco a la hora de comer. El menú consta de sándwiches ressecos de mantequilla de cacahuete con mermelada o una rodaja de carne rancia. Es incomible, por supuesto, pero mis compañeros de celda no lo saben, está claro, y con eso se tranquilizan un rato. Es entonces cuando aprovecho para hacer llamadas telefónicas. En otras ocasiones, si he de llamar, por lo general los soborno con cigarrillos y caramelos que compro en el puesto de la comisaría.

Williams no quería que sus amigos fuesen a visitarle a la cárcel.

—La sala de visitas es larguísima y muy estrecha, y tiene una hilera de banquetas a uno y otro lado de un tabique de cristal —decía—. Vienen familias enteras a ver a sus seres queridos, por criminales que sean. Hay niños que lloran sin parar, todo el mundo grita para hacerse entender y nadie oye nada. Es delirante.

Williams prefería claramente que no se le viese en circunstancias tan humillantes; el teléfono se adaptaba mucho mejor a sus propósitos. Por lo común, realizaba sus llamadas de sociedad al atardecer. No se oía el tintineo de los hielos en su vaso de cristal fino, pero por lo menos le estaba permitido fumar sus cigarros puros, y de hecho le oí inhalar con tesón mientras hablábamos.

—Aquí hemos tenido bastante movimiento de un tiempo a esta parte —me dijo una noche a mediados de noviembre—. Ha entrado un nuevo interno que anda a gatas y ladra como un perro durante el día entero. De vez en cuando levanta una pata y mea contra la pared. Nos hemos quejado, pero nadie mueve un dedo para remediar este disparate. Ayer por la tarde, mientras ese tío estaba durmiendo, soborné a los demás para que bajasen el volumen del televisor y se estuvieran calladitos, con lo que aproveché para hacer unas cuantas llamadas de negocios. Estaba hablando con un importante marchante de arte londinense, sobre un cuadro que me proponía venderle, cuando el nuevo interno se despertó y se puso a ladrar. Seguí hablando. «Ah, ése es mi lebrél ruso», dije. Pero los ladridos subieron una octava de tono y pasaron a ser aullidos cortos. «¿Y ése?», me preguntó el marchante. «¿Es un Shar-pei?». «No, no», le contesté. «Ése es un Yorkie», y tuve que tapar el teléfono con la mano y gritar a los demás: «*¿Es que no hay nadie que saque el perro al jardín, por favor?*». Les hice una seña a los demás, que se echaron encima del loco y le taparon la boca entre todos. El marchante y yo seguimos discutiendo con toda educación los matices de la gran tradición paisajística inglesa, mientras mis compañeros de celda se revolvían a mi lado. Se oían los gruñidos, los sofocados ruidos del esfuerzo por acallar al loco. No sé qué pensaría el marchante, pero al final me compró el cuadro que le ofrecía.

Aunque Williams hablaba con su aplomo de costumbre, no hizo en todas las conversaciones que tuvimos el menor esfuerzo por disimular la sordidez de su existencia. No tenía contacto visual con el mundo exterior; las seis estrechas ventanas

de la celda eran de un cristal traslúcido, marrón, y las luces del interior permanecían encendidas las veinticuatro horas del día. Williams decía que no era capaz de probar la comida de la prisión, y que sobrevivía a base de cacahuetes y caramelos que compraba en el puesto de la comisaría. Le había salido un bulto duro en la frente, le zumbaban los oídos y tenía un sarpullido en los brazos y en la espalda. «Ni las mantas ni los colchones de los internos se limpian jamás —dijo—, y tampoco me inspira ninguna confianza el médico de la prisión». Se le habían caído algunos empastes de las muelas, y allí dentro no había dentista. Logró que le permitiesen hacer una visita a su dentista, pero como tendría que haber ido encadenado por las manos y por la cintura, decidió ahorrarse el mal trago.

Williams siguió insistiendo en su inocencia. Estaba convencido de que el jurado del segundo juicio había calcado la primera condena sin evaluar todo lo que salió a relucir en el segundo juicio. Todos los miembros del jurado estaban familiarizados de antemano con el caso, debido a la gran notoriedad que tuvo en los medios de comunicación; todos tenían antes de entrar en la sala la convicción de que la primera condena fue revocada por un asunto meramente técnico. Williams despreciaba al jurado, a los testigos, al fiscal del distrito, al juez Oliver, a los periódicos de la ciudad. Pero su más cortante desdén lo reservaba para sus propios abogados.

—Los detesto —dijo—. Celebran reuniones y debates en principio para discutir los detalles de mi apelación, pero no sacan nada en claro, y encima me remiten las facturas por el tiempo que han perdido. Me están pasando minutas de cinco mil, de diez mil dólares; van a acabar conmigo. Y en el fondo no tienen el menor interés por arreglar mi caso, porque así dejarían de tener esa jugosa fuente de ingresos. Hasta la fecha, los abogados me han costado nada menos que cuatrocientos mil dólares; he tenido que vender valiosas antigüedades a porrillo para poder pagarles. Alistair Stair vino desde Nueva York para llevarse una mesa lacada de estilo Reina Anne y un excepcional armario Carlos II, hecho en Charleston; además, compró el reloj de pared que había en el vestíbulo, el que derribó Danny Hansford. He vendido objetos únicos, una caja de plata como nunca había visto, un par de leones de mármol de la época Fu, sacados del Palacio Imperial de Pekín durante la Rebelión de los Boxers. Auténticos tesoros. Vendí incluso la cama con dosel de mi dormitorio, la mejor cama de su estilo que nunca he visto, y una plancha irlandesa que aparece en el libro de Desmond Guinness sobre objetos domésticos tradicionales de Irlanda. Alfombras, retratos; un par de sillas Chippendale también irlandesas; una de ellas era la silla que presuntamente puse encima de la pernera del pantalón de Danny.

»Todo lo que se obtiene con esas ventas se ingresa en el banco y sale el mismo día para ir a parar a los abogados, a los detectives e investigadores que contratan, a los expertos que han prestado declaración... No tengo otra opción, no me queda más remedio. Para mí, el dinero es munición, y mientras me quede algo no dejaré de utilizarlo. Spencer Lawton tiene en cambio un presupuesto sin límite, investigadores que trabajan para él de sol a sol, y utiliza con toda libertad los laboratorios del estado.

Yo en cambio me he visto obligado a pagar cada paso que han dado mis abogados, y los que aún les queden por dar, para contrarrestar, si es que de algo sirve, todo lo que quiera hacer el fiscal del distrito.

»La gente piensa que me sobra el dinero; piensa que he llevado una vida de lujo infinito, con abundantes criados, desayunos en la cama, etcétera. Todo eso es pura ilusión. He tenido una señora de la limpieza que venía tres días por semana, pero no he tenido en cambio cocinera. Me hacía yo el desayuno; almorzaba un sándwich y cenaba fuera, por lo común en el café del Days Inn. Eso en cambio la gente no se lo quiere creer. En Savannah, si uno paga sus facturas la gente en seguida dice que es rico.

—¿Y cómo va el trabajo de los abogados sobre su apelación?

—Mmmm —dijo—. Cada vez que llamo al despacho de *Sonny Seiler*, o está en Athens viendo un partido de fútbol o ha salido quién sabe adónde. El otro día por fin conseguí que se pusiera. Le pregunté qué tal iba todo, y *Sonny* me dijo que las cosas no iban nada bien, nada bien. Me pareció abatido, muy desanimado, así que di por hecho que había que prepararse para lo peor. Le pregunté de todos modos por qué estaba así, qué había pasado. «Joder, Jim ¿es que no lees los periódicos?», me contestó. «¡Los Dogs perdieron el sábado!». «*Sonny* —le dije— a ver si dejamos esto bien claro de una puñetera vez. El único partido que a mí me importa es el que juego yo. ¿Estamos?».

En realidad, no podía hacerse nada sobre la apelación de Williams hasta que la transcripción del sumario estuviese mecanografiada. El juicio había sido largo y complicado; la transcripción tendría más de quinientos folios. Para mecanografiar las notas taquigráficas tendrían que pasar unos meses. Entretanto, Williams seguía estando optimista.

—Voy a salir de aquí, eso seguro —decía—. El Tribunal Supremo del Estado de Georgia revocará la condena, y en cuanto salga de aquí me voy a encargar de que Spencer Lawton dé la cara y responda a una demanda por daños y perjuicios, por negarme mis derechos civiles y por haber cometido varias incorrecciones procesales.

—¿Cómo se propone llevar a cabo todo eso? —le pregunté.

—Del mismo modo que llevo a cabo la restauración de casas antiguas —dijo Williams—. Paso a paso, centímetro a centímetro. De mi viejo mentor, el doctor L. C. Lindsley, he aprendido una lección valiosísima. ¿Nunca le he hablado de él? El doctor Lindsley era un profesor universitario que restauró la casa en que vivía, una de las mansiones más sobresalientes de todo el estado de Georgia, Westover. Fue construida en Milledgeville en 1822, en un estilo grandioso; tenía una escalera en espiral y un par de columnas a cada lado de la entrada.

»El doctor Lindsley me dijo que una casa antigua te vence siempre que pretendas restaurarla de golpe, de arriba abajo: los entablamentos, la calefacción central, la

instalación eléctrica. No, lo que hay que hacer es ir paso a paso. Por ejemplo, hay que levantarse por la mañana y decir: hoy voy a nivelar los alféizares. Y se va uno por uno, se nivelan todos. Luego, uno se concentra por ejemplo en las tarimas, y gradualmente las repara. Luego, las ventanas. Una a una. Hay que mirarlas despacio, averiguar qué es lo que falla en cada una de ellas, en cada parte. Se trata de avanzar por partes, porque así es como fue construida la casa. Y de repente uno descubre que ha terminado todo. Si se intenta hacerlo de golpe, la casa te derrota.

»Y así es como pienso salir de aquí. Paso a paso. Primero me ocuparé de *Sonny Seiler*, conseguiré que saque adelante la apelación. Luego, me pienso concentrar en los siete jueces del supremo. Les enviaré mensajes *mentales*, como ya hice después del primer juicio, para que entiendan las cosas a mi manera.

Oí a Williams dar una calada a su puro; me lo imaginé expeliendo una bocanada de humo hacia el techo.

—De un modo o de otro —dijo—, saldré de aquí. De eso puede estar seguro. Y no me refiero a la posibilidad del suicidio, aunque sea una opción que desde luego he considerado. Lograré que se revoque definitivamente mi condena, ya lo verá. Puede que a usted le parezca imposible, pero permítame apuntar una cosa más, algo que también aprendí del doctor Lindsley. Un día, me dijo lo siguiente: «¿Sabe una cosa? Hay pequeñas aves que pueden mover una casa entera. Aves diminutas como los ruiseñores, con la pechuga anaranjada, pueden mover una casa. De hecho, intentaron mover Westover». Le pedí que me lo explicara, que no conseguía entender cómo. «Esos pájaros comen bayas, ¿no? Luego, dejan caer la semilla que contiene la baya entre los cimientos de la casa. Crece el árbol y las raíces resquebrajan los cimientos». Y tenía toda la razón del mundo. Yo lo he visto: hay árboles que crecen a toda velocidad, y que revientan los cimientos de una casa. Pues así es como me propongo deshacer todo lo que ha hecho Spencer Lawton para meterme aquí dentro. Le pienso destruir los cimientos. Lo que pasa es que puede que me cueste algún tiempo, pero ya lo verá.

UN ALMUERZO

En vez de llegar demasiado pronto al almuerzo a que la había invitado Blanche Williams, Millicent Mooreland dio varias vueltas en su coche alrededor de Monterrey Square. Luego salió de la plaza, recorrió dos manzanas hacia el norte y dio la vuelta a Madison Square. Estuvo yendo y viniendo, dando la vuelta a una plaza y a otra varias veces, tomándose todo el tiempo del mundo, conduciendo muy despacio.

La señora Mooreland apenas conocía a Blanche Williams. Había tenido ocasión de saludarla y de conversar brevemente con ella en alguna de las fiestas de Navidad que celebraba Jim Williams, y durante los ocho meses transcurridos desde que Jim Williams estaba en la prisión, todas las semanas llamó religiosamente a la señora Williams para interesarse por su estado. Al fin y al cabo, la señora Williams casi tenía ochenta años y vivía sola en Mercer House, sin tener familiares ni amigos cerca.

La señora Williams apreciaba ese gesto semanal, y le dijo a su hijo que deseaba agradecer a la señora Mooreland y a otros muchos amigos suyos las atenciones que tenían con ella. «¿Por qué no les invitas un día a almorzar?», le propuso Williams. La idea abrumaba a la señora Williams, pero su hijo le dijo que no se preocupase. «No tendrás que hacer nada —le dijo—. Yo me ocuparé de todo».

Desde su celda de la prisión, Jim Williams organizó todos los detalles del almuerzo que iba a celebrar su madre: confeccionó la lista de los invitados, encargó las invitaciones a la imprenta, le redactó a su madre el texto; llamó por teléfono a Lucille Wright y le pidió que preparase un buffet de comida típica de la región costera. Él mismo seleccionó el menú: gambas, jamón asado, cordero asado, okra, patatas dulces, arroz, pan de maíz, galletas y pasteles varios, y le indicó a la señora Wright que pensara en una veintena de invitados, aunque la lista al final llegó a los cuarenta y cinco; le pidió que sirviera los platos en la vajilla de porcelana de la Duquesa de Richmond y que pusiera la cubertería de la Reina Alejandra, que encontraría en la alacena del comedor. Williams contrató a su barman de siempre y le pidió a su madre, que no probaba el alcohol, que diese a los invitados un margen al menos de media hora antes del almuerzo para tomar algún cóctel. «Así estarán más sueltos —dijo—. Porque no queremos que estén demasiado serios, ni mucho menos cariacontecidos, ¿verdad que no?». Por último, indicó a Barry Thomas que llenase literalmente la casa de flores, y que no dejase de activar la fuente del jardín antes de que llegasen los invitados.

La señora Mooreland no sólo estaba matando el tiempo que le quedaba antes del almuerzo al dar vueltas por una plaza y por otra. Iba mirando las aceras de una forma totalmente nueva para ella, observando a las personas que veía sentadas en los bancos de ambas plazas, sobre todo a los hombres jóvenes. A ella misma le sorprendió su conducta, pero reconoció que no podía resistirse. En su interior se libraba una batalla de emociones contradictorias. Todo había empezado con uno de los titulares del periódico del día: NUEVO TESTIGO EN EL CASO WILLIAMS. De hecho, habían

aparecido dos nuevos testigos, favorables los dos a Jim Williams. ¡Qué magnífica noticia! Era la primera lucecita de esperanza que recibía Jim Williams prácticamente en todo un año. Antes de leer toda la noticia, la señora Mooreland bajó las escaleras para contárselo a su esposo, que ya se marchaba a trabajar. Luego, volvió a la cocina a leerlo despacio.

Los dos nuevos testigos eran dos jóvenes, uno de veintisiete años y otro de dieciocho. No se conocían el uno al otro. Se habían presentado por separado para relatar que Danny Hansford les había abordado en las semanas anteriores a su muerte, para intentar enzarzarles en un plan para asesinar o al menos dejar malherido a Jim Williams y robarle el dinero en metálico que tenía en su casa. Los dos jóvenes dijeron que habían conocido a Danny Hansford mientras haraganeaban por las plazas de Bull Street, ofreciéndose de chaperos a otros homosexuales.

A la señora Mooreland se le subieron los colores, pero siguió leyendo.

Uno de los jóvenes testigos había tomado parte en un programa de rehabilitación de drogadictos; el otro había estado varias veces en prisión, y estaba de hecho internado en ese momento en la cárcel del condado de Chatham por un delito de robo en varios automóviles. Los dos decían que Hansford les había propuesto enredar a Jim Williams en un «rollo sexual» para disfrazar sus planes. Los dos se negaron. Después, cuando Hansford apareció muerto, uno de los jóvenes dijo haber pensado que el muy idiota había intentado por su cuenta lo que le propuso hacer a medias. El periódico señalaba que *Sonny Seiler* había dicho que pensaba utilizar el testimonio de los dos muchachos en su apelación.

La señora Mooreland estaba confusa. Por contenta que se sintiera por su amigo Jim Williams, pese a todo se encontraba abrumada. No había conocido los detalles de la vida privada de Williams hasta que los dos juicios la despertaron a la realidad de forma tan ruda, y por último había logrado aceptar que las cosas fueran como eran en realidad, básicamente por el simple procedimiento de quitárselo de la cabeza. Pero las noticias que había leído sobre las plazas de la ciudad... los nuevos testigos... ¿Quiénes eran? ¡Prostitutos! ¡Ladrones! La señora Mooreland se desahogó con su marido durante el desayuno, que intentó en cambio poner las novedades en la debida perspectiva, para que ella lo entendiese.

—Nadie supondría que ese Danny Hansford, ese desabrido malhechor, comentase sus planes asesinos con alguien que está a la altura de Mac Bell o de Reuben Clark, ¿verdad qué no? —los nombres mencionados por el señor Mooreland eran los de dos de los caballeros más apreciados en Savannah, los dos presidentes de sendos bancos.

En todo caso, la señora Mooreland tuvo que reconocer que sí tenía cierto sentido, pero seguía estando más que nada aturdida por lo que supo del nefando negocio que se ventilaba en las plazas, y mientras las recorría a plena luz del sol, un mediodía del mes de mayo, no se resistió a hacer de detective por su cuenta. Puede que ése mismo sea uno de ellos, pensaba a la vez que observaba a un joven de cabellos revueltos que tomaba el sol sentado en uno de los bancos de Madison Square. Pero en seguida se le

pasó por la cabeza la idea de que bien podría ser uno de los estudiantes de arte de la facultad de Arte y Diseño de Savannah. ¿Cómo podía saberse? La señora Mooreland se estremeció y miró el reloj. Era hora de asistir al almuerzo, aunque todavía estaba por resolver para ella el mayor enigma: ¿qué iba a decirle a la señora Williams sobre las noticias? Difícilmente podía pensar en decirle que era maravilloso, porque una trama en la que había ingredientes tales como la sodomía, el asesinato y el robo de ninguna manera podía parecerle maravillosa. En aquellos dos relatos no había absolutamente nada que pudiera comentarse ni por asomo en un almuerzo elegante entre personas de buena educación. A su marido le dijo que también podría hacer como que no sabía nada, como que no había leído el periódico; él respondió que era una táctica que podría tener el resultado contrario al deseado. «Puede que la señora Williams se vea entonces obligada a comentarlo todo por su cuenta —le dijo—. Yo creo que lo mejor es decir algo que no te comprometa, como “todos tenemos los dedos cruzados”». Y eso fue lo que hizo finalmente.

De un modo u otro, más o menos así trataron todos los invitados la noticia. La señora Williams los recibió a la entrada de Mercer House, con un vestido de seda cruda azul claro, para recibir las felicitaciones que obtusamente le expresaron casi todos ellos a medida que iban llegando.

—Parece que van a cambiar las cosas —dijo la señora de Garrard Haines a la vez que daba a la señora Williams un beso en la mejilla.

—¡Qué día tan estupendo! —dijo Lib Richardson.

Alexander Yearly se expresó de otro modo:

—Espero que no pase mucho hasta que Jim vuelva a estar con nosotros de nuevo. La señora Williams estaba radiante.

—Es tal como dijo James. Todo saldrá bien al final.

La doble puerta del vestíbulo estaba abierta al patio, dando a todos una magnífica vista del opulento jardín interior de Mercer House. La parte trasera de la casa era muy distinta de la fachada italianizante; de hecho, la parte de atrás recordaba una mansión de las de antes de la guerra. El amplio porche reposaba en altas columnas, y gozaba de la sombra de las altas adelfas. Mientras comían las delicias del buffet, varios de los invitados de la señora Williams salieron a tomar asiento en los sillones de mimbre del porche, a disfrutar del jardín, con su arboleda de plátanos de más de tres metros de altura y su estanque rodeado de lirios.

Betty Cole Ashcraft tomó asiento junto a Lila Mayhew. La señora Mayhew comía con aire de estar en otra parte la ensalada de tomates con okra.

—Supongo que habremos de pasar otra Navidad sin la deliciosa fiesta de Jim —dijo en tono melancólico.

—Dios santo, Lila —dijo la señora Ashcraft—, si sólo estamos en mayo. Pueden pasar muchísimas cosas antes de las Navidades; además, da la impresión de que no todo ha terminado aún para Jim.

—La fiesta de Jim siempre ha sido la noche anterior al baile de presentación de

las debutantes —siguió diciendo la señora Mayhew—. Ésa era su noche. Siempre caía en viernes. Yo, la verdad, no me acuerdo de qué hacíamos antes de que Jim empezase a obsequiarnos con sus fiestas. Lo he intentado, de veras, pero no lo recuerdo. Me empieza a fallar la memoria, ya se sabe.

—Bueno, no te preocupes, Lila —dijo la señora Ashcraft—. Seguro que antes de que te des cuenta, Jim volverá a dar sus fiestas, ya lo verás. Ahora es seguro que tendrán que dejarlo en libertad, seguro; lo digo porque por fin han salido a la luz esos rufianes que dicen que estaban dispuestos a matarlo. Es milagroso que Jim no los matase a todos ellos; habría estado en todo su derecho, qué caramba.

La señora Mayhew dejó el tenedor en el plato.

—Todos los años, Beautene me hacía un vestido nuevo para que lo estrenase en la fiesta de Jim. Beautene es la modista de color que suele trabajar para mí. A veces he pensado que tan sólo rehizo los adornos de algún vestido viejo, de modo que pareciese nuevo; de todos modos, yo no me habría dado cuenta. En cambio, las pasadas Navidades, cuando Jim estaba en prisión, le dije: «Beautene, no te molestes este año. No hay en Savannah nada que hacer la noche anterior al cotillón».

—Pero Lila —repuso amablemente la señora Ashcraft.

—¿Y quieres saber qué me dijo Beautene? Me dijo que a lo mejor nosotros no teníamos nada que hacer esa noche, pero que esa noche, la noche anterior al cotillón, es la noche en que ellas celebran su baile de presentación en sociedad.

—¡Dios de los cielos! —dijo la señora Ashcraft—. No puedes decirlo en serio.

—Como lo oyes. Las chicas de color tienen su baile de presentación la noche anterior al cotillón. Cuando Beautene me lo dijo, pensé que era una maravilla, una suerte para ellas, y entonces supe mejor que nunca que iba a echar muchísimo de menos la fiesta de Jim Williams.

La señora Mayhew dio un sorbo de su té con hielo y miró al jardín.

Mientras las dos señoras dejaban que el silencio resultante las envolviera, me percaté de que otra conversación tenía lugar en esos instantes entre un hombre y dos mujeres sentadas en el sofá, frente a mí. Estaban hablando igual que los ventrílocuos, sin mover apenas los labios, de modo que nadie les oyese. Cuando afiné el oído y capté qué estaban diciendo, entendí por qué hablaban de ese modo.

—¿Cómo? ¿Que no va a salir bien? —preguntó al hombre una de las dos mujeres—. ¿Por qué no?

—Por varias razones, una de las cuales es que esas declaraciones da la impresión de que existen solamente porque Jim las ha comprado.

—¿Tú crees que Jim haría eso?

—Pues claro que lo haría —dijo el hombre—, y también lo haría yo si estuviera en su lugar. *Sonny* Seiler se ocupó de que un detective privado, un tal Sam Weatherly, ex policía y hombre de virtud, investigase a esos dos chicos. Según Sam, es posible que uno de ellos diga la verdad; el otro es veneno puro, y es famoso por vender sus declaraciones al mejor postor.

—¿Por qué no se queda *Sonny* solamente con el que dice la verdad?

—Porque no hay ningún jurado en el mundo dispuesto a creer a un chapero, y porque todo lo que tiene que decir es en el fondo de lo más irrelevante. Los motivos de Danny Hansford no son precisamente lo que está en juego. Puede que quisiera asesinar a Jim, pero no hay pruebas de que llegara a intentarlo. Ni siquiera es seguro que esa noche tuviese un arma en la mano; no hay huellas dactilares, no hay residuo de pólvora. Aquí, lo que está en juego es el aspecto físico de las pruebas. Así pues, si Jim pudiera pagar a alguien para que desacreditase las pruebas tal como existen ahora, ése dinero sí que habría estado bien empleado.

La señora Williams salió al porche con una cámara de fotos Polaroid.

—Muy bien, a ver —dijo—, prepárense todos para salir bien en la foto, ¿de acuerdo?

Sus invitados levantaron la vista de sus respectivos platos y la señora Williams hizo la fotografía. La cámara hizo un ruido de trituradora y expelió un rectángulo negro. La señora Williams entró a dejarla encima del aparador, con otras fotografías que había hecho antes.

—Otro día —dijo— le llevaré todas estas fotos a James. Sé que en cuanto las vea tendrá la sensación de haber estado también en la fiesta. De veras. Siempre que sucede algo importante, hago fotografías para enseñárselas después. Una vez, hice una fotografía de la glicinia que hay a la entrada, cuando estaba en flor, y en seguida me llamó para darme las gracias. «Ahora ya sé que sí es primavera, madre», me dijo.

Empezaban a salir los rostros en las fotografías posadas sobre el aparador. Estaba Emma Kelly sentada entre Joe Odom y Mandy, en el saloncito de atrás. Al llegar al almuerzo, Emma había dicho a la señora Williams que todos los días, durante los últimos ocho meses, había tocado «Whispering» al piano, porque sabía que era la canción preferida de Jim. Joe Odom comentó no sin cierta ironía en su sonrisa que, a juzgar por cómo iban últimamente las cosas, tal vez Jim y él cambiasen de lugar antes de lo esperado.

Dos de las personas cuyos rostros empezaban a tomar color sobre el aparador habían causado miradas de incredulidad entre el resto de los invitados al almuerzo: Lee y Emma Adler.

—Ahora ya he visto todo lo que se puede ver en esta vida —comentó Katherine Gore cuando los Adler aparecieron en el salón de la entrada.

El antagonismo que enfrentaba a Lee Adler con Jim Williams había cobrado una nueva dimensión debido a la estrecha relación de Adler con Spencer Lawton. Éste había anunciado hacía poco que iba a presentarse a la reelección para el cargo, y Adler había firmado como avalista del préstamo bancario de 10.000 dólares con el que iba a financiar su campaña. Ese cheque responsabilizaba a Adler de dos tercios del presupuesto total destinado por Lawton a su campaña. Adler tampoco hizo el menor esfuerzo por disimular la proximidad que tenía con Lawton; al contrario, puso un cartel con el lema LAWTON, PARA LA REELECCIÓN en la verja de su casa, de

modo que el sonriente rostro de Lawton se veía desde las ventanas de Mercer House. Si acaso, Adler parecía entusiasmado con la situación por la que atravesaba Williams. Celebró en su domicilio una fiesta para recaudar fondos para Lawton, en la cual incluso se puso en pie y tomó la palabra para leer un telegrama «de un partidario de Lawton» que no había podido asistir a la fiesta. Resultó ser una broma pesada, un telegrama falso firmado por «Jim Williams, cárcel del condado de Chatham», en el que deseaba a Lawton la peor suerte posible. Al público no le hizo ninguna gracia. «Fue de lo más grosero —comentó uno de los presentes—. A todos nos hizo sentirnos incómodos, pero sobre todo a Spencer Lawton, que estaba allí, claro».

Entretanto, Williams sí declaró la guerra contra la campaña electoral de Lawton desde su celda de la prisión, canalizando diversos fondos sin que se supiera hacia el adversario de Lawton. Apareció en el periódico de Savannah una serie de anuncios contra Lawton, encabezados por el titular de LAWTON, FISCAL DEL DISTRITO, ACUSADO DE CORRUPCIÓN Y DE FALTA DE ÉTICA PROFESIONAL. El anuncio recordaba a los votantes que al recusar la primera condena de Williams, el Tribunal Supremo del Estado de Georgia había acusado a Lawton de «corromper la función esencial de búsqueda de la verdad que ha de tener todo proceso judicial». Los anuncios estaban escritos y pagados por Jim Williams.

Por su parte, los Adler estaban tan perplejos como el resto de los invitados, en lo tocante a las razones por las cuales pudiera haberles invitado la señora Williams. Después de estampar sus firmas en el libro de invitados, Emma Adler escribió el término «vecinos» entre paréntesis, como si quisiera dejar bien claro que la única relación que tenían con aquel almuerzo era de índole puramente geográfica.

La señora Williams introdujo la instantánea de los Adler en medio del montón.

—James tendrá sus razones, estoy segura —dijo, como siempre, muy tranquila—, pero debo decir que ese Lee Adler hubo un día en que me puso de los nervios, de veras. Nunca se lo diré a James; hace de esto más o menos unos tres meses. Una tarde vino a hacerme una simple visita de cortesía; yo me dije que, claro, el buen hombre sabe que James está atado de pies y manos, y sólo habrá venido a echar un vistazo, seguramente convencido de que no quedará en la casa ni rastro de su esplendor, convencido de que los cuadros y los muebles y todo lo demás ya estará vendido. Así pues, vino a verme y estuvo muy cortés y todo lo demás, pero yo me di cuenta de lo que pretendía. Sabía que no era propio de él mostrarse muy afecto de James. Me dijo: «Señora Williams, he estado con Fulano de Tal, de Sotheby's de Nueva York, y también con Zutano y con Perengano, y si hay algo que yo pueda hacer por James, si hay alguna cosa que desee vender, no deje de decírmelo». ¡Habrás visto! Le puedo asegurar que en ese momento estuve a punto de explotar, pero me contuve y no dije ni palabra. Estuve todo lo apacible que suelo estar, o más, y le dije que agradecía mucho su ofrecimiento, que había sido todo un detalle, pero que incluso estando en donde está, James tiene muy buenos contactos; le expliqué que puede llamar a Londres y a Nueva York cuando quiera, que puede llamar a Ginebra si quiere. No

estuve cortante con él ni nada por el estilo, pero por dentro le aseguro que estaba hirviendo, porque me di cuenta de que ese mezquino de Lee Adler sólo vino para echar un vistazo y asegurarse de cómo estaba la casa.

El apego de Lee Adler a Spencer Lawton era de hecho la razón misma por la cual indicó Jim Williams a su madre que lo invitase. A juicio de Williams, Lee Adler controlaba absolutamente a Spencer Lawton. «Leopold es el poder oculto tras el trono —dijo—. Es como el visir de la corte de Turquía, el hombre que se esconde tras una cortina de seda y le susurra al sultán al oído todo lo que ha de decir. Lawton no se atreve a mover un dedo sin recibir instrucciones precisas de Leopold, y eso convierte a Leopold en alguien especialmente peligroso, sobre todo para mí. Yo le he dado razones de sobra para odiarme; en su día, maniobré para que fuese expulsado del consejo rector del museo Telfair cuando yo era presidente, y estoy totalmente convencido de que él obligó al fiscal del distrito a acusarme de asesinato en primer grado, en vez de quedarse en la acusación de homicidio involuntario. Estoy convencido de que fue así, por más que él pretenda negarlo. Es un hombre muy peligroso, no me cabe ninguna duda. De todos modos, le comprendo. Sé bien cómo se habla en su lengua; si no queda otro remedio, sé cómo se demuestra el honor entre ladrones. Y nunca es tarde para ofrecerle una rama de olivo. Con los nuevos testigos de que dispongo, mi caso va a salir de nuevo a la luz, y se va a enterar todo hijo de vecino. Cuando eso llegue, no quiero que Leopold ande por ahí en medio, tramando algo tras la cortina de seda».

Williams había puesto de nuevo toda la carne en el asador: la apelación estaba en marcha, contaba efectivamente con los nuevos testimonios, y además había puesto en danza a un candidato que tal vez podría incluso arrebatarse a Spencer Lawton el cargo de fiscal del distrito. De todo ello, nada parecía realmente prometedor, pero si Williams era capaz de consolarse con todas esas maniobras, ¿qué mal había en ello? Era improbable que una invitación a un almuerzo de confraternización vecinal sirviese para convertir a Lee Adler a su causa. Con eso y con todo, Williams había hecho acopio de todas las influencias disponibles: el talante impecable y el encanto de su madre, la degustación de las comidas que preparaba Lucille Wright, la compañía de los amigos comunes y, por último, pero no por ello menos importante, los misteriosos poderes de Minerva. Minerva había llegado desde Beaufort y se había puesto para la ocasión un atuendo de criada. Durante la primera hora del almuerzo más o menos, permaneció discretamente en el comedor mientras los invitados se servían el almuerzo del buffet. Después comenzó a circular entre ellos para servir té con hielo a quien lo deseara; en un momento determinado, sirvió dos vasos altos para los Adler, al tiempo que masticaba una raíz y los traspasaba con una mirada penetrante, a través de las lentes color púrpura de sus gafas de montura metálica.

Williams se mantuvo al corriente del desarrollo del almuerzo mediante una serie de llamadas telefónicas. Recordó a Barry Thomas que accionase la fuente del jardín (Thomas, en efecto, se había olvidado) y dio a su madre y a Lucille instrucciones

precisas sobre cada una de las etapas del almuerzo. Cuando se hubo despedido el último de los invitados, la señora Williams y Barry Thomas le informaron de que el almuerzo y la reunión en sí habían sido un gran éxito. La señora Williams añadió que en seguida le llevaría las instantáneas a prisión, para que pudiera juzgar con sus propios ojos.

Tras colgar el teléfono, se quedó unos instantes sentada ante la mesa. El periódico del día estaba abierto delante de ella.

—¿Barry? —dijo

Barry Thomas se dio la vuelta cuando ya se marchaba.

—Diga, señora Williams.

La señora Williams hizo una pausa, presa de la incertidumbre. Observó el periódico por encima, el artículo sobre los nuevos testigos del caso.

—Me... Me estaba preguntando —dijo—... Todas esas cosas que se han dicho sobre James y ese chico, ese Hansford, y ahora estos otros muchachos... —la señora Williams señaló el periódico con un gesto—. Yo intento no prestar mucha atención, pero la verdad es que no lo sé. Tengo la impresión de haber oído alguna vez que lo mismo se decía del rey Jacobo^[2] de Inglaterra. ¿Sabe quién le digo? El rey Jacobo los contrató para escribir la llamada Biblia del rey Jacobo. ¿Sabe si es verdad? ¿Ha oído contar alguna vez algo parecido sobre el rey Jacobo?

—Pues sí, la verdad es que sí lo había oído —dijo Thomas—. Parece ser que el rey Jacobo tenía favoritos entre los hombres de la corte, si es eso lo que quiere decir. Tenía algunos amigos en especial.

Un asomo de sonrisa apareció en las comisuras de los labios de la señora Williams.

—Bueno —dijo suavemente—. En ese caso, no pasa nada.

MINUÉ NEGRO

A mediados de agosto, a pesar de las declaraciones prestadas por los nuevos testigos del caso, el juez Oliver rechazó la moción presentada por Williams para que se celebrase un nuevo juicio. *Sonny* Seiler anunció de inmediato que iba a llevar la apelación al nivel siguiente, al Tribunal Supremo del Estado de Georgia. Pocas semanas más tarde, Spencer Lawton ganó la reelección al cargo de fiscal del distrito, asegurándose de ese modo estar en situación de combatir contra la moción de apelación en cada una de sus etapas subsiguientes.

Cuando la mala noticia fue comunicada a Williams, tomó el teléfono y llamó a Christie's, en Ginebra, para realizar una puja por una pitillera de Fabergé que había pertenecido al rey Eduardo VII. «Me va a costar quince mil dólares, y no puedo permitirme gastar en esto ni un dólar más —dijo—, pero me servirá para sentirme mejor. Voy a ser la única persona que haya comprado un Fabergé estando en la cárcel. No está nada mal, ¿eh?».

Williams empezó a utilizar cada vez más trucos para convencerse a sí mismo y para convencer a los demás de que en realidad no estaba interno en prisión. Siguió reconduciendo sus llamadas a través de Mercer House y no dejó de dictar cartas que eran mecanografiadas en su casa, con su papel de membrete; envió varias cartas de estas características a los periódicos y a las revistas. Una de ellas se publicó incluso en el *Architectural Digest*. Era una nota en la que se alababa a la dirección de la revista por haber publicado un artículo escrito por la conocida y mundana Brooke Astor. «¡Delicioso! —decía la nota de Williams—. Brooke Astor nos ha invitado a un manjar exquisito al relatarnos sus experiencias de antaño en las cenas de etiqueta. Sus recuerdos servirán de guía duradera en el arte del buen vivir. Mis mejores deseos para nuestra gran anfitriona. —*James. A. Williams, Savannah. Georgia*».

Williams no se dejaba someter a la idea de que estaba en prisión.

—Es mera cuestión de supervivencia —dijo—. Me he hipnotizado, de tal manera que al menos para mis adentros, yo no estoy aquí. Así de sencillo.

Al margen del lugar al que la imaginación de Jim Williams pudiera haberle llevado, a comienzos de otoño estaba bien claro que su cuerpo iba a seguir en prisión como mínimo hasta pasada la Navidad. Una vez más habría una brecha insalvable para algunos en el calendario social la noche anterior al baile del cotillón, la noche formalmente reservada para su fiesta de Navidad. Me acordé del lamento de Lila Mayhew, expresado ya en mayo, en el sentido de que esa noche no tendría nada que hacer; también me acordé de lo que la modista negra le había dicho, esto es, que la noche de la fiesta de Jim Williams era la noche en que los negros celebraban su baile de presentación de las jovencitas en sociedad. Cuanto más pensaba en ello, más me apremiaba la necesidad de saber más acerca de ese baile y de que, en calidad de observador de la localidad, me invitasen a ese baile en el caso de que tal supuesto fuera posible.

Los negros de Savannah llevaban unos cuarenta años presentando a las debutantes en un baile formal de estas características. Era un baile patrocinado por el capítulo de licenciados Alpha Phi Alpha, una hermandad negra de la universidad estatal de Savannah. Alpha Phi Alpha era la más antigua de las hermandades universitarias de negros que existía en todo el país; había sido fundada en Cornell a principios de siglo. La fraternidad existía no sólo en calidad de club social de estudiantes y de licenciados universitarios, tal como sugería su lema: «Más y mejores, los negocios de los negros». De hecho, el capítulo de licenciados de Savannah, con sesenta y cinco miembros, era más activo que el capítulo de estudiantes, que sólo contaba con quince.

Los licenciados Alpha eran representativos del nivel superior de la comunidad negra de Savannah. Entre sus miembros había profesores, directores de escuela, médicos, ministros de la iglesia, propietarios de pequeños negocios, abogados. Era notable la ausencia de los banqueros, de los socios de los bufetes de abogados más influyentes de la ciudad, de los directores de las grandes empresas, de personas con riqueza heredada. Los Alpha, al contrario que los miembros del Cotillón, no pertenecían al Oglethorpe Club, al club de golf, al náutico. Uno de los tres concejales negros de la ciudad era Alpha, pero no podría decirse que los Alpha, ni tampoco la comunidad negra en su conjunto, fuera parte de la estructura de poder de Savannah. Las actividades anuales del capítulo de licenciados Alpha Phi Alpha eran una manifestación en pro del registro de votantes, un baile en el que se recaudaban fondos para becas y una serie de acontecimientos sociales que culminaban al fin con el baile de presentación de las debutantes.

El baile de las debutantes había sido invención del doctor Henry Collier, ginecólogo y primer médico negro que realizó una operación de cirugía en el Candler Hospital. El doctor Collier tuvo la idea del baile en los años cuarenta, cuando supo que un grupo de empresarios negros de Texas había patrocinado un cotillón. Sugirió a sus compañeros Alpha que patrocinasen un baile semejante en Savannah, y la Alpha Phi Alpha se mostró de acuerdo con su idea.

El doctor Collier vivía en Mills B. Lane Boulevard, varios kilómetros al oeste del centro. Había construido allí su casa en los años cincuenta, cuando nadie quiso venderle un terreno dentro de Ardsley Park. Era una desvencijada estructura de ladrillo que había crecido a lo largo de los años sin obedecer a un plan determinado. La modesta puerta principal daba a un vestíbulo en dos alturas, con una gran escalera circular y una fuente en el centro. Hombre aún vitalista a sus sesenta años, el propio doctor Collier me recibió cálidamente en el vestíbulo y me hizo pasar al cuarto de estar, situado junto a la cocina, en donde tomamos un café mientras con gran entusiasmo me hablaba de su invención, del baile de las debutantes.

—Nuestro primer baile lo celebramos en 1945 —dijo—. Aquel año presentamos a cinco jovencitas y creamos un sistema que no ha dejado de emplearse desde

entonces. Los miembros de la fraternidad seleccionan y presentan a las aspirantes, y nosotros nos encargamos de hacer las debidas comprobaciones para estar seguros de que se respetan nuestros criterios. Las chicas tienen que tener buen carácter y la debida talla moral; eso es lo más importante. Tienen que haber terminado sus estudios de enseñanza media y haberse matriculado en una escuela universitaria del tipo que sea. Las entrevistamos a ellas y a sus vecinos, a sus maestros del instituto, a los miembros de su congregación religiosa. Para que una de las muchachas sea descalificada, alguien ha de tener plena constancia de que haya existido mala conducta por su parte, de que se haya marchado de su casa, de que frecuente los clubes nocturnos o los sitios de mala nota, de que haya tenido problemas con la policía. Por ejemplo, si una muchacha ha abortado, eso la deja al margen.

»Una vez que las candidaturas de las debutantes son aprobadas, les exigimos que asistan a la llamada “Semana del encanto”, de modo que todos podamos saber qué elegancia, qué encanto personal tienen. De eso se encargan las Alphabettes, que es como llamamos a las esposas de los Alphas: las Alphabettes.

El doctor Collier abrió un álbum de fotos y recuerdos de los pasados bailes de presentación de las debutantes.

—Ésta es de nuestro primer baile —dijo—. Lo celebramos en Coconut Grove, que era una sala de baile para negros. En aquellos tiempos, claro está, todo lo que fuera público todavía estaba marcado por la segregación, de modo que no hubo un solo hotel que quisiera alquilarnos su sala de baile. Los periódicos obraban como si nosotros no existiéramos; tan sólo teníamos cobertura en la prensa negra. Todo esto cambió con la integración. En 1965 por vez primera presentamos a nuestras debutantes en el salón de baile del viejo Hotel DeSoto, el mismo salón en el que se celebraba a la noche siguiente el baile del cotillón. También fue más o menos ese año cuando el *Savannah Morning News* decidió finalmente atribuir a los negros los títulos de cortesía, señor, señora y señorita, y así empezaron a publicar los nombres de nuestras debutantes. Pero yo no diría de todos modos que ya hayamos alcanzado la paridad total con el baile del cotillón. Las páginas de sociedad siempre traen información de los acontecimientos sociales que preceden al baile del cotillón, como son los almuerzos de madres e hijas, las barbacoas, las fiestas al aire libre, los asados y las cenas a base de ostras, lo que quiera. Cuando les remitimos fotografías de nuestras fiestas previas, no las publican. De todos modos... —el doctor Collier hizo un gesto con la mano—. Con el tiempo, también eso ha de llegar.

A medida que el doctor Collier pasaba las páginas de su álbum, fueron desfilando ante mis ojos las debutantes de años sucesivos. Más o menos a mitad del álbum, en torno a 1970, me fijé en que se daba un cambio entre las muchachas: casi todas las debutantes de los primeros años eran de piel más bien clara; en ese momento empezaban a verse también chicas de piel más negra. El cambio coincidía con la aparición del «orgullo negro», y diríase que los Alphas habían estado a la altura de los tiempos al ampliar el abanico de tonos de piel considerado aceptable entre las

debutantes.

El doctor Collier siguió pasando las páginas.

—Hay quien dice que nuestro baile de presentación de las debutantes es una mera copia del baile del cotillón, y en el fondo es verdad, aunque en cierto modo, ¿sabe usted?, nuestro baile es mejor que el del cotillón. Y eso siempre me hace ilusión. ¿Ve esta fotografía? —el doctor Collier me señaló una fotografía en la que salían quince debutantes en procesión, todas ellas con la mano izquierda delicadamente apoyada en la mano derecha que sus acompañantes sostenían en alto—. ¿Sabe qué están haciendo? —preguntó—. ¡Están bailando el minué! Eso es algo que no tiene lugar en el cotillón, ¿eh? —el doctor Collier se rió con delicadeza—. Así es, fíjese. Nosotros hacemos un minué.

—¿Y a qué se debe que eligieran el minué? —le pregunté.

El doctor Collier levantó ambas manos y se echó a reír.

—¡No tengo ni idea! —dijo—. Supongo que lo vi en las películas, no sé, pero lo cierto es que lo hacemos tal como es debido. Contratamos a un cuarteto de cuerda para que toque el minué del *Don Giovanni* de Mozart, y déjeme decirle que se trata de todo un espectáculo. Me gustaría que viniese a verlo este año; considérese mi invitado. Ya verá cómo lo disfruta.

—¡Uau, chico! —exclamó Chablis cuando le conté que iba a asistir al baile de las debutantes de color—. ¡Llévame contigo de pareja, *carinio!*

Difícil hubiera sido imaginar un paso en falso más morrocotudo que presentarme en el baile con un travesti negro cogido del brazo. Confiaba llamar la atención tan poco como me fuera posible, y había decidido que iría solo.

—Lo siento, Chablis, pero me temo que no será posible. Chablis no entendía que fuese en modo alguno extravagante el hecho de que ella me acompañase al baile.

—Te prometo que no te daré motivo para avergonzarte, *carinio* —suplicó—. No diré tacos, no bailaré como una guarra, no menearé el culo, de veras. No haré nada de eso, te lo prometo. Me portaré como *la Dama* Chablis la noche entera, y sólo por ti. ¡Ay, si es que nunca he estado en un baile de verdad! Llévame, llévame, llévame, por lo que más quieras.

—No, ni hablar —dije.

Chablis se puso de morros.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo—. Estás pensando que no valgo ni siquiera para clientelar con esos negros de buen tono.

—No, ni siquiera había pensado en esa parte —dije—, pero ahora que lo mencionas, tengo entendido que todas las debutantes, por lo que me han dicho, son señoritas de lo más correcto y elegante.

—¿Ah, sí? —Chablis me miró con un aire de superioridad—. Y eso ¿qué quiere decir, si no te importa que lo pregunte?

—Bueno, para empezar —dije—, a ninguna de ellas la han sorprendido jamás robando nada en una tienda.

—Pues entonces sí que tienen que ser buenas, querido. O es que no tienen ni idea de lo que es ir de compras, *carinio*, en serio te lo digo. No me lo creo, no me puedo creer que me estés diciendo en serio que de esas veinticinco zorronas no han pillado nunca a ninguna llevándose de tapadillo un sujetador o unas medias. Venga, cuéntame qué más cosas saben hacer —dijo.

—Todas están matriculadas en una universidad —dije.

—¿En serio? —Chablis se miró las uñas.

—Hacen trabajos voluntarios para la comunidad. Minué negro

—Vaya.

—Van a la iglesia los domingos, son mujercitas de buen tono.

—Mm-mmm.

—A ninguna la han visto nunca en un bar.

—Chico, ¡me estás poniendo de los nervios! Ya veo, ahora me irás a decir que a todas les han mirado el coñito y resulta que son vírgenes.

—Lo único que sé, Chablis, es que tienen una reputación inmaculada. Eso es lo que sí se ha comprobado de todas ellas. No hay una sola que pueda ser acusada de mala conducta...

Chablis me miró de soslayo.

—¿Tú estás seguro de que todas esas chicas son negras?

—Pues claro.

—Entonces, lo único que se me ocurre es que tienen que ser feísimas.

—No, Chablis. La verdad es que son bastante guapas.

—En fin, puede ser, pero yo de todos modos, si quiero ver un puñado de monjitas de ese estilo con sus vestiditos blancos, me voy a la iglesia; no me hace falta ir a un baile de esos. Así que olvídate de pedirme que vaya contigo de acompañante, *carinio*, porque no pienso ir de ninguna de las maneras, ¿entendido?

—Bueno —dije—, con eso queda todo arreglado.

Las veinticinco debutantes habían sido escogidas entre un grupo inicial de cincuenta candidatas. Algunas habían rechazado el ofrecimiento por falta de interés o bien porque no podían permitirse gastar los ochocientos dólares que les costaría el hecho de ser debutantes, entre el precio de la entrada, el del vestido de gala y los adornos. A las hipotéticas debutantes las invitaron a una reunión en el Quality Inn, donde fueron recibidas por miembros del Comité de Debutantes Alphabettes, las cuales les explicaron qué era lo que les esperaba durante los meses previos al baile.

Cabía esperar que hicieran diez horas de trabajo al servicio de la comunidad, o que redactasen un texto de tres folios sobre un tema previamente acordado. Se les exigiría presentarse a cuatro clases de danza del minué, y estarían obligadas a asistir a

una fiesta con otras debutantes, una fiesta a la cual estarían invitadas todas las debutantes, sus padres, acompañantes y miembros del Comité de Debutantes Alphabettes. La «Semana del encanto» constituía la fase central del adoctrinamiento de las debutantes. Las esposas de los Alpha, las Alphabettes, daban clase de belleza y sociedad —cómo planear una fiesta, enviar las invitaciones, poner la mesa, presentar a las personas debidamente, escribir notas de agradecimiento. Había una sesión de modales en la mesa («Sólo se pone mantequilla en el pedazo de pan que una está a punto de llevarse a la boca... Si cae comida al suelo, se deja estar y se avisa al camarero... Si por casualidad una se mete un trozo de nervio en la boca, hay que sacarlo con el utensilio que se ha metido, sea el tenedor o la cuchara, pero no con los dedos...»). A las debutantes se les enseñaba de qué manera hablar mejor («Hay que olvidarse de los *o sea*, los *mmm*, los *bueno* y demás muletillas»). Se les enseñaba a hacer la debida reverencia («No se incorporen de repente, sino lentamente, con gracia»), cómo sentarse con elegancia («Mantengan rectas las piernas, o cruzadas a la altura de los tobillos, nunca montadas sobre la rodilla»), cómo sentarse como las damas distinguidas («la espalda recta, los hombros erguidos, los brazos a los costados»).

Existía también un conjunto de criterios que debían obedecer los acompañantes de las debutantes, que se podían resumir en dos requisitos: tenían que tener terminada la educación media y estudiar en la universidad o en una escuela del ejército, y no haber sido jamás culpables de ningún delito, ni siquiera menor. Escoger a los acompañantes no era asunto ni mucho menos baladí, porque los muchachos tendían a considerar el cargo de acompañante más como una tarea que como un honor. Refunfuñaban antes de asistir a las clases de baile, antes de alquilar el chaqué, antes de asistir a las fiestas en donde había más carabinas que gente de su edad. No era por lo tanto insólito que el novio de una debutante se negara en redondo a asistir al baile, y que fuera otro el encargado de ir con ella, otro a quien se presionara para ser su acompañante oficial: un hermano mayor, el hijo de un licenciado del club Alpha o uno de los mismos estudiantes del club Alpha.

A las doce del día señalado para el baile, las veinticinco debutantes llegaron al Hyatt Regency para un último ensayo con los vestidos; todas ellas llegaron con el traje de la fiesta en su correspondiente bolsa. Subieron a una serie de habitaciones reservadas para hacer las veces de vestuario y, una vez cambiadas, bajaron al salón de baile, en donde sus padres y sus escoltas las esperaban para ensayar el vals y el minué.

El baile Alpha iba a ser bastante más modesto que el baile del cotillón que se celebraba a la noche siguiente: habría dos barras de pago en vez de cinco barras libres, se serviría un pisco-labis a la una de la madrugada, en vez de la cena y el pisco-labis, y las decoraciones del salón de baile serían mínimas. No obstante, el inminente acontecimiento no había pasado desapercibido en el hotel. Durante el ensayo con vestidos, un grupo de curiosos estuvo mirando por la rendija de la puerta,

cautivado por la visión de tantas jóvenes negras ataviadas con sus trajes de noche. Uno de estos observadores, un hombre de traje gris y zapatos marrones, llamó la atención sobre las cajas_ de vinos y licores que se estaban desembalando al extremo del salón de baile. «No se llame a engaño —dijo con aire de conocedor—. Los negros beben mejores whiskys que los blancos. Dewar's, Johnnie Walker, Seagram's, Hennessy. Son las marcas de precio más elevado. Yo tengo una teoría que explica el porqué». El individuo se balanceó sobre las suelas de goma de sus zapatos, con la pipa a media distancia de la boca, a la vez que miraba a derecha y a izquierda, para cerciorarse con satisfacción de que la gente situada cerca de él atendía su teoría casera. «¿Se acuerdan de que cuando los atletas negros ganaron un montón de medallas en las Olimpiadas de México siempre alzaban el puño para hacer ante las cámaras el característico saludo del poder negro? Bien, pues fue entonces cuando los negros de Savannah al menos empezaron a beber whisky Dewar's, ginebra Seagram's y vodka Smirnoff. Si se fija bien en esas botellas, se dará cuenta de que todas las etiquetas llevan medallas. Los negros habían empezado de repente a identificarse con las medallas debido a los Juegos Olímpicos, y ésa es la razón por la cual compraban esas marcas. Más o menos al mismo tiempo, empezaron a beber coñac Hennessy. La etiqueta de las botellas de Hennessy muestra una mano que sostiene un mazo, lo cual se parece al saludo del poder negro. El escocés Johnnie Walker tiene a un hombre con pantalones de montar y chistera que representa “la buena vida”. Todo está relacionado con el símbolo de la etiqueta. El mejor ejemplo es el que se produjo cuando empezaba a realizarse la integración en las escuelas; fue entonces cuando los negros empezaron a beber whisky Teacher's, en donde aparece un profesor que lleva un birrete. Lo que les va es el símbolo, está bien claro. Al menos, así es como yo me lo imagino».

A eso de las nueve en punto, el inmenso vestíbulo del Hyatt empezó a llenarse al llegar los invitados del baile. Una larga y empinada escalera mecánica transportaba el suntuoso desfile de parejas de negros vestidos para la ocasión hasta el salón de baile de la segunda planta, pasando por encima de las altas plantas y los árboles de las macetas del vestíbulo. En el salón de baile, un cuarteto de cuerda tocaba música de cámara mientras los cuatrocientos invitados se saludaban brevemente antes de tomar asiento en las mesas dispuestas en torno a la pista de baile. En una de las mesas, los invitados, sabedores de que no iba a servirse cena, sacaron un envase de aperitivos salados, que comenzaron a despachar tan pronto disminuyó la intensidad de las luces.

El presidente del capítulo de graduados de Alpha Phi Alpha subió al estrado vestido con los colores de la fraternidad —un esmoquin negro y oro, una camisa dorada, una pajarita dorada— y saludó a la congregación para dar comienzo a las ceremonias de rigor. Mientras el cuarteto de cuerda tocaba música de fondo, una Alphabette tomó el micrófono y anunció el nombre de la primera debutante. Ésta, escoltada por su padre, subió a una pequeña plataforma, se volvió hacia el público e hizo una reverencia. La presentadora dio lectura a los nombres de sus padres, de su

instituto de enseñanza media, su universidad y la materia en la que se pensaba licenciar. Luego, su acompañante venía desde el lado opuesto, la tomaba de la mano y la acompañaba al bajar de la plataforma, mientras la presentadora daba la misma información sobre el muchacho. Una por una, las debutantes y sus acompañantes fueron presentados de este modo. Cada una de las muchachas llevaba un ramillete de flores amarillas, con lucecitas parpadeantes accionadas por unas pilas que iban en el manojito del ramillete. Los acompañantes iban vestidos de frac negro, con cuello duro, pajarita y guantes blancos: llevaban las manos recogidas a la espalda, con las palmas mirando hacia fuera.

Al término de las presentaciones, las debutantes y sus acompañantes se quedaron unos frente a otros en dos largas hileras que ocupaban la mayor parte de la pista de baile. El salón quedó en silencio unos momentos y luego el cuarteto volvió a tocar. Los acompañantes hicieron una reverencia al unísono y las debutantes correspondieron de igual modo, arrastrando por el suelo las colas de los vestidos en una larga oleada de espuma blanca de encaje. Las parejas se tomaron de las manos e iniciaron un grácil desfile, bailando un delicado minué al son de los acordes de *Don Giovanni*. El salón parecía alzarse y descender con cada paso; daba casi la impresión de que estuvieran patinando sobre hielo. A todos los presentes les invadió el alborozo. Las señoras contuvieron la respiración; los caballeros observaban maravillados. En la mesa de honor, el doctor Collier presidía la ceremonia con una sonrisa de oreja a oreja, con un júbilo compartido por todos los presentes.

Cuando hubo terminado el minué, las debutantes bailaron dos vales, primero con sus padres, después con sus acompañantes. Después, el cuarteto de cuerda dejó sitio a la banda de Bobby Lewis, que dio comienzo a los bailes de salón.

El doctor Collier me había colocado en una mesa con varios Alphas y Alphabettes. Después del minué, a los Alphas se les notaba el inmenso orgullo que sentían. Una de las mujeres mencionó que el capítulo local de los Links, la más prestigiosa organización negra en pro de la mujer y de los derechos cívicos de todos los Estados Unidos, había expresado su deseo de presidir el baile de las debutantes de Savannah, al igual que ya se hacía en Atlanta y en otras ciudades, pero los Alphas no dieron su brazo a torcer.

—Las de Alpha Kappa Alpha también quieren patrocinarlo —dijo otra mujer, refiriéndose a la hermandad femenina de Alpha Kappa Alpha. Aunque fuese Alphabette, la mujer también pertenecía a las Alpha Kappa Alpha, y estaba claro que tenía sentimientos encontrados sobre este particular—. Ésta es una batalla que viene de muy antiguo —añadió—. Las mujeres tenemos la convicción de que todo lo que se relacione con las debutantes debiera ser nuestra prerrogativa, y pensamos que no conviene por tanto dejarlo en manos de una fraternidad masculina.

Los tres Alphas de la mesa se rieron con ganas.

—No es posible —dijo uno de ellos—. Si renunciásemos a organizar el baile, perderíamos nuestro estatus.

Las mujeres se miraron mutuamente en silencio. Una de ellas cambió de tema rápidamente.

—Hay que ver, qué maravilla de vestido —dijo, mirando al otro lado de la sala.

Me volví hacia donde señalaba. Una elegante mujer negra se encontraba a la entrada del salón de baile, mirando con incertidumbre a uno y otro lado, como si buscara a alguien en concreto. Llevaba un vestido de noche muy ceñido, azul oscuro, en la parte superior del cual brillaba un abundante adorno de pedrería. Me volví a mi mesa, aunque hubo algo en la figura de la entrada —algo en la pedrería del vestido, algo del modo en que erguía altanera la cabeza— que me obligó a mirarla mejor. No me cupo la menor duda. Era Chablis.

En el momento en que la vi me vio ella también. Respiró hondo, irguió un poco más el mentón y echó a caminar hacia mí con un paso exageradamente solemne. Me miraba fijamente, y llevaba los labios fruncidos, en una provocativa y contenida mueca. Iba dándose las talas, tal como dijo, de *la Dama Chablis*, de la gran emperatriz de Savannah. La multitud le dejó paso sin dejar de mirarla. Sentí que me latían las sienes y me zumbaban los oídos. Estaba solamente a cinco pasos de mí cuando alargó su esbelto brazo, embutido en un guante de terciopelo. Lo vi como si fuese la guadaña de la Muerte que oscilaba en dirección a mí. En el último momento, se volvió a su derecha y aferró por el brazo a un musculoso adolescente que se hallaba muy cerca de mi silla.

—Jovencito —le dijo—, ¿puedes ayudarme? —lo miró suplicante a los ojos—. Soy una damisela en serios aprietos, desde luego que sí. El joven esbozó una apuesta sonrisa.

—Al menos puedo intentarlo, señora —dijo—. ¿De qué se trata? ¿Qué problema tiene?

Chablis volvió levemente los hombros al tiempo que hablaba con él.

—He venido sola —dijo—. No tengo ni la más remota idea de quién me ha invitado, porque mi secretario de sociedad tomó nota de la información que le dieron por teléfono, pero me he dejado el papel en la limusina y he despedido al conductor. No regresará hasta la medianoche.

Chablis entrelazó ambas manos en torno al bíceps del muchacho.

—Y ya sabes cómo somos las damas —ronroneó—. Nunca hay que dejarnos solas, porque eso no es aceptable en sociedad, ni tampoco es de buena educación. Siempre, lo que se dice siempre, ha de venir un hooombre a nuestro lado, ¿verdad que sí?

—La entiendo, señora —dijo él.

—Por eso, confiaba en que pudieras quedarte conmigo hasta que encuentre a mi anfitrión esta noche —dijo—. Por cierto, puedes dejar de llamarme «señora». Llámame Chablis. ¿Tú cómo te llamas?

—Philip. Soy un acompañante.

—¡Uau, chiquillo! ¡Un acompañante! ¿Te refieres a uno de esos servicios de

citas?

—No, no —dijo él—. Lo que pasa es que todas las debutantes del baile tienen cada una su propio acompañante. Yo he venido a acompañar a una debutante.

—Ah, entiendo. ¿Cuál es la tuya?

—Está allí, en medio de aquel grupo. Es mi hermana.

Chablis se apartó un poco de él, fingiendo sorpresa.

—Chiquillo, ¡no lo dirás en serio! No me irás a decir que te lo haces con tu hermana, ¿verdad?

—No, no, no —dijo Philip—. Lo has entendido todo al revés. Lo que pasa, a ver si me explico mejor, es que Gregory, que es el novio de mi hermana, se negó en redondo a acompañarla a este tinglado. Dijo que no, que nanay, que no había manera. Por eso me vi obligado yo a venir con ella. A veces, las cosas son así.

—Ah, ahora sí que te entiendo —dijo Chablis—. Entonces, lo que pasa es que estás de relleno, ¿eh? Esta noche no sales en serio con ninguna, ¿es eso? —se acercó más a él, acariciándole el brazo con sensualidad.

—Sí, más o menos es eso lo que hay —dijo él.

—Dime una cosa, chiquillo. No llevarás un arma, ¿verdad?

—¿Un arma? Qué va. Yo con esas cosas no me dejo enredar.

—Eso está bien. No me pareció que fueras de esos que llevan pistola, *carinio*, pero ¿sabes lo qué pasa? Que una vez salí con un caballero muy de clase alta, tú ya sabes, y me sacó una pistola y me la puso en la cabeza. Por eso prefiero preguntar, no sea que...

—No creo que te encuentres con ninguna pistola en este salón de baile —dijo Philip—. Aquí, todo el mundo es de los que respetan la ley a rajatabla.

—¿Nunca te han detenido? ¿Lo que se dice nunca?

—Bueno... —Philip sonrió con timidez—. Una vez, más o menos...

—¡Uau! Cuéntame, cuéntame, cuéntame. ¿Por qué fue? ¿Drogas? ¿Marihuana? Es que me estoy muriendo de ganas de...

—No, fue poca cosa. Estaba con un par de tíos, nos habíamos pasado de copas y, ya sabes, perturbamos la paz del lugar...

—¡Ooohh! Seguro que sí, seguro que podrías perturbar la paz de cualquier lugar a fondo si te lo propusieras, ¿eh? Lo estoy viendo con mis propios ojos. ¡Síiii! —Chablis se estremeció de placer. Estaba dándole un auténtico masaje a Philip en el brazo—. Ah, mira —dijo—. Por ahí viene la Madre Superiora, derechita hacia nosotros.

—Es mi hermana —dijo Philip.

Chablis dejó de apretar el brazo del joven cuando la alta debutante vestida de noche se acercó a ellos dos.

—Chablis, te presento a mi hermana LaVella —dijo—. LaVella, ésta es Chablis.

LaVella llevaba el pelo corto y rizado. Chablis le ofreció la mano.

—Estábamos hablando de ti —dijo—. Tengo entendido que estudias en la

universidad.

—Sí, estoy en primero, en la estatal de Savannah —dijo LaVella con una sonrisa de coquetería—. Me voy a licenciar en ingeniería eléctrica.

—¡Ingeniería eléctrica! ¡Hay que ver, chica! ¿Ves? Eso es algo que me gustaría saber hacer. La semana pasada se me rompió el televisor en plena serie de *The Young and the Restless*, y nada más se me ocurrió liarme a patadas con ella, lo cual no sirvió de nada, claro está. No sirvió para nada, está claro. Bueno, yo nunca fui a la universidad. Tuve tutores privados desde el jardín de infancia en adelante. Ahora la verdad es que tampoco importa mucho; me dedico al negocio del espectáculo, y paso la mayor parte del tiempo de gira.

—¡Ah! —dijo LaVella—. Eso suena de lo más «glamouroso». Seguro que viajas a muchos sitios.

—Sí, eso de viajar tiene sus ventajas —dijo Chablis—. ¿Ves este bolso? —Chablis le mostró un bolso de mano repleto de cuentas brillantes, que relucía a la luz—. Lo compré en Londres.

—Es muy bonito —dijo LaVella.

—Y los zapatos son de Roma. Y... veamos; los guantes son de París, y el vestido es de Nueva York.

—¡Andá! —dijo LaVella—. Todos hemos admirado tu vestido. Es exquisito.

—Bueno, *carinio*, tú también puedes tener ropas así, siempre que sepas jugar tus cartas.

—Imagino que entonces más me vale empezar a ahorrar desde ya mismo —dijo LaVella.

—¡Oh, no! No se trata de eso —Chablis meneó un dedo—. No es ésa la manera de hacerlo. Tú nunca te gastes la pasta que hayas ganado con el sudor de tu frente en ropa y accesorios; lo que necesitas es un hooombre que te lo compre todito y que se muera por tus huesitos —Chablis volvió a colocar ambas manos sobre el brazo de Philip—. Tienes que hablar en serio con ese noviete que tú tienes, ¿cómo se llama?, Gregory, ¿no?, el que no quiso venir esta noche contigo. Y tienes que decirle a Gregory que afloje la mosca y que te compre vestidos y de todo.

—Vaya, lo puedo intentar —dijo LaVella con una sonrisilla algo tímida—, pero no creo que funcione.

—Pues entonces mucho me temo que tendrás que conseguirlo todo tal como hice yo —dijo Chablis—. O sea, robándolo.

Antes de que LaVella pudiera responder, Chablis se llevó a Philip del brazo camino de la pista de baile.

—Discúlpanos, señorita —dijo—, pero Philip y yo estamos a punto de perturbar un poco la paz del lugar.

Mi primer pensamiento fue largarme de inmediato, antes de que Chablis tuviera la ocasión de hacer saber al personal que yo era más o menos el responsable de su presencia en la sala. Llevaba una diabólica sonrisa en la cara; se la veía en la gloria.

Se apretó contra Philip y se puso a dar vueltas por la pista. Se movían como si fueran uno solo, y no era tanto que bailaran, sino que más bien se retorcían al ritmo de la música. El vestido de Chablis centelleaba a las luces, y su cara no estaba menos encendida. Me pareció que era el vestido que yo mismo la ayudé a ponerse, subiéndole la cremallera, en los camerinos del Pickup, el que tenía la raja por la espalda. De vez en cuando, la raja se abría de medio a medio y revelaba pantorrilla, muslo y nalga enteros.

Hasta entonces, las mañas de Chablis habían pasado desapercibidas, pero dudé mucho de que pudiera disimularlas durante mucho tiempo, teniendo en cuenta los meneos, los contoneos y los vaivenes que se estaba marcando en la pista. Me levanté de mi silla camino de la puerta, pero me cerró el paso un exuberante doctor Collier.

—¡Vaya, por fin lo encuentro! —dijo—. Llevaba un rato buscándole. ¿Qué le ha parecido el minué?

—Asombroso —dije—, y aprovecho para darle las gracias por haberme invitado. Ha sido muy amable por su parte. Lo he pasado realmente bien...

El doctor Collier me sujetaba con firmeza por el brazo y miraba por toda la sala.

—Quiero presentarle al hombre que les ha enseñado a bailar. Es el director de atletismo de la estatal de Savannah, John Myles. También les ha enseñado a bailar el vals. Ahora mismo no le veo, pero no importa... Ya lo encontraremos más tarde.

En ese momento me vi ante la disyuntiva de escaquearme, e insultar de ese modo a mi anfitrión, o de quedarme y verme enredado en el numerito de Chablis y en su inevitable desenlace. Decidí parapetarme en el bar más cercano a la puerta, y pensar en mi próximo movimiento. Desde la barra disponía de una excelente vista de la pista de baile y de una vía rápida hacia la salida. Pedí un whisky doble.

—¡Y yo tomaré un licor de manzana! —dijo Chablis, materializándose de repente a mi lado. Jadeaba ostentosamente, y se secaba la cara con una servilleta de papel.

—¿Qué ha pasado con tu amigo Philip? —le pregunté.

—Que su hermana se interpuso entre nosotros —dijo con un gesto de asco infinito—. Pero no importa, *carinio*. Ya le sacaré los colores; por mí, puede esperar sentada. Además, a mí me da lo mismo. La Muñeca ha puesto el ojito en otra pareja de acompañantes. En cuanto se meta un poco de fuego líquido en la barriga, se va a remangar y va a entrar en faena como ella sabe. Y se lo va a pasar en grande —el barman colocó un vasito de licor de manzana delante de Chablis; se lo bebió de un trago y tosió. Se le encendió la mirada. Oteó la pista de baile e hizo un gesto obsceno con los labios—. Pito, pito, gorgorito... —dijo—. A ese acompañante me lo llevo yo de calle. Eh, señor chófer, ¿me estás oyendo?

—Perdóname, Chablis —dije—, pero creo que te has pasado de la raya metiéndote aquí en medio sin permiso de nadie.

—Ooh, ya veo que te he hecho enfadar, ¿eh, *carinio*? Tendrías que ver qué mono te pones cuando te enfadas, cielito. En fin, ya ves lo que pasa. A la Muñeca le apetece ponerse un poco borde esta noche, y esta pista de baile es el sitio más borde que

tenemos en Savannah por el momento. Por eso ha venido, ya ves tú qué cosas.

—En fin, no discutamos —dije—. No tengo la menor intención de insultar a todas estas personas, y si tienes pensado tirarte alguna broma de las tuyas, te agradecería mucho que te mantuvieras al margen de mí. O sea, como si yo no estuviese aquí, ¿me explico? Aunque aún sería mejor que te marchases ahora mismo, antes de que las cosas se te escapen de las manos. Ya te has divertido bastante, ¿no crees? No merece la pena echarlo a perder ahora.

—Oh, pero si la diversión acaba de empezar, *carinio*.

—Bueno, pues para mí se ha terminado —dije—. Me marchó.

—Oh, no, no, no. Si te vas ahora te canto las cuarenta, cielito, y te juro que te pongo vuelta al aire. Iré a charlar un rato con aquel vejete de la camisa azul de chorreras con el que estabas hablando hace un momento, le diré que me has traído tú y que estoy preñada de ti. Le diré que me acabas de abandonar, y no veas la que te armo.

Todos los folículos capilares de mi cabeza se me erizaron de pronto. Me merecía demasiado respeto el concepto del drama que tenía Chablis como para pasar por alto su amenaza. Sonrió y se me acercó más.

—Te lo tienes bien merecido por no haberme traído de pareja, monada —dijo—. Pero si te portas como un buen chico, te prometo que no diré nada.

—Vale, pero haz el favor de comportarte, Chablis —dije.

—Lo intentaré, *carinio* —dijo—. Pero no va a ser nada fácil. Siempre que ando en compañía de tiarrones así de puestos, se me cruzan los cables. Sabes lo que quiero decir, ¿verdad? Y este sitio está llenito de tiarrones de esos. Mira y verás —Chablis se apoyó en un codo y oteó la multitud, yendo lentamente de un extremo a otro del salón de baile—. Lo que estás viendo, fíjate bien, es «la sociedad negra» —dijo—. Y ya sabes cuál es el gran secreto de la sociedad negra, ¿no? Cuanto más blanquita seas, más posibilidades tienes de subir a lo más alto.

—Pero las debutantes no son todas de piel clara —dije—. Si quieres saber mi opinión, forman una mezcla bien variada.

—A las debutantes las pueden poner del color que les dé la gana —dijo Chablis—, que eso es lo de menos. Las chicas de piel clara son las que se casarán con los negros de más éxito. Puede que lo negro sea bello, *carinio*, pero cuando se trata de progresar en esta vida, lo blanco sigue llevándose la palma. Lo digo por si no te habías dado cuenta, listo. Yo no tengo nada en contra de los tiarrones así de puestos; no tienen ninguna culpa del color de su piel, pero sí que tienden a juntarse y a formar clanes. Tendrías que verlos en la Iglesia Episcopal de West Broad Street, que es la iglesia de los negros de alcurnia, se dice así, ¿no?, de aquí de Savannah. Dicen que han puesto un peine encima de la puerta principal, y que no te dejan entrar a menos que te puedas pasar el peine por el pelo sin romper ni un diente. Y en esa iglesia es donde se juntan los negritos de piel más clara, todos en los bancos de delante, mientras que los más morenos se tienen que conformar con quedarse de pie en la

parte de atrás. Ya lo ves, que cuando de prejuicios se trata, los negros no se quedan cortos y saben ser igualitos que los blancos. En serio lo digo. No es gran cosa, pero es que cuando veo a esos negros comportarse como blancos, la zorra negra que llevo dentro sale de mí como por ensalmo, ¡zas!

Una taimada sonrisa apareció en la cara de Chablis. Miró con gesto seductor por encima de mi hombro.

—Compórtate —le dije.

Chablis pidió otro licor de manzana y se lo bebió de un trago.

—Basta ya de cháchara, *carinio*. Es hora de que la Muñeca salga a jugar con los chicos.

Chablis echó a caminar con recato hacia la pista de baile, y dio un golpecito en el hombro de la primera debutante con que se cruzó. Las dos intercambiaron sonrisas de cortesía y cambiaron de lugar. En un visto y no visto, Chablis estaba acurrucada contra el pecho de su compañero de baile. La miré desde el bar, con una ansiedad en parte atemperada por el whisky doble. Pasados cinco minutos, Chablis se soltó de su pareja y la cambió por otro, cosa que hizo varias veces a lo largo de la media hora que siguió, trabajándose el salón entero y bailando con todos los jóvenes apuestos del local. Tuvo el cuidado de no herir los sentimientos de las debutantes, eso hay que decirlo en su descargo. «¡Precioso vestido!», decía por ejemplo al cambiar de pareja. Chablis movía la boca tan deprisa como el cuerpo; hablaba en susurros con sus parejas de baile, charlaba momentáneamente con las chicas.

A la una en punto terminaron los bailes y se sirvió un buffet. Chablis se llenó el plato de huevos con salchichas, y a medida que la gente iba tomando asiento en las mesas que tenían adjudicadas, comenzó a revolotear por el salón en busca de un sitio donde posarse. No pasó mucho tiempo hasta que me di cuenta de que flotaba en nuestra dirección. Se arrimó una silla de la mesa de al lado y la arrastró hasta nuestra mesa, encajándola entre dos matronas que estaban sentadas frente a mí. Las dos le hicieron sitio.

—Oh, perdón, perdón —dijo Chablis—. ¿Me puedo sentar con ustedes?

—Claro, por supuesto —dijo una de las dos señoras—. Debo decirle que no he podido dejar de mirar su precioso vestido en toda la noche. Parece usted una estrella de cine.

—Gracias —dijo Chablis acomodándose en su asiento—. La verdad es que me lo suelo poner muchas veces cuando actúo.

—Ah, ¿se dedica usted al teatro? —preguntó la mujer.

—Sí, soy actriz —dijo Chablis.

—Fascinante. ¿Y en qué clase de obras actúa?

—Shakespeare, Broadway, *play-back*. Suelo trabajar sobre todo en Atlanta, pero esta noche he venido a Savannah para ver a mi prima convertirse en debutante.

—Ah, qué detalle —dijo la mujer—. ¿Y quién es su prima?

—La Vella.

—Oh, LaVella. Es una muchacha deliciosa. ¿No te parece, Charlotte?

—Oh, desde luego que sí —dijo la otra mujer, asintiendo y sonriendo ampliamente.

—Yo también lo creo —dijo Chablis, con una dulzura sacarínica en la voz—. Y siempre había tenido unas ganas locas de ser debutante. Desde que era pequeñita —Chablis devoró la comida de su plato con exagerada buena educación, todo lo modosita que sabía ser.

—Qué bonita es —dijo la mujer—. La verdad es que LaVella es guapísima, y muy delicada. Y también inteligente, todo hay que decirlo.

—Tenía tantas ganas de que llegara esta noche... —dijo Chablis—. Cuando éramos pequeñas, hablábamos mucho de la noche en que seríamos debutantes. Me alegro una barbaridad que ella llegara a serlo. Lo digo porque le daba miedo no dar la talla.

—Vaya —dijo la mujer—. Pues le aseguro que LaVella no tenía de qué preocuparse. Es una damisela de primerísima clase.

—Pero estaba preocupada de todos modos. Muchas veces me decía: «Oh, querida prima Chablis, no lo lograré. Sé que no lo lograré». Y yo le contestaba eso mismo, que no tenía de qué preocuparse. Si Vanessa Williams se las ha arreglado para ser Miss América con todos los chequeos y las pruebas y comprobaciones que hacen en ese concurso, tú por fuerza tendrías que aprobar el examen de ese comité de medio pelo que examina a las debutantes de la vieja Savannah.

Las dos matronas se miraron una a otra, una a cada lado de Chablis.

—Además, querida LaVella, le dije yo, siempre has tenido mucho cuidado de guardar tus puteríos para cuando vienes a Atlanta, pedazo de garrindonga. En Savannah, en el fondo nadie tiene ni idea de qué vas.

Las dos mujeres miraron a Chablis sin decir ni palabra. Ella continuó zampándose la comida con toda delicadeza, pero sin dejar de hablar.

—Yo también quería ser debutante —siguió diciendo—. De veras, ya lo creo que sí. Pero ya se lo dije a LaVella: si me voy a convertir en debutante, me convertiré en una debutante de verdad, y debutaré en el baile del cotillón. Lo digo muy en serio.

Una de las mujeres tosió; la otra apartó la mirada de la mesa con evidente desesperación, como si buscara en lejanía un barco que acudiera en su rescate.

—Oh, por supuesto, LaVella, le dije yo: es cierto que el baile de Alpha es muy bonito y muy peripuesto. A ver si me explico. Oye, LaVella, le seguí diciendo, ¿y qué vas a hacer este verano cuando se terminen las clases, eh? Ya, no me digas más: vas a trabajar en el Burger King de West Broad Street. Bueno, querida mía, ¿sabes qué te digo?, le dije. Que las debutantes del baile del cotillón no trabajan en el Burger King. Para nada, mi niña. Se van de vacaciones a Francia y a Inglaterra, a andar en bici. En serio lo digo. Y si tienen que ponerse a trabajar, se van a Washington y trabajan para un senador que resulta ser amigo de la familia, ¿lo sabías? Y hacen excursiones en yate. O se van en avión a un balneario y se pasan el verano tomando el sol. Eso es lo

que hacen, y eso es precisamente lo que yo quiero hacer cuando sea debutante.

Chablis hizo como que no percibía la visible incomodidad que estaba provocando en ambas mujeres. Me miró brevemente y frunció los labios. Y siguió hablando por los codos.

—Por eso le dije que se riese todo lo que quisiera, que yo puedo ser una debutante en el baile del cotillón si me lo propongo. Soy buenísima cuando me propongo pasar por lo que no soy. Y si decido que quiero ser una chiquita blanca y rica, corazón, eso mismo pienso ser. Sabe Dios que casi lo soy del todo. Tengo un montonazo de pelucas rubias que me puedo poner a mi antojo, y me lo voy a currar para tener un niño blanco, a ver quién es el guapo que me lo hace.

Las dos mujeres me miraron con semblante dolorido, azoradas de que yo, el único blanco que había en el salón de baile, se viese obligado a oír semejantes cosas. Diríase que la temperatura ambiente de la sala había aumentado una barbaridad. Yo desde luego estaba seguro de haberme puesto muy colorado. De pronto, Chablis dejó el tenedor y el cuchillo sobre el plato.

—¡Oh, Dios mío! —dijo de golpe—. ¿Qué hora es? —sujetó por la muñeca a la mujer que tenía al lado para mirar su reloj—. ¡La una y media! ¡Si mi chófer me está esperando desde la media noche! —miró a su alrededor, apartó la silla de la mesa y se puso en pie—. Bueno, bueno. Ha sido todo un placer charlar con ustedes, señoras —dijo—. Ahora tengo que ir a despedirme de algunas personas. Si por un casual ven ustedes a mi chófer, ¿querrían decirle que estoy por ahí, que no se marche? Díganle que además me llevo a mi primo, a Philip; díganle que Philip y yo aún no hemos terminado de armar un buen jaleo. Él ya sabrá a qué me refiero.

—Claro, claro —murmuró una de las mujeres.

—Y seguro que no tienen ninguna dificultad en localizar a mi chófer —dijo Chablis mirando hacia donde yo me encontraba—. Lo digo porque es blanquito como la leche.

Acto seguido, se lanzó a recorrer la sala, yendo de mesa en mesa y pasando de tapadillo su tarjeta con su número de teléfono a varios muchachos. Supuse que era el momento idóneo para marcharme cuanto antes. Me despedí de mis compañeros de mesa y me encaminé a la puerta. Me di cuenta de que si Chablis alcanzaba a verme, me enredaría en el jaleo que estuviese a punto de armar por su cuenta y riesgo. Por eso, abordé al doctor Collier y le agradecí apresuradamente que hubiese tenido la amabilidad de invitarme. El doctor Collier no percibió la menor urgencia en mi despedida, y me presentó al hombre que estaba con él, que era el responsable de haber enseñado a las debutantes a bailar el minué. Sonreí y murmuré las cortesías de rigor, pero prácticamente no oí nada de lo que me dijeron uno y otro; no dejé de mirar desesperadamente por todo el salón de baile, en busca de Chablis. Cuando por fin me fue posible marcharme, me escabullí protegido por la barra, me escapé hacia la puerta y bajé las escaleras mecánicas de dos en dos. Conseguí atravesar el vestíbulo del hotel sin novedad y salí aliviado a la noche neblinosa y tranquila que reinaba en Bay

Street.

EL AIRE DE LA CALLE

Mediado el segundo año de Jim Williams en prisión, Savannah más o menos se fue olvidando de él. La ciudad concentró su atención en otros temas de mayor interés. Por ejemplo, se habló largo y tendido de la divina intervención que presuntamente había visitado a George Mercer III.

George Mercer III era un destacado hombre de negocios, sobrino del famoso Johnny Mercer. El señor Mercer salía un buen día de su casa en Ardsley Park para asistir a una fiesta de gala, cuando de repente cayó en la cuenta de que se le habían olvidado dentro las llaves del coche. Volvió a recogerlas, y en el vestíbulo de su casa oyó una voz que le hablaba alto y claro: «George, ¡bebes demasiado!».

El señor Mercer miró a su alrededor, pero el vestíbulo estaba desierto. «Quién eres —preguntó—. ¿Dónde estás?».

«Soy el Señor —dijo la voz—. Yo estoy en todas partes».

«Bueno, ya sé que bebo más de lo que debería —repuso el señor Mercer—, pero ¿cómo voy a saber con toda seguridad que eres el Señor? Si de veras lo eres, muéstramelo. Demuéstramelo ahora. Si me demuestras que eres el Señor, nunca más volveré a probar una sola gota. Lo juro». De repente, el señor Mercer se sintió elevado por los aires hasta ascender muy por encima de su casa, muy por encima de Ardsley Park. Se sintió elevado tan arriba que desde allí alcanzó a ver toda Savannah: las plazas de la ciudad, el río, la isla de Tybee, Hilton Head. Y la voz le dijo entonces: «¿Te he demostrado que soy el Señor de verdad?». El señor Mercer afirmó allí mismo que sí, que le creía firmemente, y el Señor lo devolvió al vestíbulo de su casa. George Mercer III no volvió a beber nunca más.

Hasta las mismas personas que dudaban de la veracidad de la historia tuvieron que reconocer que a cierto nivel espiritual empezaba a suceder algo muy extraño en la capa más alta de la sociedad de Savannah. Si no, ¿de qué modo podrían explicarse los servicios carismáticos que se daban los martes por la noche en la Iglesia Episcopaliana de Cristo? La Iglesia de Cristo era la más antigua de Savannah, el centro de culto y adoración más apegado a las tradiciones de antaño. Era la Iglesia Madre del estado de Georgia; John Wesley había sido su rector en 1736. Sin embargo, la facción carismática había logrado introducir el pie por la puerta, y empezó a celebrar reuniones en el sótano de la iglesia los martes por la noche: se reunían con canciones y acompañamiento de guitarras y panderetas, ondeando los brazos en alto cada vez que el espíritu se apoderaba de ellos. Los parroquianos más conservadores estaban desolados; algunos lisa y llanamente se negaban a creer que tal cosa pudiera estar sucediendo de veras.

No obstante, las cuestiones del espíritu no eran ni mucho menos la única preocupación de Savannah. Existía una aguda sensibilización por la economía de la ciudad. El renacer económico de Savannah había tocado techo, y comenzaba a experimentar cierto declive. La ciudad parecía más aislada que nunca. Las empresas

procedentes del norte se estaban estableciendo en el sur, sólo que habían echado raíces en Atlanta, en Jacksonville y en Charleston, pero no en Savannah. Los valores de la propiedad inmobiliaria, tras vivir un alza constante por espacio de veinte años, se habían estancado. Las tiendas de minoristas habían ido abandonando Broughton Street para abrir sus puertas en el centro comercial del lado sur de la ciudad. Más ominoso todavía era que la principal fuente de ingresos de que bebía Savannah, el comercio naviero, estuviera a punto de quedar ahogada nada menos que por el viejo puente de Talmadge. Por alto que fuera el puente, no tenía sin embargo la altura indispensable para dejar paso a los nuevos supercargueros, que de ese modo no podían acceder a los muelles situados río arriba. Varios barcos de carga habían tenido que recortar ya sus antenas y sus mástiles de radar para navegar bajo el puente, y los oficiales portuarios se temían que cualquier día se produjera un desastre y un barco chocase de lleno contra el puente. Pero antes de que tal cosa sucediera, obviamente, buena parte del comercio naviero de Savannah sería desviado a otros puertos. La amenaza que pendía sobre la economía de Savannah y de toda Georgia era tan grave que una delegación del estado se presentó en el congreso de la nación con la misión de recabar fondos para la construcción de un nuevo puente. Tras un periodo de tensas negociaciones, se adjudicó una partida presupuestaria a tal fin y se evitó de ese modo una posible calamidad. Los temores que inspiraba el viejo puente fueron sustituidos por una notable curiosidad por la construcción del puente nuevo.

Con asuntos como éste en el aire de la calle, poco tiempo quedaba para pensar siquiera en Jim Williams. «Al fin y al cabo —suspiró Millicent Mooreland—, poco más puede hacerse, aparte de decir ¡Pobre Jim! ".»

Desde luego, asunto de más inmediata preocupación fue el generado por la súbita aparición en las tapias del centro, en las aceras y en los contenedores de basura, de una pintada que decía JENNY LA PERTURBADA. Por el carácter desesperado de la caligrafía, cabía pensar que una mujer loca rondaba por las calles, contemplando la posibilidad de causar un daño quizás irreparable a los demás o incluso a sí misma. Al cabo de un mes de redoblada ansiedad y de cerrar las puertas de las casas con pestillo, «Jenny la perturbada» resultó ser un grupo de *rock* compuesto por cuatro estudiantes de la facultad de Arte y Diseño de la universidad de Savannah, que previamente se habían teñido el pelo de verde. La resolución del misterio pudo calmar el miedo de muchos ciudadanos, pero no apaciguó en modo alguno la impaciencia cada vez mayor que gran parte de Savannah sentía frente a la facultad de Arte y Diseño.

Este centro de educación superior se había inaugurado en 1979 con los parabienes de toda Savannah. La facultad se había instalado en el hasta entonces cerrado edificio de Guard Armory, en Madison Square, que fue debidamente remodelado para dar cabida a las aulas y los estudios que compartían setenta y un estudiantes de arte. En sólo dos años, las matriculaciones habían pasado de los trescientos alumnos, y la facultad hubo de adquirir y restaurar varios edificios antiguos hasta entonces inutilizados: almacenes portuarios, escuelas públicas, incluso una antigua prisión. El

joven decano de la facultad de Arte y Diseño, Richard Rowan, anunció que el número de estudiantes a la sazón llegaría a pasar de los dos mil.

Los residentes del centro de la ciudad no contestaron con demasiada felicidad al anuncio de Rowan. Así como los estudiantes sí hacían una aportación nada despreciable a la economía local, amén de revitalizar las calles que de otro modo habrían permanecido desiertas, empezaban a convertirse, a ojos de ciertas personas, en una lacra del paisaje urbano, debida sobre todo a esos cabellos teñidos de verde, a sus ropas estrafalarias, sus patines y su tendencia a poner la música muy alta en sus aparatos portátiles, a menudo hasta bien entrada la noche. En reacción ante estas novedades, un grupo de residentes del centro formaron el Comité por la Calidad de Vida para afrontar la situación. Joe Webster, que encabezaba el comité, era visible a diario, al mediodía para ser exactos, caminando con cierta rigidez y con la ayuda de un bastón al dirigirse de su despacho en el C&S Bank al Oglethorpe Club, donde tenía por costumbre almorzar. En su trayecto a pie pasaba por Bull Street, por delante de la entrada principal de la facultad de Arte y Diseño, en donde todos los días tenía que abrirse paso entre un reducido grupo de estudiantes, aprovechando para señalar en silencio, con el bastón, algún objeto molesto —un envoltorio de caramelo, una motocicleta estacionada, pero en marcha, junto a la acera. En cierta ocasión, el señor Webster y su comité entraron en la facultad para visitar a Richard Rowan en su despacho y expresarle su preocupación, en el sentido de que el frágil ecosistema humano del centro de Savannah tal vez no podría sobrevivir a la presencia de dos mil estudiantes. Al fin y al cabo, la población total del centro histórico no llegaba a los diez mil habitantes. Rowan comunicó al comité que se encargaría personalmente de hacer algo para solucionar los problemas de ruido ambiental, aunque no dejó pasar la ocasión y también les comunicó que recientemente había revisado sus objetivos, que no estaban en dos mil estudiantes, sino en cuatro mil.

Por molesta que pudiera ser la presencia de los estudiantes de arte y diseño para la paz y la tranquilidad de Savannah, no perjudicó en modo alguno la belleza física de la ciudad. La facultad restauró todos los edificios que fue adquiriendo con gusto y con autenticidad, y Savannah siguió recibiendo cumplidos y elogios de admiradores venidos a veces desde muy lejos. *Le Monde* calificaba a Savannah como «la plus belle des villes d’Amérique du Nord». El Fondo Nacional para la Preservación Histórica colocó todo un foco de adulación sobre la ciudad cuando concedió a Lee Adler su más alta distinción, el Premio Louise Crowninshield, por su aportación a la restauración de Savannah. Adler fue a Washington a recoger el premio, y a su regreso sus conciudadanos le recibieron tal como ya empezaba a ser costumbre: le felicitaron sentidamente por haber ganado otro premio más que añadir a sus ya dilatados honores, aunque en cuanto volvió la espalda lo denunciaron con acritud por arrogarse personal y exclusivamente todo el crédito de un trabajo que habían realizado entre todos.

Así como Savannah había ido acostumbrándose a recibir cumplidos por su buena

presencia, estaba poco o nada preparada para encajar la sorprendentemente mala noticia que le llegó desde la central del FBI, en Washington, y que resonó por el mundo entero. El año anterior, Savannah había alcanzado la tasa de homicidios per cápita más elevada de todos los Estados Unidos: 54 homicidios en un año o, dicho de otro modo, 22,6 homicidios por cada 100.000 habitantes. ¡Savannah se había convertido en la capital del asesinato en los Estados Unidos! El pasmado alcalde, John Rousakis, contempló las estadísticas y se quejó de que Savannah había sido víctima de un error de apreciación, toda vez que los datos estaban referidos a la tasa de homicidios en zonas metropolitanas. Al contrario que la mayor parte de las ciudades de su estilo, Savannah carecía de un vasto cinturón suburbial que hubiese diluido, con sus millares de ciudadanos sin problemas, semejante tasa de homicidios. Una vez circunscrita la tasa de homicidios a los verdaderos límites de la ciudad, Savannah ocupaba el decimoquinto lugar entre las ciudades de los Estados Unidos, lo cual seguía siendo sin embargo una preocupante distinción para una ciudad que ni siquiera figuraba entre las cien más grandes de la nación.

Habiéndose propuesto esclarecer este asunto, uno de los altos administrativos del ayuntamiento, Don Mendonsa, anunció que la tabulación de las cifras policiales demostraba que el homicidio y el crimen en general en Savannah «son un problema esencialmente negro». Casi la mitad de la población de Savannah era negra, dijo, pero el 91 por ciento de los asesinos eran negros, al tiempo que el 85 por ciento de las víctimas también lo eran. Prácticamente lo mismo podía decirse de las violaciones (89 por ciento de los violadores, 87 por ciento de las víctimas). El 94 por ciento de los robos y atracos a mano armada eran imputables a negros; el administrativo en cuestión no era racista, puesto que expresó una piadosa preocupación por las causas de fondo, como era el 12,1 de tasa de paro entre los negros por comparación con un 4,7 entre los blancos, así como otras disparidades semejantes al contabilizar las tasas de fracaso escolar, de embarazos en adolescentes, de madres solteras y de ingresos por unidad familiar.

Aunque las desigualdades raciales fueran en Savannah si acaso mayores que en otras ciudades del sur de la nación, los negros de Savannah mostraban una hostilidad sorprendentemente mínima hacia los blancos. Al menos en la superficie más visible, prevalecía un notable buen entendimiento cívico. Un negro que se cruzase con un desconocido blanco por la calle muy probablemente le saludaría con un gesto y le diría «Buen día», «¿Cómo va?» o un simple «Hey». De puertas afuera, poco parecía haber cambiado desde que William Makepeace Thackeray visitó Savannah en 1848 y la describió como una ciudad vieja y tranquila, de calles anchas y arboladas, con «unos cuantos negros felices de paseo por aquí y por allá». Thackeray no fue el único en darse cuenta de que los esclavos sonreían. W. H. Pierson escribió en *La bruja del agua*, en 1863, que «[Los esclavos] son, contra todo pronóstico, la gente que más feliz parece en la Confederación. Se dedican a cantar, mientras los blancos maldicen y rezan». Durante la época de la esclavitud, no pocos observadores consideraban que

la aparente animación de los esclavos era debida a que daban por sentado que en el más allá se invertirían las tornas: ellos serían los amos y los blancos serían sus esclavos. En la década de los sesenta, la lucha por los derechos civiles de los negros impuso una pasajera tensión en las relaciones entre ambos colectivos, aunque la integración fue en conjunto bastante pacífica. Desde entonces, el gobierno municipal de Savannah había estado sobre todo en manos de blancos moderados que daban la debida prioridad a las buenas relaciones con la comunidad negra. A resultas de todo ello, prevalecía la paz racial y los negros siguieron teniendo una orientación políticamente conservadora o, lo que es lo mismo, más bien pasiva. No existía un activismo negro visible en Savannah. Sin embargo, era evidente que bajo esa aparente complacencia, los negros de Savannah vivían con una angustia y una desesperación tan profundas, y que se expresaban con tal virulencia, que Savannah había pasado a ser la capital del homicidio en los Estados Unidos.

Si las preocupaciones espirituales, económicas, artísticas, arquitectónicas y relacionadas en definitiva con el mantenimiento de la ley y el orden en Savannah no fueran suficientes para mantener ajetreada a la ciudadanía, y olvidada de la situación en que se encontraba Jim Williams, habría que tener en consideración la abundancia de distracciones de tipo social. Por ejemplo, se hablaba de un enfriamiento entre los miembros del Club de Naipes de las Mujeres Casadas. Se habían abierto las candidaturas a nuevos miembros, pero la competencia por entrar en el Club había sido tan reñida que todas las candidatas habían recibido bola negra de cara a los dos años siguientes. En todo ese tiempo no se había admitido a una sola nueva miembro; por primera vez que se recordase, el número de miembros se había quedado por debajo de las dieciséis que prescribían los estatutos. El estancamiento de las actividades vivió una escalada con el susto que supuso un posible envenenamiento de la comida en una de las reuniones. Las damas ya se dirigían a sus casas a las seis en punto cuando descubrieron al gato de la anfitriona muerto en las escaleras de la entrada. Alguien recordó haber visto al gato terminar los restos de un relleno de cangrejo minutos antes. Las mujeres, de mutuo acuerdo, montaron en sus coches y se dirigieron todas a la vez y a gran velocidad al Candler Hospital para someterse al preceptivo lavado de estómago. A la mañana siguiente, el vecino de al lado se acercó a comunicar que lamentaba mucho haber atropellado al gato.

Ni la crisis de los miembros del Club de las Mujeres Casadas ni tampoco el susto del envenenamiento tuvieron la menor mención en la columna de ecos de sociedad del periódico. Fue más o menos entonces cuando se anunció que dicha columna dejaría de publicarse definitivamente. La columna, a decir verdad, nunca había sido más que un tenue recitado de las listas de invitados a los acontecimientos de buen tono, aunque su desaparición provocó una hosca reprimenda por parte de la principal gente de la alta sociedad, como fue la señora Vera Dutton Strong. En una carta al director del periódico, que fue una de las más largas que jamás se hubiesen publicado, la señora Strong expresó su «perpleja incredulidad» ante la finalización de

la columna, y tildó la cobertura social del periódico de «genuina desgracia para la comunidad». En este calificativo se escondía una dosis de ironía, ya que el tema de conversación social más tratado en aquella época era la pugna de férreas voluntades que se libraba en aquellos momentos entre la señora Strong y su rebelde hija, Dutton.

Vera Dutton Strong era una riquísima heredera de la fortuna de los Dutton, debida a la pulpa de madera. Hija única, era miembro de una de las familias más acaudaladas de Savannah. Su madre y su padre se vestían de ocasión para las cenas de diario, él de etiqueta, ella con traje largo. Durante toda su infancia había sido llamada «la Princesa», sobrenombre que en su caso parecía de lo más natural. Fue Debutante del Año; el día de su boda, llevó un vestido que era réplica exacta del que había vestido la reina Isabel II en la suya. A lo largo de los años, la señora Strong había demostrado ser una mujer de buen humor, de cálido corazón, de férrea voluntad. Era la fundadora de la Compañía de Ballet de Savannah, de la cual seguía siendo benefactora esencial. Todos los años, antes del baile del cotillón, las madres de la buena sociedad enviaban a sus hijas debutantes a casa de Vera Strong para que aprendieran a hacer reverencias como es debido. Natural de Savannah de la más pura cepa, la señora Strong nunca había estado en Europa. Pasaba de los cincuenta años cuando visitó Charleston por vez primera.

La hija de la señora Strong, Dutton, era una gran belleza con cara de ángel, pelirroja de larga melena, sin la menor inclinación por ser princesa o bailarina, asuntos en los cuales su madre había puesto todo su empeño. Dutton empezó muy obediente a dar clases de ballet a los cuatro años, y en seguida estuvo bailando con la compañía de ballet de su madre. La fiesta de debutante de Dutton fue la única que se celebró nunca en el museo Telfair; Vera Strong contrató a Peter Duchin y a su orquesta, y encargó una escultura de hielo de tres metros de altura que representaba la Torre Eiffel para subrayar el tema de «abril en París», que era el motivo dominante de la decoración de la fiesta. Hasta que Dutton no se marchó a la universidad no empezó a dar muestras de su indomable independencia. Empezó a saltarse las clases, dejó de bailar y finalmente dejó los estudios. Volvió a su casa, a Savannah, donde se pasó un año entero sin hacer nada de nada, aparte de batallar con su madre. «¡Nunca quise ser bailarina! —aullaba Dutton—. ¡Eres tú la que quería ser bailarina!». Pero la señora Strong no estaba dispuesta a consentir tal cosa. «¡Eso son bobadas! ¡A ti te encantaba bailar! Si no, nunca hubieras llegado a ser tan buena como eres». Después de una trifulca especialmente sonada, Dutton salió hecha un basilisco de la casa y se fue a vivir a un piso con una señora ya mayor, que había sido la criadora de perros de su madre. Dutton se cortó el pelo muy corto, empezó a llevar vaqueros en vez de falda, ganó bastante peso y dejó de pintarse los labios. Una tarde, sin previo aviso, fue a ver a su madre para anunciarle que por fin había decidido qué quería ser. Pensaba ingresar en la academia de policía y convertirse en una oficial del cuerpo de policía de Savannah.

Vera Strong se tomó la noticia con una calma fuera de lo común. «Si eso es lo que

de veras quieres ser —le dijo—, espero que sea todo lo que tú aspiras a ser y espero que te vaya bien». La señora Strong asistió con una sonrisa imperturbable a la ceremonia de graduación de su hija en la academia de policía. Era la misma sonrisa con que se la vio en Navidad, cuando su hija, la antigua debutante de postín y la bailarina con un gran futuro por delante, llegó con un traje reglamentario azul marino y un revólver del calibre 38 en la cadera, así como una lata de *spray* anti-agresiones y unas esposas colgadas del cinturón.

Negándose en redondo a reconocer su derrota, Vera Strong decidió contemplar la profesión elegida por su hija como un gesto de altruismo y dedicación a la comunidad, cívicamente ejemplar, y no como una traición a la herencia de la familia. En primavera, llamó al Oglethorpe Club para reservar una mesa para cenar en Pascua, insistiendo cuando habló con el encargado en señalar que Dutton entraba de servicio inmediatamente después, y que por lo tanto iría vestida de uniforme. Al percibir la crisis del protocolo que podía producirse, el encargado le comunicó que debía comentarlo con el director del club. Diez minutos después la volvió a llamar para pedirle disculpas: la norma según la cual las mujeres no podían vestir pantalones en el club nunca se había quebrantado, y el director no se atrevió a hacerlo en esta ocasión. La señora Strong puso en solfa al encargado, al director y al consejo rector del Oglethorpe Club como sólo ella podía hacerlo. Colgó de un golpe y reservó mesa en el Chatham Club, tal vez menos exclusivo, pero desde luego más contemporizador.

El *Savannah Morning News* resultó más tratable que el Oglethorpe Club. Aguijoneados por los fuertes vituperios de la carta al director remitida por la señora Strong, la dirección del periódico decidió no poner punto final a la columna de ecos de sociedad. Comprensiblemente, la columna nunca hizo la menor referencia a la bailarina pelirroja y a su asombroso salto al cuerpo policial, ni tampoco al desasosiego que causaba a su madre.

Mientras todo esto estaba en liza, la controversia en torno a Joe Odom y a Hamilton-Turner House siguió también ventilándose sin llegar a conclusión ninguna. Poco después de que Joe crease la no lucrativa «Fundación del Museo Hamilton-Turner House» para escudar su negocio turístico ilegal, sus vecinos contraatacaron al sostener ante el Departamento de Inspecciones que, lucrativa o no lucrativa, Hamilton-Turner House se hallaba a menos de cien metros de una escuela, por lo cual era ilegal que Joe vendiese licores en los almuerzos y las cenas que daba a sus clientes. Pero eso a Joe no le importaba lo más mínimo. «Según la ley, no puedo vender licores —comentó—. Pero la ley no dice nada sobre el hecho de que no pueda servir licores si quiero». En la zona gris que se hallaba entre vender y servir a sus clientes, Joe siguió haciendo lo de siempre, que era lo que le daba dinero.

El licor desempeñó un papel importante en un pequeño drama en el que se vio envuelta Serena Dawes. Serena y Luther Driggers se habían separado, y a Serena le había dado la ventolera de recorrer los muelles muy entrada la noche, en un desesperado intento por ligar con marineros griegos. Una noche, la policía descubrió

que su coche circulaba erráticamente por River Street, de modo que la detuvo. Serena decidió posar de mujer ante todo elegante, toda una hazaña si se tiene en cuenta que iba vestida solamente con un corto camisón y con unas chinelas de peluche de conejo. Parpadeó abundantemente, luciendo sus largas pestañas, y repuso con toda dulzura que había salido solamente a dar una vuelta en su auto y que se había perdido sin darse cuenta. Cuando los policías la llevaron a la cárcel del condado, detenida por conducir en estado de manifiesta embriaguez, se puso a gritar e intentó arañarles en la cara, pero en seguida se controló y decidió darles las gracias por haber acudido en su auxilio. Mencionó que su «suegrecito» había sido embajador en la corte de Saint James, más que nada para que se enterasen de que estaban tratando con una mujer de auténtica talla y calidad. Una hora después, Luther Driggers acudió a pagar la fianza para que Serena quedase en libertad, pero Serena para entonces se había hartado de fingir. Una gruesa negra, la funcionaria de prisiones que había incautado el bolso de Serena y lo había registrado, se lo devolvió.

—Quédeselo —dijo la funcionaria—. Está limpio.

—No, ya no está limpio para nada —le cortó Serena, arrebatando el bolso de manos de la mujer—. Y si vuelvo a pillarle poniendo sus sucias manos en algo de mi pertenencia, le juro que le pongo las bragas de collar.

Ésas eran, a grandes rasgos, las cuestiones de mayor interés público en Savannah, la ciudad que *Le Monde* había denominado «la plus belle des villes» de toda Norteamérica. Por bella que fuera, seguía estando sumamente aislada del resto del mundo y, por ello, pecaba de un claro exceso de confianza en sí misma. La policía había hecho circular hacía poco una advertencia sobre un par de truhanes que estaban pagando con cheques sin fondos de una empresa inexistente. Los dos estafadores habían dado una justa oportunidad a sus víctimas, al bautizar su falsa empresa con el nombre de «Vuelos nocturnos». Sin embargo, docenas de comerciantes de Savannah se habían tragado el anzuelo. Más o menos al mismo tiempo, salió a la luz que el funcionario encargado de recaudar el dinero de las fianzas del juzgado había aprovechado la circunstancia para meter mano en la caja. Dicho de otro modo, la vida seguía igual. En Savannah quedaban cuestiones comunitarias de relevancia por resolver, como, por ejemplo, ¿era necesaria la construcción de un segundo centro comercial? ¿Había arruinado el señor Charles Hall la armonía de Whitfield Square al pintar su casa de todos los matices que iban del púrpura al fucsia? De ser así, ¿tenía el municipio el derecho a obligarle a que la volviera a pintar en tonos más aceptables?

Y así, un día de junio todas estas cuestiones quedaron al margen al recibirse la noticia de que el Tribunal Supremo del Estado de Georgia había vuelto a decretar la nulidad de la condena por asesinato en primer grado de Jim Williams.

El tribunal citó dos razones para revocar la condena. En primer lugar, decretaba que el juez Oliver de ninguna manera debiera haber permitido que un detective de la policía de Savannah testificara como «experto» de la acusación sobre determinadas pruebas que los miembros del jurado eran en teoría sobradamente competentes para

evaluar por sí solos —la sangre corrida sobre la mano de Danny Hansford, la silla sobre la pernera de los pantalones, los fragmentos de papel sobre el arma... En segundo lugar, el supremo culpaba a Spencer Lawton por haber esperado hasta el momento de exponer las conclusiones para demostrar que el gatillo del arma de Hansford era bien fácil de accionar, en vez de difícil, como sostenía la defensa. Efectivamente, según dictamen del supremo, la demostración de Lawton introducía nuevas pruebas que debieran haber sido expuestas durante el juicio en sí mismo, momento en el cual la defensa podría haber dado la respuesta que estimara conveniente.

Williams tuvo suerte. La revocación fue una decisión tomada por un margen de 4 a 3. Los tres miembros del Supremo que votaron en contra sostuvieron que los errores habían sido reales, desde luego, pero inofensivos. Pero ya nada importaba. Dado que el Supremo tampoco decretó la inocencia de Williams —tan sólo habían revocado el veredicto—, tenía que responder aún a la acusación de asesinato. Sería juzgado por tercera vez en la sala presidida por el juez Oliver, y un tercer jurado tendría que emitir su veredicto.

Williams salió de la cárcel del condado de Chatham algo más delgado que antes, con las sienas más plateadas y con una palidez fantasmal, por haber pasado casi dos años a la sombra. A la luz del sol entornaba los ojos para protegerse. Cuando caminaba en compañía de *Sonny* Seiler hacia un coche aparcado a la entrada de la prisión, los siguieron un reducido grupo de reporteros y de cámaras de televisión, haciéndoles preguntas.

¿Pensaba Williams que sería declarado inocente en un tercer juicio?

—Sí, por supuesto —respondió.

¿Cuál iba a ser el factor decisivo?

—El dinero —dijo—. Mi caso es cuestión de dinero desde el primer momento. El fiscal del distrito gasta los dineros del contribuyente y yo gasto el mío propio: quinientos mil dólares hasta la fecha. El sistema de justicia criminal funciona de esa manera, por si usted no se había dado cuenta. De no haber estado en condiciones de pagar a los abogados y a los expertos, con sus gastos interminables, piense que aún estaría en la cárcel. Hasta la fecha he podido estar a la par de la fiscalía, dólar a dólar, envite por envite.

A medida que se acercaba al coche, Williams miró al otro lado de Montgomery Street y vio a una vieja negra en la parada del autobús, que miraba hacia él con unas gafas de color púrpura. Williams la miró de frente por un instante y sonrió. Luego se volvió a los reporteros.

—Bueno, quizás no debiera haber dicho... «envite por envite». Tal como siempre he dicho, hay fuerzas que obran a mi favor, fuerzas de las que el fiscal del distrito no tiene la menor idea.

¿Y qué fuerzas podrían ser ésas?

—Puede incluirlas bajo el epígrafe de... misceláneas —dijo.

En cuestión de minutos, Williams estaba de vuelta en Mercer House, de vuelta en la primera plana de las noticias, de vuelta en la mente de los espectadores de las noticias, tanto si a éstos les gustaba como si no.

OTRA HISTORIA

Con un tercer juicio en puertas, el caso de Jim Williams se aproximaba a la condición de hito en la historia judicial de la nación y empezaba a suscitar atención más allá de Savannah. El aire de cínico desapego que mostraba Williams añadía la sal y la pimienta a la cobertura de los medios de comunicación, cada vez mayor. La revista *Us* («El escándalo que conmovería a Savannah») describió a Williams como una persona con un «semblante como el de Von Bülow». Los editores del documental fotográfico *Un día en la vida de América* enviaron a un fotógrafo a Savannah con la misión de obtener un retrato de Williams como muestra de la decadencia sureña. El fotógrafo, Gerd Ludwig, emplazó sus focos y sus cámaras en Mercer House.

—Estuvo aquí el día entero —dijo Williams después—, haciendo todo lo posible para captar mi «decadencia» en la película fotográfica. Supongo que podría habérselo puesto más fácil; podría haber posado con la última reliquia histórica que he adquirido, la daga que empleó el príncipe Yusupov cuando asesinó a Rasputín. Habría estado pero que muy bien, ¿no cree? Yusupov le cortó a Rasputin la polla y las pelotas con esa daga.

Williams se tomó un muy escaso interés por los aspectos legales de su juicio venidero; al contrario, se ajetreó lo indecible en el aspecto «misceláneo» del asunto, lo cual equivale a decir que jugó a los dados psíquicos sin cesar y que permitió a Minerva convertirse en una presencia incesante en Mercer House. Minerva llevó a cabo los rituales que creyó necesarios para anular una maldición de la casa, por si acaso existiera una, y además hechizó a su manera a las personas que Williams pensaba que pudieran quizás desearle el mal. Por pura casualidad, tuve ocasión de verla en plena ceremonia. Era una tarde de marzo; la «Gira de las casas» estaba en su apogeo. Como de costumbre, Williams se había negado a abrir Mercer House al público, aunque Lee y Emma Adler sí habían abierto encantados de la vida las puertas de su casa. Williams estaba de pie ante la ventana del cuarto de estar, fumando un cigarro puro y haciendo ácidos comentarios al tiempo que veía a los visitantes en fila ante las escaleras de los Adler. Me hizo un gesto para que me acercase a la ventana. Dos parejas bien trajeadas subían las escaleras de casa de los Adler; Minerva iba detrás de ellos, con su ya inseparable bolsa de plástico. En lo alto de las escaleras hizo una pausa mientras los demás entraban; luego, tras mirar en todas direcciones, metió la mano en la bolsa y arrojó lo que parecía ser un puñado de tierra al jardín que quedaba abajo. Arrojó otro puñado sobre las escaleras. Williams se echó a reír.

—¿Qué era eso? ¿Tierra de cementerio?

—¿Qué si no? —repuso.

—¿Tomada de un cementerio a medianoche?

—¿De dónde si no?

Minerva entró en casa de los Adler.

—¿Qué demonios está haciendo ahí?

—Sus conjuros de costumbre, digo yo. Ya sabe: ramas, hojas secas, plumas, polvos exóticos, huesos de pollo —dijo Williams—. Le comenté que Adler es el que controla al fiscal del distrito, y con eso le bastó. Minerva ha sido una bruja muy ajetreada últimamente. Ha estado varias veces en Vernonburg para ocuparse de la casa de Spencer Lawton, y ayer le hizo una visita al juez Oliver, en su casa de campo de Tybee. Ha echado tierra de cementerio en algunas de las mejores casas de Savannah, Dios la bendiga.

Mientras Williams se contentaba con estas manipulaciones místicas, *Sonny Seiler* organizaba una vigorosa campaña legal para fortalecer la posición de la defensa. Intentó suprimir la presentación de las pruebas físicas halladas en Mercer House la noche del tiroteo, basándose en que la policía no tenía una autorización de registro. La moción fue sin embargo denegada por el Tribunal Supremo del Estado de Georgia. Su petición de cambio de partido judicial fue asimismo rechazada. A medida que se aproximaba la fecha del juicio, Seiler se encontró con que esencialmente iba a sostener la misma estrategia de defensa que llevó a cabo en el segundo juicio. Esta vez no iba a secuestrar al jurado, lo cual podría haber mejorado levemente la situación, ya que carecía de nuevas pruebas y de nuevos testigos. Se había decidido en contra de utilizar a los dos chaperos amigos de Hansford, y también prescindió de sus relatos sobre los planes que hizo Hansford para matar o malherir a Williams, temeroso de que el tiro pudiera salirle por la culata; además, la propensión de Hansford a la violencia había quedado sobradamente demostrada por medio de otros testigos. En cualquier caso, la cuestión más problemática seguía siendo la total ausencia de residuo de pólvora en la mano de Danny Hansford. Esa prueba había resultado ser decisiva contra Williams en ambos juicios, a pesar de todo lo hecho por la defensa para explicar dicha ausencia. El experto citado por Seiler, el doctor Irving Stone, había testificado sobre el ángulo descendente del arma, añadiendo que la sangre de la mano de Hansford y el retraso de las doce horas que transcurrieron hasta que la policía tomó muestras, forzosamente tuvieron que disminuir el residuo de las manos de Hansford al menos en un 70 por ciento. Era improbable, sin embargo, que el 30 por ciento restante hubiera sido limpiado accidentalmente en el camino al hospital, ya que la policía había adoptado el procedimiento de rutina, según el cual envolvieron las manos de Hansford en bolsas de plástico fijas con cinta adhesiva antes de transportar su cuerpo. Seiler telefoneó al doctor Stone una vez más para preguntarle si existía alguna forma de explicar la lectura cero de residuo de pólvora. «No —contestó el doctor Stone—. No, al menos con la información de que dispongo».

Además del problema del residuo de pólvora, Seiler empezaba a estar realmente preocupado por el testimonio del propio Williams. Habían pasado casi cuatro años

desde que declaró por última vez, y a Seiler le preocupaba que pudiera confundirse en algunos de los detalles menores del caso, llegando a contradecir lo afirmado en aquella ocasión. Quince días antes de que empezase el juicio, insistió en que Williams se sentara a repasar su primera declaración. Cualquier desviación en su relato, por mínima que fuera, daría a Lawton una ocasión de lanzarse como un buitre sobre su credibilidad. Seiler dijo a Williams que le llevaría las transcripciones a Mercer House el sábado por la tarde, para repasar juntos el sumario. El sábado por la mañana, Williams me llamó para invitarme a estar presente en el repaso.

—Venga con media hora de antelación —me dijo Williams—. Quiero decirle algo importante.

En el momento en que me abrió la puerta, me di cuenta de que Williams ya sabía que lo tenía todo en contra. Se había afeitado el bigote. Seiler había procurado convencerle de que se lo afeitara ya en el segundo juicio, remachándole que de ese modo tendría un aspecto menos imponente, pero Williams se había negado. Ahora, Williams estaba al parecer dispuesto a hacer lo que fuera para congraciarse con el jurado.

Fue directo al grano.

—Esto es algo que *Sonny* aún no sabe, pero pienso cambiar mi versión de los hechos. Voy a decir qué es lo que pasó realmente aquella noche, porque es la única posibilidad que tengo de salir con bien.

No hice ningún comentario. Williams respiró hondo y dio comienzo a su relato.

—La velada comenzó tal y como siempre he dicho que comenzó. Danny y yo fuimos a un autocine. Él estuvo bebiendo *bourbon* y fumando maría. Volvimos a la casa; él empezó la discusión, dio una patada a la consola de videojuegos Atari, me agarró por el cuello y me empujó contra la jamba de la puerta. Todo eso es verdad. Luego me siguió a mi estudio, como he dicho anteriormente. Llamamos a Joe Goodman. Inmediatamente después, Danny tomó la jarrita de plata y dijo: «No sé qué me da que esta jarrita de plata ha decidido que quiere ir volando contra aquel cuadro de allí enfrente». Le dije que se largase con viento fresco. Se dirigió al vestíbulo, oí el ruido de los estropicios y volvió con la Luger en la mano. Fue entonces cuando dijo: «Yo me marchó mañana, pero tú te marchas esta noche». Levantó el arma y accionó el gatillo. Todo eso es cierto, como siempre he referido, pero es aquí donde hay que tener en cuenta una sustancial diferencia: *la pistola tenía puesto el pestillo de seguridad*. ¡Cuando Danny apretó el gatillo no pasó nada! No disparó una sola bala; no me pasó silbando junto al brazo ninguna bala. Danny bajó el arma y se entretuvo en quitar el pestillo y se le cayó una bala al suelo; eso me dio tiempo de meter la mano en el cajón, sacar mi arma y disparar contra él. Disparé tres veces. Bam, bam, bam. Cayó muerto en el acto, pero sin haber disparado un solo tiro. Y entonces me dije: «Maldita sea, ¿qué he hecho?». Di la vuelta al escritorio, tomé su arma, disparé dos veces contra el sitio donde yo estaba sentado y dejé caer el arma al suelo. Presa del pánico, no se me ocurrió qué otra cosa podía hacer.

Una vez dicho todo esto, Williams parecía haberse quedado extrañamente satisfecho.

—Ya lo ve, así se explica por qué no había residuo de pólvora en las manos de Danny.

Me estudió con atención, calibrando mi reacción ante este nuevo relato.

Me pregunté si mi expresión delataría el asombro que me invadía.

—La policía y mi abogado, Bob Duffy, llegaron a la casa al mismo tiempo —prosiguió—. Los conduje al estudio y les dije que Danny había disparado contra mí, que había fallado y que fue entonces cuando yo lo alcancé. Tuve la sensación de que sólo iba a empeorar las cosas al aferrarme a esa versión manipulada de los hechos, pero no pensé que tuviese elección. Ahora que ya he sido condenado dos veces, he decidido finalmente contar las cosas tal como sucedieron. Cuando lo haga, la acusación de Spencer Lawton se hará añicos. Y yo seré definitivamente exculpado.

—No estoy muy seguro de haber entendido en qué se basa su suposición —dije.

—Es sencillo, porque eso lo explica todo: la ausencia de pólvora en la mano de Danny, la bala en el suelo, los fragmentos de papel sobre el arma. ¡Todo encaja perfectamente!

Tuve la impresión de que Williams me estaba utilizando para lanzar un globo sonda en el juicio. Su nuevo relato encajaba con las pruebas disponibles perfectamente, pero resultaba demasiado limpio, demasiado conveniente. Y, sobre todo, llegaba demasiado tarde para beneficiarle.

—Si da esa versión de los hechos —dije procurando no parecer muy beligerante—, estará reconociendo que durante todos estos años ha cometido perjurio.

—Sí, está claro —dijo—. ¿Y qué?

Era patente que Williams no tenía ningunas ganas de que nadie le disuadiera, ni menos aún que le rebatiese su planteamiento. Por eso no le dije que, en mi opinión, su nueva historia sonaría como música celestial a oídos de Spencer Lawton. Tampoco le comenté que si reconocía haber hecho él todos los disparos, cualquier jurado, por más favorable que fuese a su causa, llegaría a la fácil conclusión de que en toda la noche Hansford jamás llegó a tener un arma en la mano.

—¿No le ha contado nada a *Sonny Seiler*? —le pregunté.

—Tengo la intención de contárselo en cuanto llegue —contestó.

Perfecto; que *Sonny Seiler* se ocupase de la novedad. Al fin y al cabo, no era asunto mío aconsejar a Williams sobre lo que debía o no debía hacer. Cambié de conversación para tratar de temas más inocuos mientras esperábamos al abogado. Le dije a Williams que sin bigote tenía un aire más benigno. Al jurado le agradaría. Miré por la ventana, con la esperanza de ver llegar a Seiler, y me fijé en que Minerva estaba sentada en uno de los bancos de la plaza.

—¿Está lanzando un hechizo sobre alguien?

—Es probable —dijo Williams—. Le pago veinticinco dólares al día, y he aprendido que es mejor no hacer preguntas a Minerva.

Seiler llegó en breve, acompañado por su secretaria y por los dos abogados que le iban a ayudar en el caso, Don Samuel y David Botts. Seiler venía sin resuello.

—Tenemos muchísimo que hacer esta tarde —dijo—, así que más vale que empecemos cuanto antes.

Nos reunimos en el estudio. Williams tomó asiento ante su escritorio, y Seiler se plantó en el centro de la estancia. Llevaba un *blazer* azul marino y una corbata a franjas rojas, blancas y negras, con el emblema del bulldog de Georgia. Sentí una momentánea compasión por él; su defensa se iba a caer a pedazos. Y estaba rebosante de energía, impaciente por empezar.

—Veamos, Jim —dijo—. Afrontamos este juicio con algunos problemas graves, y no quisiera dar a Lawton la menor ocasión de liarte en un careo. Si subes a declarar y dices que parpadeaste dos veces antes de disparar contra Hansford, seguro que dirá: «Pero señor Williams, ¿no declaró usted anteriormente que había parpadeado tres veces?». Tenemos que andarnos con mucho tiento.

—*Sonny* —dijo Williams—, antes de entrar en todo eso hay una cosa que quiero decirte. Se trata de mi testimonio.

—Muy bien, muy bien, pero espera un momento —dijo Seiler—. Antes quiero repasar en qué punto nos encontramos. Uno: no hemos conseguido que se autorice el cambio de partido judicial. Dos: nuestra moción por la supresión de las pruebas ha sido denegada. Tres: lo hemos pasado literalmente fatal intentando resolver la maldita prueba del residuo de pólvora.

—Todo eso ya lo sé, *Sonny* —dijo Williams—. Y lo que quiero decirte incide directamente sobre esa cuestión.

—Escúchame primero, déjame terminar. Luego ya dirás lo que quieras decir.

Exasperado, Williams se arrellanó en su sillón con los brazos cruzados. Seiler siguió a lo suyo.

—Hace un par de semanas, el doctor Stone me dijo que no podía explicar de ninguna manera cómo pudo haber disparado Danny una pistola y no tener nada de pólvora en las manos. Sin embargo, me dio una sugerencia. «¿Por qué no vuelve a Candler Hospital, a ver si consigue averiguar qué hicieron con el cadáver de Hansford antes de tomar las muestras de las manos para ver si había pólvora? A lo mejor saca algo en claro, nunca se sabe». Dijo que cuanto más se mueve un cadáver, cuanto más se toca, más probabilidades hay de que la pólvora sea limpiada por pura inadvertencia.

»Ayer mismo estuve en el hospital y pedí el archivo del caso Hansford. Me dieron el informe de la autopsia. Nada nuevo, claro está. Hemos tenido copia de ese informe en todo momento. En cambio, el original tenía una hoja inicial que no habíamos visto nunca. Era la hoja verde de admisión del hospital, cumplimentada por la enfermera que estaba al cargo de la sala de urgencias. Marilyn Case, se llamaba. Y había escrito una nota en esa hoja: “Manos envueltas bilateralmente en el Departamento de Urgencias”. Me picó lógicamente la curiosidad, de modo que la llamé para que me lo

explicase. Me dijo que con esa nota quiso decir que ella misma había colocado las bolsas en las manos de Danny, para que la pólvora no se limpiara por descuido; el forense la había llamado expresamente para indicarle que lo hiciera. “¡Un momento! —le dije—. La policía afirma que ellos colocaron las bolsas en las manos de Hansford cuando aún estaba en Mercer House. ¿Quiere decir que cuando llegó a la sala de urgencias, Hansford no tenía las manos envueltas en las bolsas preceptivas?”. Me contestó que sí, que estaba absolutamente segura de haberle envuelto ella misma las manos.

Seiler estaba resplandeciente.

—¿Entiendes lo que esto significa? —dijo—. Significa que la policía no envolvió nunca las manos de Hansford. Han mentido desde el primer momento. ¡Se les olvidó envolver las manos! Envolvieron a Hansford en una manta, lo colocaron sobre una camilla, lo llevaron a una ambulancia, lo trasladaron al hospital con las manos en todo momento desprotegidas, frotándose contra la camisa, los vaqueros, la manta... y *así desapareció todo el rastro de pólvora que pudiera haber en las manos*. Llamé al doctor Stone para explicarle lo que había descubierto, y me dijo que era un hallazgo fenomenal.

Seiler sacó una copia de la hoja de admisión.

—¡Ahí lo tienes, entrenador! —dijo—. La sentencia de muerte del preciado test del residuo de pólvora, al que se ha agarrado Spencer Lawton como a un clavo ardiendo. En esa prueba han basado toda la acusación, maldita sea, y ahora les vamos a meter un gol por toda la escuadra. Pero aún es peor de lo que parece, porque Lawton incumplió su obligación de darnos copia de esta hoja de admisión con el informe de la autopsia. Lo hemos vuelto a pillar ocultando pruebas. Le va a dar un telele cuando soltemos esto en la sala, ¿eh?

Seiler dejó el papel en su maletín y lo cerró sonoramente.

—Venga, Jim —le dijo—. Tu turno.

Williams estaba sentado con la barbilla apoyada en la mano. Me miró de reojo, se atusó las cejas y miró a Seiler.

—No importa, *Sonny* —le dijo—. No tenía ninguna importancia.

Aquella tarde me fui de Mercer House con la incómoda sensación de saber más de lo que en realidad quería saber. A medianoche me acerqué a Sweet Georgia Brown's y me senté junto al piano, al lado de Joe.

—Tengo que hacerte una consulta sobre un asunto legal —le dije.

—Ya sabía yo que te ibas a meter en problemas por escribir ese libro —dijo Joe—. Pero también te dije que para eso estoy yo aquí.

—Es una cuestión puramente hipotética —dije—. Supongamos que una persona innominada, un ciudadano recto y honrado, de los que sólo se ocupan de sus asuntos, por casualidad tiene acceso a una información encubierta que parece esencial en un

caso criminal que está a punto de juzgarse. Se trata de una información secreta, pero que contradice un testimonio prestado bajo juramento. Esa persona... ¿se convertiría en un cómplice si no dijera nada de lo que ha tenido ocasión de saber?

Joe me miró de frente y sonrió, sin dejar de tocar el piano.

—¿No me estarás diciendo que por fin te ha contado Jim Williams una de las muchas versiones alternativas sobre cómo asesinó a Danny Hansford, verdad que no?

—¿Quién ha dicho nada sobre Jim Williams?

—Ah, es verdad —dijo Joe—. Estábamos hablando en términos puramente hipotéticos, ¿no es eso? Bien, pues de acuerdo con la ley, esa «persona innominada», como tú dices, no está obligada a divulgar esa información secreta que, por cierto, si se trata de lo que yo creo, de secreta no tiene lo que se dice nada. Vaya, vaya. Ya me empezaba a preguntar cuánto tiempo iba a hacerle falta a un escritor de Nueva York para averiguar algo que la mitad de Savannah ya sabe.

Mientras Joe me hablaba, un policía y una policía se acercaron torpemente al piano.

—¿El señor Joe Odom? —dijo el policía.

—Ése soy yo —dijo Joe.

—Tenemos orden de proceder a su arresto.

—¿De veras? ¿Y de qué se me acusa? —Joe siguió tocando.

—De hacer caso omiso del código de circulación viaria —dijo la policía—. Somos de Thunderbolt. Tiene usted seis multas pendientes, todas ellas por exceso de velocidad, y una más por doblar en redondo en un lugar en donde no está permitida esa maniobra.

—¿Ninguna acusación por cheques sin fondos? —preguntó Joe.

—No, nada más que por exceso de velocidad y por maniobra incorrecta —dijo la mujer.

—Vaya, pues qué alivio.

—Tenemos que llevarlo a Thunderbolt en el coche celular —dijo el policía—. Cuando lo hayamos fichado y haya hecho el pago de doscientos dólares, puede considerarse libre de ir a donde quiera.

—Me parece muy justo —dijo Joe—, pero me sentiría enormemente agradecido si pudieran esperarme mientras termino un par de tareas pendientes. Verá, estaba dando aquí, a mi amigo, un consejo legal sobre un asunto importante. Además... —se inclinó para acercarse a los policías y bajó el tono de voz—. ¿Ven a esa pareja de ancianos que están junto a la máquina de hielo? ¿Sí? Pues han venido en coche desde Swainsboro para celebrar su sexagésimo aniversario de boda, y me han pedido que toque un popurrí de sus canciones preferidas. Estaba a mitad de la ejecución cuando llegaron ustedes, pero no tardaré más de diez minutos en terminar ambos asuntos, si es que me lo pueden permitir.

La policía murmuró que por ellos no había ningún problema, y tomaron asiento cerca de la puerta. Joe ordenó al camarero que les sirviera unas coca-colas y se volvió

hacia mí.

—Bien, sigamos con esta información secreta que no es tan secreta —dijo—. Yo le diría a esa «persona innominada», en el supuesto de que le interesara, que en todas las versiones de Jim Williams acerca del modo en que disparó contra Danny Hansford existen una serie de puntos perfectamente coherentes. El tiroteo se produjo en el transcurso de una acalorada discusión y en alas de la indignación y quizás el miedo suscitados por la situación vivida en ese momento. No fue un asesinato premeditado, eso es obvio. La víctima, además, fue un chaval descontrolado, borracho, drogadicto, con un largo historial de violencia a sus espaldas, y el acusado era un hombre de edad, asustado, indignado, nada violento, sin el menor antecedente penal. Está claro que se trata de una situación de homicidio involuntario, pero no de asesinato en primer grado. Y en el estado de Georgia, la condena por homicidio involuntario habitualmente entraña una pena de cinco a diez años de prisión, de los cuales es preciso cumplir dos en la cárcel. Jim ya ha pasado dos años internado en prisión.

—Sí, supongo que se puede ver de ese modo —dije—, siempre y cuando uno quiera verlo de ese modo.

—En todo caso, ésa es mi respuesta a tu pregunta sobre la «cuestión legal».

—Gracias —le dije.

—Ahora, je, je, habrá que resolver la cuestión de mis emolumentos... Estaba pensando que puedo renunciar a ellos a cambio de un pequeño favor. Todo lo que tienes que hacer es seguir a un determinado coche celular hasta Thunderbolt, ya sabes que se tarda unos minutos, y volver después con cierto abogado y delincuente para traerlo a la ciudad.

—Trato hecho —dije.

Joe terminó el popurrí con un gesto previamente ensayado. Se acercó a la barra y, aprovechando que Mandy miraba a otra parte, sacó doscientos dólares de la caja registradora. Después se detuvo a presentar sus respetos a la pareja de Swainsboro. La mujer llevaba un grueso ramillete de rosas prendido sobre el pecho.

—Oh, Joe —le dijo—, ha sido tan encantador... ¡Muchísimas gracias!

Su marido se levantó y estrechó efusivamente la mano de Joe.

—Sólo son las doce, Joe. ¿Cómo es que te marchas tan temprano? Joe se alisó las solapas del esmoquin y se enderezó la pajarita.

—Me acaban de informar de que sale una comitiva oficial camino de Thunderbolt, y me han invitado a ir en el coche principal.

—¡Dios mío! —dijo la mujer—. ¡Qué gran honor!

—Sí, señora —dijo Joe—. Supongo que se puede ver de ese modo, siempre y cuando uno quiera verlo de ese modo.

EL NÚMERO DE LA SUERTE

Blanche Williams entró en el comedor y tomó asiento a la mesa, disponiéndose a almorzar.

—El gato no come —dijo.

Jim Williams levantó la mirada del catálogo de subastas de Sotheby's que se había llevado a la mesa. Miró al gato, que estaba inmóvil en el umbral de la puerta, y volvió a concentrarse en el catálogo.

La señora Williams desplegó la servilleta y se la colocó sobre el regazo.

—Es lo mismo que la última vez —dijo—. El gato tampoco quiso comer entonces, igual que la vez anterior. Pasa lo mismo siempre que volvemos del juzgado a esperar a que el jurado tome su decisión. Se niega a comer.

La hermana de Williams, Dorothy Kingery, miró el reloj.

—Es la una y media —dijo—. Ya llevan más de tres horas reunidos; supongo que ahora deben de estar almorzando. Me pregunto si se tomarán un descanso, o si seguirán deliberando mientras comen.

Williams levantó de nuevo la mirada del catálogo.

—Escuchad esto —dijo—. Cuando Catalina de Braganza, la infanta de Portugal, llegó a Inglaterra en 1662 para contraer matrimonio con Carlos II, llevó consigo la dote más inmensa que nunca se hubiese visto. Parte de la dote era el puerto de Bombay, en la India... —se echó a reír—. ¡Ésas son las princesas que a mí me gustan!

—Es la tercera vez que lo hace —dijo—. Es la tercera vez que deja la comida sin tocar...

Dorothy Kingery miró el sándwich que tenía en el plato.

—Sonny dice que llamará del juzgado en cuanto haya noticias. Espero que oigamos el teléfono desde aquí.

—No sé cómo lo sabe —musitó la señora Williams—, pero siempre lo sabe...

Jim Williams cerró de repente el catálogo de la subasta y se puso en pie.

—¡Tengo una idea! —dijo—. Almorzaremos en los platos del cargamento de Nankin. Seguro que nos trae buena suerte.

Sacó varios platos de porcelana azul y blanca del aparador y se los pasó a las dos. Su madre y su hermana cambiaron los sándwiches de plato; los platos azules y blancos que había sacado del aparador formaron parte de un inmenso cargamento de porcelana china que se había perdido en el mar de la China en 1752, y que fue recuperado en 1983. Williams había adquirido varias docenas de platos, tazas y cuencos en una subasta de Christie's que tuvo una enorme publicidad, y la adquisición había llegado a Mercer House pocas semanas antes.

—Estos platos han pasado doscientos treinta años en el fondo del mar —dijo—, pero siguen siendo nuevos. Cuando los encontraron, aún estaban en las cajas de embalaje de la fábrica. Están para estrenar; nadie los ha utilizado nunca. Somos los

primeros que comemos en ellos. Curiosa forma de preservarlos, ¿no?

La señora Williams tomó el sándwich y miró el plato.

—Ya, pero a un gato no hay quien lo engañe —dijo.

Quince días antes, el día en que comenzaba el tercer juicio de Williams, el resultado parecía una conclusión anunciada, hasta el punto de que el *Savannah Morning News* lo anunciaba en un fatigoso titular: WILLIAMS AFRONTA UNA TERCERA CONDENA POR ASESINATO. El jurado, compuesto por nueve mujeres y tres hombres, parecía predispuesto a emitir una tercera condena idéntica a las anteriores; todos ellos, tras estar sometidos a seis años de publicidad implacable, reconocieron que estaban al tanto de lo ocurrido, y que sabían que dos jurados habían decretado previamente la culpabilidad de Williams. La tensión y el suspense de los dos primeros juicios había dado paso a una sensación general de penosa inexorabilidad. Las cámaras de televisión volvían a estar apostadas a la entrada del juzgado, pero esta vez los bancos del público sólo estaban llenos hasta la mitad. Prentiss Crowe declaró que esta vez no se iba a tomar la molestia de leer las informaciones de prensa, que todo empezaba a ser un soberano aburrimiento. «Vuelve a ser la misma vieja historia de siempre —dijo—. Se parece a las reposiciones de *I Love Lucy*».

El pelmazo de los juzgados se encontraba entre los que asistieron al juicio. Tomó asiento con un brazo colgado del respaldo, como si así pudiera impedir caerse del todo al suelo. Como de costumbre, era un oráculo de la sabiduría y los rumores que corrían en el juzgado.

—Que Jim Williams sea culpable o inocente es algo que ha dejado de interesar —dijo—. Aquí, lo que está realmente en juego es la incompetencia de Spencer Lawton. Lo único que todo el mundo se pregunta es hasta cuándo seguirá jodiendo la marrana Spencer Lawton. Lo que pasa es que este asunto empieza a parecerse a una pésima corrida de toros. Lawton es el torero que no consigue rematar al toro. Ya ha entrado a matar dos veces, pero el toro sigue en pie, y los espectadores empiezan a ponerse inquietos. Lawton está rozando el mayor de los ridículos que se recuerdan en un juzgado.

La acusación inició el juicio con su ya sobradamente conocido repertorio de testigos: la fotógrafa de la policía, los oficiales que estuvieron en Mercer House la noche de los hechos, los técnicos de laboratorio. Todos y cada uno de ellos respondieron a las preguntas de Lawton y fueron después sometidos a careo por parte de *Sonny Seiler*, para abandonar después el estrado. El juez Oliver cabeceaba con ademán soñoliento. El pelmazo de los juzgados bostezaba visiblemente.

—¿Qué parte tuvo usted en el levantamiento del cadáver de Mercer House? —preguntó Lawton al detective Joseph Jordan, tal como le había preguntado en los dos juicios anteriores.

—Me encargué de envolver en bolsas de plástico las manos.

—¿Puede usted explicar al jurado qué quiere decir al señalar que le envolvió las

manos, y cuál es el propósito de dicha operación?

—Cada vez que se produce un tiroteo —dijo el detective Jordan—, y cada vez que existen razones para creer que el muerto ha disparado un arma, se le colocan bolsas de plástico sobre las manos para impedir que cualquier sustancia extraña entre en contacto con ellas y las contamine, o para impedir que el residuo de pólvora, en el supuesto de que exista, pueda ser limpiado accidentalmente.

Sonny Seiler, con cara de póquer, inició el careo con el detective Jordan, al que pilló totalmente desprevenido.

—¿Qué tipo de bolsas utilizó usted?

—Bolsas de papel.

—¿Y con qué las sujetó?

—Creo que con cinta adhesiva de la que se utiliza para cercar el lugar del crimen.

—¿Está usted absolutamente seguro de que las manos estaban envueltas cuando el cadáver salió de la casa?

—Yo las envolví personalmente —dijo Jordan.

Cuando la acusación dejó el caso en manos de la defensa, Sonny Seiler se puso en pie para llamar a su primer testigo.

—La defensa llama a declarar a Mary Case —dijo.

¡Cara nueva! ¡Un testigo nuevo! El pelmazo de los juzgados se incorporó en su asiento; el juez Oliver abrió los dos ojos. Lawton y su ayudante se miraron extrañados.

Era rubia y tenía el pelo rizado, rozaría los cuarenta años; llevaba un traje gris y una blusa de seda blanca. Dijo que había trabajado como enfermera desde hacía más de quince años en el Candler Hospital; antes, había sido ayudante del forense del condado de Chatham.

Efectivamente, estaba de servicio en la sala de urgencias del Candler Hospital cuando el cadáver de Danny Hansford fue llevado al hospital. Seiler le entregó una copia de la hoja de admisión del hospital y en ese momento pasó por delante de Spencer Lawton para dejar otra copia sobre su mesa. Mientras Lawton y su ayudante se inclinaban sobre ese papel, Seiler colocó una ampliación de la misma frente al jurado, para proseguir con su interrogatorio.

—Permítame preguntarle, señora Case, si reconoce este documento.

—Sí, señor. Así es.

—¿Es ésa su caligrafía?

—Sí, señor. Lo es.

—Indique a este jurado, señora Case, si las manos de Hansford estaban o no envueltas cuando usted tramitó su admisión en el hospital.

—No, señor. No lo estaban.

Un murmullo de evidente sorpresa barrió la sala. El juez Oliver aporreó el mazo para exigir silencio.

—Muy bien, señora Case —siguió Seiler—, ¿envolvió usted las manos de

Hansford?

—Sí, señor.

—¿Cómo lo hizo?

—Cogí dos bolsas de plástico de basura, las coloqué sobre ambas manos y las cerré con cinta adhesiva a la altura de las muñecas.

Tras un breve y titubeante careo a cargo de un tembloroso Spencer Lawton, Marilyn Case bajó del estrado. Seiler llamó acto seguido al doctor Stone, el patólogo forense.

El doctor Stone señaló que como las manos de Hansford no habían sido debidamente protegidas antes de su traslado al hospital, todos los restos de residuo de pólvora bien podían haberse borrado. Añadió entonces con toda dulzura que, al colocar bolsas de plástico en vez de bolsas de papel, por buenas que fueran sus intenciones Marilyn Case en realidad había empeorado las cosas.

—Las bolsas de plástico no están admitidas de ninguna de las maneras —dijo—. Ello es debido a que generan electricidad estática, por la cual las partículas pueden desprenderse efectivamente de las manos. Además, si el cuerpo es colocado en una cámara refrigerada durante cinco horas, tal como sucedió con el cuerpo de Hansford, se condensa el agua dentro de las bolsas de plástico, y puede decirse que el agua lava las manos.

—A la luz de todo ello —preguntó Seiler—, ¿le sorprende que no hubiese residuos de pólvora en las manos de Hansford?

—Al contrario, me sorprendería mucho que hubiésemos encontrado algún residuo —repuso el doctor Stone.

Las emisoras de televisión dieron un avance por la tarde, interrumpiendo la programación: «Nuevas pruebas sorprendentes han salido a la luz en el juicio por asesinato contra Jim Williams... El fiscal del distrito ha sido el primero en llevarse la sorpresa... Se dice en el juzgado que Williams saldrá en libertad...». Más avanzada la noche, *Sonny* Seiler fue a cenar al restaurante 1790 y recibió una ovación de todos los comensales puestos en pie.

Lawton, una vez perdido el uso de su principal prueba, cambió de orientación de cara a sus argumentos concluyentes.

—No nos es necesaria la prueba del residuo de pólvora para demostrar que Jim Williams es culpable —afirmó—. Ésa no es más que una prueba entre muchas otras.

Punto por punto, fue enumerando las pruebas contra Williams que seguían en pie: la colocación de los fragmentos de las balas, los fragmentos de papel sobre el arma, la trayectoria seguida por los proyectiles, la pata de la silla sobre la pernera del pantalón de Hansford, la sangre en la mano de Hansford, ausente sin embargo de su arma... En concreto, se centró en el margen de treinta y seis minutos que pasaron entre el momento en que Hansford fue tiroteado y el momento en que Williams llamó a la policía.

—¿Qué hizo Williams durante esa media hora larga? —preguntó Lawton—. Creo

que puedo explicarlo. Tomó otra arma, se colocó donde estaba tendido Danny y disparó una bala contra el escritorio. Luego, sacó la mano de Danny de debajo del cuerpo y la depositó sobre el arma. ¿Y qué hizo durante el resto del tiempo? Creo que también puedo explicarlo: estuvo destrozando selectivamente los muebles que le vino en gana destrozarse.

Lawton expuso entonces las fotografías policiales del interior de Mercer House.

—Éste es el reloj de pared que presuntamente derribó Danny Hansford. Está en el vestíbulo, boca abajo. Véase que la base del reloj sigue estando muy cerca de la pared. Lo señalo porque no creo que sea ése el lugar en el que debería estar si un joven de veintiún años, fuerte y al parecer violento, como era Danny Hansford, lo hubiese derribado con todo su ímpetu. Si así hubiera sido, habría golpeado los azulejos del suelo y se hubiese desplazado. Lo cierto es que apenas se ha movido con respecto a la pared, y eso es debido a que Jim Williams lo tiró con sus propias manos. Incluyó el reloj con todo cuidado, y lo soltó a un palmo del suelo, desde una altura suficiente para que se resquebrajase la montura y se partiera el cristal, aunque no tanto como para que el daño no tenga remedio. No sé si recordarán ustedes que Williams dijo que pudo restaurarlo e incluso venderlo.

»Veamos ahora qué otros daños se produjeron. Una mesa y una silla derribadas, una bandeja de plata tirada de la mesa en que se hallaba, una consola Atari destrozada, medio litro de *bourbon* echado a perder. La cuantía total de los perjuicios ¿qué asciende, a ciento veinte dólares y diecisiete centavos? No lo sé. Pero sí les pido que se fijen en todas las antigüedades realmente caras que no se rompieron: armarios, mesas, cuadros..., objetos por un valor de cincuenta mil dólares, quizás cien mil. Pregúntense si un joven de tendencias asesinas y presa de la rabia, dispuesto a destrozarse el mobiliario de la casa de una persona conocida por su amor a las antigüedades, se hubiese conformado con lo poco que rompió. Muy al contrario, esos muebles fueron rotos por un hombre que los amaba, es decir, por Jim Williams.

Los solemnes rostros de los miembros del jurado dieron precisa indicación de que Lawton había recuperado al menos parte del terreno perdido anteriormente. Lawton habló con auténtico sarcasmo.

—Lo que en cambio no hizo Jim Williams durante esos treinta y seis minutos fue llamar a una ambulancia. Ha sido calificado como un hombre dotado de compasión, capaz de hacer aportaciones incluso a la Humane Society. Bien, pues ni siquiera a esta asociación de tipo humanitario llamó Williams para ocuparse de Hansford —una de las mujeres jóvenes que formaban parte del jurado se secó el sudor de la frente con un pañuelo—. Podemos ahorrarnos, pues, los resultados de la prueba del residuo de pólvora —añadió Lawton—. Para condenar a Williams no es necesaria tal prueba.

Al término del día, el cambio palpable que se produjo entre los miembros del jurado llegó a cundir la alarma en *Sonny Seiler*. Lawton había logrado reconstruir con eficacia su acusación en torno a las restantes pruebas físicas de que disponía, desviando la atención de la vergüenza que tuvieron que suponerle las manos

protegidas de Hansford. Seiler poco más pudo hacer entonces; ya había expuesto sus conclusiones. El juez mandó a sus casas a los miembros del jurado. A la mañana siguiente leyó las instrucciones pertinentes y el jurado se retiró a considerar el veredicto.

En Mercer House, los Williams terminaron de almorzar en silencio. La señora Williams dobló su servilleta y se quedó mirando por la ventana. Dorothy jugaba nerviosamente con una cuchara. Williams siguió hojeando el catálogo de Sotheby's sin leerlo realmente.

Sonó el teléfono. Era *Sonny* Seiler para informar de que el jurado había salido a almorzar unas hamburguesas. A las cuatro y media, Seiler volvió a llamar para comunicar que el jurado había solicitado que les hicieran llegar un diccionario. Uno de los miembros no sabía exactamente cuál era el significado de la palabra «alevosía».

A las cinco y media, el juez Oliver mandó a casa a los miembros del jurado, a pasar el fin de semana, todavía bajo palabra de guardar secreto. Seiler supo por medio de los alguaciles y los oficiales del juzgado, famosos por sus chismes y sus chascarrillos, que el jurado estaba dividido en torno a la decisión. Las deliberaciones se reanudaron el lunes a las diez de la mañana. A eso de las doce, Seiler cayó en la cuenta de que los alguaciles de pronto dejaron de hablar con él: apartaron la mirada cuando él recorrió el pasillo, lo cual le pareció una ominosa señal. «Eso quiere decir que la decisión va a ser favorable a la fiscalía, dijo.

A las tres de la tarde, la división había dado paso a una nueva correlación de fuerzas: 11 a 1 a favor de la condena. La portavoz del jurado envió una nota al juez. «Hay una persona que se niega a cambiar de opinión, por más que le digamos y por más que hagamos». En cuestión de minutos, los oficiales hicieron saber que la solitaria empecinada en disentir era una mujer llamada Cecilia Tyo, una batalladora divorciada de cincuenta y bastantes años. La señora Tyo había dicho al resto de los miembros del jurado que años atrás se había encontrado en una situación de vida o muerte bastante similar a la que tuvo que afrontar Jim Williams. El novio con el cual convivía entonces, comentó la señora Tyo, había irrumpido en la cocina, borracho y presa de la cólera, e intentó estrangularla mientras ella preparaba la cena. A punto estaba de perder el sentido cuando logró asir un cuchillo que le clavó a su agresor entre las costillas, sin llegar a matarle, aunque hiriéndole de gravedad. La señora Tyo comentó que entendía el significado del término legal «defensa propia» mejor que ningún otro de los miembros del jurado, y añadió que no pensaba cambiar la orientación de su voto. «Tengo tres hijos ya mayorcitos —añadió—. No tengo que volver a casa a cuidar de ellos; no tengo ninguna responsabilidad, y me puedo quedar aquí todo el tiempo que haga falta».

A las cinco en punto, el juez citó a las partes en la sala. Williams vino de Mercer

House y Seiler de su oficina. Los miembros del jurado ocuparon sus sillas en el estrado. La señora Tyo, con el cabello blanco recogido en un moño, permaneció con la mandíbula en tensión y la mirada fija en el suelo. No levantó la vista ni habló tampoco con el resto de los miembros del jurado.

—Señora portavoz, ¿han alcanzado un veredicto?

—Lo lamento, señoría —dijo la portavoz—, pero no ha sido posible.

—¿Considera que si prosiguen las deliberaciones será posible alcanzar un veredicto?

—Empiezo a creer, señoría, que podríamos deliberar hasta el final de los tiempos sin alcanzar jamás un veredicto.

Sonny Seiler hizo una moción para que el juicio fuera declarado nulo, pero el juez Oliver la denegó con brusquedad. A pesar de las objeciones de Seiler, instruyó al jurado que se dejara de melindres y que alcanzase una decisión unánime. Acto seguido aplazó la vista hasta las diez de la mañana del día siguiente, advirtiendo a los miembros del jurado, como tantas veces hizo antes, que no leyeran, escuchasen o mirasen las informaciones sobre el juicio, y que no comentaran el caso con nadie.

Jim Williams se dirigió en su automóvil del juzgado a su casa, pero en vez de entrar cruzó la calle y tomó asiento en un banco junto a Minerva.

—Mis abogados la han vuelto a cagar —dijo—. No hay más que un miembro del jurado que está de mi parte. Es una mujer.

—¿Es fuerte? —preguntó Minerva.

—No lo sé. Yo diría que tiene mal genio, pero esta noche estará sometida a una enorme presión. El fiscal del distrito sabe quién es, por descontado, y está desesperado por vencer su reticencia. Tenemos que impedirselo.

—¿Sabes dónde vive?

—No, pero lo puedo averiguar. ¿Tú puedes protegerla?

Minerva se quedó mirando al vacío.

—Sí, hay cosas que puedo hacer.

—Bueno, pues esta vez quiero que utilices tus armas más potentes.

Minerva asintió.

—Cuando haya terminado de repartir porquería por ahí, podrá descansar tranquila esta noche.

—Hazme un favor —dijo Williams—. Cuando hagas lo que vayas a hacer, utiliza algo que perteneciera al doctor Buzzard. Uno de sus viejos calcetines, una camiseta, un peine. Lo que sea, pero que fuera suyo.

Minerva miró a Williams con evidente irritación.

—Eh, que yo no me guardé ni uno solo de sus calcetines. Además, si lo hubiese guardado, no sabría ni por dónde empezar a buscar en ese desastre de casa que tengo.

—Ya, pero alguna otra cosa suya sí que tendrás.

—No, no lo sé. No guardé nada suyo; no le llegué a conocer tan bien.

—Veamos, Minerva —dijo Williams—. Nos conocemos los dos desde hace ya demasiado tiempo para que ahora me vengas con ésas —Williams le habló como si estuviera regañando a un niño rebelde—. Eso que llevas puesto son sus gafas de lentes púrpura, ¿no?

Minerva suspiró pesadamente.

—Veamos. Creo que el otro día me encontré con unos zapatos suyos. ¡Ay, Señor! ¡No sé dónde habré puesto los zapatos!

—No hace falta que sea un zapato. ¿Qué otra cosa tenemos?

Minerva miró a lo alto de un árbol.

—Bueno, si tengo fuerzas para buscar a fondo, es posible que encuentre algo. Sí, a lo mejor encontramos... algo —sonrió—. Creo que incluso tengo su dentadura postiza por algún rincón.

—Vaya, pues ha llegado el momento de utilizarla —dijo Williams, con un retintín de apremio en la voz—. No quisiera que esta noche nadie le hiciera nada a esa mujer.

—Que intenten hacerle lo que sea —dijo Minerva—, que se van a poner enfermos en seguida. Quién sabe, a lo mejor hasta se mueren.

—Eso no me servirá de nada —dijo Williams—. No quiero que nadie se le acerque, ¿entendido? ¿Lo podrás hacer?

—Iré esta noche al jardincillo de las flores —dijo—. A la hora muerta. Iré a hablar con el viejo.

—Eso está mejor.

Una amplia sonrisa se extendió sobre el paisaje lunar de la cara redonda de Minerva.

—Y cuando termine de negociar tu asunto, le pediré que me dé un número.

—¡Oh, no, Minerva! Sabes muy bien que no te va a dar ningún número; con eso, solamente lo harás enfadar. No, hoy no es buena noche para esas cosas.

A Minerva se le marchitó la sonrisa.

—Pero es que necesito un número que jugar, un número que me dé dinerito.

—¡Muy bien, maldita sea! ¡Yo te daré ese número ahora mismo!

Minerva miró sobresaltada a Williams.

—Tú siempre has dicho que yo soy «sabio», ¿no?

—Sí, es verdad. Naciste con un velo sobre la cara, así que tú tienes el don.

—Dime cuántos números te hacen falta.

—Necesito un número triple, o sea, un número como uno, dos, tres. Puede ser el mismo número repetido tres veces o tres números distintos.

—De acuerdo —dijo Williams—. Permíteme concentrarme un minuto; luego te daré un número que te valdrá para ganar un buen puñado de dinero —Williams cerró los ojos—. A ver... Los números son... El seis... El ocho... El uno.

—Seis, ocho, uno —repitió Minerva.

—Eso es. A ver, ¿cuánto dinero te hace falta para jugar? ¿Un dólar, cinco, diez?

La sombra de una duda atravesó el rostro de Minerva.

—Eh, a lo mejor me estás tomando el pelo.

—Yo no le tomo el pelo a nadie —dijo Williams—. Contesta a mi pregunta. ¿Cuántos dólares necesitas para cubrir la apuesta?

—Seis dólares.

—Y si ganas, ¿a cuánto sales?

—A trescientos. Eh, eh, pero este juego se juega en dos sitios distintos —dijo Minerva—. ¿En cuál he de jugar con tus números? ¿Brooklyn o Nueva York? Yo suelo jugar en el de Nueva York, pero no quiero jugarme el seis, ocho, uno en Nueva York y que me salga en Brooklyn. ¿En dónde lo he de jugar?

—¿No puedes jugar en los dos?

—Demonio, no. Me costaría otros seis dólares. Además, el tío que lleva los números del otro sitio, los números de Brooklyn, vive a cien kilómetros de aquí. Por eso necesito un número para el juego de Nueva York.

Williams volvió a cerrar los ojos.

—Bien, ahora lo veo. El juego de Nueva York. Juega al seis, ocho, uno en el juego de Nueva York; ganarás los trescientos dólares de seguro. Y te doy yo los seis dólares para cubrir la apuesta.

Minerva tomó el dinero.

—Pero no te olvides de una cosa —añadió Williams—. El seis, ocho, uno sólo funcionará bien si dejas al doctor Buzzard esta noche en paz, si no le vuelves a pedir esta noche que te dé un número. Si se lo pides, si le fastidias, el seis, ocho, uno automáticamente deja de valer lo que vale.

—Esta noche lo dejaré estar.

—Muy bien —dijo Williams—. Quiero que esta noche os concentréis los dos nada más que en una sola cosa: que la señora Tyo siga estando de mi parte. No quiero que ni tú ni el viejo malgastéis energía en los números, al menos hasta que esto haya terminado.

Minerva asintió con solemnidad.

—Y no te preocupes por los trescientos dólares. Es como si ya los tuvieras en el bolsillo. ¿Me sigues?

Minerva se metió los seis dólares en el bolso.

—Sí, te sigo.

La tercera planta del juzgado del condado de Chatham era un tumulto y una confusión desbordante el día siguiente a las diez de la mañana. Las puertas de la sala que presidía el juez Oliver seguían estando cerradas con cerrojo. La multitud de espectadores que se arremolinaba en los pasillos aumentó con la presencia del *sheriff* Mitchell y de seis de sus ayudantes. El *sheriff* y sus hombres habían acudido al juzgado en previsión de que se emitiera un veredicto de culpabilidad contra Williams; después, lógicamente escoltarían a Williams por el pasadizo subterráneo hasta la cárcel del condado. Sin embargo, el cerrojo que impedía el paso a la sala era algo

inesperado: suponía que el comienzo de la sesión se iba a retrasar. Había ocurrido algo insólito. Y no era otra cosa que lo siguiente.

A las siete de la mañana, Spencer Lawton había recibido una llamada telefónica de un médico interno que trabajaba para Life Star, una compañía de urgencias médicas. El interno le comentó que a las dos y media de la madrugada, una mujer que no se quiso identificar llamó al servicio para hacer diversas preguntas de índole médica sobre «un tiroteo entre un hombre ya mayor y un joven». ¿Cuánto tiempo tardaba en coagularse la sangre sobre la mano de una persona? ¿Con qué rapidez muere una persona si recibe un disparo en la aorta? Aunque se negó a identificarse, la mujer a la sazón reconoció que era miembro del jurado del caso de Jim Williams, y que era de hecho la única que seguía creyendo en su inocencia. Añadió que el resto de los miembros del jurado habían comentado que el caso solamente se trataba de una disputa entre dos maricones, saldada con una muerte, y que lo que tenían que hacer era condenar a Williams y marcharse tranquilamente a sus casas.

Lawton llamó inmediatamente al juez Oliver y le exigió que la señora Tyo fuese expulsada del jurado por haber comentado el caso fuera de la sala de deliberaciones; sugirió que la sustituyese uno de los suplentes que prevé la ley. Con esta sustitución quedaría garantizado un veredicto de culpabilidad. Seiler, cuando se enteró de lo ocurrido, insistió en que el juez declarase nulo el juicio.

A las diez en punto, mientras la multitud se arracimaba en los pasillos, delante de la sala aún cerrada con cerrojo, el juez Oliver convocó una reunión en su despacho, en un desesperado intento por resolver la difícil situación surgida. En presencia de Lawton, de Seiler, de una taquígrafa del juzgado y del internista, el juez citó individualmente a todos y cada uno de los miembros del jurado y les preguntó bajo juramento si habían llamado a un internista en plena noche para comentar algunos detalles del caso. Todos ellos dijeron que no, incluida la señora Tyo, por más que cuando ésta salió del despacho, el internista dijera al juez que su voz le resultaba conocida.

Fuera, en los pasillos, las especulaciones de la multitud se habían centrado en tres posibilidades: que la señora Tyo hubiera realizado la llamada, que el interno se hubiese dejado untar por alguien coaligado con la acusación y que éste, de hecho, hubiese incurrido en colusión activa con la acusación. Como no consiguió arrancar una confesión de nadie, el juez Oliver reabrió la sala y convocó el comienzo de la sesión prevista. Una vez más, preguntó a los miembros del jurado si habían comentado el caso con un interno. Ninguno de ellos dijo nada. La señora Tyo, dando evidentes muestras de inquietud, se llevó un pañuelo a la boca. Le había comentado a la portavoz del jurado que recientemente había sufrido un ataque al corazón, y que temía hallarse al borde de uno nuevo. Seiler reiteró su moción de que el juicio fuese declarado nulo. El juez volvió a denegar la moción e indicó al jurado, incluida la señora Tyo, que volviese a deliberar.

Con la expectativa de que sucediera algo bien pronto, Williams salió al pasillo a

esperar. Minerva estaba sentada, a solas, en el extremo más alejado. Se acercó y se plantó delante de ella. Y ella le habló como si estuviese en trance.

—Ayer por la noche me llevé la dentadura del viejo y la enterré en el jardín de la señora, tal como me dijiste.

—Pues se ha torcido la cosa —dijo Williams—. Se han inventado una historia y han intentado expulsarla del jurado.

—Pueden esperar sentados —dijo Minerva—, porque no va a flaquear, para nada. Estoy totalmente segura, lo digo muy en serio. Esta vez, el viejo se ha ocupado del caso. Ajá. Y después de la medianoche, Delia y yo estuvimos trabajándonos al juez y al fiscal del distrito durante un buen rato.

Williams sonrió.

—¿Jugaste el número que te dije?

—No, no he tenido tiempo de jugar a nada. He estado demasiado ajetreada.

A eso del mediodía, el juez llamó al jurado a la sala y preguntó si se había producido algún movimiento hacia una decisión definitiva. No se había producido tal movimiento. De mala gana, declaró nulo el juicio y con un par de mazazos cerró el proceso. En medio de la conmoción subsiguiente, se oyó la voz azorada de Spencer Lawton: «¡Que quede constancia en acta, señoría, de que pediré al administrador del juzgado que emplace el caso para un nuevo juicio tan pronto como sea posible!».

Un cuarto juicio constituiría todo un récord. Jim Williams sería la primera persona que fuese juzgada cuatro veces por un presunto delito de asesinato en el estado de Georgia. El loco de los juzgados se echó a reír, se dio palmadas en el muslo y alardeó de que el torero estaba bastante más ensangrentado que el toro. En la planta baja, las cámaras de televisión se concentraron en Lawton. Aunque posiblemente ensangrentado, no pensaba dar su brazo a torcer.

—Después de tres juicios —dijo—, el marcador está treinta y cinco a uno a favor de la condena. Estoy convencido de que si reunimos un jurado capaz y dispuesto a decidir de una vez por todas, emitiré el veredicto justo.

Mientras hablaba, se arremolinó a su alrededor un grupo de personas, en la periferia del cual se hallaba Minerva, con una ancha sonrisa en la cara y tres billetes de cien dólares nuevecitos arrugados en la mano.

Esa misma noche, Williams estuvo bebiendo vino de Madeira y jugando ronda tras ronda de dados psíquicos. Su gran gato atigrado, después de haber comido por fin en dos días, dormía en su regazo. Williams calculó que el tercer juicio le había salido aproximadamente por un cuarto de millón de dólares.

—Por lo que a mí se refiere —dijo—, sólo trescientos dólares de todo lo gastado han valido realmente la pena.

GLORIA

Lillian McLeroy salió a las escaleras de su casa a regar las plantas y a echar un vistazo más detenido a la conmoción de Monterrey Square. Señoras con miriñaque y hombres vestidos con casaca se agrupaban bajo el intenso sol de la mañana, sin olvidar a los soldados de uniforme azul con mosquetes colgados del hombro. De la calle, delante de la casa de Jim Williams, se levantaban nubes de polvo a medida que los obreros derramaban por la plaza el contenido de varios volquetes de arena, con la intención de que la plaza, y también Bull Street, parecieran calles del siglo pasado, sin asfaltar. El panorama era asombroso, pero la sobrenatural sensación de haberlo visto todo antes produjo un estremecimiento en la señora McLeroy. Esa mañana, Monterrey Square tenía el mismo aspecto que tuvo diez años antes, cuando se rodó la película sobre el asesinato de Abraham Lincoln. Había vuelto el gentío del cine, con los focos y las cámaras y las grandes furgonetas de los equipos eléctricos aparcadas delante de las casas de la plaza. Esta vez se rodaba *Gloria*, una película que trataba sobre el primer regimiento de negros que hubo en el ejército de la Unión durante la Guerra de Secesión. La señora McLeroy miró hacia Mercer House, casi esperando que Jim Williams descolgase otra bandera nazi del balcón de su casa.

Pero esta vez Jim Williams no sintió la menor inclinación a obrar de ese modo. De hecho, en vez de oponerse al rodaje de la película, había permitido al equipo que hiciera uso de su domicilio. Había permitido la entrada de las cámaras, e incluso que colgasen visillos de encaje en las ventanas del cuarto de estar, para dar a Mercer House el aire de una mansión bostoniana de mediados de la década de 1860. Anteriormente, Williams y el productor se reunieron en el despacho del primero, con la correspondiente ración de cigarros puros y de vino de Madeira, para negociar el precio del alquiler. El productor le ofreció 10.000 dólares. Williams se retrepó en su sillón y sonrió.

—Hace ocho años disparé contra un hombre que estaba precisamente en donde se encuentra usted ahora. Dentro de unas semanas habré de someterme al juicio por asesinato, y mi abogado es un hombre de gustos algo caros de satisfacer. Dejémoslo en veinticinco mil y trato hecho.

El forcejeo legal por el cuarto juicio se había prolongado por espacio de dos años casi. *Sonny Seiler* primero pidió al tribunal que descartase un nuevo juicio, sobre la base de que Williams se encontraría perjudicado por partida doble antes de empezar. Su moción fue denegada, al igual que la posterior apelación de Seiler. Tanto Seiler como Lawton exigieron entonces, en mociones separadas, que el tribunal descalificase a su adversario y que le prohibiese expresamente toda implicación ulterior en el caso. Seiler, al citar la ocultación de pruebas en que había incurrido Lawton, señaló que éste había sido claramente culpable de «mala práctica judicial de

primerísima magnitud». Lawton contraatacó sosteniendo que Seiler había defendido a Williams de manera «negligente, incompetente y falta de toda ética». (Esta acusación se basó sobre todo en la suposición de Lawton sobre el hecho de que los chaperos que se presentaron a declarar en calidad de amigos de Hansford habían sido sobornados por Williams y Seiler. De todos modos, no existía prueba que demostrase semejante alegación, y esos dos testigos nunca llegaron a comparecer en ninguno de los juicios). Ambas mociones fueron denegadas; el cuarto juicio saldría adelante de todas las maneras.

En una cuestión sí estaban de acuerdo todas las partes, a saber, que sería imposible encontrar un solo miembro del jurado en todo Savannah que no se hubiese formado ya una sólida opinión sobre el caso y sobre el dinero de los contribuyentes que estaba costando a las arcas del estado. Así pues, la mañana en que comenzó el rodaje de *Gloria* en Mercer House, *Sonny* Seiler acudió a un tribunal superior y solicitó el cambio de partido judicial. Sabía que esta vez sí le sería concedido, y tan sólo le quedaba rezar para que no cayese de la sartén de Savannah al fuego que supondría la jurisdicción de un tribunal más rural, más atrasado e intransigente.

Al final, los honores recayeron en la ciudad de Augusta. Spencer Lawton consideró una victoria la adjudicación, e incluso comentó muy animado con sus amistades que Augusta era «una ciudad de vaqueros», donde la condena de Williams estaba prácticamente asegurada.

Siendo la segunda ciudad de Georgia por lo que se refiere a antigüedad, Augusta se encuentra a unos ciento setenta kilómetros de Savannah, río arriba, en la falda de los montes Apalaches. La población de la ciudad, unas cincuenta mil almas, estaba esparcida por las laderas que la componen, en una jerarquía descendente que seguía muy de cerca la propia inclinación del terreno. En la Colina y en los terrenos más elevados del norte vivían las familias adineradas en casas excepcionales, en torno al Club Nacional de Golf de Augusta, donde se celebra anualmente el Torneo de Maestros. Al pie de la Colina, los antiguos bulevares de la ciudad, con la copiosa sombra de los árboles, hacían las veces de corazón comercial, aparte de ser una amplia zona residencial propia de la clase media. Más al sur, la ciudad iba descendiendo hacia una amplia llanura donde proliferaban los hogares de la clase obrera, las casas rodantes y las chozas, aparte de estar allí la base militar de Fort Gordon y los bosques y marismas que hizo famosos Erskine Caldwell como símbolo de la depauperación del medio rural: *Tobacco Road*.

Así pues, Augusta contaba con elementos sofisticados y con otros más toscos; ahora bien, cuando comenzó la selección del jurado, quedó bien clara una satisfactoria realidad, y es que los candidatos, tanto si residían en la Colina o en la llanura, tenían en común el hecho de que jamás habían oído hablar de Jim Williams.

Los periodistas y los equipos de la televisión viajaron en masa desde Savannah para cubrir el juicio, mientras que los medios de comunicación locales prácticamente no le prestaron la menor atención. En los periódicos de Augusta no hubo grandes

titulares, ni hubo especiales informativos en televisión que interrumpieran la programación habitual; tampoco se congregó mucho público en el juzgado. Todos los días laborables, por espacio de dos semanas, un jurado compuesto por seis hombres y seis mujeres se reunió con toda tranquilidad en el Juzgado del condado de Richmond para escuchar los testimonios y las declaraciones, a medida que fue progresando el juicio. Se sintieron fascinados, apasionados, y sin embargo mantuvieron el desapego que conviene a cualquier miembro de un jurado. No habían convivido con el caso de Jim Williams, tal como sí convivieron en cambio los habitantes de Savannah. Con toda su grandeza y su relieve, para ellos Mercer House no pasaba de ser una mansión en una fotografía: no había estado nunca en un lugar destacado de su paisaje cotidiano. Jim Williams no había ido ascendiendo por la escala social en medio de todos ellos; no había despertado sentimientos que iban de la admiración a la envidia, pasando por la ofensa, tal como había ocurrido en cambio en Savannah por espacio de los últimos treinta años. Un candidato a miembro del jurado dio a *Sonny Seiler* una buena razón para esperar que la cuestión de la homosexualidad no fuera tan adversa y tan negativa en Augusta como lo había sido en Savannah. «No tengo ningún interés por los gays —reconoció el hombre durante la selección del jurado—, pero tampoco me preocupan en absoluto, siempre y cuando vivan en otra parte, bien lejos de mí».

Cuando dio comienzo el cuarto juicio, *Sonny Seiler* había elaborado su presentación del caso hasta darle la forma de un despliegue de recursos perfectamente engrasado, concentrando sus energías en su línea de ataque más fuerte, que no era otra que demostrar la incompetencia de la policía. Cuando subió al estrado el detective Jordan y afirmó haber colocado las bolsas en las manos de Danny Hansford, Seiler le entregó una bolsa de papel marrón y un rollo de cinta adhesiva como la que se utiliza para cercar un lugar en que se ha cometido un crimen; acto seguido, sostuvo en alto su mano derecha y le pidió que repitiese el proceder. Seiler recorrió después la sala de una punta a otra, paseando por delante del jurado, agitando la mano protegida por la bolsa, sin dejar la menor duda de que si Jordan hubiese protegido de ese modo las manos de Hansford, en el hospital todo el mundo se hubiese dado cuenta con absoluta seguridad. Seiler ridiculizó a la acusación por determinadas incoherencias en las declaraciones de sus expertos, sobre todo las del doctor Larry Howard, director del Laboratorio Estatal de Medicina Forense. El doctor Howard había afirmado en uno de los juicios precedentes que Williams no pudo haber disparado todos los tiros que alcanzaron a Hansford desde detrás de la mesa de su estudio; en otro de los juicios, sostuvo que Williams quizás sí pudo hacer tal cosa. En distintas ocasiones, Howard había dicho que la silla de Danny Hansford cayó hacia atrás, de lado, de frente. Seiler agitó en el aire, evidentemente relamiéndose, una hoja en la que se mostraba que los técnicos del Laboratorio Estatal de Medicina Forense habían planeado en un principio ocultar los resultados de la prueba del residuo de pólvora,

siempre y cuando no conviniesen a la acusación. «Si quieres informar sobre los resultados de las pruebas —escribía un técnico a otro—, háznoslo saber. La vista oral del gran jurado está prevista para el 12 de junio».

—Todos han estado haciendo manitas, todos ellos —trinó Seiler—. Estaban sedientos por lograr una condena. Se murmuraban unos a otros: «A ver si las pruebas del residuo de pólvora nos salen a pedir de boca. Si valen, las metemos de lleno. Si no, como si no las hubiésemos realizado».

Seiler mantuvo al jurado entretenido, y antes de que terminase la primera semana ya le habían puesto por apodo Matlock, por el abogado que encarna Andy Griffith en la popular serie de televisión. Era una muy buena señal, como bien supuso Seiler. Durante sus argumentaciones, en varios momentos consiguió arrancar algunas risas entre los miembros del jurado, lo cual interpretó como otra muy buena señal.

—Los miembros del jurado jamás se ríen cuando van a condenar al acusado a la cárcel —dijo.

Minerva hizo una única aparición en el juicio, y sólo se dejó ver por la sala para decir a Williams que notaba movimiento a su favor.

—Pero escúchame bien —añadió—. Por si acaso algo se tuerce, asegúrate de ponerte los calzoncillos del revés. De esa manera, la condena será bastante más corta, ya lo verás.

El jurado alcanzó un veredicto definitivo al cuarto de hora de reunirse para deliberar, pero permaneció en la sala reservada a tal efecto durante otros tres cuartos de hora, temerosos de parecer demasiado apresurados y descuidados si daban noticia al juez inmediatamente. Declararon inocente a Williams.

Una vez exculpado de toda acusación, a Jim Williams ya nunca se le podría juzgar por asesinato a pesar de la muerte de Danny Hansford. Todo había terminado: la preocupación, el temor, los gastos. Como fue declarado inocente de todo delito en la muerte de Danny Hansford, su compañía de seguros se ocuparía de llegar a un acuerdo con la madre de Hansford cubriendo todos los gastos generados por el pleito interpuesto. Así pues, también dejó de pesar esa otra carga sobre los hombros de Williams.

De vuelta en Mercer House, Williams se sirvió una copa y sopesó las opciones que se abrían ante él. Por primera vez en ocho años era un hombre libre. Mercer House volvía a ser de su entera propiedad, y no ya una simple garantía que respondiera a las fianzas y otras responsabilidades subsidiarias. Si quería, podía proceder a la venta de la casa. Valía más de un millón de dólares; había multiplicado por diez su valor, respecto a lo que él pagó en su día. Podía desprenderse de un plumazo de todos los recuerdos ingratos, comprar un ático en Nueva York, una casa en Londres o un chalet en la Riviera. Podía irse a vivir entre personas que no pensarán automáticamente en pistolas, en sensacionalistas juicios por asesinato, cada

vez que le mirasen a la cara. Los oscuros ojos de Williams centelleaban mientras pensaba en todas sus posibilidades. Y terminó por esbozar una sonrisa.

—No: creo que me quedo aquí —dijo—. Si sigo viviendo en Mercer House, unos cuantos ciudadanos respetables se van a sentir mucho más jodidos.

Y LOS ÁNGELES CANTAN

Seis meses después de su exculpación, Jim Williams estaba sentado ante su escritorio, preparando los planes de su primera fiesta de Navidad desde hacía ocho años. Llamó a Lucille Wright y le encargó que preparase un gran banquete de platos típicos de la región para unas doscientas personas. Contrató a un barman, a cuatro camareros y a dos músicos. Repasó sus tarjetones y se embarcó en la tarea más absorbente y más delicada, la más satisfactoria de todas: compilar la lista de invitados.

Williams consideró la tarea con todo detenimiento, antes de colocar cada tarjetón en la pila de «síes» o en la de «noes»: fue pensando en los Yearley, los Richardson, los Blun, los Strong, los Cram, los Maclean, los Minis, los Hartridge, los Haines y en tantos otros. Titubeó cuando le llegó el turno al tarjetón de su vieja amiga Millicent Mooreland. Aunque siempre se mostró firme en su creencia de que Williams era inocente, cometió el gravoso error de no asistir a su última fiesta, basándose en que la realizó demasiado pronto después de la muerte de Danny Hansford. Por esta falta, Williams la colocó en la pila de «noes». Este año le tocaba cumplir su penitencia. Así sería castigada ejemplarmente, para serle devuelta la gracia con las siguientes Navidades, siempre y cuando no volviera a incomodar a Williams.

En cuanto a Lee y a Emma Adler, Williams se limitó a tirar su tarjetón a la papelera. Williams no tenía la menor necesidad de estar a bien con sus vecinos; no creyó que nunca más necesitase recurrir a su favor. Por si fuera poco, Lee Adler había vuelto a hacer de las suyas. Acababa de regresar de la Casa Blanca, en donde le fue otorgada una Medalla Nacional de las Artes; en la ceremonia, posó para los fotógrafos con el Presidente y con la señora Bush. Ese hecho lo hizo más detestable todavía a ojos de Williams y de algunas otras personas, gran parte de ellas asistentes a la fiesta. Para colmo de males, Adler se había embrollado en una reñida pugna a raíz de su plan de construcción de nuevas viviendas de estilo victoriano, para los negros, en pleno centro de Savannah. El plan de Adler defendía la construcción de hileras e hileras de casas idénticas, recubiertas de un aislante de vinilo, unas junto a otras, muy apretadas, sin sitio para jardines ni espacios verdes entre unas y otras. Jim Williams bien sabía que los invitados a su fiesta este año estarían deseosos de intercambiar opiniones sobre las últimas actividades de Adler, pero sin el riesgo de que Lee o la propia Emma pudieran oírles a hurtadillas. No supondría ningún problema; no iban a estar presentes en su casa.

Williams también tiró a la papelera el tarjetón de Serena Dawes, aunque desgraciadamente fuese por razones muy distintas. Pocos meses antes, Serena Llegó a la conclusión de que los años treinta y cuarenta, los tiempos de sus «glamourosos» anuncios a toda página en la revista *Life*, habían sido de hecho el momento culminante de su vida, y que en lo sucesivo, por tanto, ya sólo podría ir en declive. Anunció que iba a morir el día de su cumpleaños, y que se negaba a salir de la casa y a recibir visitas, así como también se negaba a alimentarse. Al cabo de varias

semanas fue ingresada en el hospital, en donde una noche convocó al médico y a las enfermeras que la habían atendido y les agradeció efusivamente que la hubiesen cuidado de ese modo. A la mañana siguiente estaba muerta. No había muerto de inanición, ni tampoco se había suicidado por los medios convencionales; lisa y llanamente tomó la determinación de morir, y siendo como era una mujer de enorme fuerza de voluntad, lo logró aparentemente sin dificultades. No murió el día de su cumpleaños, pero le faltó solamente un margen de cuarenta y ocho horas.

La muerte de Serena no guardó la menor relación con el final de su vinculación afectiva con Luther Driggers, aunque Williams sí hizo una pausa al llegar al tarjetón de Driggers. Últimamente, Luther Driggers había llamado poderosamente la atención de la ciudad entera: había sido alcanzado por un rayo. Ocurrió durante una de las características tormentas de verano que suelen caer sobre Savannah a media tarde. Driggers había estado retozando en la cama con su nueva novia, Barbara, cuando una llamarada eléctrica surgió como una lengua afilada del cielo color carbón y envolvió su casa.

A Barbara se le pusieron todos los pelos de punta. Lo primero que se le ocurrió pensar a Driggers fue que nunca había surtido ese tipo de efectos en una mujer. Pero acto seguido notó el penetrante olor a ozono y se dio cuenta al punto de que estaban en medio de una masa de aire dotada de una fenomenal carga eléctrica. «¡Abajo!», gritó. Y en ese momento le alcanzó el rayo. Luther cayó al suelo y Barbara permaneció varios minutos inconsciente. Más tarde, cuando volvieron a disponer de fluido eléctrico, descubrieron que el rayo había fundido todo el interior del televisor.

Al principio, Driggers no relacionó el rayo caído con los posteriores episodios de náuseas que tuvo, ni tampoco con una tendencia cada vez más acusada a caerse por las escaleras y a perder el equilibrio cuando estaba en la ducha. Se había pasado la mayor parte de su vida razonablemente embriagado, y esas cosas le parecieron atribuibles al alcohol. Pero dejó de beber y siguió teniendo mareos. Los médicos, al cabo, localizaron en su cerebro una masa semigelatinosa del tamaño de una pelota de golf, con la consistencia del aceite de motor de coche, y pudieron extirparla.

Durante los meses siguientes, a Barbara fue hinchándosele el abdomen, hecho que sí parecía consecuencia directa e inconfundible de lo ocurrido en aquella tarde tempestuosa. Decidieron que, si era niño, le pondrían por nombre Thor, por el dios nórdico del trueno. Si era niña le pondrían Athena, por la diosa griega que transportaba los relámpagos de Zeus tronante. Pero resultó que Barbara no había quedado embarazada. El relámpago le había dañado algunos órganos, de modo parecido a lo ocurrido con el televisor, y en cuestión de meses enfermó y murió. Driggers, aunque parecía bastante sano, volvió a la vieja costumbre de marcharse de Clary's sin haber tocado el desayuno. Los viejos miedos que le inspiraban sus demonios interiores afloraron de nuevo a la superficie, y la gente volvió a hablar aviesamente de la posibilidad de que un buen día arrojase su frasco de veneno en las reservas de agua potable de Savannah.

—Todo el que se crea esa patraña es tonto de remate —me dijo Driggers una mañana en Clary's.

—Claro, porque ni siquiera se te ocurriría hacer semejante burrada, ¿verdad? —contesté.

—Qué va. Podría hacerlo perfectamente —dijo—, siempre y cuando me fuera realmente posible. Por desgracia, no lo es. ¿Recuerdas lo que te dije el día en que nos conocimos, que el agua de Savannah procede de un acuífero calcáreo? Te lo dije porque ésa era la razón de que en tu retrete hubiese aparecido una capa de suciedad cristalizada. Bueno, pues por esa misma razón, porque el agua de Savannah procede de un acuífero que tiene bastante profundidad, no podría envenenarlo aunque quisiera. No podría llegar hasta ese acuífero. Si existiera un embalse a nivel de la superficie, sí podría verter el veneno en el agua. Pero no es el caso.

—Me alivia que me lo digas —dije.

—Pues no te sientas demasiado aliviado, que no es para tanto —dijo Driggers—. Con todas las excavaciones de tipo industrial que se han hecho, el agua salada ya ha comenzado a invadir ese acuífero, que pronto dejará de ser apto para el consumo. Pronto tendremos que beber las sucias aguas del río Savannah, y mi veneno no podría hacer que esa agua fuera peor de lo que es.

Jim Williams sostuvo el tarjetón de Luther Driggers entre el índice y el pulgar, sopesando imperiosamente los pros y los contras. Driggers era un antiguo amigo, pero Williams recordó que Driggers lo había ridiculizado por no tener la elemental inteligencia de deshacerse del cadáver de Danny Hansford antes de que la policía llegara a su casa, dando de ese modo a entender que Williams había sido culpable de asesinato, puesto que debiera haber suprimido todas las pruebas. El tarjetón de Driggers fue a parar a la pila de «noes».

Williams titubeó de nuevo cuando le tocó el turno al tarjetón de Joe Odom. Joe llegó a verse incluido por vez primera entre los invitados de Williams al casarse con su tercera esposa, Mary Adams, cuyo padre era a la sazón presidente del consejo del C&S Bank. Ese matrimonio catapultó a Joe a los círculos más selectos de la alta sociedad de Savannah. Cuando llegó el momento del divorcio, había adquirido tal popularidad por derecho propio que Williams siguió invitándole a sus fiestas, a pesar de sus cada vez más numerosos y vergonzantes desastres financieros. De un tiempo a esta parte, sin embargo, la fortuna parecía haber vuelto la espalda a Joe Odom.

En julio, el dueño del local en que se hallaba Sweet Georgia Brown's echó el cierre al bar, desahució a Joe por impago del alquiler y lo demandó por daños y perjuicios. Mandy había perdido unos cinco mil dólares con el cierre del bar, pero soportó con estoicismo las pérdidas hasta el día en que oyó a Joe, sin que éste se diera cuenta, hablar de otra mujer y llamarla «la que será mi cuarta esposa». Con eso, salió de Hamilton-Turner House hecha una furia y jurando vengarse. Su venganza adoptó una modalidad particularmente devastadora, tal como pudo saber Joe cuando leyó el periódico una mañana de noviembre y se encontró con el titular JOE ODOM,

ABOGADO, CONDENADO POR FALSIFICACIÓN.

Según rezaba el artículo, Joe había sido acusado de falsificar la firma de Mandy Nichols, su socio en «el desaparecido *jazz bar*» Sweet Georgia Brown's, nada menos que en siete ocasiones. Los siete cheques sumaban un total de 1.193 dólares con 42 centavos. La falsificación estaba tipificada como delito grave, por el cual la pena podía ascender a diez años de cárcel.

Joe entendió de golpe qué había hecho Mandy. Había repasado los cheques invalidados de la cuenta conjunta de Sweet Georgia Brown's, la cuenta corriente que pusieron a nombre de Mandy porque el nombre de Joe era anatema en todos los bancos de Savannah, y extrajo siete cheques que Joe había firmado cuando ella estaba ausente.

Joe estaba en el salón de su casa con el periódico en la mano, tratando de asimilar la enormidad de la crisis que se le avecinaba. De pronto tuvo el acierto de suponer que el *sheriff* no tardaría en presentarse con una orden de detención, de modo que se puso una camisa y unos pantalones, salió por una ventana de la parte posterior, subió a su furgoneta y tomó rumbo al sur, por la autopista I-95. No tenía la más remota intención de pasar el fin de semana en compañía de *sheriffs*, funcionarios encargados de las fianzas y abogados diversos. Al menos, no iba a ser ese fin de semana. El partido de fútbol Georgia-Florida se disputaba el sábado, y Joe pensaba estar en el estadio. No existía en el mundo nada que pudiera ser más importante que un partido Georgia-Florida. Ni siquiera una grave acusación delictiva.

—El *sheriff* puede esperar —dijo Joe a sus amigos cuando llamó de Jacksonville para informarles de su paradero—. El lunes me presentaré allí.

A su regreso, Joe se presentó ante el tribunal federal y comunicó al juez que aquellos siete cheques no eran en realidad casos de falsificación, sino producto de una forma desde luego poco ortodoxa de hacer negocios. Señaló que uno de los cheques se había extendido a favor del servicio de lavandería, otro de la compañía telefónica y otro del fontanero, para pagar todos ellos gastos legítimos del negocio que poseían y administraban conjuntamente Mandy y él. Presentó el resguardo de ciertos depósitos que demostraban que él había ingresado en la cuenta más dinero del que teóricamente había sacado mediante los siete cheques, y concluyó aseverando que si se hubiese propuesto cometer un delito de falsificación, lo habría hecho por una cantidad sustancialmente mayor que aquellos 1.193 dólares con 42 centavos.

Pero la falsificación era tal falsificación, al margen de la cuantía alcanzada. Por si fuera poco, Joe no pudo dar explicación convincente de la razón por la cual los dos cheques más abultados habían sido cobrados en metálico. Al final, no le quedó más remedio que reconocerse culpable. El juez lo condenó a dos años de cárcel, estipulando que, por ser su primer delito, podría borrar sus antecedentes penales si restituía en un año las cantidades sustraídas. Si no lo hacía, al cabo de ese plazo cumpliría condena en prisión durante la totalidad de los dos años impuestos.

Jim Williams colocó el tarjetón de Joe bien alineado en la pila de los «síes». El

hombre del que todos susurrasen, el que recibiera las miradas más oprobiosas, sería en esta ocasión Joe Odom y no él, para variar. Joe era además muy capaz de capear el temporal sin inmutarse; era capaz de aguantar eso y mucho más. Williams admiraba su inmensa flexibilidad, su capacidad de adaptación. A pesar de sus problemas, cada vez mayores, Joe seguía siendo el de siempre: gregario, cordial, bien relacionado en la ciudad, siempre de un humor excelente. De hecho, fue el rostro sonriente de Joe Odom lo primero que me llamó la atención cuando llegué a la fiesta.

—Bueno, pues parece que has encontrado un final feliz para tu libro —me dijo—. Mira a tu alrededor. Jim Williams ya no es un condenado por asesinato, y yo te garantizo que no seré un condenado por falsificación en cuanto consiga devolverle a Mandy los 1.193 dólares con 42 centavos que en realidad no le debo. Todos estamos fuera de la cárcel y vuelve a ser ocasión de festejarlo. Si eso no es la felicidad, ya me dirás en qué consiste.

Estaba meditando sobre la definición de la felicidad que me había dado Joe cuando apareció Minerva con un uniforme blanquinegro de criada. Llevaba una bandeja de copas de champán; los invitados se congregaban a su alrededor para servirse directamente. Cuando tuvo vacía la bandeja, Minerva se acercó más a mí.

—Necesito un trozo de cordón de zapato del demonio —masculó en voz baja.

—¿Y qué es eso? —pregunté.

—Una raíz. Hay quien la llama «la raíz del demonio». Yo la llamo cielito, porque a mí me va de maravilla. Pero no he traído nada, y me hace falta un trozo antes de que sea medianoche. Se está cociendo un buen jaleo. Ese chico otra vez, ya sabes.

—¿Danny Hansford?

—El mismo. Sigue empeñado en fastidiar al señor Jim.

—Pero ¿qué podría hacerle ahora? —pregunté—. Jim Williams ya ha sido exculpado; nunca podrá juzgársele por haber asesinado a Danny.

—¡Ni te imaginas la de cosas que puede hacer ese chico! —dijo Minerva—. No le hace ninguna falta un juicio para armar un jaleo tremendo. El chico se murió odiando al señor Jim, y ésa es la peor maldición que te pueden echar encima. Es la más difícil de deshacer —Minerva entornó los ojos—. Atiende —continuó—. Necesito que me consigas esa raíz; yo sé en dónde crece. No está más que a cinco o puede que seis kilómetros de aquí. El señor Jim no me puede llevar ahora porque está en plena fiestecita y tiene que atender a sus invitados, y por eso quiero que me digas si tú me puedes llevar.

Le dije que sí con un gesto, y le indiqué que la esperaba en la plaza, junto al monumento, a las once.

Si el colérico fantasma de Danny Hansford seguía pegado como una lapa a Jim Williams, lo cierto es que el buen humor reinante en la fiesta no decayó en ningún momento. Estaba presente *Sonny Seiler*, con las mejillas coloradas y sonriente, recibiendo felicitaciones por la exculpación y condolencias por la reciente muerte de *Uga IV*, debida a un fallo renal que sufrió en casa mientras veía por televisión un

partido de baloncesto del equipo de Georgia. El bulldog fue enterrado solemnemente tras un funeral privado cerca de la Puerta 10 del estadio de Sanford, en una tumba alineada con las de *Uga I*, *Uga II* y *Uga III*. Seiler escogió a su sucesor, y en dos semanas las autoridades del estado de Georgia le enviaron una matrícula nueva para su furgoneta: *Uga V*.

Blanche Williams, que fue la encarnación misma del estoicismo durante la ordalía que vivió su hijo, se había puesto un traje de noche y una rosa prendida sobre el pecho. Se declaraba más satisfecha que nadie en el mundo. Tenía ochenta y tres años, iba diciendo a todo el que quisiera oírlo, y ahora que su hijo estaba sano y salvo el Señor podía llevársela y acogerla en su seno ya cuando quisiera.

Jim Williams vestía esmoquin y gemelos de Fabergé. Circulaba entre sus invitados riéndose de buena gana, haciendo gala de un contento y un bienestar que no había manifestado desde hacía muchos años. Alzó levemente las cejas cuando le dije que había accedido a llevar a Minerva a hacer un recado.

—Me parece que esta vez se está pasando de la raya —dijo—, y ya se lo he repetido a ella. Me temo que le gustan demasiado los veinticinco dólares que le pago cada vez que me hace un trabajito con sus raíces. En fin, da lo mismo. Nunca me costará ni una mínima porción de lo que he tenido que pagar a mis abogados.

A las once en punto, Minerva subió al coche y en cuestión de minutos íbamos hacia el oeste, por la carretera del aeropuerto.

—Crece asilvestrado a este lado del paso elevado, ¿sabes dónde digo? —comentó—. Es que no me acuerdo de cuál es el paso elevado.

Nos salimos de la carretera en el paso elevado de la autopista de Lynes. Minerva sacó una linterna de su mochila y comenzó a buscar entre los arbustos. Volvió al cabo con las manos vacías, y tampoco tuvo suerte en el segundo paso elevado. En el tercero, se internó por un campo cultivado y regresó con un puñado de hierbas y raíces.

—Ya las tengo —dijo—, pero aún no hemos terminado. Ahora vamos a ver al cabecilla.

—¿Al doctor Buzzard? —pregunté algo alarmado, pues empezaba a temer que me hubiese liado para realizar una larga y complicada expedición. La tumba del doctor Buzzard estaba en Beaufort, a una hora de camino, sin contar otra hora para volver.

—No, a él no —dijo—. Ya ha hecho todo lo que podía hacer. Ahora vamos a ver al auténtico cabecilla, al único que puede parar todo este jaleo.

No añadió más datos, así que al poco emprendíamos camino hacia el este, hacia la playa, por entre campos y marismas a uno y otro lado de la carretera, en plena oscuridad.

—Jim Williams no parece tan preocupado como tú por lo de Danny Hansford —dije.

Los faros de un coche que venía en sentido contrario se reflejaron en las gafas

púrpura de Minerva.

—Sí, sí que está preocupado —dijo en voz muy queda—, y más le vale estarlo. Porque yo sé... y él sabe... y el chico sabe... que aún no se ha hecho justicia.

Mantuvo la mirada fija al frente, sin parpadear, y habló como si estuviera en trance.

—A mí el señor Jim no me ha dicho nada —dijo—, porque no hace ninguna falta que lo diga. Se lo veo en la cara. Cuando la gente me habla, yo no oigo sus voces, sino que veo imágenes. Y cuando habló el señor Jim, lo vi todo clarísimo: el chico lo sacó de sus casillas aquella noche, el señor Jim se enojó y le disparó. Me mintió luego a mí, mintió en el juicio una y mil veces, pero yo de todos modos le di mi ayuda, porque en el fondo él nunca quiso matar al chico. Lo siento mucho por el chico, es una pena, pero yo siempre prefiero estar del lado de los vivos, sin que importe qué hayan hecho.

Cruzamos un puente bajo, casi a ras de agua, por encima de la ría que nos separaba de la isla de Oatland. Tras dar varias curvas, salimos a una rampa para embarcaciones que bajaba hasta la orilla de una lengua de mar bastante ancha.

—¿Quieres que te espere aquí? —pregunté.

—No, puedes venir conmigo —dijo—, pero sólo si te estás calladito de verdad.

Dejamos aparcado el coche y bajamos por la rampa. El aire estaba en calma, con la excepción del ruido de un pequeño motor fuera borda que resonaba lejos, quizás en medio de la lengua de mar. Minerva escrutó la negrura y se dispuso a esperar. Era luna nueva, dijo, por eso estaba todo tan negro. Las noches de luna nueva son las mejores, añadió, para hacer el tipo de trabajitos que hacía ella.

—Esta noche, antes de irme de casa —dijo—, les di de comer a las brujas. Eso es lo que hay que hacer cuando se tienen problemas con los malos espíritus. Antes de nada hay que dar de comer a las brujas.

—Y eso... ¿cómo lo haces? —pregunté—. ¿Qué comen las brujas?

—A las brujas les encanta la carne de cerdo —dijo—, les encanta el arroz y las patatas, los guisantes y el maíz. También les gustan los michirones, las berzas, cocinado todo con abundante grasa de cerdo. Casi todas las brujas son viejas reviejas, claro. Eso de la comida baja en calorías las trae al fresco. Se apila esa comida en un plato de papel, se le añade un tenedor de plástico y se deja al pie de un árbol. Y así comen las brujas.

El motor fuera borda dejó de ronronear. Se oyó el salpicotazo de un remo contra el agua.

—¿Eres tú, Jasper? —llamó Minerva a ciegas.

—Mm-mmm —contestó una voz de barítono. Una figura empezaba a tomar forma a menos de veinte metros de la orilla. Era un negro viejo con un sombrero de ala caída, que remaba en un pequeño bote de madera. Minerva me dio un codazo.

—Tranquilo, que ése no es el cabecilla —susurró—. Sólo nos llevará a él.

A modo de saludo, Jasper se llevó la mano al sombrero cuando subimos al bote;

luego, dio un golpe contra la orilla con el remo y arrancó el motor. A medida que nos adentrábamos en lo más negro de la noche, Minerva fue hundiendo a puñados las hierbas y las raíces en el agua, supuse que para limpiarlas de tierra. Partió un trozo y se lo introdujo en la boca. El bote iba bastante hundido. Estuve totalmente inmóvil, temeroso de que al menor gesto pudiéramos volcar.

En la orilla de enfrente vislumbré una impenetrable muralla de árboles, una masa negra, imponente, en la que no se adivinaba un solo punto de luz. Jasper apagó el motor hasta que la quilla del bote arañó la arena. Bajamos los tres; Jasper arrastró el bote para dejarlo varado en tierra firme y se sentó dispuesto a esperar.

Minerva y yo subimos hasta lo alto de una corta inclinación del terreno. Poco a poco, mientras adaptaba la mirada a la negrura, noté que estábamos rodeados por densos matorrales y por robles de Virginia, supuse, ya que de sus ramas colgaban los fantasmales jirones de musgo. Nos adentramos entre los árboles y empecé a adivinar formas de objetos sólidos que se alzaban del suelo: obeliscos, arcos, columnas. Estábamos en el cementerio de Bonaventure, un lugar que yo había visitado muchísimas veces desde que Mary Harty me lo mostró el primer día que pasé en Savannah. Pero nunca había estado allí después del anochecer. Me acordé de lo que me había dicho la señorita Harty: que muy de noche, si uno aguza el oído, a veces se oyen los ecos de aquella fiesta nocturna y galante, la casa en llamas, los invitados en pleno brindis, arrojando las copas contra el tronco de un árbol, la risas y el estallido de los cristales rotos. Esa noche no oí más que el suspiro del viento entre los árboles; luego me di cuenta del porqué nunca había ido de noche al cementerio de Bonaventure, esto es, porque las puertas de la verja se cerraban al atardecer. Por eso habíamos ido en bote. Estábamos infringiendo una norma, violando una propiedad privada.

—Creo que no deberíamos estar aquí a estas horas, Minerva —le dije—. El cementerio está cerrado.

—¿Y yo qué quieres que le haga? —respondió—. El tiempo de los muertos es igual para todos.

—¿Y si hubiera un vigilante nocturno? —pregunté.

—Mira, me he trabajado este jardín una y mil veces, y nunca he tenido ningún problema —dijo Minerva taxativamente—. Los espíritus están de nuestra parte; ellos nos vigilan.

Enfocó la linterna sobre un trozo de papel en el que vi un mapa dibujado a mano.

—¿Y si hay perros guardianes? —dije.

Minerva levantó la mirada.

—A ver si nos entendemos; para eso, escúchame bien —dijo—. Si te da miedo venir conmigo, te vuelves y me esperas con Jasper, ¿está claro? Pero aclárate ahora mismo, porque pasan veinte minutos de la medianoche, o más.

A decir verdad, había notado de algún modo la fuerza protectora de Minerva y de sus espíritus. Así pues, la seguí a la vez que avanzaba, el mapa en una mano, la

linterna en la otra, murmurando para sus adentros. El cementerio de Bonaventure era de noche un lugar vastísimo y lúgubre, sin el menor parecido con el acogedor cementerio de Beaufort en donde estaban enterrados los restos del doctor Buzzard, junto a una cancha iluminada en donde los chiquillos jugaban al baloncesto. No pasó mucho hasta que salimos a un terreno más despejado, con menos árboles y modestas lápidas en hileras. Minerva cruzó varias hileras hasta que, en una, dobló hacia la derecha. A mitad de hilera, hizo un alto y miró el mapa; luego enfocó la linterna en el suelo, a su lado.

—Aquí es —dijo.

Al principio no vi nada: ni lápida, ni tumba. Me acerqué más y vi una pequeña laja de granito incrustada en suelo arenoso. El haz de luz que movía Minerva iluminó la inscripción: DANNY LEWIS HANSFORD. 1 DE MARZO DE 1960 – 2 DE MAYO DE 1981.

—Es él. Es el cabecilla de todo este jaleo —dijo—. Es él quien lo provoca, quien la arma bien gorda en cuanto se le presenta la oportunidad.

Unas huellas dobles de neumáticos enmarcaban la tumba de Danny Hansford. Al parecer, los vehículos de mantenimiento del cementerio habían pasado repetidas veces por encima de su tumba. En la laja incluso había una mancha de aceite de motor. En conjunto, era una silenciosa burla de aquella pretensión de Danny, según la cual tendría una lápida bien grande si moría en Mercer House. Minerva se arrodilló ante la lápida y apartó con esmero la arena suelta.

—Qué pena, ¿verdad? —dijo—. Ahora ya sé por qué no ha cejado en su empeño. Y es que aquí no es feliz. Tiene un bonito roble que le da sombra, pero no es feliz aquí.

Excavó un pequeño hoyo al lado de la tumba e introdujo un pedazo de raíz; luego, metió mano en su bolsa de plástico y sacó una botella mediana de Wild Turkey. Vertió unas gotas en el hoyo, se llevó la botella a los labios y se bebió el resto.

—Se puede beber todo lo que se quiera si estás en la tumba de alguien a quien le encantaba beber —dijo—. No te emborrachas ni por asomo, porque el muerto te disipa los vapores. Nada más quitar el tapón de la botella, ya se lo ha echado todo al colete. Te puedes pasar horas y horas bebiendo sin parar. El señor Jim me dijo que al chico le encantaba el Wild Turkey, ya lo ves; por eso le he dado un chupito, para que se ponga a tono, de mejor humor. A mí me gustan más los licores de frutas. Cuando me muera, me puedes llevar a la tumba mi licor preferido, de melocotón o de cereza. Póntelo debajo del labio de abajo cuando te sientes junto a mi tumba.

La propia Minerva parecía estar de mejor humor. Volcó todo el contenido de su bolsa en el suelo y me hizo un gesto para que diera un paso atrás y le dejara sitio. Y comenzó a hablar con una voz que parecía muy remota.

—¿En dónde te tienen ahora, chico? ¿Te tienen en el cielo? Si todavía no estás en el cielo, seguro que quieres llegar allí, ¿a que sí? Y es que más vale que te acostumbres, chico: vas a estar muerto durante mucho, muchísimo tiempo, una

barbaridad. Escúchame bien. La única forma que tienes de ir subiendo es dejar de fastidiar al señor Jim.

Minerva se inclinó hasta quedar a menos de un palmo de la lápida, como si le hablase a Danny al oído.

—Yo te puedo echar una mano, chico. ¡Tengo buenos contactos! ¡Influencia! Conozco bien a los muertos. Puedo llamarles y decirles que te vayan subiendo. Si no, ¿quién haría eso por ti? ¡Nadie!, ¿me oyes bien, chico?

Pegó el oído a la tumba.

—Me parece que oigo algo —dijo—, pero no sé muy bien qué puede ser.

La esperanzada expresión de Minerva se convirtió poco a poco en una mueca de burla o de cólera.

—Parecen risas. Maldita sea, es que son risas. Se está riendo de mí, a ver si me arma una tormenta a mí solita. ¡Eso es lo que quiere!

Minerva recogió su parafernalia y lo metió todo apresuradamente en la bolsa.

—Maldita sea, chico, eres peor que mi viejo. Te juro que de mí no vas a tener ayuda. Conmigo no cuentas, quiá.

Se puso en pie y recorrió la hilera de lápidas sin dejar de murmurar.

—Y te parecerá que has tenido una vida durísima, chico. Demonios, no tienes ni idea. No tuviste facturas que pagar, ni hijos que alimentar, ni casa que limpiar, qué joder. Te lo hiciste bien facilito. Bueno, pues por mí ahí te quedas, y que te dure, ya verás. A ver si aprendes de una vez.

Minerva aceleró el paso a pesar de la negrura que la envolvía, con el haz de la linterna rebotando por delante de sus pasos. Dejamos atrás las tumbas de los dos residentes más famosos de Bonaventure, Johnny Mercer y Conrad Aiken; vi el epitafio de Mercer, que anuncia que los ángeles cantan en el más allá, y pensé en Aiken cuando invoca el espíritu de la duda sobre ese destino desconocido. Danny Hansford tendría que trazar su propio periplo. Minerva se había lavado las manos, al menos por el momento.

Cuando volvimos al bote, se volvió a animar.

—Bueno, ahílo dejaré una temporada, qué demonios —dijo—. Que le remuerda la ocasión de subir a los cielos que ha dejado escapar el muy idiota. La próxima vez que venga, seguro que se alegra de verme. Le traeré un poco de Wild Turkey y cordón del zapato del diablo, y le daré una segunda oportunidad. Seguro que ahora deja tranquilo al señor Jim, segurísimo. Ya lo ayudaré a subir, que seguro que no se ríe más. Tú espera a verlo. Vamos a ser los dos tan buenos amigos, que bien pronto empezará a darme números para que pueda jugar y ganar unos dineros, ya lo verás.

Menos de un mes más tarde, la mañana del 14 de enero de 1990, Jim Williams bajó a dar de comer al gato y a prepararse una taza de té. Después de hacer ambas cosas, pero antes de recoger el periódico del felpudo, sufrió un ataque y murió.

La noticia de la repentina muerte de Williams, a los cincuenta y nueve años de edad, dio pie de inmediato a toda suerte de especulaciones: que había sido asesinado, que murió por una sobredosis de drogas... El forense comunicó sin embargo que no existían indicios de homicidio ni tampoco de consumo de drogas, y que Williams parecía haber muerto por causas naturales, posiblemente por un fallo cardíaco. Hecha la autopsia, el forense pudo afinar más en su informe: Williams había muerto de neumonía. Así corrió otro rumor, según el cual pudo haber muerto de sida. Lo cierto era que Williams no había dado ninguna muestra de hallarse enfermo; antes bien, pocas horas antes de morir asistió a una fiesta en la que se le vio animado y gozando en apariencia de buena salud.

Minerva, por supuesto, tenía su propia opinión sobre lo ocurrido.

—Ha sido el chico el que lo ha hecho —dijo. Y un detalle que prácticamente pasó desapercibido en la muerte de Williams sí daba un anómalo aire de verdad a su dictamen. Williams había muerto en su estudio, en la misma estancia en la que disparó contra Danny Hansford. Lo encontraron tendido sobre la alfombra, junto al escritorio, en el mismo sitio en que hubiese caído ocho años antes si Danny Hansford hubiese llegado a disparar un arma, si sus tiros hubiesen hecho blanco.

EPÍLOGO

Dos días después de celebrarse el funeral de Williams, me acerqué a presentar mis respetos a su madre y a su hermana en Mercer House. Cuando ya me marchaba, un coche de punto tirado por un solo caballo entró en la plaza, dio la vuelta y se detuvo frente a la casa. Desde la acera, oí al guía turístico referir a los tres pasajeros que la casa había sido construida por el General Hugh Mercer durante la guerra de Secesión, que el cantautor Johnny Mercer se había criado en ella, que Jacqueline Onassis hizo una vez una oferta de dos millones de dólares por comprarla. A esta información rutinaria y ya sobradamente familiar, el guía turístico añadió que durante la pasada primavera se había utilizado la casa para rodar algunas escenas de la película *Gloria*. En cambio, no dijo nada de Jim Williams ni de Danny Hansford, no dijo nada del sensacional caso de asesinato que había cautivado a la ciudad durante tantísimo tiempo. Aquellos turistas se marcharían de Savannah en cuestión de pocas horas, encandilados por la elegancia y el romanticismo de la ciudad ajardinada, pero sin haber aprendido nada más sobre los secretos escondidos dentro de las arboledas más recónditas de su bien protegido corazón.

Yo también me había quedado encandilado con Savannah. Sin embargo, al cabo de ocho años de vivir en la ciudad de forma discontinua, terminé por entender en parte su aislamiento autoimpuesto, su deliberado alejamiento del mundo en general. Parte de la explicación había que buscarla en el orgullo; también la indiferencia e incluso la arrogancia tenían su parte. Pero por debajo de todo ello, Savannah tan sólo tenía un único motivo que explicara su conducta: preservar una forma de vida que, según era entendida, estaba asediada por todos los frentes. Por esta razón no permitió Savannah que la Prudential asentara su sede general en la ciudad en los años cincuenta (razón por la cual la Prudential terminó por instalarse en Jacksonville). Por esta razón, había rechazado con frialdad la interesante propuesta de Gian Carlo Menotti, que quiso crear en Savannah el festival de Spoleto de los Estados Unidos en los años setenta (razón por la cual el festival terminó por celebrarse con periodicidad anual en Charleston). A Savannah no le interesaba en modo alguno todo lo que pudiera acontecer más allá de Savannah. Contaba con un escasísimo entusiasmo por la cultura popular, tal como tuvieron ocasión de comprobar algunas de las estrellas más rutilantes del mundo de la canción, como Eric Clapton, Sting, George Carlin y Gladys Knight y los Pips, cuando vinieron a actuar a Savannah y se encontraron con un auditorio semivacío.

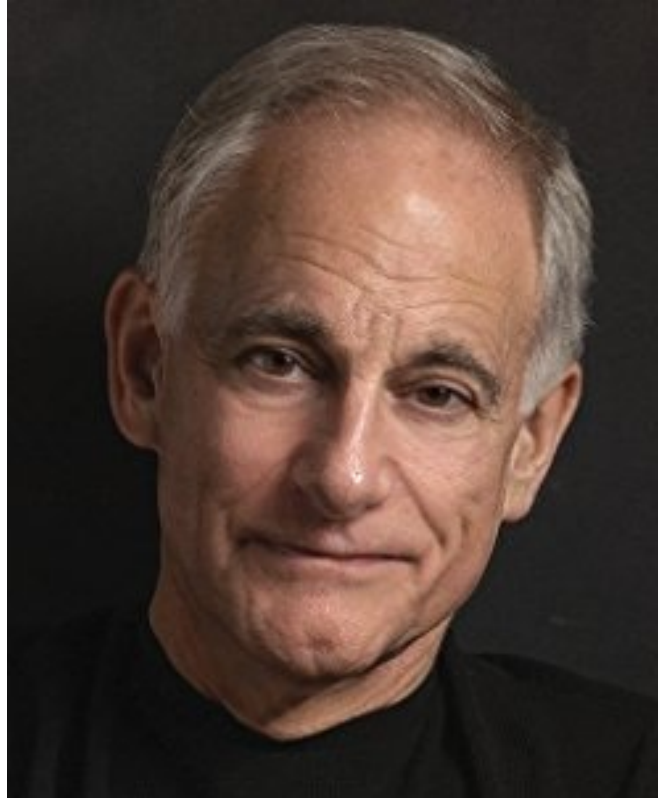
Savannah sí espoleaba a los pretendientes más diversos, a los especuladores de la propiedad inmobiliaria, esos «politicastos oportunistas con sus maletines Gucci», como los llamó Mary Harty, que se mudaron a Savannah y de inmediato comenzaron a sugerir vías diversas de mejorar las condiciones del lugar. Sin embargo, resistió el ataque de todos y cada uno de ellos, como si se tratase del general William Tecumseh Sherman redivivo. En ocasiones, esa resistencia se materializaba en bloqueos

burocráticos monumentales; otras veces consistía en comunicar a los turistas sólo lo que interesaba que supieran, y nada más. Savannah se portaba con gracia y con elegancia ante los forasteros, pero era al mismo tiempo inmune a sus añagazas. Lo único que deseaba era que la dejaran estar en paz.

De vez en cuando me acordé de lo que me había dicho Mary Harty durante el primer día que pasé en la ciudad: «¡Lo que pasa es que nos gustan las cosas tal como son!». No me había dado cuenta entonces de lo hondamente arraigado que estaba ese sentimiento, ni lo supe realmente hasta que se produjo un incidente sumamente revelador.

La Cámara de Comercio contrató a un equipo de asesores en materia de urbanismo para estudiar los problemas económicos y sociales de Savannah. Cuando los asesores remitieron su informe definitivo, añadieron una nota en la que anunciaban que en el transcurso de sus investigaciones habían preguntado a una veintena de prominentes habitantes de Savannah, en su mayoría nativos, sobre el lugar que a su juicio debiera ocupar ciudad en los próximos cinco, diez y quince años. Ninguno de ellos se había tomado la molestia de pensar en la cuestión.

Para mí, la resistencia al cambio de que tercamente hacía gala Savannah era su salvación y su encanto. La ciudad miraba para sus adentros, muy alejada del mundanal ruido y las distracciones de todo lo que ocurriese fuera puertas. Y crecía también para sus adentros, de manera semejante a las plantas de invernadero que cuida un jardinero atentísimo. Lo ordinario se convertía en algo extraordinario; abundaban los excéntricos. Todos los matices y ramalazos de la personalidad adquirirían mayor brillantez en ese exuberante enclaustramiento, más de lo que sin duda hubiera sido posible en cualquier otro rincón del mundo.



JOHN BERENDT (1939, Siracusa, Nueva York), es un escritor estadounidense, famoso por su novela *Medianoche en el jardín del bien y del mal*, publicada en 1994. Su último libro es *La ciudad de los ángeles caídos*.

En 1961, tras graduarse en la prestigiosa Universidad de Harvard, donde era editor del *Harvard Lampoon*, Berendt se convirtió en el editor asociado de la revista *Esquire*. En 1969 dejó este empleo para trabajar escribiendo guiones para algunos programas de televisión, primero para David Frost y luego para Dick Cavett. Entre 1977 y 1979 se convirtió en el editor de la revista *New York Magazine*, y posteriormente trabajó como escritor *freelance*, escribiendo una columna mensual para el *Esquire*.

Notas

[1] Línea que separaba los estados esclavistas de los libres antes de la Guerra de Secesión. (*N. del E.*) <<

[2] En inglés, James. (*N. del T*) <<